



Violencia juvenil exogrupal

Hacia la construcción de un modelo causal



MINISTERIO
DE EDUCACIÓN
Y CIENCIA

cide

Centro de
Investigación y
Documentación Educativa

Violencia juvenil exogrupal

Hacia la construcción de un modelo causal

María Jesús Martín

SEGUNDO PREMIO NACIONAL *EX AEQUO* DE INVESTIGACIÓN EDUCATIVA 2003

MODALIDAD TESIS DOCTORALES



N.º 164

Colección: INVESTIGACIÓN



MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CIENCIA
SECRETARÍA GENERAL DE EDUCACIÓN
Dirección General de Educación, Formación Profesional e Innovación Educativa
Centro de Investigación y Documentación Educativa (CIDE)

Edita

© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Subdirección General de Información y Publicaciones

NIPO: 651-04-168-7
ISBN: 84-369-3943-3
Depósito Legal: GU-525-2005

Diseño de cubierta: Gallego & Santos Asociados
Imagen de cubierta: Cuadro original de Pablo Isidoro *Arquitecturas I*
Diseño de maqueta: Charo Villa

Maquetación e impresión: AULA DOCUMENTAL DE INVESTIGACIÓN

Índice

PRIMERA PARTE: MARCO TEÓRICO

CAPÍTULO 1

EL PROBLEMA SOCIAL DE LA VIOLENCIA JUVENIL EXOGRUPAL	17
1. Objetivos, antecedentes y estado actual	17
2. Estudios psicosociales sobre la violencia juvenil	22
2.1. Estudios exploratorios	22
2.1.1. Factores relacionados tradicionalmente con la violencia juvenil	23
2.1.2. Estudios realizados	33
2.2. Estudios confirmatorios..	47
2.2.1. Teoría del control y vínculo social	47
2.2.2. Modelo de la Selección y Modelo de la Facilitación Social	51
2.2.3. Asociación diferencial y aprendizaje social	55
2.4. Discusión.	58
3. Conclusiones	58

CAPÍTULO 2

EL CONCEPTO ACTITUDINAL Y SU RELACIÓN CON LA PSICOLOGÍA	63
1. Actitudes: historia	63
2. Análisis conceptual de las actitudes	68
3. Modelos actitudinales	70
3.1. Modelo jerárquico o tripartito.	71
3.2. Modelo de cadena causal, modelo expectativa-valor.	73

3.3. Otros modelos actitudinales	75
3.3.1. Modelo dual	75
3.3.2. Modelo del procesamiento espontáneo de Fazio	75
4. Predicción de la conducta a partir de las actitudes.	
Relación entre actitud y conducta	78
4.1. La relación actitud-conducta	78
4.2. Explicaciones a la falta de consistencia actitud-conducta.	80
4.2.1. Perspectiva metodológica.	80
4.2.2. Variables moduladoras	82
4.3. Conclusiones.	85

CAPÍTULO 3

EL MODELO DE LA TEORÍA DE LA ACCIÓN RAZONADA Y SU EVOLUCIÓN A LA TEORÍA DEL COMPORTAMIENTO PLANIFICADO	89
1. Presentación	89
2. Antecedentes	89
3. Descripción	91
4. Componentes del modelo	94
4.1. Intención.	94
4.2. Actitudes y creencias	96
4.3. Norma subjetiva	101
4.4. Control conductual percibido.	105
5. Formalización y predicciones del modelo teórico.	109
5.1. Introducción: recopilación de aspectos teóricos.	109
5.2. Formalización y predicciones de la teoría	110
6. Ampliaciones del modelo. Las variables externas.	114
7. Críticas al modelo	128

SEGUNDA PARTE: INVESTIGACIÓN EMPÍRICA

CAPÍTULO 4

INVESTIGACIÓN EMPÍRICA. MARCO GENERAL	139
1. Introducción	139
2. Objetivos generales de la investigación	139
3. Metodología	140
3.1. Procedimiento general de la investigación	140
3.2. Descripción del procedimiento de investigación.	141
3.2.1. Procedimiento de estructuración/organización	141
3.2.2. Procedimiento cualitativo	143
3.2.3. Procedimiento cuantitativo	143
3.3. Criterios y precauciones relativas al diseño de los instrumentos de medida	146
3.3.1. Presentación	146
3.3.2. Marco teórico	147

CAPÍTULO 5

INVESTIGACIÓN EMPÍRICA. ESTUDIO CUALITATIVO

1. Introducción	167
2. Bases teóricas de partida.	168
2.1. Justificación del abordaje cualitativo	168
2.2. Justificación de la técnica seleccionada	170
2.3. Definición de “entrevista”.	171
2.4. Características principales de la entrevista	172
2.5. Tipología	172
2.6. Ventajas y limitaciones de la entrevista frente a otras técnicas cualitativas.	174
3. Presentación del estudio cualitativo realizado. Marco general	175
3.1. Marco teórico de partida.	175
3.2. Objetivos	176
3.2.1. Objetivo general	176
3.2.2. Objetivos específicos	176
4. Metodología	176
4.1. Ámbito	176

4.2. Muestra	176
4.3. Técnica metodológica.	177
4.3.1. Duración de las entrevistas y periodicidad.	177
4.3.2. Objetivos de las entrevistas.	177
4.3.3. Contenidos de las entrevistas	178
4.4. Procedimiento	178
4.5. Análisis de datos	182
5. Estudio cualitativo: resultados.	184
5.1. Introducción	184
5.2. Presentación de los sujetos.	185
5.3. Resultados obtenidos.	186
5.3.1. El macrosistema	186
5.3.2. El mesosistema: los entornos de socialización.	201
5.3.3. El microsistema	225
5.3.4.. Análisis cualitativo de la Teoría de la acción razonada y de la Teoría del comportamiento planificado	229

CAPÍTULO 6

INVESTIGACIÓN EMPÍRICA. ESTUDIO CUANTITATIVO	261
1. Introducción	261
2. Bases teóricas de partida	261
2.1. Justificación del abordaje cuantitativo utilizado	261
3. Marco general del estudio cuantitativo.	264
3.1. Presentación del estudio cuantitativo realizado.	264
3.2. Objetivos	264
3.2.1. Objetivo general	264
3.2.2. Objetivos específicos	264
3.3. Hipótesis	264
3.3.1. Hipótesis generales del estudio	265
3.3.2. Hipótesis sobre la intención	265
3.3.3. Hipótesis sobre la conducta	266
4. Metodología	268
4.1. Muestra	268
4.1.1. Sujetos.	269

4.2. Características de la muestra utilizada.	269
4.3. Diseño	271
4.4. Técnica metodológica: "Cuestionario de investigación de la conducta violenta exogrupal" –CINCOVE–	272
4.4.1. Presentación del CINCOVE	272
4.4.2. Creación del CINCOVE	272
4.4.3. Estructura del CINCOVE	273
4.4.4. Ordenación de los ítems.	274
4.4.5. Variables del CINCOVE	275
4.5. Procedimiento	296
4.6. Plan de análisis	301
5. Resultados.	302
5.1. Análisis descriptivo.	302
5.1.1. Presentación.	302
5.1.2. Resultados obtenidos.	302
5.2. Análisis previo de los datos	317
5.2.1. Depuración de casos	317
5.2.2. Tipificación de las variables.	318
5.2.3. Examen gráfico de los datos	318
5.2.4. Análisis de casos perdidos	318
5.3. Análisis de interdependencia: Análisis factorial	325
5.3.1. Presentación.	325
5.3.2. Objetivos	326
5.3.3. Supuestos	326
5.3.4. Diseño del análisis	326
5.3.5. Resultados	326
5.4. Análisis de dependencia: análisis de regresión	328
5.4.1. Justificación del análisis de regresión múltiple	328
5.4.2. Objetivos	329
5.4.3. Variables seleccionadas	332
5.4.4. Método utilizado	333
5.4.5. Supuestos del análisis de regresión	333
5.4.6. Resultados	333
5.5. Análisis de dependencia: modelo confirmatorio –análisis de ecuaciones estructurales (SEM)–	384

5.5.1. Introducción: definición del SEM	384
5.5.2. Caracterización del análisis de ecuaciones estructurales	385
5.5.3. Metodología para la elaboración del modelo causal confirmatorio de la conducta violenta exogrupal	386
5.5.4. Modelo confirmatorio para la conducta violenta exogrupal juvenil	388

TERCERA PARTE: DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

CAPÍTULO 7

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES	405
1. Presentación	405
2. Planteamiento general	406
3. Hipótesis relacionadas con la "Intención".	408
3.1. Modelo general	408
3.1.1. Hipótesis sobre los componentes del modelo	409
3.2. Modelo basado en creencias.	410
3.2.1. Hipótesis sobre nueva operativización del componente normativo	411
4. Hipótesis relacionadas con la "Conducta"	412
4.1. Modelo general.	412
4.1.1. Hipótesis sobre los componentes del modelo	413
4.2. Modelo basado en creencias.	414
4.3. Hipótesis sobre el modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil	415
4.3.1. Hipótesis sobre el modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil.	416
4.3.2. Modelo basado en creencias.	417
4.4. Hipótesis específicas sobre la inclusión de la "conducta pasada" en el modelo realizado para la conducta	417
2. Conclusiones teóricas	421
3. Conclusiones metodológicas	429
4. Conclusiones aplicadas.	432

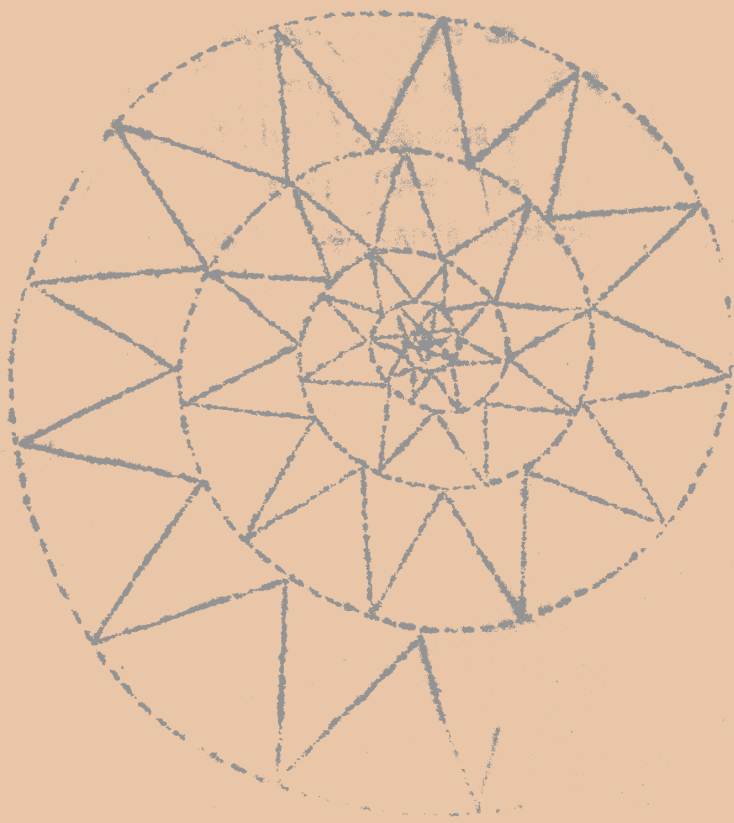
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	443
ANEXOS	491
Anexo 1: Cuestionario de investigación. Conducta violenta exogrupal –CINCOVE– .	493
Anexo 2: Cuestionario de investigación. Conducta violenta exogrupal –CINCOVE– (Comprobación de la conducta).	525



Primera parte

Marco teórico





El problema social de la violencia juvenil exogrupal

El problema social de la violencia juvenil exogrupal

1. OBJETIVOS, ANTECEDENTES Y ESTADO ACTUAL

A pesar de tener ya una larga trayectoria (Trascher, 1927; Cohen, 1955; Miller, 1958; Cloward y Ohlin, 1960), los estudios sobre grupos juveniles y comportamiento desviado han recobrado un nuevo interés en los últimos quince años, debido al aumento que ha experimentado este fenómeno en determinados contextos (Miller, 1982; Hagedorn, 1988; Bryant, 1989; New York State Division for Youth, 1990; Spergel, 1990), seguido, a su vez, por un incremento en los índices de crímenes (Babrowski, 1988; Tracy, 1988; Maxon y Klein, 1990; Curry y Spergel, 1992), de violencia (Hagedorn, 1988; Spergel, 1990; Fagan, 1990) y de consumo de drogas (Fagan, 1989; Moore, 1991; Vigil, 1988). Dicho problema, además, empieza a afectar también a las pequeñas ciudades que anteriormente parecían inmunes (New York State Division for Youth, 1990; Huff, 1990). El primer informe mundial sobre la violencia publicado por la Organización Mundial de la Salud (2002) señala que los datos sobre la violencia juvenil indican que la tasa de homicidios entre jóvenes ha aumentado en muchas partes del mundo. Se calcula que, por cada joven muerto a consecuencia de la violencia, entre 20 y 40 sufren lesiones que requieren tratamiento. Los estudios muestran que las peleas y la intimidación son comunes entre los jóvenes y que el abuso del alcohol es una de las circunstancias que desencadena la violencia.

Otros datos anteriores se sitúan en la misma línea interpretativa: el Departamento de Justicia de Estados Unidos, por ejemplo, informaba ya en 1993 de que los jóvenes por debajo de los 18 años habían cometido tres veces más homicidios, dos veces más estupros y cinco veces más robos, respecto a 1983; Pinderhughes (1993), a su vez, evidencia cómo los crímenes en la ciudad de Nueva York, que antes de 1985 eran fundamentalmente antisemíticos y dirigidos contra la propiedad, pasaron a estar dirigidos contra ciudadanos negros y homosexuales, predominando los ataques físicos perpetrados por menores de 20 años. Estos cambios cuantitativos reflejados en las tasas de delincuencia corren paralelos a cambios cualitativos del fenómeno, señalados recientemente por algunos autores: Evans y Taylor (1995), por ejemplo, constatan empíricamente cómo los miembros de los grupos contemporáneos se hallan más involucrados y son, por ello, más susceptibles al control grupal, mostrando menor anclaje en la familia. Numerosos autores llegan incluso a proponer que el término "gang" ya no es válido para conceptualizar la realidad de los grupos urbanos contemporáneos (Huff, 1989; Klein y Maxon, 1990; Horowitz, 1990; Short, 1990) dado que sus miembros son cada vez de edad más avanzada (Horowitz, 1983; Fagan, 1990; Vigil, 1990) y se implican en conductas cada vez más extremas (Klein y Maxon, 1985; Fagan, 1989; Huff, 1989).

En sus inicios, la investigación sobre la subcultura juvenil –monopolizada por los investigadores americanos (Escuela de Chicago)– aso-

ciaba invariablemente los grupos juveniles a la delincuencia y a los estilos de vida marginales; en otras palabras, atribuía la responsabilidad del problema al ambiente urbano degradado. Según Feixa Pámpols (1986), el Chicago de principios de siglo reunía las condiciones idóneas para “la aparición espectacular de “gangs” juveniles, que ocuparon algunas zonas de la ciudad y provocaron la preocupación de las instituciones por su apariencia extravagante y su conducta delictiva”. Los investigadores de la Universidad de Chicago consideraban que la formación de grupos juveniles y su posterior degeneración en conductas desviadas no era explicable por causas de tipo patológico, sino que estaba condicionada por distintos factores de carácter social. Sin embargo, el énfasis puesto en el desarrollo de tipologías cuantitativas y el uso de técnicas de investigación de tipo periodístico (Costa *et al.*, 1996), no facilitaron condiciones teóricas que permitiesen reflexiones genuinamente sociológicas. La obra de White (1943) marcó un verdadero cambio de paradigma en el estudio de los grupos juveniles. Como resultado de un amplio trabajo de observación participante, este autor apunta hacia el sentimiento de solidaridad y apoyo mutuo que une a los miembros de una “gang” para explicar la génesis de los grupos juveniles, descartando que las conductas delictivas fuesen un componente esencial de su formación.

A partir de los años sesenta el fenómeno empieza a despertar el interés de los investigadores europeos debido a la aparición en Gran Bretaña de grupos de skinheads, que inaugura el surgir de “comportamientos, culturas y modas radicalmente diferentes de las hasta entonces vigentes” (Adán Revilla, 1996). Es ahora cuando Coleman propone el concepto de “subcultura juvenil”. Si bien los primeros estudios (Downes, 1966) se enmarcan en la tradición americana, a partir de Monod (1968) los enfoques teóricos se hacen progresivamente más estructuralistas y contextualizadores y se empiezan a delinear dos ejes importantes de la investigación sobre grupos juveniles: los

conflictos de clase y la utilización del tiempo libre. Gracias a la apertura de perspectivas adquirida, desde los años setenta (Marsch *et al.*, 1978; Cohen, 1972) comienzan a aparecer elementos como el papel de los medios de comunicación, la identidad personal y la violencia propiamente dicha. Cohen, por ejemplo, evidencia cómo las bandas del East End de Londres eran producto de las subculturas juveniles ligadas al tiempo libre, mientras que la delincuencia juvenil de banda “a la americana” se presentaba de modo menos generalizado. Las aportaciones de la literatura inglesa al tema de las subculturas juveniles pone de manifiesto que, en primer lugar, es la clase social y no la edad o la generación, el elemento que explica la producción de subculturas; y, en segundo lugar, que son estas subculturas, y no la desviación, las que explican el comportamiento de las bandas.

Estos cambios de perspectiva son paralelos al experimentado en el enfoque de estudio de la conducta desviada en el campo de las ciencias sociales; cambio que puede ser resumido con palabras de Maravall (1972):

“En el paso del primer nivel (patología estructural) al segundo nivel (la respuesta patológica como conducta desviada), debe tenerse en cuenta: 1. La conducta desviada es conducta aprendida a lo largo de un proceso. 2. Ese aprendizaje se realiza en interacción con otras personas, a través de procesos de comunicación. 3. La parte principal del aprendizaje se realiza en grupos “íntimos”. 4. El aprendizaje incluye por una parte, “dirección de motivos”, actitudes, racionalizaciones; y, por otra, técnicas específicas para el ejercicio profesional de ciertos tipos de desviación. 5. Las direcciones de motivos, actitudes y racionalizaciones se constituyen a partir de la asociación de los individuos con definiciones desfavorables respecto de los códigos normativos favorables respecto a los de su infracción (principio de la asociación diferencial). 6. Estas definiciones son más frecuentes en ciertas áreas homogéneas y en ciertos

sectores sociales caracterizados por una privación relativa respecto del disfrute de bienes y recursos desigualmente distribuidos" (op.cit. 102-103).

El fenómeno de los grupos juveniles y sus conductas desviadas en nuestro país ha sido, en ocasiones, catalogado como "minoritario" (Robles, 1995; cfr. en Revista del Injuve) por no tener "la cuota de gravedad que en otros países europeos, aunque –eso sí– empiece a resultar preocupante" (Escapa, 1995; cfr. en Revista del Injuve). En efecto, la Dirección General de Política Interior (1995) evidencia que en España, "en comparación con otros países, nuestra experiencia es relativamente escasa en lo que se refiere a las formas de expresión violentas de determinados colectivos de jóvenes". Por otro lado, evidencia también que el problema "afecta fundamentalmente a las grandes áreas urbanas como Madrid y Barcelona" y "se encuentra en estos momentos en una fase latente". En el mismo documento se señala cómo "el problema (...) existe pero no se detecta un incremento de los actos violentos y no se ha encontrado una secuencia lógica en cuanto a periodicidad mensual". Es más, "de los datos estadísticos recopilados, tanto de Barcelona como de Madrid a lo largo de todo el año 94, se desprende que aproximadamente el 52% de las denuncias por agresiones, atribuibles a miembros de los grupos violentos, lo son realmente". Datos más recientes, proporcionados por la Delegación del Gobierno en Madrid en mayo de 1998, permiten apreciar un claro descenso –después de que entre 1991 y 1994 se quintuplicasen– en las cifras de detenciones y de agresiones físicas atribuidas a miembros de grupos juveniles violentos: de 211 detenciones señaladas en 1996 se pasa a 107 en 1997; mientras que de 229 agresiones denunciadas en 1996 se pasa a 136 en 1997. La tribu urbana que encabeza la lista en ambos casos es la de los skinheads (50 agresiones y 45 detenciones en 1997), seguida por baka-laeros (23 agresiones y 21 detenciones) y pun-kies (8 agresiones y 19 detenciones).

A pesar de que resulta muy difícil evaluar la evolución de la violencia grupal juvenil, ya que no existe código legal con esta tipificación, sí podemos realizar un acercamiento a datos recientes a través de distintos indicadores relacionados con delitos fuertemente asociados a las actividades de estos grupos. En nuestro país, el último Anuario Estadístico del Ministerio del Interior (2001) recoge datos sobre delincuencia juvenil del año 2000 provenientes de fuentes policiales (nacionales y autonómicas y Guardia Civil). Estas estadísticas se refieren preferentemente a personas menores de 18 años. Los jóvenes detenidos por homicidio o asesinato han pasado de 55 en 1999 a 79 en 2000 (un incremento del 43,6% en este periodo); 11 de ellos fueron consumados por mujeres y los restantes 68 por hombres. En cuanto a los jóvenes detenidos por lesiones, se ha producido también un considerable incremento (18,75%) en el año 2000 (1064 detenidos) con respecto a los registrados en el año 1999 (896); al igual que en la categoría anterior, una amplia mayoría son realizados por hombres (91,8%) frente a una reducida minoría de mujeres (8,2%). Los robos con violencia e intimidación también sufrieron un considerable aumento pasando de 3.623 en 1999 a 4.312 en el año 2000 (un 19% más); de ellos un 89,75% de estos últimos fueron delitos cometidos por hombres y un 10,25% por mujeres.

Por otra parte, los jóvenes entre 18 y 20 años constituyen un intervalo incluido en el último anuario como resultado de las modificaciones legislativas más recientes (aprobación y entrada en vigor de la Ley Orgánica del Menor 5/2000). En el año 2000, 2.452 jóvenes de edad entre 18 y 20 años fueron detenidos por robos con intimidación (el 92,3% de ellos fueron hombres), 140 por la supuesta comisión de un homicidio o asesinato (un 90,7% de hombres) y 1.314 por lesiones (94,7% de sexo masculino).

Otra vía de conocimiento de esta problemática lo constituye el último informe Raxen (2002) realizado por "El Movimiento contra la

Intolerancia" donde se recogen 297 sucesos de violencia juvenil urbana y racista, la mayor parte de ellos protagonizada por grupos juveniles o provocados por pertenencia de la víctima a determinados colectivos (tribus o bandas juveniles, inmigrantes, homosexuales, aficionados a grupos deportivos); también se incluyen las agresiones de naturaleza política, algunos casos de discriminación sexista, violencia escolar y agresiones policiales. Esta situación no es exclusiva de nuestro país; de hecho, el mismo informe, se recoge el dato de que el FBI ha publicado el informe de crímenes relacionados con la intolerancia durante el año 2001; en él se incluyen los datos sobre "los incidentes y delitos motivados por el odio recopilados por diferentes agencias locales y federales. 9.721 incidentes y 11.451 denuncias son los datos generales de este informe, de las cuales el 44,9% tuvieron su origen en prejuicios raciales, el 21,6% por motivos de origen étnico o nacional, el 18,8% por prejuicios contra la religión, el 14,3% fueron incidentes homófobos y el 0,4% contra los discapacitados". En este mismo país, "las agresiones sufridas por la población musulmana de EE UU, se han incrementado en un 1.700% desde el 11 de septiembre, según Human Rights Watch, que no obstante, reconoce el esfuerzo de la Administración estadounidense por evitar estas agresiones, que incluyen asesinatos, asaltos, incendios provocados y vandalismo".

Dada las dimensiones del problema no resulta difícil comprender porqué el fenómeno ha despertado gran alarma social. No obstante, algunas fuentes consideran que ha sido provocada por la magnitud que le han otorgado los medios de comunicación y que contribuyen, con su tratamiento de la información, "a elevar el fenómeno a categoría de problema social y político" (Durán González, 1996). Así, por un lado, los medios de comunicación propician la creación de estereotipos que asocian falsamente la violencia con la juventud (Serrano, 1995; cfr. en Revista del Injuve); y, por otro, entre medios de comunicación y grupos juveniles violentos se establece, en determinadas circunstancias,

una relación de "mutua ayuda" en cuanto los primeros dan cabida a la necesidad de reconocimiento y notoriedad de los segundos, los cuales, a su vez, proporcionan noticias "de primera página" a los medios de comunicación (Durán González, 1996). Según la Dirección General de Política Interior (1995), "a mediados del 92 (...) surgen "in crescendo" una oleada de noticias en los medios de comunicación, sobre sucesos relacionados con la violencia urbana en España (...) empezando a ser habitual el dar cuenta de peleas, agresiones e incluso homicidios, protagonizados por grupos de jóvenes". Así, la atención de la prensa se dirige hacia los accidentes de fin de semana, a la "ruta del bacalao" o al índice de alcoholismo entre los jóvenes (Adán Revilla, 1996).

En realidad, en España, las llamadas por la sociología inglesa "sociedades alternativas" juveniles, empezaron a "hacerse visibles" a principio de los años ochenta y reinterpretaban las pautas y los comportamientos que caracterizaban el estereotipo del movimiento radical británico de los skinheads, los cuales reivindicaban el patrimonio cultural de la clase baja: "sentido de comunidad, del grupo y del territorio; exaltación de los cánones de comportamiento considerados "viriles"; desconfianza hacia el sistema educativo; aversión hacia toda forma de diversidad social, étnica y cultural" (Adán Revilla, 1996).

Si bien es cierto que el problema no tiene toda la gravedad que los medios de comunicación y otras fuentes le han ido atribuyendo, observando la experiencia de otros países europeos, podría ser fundado el temor de que se produzca "el llamado "efecto demostración" y que se propague exponencialmente (Dirección General de Política Interior, 1995). Por otro lado, los datos expuestos por la Delegación del Gobierno en Madrid, referidos a 1997, evidencian que el número de agresiones físicas es significativamente superior al de los otros delitos: 136 contra 91, respectivamente. Además, los datos referidos a 1998 muestran un incremento de las agresiones por parte de miembros de tribus urbanas, aún no llegando,

en cualquier caso, a las cifras de 1996. Sin perder de vista que estos datos se basan en las denuncias de los hechos por parte de las víctimas y que, por ende, dan una idea imprecisa de la magnitud del fenómeno, la perspectiva no deja de ser preocupante. Recogiendo estas preocupaciones –a pesar de que, como evidencia Adán Revilla, “existe un vacío en las Ciencias Sociales españolas sobre un fenómeno que, sin embargo, llama la atención (...) desde la década pasada” (Adán Revilla, 1996) y que, como evidencia la Dirección General de Política Interior (1995; DO1389), “apenas existe bibliografía al respecto y debemos partir de la experiencia vivida en países como el Reino Unido o Alemania, teniendo en cuenta que es improbable que el paralelismo entre aquellos y nosotros sea idéntico”– en los últimos años se han multiplicado los estudios relacionados con los grupos juveniles y sus conductas desviadas (Páez y Echebarría, 1986; Clemente, 1985, 1986; Sabucedo *et al.*, 1992; Comas Arnau, 1996; Martín Serrano, 1994; Adán Revilla, 1996; Costa *et al.*, 1996). Emblemática, en este sentido, resulta la celebración en 1995 de las primeras Jornadas sobre Juventud y Violencia Urbana, organizadas por el Instituto de la Juventud y por la Dirección General de Política Interior. De los estudios señalados anteriormente, emerge la constatación de que la juventud actual se encuentra en una situación de “bloqueo”, propiciada por la prolongación de la etapa juvenil, que constriñe a los jóvenes a ocupar posiciones marginales y de aislamiento dentro del sistema social. Esta situación tiene como consecuencia más inmediata la falta de una identidad generacional que, a su vez, hace que los jóvenes, desconfiados y decepcionados, “se centren en la ocupación de actividades puntuales, especialmente de ocio” (Adán Revilla, 1996). Las actividades de ocio se realizan sobre todo en el grupo de iguales, que llega a ser el ámbito casi absoluto de la socialización primaria. Las características de estos grupos son, en primer lugar, la adopción de una imagen que les permita identificarse ante los demás; y, en segundo lugar, la ocupación del tiempo libre de los fines de semana

en “ir de marcha” (Adán Revilla, 1996; Martín *et al.*, 1998). Esta situación –y hay consenso al respecto entre los distintos autores– acaba siendo un “caldo de cultivo” para la iniciación de los adolescentes en las conductas antisociales y delincuentes.

Es necesario señalar dos límites de la investigación española actual: en primer lugar, no se centra la atención en el tipo de conducta delictiva –la violencia– y en el tipo de violencia –exogrupal– que aquí interesa; en segundo lugar, predominan los enfoques de tipo cualitativo y observacional que, si bien han aportado conocimiento válido en cuanto a la fenomenología de los grupos juveniles y de sus conductas, no han ofrecido explicaciones fundamentadas del problema ni han sido capaces de ofrecer una evaluación fiable de su dimensión real. Como subraya Comas Arnau (1996) “hay muy poca investigación rigurosa, al menos hasta los años noventa”. Finalmente, como dejan patente las propuestas sobre los ámbitos (escenarios, estética, representación de la violencia y alarma social) y los espacios de intervención (educación, familia, medios de comunicación y apoyo a las víctimas) avanzadas en las Primeras Jornadas sobre Juventud y Violencia Urbana (1995), dos de los temas fundamentales en el estudio de la violencia, como es el caso del grupo de iguales y el tiempo de ocio, pasan casi desapercibidos.

El nuevo impulso que ha cobrado la investigación en el área de los comportamientos desviados juveniles no permite despejar de cierta confusión el panorama reinante. Existe cierto consenso en definir la violencia como: “el amenazante o efectivo uso de la fuerza física o el poder contra uno mismo u otra persona que resulta en o tiene una alta probabilidad de resultar en muerte, ofensa o privación” (Lowry *et al.*, 1995).

Sin embargo, en el uso pragmático del término persisten incertidumbres. Por un lado, la misma definición –como podemos constatar– incluye tanto la violencia interpersonal, como la violencia doméstica, individual y grupal; o tanto el homicidio, como el asalto, el robo, el abuso

sexual y las peleas. Por otro lado, los estudios desarrollados en este campo hacen referencia a agresión (Krahé, 1996), comportamiento agresivo (Choquet *et al.*, 1991), violencia (Felson *et al.*, 1994; Herlich, 1990; Lurçat, 1990; Bjerregaard y Smith, 1993; Bessant y Watts, 1994; Winfree *et al.*, 1994; Wang, 1994), comportamiento violento (Truscott, 1992; Salts *et al.*, 1995), delincuencia (Clemente, 1985, 1986; Kruttschnitt y Dornfeld, 1993; Lo, 1993; Baron y Tindall, 1993; Snider, 1995) o comportamiento criminal (Palermo, 1995), sin que las distintas etiquetas correspondan unívocamente al mismo grupo de fenómenos o diferencien claramente entre grupos de conductas. También la definición de "grupo juvenil", se enfrenta con las mismas incertidumbres, esencialmente debidas a las diferencias en las tradiciones investigadoras estadounidense y europea.

El problema estriba en que las primeras investigaciones, cuyo origen está en Chicago, han creado una tradición sobre las definiciones de banda y conducta delictiva. La definición de banda o pandilla (traducciones del término anglosajón "gang"), ampliamente compartida por los investigadores norteamericanos, se refiere a un "grupo que participa en actividades ilegales" (Spergel, 1990). Otras definiciones –"colectividad que se implica en comportamientos desviados, destructivos o criminales" (Cohen, 1990)– no encuentran demasiado consenso (Klein y Maxon, 1989; Short, 1990; Horowitz, 1990) debido a que la implicación en comportamientos criminales no se acepta como parte formal de la definición. Sobre este tipo de grupo juvenil se ha concentrado la atención y el interés de los investigadores. El concepto de comportamiento delictivo se solapa, en primer lugar, con el de "marginalidad" (Miller, 1975, 1982; Fagan *et al.*, 1986; Fagan, 1989), ya que la problemática social de las minorías étnicas es muy evidente en Estados Unidos; en segundo lugar, con el de conductas ilegales –y, en algunos casos aislados, hasta criminales– como la violencia, el vandalismo, el tráfico y el uso de drogas (Moore, 1978; Hagedorn,

1988; Vigil, 1988; Taylor, 1990). En la mayoría de las investigaciones se ha utilizado este término de forma omnicomprendiva. Por ende, antes de emprender la tarea de exponer los antecedentes y el estado actual del tema que nos atañe, es necesario aclarar la terminología empleada con el fin de economizar el uso del entrecomillado y mantener distinciones útiles acerca del objeto del estudio.

Dada la escasez de trabajos cercanos a la realidad sociocultural europea y referidos estrictamente a violencia juvenil, se han mantenido en esta revisión los términos "conducta delictiva" y "banda" ("pandilla" se asocia a un rango de edad más limitado). Sin embargo, cuando nos refiramos a la conducta sobre la que vierte el presente estudio se utilizarán los términos violencia juvenil (exogrupal) y grupo. El término "tribu urbana", de moda en las investigaciones españolas de los últimos años (Costa *et al.*, 1996), ha sido descartado porque excluye los grupos informales que no tienen etiquetas o definiciones estéticas y porque "la mayoría de los autores están incluso en contra de la utilización del concepto de "tribu", al considerarlo sólo una metáfora o, lo que es peor aún, una concesión al sensacionalismo periodístico a falta de verdaderos fundamentos teóricos" (D.G. Política Interior, 1995).

2. ESTUDIOS PSICOSOCIALES SOBRE LA VIOLENCIA JUVENIL

2.1. Estudios exploratorios

En este apartado se expondrán y analizarán los resultados de algunas investigaciones que han perseguido, en sus intentos, el objetivo de establecer relaciones entre determinados factores, la afiliación a bandas y los comportamientos delictivos. En la primera parte se analizarán separadamente los resultados referidos a cada uno de los factores que han sido relacionados con nuestro objeto de estudio. De entre todos los factores considerados, se han elegido aquellos que más atención han recibido y, por ende, los que tienen un mayor apoyo empírico.

En la segunda parte, se expondrán con mayor detalle los resultados de algunas investigaciones específicas que merecen ser destacadas por su rigor.

2.1.1. Factores relacionados tradicionalmente con la violencia juvenil

a) Factores individuales.

– *Edad.*

La edad y el sexo son uno de los factores individuales frecuentemente contemplados en los estudios sobre conductas delictivas y participación en bandas. Desde los estudios pioneros de Trascher (1927) sobre las bandas de Chicago, la edad ha sido evaluada como una constante más que una variable. En otras palabras, la conducta delictiva llevada a cabo en grupo ha sido etiológicamente asociada a la adolescencia e interpretada como un fenómeno típico de esta etapa que normalmente “remite” al acercarse la edad adulta (Yablonsky, 1962; Short y Strodtbeck, 1965). En la primera generación de estudios (Cohen, 1955; Miller, 1958; Cloward y Ohlin, 1960), los investigadores estaban de acuerdo en asumir la existencia de diversos límites cronológicos que marcan la “entrada” y “salida” de las bandas callejeras: Klein (1971), en este sentido, acuñó el término “edad de la banda”. Para Kantor y Bennett (1968) esta edad tiene un rango que va desde 10 a 25 años, mientras que para Cooper (1967) va de 11 a 25, y de 12 a 22 para el New York City Board (1960). En este cuerpo de estudios la presencia de los adultos en las bandas o la presencia de bandas de adultos ha sido conceptualmente definida con el término de “adolescentes marginales” (Geis, 1965; Spergel, 1983), o de “extensión de la juventud” (Trascher, 1927; Whyte, 1943; Short, 1964).

Manteniendo esta línea, en la segunda generación de estudios, las bandas son consideradas “grupos juveniles primarios” (Klein, 1971; Miller, 1975). Klein (1970), que ha llevado a cabo un exhaustivo estudio sobre las bandas de Los Ángeles, no encuentra evidencia de que la experiencia en bandas juveniles sea un

precursor de la conducta delictiva adulta; al igual que Miller (1975) concluía, tras un estudio empírico a nivel nacional sobre el fenómeno de la “expansión de la edad”, que se trata de una sobregeneralización de un número de casos relativamente pequeño y atípico de bandas que acogen a nuevos miembros de mayor edad o retienen a los que ya le pertenecen.

Sin embargo, en la tercera generación de estudios se ha introducido la definición de “caricatura de la adolescencia” (Klein, 1971) para definir la formación de “nuevas bandas” con miembros adultos, debida a las condiciones socioeconómicas y culturales que producen un “retraso” y un “desorden”, sobre todo de y en las clases sociales inferiores (Hagedorn, 1988; Fagan, 1990). Basándose en esta perspectiva histórica, Lasley (1992) ha llevado a cabo un estudio –valga como síntesis– que verifica empíricamente las hipótesis introducidas por las investigaciones de esta última generación, a saber: si los miembros de las bandas de extracción social baja son “mayores” y si a ello ha contribuido el aumento de las clases inferiores (debido a situaciones económicas y sociales de crisis). Los datos recogidos a través de extensas entrevistas evidencian que la edad de los miembros de las bandas tiene un pico entre los 16 y los 17 años y suele decrecer monótonicamente tanto en la clase baja, como en la clase medio-alta. No se apoya, por ende, la hipótesis de las “nuevas bandas”; esto es, vivir en entornos de clases inferiores no parece estar forzando a los jóvenes a permanecer en sus roles desviados después de haber entrado en la edad adulta, si bien las pequeñas y no significativas diferencias que Lasley encontró entre las dos clases ocurren en la dirección esperada, en base a esta teoría. Si bien la edad límite de permanencia en una banda ha sido objeto de debate y contraste, la edad de inicio parece haber despertado menor polémica. Algunos estudios sugieren que, en el momento actual, los adolescentes entrarían a formar parte de una banda a edades cada vez más tempranas (Taylor, 1990, Zevitz y Takata, 1992). Esta tendencia, si bien parece recibir un mayor

consenso, necesita aún una mayor contrastación empírica en distintos contextos.

Recogiendo los resultados expuestos, podemos concluir que la participación en bandas juveniles y la realización de comportamientos delictivos en el seno de éstas es un fenómeno que se observa de forma característica en el rango de edad que va (con ligeras variaciones) de los 14 a los 22 años. En el caso de España, la Dirección General de Política Interior (1996) señala que la edad media de los jóvenes violentos es de 19 años y 6 meses, comprendidos entre el rango que va de los 16 a los 22; y podemos hablar del mismo rango también en el caso específico de la Comunidad Autónoma de Madrid (Martín *et al.*, 1998).

– *Sexo.*

Desde los primeros estudios, el fenómeno de las bandas juveniles y el comportamiento delictivo ha sido considerado típico de los adolescentes varones, dada la escasa presencia, el menor estatus y la distinta implicación de las chicas (Bowker, Gross y Klein, 1980; Spergel, 1986, 1990; Campbell, 1987, 1990, 1991). Según Campbell (1990), las chicas tienen en la banda la función de “llevar armas (ya que son inmunes al control de los policías hombres), facilitan coartadas, actúan como espías y señuelos, proporcionan sexo a los miembros masculinos”. También otros autores consideran que las chicas asumen un rol secundario y auxiliar en las actividades de la banda (Cohen, 1955; Cloward y Ohlin, 1960; Short y Strodtbeck, 1965). En los primeros estudios (Trascher, 1927) la documentación sobre la existencia de bandas de chicas y sobre la participación femenina en las bandas juveniles es muy escasa, y en cualquier caso está limitada por la percepción de que los grupos femeninos son menos comunes y manifiestan conductas menos delictivas respecto a los grupos compuestos por varones. De hecho, teniendo en cuenta los datos oficiales, sólo un pequeño porcentaje de las etiquetadas como bandas delincuentes son femeninas (Trascher, 1927; Miller 1975; Babrowski, 1988), y las chicas son raramente encarceladas por conductas violentas, con o

sin armas (Campbell, 1984, 1990). En nuestro país, ya se han comentado los datos del Anuario Estadístico del Ministerio del Interior (2001) que ponen de manifiesto una clara preponderancia de detenidos masculinos en todas los tipos delictivos relacionados con la delincuencia grupal juvenil.

Sin embargo, los estudios más recientes proporcionan una imagen algo distinta sobre la participación y afiliación femenina a las bandas. Las estimaciones basadas en estudios observacionales y de auto-informes, sugieren que la proporción de miembros femeninos va de un 10% a un 30% y es superior a lo que indican los datos oficiales (Esbensen *et al.*, 1991; Moore, 1991); además, estos porcentajes están aumentando (Brown, 1977; Giordano, 1978; Figueira-McDonough *et al.*, 1981; Morasch, 1983; Bowker y Klein, 1983; Campbell, 1990; Fagan, 1990; Esbensen *et al.*, 1991; Winfree *et al.*, 1992). Finalmente, no sólo aumenta entre las chicas la participación en bandas, sino también su relación con problemas como el consumo de drogas, el abuso sexual, la violencia y la justicia criminal (Vigil, 1988; Moore, 1991). Hay que asumir estos datos con la debida cautela, ya que se basan en muestras con límites claros por referirse sobre todo a pocas ciudades norteamericanas y a varones o grupos étnicos (Horowitz, 1983; Harris, 1988; Moore, 1991), si bien estar poniendo de manifiesto una tendencia.

– *Factores de personalidad.*

Otros factores individuales examinados atañen a la que comúnmente se considera la esfera de la “personalidad”. Pese a la asunción de que tales factores son el resultado de una serie compleja de condicionantes contextuales y biográficos, no se profundizará en los aspectos relacionales y evolutivos en la medida en que no se asocian directa y empíricamente con la conducta estudiada. Además, nos ha parecido oportuno, *a posteriori*, no considerar los estudios que focalizan su atención en factores de salud mental (personalidad desorganizada, psicótica, etc.) o fisiológicos (agresividad, arousal, etc.), dado que las características de

los jóvenes violentos y del tipo de violencia que aquí interesa, delimitadas a priori (Martín *et al.*, 1998), no abarcan este tipo de problemáticas o de enfoques.

Autoestima.

A pesar de que los investigadores han demostrado un gran interés por el factor autoestima, no han logrado un acuerdo respecto al valor predisponente que puede ejercer hacia la afiliación a bandas juveniles, ni han conseguido establecer si su influencia sobre la conducta delictiva es directa y significativa. El problema es complejo y merece la pena reflexionar algo más detenidamente sobre los datos de algunas investigaciones. Los resultados empíricos, si se toman en cuenta prescindiendo de los enfoques teóricos y pragmáticos que los sustentan, parecen apoyar tanto una como otra perspectiva. Esto es, hay un número considerable de investigaciones que concluyen a favor de una influencia clara de la autoestima sobre la implicación en conductas violentas o delictivas en general (Satten *et al.*, 1960; Rice, 1963; Gelles, 1972; Rosenberg y Rosenberg, 1978; Rosenbaum y O'Leary, 1981; Bowker y Klein, 1983), y otras que desconfirman con igual claridad los datos anteriores (Wells y Rankin, 1983; Bjerregaard y Smith, 1993; Salts *et al.*, 1995).

Una posible recomposición de la controversia podría recabarse de los análisis y de las interpretaciones propuestas por algunos autores que consideran la autoestima bien un elemento modulador o bien un constructo. La autoestima, en opinión de los primeros, mantendría una influencia indirecta –en realidad más anecdótica que empírica (Arthur, 1989)– sobre la implicación en comportamientos delictivos, que dependería de otros factores como, por ejemplo, el apoyo del grupo de iguales y la identificación con el mismo (Cohen, 1955; Yablonsky, 1962; Richman *et al.*, 1985; Wells y Rankin, 1983; Goldstein, 1991; Martín *et al.*, 1998). En opinión de los segundos (Wang, 1994; Orpinas *et al.*, 1995), la autoestima es un constructo complejo integrado por múltiples elementos,

los cuales considerados separadamente se diferencian e influyen de forma distinta. Como ejemplo del enfoque “modulador” podemos citar a Martín y colaboradores (1998) que, en una investigación sobre la incidencia de los comportamientos de riesgo entre los jóvenes de la Comunidad Autónoma de Madrid, han evidenciado cómo el peso que la autoestima tiene en la predisposición hacia una conducta de riesgo asume significado sólo en la medida en que se interpreta en función de otras variables tales como el apoyo social. Esto es, un joven “violento” puede tener niveles de autoestima comparables a los de un joven que no se implica en conductas de riesgo y, sólo analizando el apoyo social que ambos perciben, podemos determinar que el primero mantiene su autoestima en niveles positivos, compensando el escaso apoyo por parte de la familia y de los otros en general, gracias al apoyo recibido por parte del grupo de iguales. Como ejemplo del enfoque del “constructo” podemos citar a Wang (1994) que fundamenta sus interpretaciones en los resultados de una investigación que compara estudiantes de secundaria, ya sean o no miembros de bandas, a lo largo de medidas como la autoestima, las actitudes raciales y los modelos de identificación. El autor respalda la teoría de la motivación de la autoestima de Kaplan (1975a) –según la cual “las personas caracterizadas por autoactitudes negativas están motivadas para adoptar patrones de respuestas delictivas” y obtienen del grupo y del comportamiento delictivo que le caracteriza un refuerzo para sus autoactitudes– pero, advierte, el nivel de autoestima de los adolescentes miembros de bandas es bajo debido a puntuaciones mayores en los aspectos negativos del autoconcepto y no a puntuaciones menores en los aspectos positivos.

Antes de concluir este apartado, resultan interesantes otras dos consideraciones relacionadas con lo anteriormente expuesto. En primer lugar, los datos incongruentes encontrados pueden ser debidos a visiones estáticas de la autoestima –considerada al igual que un “rasgo” de personalidad– y que impiden eviden-

ciar sus variaciones funcionales. Por ejemplo, Kaplan (1975a) considera que bajos niveles de autoestima se “registran” sólo cuando el adolescente se encuentra en un momento de transición muy concreto: después de que han resultado ineficaces sus vínculos con las fuentes de socialización primaria y antes de vincularse a iguales delincuentes. Una vez que el adolescente entra a formar parte de una banda, su nivel de autoestima puede llegar a ser equiparable al de un adolescente que no ha perdido sus vínculos familiares o educativos. En segundo lugar, el mismo problema puede ser enfocado desde otra perspectiva. Young *et al.* (1989) consideran fundamental tener en cuenta sobre qué se soporta y apoya la autoestima. En este sentido, una autoestima que se basa en las relaciones familiares y en el rendimiento escolar correlaciona negativamente con los comportamientos delictivos; sin embargo, una autoestima basada en las relaciones con los iguales, dependiendo de si el vínculo con los mismos es fuerte, puede llegar a ser un factor de vulnerabilidad.

Otros factores de personalidad.

A pesar de que el número de factores considerados es muy amplio, han sido pocos (excluyendo la autoestima y el autocontrol, que se analizan en otros apartados) los que han creado tradición en el estudio de los comportamientos delictivos. En cierta medida, este hecho es debido a la convicción, mostrada por parte de la mayoría de los investigadores, de que la iniciación a las conductas delictivas está facilitada por factores interpersonales y sociales más que personales (Sommers y Baskin, 1994; Durant *et al.*, 1994; Salts *et al.*, 1995). Dependiendo del tipo de enfoque teórico y del interés científico, los factores considerados varían de estudio a estudio. Por ejemplo, en la investigación realizada por Martín *et al.* (1998) en el ámbito de la Comunidad Autónoma de Madrid, entre los factores significativamente asociados con los comportamientos de riesgo, se han destacado las estrategias de afrontamiento: los resultados evidencian que los sujetos violentos tienden en mayor medi-

da a enfrentarse a los problemas negándolos. Otros autores, como Bessant y Watts (1994) o Sussman *et al.* (1994), apuntan que los sujetos violentos muestran una mayor valoración de la “vida excitante”, una mayor propensión hacia la búsqueda de riesgo y de situaciones problemáticas como momento de diversión, y consideran la violencia un medio para obtener sensaciones positivas, como el sentirse más fuerte, atrevido y aventurero, o para demostrar competencia, valía personal y poder. Algunos autores atribuyen a los adolescentes violentos una falta de normas internalizadas (Wolfgang y Ferracuti, 1967; Felson *et al.*, 1994; Bessant y Watts, 1994) y de asertividad (Sussman *et al.*, 1994), por ende, una mayor susceptibilidad frente a los valores grupales más tolerantes hacia la violencia. Finalmente, respecto a los mecanismos de defensa se ha encontrado apoyo empírico sólo en parte: parecería que los sujetos delincuentes utilizan menos mecanismos internos y en mayor medida mecanismos externos (Hugges, 1988; Jaffe *et al.*, 1986; Curry *et al.*, 1988; Truscott, 1991).

Desde una perspectiva más general, podríamos decir que la etapa evolutiva de la adolescencia acarrea altos riesgos de implicación en la violencia o en otras conductas delictivas, debido a los rápidos cambios psicológicos y físicos que sobrevienen en el período de la transición hacia la edad adulta (Lowry *et al.*, 1995; Palmonari *et al.*, 1992). Los adolescentes se encuentran frente a diversas tareas evolutivas: la separación de la familia de origen a través de un período de autoafirmación; el establecimiento de una identidad sexual que puede estar precedido por una inicial identificación con los extremos estereotipados; el desarrollo de un sistema personal de valores morales a través de la experimentación; y la preparación para las responsabilidades futuras (Erickson, 1968; Jessor, 1977). Se ha evidenciado cómo algunos de estos desafíos evolutivos predisponen a la violencia: por ejemplo, en el momento de autodeterminación el adolescente se encuentra extremadamente susceptible a los ataques verbales; si este factor de vulnerabilidad

se asocia con la tendencia a la búsqueda del riesgo y con la disponibilidad de armas, vemos aumentar la probabilidad de que aparezca una respuesta violenta frente a los eventos estresantes (Spivak *et al.*, 1988; Zeldin y Spivak, 1993). Por otro lado, Rechea y sus colaboradores (1996) señalan que el 81,1% de los jóvenes españoles entre 14 y 21 años admite haber cometido algún tipo de delito “alguna vez” en su vida, y un 57,8% de haberlo hecho en el último año.

b) Entornos de socialización primaria.

– Factores familiares.

Supervisión y apoyo afectivo.

La violencia es una respuesta aprendida al estrés y a los conflictos, puede ser generalizada a otras situaciones (Eron *et al.*, 1983) y convertirse, con el pasar del tiempo, en un patrón de respuestas estable (Olweus 1984; Geen, 1990). A la luz de estas consideraciones, resulta significativa la influencia del entorno familiar a la hora de enseñar, mantener o desinhibir tales patrones a través de modelos de conductas alternativos. Los factores familiares considerados como predisponentes hacia conductas delictivas por los estudios realizados hasta la fecha, tienen que ver fundamentalmente con el apoyo y la supervisión parental (Baumrind, 1985; Macoby y Martin, 1986; Geismar y Wood, 1986; Henggeler, 1989). Cuando el estilo de educación no muestra equilibrio en cuanto al soporte afectivo y al grado de control creando carencias, por un lado, o excesos de autoridad y severidad, por otro, puede mediar hacia conductas problemáticas (Doane 1978; Gove y Crutchfield, 1982; Tolan y Lorion, 1988; Henggeler, 1989). Patterson y colaboradores (1982), por ejemplo, han encontrado que los padres de los niños antisociales son deficientes en una o más de las siguientes habilidades: monitorización del paradero del niño, corrección de sus comportamientos antisociales y modelamiento de habilidades prosociales, en particular para la negociación y resolución de problemas. Sommers y Baskin (1994) analizan la supervisión parental en una muestra de

mujeres delincuentes. El grado de supervisión parental fue establecido en base a ítems tales como si los padres acompañaban o recogían a la hija de la escuela, si se preocupaban dónde y con quién iba, si le decían la hora de regreso, si conocían a los amigos de la hija, etc. Los resultados de los análisis evidencian que este factor es un fuerte predictor de la violencia y delincuencia femenina. Los datos ofrecidos por otro estudio, que también focalizaba su atención sobre todo en chicas delincuentes (Bjerregaard y Smith, 1993), coinciden con los anteriores: el apoyo afectivo proporcionado por la familia (medido a través de la escala Hudson, 1982) y la percepción del grado de supervisión parental están asociados con la delincuencia. El hecho de que estos factores tengan una influencia más evidente en la chicas que en los chicos –subrayado también por parte de otros estudios (Gibbons, 1976; Canter, 1982; Cernkovich y Giordano, 1987)– ha sido atribuido a la supervisión más estricta a la que están sometidas y a su mayor integración en la familias (Trascher, 1927; Brown, 1977).

Conflicto.

Se han encontrado relaciones significativas con el nivel del conflicto familiar y la calidad de la comunicación entre padres e hijos (Higgins y Albrecht, 1977; Poole y Regoli, 1979; Elliot *et al.*, 1985). Salts y sus colaboradores (1995) han operativizado este último factor a través de una serie de ítems en los que preguntaban a los adolescentes cuántas veces habían hablado con sus padres de determinados temas, el nivel de satisfacción con la conversación mantenida sobre los mismos y a quién acudirían si se necesitasen ayuda. Esta variable junto al conflicto familiar, ha resultado significativa en la predisposición hacia la delincuencia.

Hogares desorganizados.

A su vez, la desestructuración y la inestabilidad de los hogares resultan ser condicionantes clave, sobre todo cuando falta una de las figuras paternas (Bandura y Rives, 1980; Canter, 1982; Gove y Crutchfield, 1982; Dornbusch

et al., 1985; Steinberger, 1987; Felson *et al.*, 1992; Salts *et al.*, 1995; Palermo y Simpson, en prensa). La ausencia o la presencia discontinua hacen que falte a los hijos una supervisión, un apoyo y una fuente de imitación constante y coherente (López Cohira, 1987; Vega, 1987). Sin embargo, hay autores que consideran que en las distintas investigaciones no se ha diferenciado prudentemente y suficientemente entre familias monoparentales y estatus económico. Esto es, en la mayoría de los casos las dos variables acaban coincidiendo tanto que la primera puede estar, en realidad, representando a la segunda (Banks y Wilson, 1989). En este caso una estable estructura familiar sería un factor protector y relacionaría negativamente con el uso de la violencia por parte de los adolescentes (Durant *et al.*, 1994).

Transmisión intergeneracional.

El efecto de la transmisión intergeneracional de la violencia es un problema abierto que encuentra tanto defensores, como detractores incondicionales. Revisando la literatura sobre el tema, se podría decir que la exposición de los hijos a la violencia, a la criminalidad o al uso de las drogas por parte de los padres o hermanos mayores, aumenta la posibilidad de reproducción de tales conductas. En otras palabras, es un factor predisponente que, interaccionando con otras variables, puede o no precipitar la conducta (Widom, 1989; Truscott *et al.*, 1992; Richters y Martínez, 1990; Master, 1990). En efecto, Díaz-Aguado (1995; cfr. en Revista del Injuve) subraya que sólo el 30% de los niños españoles que sufren maltrato reproducen el ciclo convirtiéndose en maltratadores. Los niños que han padecido abusos verbales o físicos, tiene más probabilidad de acceder a las respuestas violentas que a las respuestas competentes entre las almacenadas en sus memorias. Además, dado que la violencia perpetrada por sus padres consigue que hagan lo que los padres les exigen, aprenden que su propia violencia puede controlar el comportamiento de los demás y más a menudo evalúan el resultado de sus acciones violentas como positivo (Dodge 1990). Finalmente, siempre en opinión

de Díez-Aguado (1996), es a través de la familia como se adquieren los primeros esquemas y modelos en torno a los cuales se estructuran las relaciones sociales y las expectativas hacia los demás y que pueden llevar a la legitimación de la violencia. Si para Durant *et al.*, (1994) la previa exposición a la violencia familiar es el predictor más potente, para Truscott (1992) sólo la exposición a la violencia verbal y física paterna predisponen al adolescente al uso de la violencia, pero no la violencia materna o el haber presenciado a, y no sufrido, la violencia paterna. A estos factores Sommers y Baskin (1994) añaden el abuso de drogas y los problemas de salud mental padecidos por parte de un familiar. Además de tener una relación directa, la violencia paterna puede influir sobre la autoestima, que a su vez predispone a la implicación en comportamientos delincuentes (Brayan y Freed, 1982).

– Factores grupales.

Para afrontar la tarea de separarse de la familia, el adolescente normalmente se dirige hacia los iguales y satisface, de esta forma, su necesidad de pertenencia, reconocimiento y aceptación (Lowry *et al.*, 1995). La calidad de las relaciones entre iguales está asociada al desarrollo de la seguridad emocional, de la autoestima, de las normas conductuales y de los valores morales. Además, la interacción con los iguales puede proporcionar una “arena” en donde poner a prueba las habilidades interpersonales a través de la mutua exploración y de la retroalimentación (Panella *et al.*, 1982). Adán Revilla (1996) evidencia cómo “el grupo de iguales (...) es una institución secundaria en cuyo interior se desarrolla el sentido de la igualdad indispensable para llevar a buen puerto el proceso de autodeterminación”. Sin embargo, las investigaciones han observado también que la asociación con compañeros “desviados” es uno de los predictores más potentes del comportamiento delincuente (Warrs, 1993; Snider, 1995); en este caso, el grupo llega a ser, en la definición de Newcomb (1948), un grupo de referencia positivo disfuncional. El modelado y la aprobación de los actos delin-

cuentes son dos de los procesos más comunes utilizados para explicar el impacto negativo de las relaciones entre iguales (Snider, 1995). Tomando como base los resultados obtenidos por estos estudios, la pertenencia al grupo parecería suponer, para el adolescente, una forma de refuerzo positivo, de apoyo emocional y de posibilidad de actividades que dan satisfacción (Clemente, 1986; Bosch Marín *et al.*, 1987; Ayestarán, 1996; Martín *et al.*, 1998). Por ejemplo, Clemente (1985), en su estudio con mujeres encarceladas, evidencia cómo el grupo puede ser considerado tanto un lugar que permite la inserción y la aceptación, como el medio para realizar acciones satisfactorias que un individuo difícilmente conseguiría llevar a cabo solo.

El acatamiento de normas y valores desviados, respecto a los establecidos por el resto de la sociedad y más tolerantes hacia la violencia, es uno de los temas que mayor interés investigador han suscitado. Las normas grupales son ideas compartidas sobre los comportamientos que marcan la orientación de los miembros del grupo acerca de lo que pueden y no pueden hacer en determinadas circunstancias. Las normas, definiendo el rango de comportamientos que es tolerado y aceptado dentro del grupo, introducen un cierto grado de regularidad y predictibilidad en el funcionamiento del mismo y sugieren las recompensas o los castigos adecuados (Torres, 1980; Johnstone, 1981, 1983; Horowitz, 1983; Mills, 1984; Moore y Vigil, 1989; Lo, 1993).

Las normas del grupo son mantenidas y defendidas por el mismo a través del control que ejerce sobre sus miembros. Normalmente el control tiene dos funciones –mantener y promover en el grupo los comportamientos, las opiniones y las actitudes aceptables y modificar o cambiar los que son considerados inaceptables (Douglas, 1979)– y se puede definir, con palabras de Northen (1988), como “los patrones sociales de interacción a través de los cuales se influye, se limita y se dirige el comportamiento de los miembros del grupo (...)”. Por ejemplo, como han evidenciado

algunos autores (Homans, 1961; Sampson y Brandon, 1964; Mills, 1984), cuando un miembro se desvía de las normas del grupo, los demás miembros ejercen una presión sobre él para que se conforme, le sancionan y, si no “recapacita”, le ignoran. Además, según la opinión de Hartford (1971) si un miembro consigue adherirse a las normas del grupo, recibe la aprobación de los demás y experimenta satisfacción. Si no puede, desarrolla un sentimiento de fracaso. En este punto, al sujeto le quedan cuatro opciones: conformarse, cambiar la norma, seguir siendo un desviado o dejar el grupo. Hartford considera que la elección final se basa en dos factores. En primer lugar, si el grupo tiene mucha importancia para él, hay mayores probabilidades de que acepte la norma y asuma la conformidad; si no es así, decidirá dejar el grupo. En segundo lugar, el grupo tiene el poder de influenciar, a través del control, la decisión: un control débil permitiría al sujeto seguir en su papel de desviado, mientras que un control fuerte y efectivo le induciría a la conformidad.

Lo (1993), basándose en los resultados de sus estudios, subraya la mutua relación entre normas, control y cohesión: la cohesión permite que el control sea más eficaz, este propicia altos grados de conformidad alrededor de las normas que, a su vez, aumenta la cohesión. Dado que las normas de las bandas son socialmente inaceptables, el control en estos grupos asume las características negativas de la presión y como tal resulta ser un factor de vulnerabilidad hacia la implicación en comportamientos delictivos: “Las normas y los valores del grupo facilitan medios de logro no prescritos por las normas y valores establecidos. La compensación y el estatus son, entre otras, funciones principales de la participación en grupos de jóvenes. Pero una discrepancia entre metas y medios puede llevar a conductas desviadas: por ejemplo, la defensa del grupo y sus anexos (territorio, símbolos, etc.), no rechaza e, incluso, puede exigir, el empleo de la violencia” (Adán Revilla, 1996). En efecto, las peleas son a menudo una respuesta espera-

da por los propios compañeros o cómplices (Miller *et al.*, 1961; Short y Strodbeck, 1965; Jansyn, 1966; Spivak *et al.*, 1988; Taylor, 1990). Además, como ha evidenciado Northen (1988), las normas son un producto de la interacción social dentro de la banda, una vez establecidas pueden convertirse en normas del individuo e influenciar sus actitudes y su comportamiento también cuando está fuera del grupo. Finalmente, Mills (1984) considera que el control grupal no solo tiene una función de reequilibrio, sino que incrementa la solidaridad del grupo incidiendo en la importancia tanto de la norma, como de la conformidad a la misma. Todo ello determina el importante papel que la banda desempeña a la hora de crear y mantener normas desviadas que facilitan la implicación en comportamientos delincuentes (Miller, 1977; Spergel, 1990).

– Ámbito escolar.

En cuanto al ámbito escolar, habría que tener en cuenta dos niveles: el externo, que remite al contexto social en que se inserta, y el interno, que hace referencia a la dinámica institucional. Muchos problemas de conductas delictivas en la escuela están asociados a las características sociales, culturales, económicas y demográficas de la comunidad que la engloba. Por ejemplo, en muchos casos el clima académico no explica significativamente el grado de violencia escolar frente a otras variables como el número de alumnos que provienen de familias desestructuradas, emigrantes o conflictivas (Campart y Lindström, 1997).

Sin embargo, la escuela puede ser un elemento importante y decisivo en el desarrollo de inadaptación y marginación (Funes, 1990), o hasta de comportamientos delictivos (Silberberg y Silberberg, 1971; Wolfgang *et al.*, 1972; Senna *et al.*, 1974; Poole y Regoli, 1979; Elliot *et al.*, 1985). Algunos estudios apuntan, por ejemplo, que el 10% de los alumnos de secundaria ingleses y el 8% de noruegos admiten agredir a sus compañeros; en nuestro país, las investigaciones más recientes –llevadas a cabo en Sevilla y en la Comunidad Valenciana– evidencian que los alumnos que han perpetrado algu-

na agresión contra sus compañeros supone, en el primer caso, el 10%; mientras que el 43,5 % de los alumnos valencianos afirma haber sufrido alguna agresión física. Los agresores suelen ser varones, de la misma edad y clase del agredido; las agresiones se dan en su mayoría dentro de la misma escuela y no suelen recibir ninguna amonestación, ni por parte de los profesores, ni por parte de los padres (Smith, 1992; Olewus, 1991; cfr. en Ortega Ruiz, 1994; Informe de la Conselleria d'Educació de la Generalitat Valenciana, 1999). Otro dato de relieve subrayado por el mencionado Informe (1999) es que el 40,6% de los estudiantes afirma haber presenciado acciones violentas contra compañeros por parte de "pandillas o grupos".

Si el ámbito escolar padece de una organización rígida o inexistente, no es eficaz en la aplicación de los límites marcados por la disciplina, no ofrece alternativas para la solución de conflictos, está dominado por valores académicos contradictorios (prácticas de selección negativas en base a comparaciones entre alumnos, énfasis en los aspectos curriculares y poca consideración de la educación personal y social, no accesibilidad de los profesores, etc.) puede favorecer un incremento de las conductas delictivas (Hawkins y Lam, 1987; Mooji, 1997). Todos estos factores concurren para crear un contexto que, muy probablemente, no es capaz de responder a las expectativas académicas del alumno, disminuye su motivación y debilita sus vínculos educativos. En aquellos casos en los que también la familia ha fallado en su tarea educativa, el adolescente perdería, con la escuela, un ulterior factor de protección contra la implicación en conductas delincuentes (Martín *et al.*, 1998).

Rodríguez y Paino (1994) proponen un proceso que lleva del bajo nivel cultural a la conducta delictiva, pasando a través de las escasas expectativas de éxito, el fracaso y rechazo escolar, el bajo nivel de autoestima y el mal ajuste social. La conducta delictiva sería el final de la cadena, una respuesta de rechazo hacia lo que la escuela significa. También el relativo

aislamiento de la escuela en relación al exterior, debido en parte a las dificultades de comunicación y colaboración con los padres y a la distancia cultural entre los contenidos de la enseñanza y los intereses o las expectativas de los jóvenes, pueden ser factores de vulnerabilidad (Sellarés, 1998).

c) Entornos de socialización secundaria.

– *Factores sociales.*

Según algunos autores, el aumento llamativo del fenómeno de las bandas y su conducta delictiva aparece propiciado por la confluencia de determinados factores de índole preeminente macro-social, entre los que se encuentran el deterioro de la economía, el aumento de la competitividad, las ideas neoconservadoras de la sociedad, la existencia de comunidades étnicas cerradas (Iani, 1989; Rodríguez y Zayas, 1990; Pinderhughes, 1993; Lasley, 1992; Felson *et al.*, 1994; Winfree *et al.*, 1994); la progresiva desintegración de la vida familiar y la frecuente ausencia de la figura paterna (Geismar y Wood, 1936; Kaplan, 1980; Gorsky y Pilotto, 1993; Palermo y Simpson, 1995); el decaimiento de los controles institucionales (Moore, 1978; Downes, 1982; Horowitz, 1983; Klein y Maxon, 1985; Huff, 1989; Vigil, 1990; Fagan, 1990; Choquet *et al.*, 1991; Fox, 1992); la hostilidad y la frustración que afectan a la forma de vivir de los jóvenes y las situaciones de anomia social debidas a la institucionalización de metas éxitos sin que los recursos para ser alcanzadas estén a disposición de todos (Merton, 1938; Muñoz, 1991).

La Dirección General de Política Interior (1996), entre los factores sociales que propician un terreno fértil para la formación y el crecimiento de grupos juveniles desviados, establece un ciclo de causas que de la crisis económica lleva a un aumento considerable del tiempo libre y una falta de iniciativas para el uso alternativo de este tiempo, pasando a través de un retraso en la emancipación y en la incorporación al mundo del trabajo. Los jóvenes tratan de pasar su tiempo juntos, sin objetivo aparente y sin te-

ner un espacio específico para ello y, dado el clima social de desconfianza y el deterioro de las relaciones de vecindad, surgen conflictos en el reparto del espacio público.

Ya no sorprende la asociación entre altos niveles de delincuencia y entornos urbanos caracterizados por núcleos de infraviviendas con bajo estatus socioeconómico, alta densidad de población y altos niveles de desempleo (Williams, 1984). En estas zonas desfavorecidas, los controles sociales de las instituciones son débiles y, por ello, hay un incremento de las oportunidades ilegales (Sommers y Baskin, 1994).

Otra variable considerada entre los factores sociales es la pertenencia a minorías étnicas o raciales. En determinados contextos, como es el caso de los Estados Unidos, lo más expuestos a la pobreza y a la violencia, respecto a la población general, son las minorías (Johnson, 1978); sin embargo, la relación entre raza o etnia, situación socioeconómica y delincuencia es muy compleja. Por ejemplo, las investigaciones muestran claramente cómo la pobreza y la procedencia de zonas deprimidas son mejores predictores de conductas delictivas que la raza o la etnia (National Research Council, 1993). Cuando se tiene en cuenta el estatus socioeconómico, la disparidad entre las minorías étnicas y población general, respecto a los niveles de violencia interpersonal, disminuye significativamente (Loftin e Hill, 1974; Williams 1984; Centerwall, 1984). Centerwall (1984), utilizando como indicador del estatus socioeconómico el número de personas por metro cuadrado en las unidades de viviendas de Atlanta, ha demostrado que, cuando se controla el nivel socioeconómico, las diferencias raciales en el número de homicidios desaparecen. Hay un tipo particular de "transmisión cultural" de la violencia, concluyendo, que apunta a subculturas específicas de grupos sociales o de modelos culturales (Geen, 1990). Beynon (1989), por ejemplo, evidencia cómo la violencia entre alumnos y maestros de una escuela inglesa estaba regulada por patrones y era un recurso

estratégico para crear situaciones de la vida cotidiana “manejables y predecible”.

Medios de comunicación.

Entre los factores sociales, hemos querido considerar brevemente también la relación entre la implicación en la violencia y la exposición a la misma presentada por los medios de comunicación, siendo este un tema de debate siempre abierto. Hay distintas perspectivas teóricas sobre el tema –la teoría psicoanalítica de la catarsis, el efecto del modelado propuesto por la teoría del aprendizaje y las teorías de la desinhibición y de la desinhibición progresiva– que han confeccionado estudios de distinta índole –de laboratorio, de campo y correlacionales– que, a su vez, han proporcionado resultados controvertidos incapaces de justificar una explicación posible por encima de otras. Como subraya Enesco y Sierra (1994), el problema común a tales perspectivas teóricas y sus consiguientes estudios estriba en la presuposición de una relación unidireccional, esto es, una relación cuantitativa causal simple y directamente proporcional, entre los medios de comunicación (en particular la televisión) y los comportamientos agresivos o violentos.

Según los resultados de algunos estudios, parecería que la exposición a la violencia televisiva puede, por un lado, aumentar tanto los comportamientos agresivos y violentos en los niños y en los adolescentes (Eron y Huesmann, 1984, 1987; Zuckerman y Zuckerman, 1985), como su aceptación (Drabman y Thomas, 1974, 1976); y, por otro lado, disminuir la sensibilidad hacia la violencia (Rabinoviych *et al.*, 1972) y promover la adopción de actitudes sobre “el significado del mundo” consistentes con las conductas agresivas representadas (Bryant *et al.*, 1981). Sin embargo, en primer lugar, las correlaciones positivas halladas son bajas y explican sólo una pequeña proporción de la varianza; en segundo lugar, hay otras variables concomitantes, como la conducta parental y la situación socioeconómica que aportan un porcentaje de explicación superior.

Enesco y Sierra (1994) y Díez-Aguado (1996) evidencian que, si bien no se puede descartar un efecto de la violencia presente en los medios de comunicación sobre la conducta de los jóvenes, tampoco hay que desechar el papel que juegan otras variables como la existencia de sectores de la población de riesgo, mucho más vulnerables, para los que los mensajes mediáticos “se pueden convertir en detonantes de conductas antisociales” (Enesco y Sierra, 1994). Estos grupos de alto riesgo se caracterizarían por particulares condiciones familiares y socio-económicas relacionadas con la violencia y, además, serían más susceptibles a determinados contenidos mediáticos que, si bien no son violentos, proponen formas de vida y expectativas para ellos inalcanzables.

Desde la perspectiva opuesta, encaminada a evidenciar los aspectos positivos de los medios de comunicación, se ha demostrado que los niños pueden aprender estrategias no violentas de resolución de problemas a través de la televisión e imitarlas en sus juegos cuando surjan o se presenten conflictos (Slaby y Qyarfoth, 1980; Eron y Huesmann, 1984).

Ámbito laboral.

Algunas investigaciones han dado cuenta de la relación entre desempleo y conductas delictivas (Hirschi, 1969; Duster, 1987; Fagan y Wexler, 1987; Tolan, 1988b; Miguélez, 1992; Ruesga, 1992). El trabajo sigue ocupando un lugar central para la mayoría de los jóvenes, a pesar de una cierta desmitificación (Agullo Tomás, 1998). Por ende, las escasas oportunidades de trabajo crean una situación “de bloqueo, desencanto y marginación” que propiciaría el desarrollo de “una serie de trayectos o itinerarios que en la actualidad conducen a la desestructuración y al deterioro de la identidad de determinados colectivos de jóvenes” (Agullo Tomás, 1998) y los constriñe a ocupar posiciones marginales dentro del sistema (Zarraga, 1985). Ha sido evidenciado cómo la situación de desempleo o de trabajo precario produce malestar psicológico e insatisfacción con la vida presente, induce a pensamientos negativos y de fracaso, propicia el aislamien-

to, la desvinculación social y el despliegue de comportamientos negativos y desviados (Banks y Ullah, 1988; Blanch, 1990; Alvaro, 1992; Vala, 1989).

d) Otros problemas derivados de la violencia.

Hay conductas problemáticas que, en la totalidad de los estudios, están asociadas con la violencia (Wolfgang *et al.*, 1972; Choquet *et al.*, 1988; Drummond, 1990). Por ejemplo, en más de una ocasión se ha demostrado que el robo, los problemas de conducta en el ámbito escolar, el abuso sexual y el vandalismo se relacionan significativamente con la violencia (Felson *et al.*, 1994; Sommers y Baskin, 1994; Sussman *et al.*, 1994; Orpinas *et al.*; 1995). También el uso de drogas ha sido asociado a la implicación en conductas delictivas (Moore, 1978; Hagedorn, 1988; Vigil, 1988; Taylor, 1990; Martín *et al.*, 1998).

Goldstein (1985) propone una clasificación para explicar la relación entre violencia y drogas: “la violencia psicofarmacológica” es el resultado de los efectos específicos de las sustancias sobre las conductas, incluyendo la inhibición y la inhabilitación en el control de la agresividad y de los impulsos violentos; la violencia “económico-compulsiva” incluye crímenes violentos como el robo, cometidos para conseguir ganancia y mantener, de esta forma, el coste de los hábitos de consumo; la “violencia sistemática”, que da cuenta de la mayoría de los relacionados con las drogas, está asociada al sistema de distribución de las drogas, incluyendo la protección de los “puestos de venta” y los conflictos debidos a la competencia entre traficantes.

Finalmente, hay estadísticas que evidencian cómo más de la mitad de los agresores y de las víctimas de actos violentos habían bebido y que un alto porcentaje de los actos violentos ocurre en lugares donde se consume alcohol (Universidad de California, Universidad de Los Ángeles y CDC, 1985; Martín *et al.*, 1998).

Por todo lo expuesto, podemos concluir diciendo que, por un lado, los comportamientos desviados se distribuyen en base al rango de

gravedad a lo largo de un continuo (Jacobs y Ghodse, 1988; Tolan, 1988; Bjerregaard y Smith, 1993; Felson *et al.*, 1994) en cuyos polos se encuentran conductas antisociales y problemáticas (como el fugarse de casa) y las conductas criminales (como el abuso sexual, la violencia con armas y hasta el homicidio). Por otro lado, hay que considerar los comportamientos delictivos como un “síndrome” de causas (Donovan y Jessor, 1986; Jessor y Jessor, 1997), desde el haber estado expuestos a la violencia física paterna (Truscott, 1992) hasta la falta de asertividad (Sussman *et al.*, 1994). Sin embargo, qué facilita y predispone al adolescente para emprender la escalada a lo largo del continuo o qué factores subyacen a las distintas conductas es un problema todavía abierto (Henggeler, 1989).

2.1.2. Estudios realizados

En este apartado se reseñarán dos investigaciones que, por la rigurosidad de la metodología utilizada y el rango de variables consideradas, son un ejemplo válido de estudios correlacionales. Estos estudios no llegan a proponer explicaciones procesuales que permitan una relación casual entre las distintas variables consideradas y, por ende, estas investigaciones no pueden ser calificadas de “confirmatorias”.

El estudio de Bjerregaard y Smith (1993) resulta significativo por intentar aclarar las diferencias entre chicos y chicas en relación a los comportamientos delictivos y la afiliación a bandas y por relacionar directamente los comportamientos delictivos con el grupo de iguales, elementos que se consideran fundamentales en el estudio de la violencia juvenil. El estudio de Salts y colaboradores (1995) tiene el mérito de intentar focalizar la atención en la violencia, haciendo una clara distinción entre los comportamientos delictivos. Finalmente, en la discusión de los dos estudios, se comentarán sus resultados a luz de los datos obtenidos por un tercer estudio llevado a cabo en el seno de la Comunidad Autónoma de Madrid (Martín *et al.*, 1998).

a) Estudio de Bjerregaard y Smith (1993).

El interés fundamental de Bjerregaard y Smith (1993) fue investigar cuáles son los patrones de la participación femenina en bandas, sus causas y sus consecuencias. Las autoras consideran que este objetivo resulta imperante, dado que el fenómeno de la delincuencia femenina y de la pertenencia de chicas a bandas está aumentando y despierta cada vez más interés y dado que la información recogida hasta el momento, tanto por los estudios pasados como por los recientes, se refiere sobre todo a la participación masculina.

Según las autoras se pueden agrupar las investigaciones sobre la implicación en bandas y

comportamientos delictivos femeninos en dos escuelas de pensamiento. La primera argumenta que estos factores difieren substancialmente dependiendo del sexo del adolescente. La segunda, por el contrario, objeta que chicas y chicos están influenciados por factores estructurales similares. Basándose en los estudios anteriores, Bjerregaard y Smith han seleccionado cuatro dominios para la investigación: la desorganización social, la pobreza, la influencia de los iguales, los procesos familiares y la inadaptación personal.

La metodología elegida y utilizada por las autoras está resumida en la Tabla I.1.

TABLA I.1 METODOLOGÍA EMPLEADA POR BJERREGAARD Y SMITH (1993).

MUESTRA	INSTRUMENTO	ANÁLISIS
Estratificación de la muestra: sobrerrepresentación de varones y de sujetos procedentes de zonas deprimidas. N = 969 Edad = 13-15 M = 262 V = 707 Blancos = 15,5% Afroamericanos = 67,6% Hispanos = 16,9% Ciudad caracterizada por una tasa de delincuencia superior a las medias nacionales.	Dos entrevistas, con seis meses de separación la una de la otra.	1. Análisis factorial. 2. Regresiones lineales.

Entre las variables dependientes consideradas por las autoras, está la desorganización social y el dominio estructural (desorganización social, pobreza y expectativas escolares), los factores de iguales (delincuencia), los procesos familiares (relaciones afectivas y supervisión) y la inadaptación personal (actividad sexual y autoestima).

La desorganización social, basada en el censo, incluye el porcentaje de bienestar, la duración del desempleo, el porcentaje del nivel de pobreza, la movilidad de población, el porcentaje de hogares matriarcales, el porcentaje de población con menor grado que el del instituto y la composición racial. El nivel de pobreza fue medido a través de los datos de ingresos del

principal aportador de dinero al hogar, ajustados a la composición familiar. Las expectativas escolares fueron medidas a través de un ítem dicotómico que averiguaba si los sujetos creían o no que se iban a graduar.

El nivel de delincuencia de los iguales fue medido en una escala de 8 ítems que indagaba el número de miembros de la banda que se había implicado en comportamientos delincuentes de distinta gravedad en los últimos seis meses. Las relaciones familiares afectivas fueron medidas utilizando la escala de Hudson (1982), mientras que la supervisión fue medida a través de una escala de 4 ítems sobre el grado de control paterno percibido por los adolescentes y la importancia del mismo.

La actividad sexual fue medida preguntando a los sujetos si habían mantenido relaciones sexuales en los seis meses que separaban una entrevista de la otra. Finalmente, los índices de autoestima fueron calculados a partir de la escala de Rosenberg (1965).

Las variables dependientes consideradas fueron la afiliación a bandas y el comportamiento delincuente. Las autoras utilizaron como indicadores de la afiliación a una banda la pertenencia a la misma o a una “cuadrilla armada” por lo menos durante seis meses y el nombre de la banda. El 20% de los sujetos de la muestra fueron clasificados como miembros de una banda.

Los ítems de delincuencia y del uso de sustancias se referían a una delincuencia seria, moderada y menor, y al uso de alcohol y marihuana. Las autoras consideraron delincuencia seria conductas antisociales como el robo de coches, el asalto con armas de fuego y el provocar heridas graves. El porcentaje de sujetos que se implicaban en este tipo de delincuencia fue del 42%. En la delincuencia menor incluyeron los robos menores y el ser ruidoso y camorrista en lugares públicos. El porcentaje de sujetos que se implicaban en este tipo de delincuencia fue del 44%. El uso de alcohol corresponde a la tasa de consumo de cerveza, vino o licores fuertes sin permiso de los padres. El porcentaje de sujetos que consumían

alcohol fue del 35%. El uso de marihuana tiene una frecuencia en la muestra del 17%.

Los resultados más relevantes obtenidos en el estudio de Bjerregaard y Smith están expuestos en la Tabla I.2.

Por los resultados obtenidos, Bjerregaard y Smith afirman que hay una similitud sustancial entre chicos y chicas en cuanto a los factores de riesgo asociados con la pertenencia a bandas. En primer lugar, dicha pertenencia es un predictor de la implicación en conductas delictivas, tanto para chicos como para chicas; mientras que la autoestima, los procesos familiares, la pobreza y la desorganización social no correlacionan con la afiliación a bandas para ninguno de los dos sexos.

Los factores tradicionalmente asociados con la participación femenina a bandas son la inadaptación familiar y personal. Como puede observarse, sólo la segunda variable resulta significativa en el estudio llevado a cabo por Bjerregaard y Smith y, además, para ambos sexos a pesar de ser más significativa en el caso de las chicas.

El comportamiento delincuente de los iguales aumenta la probabilidad de implicación en bandas juveniles para ambos sexos, sin embargo, el impacto en el caso de las chicas es diferente.

La percepción de oportunidades limitadas –indicadas por las expectativas escolares– es la única variable que difiere en los dos sexos y es significativa sólo para la participación femenina. Este dato parecería sugerir la tesis de que las chicas entran a formar parte de una banda como consecuencia de la pérdida de oportunidades. El rango de edad al que pertenecen los sujetos de la muestra del estudio puede restringir la generalización de los resultados. Los adolescentes de la muestra son probablemente demasiado jóvenes respecto a los que típicamente se inician en una banda.

Las autoras consideran al respecto que es difícil saber hasta qué punto la pertenencia autorreferida a una banda representa para los sujetos

del estudio el comienzo de un proceso que lleva hasta una más estructurada actividad en la misma y no una iniciación temprana en el papel de adolescentes “duros” o el deseo de ser considerados miembros estables de una banda.

Finalmente, a pesar de que las diferencias entre la muestra de chicos y chicas en cuanto a la desorganización social y la pobreza no sean significativas, puede que los porcentajes sorprendentes obtenidos por Bjerregaard y Smith en el caso de la afiliación femenina a bandas estén influenciados por el hecho de que las adolescentes de la muestra puntúan en las dos variables

respectivamente 0,34 y 0,38, mientras que las medias de los chicos son de 0,22 y 0,28.

El estudio, a parte del objetivo principal de confrontar adolescentes mujeres y varones en sus actividades delictivas y en la afiliación a bandas, tiene el mérito de llevar a cabo un exhaustivo análisis sobre los factores que concurren en la predisposición hacia tales conductas y, basándose en una completa y crítica revisión teórica centrada sobre todo en los estudios más recientes, de proponer un conjunto de variables empíricamente sustentado que sienta las bases para que se puedan desarrollar, en un futuro, estudios confirmatorios.

TABLA I.2 RESULTADOS DEL ESTUDIO DE BJERREGAARD Y SMITH (1993).

RESULTADOS
<p><i>Participación en bandas</i></p> <p>El 22% de las chicas de la muestra refieren ser miembros de una banda, siendo este porcentaje ligeramente superior al de los varones (18%).</p> <p>Las características demográficas de los sujetos miembros de ambos sexos son similares, siendo relativamente superior el número de miembros que proviene de grupos raciales y étnicos minoritarios y que tiene una edad relativamente superior al resto de la muestra.</p>
<p><i>Participación en bandas y delincuencia</i></p> <p>Cada uno de los índices de uso de sustancias y delincuencia muestran una más alta prevalencia entre los miembros de una banda, sean masculinos o femeninos. Por ejemplo, el 68,5% de los miembros se han implicado en la delincuencia menor, en comparación con el 37,1% de los no miembros y esta discrepancia es todavía mayor en el caso de la delincuencia seria, un 73,5% contra un 8,9%.</p>
<p><i>Factores asociados con la pertenencia a bandas</i></p> <p>Las medidas de desorganización social no resultaron asociadas significativamente con la pertenencia a banda para ninguno de los dos sexos. Tampoco la pobreza está asociada significativamente con la pertenencia a una banda, tanto para chicos como para chicas.</p> <p>La única variable asociada sólo con chicas son las expectativas escolares: en el caso de las chicas, el tener bajas expectativas de éxito escolar incrementa de un 20% la probabilidad de participación en una banda, mientras que para los hombres sólo de un 1%.</p> <p>Los resultados que se refieren a la delincuencia de los iguales no evidencian diferencias entre los dos sexos: aumenta la probabilidad de implicación en las actividades de una banda de un 3% para los chicos y un 2% para las chicas.</p> <p>Ninguno de los índices referidos a los procesos familiares, cuando se controlan otros factores, se asocia a la delincuencia y participación a bandas, tanto para las chicas como para los chicos. Tampoco la baja autoestima relaciona con la pertenencia a bandas para ninguno de los sexos.</p> <p>Sin embargo, la asociación entre actividad sexual precoz y pertenencia a bandas es significativamente más evidente para las chicas que para los chicos: la implicación en actividades sexuales incrementa de un 34% la probabilidad de afiliación a bandas para las chicas y sólo de un 17% para los chicos. Un análisis temporal de la secuencia con la que se dan estas dos conductas llevado a cabo en el estudio, evidencia que la actividad sexual precoz anticipa y no es consecuencia de la afiliación a una banda.</p>

b) Estudio de Salts *et al.* (1995)

Los autores del presente estudio se hacen eco del grave problema social que supone el comportamiento violento de los adolescentes y evidencian, en primer lugar, cómo en la mayoría de las investigaciones no se han hecho adecuadas distinciones entre los tipos de delitos que conforman el rango de actividades ilegales cometidas por los adolescentes; y, en segundo lugar, cómo un número todavía más reducido de investigaciones han examinado las características psicosociales de los adolescentes violentos y su entorno. Además, para Salts y colaboradores (1995), la gran parte de los estudios sobre violencia padece limitaciones metodológicas como medidas no estandarizadas y comparaciones entre grupos inapropiadas, debido sobre todo al exiguo número de sujetos violentos considerados. Finalmente, a pesar de que los resultados de estas investigaciones indiquen que los adolescentes violentos cometen muchos delitos no violentos, no se ha determinado cuáles de los predictores del comportamiento violento son similares a los predictores del comportamiento delincuente en general.

Por todo ello, el objetivo de la investigación diseñada por Salts y colaboradores es utilizar medidas estandarizadas para poder averiguar si los predictores del comportamiento delincuente previamente determinados son también predictores del comportamiento violento de los adolescentes varones. Salts y colaboradores tenían también un segundo objetivo, relativamente menos importante en nuestra perspectiva, que era averiguar si los factores que predisponen a la violencia son los mismos para la población afroamericana que para la caucasiana. La revisión de la literatura llevada a cabo ha permitido a los autores seleccionar aquellas variables que determinan el comportamiento delincuente en general y que pueden o no predecir también el comportamiento violento. Las variables elegidas son similares a las consideradas por Bjerregaard y Smith. Entre los procesos familiares, Salts y colaboradores consideran, en lugar de la supervisión parental,

el grado de conflicto y cohesión, el énfasis religioso-moral y la desestructuración familiar. A la autoestima estos autores añaden, entre las variables personales, los éxitos académicos y el empleo del tiempo libre. Finalmente, basándose en algunos estudios que evidencian cómo los jóvenes agresivos tienen niveles de depresión similares a los de los jóvenes que acuden a los servicios de salud mental, deciden añadir una escala de depresión.

La metodología empleada por Salts *et al.*, se encuentra resumida en la Tabla I.3.

Las variables independientes empleadas por Salts y colaboradores fueron: factores familiares (estructura, grado de conflicto, cohesión, expresividad y énfasis religioso-moral, comunicación entre padres e hijos) y factores personales (autoestima, depresión, éxito escolar, tiempo libre). La estructura familiar fue determinada por el número de adultos con los que viven los adolescentes, pertenezcan o no a la familia. El grado de cohesión, el conflicto, la expresividad y el énfasis religioso-moral fueron las variables consideradas para medir las relaciones familiares. Para ello los autores utilizaron subescalas incluidas en la Escala del Clima Familiar de Moos y Moos (1986). La comunicación con los padres fue medida aparte, utilizando una serie de ítems para establecer la frecuencia con que los sujetos habían hablado con sus padres de determinados temas durante el último año, la satisfacción con la comunicación sobre los mismos temas y con quién hablarían o a quién pedirían ayuda si tuvieran determinados problemas personales. La autoestima fue medida a través de la Escala de Autoestima de Coopersmith (1981) y la depresión a través de la Escala de Depresión de Radloff (1977). La nota que más a menudo recibía el adolescente en clase fue utilizada como indicador del éxito escolar y la cantidad de tiempo que los sujetos dedicaban a determinadas actividades a lo largo de una semana como indicador del tiempo libre. El análisis factorial de los ítems de la segunda variable ha evidenciado dos factores: actividades en casa con supervisión y fuera de casa sin supervisión.

TABLA I.3 METODOLOGÍA EMPLEADA POR SALTS Y COLABORADORES (1995).

MUESTRA	INSTRUMENTO	ANÁLISIS
<p>Criterios añadidos de selección: procedencia de vecindarios de clases sociales bajas: el residir en viviendas sociales; participación en programas de ayuda a la alimentación.</p> <p>N = 1192</p> <p>Varones</p> <p>Edad = 12-19</p> <p>Afroamericanos = 77,6%</p> <p>Caucasianos = 22,4%</p> <p>Puntos de muestreo:</p> <ol style="list-style-type: none"> 4 colegios de una ciudad de más de 250.000 habitantes; 1 colegio de una ciudad de 25.000 habitantes; 1 colegio de una zona rural. 	<p>Un cuestionario.</p>	<ol style="list-style-type: none"> Análisis factoriales para aquellas variables que consistían en listados de ítems. Posteriormente, dos análisis de regresión jerárquica: el primero consistente en una variable dependiente (la violencia juvenil) y siete independientes (éxito escolar, estructura familiar, relaciones familiares, problemas de comportamiento escolar, consumo de tabaco, alcohol y de marihuana, delincuencia); el segundo considerando cada una de las variables independientes por separado. Para evidenciar las diferencias entre afroamericanos y caucasianos se aplicó un análisis de varianza.

Utilizando una escala de 16 ítems los autores midieron la frecuencia con que los sujetos llevaban a cabo determinadas conductas violentas o problemáticas típicas de la adolescencia, que consideraron como primera variable dependiente; mientras que utilizando una escala de 12 ítems midieron la frecuencia de uso de drogas, que consideraron como segunda variable dependiente. Los análisis factoriales realizados por Salts y colaboradores sobre ambas

indicaron 4 factores para las conductas problemáticas (problemas de comportamientos en la escuela, robos, otros comportamientos delincuentes serios y comportamientos violentos); mientras que para el uso de drogas resultaron 2 factores (consumo de tabaco/alcohol/marihuana y consumo de drogas). Los resultados más relevantes obtenidos por Salts y colaboradores se exponen en la Tabla I.4.

TABLA I.4 RESULTADOS DEL ESTUDIO DE SALTS Y COLABORADORES (1995).

RESULTADOS
<p>Afroamericanos</p> <p>Las variables independientes estudiadas explican el 39% de la variación del comportamiento violento. La edad y la estructura familiar son las únicas variables no significativas. La localización de la escuela explica un 2% de la varianza y los estudiantes que provienen de una zona rural tienen índices de violencia menores. Las variables referentes a las relaciones familiares dan cuenta del 5% de la varianza y sólo el conflicto produce efectos significativos sobre la violencia. Las variables individuales dan cuenta del 8% de la varianza en el modelo total, del 11% en el modelo parcial (cuando es la única variable considerada junto con la edad) y el tiempo que el adolescente pasa fuera de casa es el predictor más potente del comportamiento violento. Los problemas de conducta en la escuela explican el 11% de la varianza en el modelo total y un 19% en el parcial (cuando es la única variable considerada junto con la edad). La adicción al tabaco, el alcohol y la marihuana explica el 4% de la varianza en el modelo total y más del 16% en el parcial (cuando es la única variable considerada junto con la edad). La participación en otros comportamientos delictivos serios explica el 8% del modelo total y el 27% en el parcial (cuando es la única variable considerada junto con el uso de otras drogas). El consumo de otras drogas no ha resultado significativo.</p>

Caucasianos

Las variables independientes estudiadas explican el 58% de la variación del comportamiento violento. La edad, en el caso de los caucasianos, es estadísticamente significativa, dando cuenta del 3% de la varianza: con el crecer de la edad hay un incremento de la violencia. Ni la localización de la escuela ni la estructura familiar son significativas. Las variables referentes a las relaciones familiares dan cuenta del 18,6% de la varianza en el modelo total y del 20% en el parcial (cuando es la única variable considerada junto con la edad), sólo el conflicto y el énfasis religioso-moral produce efectos significativos sobre la violencia. Las variables individuales dan una significativa contribución en la explicación de la varianza tanto en el modelo total (10,8%), como en el parcial (18%, cuando es la única variable considerada junto con la edad) y el tiempo que el adolescente pasa fuera de casa es, también en el caso de los caucasianos, el predictor más potente del comportamiento violento. Los problemas de conducta en la escuela explican el 6,3% de la varianza en el modelo total y un 24% en el modelo parcial (cuando es la única variable considerada junto a la edad). La adicción al tabaco, al alcohol y la marihuana explica el 2,6% de la de la varianza en el modelo total y el 19% en el modelo parcial (cuando es la única variable considerada junto con la edad). La participación en otros comportamientos delictivos serios contribuye significativamente a la explicación de la varianza, tanto en el modelo total (14%) como en el parcial (46%, cuando es la única variable considerada junto con el uso de otras drogas). El robo, la implicación en otros comportamientos delictivos y el consumo de otras drogas son todos predictores significativos. Ninguno de los índices referidos a los procesos familiares, cuando se controlan otros factores, se asocia a la delincuencia y participación a bandas, tanto para las chicas como para los chicos. Tampoco la baja autoestima relaciona con la pertenencia a bandas para ninguno de los sexos.

Sin embargo, la asociación entre actividad sexual precoz y pertenencia a bandas es significativamente más evidente para las chicas que para los chicos: la implicación en actividades sexuales incrementa de un 34% la probabilidad de afiliación a bandas para las chicas y sólo de un 17% para los chicos. Un análisis temporal de la secuencia con la que se dan estas dos conductas llevado a cabo en el estudio, evidencia que la actividad sexual precoz anticipa y no es consecuencia de la afiliación a una banda.

Los autores opinan que, en general, los resultados de su estudio corroboran la hipótesis de que los predictores de la delincuencia son los mismos que los del comportamiento violento juvenil, tanto en el caso de los afroamericanos como en el de los caucasianos. De hecho, evidencian que todas las variables utilizadas presentan por lo menos una baja significatividad estadística en la dirección esperada. Las regresiones de modelos parciales indica que las relaciones familiares, los aspectos individuales, los problemas de comportamiento en la escuela, el uso de sustancias y un adicional comportamiento delictivo serio son todas variables que se relacionan con la conducta violenta adolescente. La estructura familiar es la única excepción en los resultados esperados para ambas submuestras y los autores consideran que puede ser debido a que esta variable, en investigaciones anteriores, ha sido confundida con el frecuente bajo estatus socioeconómico de las familias monoparentales. De hecho, la muestra del estudio de Salts y colaboradores

proviene mayoritariamente de familias con un estatus socioeconómico bajo, sin que tenga que ver con la estructura familiar.

El segundo objetivo que los autores se habían propuesto era averiguar si los factores predictivos de la violencia eran similares para caucasianos y afroamericanos. La diferencia más relevante es el porcentaje de varianza explicado por las variables consideradas en su conjunto: un 39% en el caso de los afroamericanos, frente a un 58% en el caso de los caucasianos. Salts y colaboradores estiman que este resultado podría apoyar las hipótesis según las cuales las influencias históricas y las distintas condiciones del entorno pueden ser una fuente de diferenciación.

La edad es una variable significativa sólo para los caucasianos a pesar de que, comparando las dos submuestras, los afroamericanos más jóvenes dan cuenta de una mayor implicación en comportamientos violentos, esto es, empiezan a implicarse en dicha conducta a edades inferiores respecto a los caucasianos.

La relación negativa significativa evidenciada entre el énfasis religioso-moral y la violencia en el caso de los caucasianos, en opinión de los autores, podría estar apoyando los resultados paralelos obtenidos en otros estudios respecto a la delincuencia en general. Hacen notar, en cualquier caso, que no hay diferencias en esta variable entre las dos submuestras, a pesar de ser significativa sólo en el caso de los caucasianos.

Por lo que se refiere a la comunicación y al soporte por parte de los padres, los resultados evidencian que las dos submuestras no se diferencian en cuanto a la comunicación con el padre, pero sí en el caso de la madre, donde obtienen mayores puntuaciones los afroamericanos. Sin embargo, dadas las bajas consistencias internas obtenidas por las subescalas de la FES, especialmente en el caso de la expresividad y del énfasis religioso-moral, en opinión de los autores podría ser que las medidas de las relaciones familiares vean reducida su eficacia.

Es importante destacar que las variables de depresión y autoestima no resultaron ser significativas, sólo la depresión es algo significativa en el caso de los caucasianos. Los autores refutan que la autoestima no predice la delincuencia cuando se consideran otras covariantes como las relaciones familiares.

Finalmente, el tiempo libre es un predictor relevante de la violencia para ambas submuestras, a pesar de que los afroamericanos pasen mucho más tiempo que los caucasianos fuera de casa. Los autores consideran que esta significatividad es debida a que la medida, incluida en las variables individuales, recoge la influencia de otros factores referidos a dinámicas interpersonales más que intrapersonales. En el primer caso, sugieren que la supervisión parental puede estar reflejada en el control que la familia ejerce respecto a cómo los adoles-

centes gastan su tiempo libre. Mientras que en el segundo caso, sugieren que la variable que puede estar pesando es la influencia de los iguales.

La crítica más importante que se puede dirigir al estudio de Salts y colaboradores es que, partiendo del presupuesto de que los factores que intervienen en la explicación del comportamiento delincente son los mismos para el comportamiento violento, acaban encontrando resultados que apoyen tal hipótesis, sin poder determinar cuáles serían, en su caso, las otras variables no incluidas en principio y que se relacionan de forma más peculiar con el comportamiento violento. El ejemplo claro es el papel desempeñado por el grupo de iguales, que no ha sido considerado como influencia significativa en la iniciación y desarrollo de la violencia.

Por otro lado, la localización de la muestra preferentemente de entornos socio-económicos desfavorecidos y el hecho de que las dos submuestras no estén equilibradas, tanto en número de sujetos como en estatus, hace que los datos sean poco generalizables.

c) Discusión

Los dos estudios anteriormente presentados cobran particular importancia a la luz de los resultados obtenidos por una investigación sobre comportamientos de riesgo juveniles (incluida la violencia) llevada cabo con una muestra representativa de los jóvenes de la Comunidad de Madrid por Martín y colaboradores (1998). Hay significativos paralelismos en cuanto a las variables consideradas (socio-demográficas, ámbito personal, familiar, escolar y tiempo libre) y en algunos de los resultados obtenidos.

Las características de la muestra y los resultados referidos a los análisis sobre la conducta violenta del estudio de Martín y colaboradores (1998) están recogidos respectivamente en la Tabla I.5 y en el Esquema I.1.

TABLA I.5 CARACTERÍSTICAS DEMOGRÁFICAS DE LOS VIOLENTOS DEL ESTUDIO DE MARTÍN Y COLABORADORES (1995).

CARACTERÍSTICAS DEMOGRÁFICAS DE LOS VIOLENTOS	
Incidencia (sobre una muestra representativa de la Comunidad Autónoma de Madrid)	(1) 11,9%
Sexo (1)	M – 8,6% V – 14,9%
Edad (1)	15-18 – 27,8% 19-22 – 10,2% 23-29 – 3,2%
Ocupación (2)	Estudiantes – 64,4% Parados – 27,4% Trabajadores – 8,2%
(1) Porcentajes sobre la muestra total.	
(2) Porcentajes sobre la submuestra de violentos.	

En primer lugar, resulta evidente que los factores relacionados con el entorno socio-demográfico en el que viven los adolescentes, a pesar de tener una incidencia preponderante, no resultan interesantes a la hora de formular explicaciones sobre el desarrollo de determinados patrones de conducta, porque lo explican todo sin que nada quede claro. En este aspecto merece la pena hacer una distinción entre lo que normalmente se entiende por situaciones de "marginalidad", patogénicas respecto a las conductas delictivas, y los contextos más "normalizados" pero "deficitarios", en los que se desarrollan conductas antisociales como la violencia exogrupal que aquí interesa.

En el estudio de Martín y colaboradores esta distinción ha permitido establecer un continuo de conductas de riesgo que delinea dos grupos diferenciados para los que se pueden plantear hipotéticos procesos evolutivos y pronósticos distintos: el primero, caracterizado por sujetos

violentos, daba cuenta de ciertas "carencias" en algunos procesos socializadores (fundamentalmente familiares y educativos), mientras que el segundo, caracterizado por sujetos que no se implicaban en la violencia pero que mantenían patrones de conductas de riesgo más generalizados y autodestructivos, daba cuenta de "carencias" en prácticamente todos los procesos socializadores (familiares, educativos, interpersonales, laborales). Sólo para este segundo grupo ha resultado ser significativo el estatus socioeconómico. Martín y colaboradores añaden, además, que los sujetos del primer grupo mantendrían un vínculo social, aunque débil, que les permitiría cierta integración, si no presente por lo menos futura; mientras que los segundos ocuparían más bien posiciones periféricas y "marginales" respecto a la sociedad, que los alejarían cada vez más de las concretas posibilidades de reinserción.

ESQUEMA I.1: CARACTERÍSTICAS DEFINITORIAS DE LOS VIOLENTOS EN COMPARACIÓN CON SUJETOS NO VIOLENTOS. (MARTÍN Y COLABORADORES, 1998).

NO VIOLENTOS		
<p>Predominan mujeres. Mayor edad. Amas de casa, servicio militar o prestación social sustitutoria y trabajadores. Atribuyen la violencia a factores más cercanos a su ámbito. Relación afectiva estable o sin relaciones. Más preocupados por la violencia. No niegan los problemas. Ocio cultural y familiar.</p>	<p>Poca satisfacción con la consideración que los demás les tienen. Satisfechos con su rol familiar. Satisfechos con notas y su esfuerzo. Menos satisfechos sus amigos. Ideología moderada y de centro. Más tolerantes, menos radicales. Mayor autoestima.</p>	<p>No simpatizan no pertenecen a tribus. No vandálicos. Menos tiempo libre. Menor consumo de hachís y cocaína. Poco dominio de eventos vitales.</p>
CARACTERÍSTICAS COMUNES		
<p>Clase social. Percepción de amenaza. Satisfacción con su rol social. Progresismo, antimilitarismo y lealtad. Importancia religión. Expectativas.</p>	<p>Ocio de viajes, ordenador o recreativos. Escasez de dinero. Satisfacción con la formación, compañeros y profesores. Satisfechos con su trabajo. Buen apoyo social general. Igual consumo de alcohol y cocaína.</p>	
VIOLENTOS		
<p>Predominan varones. Edad más baja. Estudiantes o jóvenes parados/buscando empleo. Atribuyen la violencia a factores más alejados de su ámbito. Han sufrido más agresiones, pero se preocupan menos por la violencia. Más satisfacción con la consideración que los demás les tienen. Mayor consumo de hachís y drogas de diseño.</p>	<p>Más radicales, menos tolerantes. Alto dominio de eventos vitales. Más tiempo libre. Ocio tomar copas, pasivo, TV o deportivo. Relación afectiva pasajera. Insatisfechos con las notas y el esfuerzo personal. Perciben menos apoyo familiar. Más satisfechos con los amigos.</p>	<p>Simpatizan/pertenecen a tribus urbanas. Negación de problemas. Mayor conflicto y menor cohesión familiar. Más vandálicos. No trabajan. Baja autoestima.</p>

Salts y colaboradores (1995), como ha sido expuesto anteriormente, consideran que los factores estudiados, seleccionados entre los que son predictivos de comportamientos delincuentes, llegan a dar cuenta de una considerable cuota de violencia. Sin embargo, hay diferencias entre afroamericanos y caucasianos dado que el porcentaje de varianza explicado por los mismos en el caso de los afroamericanos es llamativamente inferior; asimismo, sólo en el caso de este grupo resulta significativo el estatus socioeconómico. Los autores sugieren que el contexto histórico y sociocultural, que caracteriza a las minorías étnicas que viven en Estados Unidos, podría facilitar una interpretación de este resultado.

En nuestra opinión, si cambiamos las premisas añadiendo que los factores que subyacen a los dos comportamientos (delictivos y violentos) son similares pero atañen a procesos (sobre todo de socialización) distintos, se llegaría a establecer un paralelismo, por un lado, entre el grupo de afroamericanos del estudio de Salts y colaboradores y el grupo de jóvenes madrileños definido por Martín y colaboradores como "marginales"; por otro lado, entre caucasianos y los jóvenes madrileños que se implican en conductas violentas. En este caso, los resultados de Salts y colaboradores podrían explicarse en base al continuo propuesto por Martín y colaboradores.

Los dos estudios son similares en otros resultados. En ambos, las variables relacionadas con el conflicto familiar y el énfasis religioso-

moral han resultado significativas, al igual que el tiempo libre disponible y su ocupación: los sujetos violentos dan cuenta de un mayor conflicto familiar, de un menor énfasis religioso-moral y de tener a su disposición más tiempo libre –que emplean en actividades fuera de casa y sin supervisión– respecto a los sujetos no violentos. Así mismo la autoestima, en los aspectos relacionados con la familia, resulta ser más negativa en los violentos. Existe cierto paralelismo también en el estudio de Bjerregaard y Smith (1993): los resultados evidencian cómo los sujetos violentos tienen menos relaciones afectivas estables y relaciones sexuales esporádicas con más de una persona al año y cómo la satisfacción con la situación académica, vinculada de cierta forma con las expectativas, es más negativa en el caso de los violentos que en el de los jóvenes que no se implican en conductas violentas.

Estas consideraciones tienen que ser enfocadas desde una perspectiva orientada a encontrar puntos de encuentro entre investigaciones y, por ende, los resultados apuntan a paralelismos más que a coincidencias debido a las características de la muestra y, en algunos casos, a las operativizaciones utilizadas en las distintas variables.

d) Resumen

En este apartado hemos querido resumir algunos de los estudios más significativos que se refieren exclusivamente a la violencia juvenil. En la siguiente tabla se muestran dichos estudios.

TABLA I.6 RESUMEN DE LOS ESTUDIOS REFERIDOS EXCLUSIVAMENTE A VIOLENCIA.

Autores	Cornell, D.D. (1990)
Sujetos	N= 202 varones. Edad: 12-17 años. Virginia.
Factores	Disfunciones familiares; adaptación escolar; violencia anterior; actividad criminal; consumo de drogas.
Método	<p>MANOVA:</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Violentos vs. no violentos 2. Homicidas vs. agresores 3. Violencia anterior 4. Actividad criminal 5. Consumo de drogas.
Resultados	<ul style="list-style-type: none"> – Las variables violencia anterior y consumo de drogas son las que distinguen entre violentos y no violentos. – La violencia anterior es la que distingue entre homicidas y agresores. – La actividad criminal y el consumo de drogas son las variables que distinguen entre homicidios relacionados con el crimen y homicidios relacionados con el conflicto. – Las variables disfunciones familiares, la adaptación escolar y la actividad criminal distinguen entre los violentos contra familiares y violentos contra otros.
Límites	<ul style="list-style-type: none"> – Dado que en los análisis se han considerado conjuntamente varios tipos de conductas delictivas, la variabilidad en el grado y tipo de violencia acaba siendo explicada únicamente por otras conductas delictivas. – Uno de los límites comunes a prácticamente todas las investigaciones es la no representatividad de la muestra. No ya a nivel nacional, sino a nivel regional o urbano. – Además, en algunos casos no se equiparan o controlan los sujetos con grupos control adecuados en cuanto a grupo étnico, sexo, edad y nivel socioeconómico. – Finalmente, en otros casos no hay grupo control cuando los sujetos proceden de programas de inserción o corrección.

TABLA I.6 RESUMEN DE LOS ESTUDIOS REFERIDOS EXCLUSIVAMENTE A VIOLENCIA (CONTINUACIÓN).

Autores	Truscott, D. (1992)
Sujetos	N= 90 varones. Edad: 12-18 años.Edmonton (Alberta).
Factores	Salud mental (MMPI); autoestima.
Método	<p>MANOVA:</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Independiente: violencia física/verbal paterna/materna 2. Independiente: violencia de los padres x del adolescente. Dependientes: factores. <p>ANCOVA:</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Independiente: violencia de los padres x del adolescente. Dependiente: MMPI esquizofrenia
Resultados	<ul style="list-style-type: none"> – Las variables violencia física/verbal paterna, es significativa. – Las escalas “Depresión” y “Esquizofrenia” son significativas en el caso de la violencia paterna. La escala “Esquizofrenia” lo es en el caso de la violencia del adolescente. – Los adolescentes violentos que han padecido la violencia de los padres puntúan más alto en la escala “Esquizofrenia”.
Límites	– Las variables consideradas se refieren únicamente a la esfera de la personalidad.

Autores	Durant, R.H.; Cadenhead, C.; Pendergrast, R.A.; Slavens, G. y Linder, C.W. (1994)
Sujetos	N= 225, de los cuales 99 son varones u 126 mujeres. Edad: 11-19 años, afroamericanos. Augusta (Georgia).
Factores	Exposición a violencia del entorno, violencia familiar; supervisión parental; depresión; expectativas de futuro; propósitos para la vida; actividad religiosa; estructura familiar; aspiraciones futuras; estatus socioeconómico.
Método	Análisis de Regresión.
Resultados	– Las variables que mejor predicen la violencia son la exposición a la violencia y víctimas de violencia, la depresión y el sexo.
Límites	– La muestra tiene la limitación de referirse a un único grupo étnico y, además, estar compuesta por sujetos que proceden de un programa de "Ayudas a la vivienda".

TABLA I.6 RESUMEN DE LOS ESTUDIOS REFERIDOS EXCLUSIVAMENTE A VIOLENCIA (CONTINUACIÓN).

Autores	Sussman, S.; Dent, C.W.; Stacy, A.W.; Burton, D. y Fray, B.R. (1994)
Sujetos	N= 920, de los cuales 460 eran varones y 460 mujeres; todos de 71 grado. California.
Factores	Datos sociodemográficos; supervisión parental; presión del grupo de iguales; conflicto familiar; consumo de drogas; participación en actividades extra escolares y escolares; búsqueda de riesgo; autoestima; percepción del estrés; orientación activa/pasiva; factores de riesgo para la salud.
Método	Análisis de correlación.
Resultados	– Se evidencian dos figuras de adolescente de riesgo: uno, depresivo e intencionalmente autodestructivo (ausencia parental, conflicto familiar, baja autoestima) y otro, enfadado y no intencionalmente autodestructivo (conflicto e insatisfacción parental, búsqueda de riesgo).
Límites	– El número de conductas considerado es elevado, quedando agrupados los accidentes con las conductas activas.

Autores	Orpinas, P.K.; Basen Engquis, K.; Grunbaum, J.A. y Parcel, G.S. (1995)
Sujetos	N=2075, de los cuales 1097 son varones, 978 son mujeres, todos de 91-111 grado. Texas.
Factores	Datos sociodemográficos; éxito escolar; conductas de riesgo para la salud.
Método	Análisis de regresión.
Resultados	– Las variables que han resultado explicativas han sido el consumo de alcohol, el número de compañeros sexuales, la percepción del éxito escolar y el grado escolar.
Límites	– Se refiere estrictamente al ámbito escolar.

2.2. Estudios confirmatorios

Algunos autores, persiguiendo visiones más globales del fenómeno de la delincuencia juvenil a las anteriormente expuestas, han propuesto y utilizado como sustrato del trabajo empírico procesos psico-sociales y modelos teóricos más amplios.

El objetivo de los apartados siguientes es describir, analizar y comentar tres aportaciones de entre las que se consideran más interesantes: en primer lugar, un estudio presentado y realizado por Baron y Tindall (1993) basado en la Teoría del Control y del Vínculo Social (Hirschi, 1969); en segundo lugar el estudio de Thorneberry y colaboradores (1993) que es una comparación entre el Modelo de la Selección y el de la Facilitación Social; finalmente, el estudio de Winfree y colaboradores (1994) que hace referencia a la Teoría de la Asociación Diferencial (Sutherland y Cressey, 1974) y del Aprendizaje Social (Akers, 1985). Los tres estudios se complementan mutuamente, dado que permiten una visión más amplia a la hora de interpretar los resultados y son una buena síntesis de las teorías más importantes que orientan la investigación actual.

2.2.1 Teoría del control y vínculo social

Uno de los resultados respaldados por casi la totalidad de los estudios sobre comportamientos desviados demuestra cómo muchos jóvenes que se implican en conductas delictivas, tienen amigos delincuentes que los acompañan en la realización de la mayoría de tales conductas (Short y Strodbeck, 1965; Hirschi, 1969; Kornhauser, 1978; Elliot *et al.*, 1985; Gottfredson e Hirschi, 1990). Sin embargo, esta evidencia empírica es el punto de partida de una importante controversia (Hirschi, 1969).

Por un lado, los teóricos de la Trasmisión Subcultural consideran que los adolescentes adquieren valores actitudes y herramientas conductuales hacia y para los comportamientos delictivos a través de su asociación con individuos delincuentes (Cohen, 1955; Cloward y Ohlin, 1960). En oposición, los Teóricos del Control Social argumentan que los adolescentes, en principio, se implican en conductas delictivas y, sólo a posteriori, este hecho facilita su asociación con individuos delincuentes.

Revisando la literatura sobre el tema, el soporte empírico a la primera perspectiva parecería ser

muy escaso (Kornhauser, 1978; Hagan, 1984; Nettler, 1984). Por ejemplo, Kornhauser (1978) argumenta que no hay evidencia clara de que en las bandas existan normas o subculturas desviadas, mientras que Hagan (1984) considera que el enfoque de la Transmisión Subcultural pone demasiado énfasis en la estructura organizativa de las bandas. De hecho, en opinión de algunos autores (Short y Strodbeck, 1965; Jansyn, 1966; Klein y Crawford, 1967; Suttles, 1968), estos grupos son afiliaciones abiertas, con una cohesión mínima y una baja estabilidad en cuanto a la pertenencia, características que dificultarían la formación de unas normas subculturales propias. Según Nettler (1974) el problema básico con el que se enfrenta el enfoque de la Transmisión Subcultural es la tendencia a inferir (más que identificar independientemente) normas subculturales desde comportamientos subculturales; esto es, tiende tautológicamente a descubrir y no a explicar (Hagan, 1984) los comportamientos subculturales a través de los mismos comportamientos subculturales. Sin embargo, pese a que las teorías sobre el Control Social han encontrado un apoyo empírico considerable (Hirschi, 1969; Hindelang, 1973; Kornhauser, 1978; Johnson, 1979; Wiatrowski *et al.*, 1981; Nettler, 1984) tienden a subestimar la importancia de los iguales en la generación del comportamiento delictivo (Hirschi 1969).

a) Estudio de Baron y Tindall (1993)

Retomando estas divergencias, Baron y Tindall (1993) han explorado la estructura relacional de las bandas con el objetivo de aclarar el papel que los vínculos sociales y las relaciones entre iguales juegan en la predisposición hacia los comportamientos delictivos. El enfoque teórico de partida de los autores se basa en la Teoría del Control, según la cual los comportamientos delictivos son el resultado del relajamiento de los vínculos con el orden convencional; y se sirven de la definición de vínculo social propuesta por Hirschi (1969), el cual identifica cuatro elementos de los vínculos sociales: el apego, el compromiso, la implicación y las creencias.

El apego se refiere al nivel en el cual las personas están unidas a otros (familiares, profesores, etc.) a través del respeto, del afecto y de la socialización a las normas del grupo. El apego sensibiliza los individuos hacia los deseos y expectativas de los demás y de este modo pone límites al comportamiento delictivo. El compromiso considera la posición del individuo dentro de la sociedad convencional o el grado en el que los individuos desarrollan un "empecinamiento en la conformidad", que hace que los actos delictivos sean vistos como comprometedores de los logros convencionales. El grado de implicación se define como el grado de participación de un individuo en las actividades convencionales que, a su vez, limitan las oportunidades de implicación en conductas delictivas. Finalmente, con creencias Hirschi se refiere a la lealtad hacia un sistema de valores común o dominante: es mucho más fácil que se impliquen en comportamientos delictivos los que no creen en el sistema de valores, o creen en él a un nivel inferior. Respecto a la cuestión del apego a los iguales, siguiendo las ideas de Hirschi, los autores admiten que los individuos que se implican en conductas delictivas tienen amigos delincuentes. Sin embargo, lo consideran como un producto incidental de las causas reales de las conductas delictivas, esto es, los vínculos sociales débiles. Además, siempre basándose en los resultados de los estudios de Gottfredson y Hirschi (1990), consideran que a los adolescentes con bajo autocontrol no les gusta la escuela, el hogar ni el trabajo porque imponen disciplina, supervisión y otras restricciones comportamentales. Para escaparse a tales restricciones estos jóvenes "gravitan hacia la calle".

Por otra parte, los individuos con bajo autocontrol tienen dificultades en crear y mantener relaciones de amistad, y estas dificultades hacen que se vinculen a otros individuos con bajo autocontrol, creando grupos desorganizados e inestables. Los sujetos no aprenden un bajo autocontrol en estos grupos, sino más bien la participación en tales grupos indica un bajo nivel de autocontrol. El estudio de Baron

y Tindall se basa en un cuerpo de ocho hipótesis, las más relevantes se evidencian en la Tabla I.7; la metodología elegida para poder

comprobar dichas hipótesis se muestra resumida en la Tabla I.8.

TABLA I.7 HIPÓTESIS CONCEPTUALES DEL ESTUDIO DE BARON Y TINDALL (1993).

HIPÓTESIS
<p>Hipótesis más representativas:</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Aquellos miembros que tienen vínculos débiles con el orden convencional serán los más integrados en el grupo. 2. Cuanto más tiempo ha participado un miembro en el grupo, mayor será su integración. 3. Aquellos miembros del grupo que mantienen vínculos débiles con el orden convencional desde hace más tiempo, son los que tienen más actitudes delictivas. 4. Cuanto mayor sea la centralidad de un individuo, más actitudes delictivas mantendrá. 5. Cuanto más vínculos directos mantiene un sujeto, mayor probabilidad tendrá de situarse, en un sociograma, entre otros dos miembros en la línea más corta que los conecta.

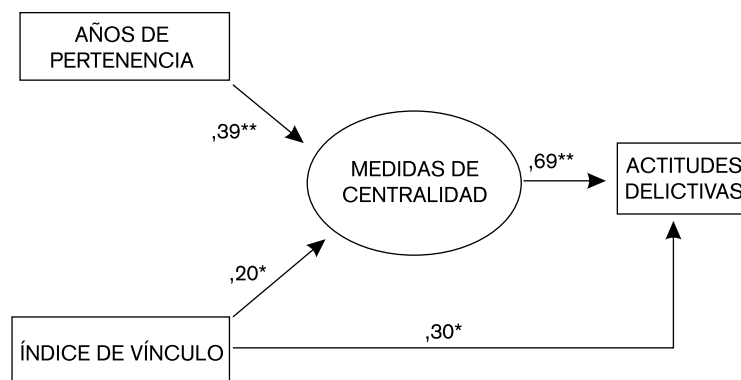
TABLA I.8 METODOLOGÍA EMPLEADA POR BARON Y TINDALL (1993).

Muestra	Grupo de punks.
Instrumento	<p>Observación participante y entrevistas no estructuradas.</p> <p>Técnica: análisis de la red social:</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. enfatiza las relaciones entre entidades sociales; 2. asume que la estructura de la red interpersonal es importante en la explicación del comportamiento humano; 3. considera que las estructuras de comunicación de los sistemas sociales son predictivas en la distribución de las actitudes y del comportamiento. <p>Concepto clave: "centralidad" (Berkowitz; 1982).</p>
Análisis	Regresiones

Las variables independientes utilizadas por Baron y Tindall para el trabajo de campo han sido la centralidad, los años de pertenencia al grupo y el índice de vínculo. La centralidad ha sido medida a través del programa UCINET (MacEvoy y Freeman), mientras que el índice del vínculo se mide por el vínculo educativo (si el sujeto ha sido expulsado de la escuela o no), el vínculo familiar (si hay o no fricción y violencia en la familia) y, finalmente, el grado de acomodación a los problemas (se vive en la calle o no).

La variable dependiente considerada por los autores es el número de actitudes delictivas. Éstas han sido calculadas a través de la medición de las metas profesionales; de las actitudes hacia la escuela (positivas o negativas respecto al futuro); y, finalmente, de las actitudes políticas (el grado de acuerdo o desacuerdo con el sistema político dominante). Utilizando los coeficientes de regresión, Baron y Tindall han propuesto un modelo, a través de un diagrama de flechas (ver Gráfico I.1), de los efectos directos que intervienen en la formación de las actitudes delictivas.

GRÁFICO I.1 MODELO DE BARON Y TINDALL (1993).



Como podemos apreciar en el diagrama propuesto por Baron y Tindall, el índice de vínculo es un predictor significativo de las actitudes no conformistas. De hecho, los vínculos de los sujetos que más se implican en conductas delictivas son los más débiles. El modelo evidencia, también, que tales sujetos son los que pertenecen al grupo desde hace más tiempo y, por ende, son los más integrados. La mayor integración corresponde, a su vez, a una mayor centralidad en la estructura de la banda que acarrea un mayor número de actitudes delincuentes. Como han puesto de manifiesto Gottfredson e Hirschi, estos sujetos son los que más tiempo pasan en la calle y los que dedican un tiempo considerable al grupo de iguales.

La crítica más importante, que se puede dirigir al estudio de Baron y Tindall, es que las principales hipótesis conceptuales podrían ser formuladas desde –y apoyar– tanto la Teoría del Control Social, como la Teoría de la Transmisión Subcultural. En este caso, el relajamiento de los vínculos sociales sería la consecuencia de una falta de socialización en los ámbitos familiares e institucionales no debida al bajo autocontrol del adolescente, sino a un normal proceso evolutivo de desplazamiento hacia el grupo de iguales (Lowry *et al.*, 1995) polarizado por una carencia en las prácticas de supervisión y modelado (Patterson *et al.*, 1982); por otra parte, el acatamiento de actitudes delictivas sería una estrategia a disposición del adolescente para garantizarse la integración en el

grupo y no viceversa (Hartford, 1971). Una vez que se haya otorgado al bajo autocontrol el papel de "causa" de los vínculos sociales débiles y, a éstos, el de implicación en conductas delictivas, queda por explicar –desplazando y no encontrando el principio etiológico de las actitudes delictivas– cuál es la "causa" del bajo autocontrol. No cabe la menor duda de que, en la perspectiva de la investigación social, apelar a los condicionantes "genéticos" (Yablonsky, 1962; Gerard, 1964), a falta de otros, queda fuera de todo interés.

Además, sin restar valor y poder explicativo al análisis de red realizando por los autores, un individuo podría situarse en una zona de la estructura de la banda más o menos periférica, más que por su nivel de autocontrol, por la mayor o menor motivación hacia la integración (Hartford, 1971). En este último caso, manteniendo la primera opción, los autores corren el riesgo de atribuir a la estructura y a su poder de refuerzo una autonomía e independencia de las motivaciones individuales indebidas (Heap, 1977; Lo, 1993). Es más, hay una contradicción evidente entre los presupuestos básicos de la Teoría del Control Social –según la cual sujetos con bajos niveles de autocontrol tienen dificultades en crear relaciones estables y forman grupos abiertos, con una cohesión mínima y una baja estabilidad en cuanto a la pertenencia– y la justificación de la creación de actitudes delictivas propuestas por Baron y Tindall que apela a la mayor integración del adolescente delincuente dentro de la banda en función de los años de pertenencia y de la centralidad. Por todo ello, los procesos grupales como la presión a la uniformidad y a la cohesión (Trascher, 1927; Sampson y Brandon, 1964; Hartford, 1971; Northen, 1988) o los procesos de construcción de la identidad (Tajfel y Turner, 1979; Dovidio y Gaertner, 1986; Hamilton y Trolie, 1986), podrían proporcionar elementos significativos para la explicación de porqué los individuos crean o aceptan actitudes delictivas.

Finalmente, en más de una ocasión –debido sobre todo a la multiplicidad y abundancia de las observaciones que los datos propi-

cian– los dos autores corren el riesgo de recaer en el "defecto" que habían atribuido a los investigadores de la Teoría de la Transmisión Subcultural: siendo tan fructífera, la descripción de los resultados alcanza a veces el estatus de "explicación", sin que los vínculos lógicos de la deducción queden explicitados y se pueda establecer inequívocamente qué es "causa" y qué es "consecuencia". El trabajo que se presenta a continuación, intenta superar estos límites, diseñando un estudio empírico para la refutación de una u otra teoría y considerando las conductas estudiadas en una perspectiva temporal.

2.2.2 Modelo de la Selección y Modelo de la Facilitación Social

De las teorías mencionadas en el estudio anterior –del Control Social y de la Trasmisión Subcultural– se han derivado tres modelos –respectivamente, de la Selección y de la Facilitación Social– que intentan explicar el proceso que lleva a un adolescente a implicarse en conductas delictivas.

El Modelo de la Selección postula que la pertenencia a bandas incrementa la propensión previa hacia la delincuencia de determinados individuos. Esta hipótesis es coherente con la perspectiva del Control Social (Hirschi, 1969) y especialmente con la Teoría de la Propensión hacia el crimen (Gottfredson e Hirschi, 1990): las bandas atraen a los adolescentes que tienen bajo nivel de autocontrol y que pueden haberse implicado anteriormente en comportamientos delincuentes. En una versión pura del Modelo de la Selección, la banda es un epifenómeno y no tiene ningún impacto causal sobre las conductas delictivas. Todo esto es consistente con la idea de que "las bandas son una agregación de individuos con "incapacidades compartidas"" (Spergel, 1990) y con la cual se consideran concordes autores como Yablonsky (1962), Gerard (1964) y otros, que enfocan la investigación desde perspectivas clínicas o psiquiátricas.

El Modelo de la Facilitación Social sostiene básicamente que los individuos miembros de

las bandas no son intrínsecamente diferentes de los otros no miembros en términos de delincuencia, no tienen una más alta propensión hacia estos comportamientos y no se implican con mayor probabilidad en comportamientos extremos. Por ello, la afiliación a bandas, en esta perspectiva, es la mayor causa del comportamiento delictivo. Short y Strodbeck (1965) en sus estudios han evidenciado numerosos procesos grupales que conllevan un incremento de la delincuencia; Miller y colaboradores (1961) informan de que las agresiones son un importante medio utilizado por las bandas para mantener la cohesión grupal; mientras que para Jansyn (1966) la delincuencia es, a menudo, una respuesta a la amenaza contra la solidaridad de la banda.

El tercer Modelo –del Incremento– es una integración de los dos modelos anteriores y establece que las bandas reclutan aquellos adolescentes que se han implicado previamente en la delincuencia. Sin embargo, dado que la banda proporciona una atmósfera que estimula la delincuencia y –en muchos casos– la facilita, es más probable que incremente su previa propensión hacia la delincuencia. El Modelo del Incremento es consistente con los resultados empíricos de Sarnecki (1990): las bandas delincuentes más activas que ha estudiado habían reclutado sus miembros desde redes caracterizadas por una delincuencia común.

a) Estudio de Thorneberry *et al.* (1993)

Situándose en esta perspectiva, Thorneberry *et al.* (1993) diseñan un estudio que permita establecer cuál de los tres Modelos que aca-

bamos de definir es más eficaz en explicar las conductas delictivas juveniles. Los autores consideran que si el Modelo de la Selección es adecuado, se tendría que esperar y observar dos relaciones: en primer lugar, los sujetos delincuentes miembros de bandas tendrían un igual grado de delincuencia que los sujetos delincuentes no miembros y, en segundo lugar, el grado de delincuencia no variaría a lo largo del tiempo (antes, durante y después de la pertenencia a una banda). En otras palabras, si los adolescentes delincuentes pertenecen a un “tipo de persona” distinto de los que no son delincuentes, entonces se implicarán en comportamientos delincuentes independientemente de su afiliación a bandas.

Sin embargo, si es adecuado el Modelo de la Facilitación Social, según los autores, los miembros de la banda diferirían de los no miembros en términos de delincuencia sólo cuando llegan a ser miembros activos de la misma. Pero, antes y después de pertenecer a la banda, no diferirían sustancialmente de los no miembros porque, en pocas palabras, no pertenecen a distintos “tipos de personas”.

Finalmente, si es confirmado el Modelo del Incremento, en opinión de los autores, los adolescentes miembros de una banda normalmente se implicarían en mayor medida en comportamientos delictivos respecto a los no miembros, y esta diferencia sería particularmente significativa en el período en el que son miembros activos de una banda. Thorneberry y colaboradores, para poder evaluar la eficacia de los tres Modelos, se basan en dos hipótesis, evidenciadas en la Tabla I.9.

TABLA I.9 HIPÓTESIS OPERATIVAS DEL ESTUDIO DE THORNEBERRY Y COLABORADORES (1993).

OBJETIVOS E HIPÓTESIS	
Objetivo:	Explicación de los mecanismos causales que relacionan los comportamientos delincuentes y la afiliación a bandas.
Hipótesis de las diferencias temporales:	El grado de delincuencia varía dependiendo del momento en que se encuentra el adolescente (antes, durante y después de pertenecer a una banda).
Hipótesis de las diferencias grupales:	Los adolescentes miembros de una banda son más delincuentes que los no miembros.

La metodología empleada por los autores para comprobar las dos hipótesis está resumida en la Tabla I.10.

TABLA I.10 METODOLOGÍA EMPLEADA POR THORNEBERRY Y COLABORADORES.

Muestra	Sobre-representación de adolescentes varones y procedentes de zonas con estatus socioeconómico bajo. N = 708 Edad = 11 y 15
Instrumento	Entrevistas en profundidad cada seis meses, desde el 8º hasta el 11º grado de secundaria.
Análisis	Pruebas t

Los autores consideraron como variable independiente la afiliación a bandas y, como variable dependiente, las varias medidas de comportamiento delincuente recogidas a través de ítems incluidos en el índice construido por Elliot y colaboradores (1985) y modificado por Huizinga y colaboradores (1991). Desde el total de los ítems de los cinco subíndices los autores han elegido aquellos que consideraban se relacionaban con la banda: crímenes vandálicos, tráfico de drogas, otros comportamientos delincuentes y consumo de drogas.

Los resultados examinados para comprobar la hipótesis de las diferencias grupales, ignorando la variación temporal y haciendo comparaciones entre grupos, replican los estudios antecedentes sobre la relación entre afiliación a bandas y actividad delictiva.

En los tres periodos considerados por los autores, los adolescentes miembros de una banda se implican en comportamientos delictivos y en el consumo de drogas ilegales en grado mayor que los no miembros. Si se considera la hipótesis de las diferencias temporales, los resulta-

dos de los análisis entre periodos evidencian claramente cómo el Modelo de la Selección resulta inadecuado. Los sujetos miembros de una banda, en los periodos en los que no lo son, no muestran en general un grado de delincuencia superior que los no miembros. Los adolescentes que han sido miembros activos en el primer periodo considerado, y han dejado de serlo en los dos siguientes, muestran un decremento del grado de delincuencia coherente con el Modelo de la Facilitación. También los sujetos que entran a formar parte de una banda en el tercer periodo muestran un incremento esperable desde los postulados de este Modelo. Solamente los que han sido miembros activos en el segundo periodo, y no en el primero y en el tercero, muestran una trayectoria que no apoya la hipótesis del Modelo de la Facilitación; en cuanto al descenso que se da en el tercer periodo, cuando dejan de pertenecer a una banda, es mucho menor del esperado. En otras palabras, mantienen un alto grado de delincuencia no sólo durante, sino también después de haber pertenecido a una banda.

Los autores, en un segundo momento del estudio, llevan a cabo los mismos análisis considerando los comportamientos delictivos por separado: los dirigidos contra las personas (violencia), los dirigidos contra la propiedad (vandalismo), el tráfico y el consumo de drogas. Los resultados van en la misma línea de los comentados anteriormente. Sin embargo, en el caso del vandalismo, no son consistentes y no apoyan ninguno de los tres modelos.

Podemos concluir, entonces, diciendo que los resultados apoyan de forma más consistente el Modelo de la Facilitación Social, esto es, las dinámicas grupales de la banda incrementan y facilitan la implicación en conductas delictivas. El apoyo empírico más evidente lo proporcionan los resultados relativos a los comportamientos delictivos considerados en su conjunto: los adolescentes que en un determinado momento entran a formar parte de una banda, tienen niveles de delincuencia superiores respecto a los adolescentes no miembros; estos niveles disminuyen una vez que dejan la banda.

Por ello el Modelo de la Selección, y en cierta medida el del Incremento, resulta ser el más confirmado y operativo para describir los mecanismos causales considerados.

Sin embargo, los resultados relativos a las distintas conductas analizadas por separado no son uniformes y no proporcionan un apoyo evidente al Modelo de la Facilitación. Sólo en el caso de la violencia dirigida a personas, los autores consideran que este modelo encuentra una verificación empírica concluyente.

La generalización de los datos del estudio de Thorneberry y colaboradores podría encontrar algunos problemas al ser obtenidos de una muestra que pertenece a un limitado rango de edad (de 11 a 15 años) y que es representativa de una sola ciudad (Rochester, New York). Además, habiéndose dividido el intervalo en el cuál se ha realizado el trabajo de campo en tres periodos, algunos resultados que parecen apoyar el Modelo de la Facilitación, podrían coincidir con los pocos que no parecen secundarlo si se considera a un lapso de tiempo superior.

En otras palabras, si se hubiera podido averiguar el grado de delincuencia de los sujetos que han entrado a formar parte de una banda sólo en el tercer periodo considerado –y que, por ser superior a los periodos anteriores, aboga en favor del Modelo de la Facilitación– podrían invalidarlo en momentos posteriores; al igual que los resultados obtenidos con miembros transitorios que han formado parte de una banda en el segundo periodo.

Sin embargo, por el hecho de ser uno de los pocos estudios longitudinales, merece una atenta consideración. La comprobación de que las dinámicas grupales son determinantes a la hora de facilitar la carrera delictiva o de evidenciar las propensiones delictivas de algunos adolescentes, resulta posible gracias a estudios que permiten el seguimiento de estos mismos adolescentes a lo largo de su desarrollo, ya que se pueden resolver ciertos problemas cruciales que atañen a la investigación so-

bre la delincuencia y las bandas juveniles. Hay que añadir, además, que en el segundo grupo de análisis, los autores consideran la violencia por separado y se encuentran con importantes conclusiones para la tarea que aquí se persigue: la violencia, a la luz de sus resultados, aparece como una conducta estrechamente vinculada a contextos y momentos eminentemente grupales.

A pesar de que el estudio de Thorneberry y colaboradores se limita a considerar la afiliación a bandas y no sus dinámicas, sus procesos y su estructura, apuntan a teorías y modelos que si se han propuesto esta tareas: las teorías de la Asociación Diferencial (Sutherland y Cressey, 1974) o del Aprendizaje Social (Akers, 1985). En ellas se apoya el estudio que presentamos a continuación.

2.2.3 Asociación diferencial y aprendizaje social

En los estudios anteriores se han delineado dos de las teorías que guían la investigación actual; en este apartado se examinará una tercera teoría que ahonda aún más en las dinámicas grupales. Akers (1985) recuperó, del enfoque sociológico sobre la conducta desviada, las ideas de Sutherland sobre la asociación diferencial y las integró a los principios del condicionamiento operante.

Sutherland, apoyándose en la Teoría de la Anomia propuesta por Merton (1938), consideraba que los individuos que se enfrentaban a las tensiones creadas por la imposición social e institucional de metas-éxito que les resultaban inalcanzables con los medios de los que disponían, podían resolver el problema a través de "atajos" desviados ya existentes y proporcionados por determinadas subculturas delincuentes. Los individuos que se integraban en estas subculturas –aprendiendo sus hábitos, motivos, actitudes y habilidades– acababan siendo delincuentes por "asociaciones diferenciales", esto es, por la exposición a subculturas delincuentes (Sutherland y Cressey, 1974).

El mayor mérito de Akers consiste en haber especificado, no solamente los mecanismos generales del aprendizaje social a través de los cuales las normas y las motivaciones del comportamiento delictivo son aprendidas –núcleo de la teoría de Sutherland–, sino que sugiere también el papel que juegan los mecanismos sociales condicionantes del aprendizaje. Un elemento esencial de su teoría es el condicionamiento instrumental, según el cual el comportamiento es "adquirido o condicionado por los efectos, los resultados, o las consecuencias que tiene sobre el entorno de las personas" (Akers, 1985).

En opinión de Akers, los procesos primarios a través de los cuales se logra el condicionamiento instrumental son el refuerzo y el castigo. La descripción de los castigos y los refuerzos, propuesta por Akers, es similar a la planteada por la investigación cualitativa sobre bandas: los miembros de una banda refuerzan determinados comportamientos de sus compañeros y castigan a otros empleando metas y procesos idénticos a los descritos por Akers.

Al igual que Sutherland, Akers opina que las Definiciones son "significados normativos que se dan al comportamiento; esto es, definen una acción como correcta o incorrecta". Sin embargo, al contrario que Sutherland, Akers considera que la Teoría del Aprendizaje Social "interpreta [estas definiciones] como comportamiento verbal, que puede ser reforzado", y las sitúa en "una clase de estímulos denominados discriminantes" (1985). Los estímulos discriminantes pueden llegar a ser ellos mismos una fuente de refuerzos, esto es, Refuerzos Diferenciales.

Finalmente, la asociación diferencial, otro punto de convergencia con los presupuestos de Sutherland, es quizás la más importante variable explicativa (Akers *et al.*, 1979; Korhn *et al.*, 1984; Sellers y Winfree, 1990) y es otro común denominador de las investigaciones sobre bandas, en las que es operada tradicionalmente como la proporción de mejores amigos que se implican en algunos actos ilícitos.

Winfree y colaboradores (1994) se proponen aplicar la Teoría del Aprendizaje Social propuesta por Akers (Akers, 1985, 1992; Burgess y Akers, 1996) a los comportamientos delictivos juveniles.

Los objetivos del estudio de Winfree y colaboradores están recogidos en la Tabla I.11.

TABLA I.11 OBJETIVOS DEL ESTUDIO DE WINFREE Y COLABORADORES (1994).

OBJETIVOS
<ol style="list-style-type: none"> 1. Demostrar que se puede predecir, a partir de la información recabada entre los adolescentes participantes, su pertenencia a una banda. 2. Evidenciar la distinta implicación de los adolescentes en cinco tipos de conductas criminales (robo, vandalismo, violencia, delitos relacionados con las drogas, violencia en el contexto grupal).

Mientras que la metodología empleada para llevar a cabo el estudio está resumida en la siguiente tabla (Tabla I.12).

TABLA I.12 METODOLOGÍA EMPLEADA POR WINFREE Y COLABORADORES (1994).

Muestra	Se controlaron el sexo, los patrones de residencia, la etnia y la edad. N=197 V=138 M=59 Edad=9º grado Dos escuelas públicas de una zona rural y una urbana del sur de Nuevo México
Instrumento	Un cuestionario
Análisis	<ol style="list-style-type: none"> 1. Primer objetivo: regresiones logísticas no lineales para las conductas delictivas consideradas en su conjunto. 2. Segundo objetivo: mínimos cuadrados ordina

Las variables independientes consideradas fueron las del aprendizaje social, esto es, asociaciones, refuerzos y definiciones diferenciales. Por la importancia que consideramos tienen estas medidas, dejamos constancia en esta revisión de la operativización utilizada por parte de Winfree y colaboradores.

La asociación diferencial se ha medido a través de dos tipos de ítems, el primero referido a los iguales y el segundo a los adultos de referencia. En el primer caso, los ítems investigaban cuántos de los “mejores amigos” del sujeto pertenecían a la banda y cuál era la actitud hacia la banda de la mayoría de los adolescentes cuyas opiniones el sujeto evalúa o piensa que son importantes. Mientras que en el segundo caso los ítems indagaban cuál era la actitud hacia la banda de la mayoría de los adultos cuyas opiniones el sujeto evalúa o piensa que son importantes. Los refuerzos diferenciales incluían tres ítems, el primero de los cuales estaba compuesto por un listado de refuerzos (positivos y negativos, sociales y no sociales) suministrados por parte de la banda, que intentaba averiguar qué –de la pertenencia a bandas– consideraba el sujeto como bueno o como malo. Finalmente, las definiciones diferenciales medían el grado de acuerdo o desacuerdo con ciertos ítems que presuponen una cierta implicación en la banda (por ejemplo, tener amigos que pertenecen a la banda, participar en actividades ilegales, etc.).

Otras variables consideradas han sido el género, los patrones residenciales, la etnia y la edad.

Las variables dependientes consideradas por los autores fueron el grado de delincuencia y la afiliación a bandas. El grado de delincuencia se midió a través de la frecuencia de realización de 22 conductas diferentes basadas en la escala de delincuencia, que incluía robos, otros crímenes contra la propiedad, crímenes personales generales, crímenes relacionados con las drogas y crímenes relacionados con el contexto grupal. Mientras que la pertenencia a bandas se midió a través de una combinación entre autodefinición y criterios objetivos que

evaluaba el nombre del grupo, la presencia de ritos de iniciación, de líderes, de apodosos o de símbolos de identificación y un índice de cinco de las actividades más frecuentes realizadas con la banda (lícitas e ilícitas).

Los resultados encontrados por Winfree y colaboradores evidencian que los predictores más eficaces de la afiliación son el número de “mejores amigos” que pertenecen a una banda (asociación diferencial) y las actitudes pro-banda. El índice de refuerzos y castigos tiene una influencia indirecta sobre la afiliación a bandas, a través de la formación de actitudes pro-banda. Los autores aplican el segundo grupo de análisis a los distintos comportamientos delictivos considerados por separado: el robo, el vandalismo, la violencia, los delitos relacionados con las drogas y la violencia en el contexto grupal definida, por parte de los autores, como comportamientos violentos cometidos con el grupo o por orden del mismo. Como se ha subrayado para el trabajo anterior, estas distinciones son de extrema importancia para la investigación, porque resultan ser los únicos referentes teórico-empíricos del objeto de estudio que aquí interesa (violencia exogrupal).

Todos los tipos de delitos se relacionan con las actitudes pro-banda; los que se refieren a las drogas, también con las actitudes negativas de los adultos hacia la banda; mientras que los delitos referidos al ámbito grupal, lo hacen con el número de “mejores amigos” que pertenecen a la banda (asociación diferencial). El modelo de regresión creado para este último tipo de conducta es el que mejor explica las variables del aprendizaje social. Finalmente, las variables personales biográficas tienen un peso insignificante respecto a las del aprendizaje social cuando consideramos todos los comportamientos en conjunto, mientras que, el pertenecer al sexo masculino y a un entorno urbano, cobran cierta importancia en conductas como el robo, el vandalismo y los delitos asociados con la banda.

Los resultados de esta investigación tienen múltiples implicaciones teóricas que, sin embargo, se ven limitadas por su difícil genera-

lización dado el tamaño de la muestra, su regionalización y su falta de uniformidad étnica. Una limitación más importante es la operativización de las medidas del aprendizaje social que, en algunos casos, restringe el potencial de explicación de las mismas. Por ejemplo, la asociación diferencial acaba siendo una de las dos variables verdaderamente explicativas; sin embargo, decir que los adolescentes se implican en conductas delictivas porque tienen amigos delincuentes parecería, a la luz de lo que se ha venido revisando hasta el momento, más bien obvio. Ciertamente las otras medidas (refuerzos y definiciones diferenciales) ayudan a interpretar la primera, pero sólo desde el punto de vista teórico, dado que los análisis no le otorgan prácticamente ningún valor explicativo. Además, el problema de cómo se establecen y acatan las actitudes pro-banda (la otra variable que resulta significativa) queda sin resolver, sobre todo cuando la operativización del control grupal, a través de los refuerzos o los castigos, no permite que la misma medida alcance significado

2.4. **Discusión**

Las tres investigaciones propuestas marcan una línea de acercamiento progresivo al objeto de estudio que se ha decidido considerar en el desarrollo de este trabajo, la violencia juvenil exogrupal; y, por otra parte, un progresivo distanciamiento de determinadas posiciones teóricas y de investigación sobre el mismo.

Desde el estudio de Baron y Tindall al de Winfree y colaboradores, emerge claramente cómo la violencia juvenil, en primer lugar, se relacionaría con factores que son, en muchos aspectos, distintos de los que subyacen a otros comportamientos delictivos; y, por otra parte, estaría propiciada, mantenida y llevada a cabo en contextos y dinámicas eminentemente grupales.

Las dos consideraciones en realidad se solapan e implican mutuamente: la conducta violenta, o determinada conducta violenta, se diferencia de la delincuencia en general justo porque atañe más específicamente a la rea-

lidad del grupo de iguales. No un grupo de iguales "cualquiera", al igual que no estamos hablando de adolescentes "cualquiera": las características particulares de unos y otros se han ido definiendo paulatinamente a lo largo de la presente revisión. Sabemos que estos grupos revisten una particular importancia, en cuanto a apoyo e integración, para el adolescente que tiene "vínculos sociales" débiles. Esta centralidad del grupo conllevaría determinadas consecuencias. En primer lugar, en su función instrumental, el grupo permitiría al adolescente "logros" materiales y afectivos como, por ejemplo, estatus y diversión. Para ello, se hace necesaria, pasando a un nivel intergrupal, cierta diferenciación que supone también, en la mayoría de los casos, "enfrentamiento" o "desviación". En segundo lugar, sobre todo cuando el adolescente considera que el grupo desempeña adecuadamente estas funciones, se siente más implicado y, a su vez, más vulnerable frente a las normas y los valores grupales. Desde esta perspectiva, todas aquellas variables que no atañen directamente a las dinámicas grupales pasan a un segundo plano. En primer lugar, dejan de tener importancia y peso explicativo los factores socio-demográficos o intrapersonales, como el sexo o la "personalidad" del adolescente; en segundo lugar, variables como las relaciones familiares o ciertas variables intrapersonales, en especial la autoestima, asumen una importancia relativa en términos de factores mediadores o instrumentales, sobre todo desde el punto de vista de la medición.

3. **CONCLUSIONES**

Como se puede deducir de lo anteriormente expuesto, la investigación sobre la etiología de la violencia, cuando se ha planteado, ha sido llevada a cabo desde perspectivas limitadas a la búsqueda de relaciones entre uno y más factores. Casi nunca se han propuesto modelos globales y explicativos que aventurasen redes de relaciones causales entre las distintas variables. La consecuencia más evidente es que existe una lista bastante extensa de factores o

variables que se ha demostrado mantienen una cierta relación con la violencia, pero queda imparcial, incompleto y, en definitiva, no explicado el proceso de génesis y desarrollo de la violencia. Además, son escasos los estudios focalizados sobre la violencia juvenil perpetrada por un grupo en contra de determinadas personas por el mero hecho de pertenecer éstas a un grupo distinto; la mayoría se refiere de forma generalizada a conductas delincuentes o criminales, perdiendo de vista un tipo de violencia "instrumental" estrechamente relacionada con las dinámicas grupales.

La revisión de los estudios sobre la violencia juvenil incluida en el apartado anterior, deja patente que se hacen cada vez más indispensables investigaciones que tengan por objetivo establecer modelos explicativos validados de violencia juvenil que estudien el problema, desde un enfoque etiológico (teniendo en cuenta la génesis y el proceso) y, lo que es más importante, ecológico (teniendo en cuenta el ambiente social en el que se desarrolla). Estos nuevos desafíos de la investigación se orientan, más en concreto, hacia dos áreas. En primer lugar, dentro de los modelos teóricos, no se ha intentado nunca el estudio exhaustivo de las características, la formación y el mantenimiento de las normas y, en particular, de las actitudes que guían la conducta de los adolescentes que se implican con su grupo en la violencia.

Se ha evidenciado (Díez-Aguado, 1996) que los sujetos que utilizan una violencia "instrumental" para lograr sus objetivos "suelen justificarla, dándole apariencia de legitimidad" y, por ende, resulta de extrema importancia arrojar luz sobre las consecuencias positivas (precuradoras de las actitudes) que la violencia acarrea para el grupo y sus jóvenes miembros. Desde una perspectiva referida más estrictamente a los análisis operados, no se ha ido más allá de regresión lineal, por lo que resultaría interesante afrontar el estudio de la violencia grupal con herramientas estadísticas más "confirmatorias" como pueden ser los modelos de ecuaciones estructurales. Consideramos, pues, que resulta necesario realizar investigaciones para validar modelos teóricos de la violencia juvenil desde un enfoque etiológico –que contemple la génesis y el proceso– y ecológico –considerando el ambiente social donde tiene lugar–. Y partiendo de estas premisas, y con el objetivo de analizar el problema desde una nueva perspectiva, el objeto de estudio de esta investigación es la "violencia juvenil exogrupal", definida operativamente como la "secuencia conductual realizada por una o más personas, en tanto que miembros de un grupo, dirigida a producir daño físico en uno o más individuos a los que se identifica como pertenecientes a otro grupo distinto".



El concepto actitudinal y su relación con la Psicología

El concepto actitudinal y su relación con la Psicología

La educación para la comprensión, el entendimiento y, en definitiva, la posibilidad de convivencia en el plano individual o colectivo depende en buena medida de la capacidad de predecir, encauzar y modificar conductas que, en principio, parecen estar estrechamente ligadas a las actitudes que sustentan las personas. Los conflictos, la violencia, las conductas antisociales en general están con frecuencia en estrecha relación con las actitudes hacia otras personas, grupos o colectividades, desarrolladas a lo largo de un complejo proceso de socialización.

(A. Rodríguez, 1989)

1. ACTITUDES: HISTORIA

El concepto de actitud se encuentra presente desde los orígenes de la psicología. Fleming (1967) y Hilgard (1980) son quienes han abordado de un modo más sistemático la evolución del concepto de actitud. Así, podemos observar cómo, a finales del siglo xviii, dicho concepto –incorporado al ámbito artístico para designar la postura de las figuras en el espacio– significaba la relación entre organismo y medio ambiente, y se caracterizaba por el sentido de orientación.

Fleming evoca la “tradición fisiológica”, o la “corriente fisicalista” para Lameiras (1997) y retrocede hasta los estudios de Darwin (1892), quien entiende la actitud como disposición fisiológica del cuerpo a actuar de determinada manera. Se prioriza así el aspecto físico y el concepto de actitud es utilizado como “expresión motora de la emoción”. Las actitudes, según la orientación de Darwin, serían los “pre-requisitos necesarios para las acciones adecuadas que posibilitarían la supervivencia de la especie”. Junto a Darwin, un naturalista para quien las actitudes cambian la postura ordinaria del organismo, desplazándolo de las

situaciones de equilibrio a las de desequilibrio, un neurofisiólogo, Charles Sherrington, enfatizará el aspecto físico de la actitud pero, a diferencia de Darwin, definiendo la actitud como la postura de un modo literal: la actitud equilibrada es el reflejo de un estado de equilibrio basado en la coordinación psicomotriz.

Siguiendo a Rodríguez (1989), encontramos que en torno a la corriente fisicalista a finales del siglo pasado, y en un intento de explicar las disposiciones inducidas experimentalmente, la escuela de Wurzburg introduce los conceptos de “representación de meta” (Zielvorstellung), “estado de conciencia” (Bewusstseinslage), “actitud o estado de preparación del cuerpo para la acción” (Einstellung) y “tarea pendiente” (Aufgabe). Lange (1888) presenta su teoría motriz: el proceso de percepción es en buena medida, consecuencia de la preparación muscular (set); Münsterberg (1889) desarrolla su teoría de la atención y, prácticamente en el mismo periodo temporal, Feré desarrolla la noción de “dinamogenia”, según la cual, la energía de un movimiento está en proporción a la idea de dicho movimiento y, un poco más tarde, Triplett (1898) realiza ya experimentos sobre la acción “ideomotriz”. Desde esta pers-

pectiva, las actitudes se perciben como una “posibilidad biológica” a la que tiene acceso el organismo en tiempo de crisis. El individuo, según la corriente fiscalista, se encuentra preparado para la acción gracias al concepto actitudinal.

Allport (1935) retrocede hasta mediados del siglo xix para señalar la primera aparición del término actitud, en el sentido utilizado por la psicología, en la obra de Spencer (1862):

“Nuestros juicios sobre asuntos opinables, sean o no correctos, dependen en buena parte de la actitud mental con que escuchamos al interlocutor o participamos en la disputa, y para preservar una actitud correcta es necesario que aprendamos en qué grado son verdaderas y al mismo tiempo erróneas las creencias humanas en general”.

Es la denominada corriente “mentalista” (Rodríguez, 1989; Lameiras, 1997) que incorpora el carácter de estado mental al concepto de actitud mediante la inclusión de términos como “actitud de la mente” y “perseveración de una actitud recta” (Spencer, 1862).

Sin embargo, no va a ser hasta principios del siglo xx cuando se produce la gran “escisión entre la corriente fiscalista –representada por Darwin, fundamentalmente– y la corriente mentalista de Spencer” (Lameiras, 1997).

Va a ser Thomas quien “sanciona” (Rodríguez, 1989) la orientación mentalista al impartir, a partir de 1900, una serie de lecciones sobre el concepto de “actitudes sociales”, lecciones cuyo contenido básico reflejará posteriormente junto a Znaniecki (Thomas y Znaniecki, 1918). Ya en 1907, dentro de su obra *Sex and Society*, Thomas hace de la “actitud” el tema central del libro y caracteriza dicho concepto por la combinación de facultades cognitivas y emocionales. En 1918, fruto de este avance, Thomas y Znaniecki publican *The Polish Peasant in Europe and America*, en el cual los autores distinguen lo “objetivo” y lo “subjetivo” de la vida social; a estas dos dimensiones les corresponden valores sociales –datos objetivos según los cuales los individuos orien-

tan sus actividades– y actitudes –en cuanto conciencia individual que determina la índole de tales actividades respecto a los valores– (Rodríguez, 1989), en una curiosa e intuitiva aproximación al concepto de “congruencia cognitiva” (Heider, 1944); la actitud es definida como “estado mental sin contenido intrínseco fisiológico alguno” (Fleming, 1967), considerada como “un proceso de concienciación individual que va a determinar una actividad real o posible del individuo en el mundo social en el que se encuentra”. Así, las “intermitentes y vestigiales actitudes físicas de Darwin se transforman en las persistentes y dinámicas actitudes mentales de Thomas y Znaniecki” (Lameiras, 1997) y a partir de este momento “la psicología social, con unas u otras matizaciones, entenderá las actitudes como formas de relación de un sujeto con un objeto social” (Rodríguez, 1989).

Si bien en un principio el concepto fue utilizado con un componente moral (Ellwood, 1925), se va pasando a la concepción de la actitud como una disposición conductual en un sentido más amplio (Peterson, 1916; Bonner, 1916). Warren (1922) entiende la actitud como resultado de experiencias repetidas; Dewey (1922) habla de disposición y hábito y Watson (1925) de combinación de actividad emocional, instintiva y habitual.

La concepción de la actitud en sentido conductual va impregnando poco a poco a los teóricos; lo que prevalece de la actitud no es la creencia o mentalidad, sino la conducta que se deriva de la actitud. Bain (1928) y Murphy, Murphy y Newcomb (1937) ejemplifican la división entre la concepción de la actitud como tendencia a reaccionar y la noción de actitud como estructura afectivo-cognitiva. Por esta época, Hartshorne y Nay (1930) realizan un enorme mayor trabajo al intentar analizar la actitudes partir de la conducta, mientras que Bogardus (1928) asume la dimensión evaluativa de la actitud.

En 1935 Allport publica lo que, en opinión de Pratkanis (1989), supone “una valiosa integración de los variados usos otorgados al

concepto hasta la fecha". Con este trabajo la actitud entra de lleno a formar parte, por derecho, del campo de la Psicología. La actitud, según Allport, es "un estado de disposición mental y neural, organizado a partir de la experiencia, que ejerce una influencia directiva o dinámica sobre la conducta respecto a todos los objetos y situaciones con los que se relaciona" (Allport, 1935). La actitud "dispone", pero no necesariamente implica la acción; es directiva, implica la motivación de las actitudes y explica la selectividad de las percepciones y respuestas en relación con el objeto; es dinamizadora de la conducta aunque olvida, sin embargo, la dimensión valorativa que ya había sido contemplada incluso por Bain (1928), volviendo una vez más a la noción de actitud como hábito, como tendencia a reaccionar o disposición adquirida.

La Psicología, como el resto de las ciencias, no escapa a los paradigmas dominantes; "las realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica" (Khun 1975) alcanzan al constructo actitudinal. Entre 1927 y 1929, Thurstone publica su método de construcción de escalas de actitudes (método que ha llegado hasta nuestros días) convirtiéndose en el causante de que, dentro del estudio de las actitudes, quedara relegado el análisis de la conducta manifiesta dependiente de la actitud, dejando el campo abierto para el estudio y el análisis de la evaluación de las opiniones y creencias.

Así, hasta la década de los cincuenta, el conductismo toma las riendas de la investigación en boga, considerando la actitud como respuesta interviniente, en términos de estímulo-respuesta y restringiendo desde dicho prisma teórico, por tanto, la evolución del concepto. En esta etapa conductista, "predominan las investigaciones empíricas desde una perspectiva pragmática de aplicación a problemas sociales relevantes en educación o en política social y de relaciones intergrupales" (Rodríguez, 1989). McGuire (1968) establece la división

de esta época en dos periodos claramente identificables:

Durante la década 1945-1955, los estudios se centran en la persuasión y el cambio actitudinal mediante la utilización de los medios de comunicación. Se utilizan grandes muestras en los que multitud de variables independientes son analizadas para observar su efecto sobre variables dependientes medidas al detalle a través de análisis estadísticos complejos. Heider (1944, 1946) sienta las bases de la teoría del equilibrio cognitivo, analizando la consistencia mediante las relaciones existentes entre creencias o actitudes hacia las personas u objetos lo que origina (Rodríguez, 1989) un buen número de investigaciones.

Durante el siguiente periodo, 1955-1965 (McGuire, 1968; 1985; 1986) serán los trabajos de Osgood y Tannenbaum (1955) y Festinger (1957; Festinger y Carlsmith, 1959) los que van a ejercer una influencia determinante en el campo actitudinal. Comienzan a surgir investigaciones que anuncian un cambio de orientación. Osgood y Tannenbaum (1955) formulan el modelo de la congruencia cognitiva, estudio de la teoría del equilibrio aplicado a aquellos casos en los que una fuente comunicativa afirma o sugiere persuasivamente en relación con problemas u objetos; Festinger (1957; Festinger y Carlsmith, 1959) presenta su conocida teoría de la disonancia cognitiva según la cual en toda persona existe una cierta tendencia a mantener congruencia entre lo que se piensa y lo que se hace. Igualmente destacables son los trabajos de Newcomb (1953, 1959); Cartwright y Harary (1956); o Abelson y Rosenberg (1958). La actitud, en definitiva, se estudia como estructura cognitiva, analizándose las condiciones que mantienen dicho equilibrio y las estrategias del sujeto para recobrar el equilibrio perdido.

Entre los años cincuenta y sesenta se prioriza el elemento conductual de la actitud. Los trabajos fundamentales se aplican a teorías de las actitudes basadas en el juicio social (Hovland y Sherif, 1952; Sherif y Hovland, 1961; Volkman, 1951; Peabody, 1961, 1962;

Parducci, 1965), persuasión (Weiss, 1968); actitudes y atracción interpersonal (Lott y Lott, 1968), motivación (Staats, 1968) y se mantienen los estudios sobre el principio de equilibrio (Philips, 1967; Kerlinger, 1967; Insko y Schopler, 1967). Campbell (1963) toma la actitud como disposición conductual dentro del marco teórico estímulo-respuesta mientras que Katz y Stottland (1959) enfatizan el entramado cognitivo-afectivo de convicciones y orientaciones valorativas, poniendo el acento principal en el sentimiento. La división entre teóricos parece ya claramente establecida y "persistirá prácticamente hasta nuestros días" (Rodríguez, 1989).

Poco a poco van apareciendo intentos de síntesis, a partir de mediados de los sesenta, que pretenden sistematizar los resultados de la investigación, tanto empírica como teórica, llevados a cabo hasta el momento en el campo actitudinal (Sears y Abeles, 1969; Feldman, 1966; Kiesler, Collins y Miller, 1969; Greenwald, Brock y Ostrom, 1968; McGuire, 1969; Zimbardo y Ebbesen, 1969; Cronkhite, 1969; Insko, 1967). En el aspecto metodológico, por estas fechas, es de destacar la aportación que sobre la construcción de escalas realiza Osgood al dar a conocer el diferencial semántico (Osgood, 1952; Osgood, Suci y Tannenbaum, 1957).

En la década de 1970 a 1980 la principal preocupación de los teóricos se sitúa en la redefinición de conceptos básicos; redefinición que permita el establecimiento de nuevos puntos de partida "necesarios para la resolución de los graves problemas que afectan a esta área de investigación, y en especial la relación entre actitudes y conducta" (Sebastián y Mesa, 1998); críticas que ya habían sido manifestadas desde hacía tiempo (La Piere, 1934).

Poco a poco, la influencia conductista va a ir perdiendo su fuerza dando el relevo a una revolución que, más allá del campo actitudinal, deja su efecto en toda la Psicología. La "revolución cognitiva", que enfatiza el elemento cognitivo, va a condicionar la investigación del constructo actitudinal (Brehm y Kassin, 1989).

Dentro de este nuevo paradigma se enfatiza el elemento cognitivo de las actitudes, es decir, los aspectos más racionales y analíticos de la conducta humana; la cognición es la clave. Lameiras (1997) nos describe con notable claridad el cambio paradigmático en el campo del estudio de la actitud. A su trabajo debemos la descripción que se realiza seguidamente sobre el último, hasta ahora, período claramente identificable en la historia del campo actitudinal.

Desde la óptica cognitiva, el sujeto pasa de ser una "máquina de dar respuestas" dentro del paradigma conductista a ser una "máquina de hacer deducciones" (Moscovici, 1972). Mientras que la historia ha estado dominada por términos conductistas tales como estímulo-respuesta, empiezan a ser habituales expresiones tales como proposiciones, estructura de conocimiento, imagen, grupo de creencias y esquema, de un claro corte cognitivo y con las que se describe la representación mental o la estructura cognitiva de una actitud.

Fishbein y Ajzen (1975, Ajzen y Fishbein, 1980), mediante el modelo de la Acción Razonada –modelo predictivo de la conducta humana–, impactan en la investigación psicológica en general y en el estudio de las actitudes en particular. Partiendo de una consideración del ser humano como esencialmente racional, definen la actitud como "predisposición aprendida a responder de forma consistente, favorable o desfavorablemente con respecto a un objeto dado". Sin embargo, pese a su amplia aceptación, la definición sugerida por Fishbein y Ajzen (1975) no alcanza el consenso entre los distintos autores implicados en el tema, tal y como ya veremos en el apartado siguiente.

Se puede identificar un proceso de cambio en el planteamiento de los teóricos actitudinales en el sentido de abandonar el intento de definición teórica del concepto en favor de una interpretación procesual de la actitud; y, tal y como veíamos, se produce un desplazamiento de la interpretación en función de las teorías clásicas conductuales hacia la concepción cognitiva, aún hoy imperante.

Así, Pratkanis (1989), define la actitud “como una valoración por parte de la persona de un objeto de pensamiento”; definición que, tal y como puede observarse, adolece de limitaciones teóricas o de un modelo actitudinal concreto y enfatiza el aspecto valorativo al igual que lo hicieron en su día Thurstone (1928) y Edwards (1957). Lo que en definitiva propone Pratkanis es la posibilidad de operativizar el concepto actitudinal mediante la aplicación de las técnicas de medida desarrolladas por estos autores, en las que el sujeto se posiciona a lo largo de un continuo valorativo.

Finalmente, las aportaciones teóricas más recientes sobre el constructo actitudinal provienen de los trabajos de Eagly y Chaiken (1993). Estas autoras definen la actitud como “una tendencia psicológica que se expresa a través de la valoración de una entidad particular con algún grado de aprobación o desaprobación”. Eagly y Chaiken, delimitando la “tendencia psicológica” como el estado interno de la persona, y la “valoración” como cualquier respuesta de carácter valorativo –ya sea explícita o encubierta, cognitiva, afectiva o conductual–, se alejan (Lameiras, 1997) de los teóricos partidarios de la triple composición de las actitudes (Smith, 1947, Rosenberg y Hovland, 1960), quienes consideran a los elementos afectivo, cognitivo y conductual como elementos estructurales de la “actitud”, y observan dichos elementos como fuentes de información a partir de los que las actitudes se basan o desarrollan (Zanna y Rempel, 1988) y respuestas que el sujeto puede generar hacia el objeto de actitud (Eagly y Chaiken, 1993).

La definición de Eagly y Chaiken, al igual que ya lo hiciera Pratkanis años antes, enfatiza la valoración como elemento clave (Petty, Wegener y Fabrigar, 1997), sobre el que existe un histórico y “consensuado acuerdo en considerarlo distintivo de la actitud” (Ajzen, 1989). La importancia de los estudios realizados por Eagly y Chaiken estriba en una nueva perspectiva de análisis del modelo tripartito, en la que entre los antecedentes y/o consecuentes de la “actitud” se hallarían los elementos afectivo,

cognitivo y conductual; lo que implica que el proceso de formación o elicitación de la actitud no necesariamente debe ser igual en todos los casos, puesto que cualquiera de los elementos considerados –afectivo, cognitivo y conductual– podría ser causa suficiente, tanto para la formación como para la expresión, en función de una determinada actitud, y donde el elemento común es la valoración.

Finalmente, Lameiras (1997) identifica la existencia de una nueva tendencia en el estudio de las actitudes. En su opinión, se ha producido una falta de atención de los procesos afectivos y emocionales a la hora de abordar el constructo actitudinal y frente al imperialismo cognitivo que invade el estudio de las actitudes, surgen voces que reclaman un nuevo paradigma caracterizado por la primacía del afecto (Zajonc, 1984; Breckler, 1984, 1989). Se tiende hacia una perspectiva motivacional que escape de las concepciones racionales y rígidas del paradigma cognitivo, y se enfatizan los elementos afectivos y emocionales como importantes componentes de la actitud. Ya que como afirma Breckler y Wiggins (1989) aún reconociéndose la naturaleza afectiva de las actitudes y asignárseles un papel central en las definiciones, ha sido escasa la atención que se ha dispensado a dichos procesos.

De este modo, Lameiras identifica cierta sensación de agotamiento de la concepción del ser humano como “una máquina de hacer deducciones” (Moscovici, 1972), concepción que debería ser bien complementada, bien reemplazada, por nuevas perspectivas que contemplen el aspecto afectivo inherente a todos los sujetos.

En definitiva, en la actualidad parecen coexistir dos concepciones actitudinales fácilmente asimilables a los dos tipos de procesamiento de la información que sugieren Petty y Cacciopo (1981, 1986). Una perspectiva teórica conceptualiza las actitudes como esquemas sociales simples, ligados a factores afectivos y emocionales que facilitarían la adopción de decisiones y la realización de la conducta a través de mecanismos heurísticos rápidos y con escaso esfuerzo cognitivo; en esta línea se sitúan los

trabajos de Eagly y Chaiken y de Fazio, entre otros. La restante perspectiva teórica, defendida por Fishbein y Ajzen centra su atención en los aspectos lógico-rationales de las actitudes, cuya formación, consolidación y cambio vendrían definidos por el análisis detallado de la información accesible para el sujeto del objeto actitudinal.

2. ANÁLISIS CONCEPTUAL DE LAS ACTITUDES

A pesar de la dificultad (o inconveniencia) de separar la evolución histórica de la conceptualización de las actitudes, se ha preferido diferenciar entre ambos apartados asumiendo los riesgos inherentes de solapamiento para contemplar ahora con profundidad las características y peculiaridades de las distintas concepciones de las actitudes sociales. Así, uno de los objetivos de esta investigación, la modificación de la Teoría del Comportamiento Planificado, a partir de conocimientos teóricos y empíricos, se ve facilitada en mayor medida.

De lo visto anteriormente podemos deducir que prácticamente todos los teóricos interesados por el tema han dado su propia definición de actitud. Algunas de las más significativas podrían ser las siguientes:

Thurstone (1929): suma de las inclinaciones, sentimientos, prejuicios, sesgos, ideas preconcebidas, miedos, amenazas y convicciones acerca de un determinado asunto.

Chein (1948): disposición a evaluar de determinada manera ciertos objetos, acciones y situaciones.

Katz y Stottland (1959): tendencia o predisposición a evaluar

Rosenberg y Hovland (1960): predisposiciones a responder a alguna clase de estímulo con ciertas clases de respuesta (afectivas, cognitivas y cognitivas/conductuales).

Rokeach (1968): organización, relativamente estable, de creencias acerca de un objeto o situación que predispone al sujeto para res-

ponder preferentemente en un sentido determinado.

Triandis (1971): idea cargada de emotividad que predispone a una clase de acciones ante una clase particular de situaciones sociales.

Sherif (1974): conjunto de categorías del individuo para valorar el campo del estímulo por él establecido durante el aprendizaje de este campo en interacción con otras personas.

Fishbein y Ajzen (1975): predisposición aprendida a responder de forma consistente, favorable o desfavorablemente respecto a un objeto dado.

Zanna y Rempel (1988): categorización de un estímulo u objeto estimular a lo largo de una dimensión evaluativa anclada en información afectiva, cognitiva o emocional.

Pratkanis (1989): valoración por parte de la persona de un objeto de pensamiento.

Morales *et al.* (1994): evaluaciones generales que las personas tienen sobre sí mismas, de objetos y de otras cuestiones.

Eagly y Chaiken (1993): tendencia psicológica que se expresa a través de la valoración de una entidad particular con algún grado de aprobación o desaprobación.

Como podemos observar, las definiciones expuestas reflejan la evolución sufrida por el concepto de actitud, tal y como ya hemos puesto de relieve en el apartado anterior, reflejando el cambio teórico desde posiciones basadas en las teorías más clásicas del aprendizaje hacia conceptualizaciones de carácter cognitivo.

Y dada la disparidad de definiciones, son muchos los intentos de clarificar, ordenar o explicar esta divergencia.

Rodríguez (1989) afirma que en la mayoría de las definiciones del concepto de actitud, "existe un elemento predominante que es la favorabilidad o desfavorabilidad", diferenciándose después en el peso que cada uno de los elementos de la definición adopta en la misma.

McGuire (1969), realiza un análisis del desacuerdo entre los distintos teóricos a la hora de consensuar una definición del concepto de actitud. De los resultados obtenidos señala las cinco dimensiones en las que se halla el desacuerdo: su locus de control, su condición de respuesta o disposición a responder, su grado de organización, el grado en el que son aprendidas por experiencia y la función que ejercen.

Shaw y Wright (1967), por su parte, señalan los siguientes factores para diferenciar las definiciones postuladas: la mayor o menor generalidad-especificidad en la definición y el grado en que cada definición atribuye un referente específico a las actitudes, la tendencia a generalizar el constructo y el número de componentes (cognitivo/afectivo/conativo frente a cognitivo/afectivo).

Eagly y Chaiken (1993), por su parte, señalan como causa fundamental de la falta de claridad del concepto de actitud la ausencia de una diferenciación clara entre la valoración y el afecto; aspecto este que, probablemente, se origine en la predominancia de interpretaciones racionalistas bajo control cognitivo. En opinión de estas autoras, el componente afectivo –referido a aspectos emocionales de las personas ante el objeto actitudinal– no es lo mismo que la valoración. Y, en este sentido, podemos encontrar en los últimos tiempos variedad de estudios encaminados a considerar ambos aspectos como esencialmente distintos (Millar y Tesser, 1986; Zanna y Rempel, 1988; Eagly y Chaiken, 1993).

Una perspectiva más compartida por los teóricos del constructo actitudinal, es la clasificación de las definiciones de actitud en función de sus componentes. Así, encontramos análisis basados en el valor instrumental del concepto y análisis basados en la trílogía conocimiento-sentimiento-acción.

Dentro de la perspectiva del valor instrumental, la estructura de las actitudes se describe como un conjunto de expectativas de utilidad del objeto para las metas del sujeto (Rodríguez, 1989). Según la valoración atribuida a los ob-

jetivos, así será desarrollada la actitud. Se diferencia el componente afectivo y el componente cognitivo; el primero de ellos se define como la valoración de los atributos del objeto o de las metas para las que sirven; el componente cognitivo se define como la creencia en la asociación entre el objeto y ciertos atributos, o entre ciertos atributos y las metas del sujeto. Dentro de esta línea de análisis se sitúan Peak (1955), Carlson (1956), Zajonc (1960), Jones y Gerard (1967), Rosenberg (1956) y Fishbein (1963), entre otros.

Dentro de la perspectiva de los tres componentes, se analiza el componente cognitivo, el afectivo y el conativo o conductual. El componente cognitivo está compuesto por los conocimientos que una persona tiene acerca del objeto actitudinal y que, por sí mismos, son suficientes para basar la actitud. El componente afectivo hace referencia a las emociones o sentimientos que produce un objeto social y que ha sido siempre considerado como el componente fundamental de la actitud. Finalmente, el componente conativo o conductual se define como la disposición o tendencia a actuar respecto al objeto actitudinal y, teóricamente, representaría la conjunción de los dos componentes anteriormente citados

De todos los intentos efectuados para alcanzar una definición consensuada de este concepto, es posible que la más asumida dentro de la investigación actitudinal sea la ofrecida por Fishbein y Ajzen (1975), definición que recalca la actitud como aprendida, predisponente a la acción y evaluativa.

Sin embargo, pese a su amplia aceptación, no consigue aunar las distintas posiciones de los teóricos actitudinales debido, fundamentalmente, a varias causas (enumeradas por Lameiras, 1997): en primer lugar, la utilización del término “consistente” en la definición es, cuanto menos, ambiguo debido a la posibilidad de diferenciar varios tipos de consistencia: “estímulo-respuesta”, “respuesta-respuesta” y “consistencia valorativa a lo largo del tiempo”. En segundo lugar, considerar la actitud como una “predisposición” implica el reconocimiento

de una variable latente que guía la conducta. Y, finalmente, diversos estudios (Eaves, Eysenck y Martin, 1989) cuestionan la consideración de la actitud como “aprendida” ya que parece posible postular cierto origen biológico. Sin embargo, pese a las críticas recibidas, la definición de Fishbein y Ajzen ha impactado fuertemente entre los investigadores sociales, en la doble vertiente teórica y práctica, al permitir su medición.

Otras aportaciones destacables son las de Pratkanis (1989), para quien la actitud es “una valoración por parte de la persona de un objeto de pensamiento”; o Eagly y Chaiken (1993), para quienes la actitud es “una tendencia psicológica [estado de valoración] que se expresa a través de la valoración [todo tipo de respuestas] de una entidad particular con algún grado de aprobación o desaprobación”.

Como hemos podido observar, son muchas las definiciones y muchos los autores que han intentado acotar el problema (Sánchez y Mesa, 1998; Savater, 1995; Rokeach, 1968; Eiser, 1989). Agrupando los elementos comunes, podríamos extraer las características principales que definen el concepto “actitud”:

- ▶ Conjunto organizado de convicciones o creencias (componente cognitivo). Las actitudes conforman una sistematización organizada de creencias, valores, conocimientos y expectativas, congruentes entre sí.
- ▶ Predisposición o tendencia a responder de un modo determinado (componente conductual). Resulta, de todo lo visto hasta ahora, el componente más definitorio e importante del concepto actitudinal. Si bien no se ha establecido aún una relación directa entre actitud y conducta, lo habitual es que una actitud, ya sea positiva o negativa, implique la realización de un comportamiento congruente con dicha actitud.
- ▶ Predisposición favorable o desfavorable hacia el objeto actitudinal (componente

afectivo-emocional). La actitud va siempre acompañada de una carga afectiva.

- ▶ Carácter estable y permanente. La estabilidad identifica a las actitudes como un conjunto sólido de creencias y comportamientos.
- ▶ Aprendidas por el sujeto, que le impulsa a una acción determinada en una situación determinada. Dicho aprendizaje se produce, fundamentalmente, a través del proceso de socialización del sujeto.
- ▶ Dinamizadoras del conocimiento en cuanto que la persona tiende a buscar el conocimiento sobre aquellos hechos, sucesos, personas, etc. que provocan actitudes positivas; y a desdeñar o no atender aquello hacia lo que se tienen actitudes negativas.
- ▶ Transferibles, en el sentido de que se pueden generalizar y trasladar en función de personas, situaciones y hechos concretos.

3. MODELOS ACTITUDINALES

Una alternativa psicosocial más compleja e interactiva a la comprensión y modificación de las relaciones entre actitudes y conducta la constituye el modelo teórico. Los modelos actitudinales son “simplificaciones de la realidad” que representan gráficamente unas relaciones entre variables o factores con fuerte apoyo teórico y empírico.

Esta apuesta metodológica implica, desde la perspectiva actitudinal, que el investigador debe formalizar las relaciones teóricas entre las diversas variables incorporadas al modelo. Hasta el momento esta condición ha sido cumplida para analizar los componentes del constructo “actitud” (y las interacciones entre ellos) y/o para elaborar una proto-teoría de la conducta social humana –operativamente la “variable dependiente”– proponiendo para su explicación una serie de antecedentes –variables independientes– que, además, pueden mantener entre sí diversas relaciones.

Siguiendo la opinión de Montmollin (1984), si bien la definición de actitud constituye un requisito indispensable dentro de cualquier estudio científico, es posible que el investigador caiga en una trampa intelectual que nos impida el avance en nuestros presupuestos teóricos. A lo largo de la década de los ochenta el aspecto que ha generado mayor interés entre los investigadores es el estudio de la estructura y funcionamiento actitudinal. Tal es así, que McGuire (1989) identifica hasta siete modelos basados en distintos conceptos y operativizaciones de las actitudes individuales. De ellos, dos destacan como principales: el modelo jerárquico (Smith, 1947; Rosenberg y Hovland, 1960) y el modelo de cadena causal (Fishbein y Ajzen, 1975; Ajzen, 1980).

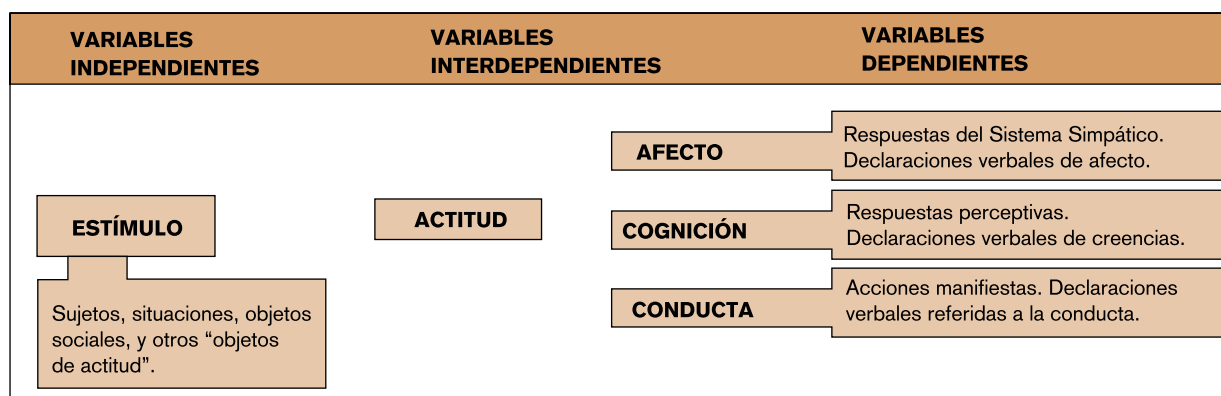
3.1. Modelo jerárquico o tripartito

Una de las aproximaciones al estudio de la estructura actitudinal es el modelo jerárquico o tripartito; modelo que, según definió Pratkanis (1989), ha sido uno de los más utilizados y menos entendidos. Su fundamentación teórica se sitúa en que la actitud, considerada como un constructo hipotético, debe ser inferida partiendo de respuestas observables y medibles que reflejan la valoración de los sujetos sobre los estímulos actitudinales – entendidos de forma amplia, ya que pueden ser personas, cosas,

ideologías, etc.–. De manera que únicamente resulta posible conocer la actitud a través de la medición de sus tres componentes: afectivo –emociones o sentimientos que produce un objeto social–, cognitivo –creencias y opiniones acerca del objeto– y conductual –disposición o intención conductual y acciones dirigidas directamente hacia el objeto actitudinal–; estos tres componentes tienen un importante carácter evaluativo, cada uno de ellos es diferente a los demás pero, entre ellos, guardan alguna relación. En opinión de algunos autores (Lameiras, 1997; Breckler, 1984), se olvida que esta clasificación tripartita tiene como antecedentes las teorías clásicas griegas formuladas para prácticamente cualquier comportamiento, y que será Smith (1947) quien lo aplique al estudio actitudinal; si bien será la formulación de Rosenberg y Hovland (1960) la más popular y utilizada.

Partiendo de una definición de actitud “como predisposiciones a responder a alguna clase de estímulos con ciertas clases de respuestas”, Rosenberg y Hovland (1960) explican los tipos de respuestas inherentes a nivel afectivo, cognitivo y conductual y construyen un modelo jerárquico en el que los tres componentes son considerados como factores de “primer orden” y la actitud como un único factor de “segundo orden”.

FIGURA I.1. MODELO ACTITUDINAL TRIPARTITO.



Tal y como observamos en la figura, la propuesta de este modelo es que las personas, ante los estímulos actitudinales –personas, situaciones, etc.–, presenta tres posibles tipos de respuesta.

La primera de ellas, respuesta “cognitiva”, está compuesta por las creencias relevantes o salientes del sujeto acerca de dicho objeto; la segunda respuesta es la “evaluativa”, que recoge los sentimientos que la persona asocia a dicho objeto; finalmente, la respuesta “conductual” supone la tendencia o intención de comportamiento hacia el objeto en cuestión de una u otra forma.

Así, si lo aplicamos al estudio que ahora nos ocupa, en la actitud de un joven ante la violencia juvenil exogrupal deberíamos identificar su opinión en cuanto a causas y consecuencias –positivas y negativas– de la acción, y los sentimientos que provocan; finalmente, se debería considerar la tendencia de dicho joven a la realización de la acción.

La ventaja de este modelo es (Morales y Moya, 1996) “que enriquece el concepto de actitud como una tendencia evaluativa (Eagly, 1992) con elementos cognitivos y conductuales que, en principio, tendrían que ir unidos a la evaluación, los primero como base o precondición, ya que no se puede evaluar algo que se desconoce, y los segundos como una consecuencia lógica, ya que de una evaluación de un cierto signo (positivo o negativo) habría que esperar una conducta de mismo signo o parecido”. Por otra parte, daría cumplida cuenta del carácter social del concepto actitudinal, ya que mediante el sistema de creencias, sentimientos e intención conductual, la persona establece su vinculación con el mundo social.

Sin embargo, el modelo no consigue la aprobación de todos los teóricos actitudinales. Zanna y Rempel (1988), por ejemplo, critican la presunción del modelo acerca de la existencia de una relación positiva entre actitud y conducta, aspecto que –como ya veremos posteriormente– no es compartido por todos

los teóricos actitudinales, ni dicha relación es positiva en todas las ocasiones. Devine (1995), aplicándolo al prejuicio, constata la posibilidad de que existan estereotipos negativos sin prejuicio y discriminación sin actitud negativa.

Pese a su amplia divulgación, el modelo de los tres componentes de la actitud ha sido poco utilizado por los investigadores. En opinión de Lameiras (1997) su baja aceptación puede deberse a la falta de consenso sobre la significación de cada uno de los componentes especificados en el mismo; baja aceptación que se ha visto consolidada por el hecho de que la atención de los teóricos actitudinales se haya centrado en la validación de los tres componentes y la aplicación del mismo en temas relacionados con el cambio actitudinal y la predicción de la conducta, lo que ha impedido comprobar su poder explicativo. La justificación del modelo tripartito de la actitud resulta compleja dados los diversos resultados obtenidos por los investigadores del campo actitudinal. Así, la falta de apoyo empírico para la teoría de los tres componentes es puesta de manifiesto por distintos estudios (Ajzen, 1988; Hormuth, 1979; McGuire, 1969, 1985) que demuestran la elevada correlación existente entre los componentes, de modo que su diferenciación conceptual resulta complicada. Mientras que otros investigadores (Ostrom, 1969; Kothandapani, 1971; Breckler, 1984), sin embargo, encuentran razones para validar el modelo.

En definitiva, la falta de una prueba concluyente, incluso mediante la utilización de refinados procedimientos estadísticos (Bagozzi y Burnkraut, 1979, 1985; Dillon y Kumar, 1985), y el “desinterés por aportarla” (Lameiras, 1997), promueve en ciertos autores el alegato de abandono de la definición tripartita de las actitudes (Greenwald, 1989), mientras que otros abogan por la necesidad de esperar otro tipo de pruebas antes de formular juicios definitivos acerca de la estructura dimensional del concepto de actitud (Chaiken y Stangor, 1987).

3.2. Modelo de cadena causal, modelo expectativa-valor

Frente al modelo de los tres componentes, cuya validez empírica tal y como ya hemos visto se encuentra seriamente cuestionada, Fishbein (1963, 1967) desarrolla el modelo expectativa-valor, en el que la actitud hacia un determinado objeto está en función del valor de los atributos asociados al mismo y de la probabilidad subjetiva de que dicho objeto esté efectivamente definido por esos atributos, es decir, la expectativa (Hewstone *et al.*, 1992).

La predicción de actitud se efectúa, siguiendo dicho planteamiento teórico, mediante un sumatorio del producto de los componentes valorativos y de expectativa asociados al objeto actitudinal. La propuesta de Fishbein y Ajzen (1975) acerca de la estructura actitudinal es la reducción de los tres componentes postulados por el modelo anterior a uno solo: el componente evaluativo. Si bien no niegan la existencia del componente cognitivo, sí rechazan que forme parte de la actitud, y enfatizan la característica evaluativa de la actitud como el más importante –e incluso único– componente de la misma. En opinión de estos autores, así como la de aquellos defensores de este modelo, es necesario diferenciar el concepto de actitud del de creencias y del de intención conductual y conducta manifiesta, insistiendo en la necesidad de otorgar un tratamiento de independencia entre los componentes.

Dentro de este marco teórico, la actitud se concibe como “sentimiento general, permanentemente positivo o negativo, hacia alguna persona, objeto o problema” (Fishbein y Ajzen, 1975); es decir, una respuesta valorativa de carácter afectivo. Las creencias, por su parte, se definen como las opiniones que el sujeto posee acerca del objeto de actitud; si bien es cierto que las creencias de las personas conforman

la base de la evaluación sobre dicho objeto, no es menos cierto que en dicha evaluación que el sujeto realiza intervienen, además, los valores que el propio sujeto asocia a cada una de las propiedades, con lo que las creencias, aún siendo la base de la evaluación, no pueden ni deben confundirse con ella (Morales y Moya, 1996).

La intención conductual, según Fishbein y Ajzen, está referida a la disposición de las personas para realizar cierto tipo de comportamiento relevante para la actitud, es decir, a comportarse de una determinada manera respecto a determinados objetos actitudinales; retoman el concepto de Triandis (1964) y lo incorporan al modelo como antecedente inmediato de la conducta, y diferenciado de la actitud.

Finalmente, la conducta es “un candidato todavía más improbable a formar parte de la actitud” (Morales y Moya, 1996) ya que, en opinión de Fishbein y Ajzen, la actitud –evaluación– influye en la intención y ésta en la conducta. El modelo propuesto por Fishbein y Ajzen, por tanto, separa las creencias y la conducta del componente evaluativo, al que convierten en el único componente actitudinal. La actitud, como puede observarse en la figura 1.2, está en función de las creencias y es descrita en términos de una estructura multi atributo; nos encontramos, por tanto, ante un modelo de expectativa-valor que, como ya hiciera Rosenberg (1956), aborda la estructura actitudinal mediante una ecuación en la que la actitud es definida en función de las creencias, y cuya forma más popular es la aportada por Fishbein y Ajzen (1975):

donde:

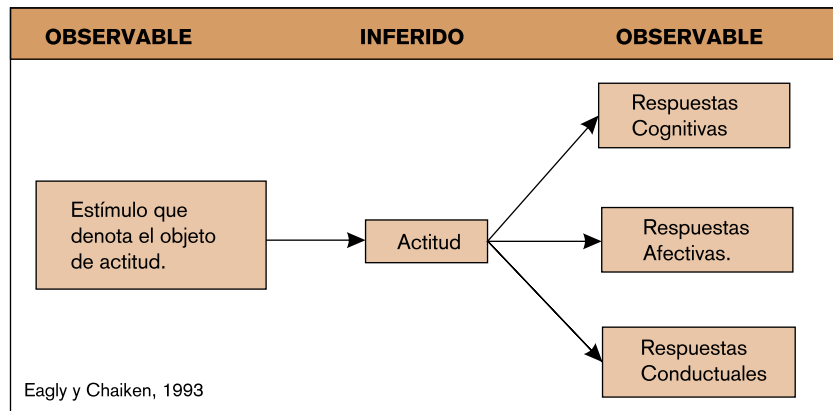
A_0 es la actitud hacia algún objeto o

b_i es la creencia i sobre o

e_i es la evaluación del atributo i

n es el número de creencias.

FIGURA I.2. MODELO DE CADENA CAUSAL



En el apartado correspondiente (ver apartado “B” del Marco Teórico), se verán de un modo más detenido las predicciones teóricas de esta formulación y el modo en que Fishbein y Ajzen lo convierten en un modelo teórico importante. En este momento, baste decir a modo de breve explicación, que la formulación básica de la ecuación implica que cada creencia acerca de un determinado objeto actitudinal es conectada con determinados atributos (ya sean otros objetos, finalidades o resultados); el valor subjetivo de cada uno de los atributos contribuye a la actitud de manera directamente proporcional a la fuerza de la creencia. Finalmente, para estimar la actitud, la fuerza de cada una de las creencias es multiplicada por la evaluación de los atributos y su producto sumado para todas y cada una de las n creencias salientes, y sólo las creencias salientes, ya que los autores consideran que la actitud está en función únicamente de este tipo de creencias, y no del resto. A partir de aquí, Fishbein y Ajzen (1975; Ajzen y Fishbein, 1980) elaboran un modelo teórico muy importante en el campo actitudinal; dicho modelo, y sus implicaciones teóricas, serán analizados posteriormente.

Sin embargo, el modelo de cadena causal no está exento de críticas. En el apartado “Críticas al modelo de Fishbein y Ajzen” se analizan las objeciones que desde distintos ámbitos recibe el modelo teórico propuesto por estos autores. En este momento, nos limitaremos a po-

ner de relieve algunas apreciaciones que, en lo que a su implicación teórica para el campo actitudinal se refiere, en tanto que modelo, han sido reflejadas por distintos autores. Así, por ejemplo, distintos autores (Breckler, 1984; Schlegel, 1975; Schlegel y DiTecco, 1982) demuestran que, si bien es posible vehicular la estructura actitudinal mediante una sola respuesta afectiva, esto sólo resulta factible cuando las creencias salientes acerca del objeto actitudinal son simples, su número pequeño y no existe contradicción entre unas y otras; en el caso contrario, la respuesta evaluativa no alcanza a representar la estructura de la actitud. Zanna y Rempel (1988) reprochan a Fishbein y Ajzen la asunción de la valoración únicamente en cuanto a su carácter utilitario. En opinión de Morales y Moya (1996), esta apreciación resulta correcta ya que, siguiendo el procedimiento especificado por estos autores, la evaluación es el resultado de la suma de una serie de productos, todos derivados de multiplicar cada propiedad del objeto por el valor que le otorga la persona. En opinión de Zanna y Rempel, se podría dar el caso de que un objeto actitudinal sea evaluado de determinada manera (bueno o malo, agradable o desagradable, etc.) y sin embargo la emoción asociada a dicha evaluación pueda ser fuerte, débil, o incluso no existir. Y este aspecto no se considera en este tipo de modelos (Morales y Moya, 1996). Eagly y Chaiken (1993) señalan que las actitudes, en-

tendidas en el sentido de evaluaciones generales, pueden ser producto de reacciones afectivas y conductuales a objetos de actitud, al igual que a respuestas cognitivas. Y podemos encontrar evidencias (Ajzen y Driver, 1991, 1992; Bagozzi, 1989) sobre la separabilidad de los determinantes cognitivos (costes y beneficios) y afectivos (sentimientos positivos y negativos) de la actitud o la intención. Pese a las críticas recibidas, Ajzen (1989) considera que “la mayoría de los datos aportados en la literatura son bastantes consistentes con el modelo en el que un único factor informa de la mayor parte de la varianza en las respuestas actitudinales”.

3.3. Otros modelos actitudinales

3.3.1. Modelo dual

Si bien hay que decir que este modelo es infrecuentemente presentado en los manuales, le debemos a Lameiras (1997) su recuperación y la descripción que de él sigue. Así, esta autora identifica, como alternativa al modelo de los tres componentes, una antigua propuesta de Thomas (1907) retomada posteriormente por distintos autores (Rosenberg y Hovland, 1960; Katz, 1960; Hymes, 1986; Millar y Tesser, 1989). Judd y Kulik (1980), al observar que el recuerdo de información se produce de modo óptimo cuando la evaluación de la misma es extrema (es decir, se sitúa en los polos valorativos de una escala), y que la valoración neutral (es decir, la del centro de la escala) se recuerda peor, introducen el concepto de esquema bipolar; así, las actitudes son esquemas bipolares que contienen tanto contenidos cognitivos que apoyan las posiciones del sujeto respecto a objetos actitudinales, como la posición contraria. Pratkanis (1989), avala con sus resultados la postura manifestada por Judd y Kulik.

Otros autores (Crites, Fabrigar y Petty, 1994; Edwards, 1990) sostienen la necesidad de mantener la diferenciación entre el componente afectivo y cognitivo dentro del constructo actitudinal como un aspecto útil a la hora de su medición. Lo que se plantea es, en definitiva,

que el componente conductual no debe formar parte de la actitud ya que, en sí mismo, constituye ya la “conducta” real. Así, algunos autores (Triandis, 1964; Kothandapani, 1971) eliminan el elemento conductual de la composición actitudinal al interpretarlo como “intención conductual”.

3.3.2. Modelo del procesamiento espontáneo de Fazio

Como ya hemos visto, y detallaremos más adelante, el modelo propuesto por Fishbein y Ajzen (1975; Ajzen y Fishbein, 1980) para explicar la relación entre actitud y conducta, considera al ser humano como un ente racional que procesa con deliberación la información; se considera al sujeto como un “actor racional” (Tesser y Shaffer, 1990). Sin embargo, esta concepción de la persona no es compartida por todos los investigadores del constructo actitudinal. Si bien existen pocas dudas de que en determinadas ocasiones el comportamiento responde a los requerimientos teóricos expuestos por Fishbein y Ajzen, en opinión de algunos autores no toda la conducta social es deliberada o razonada, existen situaciones en las que el sujeto debe otorgar una respuesta rápida, sin reflexión; muchas de nuestras conductas son espontáneas por naturaleza, considerándose al sujeto como un “actor no racional” (Tesser y Shaffer, 1990).

Definiendo la actitud como la asociación existente entre el objeto actitudinal y una valoración, ambos términos utilizados en un sentido muy amplio (incluyendo “asuntos sociales, categorías de situaciones, categorías de gente, e individuos específicos así como objetos físicos” (Fazio, 1989), mantiene que la fuerza de dicha valoración sobre el objeto es la que determinará el grado en el cual la actitud se activa ante la exposición del objeto; la conexión actitud-conducta será más fuerte cuando la actitud es cognitivamente accesible y, para ello, enuncia el modelo de procesamiento espontáneo o automático de la actitud (Roskos-Ewoldsen y Fazio, 1992; Fazio, 1990).

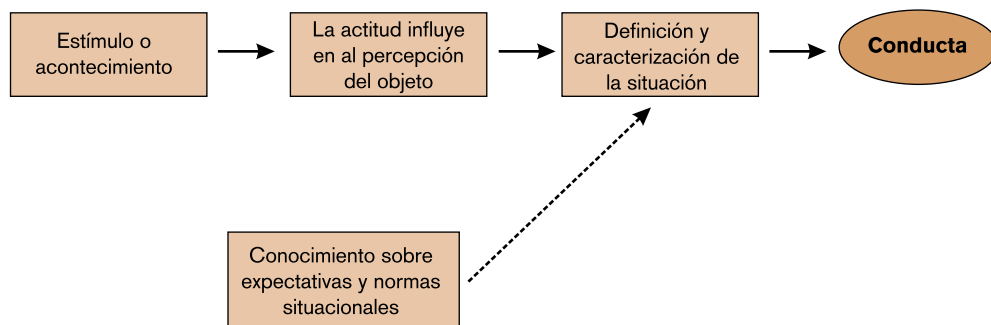
El modelo del procesamiento espontáneo enfatiza la necesidad de estudiar cómo las personas, en distintas situaciones sociales, sobre todo aquellas que requieren una respuesta rápida, desarrollamos un procesamiento cognitivo más superficial, emocional y automatizado. Los heurísticos son los procesos propuestos e incluyen una serie de reglas estereotipadas que ayudarían a responder sin demora a las demandas ambientales. Así, por ejemplo, en condiciones de alta ambigüedad, escasa relevancia o importancia para el sujeto o presiones temporales de respuesta, el sujeto puede de-

cidir su conducta en función de características externas y superficiales de las personas con las que interacciona (tales como belleza, autoidad, competencia, etc.).

Desde la perspectiva teórica, este modelo se centra en una característica de la actitud, la accesibilidad, que sugiere la facilidad con que las características y evaluaciones de una persona, grupo social u objeto son recordadas por el sujeto. La conducta, en definitiva, depende de la accesibilidad de la actitud.

La figura I.3 expone de manera gráfica el modelo enunciado por Fazio (1990).

FIGURA I.3. MODELO DEL PROCESAMIENTO ESPONTÁNEO DE FAZIO.



Como podemos observar, el modelo de Procesamiento Espontáneo es, al igual que el postulado por Fishbein y Ajzen, un modelo que pretende establecer la relación entre actitud y conducta. En condiciones normales, se espera que el trato directo, sin intermediarios, con una persona u objeto produzca asociaciones más fuertes entre ese objeto y su evaluación, y por lo tanto, actitudes más accesibles. Y serán estas actitudes (las que mantienen una fuerte asociación entre la persona o el objeto y su evaluación) las que tendrán más probabilidad de activarse ante la presencia directa de la persona u objeto.

Fazio (1990) va a convertir en uno de los ejes de su modelo el efecto de activación automática de la actitud; la evaluación, almacenada

en la memoria, ante la mera observación del objeto actitudinal, se pone en marcha sin necesidad de deliberación o control intencionado por parte de la persona. En definitiva, cuando el objeto aparece en la situación inmediata, y suponiendo la accesibilidad de la actitud, ésta se activa sin necesidad de un procesamiento consciente; una vez activada, sesga la percepción del objeto en la situación inmediata y la conducta se deriva directamente de dicha percepción sin necesidad de un proceso deliberado de razonamiento consciente (Eagly, 1992).

Como vemos, la conducta depende de la accesibilidad de la actitud, y la fuerza de asociación determinante de dicha accesibilidad viene determinada por múltiples factores. Así, por ejemplo, cuanto más fuerte sea la asociación

establecida, más probable es que la actitud sea activada espontáneamente ante la observación del objeto; y cuanto mayor sea la asociación entre el objeto de actitud y la valoración almacenada en la memoria, mayor probabilidad existe de que se desencadene la activación automática de la actitud (Fazio, Sanbomatsu, Poweel y Kardes, 1986; Fazio, 1990).

La fuerza de asociación entre el objeto de actitud y la evaluación se puede localizar a lo largo de un continuo que abarcaría desde la inexistencia de asociación, hasta una asociación fuerte, que podría activar automáticamente la actitud; en el centro se situaría una asociación de carácter débil asociación, improbable de provocar una activación automática de la actitud. Así, cuanto mayor fuerza asociativa exista, será mayor la resistencia de la actitud al cambio y mayor la estabilidad actitudinal; igualmente, cuanto más fuerte sea la asociación, tendrá lugar el proceso automático de activación de la actitud y será mayor la probabilidad de que la actitud guíe la conducta del sujeto. En caso de que la asociación sea demasiado débil, la conducta estará determinada, fundamentalmente, por características de la situación (Fazio, 1990).

Las críticas al modelo presentado por Fazio provienen, fundamentalmente, de dos puntos (Morales y Moya, 1996).

En primer lugar se cuestiona la accesibilidad como único factor influyente en la latencia de respuesta, señalándose otras características actitudinales tales como la ambivalencia, la polarización, la extremosidad y la consistencia (Bargh *et al.*, 1992). En opinión de estos autores, dichas características no guardan una relación unívoca con la fuerza de la asociación entre el objeto y la evaluación.

En segundo lugar, se advierte que el efecto de activación automática de la actitud no tiene lugar únicamente en las actitudes más accesibles, sino prácticamente en todas a excepción de aquellas más débiles (Bargh *et al.*, 1992). Esta última crítica cuestiona (Morales y Moya, 1996) la asunción básica de Fazio de que el

efecto de activación automática depende de la fuerza de la asociación.

De lo visto hasta ahora, podemos observar la existencia de dos modelos que, de manera implícita, pretenden establecer la relación entre actitud y conducta. El modelo de Fishbein y Ajzen y el modelo de Fazio difieren en que en este último, al proceso deliberado y racional que guía la conducta desde las creencias (Fishbein y Ajzen, 1975), se opone la accesibilidad de la actitud. Y que sean diferentes no quiere decir (Morales y Moya, 1996) que sean incompatibles.

La prueba de esta afirmación es que el propio autor postula el modelo MODE que “pretende ser una integración teórica” (Fazio, 1990) de relación entre actitud y conducta, en el cual intervienen tanto procesos espontáneos como deliberados. En aquellas ocasiones en las que al exigir una respuesta rápida se obstaculiza la deliberación, se hará más probable la aparición de procesamiento espontáneo; en cambio, en las situaciones en las que las personas se enfrenten a decisiones importantes y posean tiempo para prepararla, posiblemente predominará el procesamiento deliberado.

La conclusión sobre los modelos que intentan estructurar el concepto de actitud es, como vemos, la existencia –hasta la fecha– de contradicción en la evidencia empírica. En opinión de Hewstone *et al.* (1992), la investigación de carácter práctico se inclina hacia la concepción unidimensional de la estructura actitudinal, ya que resulta más sencilla la medición de dicho concepto (Dawes y Smith, 1985; Silberer, 1983). Y, siguiendo a Lameiras (1997),

los resultados obtenidos de distintas investigaciones revelan fuertes correlaciones entre los tres componentes, y poca evidencia para la validez discriminante (Widaman, 1985). Consecuentemente, no hay diferencias importantes en el poder predictivo de los componentes cognitivo, afectivo y conativo, y por tanto el modelo de cadena causal sería el más aceptado.

4. PREDICCIÓN DE LA CONDUCTA A PARTIR DE LAS ACTITUDES. RELACIÓN ENTRE ACTITUD Y CONDUCTA

4.1. La relación actitud-conducta

“Las actitudes determinan lo que hará cada individuo” (Allport, 1935). El principio de que las actitudes dirigen la conducta es la fuerza conductora que impulsó décadas de investigación en psicología social sobre cómo se pueden formar y cambiar las actitudes (Smith y Mackie, 1997).

Uno de los objetivos principales de la investigación en psicología social sobre actitudes es “predecir, cambiar y controlar las conductas, no sólo individuales, sino también de los grupos y colectividades, lo que debería, en teoría, permitir eliminar los comportamientos indeseables, inducir otros deseables y hasta planificar, dirigir y controlar el cambio social” (Morales, 1994). Ahora bien, se ha debatido mucho acerca de si tal objetivo es posible. Las críticas más duras hacia este tipo de investigación provienen de un estudio llevado a cabo poco después de la aparición de los primeros métodos para la medición de actitudes, allá por 1930.

El llamado “histórico problema del fracaso” (Kiesler y Munson, 1975) de las actitudes como predictoras de la conducta tuvo en el estudio de LaPiere (1934) el primer hito de la investigación crítica sobre actitudes.

LaPiere (1934) investiga la relación entre las actitudes declaradas y las conductas efectivas. Acompañado de una pareja de chinos, recorrió Estados Unidos durante dos años con objeto de poner en relación las actitudes raciales con la conducta de aceptación o rechazo de personas pertenecientes a minorías étnicas. En su visita por un total de 251 locales distintos (hoteles, restaurantes y establecimientos similares) pudo observar que los comportamientos no sujetos a prejuicios, aparentemente, de los hosteleros no se correspondían con las respuestas

que enviaron meses después ante un cuestionario enviado por el investigador en el cual se preguntaba a los dueños de los distintos locales si estarían dispuestos a admitir a miembros de la raza china como huéspedes. En esta ocasión, la actitud sí resultó ser abrumadoramente (92% de los hoteles y el 91% de los restaurantes) prejuiciosa contrariamente a la conducta anteriormente realizada. LaPiere interpretó que no son lo mismo las reacciones verbales ante situaciones simbólicas que las reacciones reales a situaciones reales (Morales, Reboloso y Molla, 1994; Stahlberg y Frey, 1992). El trabajo de LaPiere, junto con otros trabajos que tampoco pudieron encontrar una relación entre actitudes y conducta (Ajzen y Fishbein, 1970; Corey, 1973), causarán un desastroso impacto (denominado “visión pesimista”) en el estudio de la relación actitud-conducta en la década de los sesenta (Stahlberg y Frey, 1992). En una posterior replicación, Kutner, Wilkins y Yarrow (1952) obtienen conclusiones muy parecidas a las obtenidas por LaPiere.

El postulado de congruencia entre actitud y conducta se mantuvo sin cuestionar hasta finales de la década de los sesenta. Campbell (1963) intenta explicar los resultados obtenidos por LaPiere mediante el argumento de umbral diferencial. En su opinión, algunas respuestas actitudinales necesitan más esfuerzo o motivación que otras para llevarlas a cabo, es decir, tienen diferentes umbrales. Así, en el nivel más bajo se encontrarían las reacciones autonómicas musculares, seguidas de los informes verbales sobre los sentimientos hacia los estímulos, los informes verbales sobre las intenciones conductuales personales, hasta llegar a la conducta real. Algunas actitudes pueden influir los informes verbales, pero no ser lo suficientemente fuertes como para ser expresada conductualmente (Lameiras, 1997). Es a finales de esta década cuando empiezan a surgir toda una serie de argumentos muy críticos contra la investigación sobre actitudes.

Quizás sea Wicker (1969) el máximo exponente de la línea más dura acerca de la relación entre actitud y conducta. En la más feroz de las crí-

ticas que quizás se haya formulado nunca respecto al tema, considera que "sería de desear que se abandonase el concepto de actitud". Esta afirmación no parece ser gratuita. Este autor revisó un elevado número de estudios con el objetivo de medir la congruencia entre actitudes y conducta. Dichos estudios medían las respuestas de conducta verbal y manifiesta de distintos objetos de actitud; la medición se realizaba a través de escalas de medida tipo Thurstone, Likert y Diferencial Semántico y la población de estudio variaba (estudiantes y pacientes de una sala de maternidad). Los resultados obtenidos muestran que, prácticamente, no existía correlación entre las actitudes medidas y las conductas manifiestas (la correlación entre una y otra alcanzaba únicamente el valor de 30). Termina concluyendo que las actitudes sólo explicaban (en el mejor de los casos) el 1% de la varianza de la conducta, es decir, que "en conjunto, estos estudios sugieren que resulta mucho más probable que las actitudes estén relacionadas de forma débil o no estén relacionadas en absoluto con las conductas observables, antes que lo contrario". En opinión de este autor, el denominador común de los estudios revisados se encuentra en la medición referida al objeto de actitud en lugar de hacer referencia a la actitud hacia la conducta objeto de predicción; esta afirmación originará una de las alternativas sugeridas para solucionar el problema de la relación actitud-conducta mediante la reorientación de la medición de la actitud desde el objeto de la conducta a la conducta en cuestión (Fishbein y Ajzen, 1975). Por otra parte, Wicker (1971) critica que los investigadores introduzcan el constructo actitudinal dentro de un amplio conjunto de variables causantes de la conducta con la intención de incrementar la predicción del comportamiento de manera caótica, incluyendo tanto las variables situacionales como las personales, sin que se realice un estudio sistemático previo.

Pero no es únicamente Wicker. Las críticas a la capacidad predictiva de las actitudes proviene de un gran número de estudios (Deutscher, 1969, 1973; Warner y DeFleur, 1969; Ehrlich,

1969; Zimbardo y Ebbesen, 1970; Abelson, 1972) que, curiosamente, no provienen de posturas contrarias a la definición tradicional de la actitud (Doob, 1947; Blumer, 1948, 1955), sino que provienen del propio campo de la tradición investigadora de las actitudes (Rodríguez, 1989).

Es a finales de los setenta cuando empieza a surgir la reacción ante el pesimismo existente y se plantea el reto de recuperar un concepto, el de actitud, que si bien se considera como útil y productivo en su relación con la conducta, adolece aún de pruebas consistentes (Fishbein y Coombs, 1974; Ajzen y Fishbein, 1977). Por una parte, la inconsistencia actitud-conducta puesta de manifiesto por LaPiere (1934) aparece sembrada de dudas debido a las numerosas deficiencias metodológicas del estudio resultando, por tanto, un inadecuado punto de referencia para argumentar la falta de relación entre la actitud expresada y la conducta manifiesta (Worchel, 2002). Por otra, el análisis de los estudios realizados por Wicker reflejó la utilización de medidas generales de actitud para la predicción de conductas muy concretas y específicas; análisis cuyas conclusiones indicaban la poca o nula utilidad de plantear la actitud como predictora de la conducta al ser ésta una cuestión demasiado general. Surge así una nueva manera de afrontar el problema en la que los autores abandonan las preguntas generales (nivel molar) para ir más a lo específico, parcializando. Zanna y Fazio (1982), por ejemplo, se cuestionan "cuándo están correlacionadas las actitudes y la conducta", "qué factores influyen en el tamaño de la correlación, cuándo y si ésta existe", "qué procesos son los que provocan la influencia de las actitudes en la conducta" (Stahlberg y Frey, 1992). La tendencia, en definitiva, es abandonar la pregunta de si están correlacionadas la actitud y la conducta en beneficio de los estudios en los que se ponga de relieve en qué momentos, bajo qué circunstancias y con qué tipo de actitudes podemos establecer una relación predictiva entre actitudes y conductas.

La reacción de los años setenta, surgida para responder a un acercamiento excesivamente molar que engloba nociones muy diferentes (Fishbein, 1967), en el que se critica además la metodología empleada en la constatación de la relación actitud-conducta, termina con la aceptación bastante generalizada de datos que confirman la existencia de una influencia causal directa de las actitudes sobre la conducta (Kahle y Berman, 1979; Andrews y Kandel, 1979).

4.2. Explicaciones a la falta de consistencia actitud-conducta

Podemos distinguir dos grandes líneas complementarias que explican la falta de consistencia entre la actitud y la conducta en las investigaciones realizadas: explicaciones de tipo metodológico y explicaciones basadas en el efecto moderador que otro tipo de variables ejercen sobre la conducta, efecto que podríamos diferenciar en función de la procedencia de dichos moderadores (situacional, actitudinal o individual).

4.2.1. Perspectiva metodológica

Desde este punto de vista, la escasa capacidad predictiva de las actitudes se atribuye, por lo general, a que las mediciones de las actitudes y de la conducta se hacen a niveles heterogéneos. Los críticos más influyentes dentro de esta línea de investigación son, sobre todo Fishbein y Ajzen (1972, 1975; Ajzen y Fishbein, 1977, 1980).

Como ya vimos anteriormente, Fishbein y Ajzen (1975) recogen la crítica formulada por Wicker y exponen que LaPiere no obtiene una medida de la actitud real, sino que mide intenciones conductuales en las que la intención y la conducta poseen distintos niveles de especificidad, con lo cual no hay correspondencia entre una y otra. Para poder predecir una conducta determinada a partir de la actitud es necesario, afirman, que el nivel de generalidad de la medición actitudinal sea similar al empleado en la medición conductual: así, actitudes generales serán capaces de predecir conductas genera-

les, mientras que actitudes específicas serán útiles para la predicción de conductas específicas. Entonces, y sólo entonces, las actitudes sí tienen un alto poder predictivo de conductas (Fishbein y Ajzen, 1972; Ajzen y Fishbein 1977, 1980). Como señalaron Ajzen y Fishbein (1977; Ajzen, 1982), cuando la actitud medida es general y la conducta es muy específica, no debemos esperar una correspondencia estrecha entre palabras y acciones.

Ajzen (1989) nos ilustra con un ejemplo muy claro: conocer la actitud de una persona hacia la Medicina difícilmente servirá para pronosticar la probabilidad de que esa persona done sangre en una campaña que la Asociación de Donantes lleva a cabo en el centro de trabajo. Saber cuál es la actitud de la persona hacia las donaciones podría, en cambio, resultar más útil, y todavía más cuál es su actitud hacia donar sangre en su centro de trabajo (Morales, Raboso y Moya, 1994). Es sólo uno de los posibles ejemplos de lo que Rodríguez González (1989) califica como "auténtico despropósito, pero en realidad es un ejemplo de un planteamiento erróneo típico en la investigación de la relación entre actitud y conducta".

En esta misma línea, Calder y Ross (1973, 1976), Kelman (1974) y Schuman y Johnson (1976), entre otros muchos, afirman que la capacidad de las actitudes para predecir conductas es alta cuando se utilizan planteamientos teóricos correctos y métodos de medición adecuados. Davidson y Jaccard (1979) comprueban el principio de compatibilidad analizando las actitudes y la conducta de varios grupos de mujeres en relación con el control de natalidad. Para ello, miden las actitudes en distinto nivel de generalidad ("anticonceptivos", "píldoras anticonceptivas", "uso de píldoras anticonceptivas" y "uso de píldoras anticonceptivas en los dos próximos años"). Los resultados que obtienen corroboran totalmente el principio de compatibilidad al mostrar que a medida que la especificidad del objeto actitudinal aumentaba, la conducta medida se relacionaba con dicho objeto (obteniendo correlaciones de 0,8 para "anticonceptivos", 32

para "píldoras anticonceptivas", 52 para "uso de píldoras anticonceptivas" y 57 para "uso de píldoras anticonceptivas en los dos años próximos"). Del mismo modo, Jaccard, King y Pomazal (1977) demuestran que la predicción es más fiable cuanto mayor equivalencia existe entre el nivel de especificidad en el que se miden actitud y conducta. Es, en definitiva, lo que afirma el principio de compatibilidad: sólo cabe esperar relaciones entre actitudes y conductas cuando ambas están planteadas al mismo nivel de generalidad (Morales, Raboso y Moya, 1994; Stahlberg y Frey, 1992).

Ajzen y Fishbein (1977), en un trabajo que pretende sistematizar los aspectos metodológicos y las posibilidades y condiciones requeridas para predecir la conducta a partir de la actitud (Rodríguez, 1989), revisan los trabajos diseñados para demostrar dicha relación. Defienden la tesis de que las bajas correlaciones que se encuentran entre las actitudes y la conducta son debidas a problemas en la medición, no a que la actitud no ejerza influencia sobre la conducta. Nuevamente, como ya hicieran con anterioridad (Ajzen y Fishbein, 1973; Fishbein, 1967, 1973; Fishbein y Ajzen, 1972, 1974, 1975) afirman que las actitudes influyen en la respuesta de los sujetos hacia los objetos determinados de modo global, pero no determinan la conducta concreta. Para la predicción de la conducta es necesario considerar la "intención conductual", ya que ésta media el efecto de la actitud sobre la conducta (Fishbein y Ajzen, 1975). Y van más allá: lo único correcto a la hora de la medición, es medir la actitud hacia la conducta que se pretende predecir, y no la actitud hacia el objeto –que es lo que parece se había realizado tradicionalmente–. Siguiendo sus argumentos, la "relación actitud-conducta se incrementa a medida que se incrementa el grado de correspondencia entre los niveles de especificidad de la actitud y de la conducta" (Fishbein y Ajzen, 1975). Y para alcanzar un nivel de predicción eficaz de conductas específicas es necesario que el nivel de medición de la actitud se corresponda con el nivel de especificidad de la conducta en

cuanto a cuatro dimensiones o componentes: "acción" –qué conducta–, "objetivo" –finalidad de la conducta–, "contexto" –en qué situación se ejecuta la conducta– y "tiempo" –en qué momento se realiza la conducta– (Ajzen y Fishbein, 1977).

De los resultados obtenidos por Fishbein y Ajzen en su trabajo, se deriva la recomendación al resto de investigadores de que cuando se explique un determinado fenómeno, mediante un análisis actitudinal, se definan en primer lugar la "acción", el "objetivo", el "contexto" y el "tiempo", ya que los resultados obtenidos en distintos estudios acerca de la baja relación entre actitud y conducta reflejan la poca relevancia de dichos estudios en referencia a la cuestión de partida, debido a diversos problemas relacionados, fundamentalmente, con la medición: "intención conductual" y no "conducta", en el caso de LaPiere; "rasgos de personalidad" como medidas de "actitud" (Katz y Benjamin, 1960), o "actitud hacia el objeto" en lugar de "actitud hacia la conducta" (Lameiras, 1997). Resultados que son corroborados por Jaccard, King y Pomazal (1977); Fazio (1989) Bargh *et al.* (1992) y Myers (1995), entre otros autores.

Otro acercamiento al problema de la relación actitud-conducta lo constituyen las investigaciones realizadas, no sobre el problema concreto de si la actitud determina la conducta, sino de cuándo, en qué condiciones, la actitud determina la conducta; es decir, la investigación se centra en averiguar las condiciones o factores distintos que moderan –aumentan o disminuyen– la relación entre actitud y conducta. Así, una de las primeras constataciones se refiere al periodo temporal que separa la evaluación de la actitud y la medición de la conducta. Distintos autores comprueban que la fiabilidad de la predicción de la conducta a partir de las actitudes disminuye cuando dicho periodo temporal aumenta (Davidson y Jaccard, 1979; Schwartz, 1978) ya que podemos correr el riesgo de que en el intervalo temporal considerado se produzca un cambio en la actitud, la intención o ambas.

En cuanto al método de análisis utilizado, Bagozzi y Burnkrant (1979) establecen una mayor eficacia predictiva cuando la medición de la actitud se realiza mediante instrumentos referidos sobre todo al elemento afectivo (por ejemplo, el diferencial semántico), que cuando los instrumentos se refieren más al nivel cognitivo (por ejemplo, escalas Thurstone).

4.2.2. Variables moduladoras

La perspectiva metodológica como explicación de la baja correlación actitud-conducta se puede complementar con explicaciones que se basan en el efecto modulador que otro tipo de variables ejercen sobre la conducta (Lameiras, 1997). Dichas variables pueden relacionarse directamente con la actitud, o influir en su relación con la conducta correspondiente (Rodríguez, 1989). Dada la importancia de estas variables dentro del modelo teórico elegido, serán analizadas en el apartado correspondiente que, bajo el epígrafe "Otras variables", analiza la necesidad de inclusión o no de variables externas al modelo propuesto por Fishbein y Ajzen. Por motivos de coherencia en la exposición, presentamos brevemente algunas de ellas. Fazio y Zanna (1981) se preguntan bajo qué condiciones, qué tipo de actitudes y de qué clase de individuos predicen qué tipo de conductas. Las condiciones en las cuales las actitudes resultan buenos predictores de la conducta es una preocupación compartida por los investigadores, quienes intentan averiguar cuáles son las variables que inciden en la relación actitud-conducta, y la dirección y grado de dicha influencia. Y se pueden identificar distintos grupos de variables consideradas como moduladoras de la relación actitud y conducta, que pasamos seguidamente a describir.

a) Variables moduladoras relacionadas con la Actitud.

– *Estabilidad (consistencia afectivo-cognitiva) de la actitud.*

Quizá la limitación más aducida y estudiada, como explicación a la baja correlación actitud-conducta, sea la estabilidad (consistencia afec-

tivo-cognitiva). Siguiendo el modelo propuesto por Rosenberg (1968), cuando las personas perciben inconsistencias en los componentes de su actitud –afectivo o cognitivo– hacia determinados objetos, estarán motivados para cambiar uno o ambos componentes para lograr el reestablecimiento de la consistencia entre afecto y conducta. En su opinión, las actitudes con baja consistencia afectivo-cognitiva serán inestables en el tiempo, mientras que las actitudes caracterizadas por dicha consistencia tienen más capacidad predictiva sobre la conducta. En apoyo de este posicionamiento Norman (1975), en un experimento en el que diferenciaba alta o baja consistencia afectivo-cognitiva actitudinal, encuentra las relaciones más elevadas en los sujetos con una alta consistencia actitudinal. En esta misma línea, Sears (1986) sugiere que quizás la limitación se halle motivada por los sujetos experimentales utilizados: en más del 70% de los casos –afirma este autor–, la población de estudio son estudiantes en los que las actitudes no se encuentran plenamente desarrolladas, y no se han formado a partir de la experiencia previa, lo que favorece su inconsistencia y su debilidad a la hora de predecir la conducta.

– *Intensidad de la actitud.*

En opinión de Petkova, Ajzen y Driver (1995), las actitudes más fuertes son las que mayor impacto ejercen en el comportamiento de los individuos. Y, en psicología social, el término intensidad implica (Baron y Byrne, 1998) diversos aspectos: la fuerza de la reacción emocional provocada por la actitud –intensidad–, la medida de la preocupación y afectación personal –importancia–, la cantidad de información que el sujeto posee acerca del objeto actitudinal –grado de conocimiento– y hasta qué punto la actitud acude a la mente –accesibilidad–; componentes que, si bien juegan parte en la intensidad, aparecen relacionados unos con otros (Krosnick *et al.*, 1993).

En cuanto a la primera de ellas, la importancia, es decir, "la medida en la que un individuo se preocupa por la actitud" (Krosnick, 1988),

diversos estudios muestran que cuanto mayor sea aquella, mayor será la tendencia de los sujetos a utilizar dicha actitud en el procesamiento de la información, la toma de decisiones y la realización de conductas (Kraus, 1995). Y, en opinión de Boninger, Krosnick y Berent (1995), los factores implicados en la determinación de la importancia de la actitud son tres: el interés propio, en el sentido de que cuanto mayor impacte la actitud en el interés personal mayor importancia concederá el sujeto a la actitud; la identificación social, en el sentido de que cuanto mayor es la medida en que la actitud recibe el apoyo de los sujetos o grupos con los que se identifica la persona, mayor será la importancia atribuida a dicha actitud; y la relevancia de valores, en el sentido de que cuanto mayor conexión exista entre una determinada actitud y los valores personales del sujeto, la actitud adquiere para dicho sujeto mayor importancia. De lo que se deduce (Baron y Byrne, 1998) que para Boninger *et al.* (1995), los sujetos otorgan importancia a la actitud en la medida en que ésta se relaciona con sus necesidades y valores —sociales e individuales— básicos.

La accesibilidad de la actitud podría definirse como “la intensidad del vínculo objeto-evaluación de la actitud en la memoria” (Baron y Byrne, 1998) o “la facilidad con la que una actitud viene a la mente” (Worchel *et al.*, 2003). Fazio (1989) establece los pasos según los cuales la conducta es influenciada automáticamente por la actitud, y describe este proceso de la siguiente forma: cuando el individuo se encuentra ante el objeto actitudinal, la actitud es activada y actúa a modo de filtro a través del cual el sujeto percibe dicho objeto; en caso de que la actitud activada sea positiva, resulta posible que el sujeto reconozca, atienda y procese sobre todo las cualidades positivas que el objeto muestra en la situación inmediata; si la actitud activada es negativa, la atención del sujeto se dirigirá hacia las cualidades negativas de dicho objeto actitudinal, con lo cual “la accesibilidad de valoraciones negativas versus positivas influyen el procesamiento que el sujeto hace de la información” (Fazio 1989).

Así, cuanto más accesible es la actitud desde la memoria, mayor es la probabilidad de que la actitud influya la conducta posterior. Sólo en el caso de que exista una fuerte asociación objeto-valoración la activación de la actitud y el procedimiento selectivo de la información del evento ocurren de una forma totalmente automática. En opinión de Fazio (1989) “tanto las investigaciones correlacionales como experimentales han aportado evidencia del papel moderador de la accesibilidad de la actitud”. Y la medición de la accesibilidad se realiza a través de la rapidez de respuesta a escalas actitudinales, tal y como han demostrado distintos estudios (Fazio, Jackson, Dunton y Williams, 1995; Fazio, 1990; Houston y Fazio, 1989; Fazio y Williams, 1986). De todo lo cual se puede concluir que parece existir evidencia de que cuanto más fuerte es una actitud, más fácilmente acude a la mente de los sujetos (Petty y Krosnick, 1995; DeBono y Snyder, 1995; Bargh *et al.*, 1992; Fazio, 1990), lo cual parece implicar que la accesibilidad de las actitudes es “verdaderamente otro componente o, por lo menos, una reflexión más clara de la intensidad de las actitudes” (Baron y Byrne, 1998).

Finalmente, en cuanto al grado de conocimiento, Schlegel (1975), investigando actitudes sobre el consumo de sustancias (marihuana) asume que cuanto más experiencia directa tenían los sujetos con el objeto, más jerárquica y compleja debía ser la organización de su estructura actitudinal y menos podría estar ilustrada dicha estructura por un simple factor afectivo (Stahlberg y Frey, 1992). A partir de aquí, Schlegel y DiTecco (1982) afirman que para las actitudes no basadas en la experiencia, la medida de la respuesta afectiva resume la estructura total de la actitud y la predicción de la conducta puede basarse en los componentes afectivos; con actitudes basadas en la experiencia, sin embargo, la predicción conductual deberá ser mejorada introduciendo las creencias actitudinales (variables de la estructura cognitiva). Los resultados obtenidos por estos autores son rebatidos por Fazio y Zanna (1981), quienes postulan que las acti-

tudes adquiridas mediante experiencia directa poseen mayor claridad –con lo cual pueden ser mejor discriminadas– y una mayor estabilidad temporal, con lo cual las personas se ven fuertemente influenciadas por estas actitudes. Fazio y Zanna representan la formación de las actitudes mediante un continuo que va desde la formación a través de la experiencia directa con el objeto hasta su formación en base a información no conductual (información externa, lecturas, etc.); señalando que los factores diferenciadores entre la fuerza de la actitud basada en la experiencia directa y aquellas basadas en experiencia indirecta son, por un lado, que la experiencia directa –al estar disponible para la persona– aporta más información sobre el objeto actitudinal y, por otro, que la experiencia directa permite al sujeto centrarse en informaciones nuevas que generan sensaciones positivas en la persona cuando ésta comprueba que es capaz de tomar decisiones en función de su propia actitud. Concluyen afirmando que “las actitudes basadas en experiencia conductual con el objeto de actitud son más predictivas de la conducta consecuente que las actitudes basadas en experiencia indirecta no conductual” (Fazio y Zanna, 1981).

En opinión de Fazio (1989), la fuerte centralidad o importancia de una actitud implica que “no todas las actitudes son iguales”. Las actitudes identificadas como accesibles tienen, además, un carácter funcional ya que maximizan la probabilidad de obtener sucesos vitales positivos y minimizan la probabilidad de ocurrencia de sucesos negativos. No es el único, Perry *et al.* (1976) y Brown (1974) mantienen que, tanto las actitudes centrales como las más extremas de un sujeto tienen mayor capacidad predictiva, ya que son más relevantes. Esta hipótesis es refrendada por Reagan y Fazio (1977) y Fazio *et al.* (1982). Más aún, no sólo las actitudes formadas por experiencia directa con el objeto, sino también aquellas formadas por “empatía” con alguien que está en contacto directo con el objeto actitudinal (Fazio, Zanna y Cooper, 1978; Fazio y Zanna, 1981). Morales, Reboloso y Mora (1994), en la misma

línea, afirman que las actitudes que surgen de la experiencia directa con el objeto actitudinal son más estables, resisten mejor los ataques y las críticas e inspiran mayor confianza en la persona que las mantiene, siendo más probable su evocación ante la mera presencia del objeto actitudinal y mayor su influencia sobre la conducta. Para Borgida y Campbell (1982), sin embargo, las actitudes con mayor capacidad predictiva son aquellas en las que el sujeto tiene una mínima experiencia conductual.

La contradicción entre teoría y práctica puede superarse asumiendo una relación curvilínea (Stahlberg y Frey, 1992). En un primer momento de experiencia, las actitudes basadas en un mayor número de experiencias –debido a los mecanismos de mediación como a la mejor disponibilidad postulada por Fazio– son mejor predictor de la conducta; conforme aumenta la experiencia, la estructura actitudinal se vuelve más compleja resultando imposible su integración en una simple respuesta afectiva. A medida que aumente la experiencia directa con el objeto, se reducirá la predicción conductual sobre la base del componente afectivo a no ser que, tal y como postulan Schlegel y DiTecco (1982) se compense la disminución de la predicción añadiendo la medición actitudinal cognitiva. Entonces, las actitudes basadas en la experiencia directa siguen siendo mejor predictor de la conducta que cualquier otra actitud (Stahlberg y Frey, 1992).

b) Variables moduladoras relacionadas con aspectos individuales.

Tal y como señalan Baron y Byrne (1998) los datos obtenidos en investigaciones recientes muestran la posibilidad de que el vínculo entre actitud y conducta sea más fuerte para unas personas que para otras. Snyder (1979) y Snyder y Swann (1976) señalan que las personas con baja autoobservación muestran mayor correspondencia actitud-conducta que aquellas que puntúan alto en dicha variable. En la misma línea, Snyder y Kendziersky (1982) atribuyen dicho planteamiento a que las personas con baja autoobservación suelen preferir situaciones en las que pueden expresar abier-

tamente sus actitudes que, por tanto, pueden convertirse rápidamente en acción. La hipótesis del self-monitoring es refrendada por distintos investigadores (Snyder, 1979; 1981; Snyder y Tanke, 1976; Coreless y Zanna, 1980).

Algunas de las variables de personalidad a las que se hace referencia para explicar la relación actitud-conducta son la autoconciencia (Carver, 1975; Gibbons, 1978); la autoconsistencia (Bem y Allen, 1974; Zanna, Olson y Fazio, 1980); o el hábito (Ronis, Yates y Kirscht, 1989). Estas variables, dada su gran importancia dentro del modelo teórico elegido, serán analizadas en el apartado correspondiente que, bajo el epígrafe "Otras Variables", analiza la necesidad de inclusión o no de variables externas al modelo propuesto por Fishbein y Ajzen.

4.3. Conclusiones

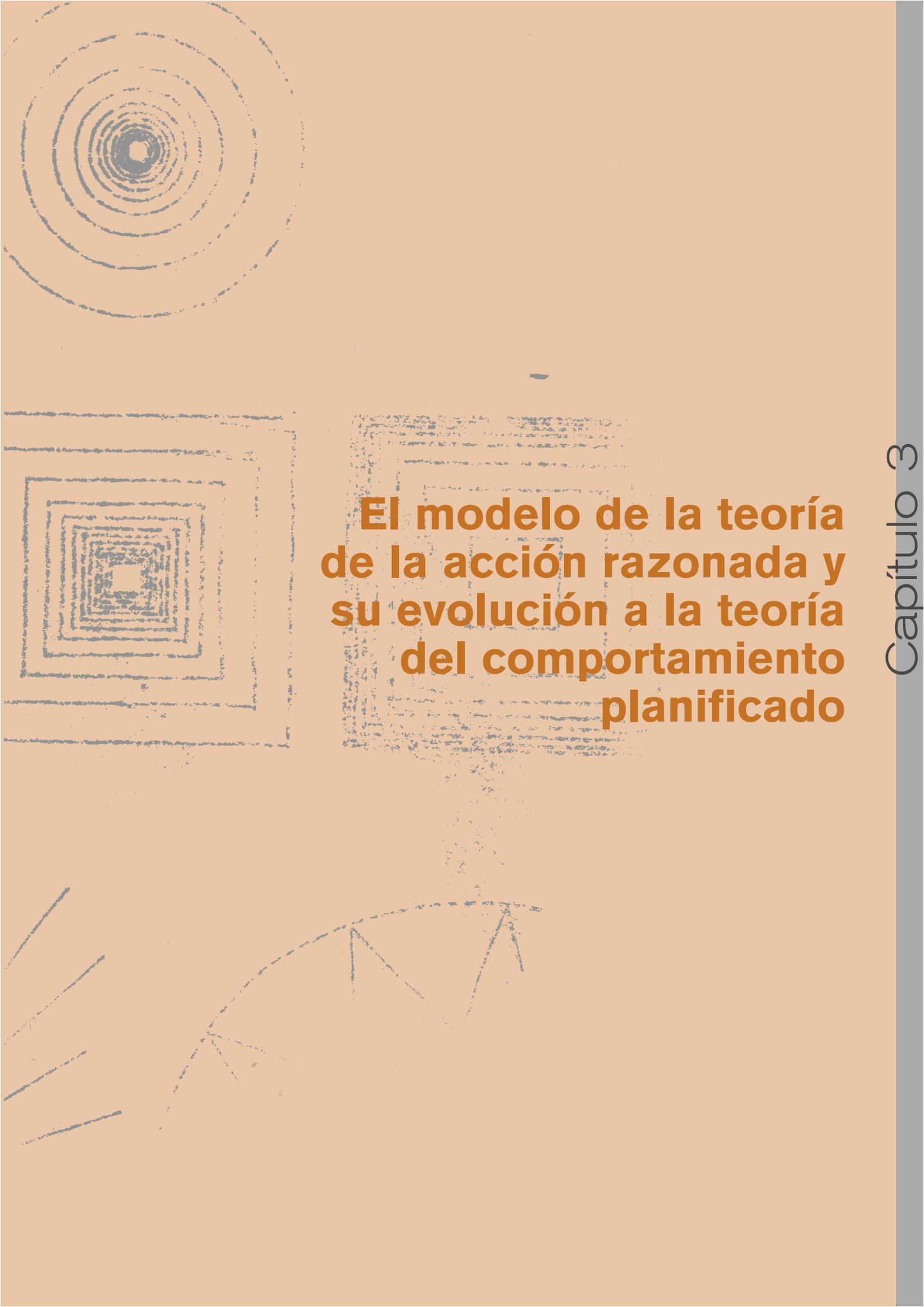
Fazio (1989), a la vista de los contradictorios resultados que distintos investigadores obtienen sobre la relación actitud-conducta, afirma la existencia de una "visión negativa" y una "visión positiva" de la capacidad predictiva de las actitudes sobre la conducta, y propone la asunción de ambas con la consideración de que están referenciadas a actitudes distintas. Kim y Hunter, en 1993, comprueban que cuando se elimina el "artefacto metodológico" (Lameiras, 1997) la correlación entre actitud y conducta se encuentra presente de manera muy clara, siendo la relevancia de la actitud el elemento clave de la relación actitud-conducta. Sin embargo, va a ser Kraus (1995) quien realice el trabajo más sistemático después de Wicker (1969) sobre dicha relación. Este autor reúne, mediante un meta-análisis, las explicaciones ofrecidas para la relación actitud-conducta (tanto las referidas a aspectos metodológicos como de las que contemplan el efecto modulador de distintas variables). Los resultados que obtiene le permiten afirmar distintos efectos (Lameiras, 1997):

- ▶ En cuanto a las variables moduladoras, los mayores efectos se deben a la existencia de actitudes centrales, estables, accesi-

bles, con consistencia afectivo-cognitiva y desarrolladas a partir de la experiencia directa.

- ▶ En cuanto a las variables personales, comprueba el impacto de la variable self-monitoring en la relación actitud-conducta, afirmando que los sujetos que puntúan bajo en dicha variable presentan mayor relación actitud-conducta; ello es así porque este tipo de sujetos basa su conducta en función de sus estados internos.
- ▶ En relación con las variables situacionales, no se encuentran efectos significativos sobre su influencia en la relación actitud-conducta.
- ▶ En cuanto a los factores metodológicos asociados con altas correlaciones actitud-conducta, señala la utilización de autoinformes para medir la conducta, el uso de sujetos que no sean estudiantes y la medición de la actitud y la conducta con la misma especificidad, tal y como ya propusieran Fishbein y Ajzen (1975).

Kraus (1995) concluye que "las actitudes predicen de forma significativa la conducta del sujeto" y la utilización del constructo actitudinal recupera un papel prioritario. Las actitudes pueden ser utilizadas para la predicción conductual, siempre y cuando sean adecuadamente medidas, lo que implica que "el concepto de actitud puede ser útil y no necesita ser abandonado" (Fazio y Zana, 1981), y "la empresa aparece como vital, enérgica, productiva y excitante" (Tesser y Shaffer, 1990). La congruencia entre la actitud y la conducta ha sido, durante muchos años, tema de análisis por parte de los investigadores sociales. A la vista de todo lo anteriormente expuesto, y contrariamente a lo sugerido por las investigaciones iniciales, las actitudes parecen tener una relación clara con la conducta (Worchel *et al.*, 2003), de manera que los investigadores "no han perdido su tiempo estudiando las actitudes, ya que estas evaluaciones del mundo so-



**El modelo de la teoría
de la acción razonada y
su evolución a la teoría
del comportamiento
planificado**

El modelo de la teoría de la acción razonada y su evolución a la teoría del comportamiento planificado

1. PRESENTACIÓN

Como ya hemos visto en el apartado anterior, a partir de los años setenta comienzan a notarse los efectos de la revolución cognitiva y su concepción de las personas como capaces de deducir, revolución que impregna toda la psicología y que, en opinión de Brehm y Kassin (1989), condiciona la investigación del constructo actitudinal. El ser humano se concibe como algo fundamentalmente racional y, como consecuencia, el estudio de las actitudes se fundamenta en el elemento cognitivo.

Este nuevo paradigma cognitivo tiene en Fishbein y Ajzen (1975; Ajzen y Fishbein, 1980) uno de sus máximos representantes, ya que, mediante la formulación del Modelo de la Teoría de la Acción Razonada, impactan en la investigación psicológica, en general, y en el estudio de las actitudes, en particular, al vincular creencias y evaluaciones en un modelo teórico cuya máxima originalidad estriba en que, a diferencia de otros autores, establecen la actitud hacia la conducta en vez de hacia los objetos (Peiró *et al.*, 1996; Worchel *et al.*, 2003). El modelo recibe ese nombre porque, en opinión de los autores, “se basa en el postulado de que los humanos son animales racionales que utilizan o procesan sistemáticamente la información disponible... de forma razonable para llegar a una decisión conductual” (Fishbein, 1980); es decir, “la gente considera las implicaciones de sus acciones antes de decidir conducirse o no de un cierto modo” (Ajzen y Fishbein, 1980), son seres racionales que utilizan la información para enjuiciar, evaluar y ejecutar decisiones, luego el modelo

no se limita a estudiar las actitudes, sino que –de manera explícita– se propone “predecir la conducta individual humana y comprenderla” (Fishbein y Ajzen, 1975; Ajzen y Fishbein, 1980; Fishbein y Ajzen, 1981).

2. ANTECEDENTES

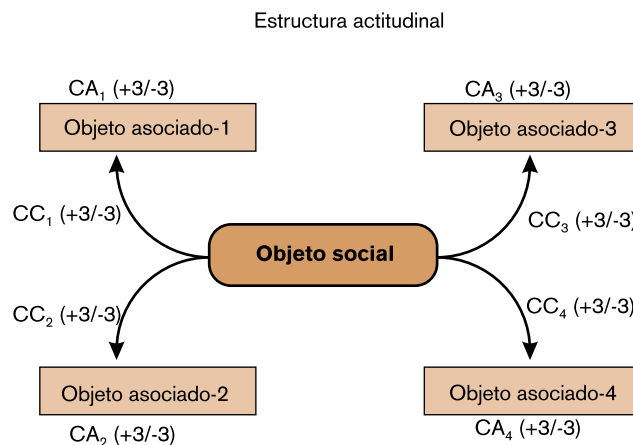
Lameiras (1997) señala como antecedente inmediato de la Teoría de la Acción Razonada el trabajo de Dulany (1961, 1968). Este autor –en una serie de estudios sobre condicionamiento verbal realizados con el objetivo de investigar el papel de la conciencia– muestra la estrecha relación existente entre las respuestas verbales reforzadas de los sujetos y la intención de ejecutar dichas respuestas; demuestra, por tanto, que las respuestas de los participantes quedaban sujetas a control volitivo. Estos estudios servirán a Fishbein (1967), y más tarde a Ajzen y Fishbein (1973), para trasladar los resultados obtenidos al análisis de la conducta social, lo cual dará lugar a su conocido y relevante modelo de predicción de la intención y de la conducta.

Aunque por importancia teórica e innovación histórica merecería ser incluido en el apartado anterior, la Teoría de la consistencia afectivo-cognoscitiva de Rosenberg (1956) se incorpora ahora como antecedente de la Teoría de la Acción Razonada para establecer los lazos teóricos que las unen y para ayudar a la comprensión de la naturaleza del marco teórico central de este trabajo. Así, uno de los más notables antecedentes de los trabajos de Ajzen y Fishbein, no siempre explícitamente

reconocido, es la Teoría de la consistencia afectivo-cognoscitiva, que en la década de los años cincuenta desarrolló Rosenberg (1956, 1960). Las similitudes entre una y otra concepción teórica pueden ser observadas tanto conceptual, como metodológicamente y operativa. Enmarcada en los principios homoes-

táticos de Heider y su teoría del equilibrio, la Teoría de la consistencia afectivo-cognoscitiva establece una conceptualización estructural, analítica y relacional de las actitudes, a las que considera constituidas por dos componentes fundamentales, cognitivo y afectivo (ver figura 1.4).

FIGURA 1.4 TEORÍA DE LA CONSISTENCIA AFECTIVO-COGNOSCITIVA



$$\text{Actitud objeto social} = \sum CA_n * CC_n$$

CA = Componente afectivo: valoración (Muy positivo-Muy negativo)
 CC = Componente cognitivo: Relación ("Facilita mucho" - "Interfiere mucho")
 Objeto asociado = Objeto de importancia afectiva asociado al objeto social

Las cogniciones más importantes serían las instrumentales (causales), percibidas o imaginadas, que permiten al sujeto establecer una relación entre un objeto social importante desde el punto de vista afectivo para él y otros objetos sociales, igualmente relevantes. Desde esta perspectiva, averiguar la estructura actitudinal hacia, por ejemplo, el aborto, implicaría no sólo conocer su valoración, sino averiguar con qué otros conceptos está relacionado (libertad personal, intervención quirúrgica, familia, etc.), la evaluación de cada uno de ellos (positiva o negativa) y la instrumentalidad de la relación entre el primero y cada uno de los segundos. Básicamente, existirían dos tipos de relación instrumental, facilitadora ("el aborto facilita la libertad personal") e interfiriente ("el aborto interfiere con la familia"). En último término, cada persona, en función de la experiencia, desarrolla una actitud hacia un objeto social

en función del conjunto de consecuencias relevantes (afectivamente) asociadas al objeto y la valoración que le merece cada una de ellas. Esta interpretación se halla muy cercana a la conceptualización del componente actitudinal en la Teoría de la Acción Razonada y su posterior versión de la Teoría del Comportamiento Planificado; aún más, el vínculo cognitivo (instrumental) de Rosenberg entre los distintos objetos sociales es fácilmente asociable al conjunto de consecuencias relacionadas con una conducta, elemento constitutivo del constructo actitudinal de Ajzen y Fishbein. Por otra parte, las consecuencias metodológicas son muy parecidas en ambos casos, tanto Rosenberg como Ajzen y Fishbein consideran necesario medir la actitud no sólo por sus consecuencias, sino también por la evaluación asociada a cada una de ellas. Finalmente, las coincidencias se mantienen a nivel operativo; las dos lí-

neas teóricas objeto de esta comparación han desarrollado índices matemáticos actitudinales de gran similitud, aunque con mayor complejidad en el caso de Rosenberg; este autor, en primer lugar, multiplica el valor asignado a cada objeto de significación afectiva (por medio de una escala cuyo polo positivo tiene el valor, +3 y el negativo, de -3) por la instrumentalidad de su relación con el objeto social central (mediado a través de otra escala que iría desde +3, "facilita mucho", hasta -3, "interfiere mucho"); y en segundo lugar, suma el resultado de estos productos parciales para hallar un índice del sentimiento en pro o en contra del objeto de actitud (Insko y Schopler, 1980).

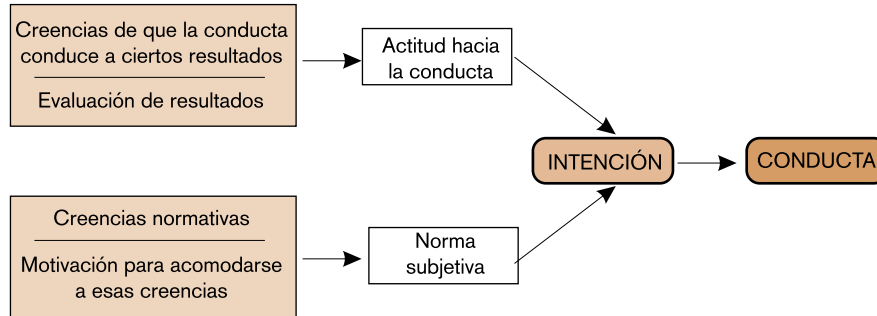
No obstante, entre ambas formas de entender la actitud social, existen algunas diferencias importantes. La investigación de Rosenberg hace hincapié en el marco estructural de la actitud, sin establecer explícitamente una relación entre actitudes y conducta, como hacen Ajzen y Fishbein. En este punto, puede resultar de interés recordar que, para Rosenberg, solamente cuando la relación entre las creencias y los sentimientos se encuentra en equilibrio la actitud inferida es consistente. A partir de esta premisa, es posible deducir que la predicción de la conducta a partir de la actitud podría estar modulada por el grado de consistencia entre los componentes afectivo y cognitivo, eventualidad ésta no recogida directamente en la Teoría de la Acción Razonada ni en su posterior versión, la Teoría del Comportamiento Planificado. Por último, en la teoría de Rosenberg, los objetos asociados al objeto actitudinal tienen distinta importancia afectiva para cada sujeto o, más exactamente, cada sujeto concede importancia a distintos objetos, que se hallan vinculados instrumentalmente a un objeto actitudinal determinado. Este aspecto no aparece recogido en los desarrollos teóricos de Ajzen y Fishbein, por lo que no es asimilable a la valoración que en la Teoría de la Acción Razonada o Teoría del Comportamiento Planificado es preceptivo realizar de cada consecuencia (similar al concepto de "creencia instrumental" de Rosenberg) de una conducta u objeto actitudinal.

3. DESCRIPCIÓN

La Teoría de la Acción Razonada –TAR– guía la dominada investigación sobre actitud-conducta (Olson y Zanna, 1993). Desarrollada en respuesta a las tempranas críticas de la investigación sobre actitud, centradas en la falta de una relación consistente entre actitudes y conducta (Wicker, 1969), proporciona un informe teórico del modo en que las actitudes, las normas subjetivas y las intenciones conductuales se combinan para predecir la conducta.

Este modelo (Fishbein y Ajzen, 1975; Ajzen y Fishbein, 1980) toma los tres componentes fundamentales del concepto tradicional de actitud –cognitivo, evaluativo y conativo– y los une en forma de cadena causal. Partiendo de la idea de que la conducta humana es voluntaria, afirma que es posible su pronóstico a partir de la intención conductual. El modelo postula que la conducta está determinada por la intención conductual y que ésta, a su vez, se expresa por medio de las actitudes hacia la conducta y de la norma subjetiva. Estos dos componentes, por su parte, se explican atendiendo a la base informativa o creencias (Morales, Reboloso y Moya, 1994). El modelo de Fishbein y Ajzen considera, pues, que el determinante directo del comportamiento es la intención conductual de realizar o no una conducta; y esta intención conductual depende, a su vez, de la actitud y la norma subjetiva. La actitud es una medida del grado en el cual un individuo considera el comportamiento en cuestión como favorable o desfavorable; la norma subjetiva, por su parte, es un factor social que representa la información social a su alcance –percepción de las expectativas de otros acerca de la realización de la conducta–, unido a la motivación individual de acceder o acatar dichas expectativas. Estos componentes pretenden determinar conjuntamente cualquier intención conductual, pero se espera que varíe su importancia relativa dependiendo del comportamiento en cuestión; y la importancia relativa de cada uno de los componentes será determinada empíricamente. La figura 1.5 muestra el modelo TAR.

FIGURA I.5. TEORÍA DE LA ACCIÓN RAZONADA.



En algunas de las versiones iniciales, los autores incluían, como mediador de la influencia que las creencias ejercen sobre la intención conductual, la motivación personal para conseguir las consecuencias positivas de la conducta; sin embargo, en redacciones posteriores han eliminado tal variable debido a que en las investigaciones empíricas aparecía siempre una tendencia al máximo grado de relación entre motivación personal e intención conductual (Lameiras, 1997). Para que la intención conductual sea un buen predictor de la conducta, han de darse necesariamente tres condiciones. La primera de ellas, ya comentada con anterioridad en el apartado correspondiente, es que la intención conductual y la conducta deben estar medidas al mismo nivel de generalidad; la segunda es que la intención conductual no debe haber cambiado en el intervalo temporal existente entre la medida de la intencionalidad y la observación de la conducta, ya que al aumentar dicho intervalo aumenta la probabilidad de que varíe la intención conductual con el consecuente peligro de que la medición que se realiza de la intención no se corresponda con la intención que realmente determina la conducta; finalmente, para que la intención conductual sea predictora de la conducta, es preciso que ésta esté bajo control voluntario del sujeto.

La aproximación de Fishbein y Ajzen ha sido aplicada a una elevada cantidad de conductas tales como la prevención del SIDA (Fisher, Fisher y Rye, 1995), el control de natalidad

(Crawford y Boyer, 1985; Fishbein *et al.*, 1980), el voto (Fishbein *et al.*, 1980; Ajzen *et al.*, 1982; Netemeyer y Burton, 1990), hacer dieta y ejercicio (Bentler y Speckart, 1981; Valois *et al.*, 1988), control de peso (Saltzer, 1981), comportamiento de tráfico (Beck, 1981; Jonah y Dawson, 1982; Vogel y Rothengatter, 1984), uso de drogas y alcoholismo (Budd, 1986; Wolford y Swisher, 1986), prácticas de salud (Ajzen y Timco, 1986), relaciones sexuales (Warshaw y Davis, 1984), uso de preservativos (Sutton *et al.*, 1999; Davidson y Jaccard, 1983), donación de sangre (Warshaw *et al.*, 1986), rotación de empleo (Prestholt *et al.*, 1987), comportamiento consumista (Tuck, 1976; Ryan y Bonfield, 1980), actividades diarias (Madden *et al.*, 1992), vida sana (Henning y Knowles, 1990; Kristiansen y Eiser, 1986), uso de energías (Verplanken, 1989), poder nuclear (Bowman y Fishbein, 1978), conciencia ecológica (Gill *et al.*, 1986; Weigel y Vernon, 1974), comportamiento moral (Vallerand *et al.*, 1992), pérdida de peso (Sejwacz, Ajzen y Fishbein, 1980), planificación familiar (Davidson y Jaccard, 1975; Jaccard y Davidson, 1972). Incluso se han realizado revisiones metaanalíticas (Sheppard *et al.*, 1998; Van de Putte, 1993) que confirmaron su elevada capacidad predictiva.

La Teoría de la Acción Razonada impacta, así, en el campo de la psicología y se convierte en el modelo más conocido (D'Adamo y García, 2002) a la hora de establecer los efectos y la relación existente entre las actitudes y el

comportamiento. Sin embargo, las críticas a la teoría comienzan a surgir con fuerza. La más importante por sus consecuencias ha sido la de que la Teoría de la Acción Razonada sólo pretende ser aplicada a la predicción de la conducta cuya realización se encuentra bajo un completo control del sujeto que la desea realizar. Sin embargo, es innegable que muchas de las conductas –ya sean habituales o no– no dependen en exclusiva del sujeto. De hecho, el mismo Ajzen (1988) argumenta que cada elección conductual está sujeta a algún grado de incertidumbre, reconociendo la existencia de algunas condiciones límites que impedirían la aplicación de la teoría con éxito (Ajzen, 1985; Ajzen y Maden, 1986; Schifter y Ajzen, 1985). Y la condición que marca el límite crítico de aplicación de esta teoría es el “control volitivo”. Para llegar a la identificación del control volitivo, Ajzen y Madden (1986) hablan de él como de un continuo en el que en uno de los extremos se situarían los comportamientos que encuentran una pequeña interferencia en la ejecución, tales como atender en clase o leer un libro, y en el otro extremo se sitúan los comportamientos sobre los cuales tenemos relativamente poco control, como abandonar el uso de drogas (Schlegel *et al.*, 1992); en el centro de ambos límites se situaría la mayoría de los comportamientos. Dependiendo del tipo de comportamiento, y en función de su complejidad, pueden existir comportamientos particulares que sean a la vez volitivos y no volitivos (Schlegel *et al.*, 1992). De acuerdo con Ajzen y Madden (1986) los comportamientos llegan a ser menos volitivos cuando su realización es más contingente a la presencia de oportunidades apropiadas o a la posesión de recursos adecuados (tiempo, dinero, habilidades, cooperación de otra gente, etc.). Cuando esos recursos no están disponibles, la capacidad de la TAR para predecir el comportamiento disminuye. Así, para extender la TAR a la predicción de la conducta no voluntaria, Ajzen (1980, 1991) propone la Teoría del Comportamiento Planificado (TCP), que ofrece al campo de la psicología una estructura predictiva con aplicabilidad más amplia.

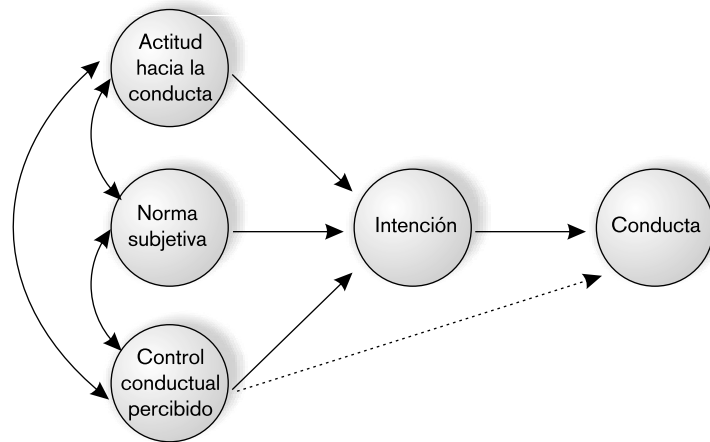
La Teoría del Comportamiento Planificado se convierte así en una extensión de la teoría inicial de Fishbein y Ajzen. Recogiendo las críticas realizadas al modelo inicial, Ajzen y Fishbein (1985, 1991; Ajzen y Madden, 1986; Schifter y Ajzen, 1985; Fishbein y Stasson, 1990) admiten que incluso las actividades más habituales pueden estar en ocasiones fuera del control voluntario del sujeto y que la formulación de la intención debe incluir la consideración acerca de la capacidad personal de realizar la conducta; es decir, se propone que el control conductual percibido acerca de la realización de la conducta tiene una influencia independiente de la actitud y de la norma subjetiva sobre la intención conductual.

La Teoría del Comportamiento Planificado (TCP) identifica tres determinantes completamente distintos de la intención (ver figura 4.1.6). Los dos primeros de ellos son los contemplados en la TAR (Actitudes hacia el comportamiento y Norma Subjetiva), mientras que el tercer componente, calificado control conductual percibido, es definido como

la facilidad o dificultad percibida de realizar el comportamiento, y se supone que refleja la experiencia pasada así como impedimentos anticipados y obstáculos (Schifter y Ajzen, 1985).

El control conductual percibido refleja, por tanto, el control que el individuo percibe tener para la realización de la conducta (Ajzen, 1985), y resulta irrelevante que la percepción individual acerca del grado de control que se posee sea exacto o no, ya que su impacto en la intención no se observa como la influencia de la exactitud de dichas percepciones; cuanto más alto sea el control percibido de la conducta, más positivamente se evaluará la conducta que normalmente se asociará con intenciones más fuertes de realizar la conducta (Parker, Manstead y Stradling, 1995). La suma de este componente al modelo inicial de la TAR incrementa el rango de conductas para el cual el modelo podría ser aplicado con utilidad, ya que incluye conductas sobre las cuales el individuo podría valorar que tiene menos control que su propia voluntad.

FIGURA I.6. TEORÍA DEL COMPORTAMIENTO PLANIFICADO.



El concepto de control conductual percibido –como veremos posteriormente– encuentra antecedentes en la literatura, como pueden ser el lugar de control (Rotter, 1966) y la autoeficacia (Bandura, 1986). Según Ajzen (1988), el control conductual percibido debería predecir la intención conductual; ante la percepción personal de dicho control sobre la conducta que se desea realizar, las personas ejecutan la misma. Al igual que el resto de los determinantes de la intención conductual, el componente del control percibido de la conducta está sostenido por un conjunto de creencias. Estas creencias de control se centran en la presencia o ausencia de obstáculos, impedimentos, recursos y oportunidades (como ya se verá en el apartado correspondiente).

Numerosos estudios avalan la inclusión de la medida del control en la teoría. Son estudios que abarcan conductas tan diversas como el estudio (Leone, Perugini y Ercolani, 1999), actividades de búsqueda de empleo (van Ryn y Vinokur, 1990), problemas con la bebida (Schlegel *et al.*, 1992), consumo de galletas (Sparks, Hedderley y Shepherd, 1992), conducta de la alimentación infantil de las madres (Beale y Manstead, 1991), actividades del tiempo libre (Ajzen y Driver, 1992), conducción temeraria (Parker *et al.*, 1992), conducta de voto (Netemeyer y Burton, 1990), consumo

de vegetales orgánicos (Sparks y Shepherd, 1992), control de los niños en tomar azúcar (Beale y Manstead, 1991), pérdida de peso (Schifter y Ajzen, 1985) o conductas sexuales (Von Haeften *et al.*, 2001; Von Haeften y Kensi, 2001), entre otras.

4. COMPONENTES DEL MODELO

4.1. Intención

Como ya vimos anteriormente dentro de los modelos actitudinales, distintos autores (Rosenberg y Hovland, 1960; Katz, 1960; Hymes, 1986; Millar y Tesser, 1989) alzan sus voces contra el modelo tripartito de la actitud defendiendo la indispensable necesidad de diferenciar los componentes afectivo y cognitivo de la actitud (Crites, Fabrigar y Petty, 1994), llegando a sugerirse (Edwards, 1990) la diferenciación entre actitudes basadas en uno u otro componente e, incluso, la preferencia del componente afectivo (Wu, 1992). La inferencia de un elemento conductual diferenciado del resto de los elementos constituyentes del concepto de actitud que, posiblemente, constituya en sí mismo la conducta y que, por tanto, no deba formar parte de la actitud como concepto, lleva a ciertos autores (Triandis, 1964; Kothandapani, 1971) a interpretar el elemen-

to conductual del modelo actitudinal tripartito como "intención conductual", y lo aleja de la composición actitudinal. Y, tal y como ha quedado puesto de relieve en distintas ocasiones, uno de los puntos centrales del modelo teórico propuesto es la intención individual de llevar a cabo un determinado comportamiento. Así, retomando el concepto de intención conductual de Triandis (1964) y Kothandapani (1971), Fishbein y Ajzen definen la Intención Conductual como

la localización de una persona en una dimensión de probabilidad subjetiva que incluye una relación entre la persona misma y alguna acción (Fishbein y Ajzen, 1975).

Lo que están haciendo Fishbein y Ajzen (1989), en definitiva, es incorporar la Intención Conductual al modelo como el antecedente inmediato de la conducta, diferenciándolo de la variable "actitud", como diferencian también el componente cognitivo. Como ya hemos visto, consideran que la actitud no predice directamente la conducta, sino que incide sobre la conducta a través de sus efectos sobre las intenciones. Las intenciones conductuales se convierten en el predictor inmediato de la conducta. En último caso la intención de comportamiento" (Welsh y Gordon, 1991), representa la estimación de un sujeto de la probabilidad de realizar un determinado comportamiento.

La intención se asume para recoger los factores motivacionales que influyen en un comportamiento; son indicaciones de la voluntad de las personas del esfuerzo que están planificando ejercer para llevar a cabo el comportamiento. Como norma general, la intención más fuerte de desarrollar un comportamiento, conllevaría la mayor probabilidad de su realización efectiva (Ajzen, 1991).

La evidencia con respecto a la relación entre intenciones y acciones ha sido recogida con respecto a muy diferentes tipos de comportamientos, mucha de ella realizada al amparo de la estructura de la Teoría de la Acción Razonada (Ajzen y Fishbein, 1980; Canary y Seilbod,

1984; Sheppard, Hartwick y Warshaw, 1988). Los comportamientos analizados abarcan desde simples elecciones de estrategia en juegos de laboratorio a acciones de apreciable significatividad personal o social, tales como tener un aborto, fumar marihuana, y la elección entre candidatos en unas elecciones.

Fishbein y Ajzen (1975) señalan la necesidad de diferenciar la "intención" de la "actitud", conceptos que, afirman, en muchas ocasiones han sido solapados. Si bien el concepto de intención ha sido utilizado en ocasiones como el componente conativo de la actitud, relacionado con el componente afectivo y presuponiéndose por tanto una fuerte relación actitud-intención, los autores señalan que la actitud de una persona hacia un objeto estará relacionada con la totalidad de sus intenciones respecto al objeto, y no hay una relación necesariamente establecida entre la actitud y una intención dada (Lameiras, 1997).

Enfatizan la necesidad de tratar creencias, actitudes e intenciones como conceptos diferentes, en vez de incluir bajo la etiqueta general de "actitud" a los tres componentes: cognición, afecto y conducta. Mientras que las actitudes son sentimientos hacia un objeto y las creencias son eslabones cognoscitivos entre el objeto y varios atributos, las intenciones conductuales son las predisposiciones de una persona de desarrollar conductas específicas (Perlman y Cozby, 1987). Las intenciones conductuales, al igual que las creencias, son probabilidades subjetivas; es decir, son estimaciones personales de las personas acerca de la probabilidad de realizar una conducta particular. Cuando se intenta realizar una determinada conducta, resulta probable su ejecución; ante la pregunta sobre la intención, es posible realizar una estimación de su probabilidad de ocurrencia. La conducta se refiere a actos evidentes y observables, mientras que las actitudes, creencias e intenciones conductuales son internas y no directamente observables y, por lo tanto, deberán ser inferidas de respuestas de los sujetos a preguntas específicas (Perlman y Cozby, 1987). El mo-

delo propuesto considera, por tanto, que las actitudes no predicen directamente la conducta, sino que éstas inciden sobre la conducta a través de sus efectos sobre la intención. La intención conductual se convierte en el predictor inmediato de la conducta, y son tres las condiciones que limitan la teoría (Worchel *et al.*, 2003; Lameiras, 1997; Madden, Scholder, y Ajzen, 1992):

11.– La medida de la “intención” se debe corresponder en su nivel de generalidad con la medida de la “conducta” (Fishbein y Ajzen, 1972; Ajzen y Fishbein, 1977). Los autores señalan explícitamente que el factor más importante que influye en el tamaño de la relación intención-conducta es el grado equiparable de especificidad entre las medidas de intención y conducta.

Cuanto mayor sea la correspondencia en los niveles de especificidad, mayor debería ser la correlación intención-conducta. (Fishbein y Ajzen, 1975).

El grado de especificidad puede variar en función de la conducta misma, el objetivo, la situación y el tiempo. Para aplicar el modelo teórico, por tanto, deben especificarse claramente cuatro elementos: la acción, el destino de la acción, el contexto específico en el cual se desenvuelve y el período temporal al que hace referencia (Worchel *et al.*, 2003; Welsh y Gordon, 1991). Siguiendo a Fishbein y Ajzen, Rodríguez (1989) nos señala que “para poder predecir una conducta específica es necesario que el nivel de medida de la actitud corresponda al nivel de especificidad de la conducta en cuanto a los cuatro elementos anteriores; de lo contrario, no es probable la correlación entre actitud y conducta”. Cuando comparamos una actitud con una acción así especificada, Ajzen y Fishbein (1977) hablan de criterio de acto único; cuando se utilizan observaciones repetidas en diversos momentos y en diversos contextos, hablan de criterio de acto múltiple. Cuando se trata de predecir conductas hacia un determinado objeto a partir de actitudes generales, es más eficaz el criterio de acto múltiple.

21.– La intención de realizar la conducta debe mantenerse estable en el intervalo temporal existente entre su medición y su realización. Se prevé que un incremento temporal entre la medición de la intención y la realización de la conducta aumenta la probabilidad de que la primera varíe, con lo que la medida inicial no presentará correspondencia alguna con la intención real de realizar la conducta. Como ya vimos en el apartado correspondiente, la capacidad predictiva de las actitudes sobre la conducta disminuye a medida que aumenta el intervalo de medición (Davidson y Jaccard, 1979; Schwartz, 1978).

31.– La conducta bajo consideración debe estar sujeta a control voluntario del sujeto. En este caso, estaríamos ya en el modelo teórico que posteriormente formularon los autores –Teoría del Comportamiento Planificado–.

4.2. Actitudes y creencias

Ya vimos anteriormente cómo, frente a los modelos multicomponentes de las actitudes, distintos autores enfatizan el carácter evaluativo de las actitudes como su más importante e, incluso, único componente. En esta polémica se pronuncian Fishbein y Ajzen (1975) diferenciando el concepto de actitud del concepto de creencias y del concepto de intención conductual. Puesto que la diferencia entre intención conductual y actitud ya ha sido puesta de manifiesto, nada mejor que acudir a las palabras de los propios autores para marcar la separación inicial entre actitudes y creencias.

Mientras la actitud se refiere a una evaluación favorable o desfavorable de la persona hacia un objeto, las creencias representan la información que esta persona tiene acerca del objeto. Específicamente, una creencia une el objeto con algún atributo. Fishbein y Ajzen (1975).

Como ya vimos en el apartado correspondiente (Marco teórico, apartado “A”), Fishbein y Ajzen (1975) consideran que

La actitud es una predisposición aprendida para responder de forma consistente, favorable o desfavorablemente con respecto a un objeto dado. Fishbein y Ajzen, 1975.

Para Fishbein y Ajzen, el concepto de actitud abarca tres elementos fundamentales: actitud como consistencia, como predisposición a la respuesta y como disposición aprendida. Remitimos en este punto a los desacuerdos ya mencionados en el apartado anterior sobre este aspecto, referidos a los términos “consistencia”, “predisposición” y “aprendidas”; desavenencias que impiden que, pese a su impacto, sea una definición consensuada por los teóricos actitudinales. De forma ya definitiva, Fishbein y Ajzen (1975) igualan el afecto y los sentimientos con la valoración y las creencias y opiniones con la cognición, y resuelven de esta forma la conceptualización unifactorial o multifactorial del concepto actitudinal: la actitud representa un sentimiento general favorable o desfavorable hacia un determinado estímulo por parte de una persona; a medida que se forman creencias sobre el objeto de actitud, automática y simultáneamente se adquiere una actitud hacia el mismo que viene dada por la aceptación de esas creencias y la valoración que se hace de las mismas.

En el caso de las actitudes hacia un comportamiento, cada creencia une el comportamiento a cierto resultado, o a algún otro atributo tal como el coste contraído con la realización del comportamiento. Desde que percibimos los atributos [...] evaluados positiva o negativamente, nosotros automática y simultáneamente conseguimos una actitud hacia el comportamiento. Así, aprendemos a favorecer comportamientos que creemos tienen consecuencias deseables y formamos actitudes desfavorables hacia comportamientos que asociamos con la mayoría de consecuencias indeseables (Ajzen, 1991).

Así, Fishbein y Ajzen (1975), a través de un modelo teórico basado en las mencionadas aportaciones de Rosenberg en la Teoría de la Consistencia cognitivo-afectiva, y replicadas

por Fishbein (1963, 1967) para las actitudes, mantienen que las actitudes se desarrollan sobre las creencias de los sujetos acerca del objeto actitudinal.

Una explicación muy general sería que las personas formamos las creencias sobre los objetos mediante la asociación de dicho objeto con determinados atributos (ya sean objetos, características o hechos concretos) (Ajzen, 1991).

Teniendo en cuenta la gran importancia que poseen las “creencias” en el modelo estudiado, consideramos necesario incluirlas como uno más de los componentes de dicho modelo, de naturaleza transversal, presente en sus diversos factores. Como ya hemos visto anteriormente, las creencias no son identificadas como factor independiente en las formulaciones anteriores, pero el análisis del modelo muestra claramente su importancia en la base de cada uno de los componentes.

Las creencias en el modelo teórico propuesto.

Con una explicación resumida y sencilla, vemos cómo la teoría postula que el comportamiento es una función de información destacada, o creencias, relevante para el comportamiento, que el sujeto posee acerca de sí mismo y del entorno social o no social (Ajzen, 1995). Y es el mismo autor quien nos ofrece la explicación del proceso implicado en la formación de la actitud:

Podemos explorar la formación de una actitud eligiendo creencias destacadas sobre la actitud objeto y evaluando las probabilidades subjetivas y valores asociados con las diferentes creencias. En suma, combinando los valores observados [...] obtenemos una estimación de la misma actitud, estimación que representa la evaluación del objeto del comportamiento considerado. Desde que esta estimación se basa en creencias destacadas sobre el objeto de la actitud, una medida puede ser calificada de creencia-basada de actitud. Si el modelo expectativa-valor especificado es válido,

la medida de creencias basadas de actitud podría correlacionarse de forma significativa con una medida estándar de la misma actitud. (Ajzen, 1991).

Se postula, en definitiva, que la actitud conductual es una función de las creencias acerca de las consecuencias que conlleva la realización (u omisión) de una conducta. Fishbein y Ajzen teorizan que las actitudes hacia un objeto, problema o persona pueden predecirse al calcular la suma de las creencias sobresalientes cerca de estos ponderados por las fuerzas de las creencias y las valoraciones de los atributos en cada creencia; es decir, para cada creencia multiplicar la fuerza de la creencia por la evaluación del atributo y, después, se suman esos productos para cada una de ellas. El resultado reflejará la actitud global.

Específicamente, el valor de los resultados subjetivos contribuye a la actitud en proporción directa a la fuerza de la creencia; por ejemplo, la probabilidad subjetiva de que el comportamiento producirá el resultado en cuestión. Como se mostró [...], la fuerza de cada creencia destacada [...] se combina en modo multiplicativo con la evaluación subjetiva [...] del atributo de la creencia, y los productos resultantes se suman sobre las creencias destacadas. La actitud de una persona es directamente proporcional al índice de esta creencia sumativa (Ajzen, 1991).

De acuerdo con el modelo sugerido por Ajzen y Fishbein (1980), las actitudes y las normas subjetivas influyen en el comportamiento a través de las intenciones. Las actitudes y las normas sociales están determinadas por las creencias personales y sociales y las evaluaciones respecto a los resultados del comportamiento de interés (Aberg, 1993).

Para Fishbein y Ajzen, tal y como poníamos de manifiesto, la actitud es un juicio evaluativo bipolar acerca de un objeto y su formación está en función únicamente del repertorio de "creencias salientes" (Fishbein y Ajzen, 1975) relacionadas con el objeto actitudinal. Las eva-

luaciones de cada una de las consecuencias conductuales suelen estimarse sobre escalas bipolares –por ejemplo de 7 puntos, desde +3, muy deseable, hasta -3, muy indeseable– (Morales, Reboloso y Molla, 1994) y la medida global de la actitud se obtiene, normalmente, mediante significados de una semántica evaluativa diferencial; esta medida estándar será después correlativa con una estimación de la misma actitud basada en creencias destacadas (Ajzen, 1974; Fishbein, 1963, Fishbein y Ajzen, 1981; Jaccard y Davidson, 1972; Godin y Shepard, 1987; Insko, Blake, Cialdini y Mulaik, 1970; Rosenberg, 1956). Los resultados han sostenido generalmente esta hipotética relación entre las creencias destacadas y las actitudes, aunque se ha cuestionado en ocasiones, y como ya veremos más adelante (Valiquette, Valois, Desharnais y Godin, 1988), la magnitud de dicha relación.

En cuanto al proceso de obtención de las creencias salientes, remitimos a Ajzen *et al.* (1995), quienes nos ofrecen una explicación clara y detallada:

Se pueden tener varias opiniones sobre un objeto, pero sólo atender a un pequeño número de ellas, unas cinco o nueve. Entre ellas se consideran las determinantes que prevalecen en la actitud de una persona. En el trabajo con el modelo, se recomienda practicar con un estudio piloto en el que las opiniones sobre una actitud se dan en un formato de libre elección. Por ejemplo, se pide que se enumeren las características, cualidades y atributos de un objeto en cuestión, opiniones que se consideran las opiniones salientes de esa persona o grupo y los más mencionados, se determinan como opiniones salientes modales (Fishbein y Ajzen, 1975). (Ajzen, Nichols y Driver, 1995).

Fishbein y Ajzen (1975) establecen la necesidad de que el proceso de obtención de las creencias salientes se realice mediante la utilización de los sujetos implicados o bien mediante un estudio piloto previo con una muestra representativa de la población objeto de

estudio. Mantienen que esta cuestión resulta imprescindible, ya que el hecho de seleccionar un conjunto de creencias de modo intuitivo o arbitrario provocará la inclusión de asociaciones que no se dan entre la población implicada, y "una medida de actitud basada en respuestas a cada declaración no necesita una alta correlación con una medida estándar de la actitud en cuestión" (Ajzen, 1991). Cuando las actitudes se estiman sobre las bases de creencias salientes, las correlaciones con una medida estándar de la actitud tienden a ser más altas que cuando están estimadas sobre las bases de una selección intuitiva de un conjunto de creencias (Fishbein y Ajzen, 1975). No obstante, como veremos más adelante, las correlaciones entre medidas estándar y basadas en creencias son a veces de magnitud moderada, incluso cuando se utilizan las creencias destacadas.

Queda un aspecto importante con relación a la obtención de las creencias: la de identificar la polaridad de la dimensión valorativa de la actitud. Dada la complejidad y extensión del tema, nos remitimos a la exposición realizada por otros autores (véase, por ejemplo, Lameiras 1997) y nos limitaremos a exponer ciertos aspectos relacionados con el modelo teórico que ahora nos ocupa.

Así, en la mayoría de las investigaciones realizadas sobre o aplicando el modelo de la Teoría de la Acción Razonada, o su versión más completa de la Teoría del Comportamiento Planificado, la evaluación se realiza mediante escalas gráficas de 7 puntos (por ejemplo "probable"–"improbable"; "bueno"–"malo"). Sin embargo, no existe ninguna indicación en el modelo teórico original acerca de la conveniencia de utilizar escalas unipolares o bipolares; mientras que los investigadores tampoco alcanzan consenso sobre el tema. Hewstone y Young (1988), por ejemplo, se decantan por el método unipolar, mientras que Sparks *et al.* (1991), mediante el análisis de diversos estudios sobre el tema, alcanzan resultados contrarios y sugieren la necesidad de examinar cuidadosamente la naturaleza de los datos

y las opciones de respuesta que se ofrecen a los sujetos.

En opinión de Ajzen (1991), siguiendo a Pratkanis (1989), al ser considerada la fuerza de la creencia como la probabilidad subjetiva de que un comportamiento dado producirá un cierto resultado, tal y como definieron los autores (Fishbein y Ajzen, 1975), parecería razonable someter la medida de la fuerza de la creencia a una marca unipolar análoga a la escala 0-1 de las probabilidades objetivas; las evaluaciones, sin embargo, podrían suponerse sobre un continuo bipolar, desde una evaluación negativa sobre uno de los polos a una evaluación positiva sobre el otro. Desde una perspectiva de dimensión, sin embargo, ambos tipos de marcas podrían ser aplicadas con igual justificación; resultaría permisible aplicar alguna transformación lineal a las evaluaciones demandantes sin alterar las propiedades de la escala de medidas (ver Dawes, 1972). El paso de una escala bipolar a una unipolar, o viceversa, resulta ser una simple transformación lineal en la cual añadimos o sustraemos una constante de los valores obtenidos. No parece existir, por tanto, un criterio racional *a priori* que nos permita decidir el modo de calificación de las escalas de creencia y evaluación (Schmidt, 1973).

Observamos que, en definitiva, para el modelo teórico propuesto, las actitudes se forman en función del repertorio de creencias salientes relacionadas con el objeto de actitud, y dichas creencias –consecuencias que tiene el realizar una determinada conducta–, serán estimadas mediante escalas bipolares o unipolares. Una vez obtenido un número determinado de creencias elicítadas por un sujeto sobre el objeto actitudinal –creencias salientes–, consideraremos como creencias salientes modales de una población dada las primeras creencias con mayor frecuencia dentro de una muestra representativa de sujetos. El número de dichas creencias que debe ser seleccionado para un estudio determinado es variable, aunque suele establecerse entre cinco y nueve gracias a la aportación de distintos estudios (Miller, 1956)

que determinan que la capacidad de procesamiento simultáneo de información suele establecerse en este intervalo de ítems.

Tipos de creencias

El modelo propuesto por Fishbein y Ajzen (1975; Ajzen y Fishbein, 1980), tanto en su versión inicial de la Teoría de la Acción Razonada como en la posterior formulación de la Teoría del Comportamiento Planificado, distingue tres tipos de creencias: conductuales, normativas y control. La utilidad de esta distinción, fundamentalmente entre creencias conductuales y creencias normativas (así como la diferencia entre actitudes y normas subjetivas) ha sido cuestionada en distintas ocasiones (ver, por ejemplo, Miniard y Cohen, 1981), tal y como veremos posteriormente. Ajzen (1991) sale al paso de dichas apreciaciones reafirmando su utilidad, para lo que se apoya en los resultados obtenidos por los distintos estudios que, aplicando el modelo teórico en su primera o segunda formulación, corroboran la utilidad de la distinción al demostrar que los diferentes constructos median en la capacidad predictiva.

Nosotros vamos a mantener la distinción efectuada por los autores (Fishbein y Ajzen, 1971; Ajzen y Fishbein, 1980) entre "creencias conductuales", "creencias normativas" y "creencias control", que definimos brevemente a continuación.

– *Creencias conductuales.*

Las creencias conductuales son las que influyen y dirigen el comportamiento (Madden, Scholder y Ajzen, 1992). De un modo muy genérico, la creencia sobre los objetos actitudinales se forma mediante la asociación de dicho objeto con determinados atributos (Ajzen, 1991), con la importante peculiaridad de que centran su atención en la realización de la conducta asociada con un objeto social determinado.

– *Creencias normativas.*

Constituyen el determinante de la Norma Subjetiva y hacen referencia a la percepción

de los sujetos acerca de la opinión que sus distintos referentes importantes tengan sobre la realización de un determinado comportamiento. Mientras que las anteriores influían el comportamiento, las creencias normativas influyen la norma subjetiva del sujeto provocando la variación en dicho comportamiento (Madden, Scholder y Ajzen, 1992).

Mientras que en el caso de las creencias conductuales ha sido mucha la investigación relacionada con su proceso de formación, el de las creencias normativas ha sido muy poco clarificado. En general, se tiende a pensar (Morales, 1994) que en la mayoría de los casos su formación deriva de un "proceso inferencial" producto, "bien como resultado de un razonamiento silogístico fruto de la observación de la conducta del referente, bien a partir de la actitud percibida en él". No obstante, el concepto alcanza el significado más completo cuando se concibe como la tendencia general de las personas a ajustarse a las normas de un grupo o de un individuo de referencia.

En cuanto a la forma de obtener la mayor correspondencia entre la medida global de la norma subjetiva y la medida basada en creencias, parece existir un punto de discrepancia entre distintos autores. Mientras que algunos de ellos (Ajzen y Madden, 1986; Fishbein y Ajzen, 1981; Ajzen y Fishbein, 1980, entre otros) postulan la escala bipolar para las creencias y unipolar para la motivación a acatar la creencia, recientes estudios advierten de la utilidad del formato unipolar para ambas escalas.

Existen, además, diversos estudios que cuestionan la utilidad de evaluar la motivación para acatar las creencias (Ajzen y Fishbein, 1969, 1970). El poder predictivo del componente normativo no experimenta variación al incluir la evaluación de dicha motivación del sujeto; de hecho,

Cuando la motivación de acatar se omite, la suma de creencias normativas se correlacionaba con la medida global de norma subjetiva a un nivel cercano a las correlaciones obtenidas después de la reescala

óptima de creencia normativa y de motivación para conformar las evaluaciones cuando no es incluido (Ajzen, 1991).

– *Creencias control.*

Según la versión más moderna del modelo, la Teoría del Comportamiento Planificado, existe un conjunto de creencias relacionadas con la presencia o ausencia de recursos, requisitos y oportunidades para la ejecución de la conducta. Dicho conjunto de creencias puede estar asentado sobre la experiencia propia o indirecta sobre la conducta, pero en cualquier caso relacionado con la dificultad o facilidad percibida para llevar a cabo el comportamiento en cuestión.

Se postula que la percepción de oportunidades y recursos individuales, junto con la anticipación de los obstáculos o impedimentos por parte del sujeto, debe considerarse “control conductual percibido” (Ajzen, 1991). Cada creencia control se multiplica por el poder percibido del factor concreto de control para facilitar o inhibir la realización del comportamiento, y los productos resultantes son sumados a través del control destacado de un número determinado de creencias para producir la percepción del control conductual percibido (CCP).

Así pues, sólo como creencias con respecto a consecuencias de un comportamiento están visionadas como actitudes determinantes hacia el comportamiento, y las creencias normativas son vistas como normas subjetivas determinantes, así que las creencias sobre recursos y oportunidades son vistas como control comportamental percibido subyacente. (Ajzen, 1991).

Sin embargo, son pocos los estudios que han analizado detalladamente la relación entre la medida global de control conductual percibido y las creencias control específicas (Ajzen y Madden, 1986).

4.3. Norma subjetiva

La Norma Subjetiva está caracterizada por los autores del modelo como

... un factor social llamado norma subjetiva; [que] se refiere a la presión social percibida para realizar o no el comportamiento. (Ajzen, 1991).

El componente normativo del modelo postulado por Fishbein y Ajzen (1975; Ajzen y Fishbein, 1980) refleja, como ya veíamos en su descripción, la influencia que el entorno inmediato al sujeto ejerce sobre la conducta. La Norma Subjetiva podría definirse como lo que el sujeto cree que los “otros importantes” para él creen o esperan que debe –o no debe– hacer en relación a una determinada conducta. Al definir el concepto como la percepción que el sujeto tiene de las presiones sociales a que realice u omite una determinada conducta, los autores reflejan en él, por tanto, los efectos de los factores sociales, mientras que la actitud es el componente principal de los efectos psicológicos individuales.

Sobre este punto concreto del modelo teórico, el reflejo de los factores sociales y los efectos psicológicos individuales, son muchos los autores que manifiestan su interés. Así, Lameiras (1997) afirma que “el componente normativo podría permitir la función de ajuste social propuesta por los teóricos funcionalistas”; para Morales (1994), “la consideración de estos dos factores es uno de los mayores logros del modelo de Fishbein y Ajzen, pues relaciona dos conceptos psicosociales tradicionalmente estudiados de forma independiente” y “representa la racionalidad cultural, ya que a través de ella la persona se acerca a quienes la rodean” (Morales y Moya, 1996).

El componente norma subjetiva, según los autores del modelo, es una función de las creencias que el sujeto tiene acerca de cuál es la opinión de “otras personas o grupos de referencia importantes” para él, con respecto a si debe realizar o no la conducta en cuestión –creencias normativas–, cuya influencia está claramente mediada por la motivación del sujeto a secundar las expectativas o presiones de los otros de referencia –motivación para acatar o acomodarse–. La norma subjetiva es el resultado final, como ya ocurriera con otros

componentes del modelo, de la suma de varios productos; sin embargo, alcanza su significado más completo cuando se lo concibe como la tendencia general de las personas a ajustarse a las normas de un grupo o de un individuo de referencia (Worchel *et al.*, 2003). La propuesta teórica de los autores del modelo es que la obtención del componente "norma subjetiva" puede realizarse bien de un modo global (general) o bien mediante una medida del componente basada en las creencias. Mientras que en el primer caso la evaluación se hace mediante un único ítem que evalúa la percepción del sujeto sobre la opinión de sus referentes importantes, en el segundo caso se analizan las respuestas de los sujetos en su evaluación sobre cada uno de los sujetos que componen sus referentes importantes. Así, se postula que el componente norma subjetiva es directamente proporcional a la resultante de la fuerza de cada una de las creencias normativas, multiplicada por su correspondiente motivación para acatar dicha creencia, tal y como nos describe Ajzen (1991):

La fuerza de cada creencia normativa (n) es multiplicada por la motivación de la persona para conformarse (m) con el referente en cuestión, y la norma subjetiva (NS) es directamente proporcional a la suma de los productos resultantes a través de los n referentes destacados. Una medida global de la Norma Subjetiva se obtiene normalmente por las respuestas de los encuestados para evaluar la extensión con la cual "otros importantes" podrían aprobar o desaprobado su realización de un comportamiento dado (Ajzen, 1991).

Y al igual que la medida directa de la actitud correlacionaba, tal y como ya vimos, de un modo elevado con la combinación de sus dos componentes, la norma subjetiva también lo hace (Bowman y Fishbein, 1978). El propio autor nos indica el modo que, en su opinión, mejor refleja esta correspondencia:

Investigaciones empíricas han mostrado que la mejor correspondencia entre la medida global de norma subjetiva y la medida

basada en las creencias se obtiene normalmente con tanteos bipolares de creencias normativas y tanteo unipolar de motivación que se debe conformar. Con dicho tanteo, las correlaciones [...] están generalmente en el rango de .40 a .80, no distinto de los descubrimientos con respecto a las actitudes. (Ajzen, 1991).

La Teoría de la Acción Razonada conceptualiza la norma subjetiva y la actitud como si fueran independientes entre sí, ignorando las relaciones que puedan existir entre ambos componentes. Sin embargo, y como ya veremos en el apartado relativo a las "Críticas al modelo", algunos autores han mostrado la existencia de interacciones estadísticamente significativas entre actitud y norma subjetiva, y otros han cuestionado teóricamente su independencia (Morales, 1994).

La aportación de este componente de carácter social al modelo predictivo postulado por Fishbein y Ajzen ha sido demostrado en muchas de las investigaciones realizadas. Sin embargo, cada vez con más frecuencia han ido alzándose voces que cuestionan la utilidad del componente norma subjetiva como uno de los factores capaces de predecir la intención (véase, por ejemplo, Doll y Ajzen, 1992; Bagozzi y Kimmel, 1995; Beale y Manstead, 1991; Netermeyer *et al.*, 1991; Madden *et al.*, 1992). Dejando a un lado las variables teóricas propuestas por distintos autores como alternativas al modelo de Fishbein y Ajzen, que veremos en otro apartado, pasamos a continuación a enunciar las críticas más frecuentes que se le han realizado a la norma subjetiva.

En opinión de Terry y Hogg (1996), es necesario reconceptualizar el papel de la variable norma subjetiva, ya que sus limitaciones no permiten representar la influencia social en la relación existente entre la actitud y la conducta; y proponen como medio para superar dicha limitación la aplicación de la Teoría de la identidad social y de la auto-categorización. Como prueba de su planteamiento aportan los datos que obtienen en dos estudios realizados para evaluar el componente descrito por Fishbein

y Ajzen. En dichos estudios comprueban que, en un grupo de referentes importantes para el sujeto, la norma subjetiva percibida por dicho sujeto influencia la intención de realizar una conducta determinada, aunque esto sólo tiene lugar en el caso de los sujetos que poseen un componente de identificación con el grupo muy fuerte. Terry y Hogg concluyen que, dados estos resultados, el método propuesto por Fishbein y Ajzen (1975) de focalizar en la medida de la motivación para acatar las expectativas del grupo de referentes importantes es erróneo, ya que lo importante es ser establecer hasta qué punto ser miembro de un determinado grupo constituye un elemento duradero y saliente de la identidad del sujeto.

Otra alternativa a la medición tradicional de la norma subjetiva es la propuesta por Biddle, Bank y Marlin (1980). Estos autores señalan la necesidad de diferenciar entre “presiones normativas que provienen de lo que los otros referentes importantes hacen” y las “presiones normativas que provienen de lo que los otros referentes importantes dicen”; a través de la realización de un estudio sobre el consumo de alcohol demuestran de modo empírico que la presión normativa de lo que “hace” el grupo de pares y de lo que “dice” el entorno familiar –concretamente, los padres– afectan significativamente a las actitudes adolescentes hacia el consumo de bebidas alcohólicas, lo cual influye a su vez en su conducta de consumo.

Bagozzi y Kimmel (1995) aportan varias posibilidades que pretenden explicar lo que ellos llaman “realización inconsistente” de la norma subjetiva. En primer lugar, apuntan, es posible que la ineficacia predictiva del componente normativo postulado por Fishbein y Ajzen se deba a la propia concepción que estos autores tienen del concepto de “actitud” y de su medición. En opinión de aquéllos, la conceptualización del componente actitudinal como evaluaciones globales unidimensionales de hechos (“una menor representación enfocada de la actitud”) provoca un solapamiento con el componente normativo.

En esta línea, Miniard y Cohen (1979, 1981), haciendo una crítica más generalizada del modelo de Fishbein y Ajzen, critican la distinción que estos autores realizan de los tres tipos de creencias –conductuales, normativas y control– que conforman el modelo, aludiendo a la dificultad de diferenciar unas de otras. Miniard y Cohen critican de manera más específica la distinción entre creencias conductuales y creencias normativas, es decir, entre actitud y norma subjetiva; arguyen que todas las creencias asocian el comportamiento de interés con un atributo, ya sea de resultado, de expectativa normativa o de recurso necesario para la realización del comportamiento y, por tanto, podría resultar posible la integración de todos los tipos de creencias acerca de un comportamiento dado para la obtención de una medida global de la disposición conductual.

La réplica a dicha crítica la realiza Ajzen (1991) mediante el reflejo de varias objeciones. En primer lugar, afirma, la postulada integración enturbiaría diversas distinciones que son interesantes tanto en la teoría como en la práctica. En la teoría, afirma Ajzen, la evaluación personal de un comportamiento –actitud–, con un determinado modo de conducta esperado –norma subjetiva– y con una determinada autoeficacia respecto a dicho comportamiento –control conductual percibido–, son conceptos diferentes con un importante papel individual tanto para la investigación social como para la investigación conductual. Por otra parte, sigue afirmando, los múltiples estudios realizados hasta la fecha sobre la Teoría de la Acción Razonada y la Teoría del Comportamiento Planificado han establecido, de manera muy clara, la utilidad de la diferenciación, mostrando que los diferentes constructos median las relaciones predictivas de la intención y la conducta. Ajzen termina su alegato con una afirmación más importante para la futura investigación sobre el modelo teórico propuesto, tal y como veremos más adelante, afirmando que,

Más importante aún resulta la posibilidad de hacer distinciones entre tipos adicionales de creencias y disposiciones relacionadas.

La teoría del comportamiento planificado está, en principio, abierta a la inclusión de predictores adicionales, si esto demuestra que capturan una significativa proporción de la variable de intención o comportamiento una vez que se han tomado en cuenta las variables corrientes de la teoría. La teoría del comportamiento planificado, de hecho, extiende la teoría original de la Acción Razonada añadiendo el concepto de control conductual percibido. (Ajzen, 1991).

Por otra parte, Bagozzi y Kimmel (1995) señalan la poca eficacia predictiva que parece tener el componente "motivación para acatar". Obtienen resultados compatibles con los encontrados por otros autores (Ajzen y Fishbein, 1969, 1970; Schlegel, 1977; Ajzen, 1991) en el sentido de que la motivación para acatar la norma del grupo relevante no agrega nada, e incluso puede –en determinadas ocasiones– disminuir la capacidad predictiva del modelo; sin embargo, cuando dicha motivación es omitida, la suma de las creencias normativas se correlaciona con la medida global del componente norma subjetiva una vez uniformizado las escalas.

Trafimow y Fishbein (1994) realizan una interesante aportación a la discusión sobre el componente normativo postulado por Fishbein y Ajzen (Ajzen y Fishbein, 1980; Fishbein, 1967, 1980; Fishbein y Ajzen, 1975). En su opinión, el componente actitudinal y el componente normativo pueden tener diferente peso en función del comportamiento determinado y de diferencias individuales. Afirman que, en una determinada población, existen comportamientos que están en mayor medida determinados por el componente actitudinal (lo que denominan comportamientos AC) y comportamientos en mayor medida determinados por el componente normativo (denominados comportamientos NC). Para probar esta hipótesis, realizaron dos estudios en los que manipularon la actitud de los participantes.

En primer lugar, encontraron que la relación actitud-conducta era mucho más fuerte para

comportamientos AC que para comportamientos NC, y esta conclusión se dio en todos los casos analizados (una manipulación directa de la actitud, una manipulación preparada, un diseño inter-sujetos, y un diseño intra-sujetos). Trafimow y Fishbein, posteriormente, señalan que al igual que había sucedido en este caso, podrían hallarse resultados similares con respecto al componente normativo; al igual que mediante la manipulación de la actitud se obtiene un impacto mayor sobre comportamientos AC que sobre comportamientos NC, una manipulación normativa debería tener un mayor impacto sobre comportamientos NC que sobre comportamientos AC. Para demostrar que el tipo de comportamiento puede moderar la relación entre el componente Norma Subjetiva y la conducta, diseñan tres estudios distintos. Los resultados que obtienen señalan que la manipulación normativa tiene un impacto mayor sobre la intención del sujeto de comprometerse a la realización de comportamientos determinados por el componente normativo que sobre su intención de comprometerse en comportamientos determinados por el componente actitudinal; sin embargo, este efecto sólo tenía lugar cuando la prescripción normativa de un determinado comportamiento específico era manipulada o bien cuando existía la completa seguridad de que los participantes del estudio estaban incluyendo las referencias de todos los referentes importantes considerados en conjunto. La manipulación directa de la norma subjetiva, sin la inclusión del conjunto de referentes importantes, no producía un mayor efecto sobre la intención de realizar comportamientos determinados por el componente normativo que sobre la intención de realizar comportamientos determinados por el componente actitudinal.

Trafimow y Fishbein (1994) sugieren que dichos resultados pueden ser producto del artefacto metodológico postulado por Fishbein y Ajzen. Estos autores, como ya vimos, recomendaban la medición del componente Norma Subjetiva solicitando a los sujetos que indicaran hasta qué punto sus "otros más importan-

tes” piensan que debían o no debían realizar una conducta determinada. Basándose en los resultados obtenidos, Trafimow y Fishbein señalan que dicha terminología se puede considerar de modo general, pero no así los referentes importantes para un comportamiento específico; dado que los referentes importantes para un comportamiento determinado constituyen un determinante importante de la intención de comprometerse a la realización del comportamiento, la utilización de una terminología muy general, como es “los otros importantes”, puede derivar en una baja estimación de la contribución del componente normativo como determinante de la intención. Resultados similares han sido puestos de manifiesto por otros autores (ver, por ejemplo, Ajzen, 1971 y Smetana y Adler, 1980).

Finalmente, Trafimow y Fishbein previenen de la existencia de un aspecto cultural que es preciso considerar. Al igual que habían manifestado ya otros autores (Trafimow, Triandis y Goto, 1991; Triandis, 1989), existen diferencias entre las culturas individualistas y las culturas colectivistas, y dicha diferencia debe ser considerada al situar el énfasis en la influencia del componente normativo en estos tipos de sociedades. Trafimow y colaboradores demostraron que la expectativa de opinión de los miembros de un grupo es mucho más accesible en culturas colectivistas que en culturas individualistas, luego es posible que existan más comportamientos CN en las primeras que en las segundas y, si esto es así, la manipulación del componente norma subjetiva deberá ser más efectiva en las culturas colectivistas. Estos resultados, como ya veremos, tienen implicaciones muy importantes en el desarrollo de las intervenciones destinadas a provocar un cambio en la conducta.

4.4. Control conductual percibido

Como ya vimos, la integración al modelo inicial de Fishbein y Ajzen (1975) de un nuevo componente que fuera capaz de incorporar como objeto de estudio aquellas conductas que no dependen únicamente del sujeto, marca el

paso entre la formulación del modelo inicial y la formulación del modelo de la Teoría del Comportamiento Planificado (Ajzen y Fishbein, 1980). La nueva formulación propuesta por los autores supone un paso más en el deseo de trazar un modelo teórico capaz de comprender y predecir los comportamientos humanos. Se considera en este caso que, en determinadas ocasiones, no es suficiente elicitar la actitud para guiar la conducta, ya que las personas no actúan según sus actitudes si creen que la realización de la conducta está fuera de su control (Liska, 1984). La percepción de controlar personalmente determinadas situaciones ejerce una influencia muy importante sobre la intención de realizarla y, por ende, en su realización. Así, Ajzen y Fishbein (1977; 1980; Ajzen, 1985; 1987; 1991) postulan que la percepción personal de capacidad para ejecutar la conducta trabaja junto con la actitud en la producción de la intención que, ahora sí, conduce o desvía a la conducta.

La formulación de la “Teoría del Comportamiento Planificado” (Ajzen, 1985; 1987; Ajzen y Madden, 1986) implica la asunción de que las personas consideran la presencia o ausencia de recursos personales para la realización de la conducta y de la oportunidad de que ésta tenga lugar. Así formalizado, como ya vimos anteriormente, el Control Conductual Percibido se convierte en la tercera variable predictora del modelo, y es definido como

la facilidad o dificultad percibida para realizar el comportamiento, y se supone que refleja la experiencia pasada, así como impedimentos anticipados y obstáculos (Schifter y Ajzen, 1985).

Es el propio Ajzen (1991) quien, argumentando la diferencia entre la Teoría de la Acción Razonada y la Teoría del Comportamiento Planificado, señala que, como norma general, “cuanto más fuerte sea la intención de comprometerse en la realización de una conducta, más probable será su realización”, pero, aclara, esto será así en el caso –y sólo en este caso– de que la conducta esté sujeta a control voluntario de la persona implicada en la acción. Así, aun

cuando se posea una firme intención, basada en actitudes positivas, y percepción de control sobre la acción, determinadas circunstancias imprevistas o carencia de habilidades pueden impedir la ejecución real de la conducta. Y aun si creemos que tenemos el control, algunas veces no tenemos suficiente control real para llevar adelante nuestras actitudes e intenciones, lo que es particularmente cierto cuando la conducta requiere interacción social (Smith y Mackie, 1997); y, en opinión del autor (Ajzen, 1985; 1991), la mayoría de las conductas que las personas llevan a cabo depende, en distinto grado, de factores no motivacionales tales como "oportunidades, requisitos y recursos, como por ejemplo dinero, habilidades, o la cooperación de otros". Todo ello explicaría la distancia existente entre la intención y la conducta al combinarse la actitud y la norma con otro tipo de factores a medida que se forma la intención.

Pero la idea de que la realización de un comportamiento depende conjuntamente de la intención y del control no es original. El propio Ajzen (1991) señala, como antecedentes teóricos de la misma, los estudios de aprendizaje animal (Hull, 1943), el nivel de aspiración (Lewin, Dembo, Festinger, y Sears, 1944), la realización de tareas psicomotrices y cognitivas (Fleishman, 1958; Locke, 1965; Vroom, 1964), y la percepción personal y la atribución (Heider, 1944; Anderson, 1974). Junto a estos antecedentes, Ajzen (1991) cita la aparición de "sugerencias de control conductual" en modelos más generales del comportamiento humano como la concepción de "factores facilitantes" (Triandis, 1977), "el contexto de oportunidad" (Sarver, 1983), "recursos" (Liska, 1984), o "control de la acción" (Kuhl, 1985). Desde estas concepciones, se supone que la motivación y la habilidad interactúan en su efecto sobre la ejecución conductual, en el sentido de que la intención influirá en la realización del comportamiento hasta el punto en el que la persona perciba el control conductual, y la realización del comportamiento incrementará con el control conductual en la medida de su

motivación (Ajzen, 1991). Sin embargo, y pese a su posibilidad intuitiva, esta hipótesis ha recibido un limitado apoyo empírico (Locke, Mento y Katcher, 1978).

El concepto de "Control Conductual" es susceptible de comparación con otro tipo de formulaciones. Así, frente a la "posición percibida de control" formulada por Rotter (1966), quien desarrolló una escala para medir el "control interno/externo" del sujeto (Lameiras, 1997), el control conductual percibido remite a la percepción personal de la facilidad o dificultad para la realización de una conducta determinada que puede, y generalmente lo hace, variar en cada situación y acción, mientras que la situación de control es una expectativa generalizada que permanece estable a través de situaciones y formas de acción (Ajzen, 1991). Igualmente, podemos diferenciar el concepto formulado por Ajzen de la teoría formulada por Atkinson (1964) sobre la ejecución de la motivación. Atkinson (1964) define la expectativa de éxito como la "probabilidad percibida de éxito en una tarea dada", definición que —siendo muy similar al concepto de control formulado por Ajzen en lo que a contexto comportamental específico se refiere—, dictamina el motivo (*sic.*) de éxito en términos de una disposición general "que lleva al individuo de una situación a otra" (Atkinson, 1964), no como una motivación de éxito para una tarea determinada (Ajzen, 1991). En línea con Atkinson, se pueden situar otras teorías sobre la expectativa de resultados para las cuales el nivel de ejecución alcanzado es una función multiplicativa de la expectativa de que una determinada conducta producirá un resultado determinado y del valor de dicho resultado (Irwin, 1971; Bolles, 1975; Feather, 1982; Vroom, 1964; Tolman, 1932, 1951).

Sin embargo, sí podemos encontrar antecedentes teóricos semejantes al concepto de control conductual. Ajzen y Madden (1986; Ajzen, 1991) compatibilizan esta noción con el concepto de creencias de autoeficacia percibida de Bandura (1987, 1986, 1982, 1977). Bandura (1982, 1981) define la autoeficacia

percibida como los “juicios de cada individuo sobre sus capacidades”, juicios sobre los que organizará y realizará los actos que considere necesarios para alcanzar un rendimiento determinado; el concepto refiere no a los recursos que el sujeto tenga disponibles, sino a la opinión del mismo sobre lo que dichos recursos le permiten hacer. Distingue, igualmente, entre “expectativas de eficacia personal” y “expectativas de resultados”, siendo la autoeficacia percibida el juicio emitido por el sujeto acerca de su propia capacidad para alcanzar cierto nivel de ejecución; mientras que las expectativas de resultados se refieren a las consecuencias más probables que producirá dicha ejecución (Bandura, 1987). Ajzen (1991; Ajzen y Madden, 1986) reconoce la influencia de los trabajos de Bandura *et al.* (Bandura, Adams y Beyer, 1977; Bandura, Adams, Hardy, y Howells, 1980) en su formulación del concepto de control conductual percibido: “Las creencias de autoeficacia pueden influir en la elección de actividades, preparación para una actividad, esfuerzos realizados durante su realización, así como formas de pensamiento y reacciones emocionales” (Ajzen, 1991), si bien “la teoría del comportamiento planificado sitúa el constructo de creencia de autoeficacia o control conductual percibido dentro de una estructura más general de relaciones entre creencias, actitudes, intenciones, y comportamiento” (Ajzen, 1991). La Teoría del Comportamiento Planificado, por tanto, amplía la condición límite del control espontáneo especificado por la Teoría de la Acción Razonada, y la formulación del concepto de control conductual percibido y su relación con el resto de componentes –intención y conducta– es realizada por Ajzen en 1985. Sin embargo, la primera prueba completa de dicha teoría la encontramos en el trabajo de Ajzen y Madden (1986), y en ella podemos observar (ver figura 1.6) el lugar destinado para el nuevo componente.

Ajzen y Madden (1986) realizaron dos investigaciones para probar la teoría. En la primera, atención de los alumnos en clase, encontraron que el control conductual percibido sobre el

comportamiento era una predicción significativa de la intención una vez controlada la actitud y la norma subjetiva; sin embargo, dicho componente no contribuyó a la predicción del comportamiento una vez controlada la intención. Ante esto, Ajzen y Madden arguyen que el grado de control actual sobre la atención en clase era relativamente alto y, por tanto, el cálculo del control percibido podría ser el esperado para tener alguna validez predictiva con respecto al comportamiento elegido. Su segundo estudio valoró las actitudes de los estudiantes, normas subjetivas, control percibido y la intención de sacar un “sobresaliente” en un curso determinado. Para ello, utilizaron el nivel actual del sujeto en el curso como una medida del comportamiento estudiado; para la realización del experimento evaluaron dicho nivel en dos momentos distintos, al principio y al final del semestre. Las respuestas obtenidas en la primera medición dieron resultados similares a los del primer experimento por lo que, concluyen, el control percibido aumentó la predicción de la intención sobre la esperada mediante la Teoría de la Acción Razonada, pero no contribuyó a la predicción del comportamiento. Sin embargo, cuando utilizaron las respuestas de la segunda opción (al final del semestre), el control percibido sí contribuyó a la predicción del comportamiento, incluso una vez controlada la intención. La comparación entre ambos casos indicaba la existencia de grandes y significativos cambios en la percepción del individuo sobre el control y la intención. Argumentan que, como los sujetos empezaban a hacerse más familiares con las circunstancias relacionadas con el comportamiento, sus percepciones del control fueron más precisas respecto al nivel de control actual que tenían sobre su capacidad de modificar la conducta o de conseguir el fin deseado. Por tanto, concluyen, sólo cuando las percepciones de control son precisas, el control conductual percibido resulta ser un predictor significativo del comportamiento elegido. Ajzen y Madden (1986) representan el componente “control conductual” como una línea continua en uno de cuyos extremos se situarían aquellas conductas que prácticamente

no suponen ningún problema de control, mientras que, en el otro extremo, se sitúan las conductas sobre las que el sujeto posee un bajo control para su realización; evidentemente, la mayor parte de las conductas caería dentro de algún punto del continuo y sugieren que sería mejor considerar las conductas intencionadas como Objetivos, cuyo logro se encuentra sujeto a algún grado de incertidumbre.

Para Ajzen (1991; Ajzen y Madden, 1986) la importancia del control conductual actual es evidente: los recursos y oportunidades disponibles para una persona deben dictar en alguna medida la posibilidad de la ejecución conductual. Sin embargo, otorgan mayor importancia –sobre todo a nivel psicológico– a la percepción de control conductual y su impacto sobre las intenciones y las acciones. Este componente, el control conductual percibido, desempeña una parte importante en la teoría del comportamiento planificado, ya que, según la misma, el control conductual percibido, junto con la intención, puede ser utilizado directamente para predecir la ejecución del comportamiento. Ajzen (1985) aporta dos razones en defensa de esta hipótesis. En primer lugar, afirma, el esfuerzo dedicado para mantener un comportamiento dirigido a la consecución de un logro se verá afectado por el control conductual percibido. Por ejemplo, incluso si dos individuos tienen intenciones de igual intensidad para aprender a esquiar, y los dos lo intentan, la persona que tiene confianza en realizar esta actividad tendrá mayor probabilidad de perseverar que la persona que duda de su capacidad. La segunda razón para suponer un vínculo directo entre el control conductual percibido y la realización de la conducta es que el control conductual percibido puede, con frecuencia, ser utilizado como un sustituto de una medida de control actual. Que una medida de control conductual percibido pueda sustituir a una medida de control actual dependerá, por supuesto, de la exactitud de las percepciones. El control conductual percibido puede no ser particularmente realista cuando una persona tiene relativamente poca información sobre el

comportamiento, cuando los requisitos o los recursos disponibles han cambiado, o cuando elementos nuevos y no familiares entran a formar parte de la situación. Bajo estas condiciones, una medida de control conductual percibido puede añadir poco a la precisión de la predicción conductual. Sin embargo, en la medida en que el control percibido sea realista, puede predecir la probabilidad del resultado de una conducta (Ajzen, 1985).

Como podemos observar en la figura 1.6, el control conductual percibido se incluye como una variable exógena que ejerce sobre el comportamiento en cuestión un efecto directo sobre él y un efecto indirecto sobre la conducta a través de la intención. El efecto indirecto está basado en la seguridad de que el control de comportamiento percibido tiene implicaciones de motivación para las intenciones conductuales. El camino directo desde el control conductual percibido hasta el comportamiento se asume para reflejar el control actual e individual que ejerce sobre la dirección de la conducta. Su efecto directo sería significativo cuando: (a) la conducta en cuestión sea susceptible de tener varios aspectos sobre los que se posea poca posibilidad de control voluntario y (b) las percepciones de control sobre el comportamiento sean correctas (Madden, Scholder y Ajzen, 1992).

En resumen, Ajzen y Madden (1986) proponen dos versiones de la teoría en función de los efectos del control conductual percibido, aunque es importante destacar que en ambos casos el control es considerado como un variable predictora independiente de la intención. En el primer caso, el control conductual percibido refleja factores motivacionales que tienen un efecto indirecto sobre la conducta a través de la intención, al igual que la actitud y la norma subjetiva. En el segundo caso (línea discontinua en la figura 1.6), el control conductual percibido refleja el control actual y tiene un vínculo directo al comportamiento, sin mediar la intención. Lo que sugieren es, en definitiva, que es posible predecir la conducta a través del efecto del control sin la contribución de la intención;

esto es, una vez que la intención está formada, la realización llega a ser dependiente del control actual sobre el comportamiento; cuando el control conductual percibido refleja el control actual, puede influir el comportamiento directamente: “[el control conductual percibido]... puede predecir la conducta directamente porque puede ser considerado un sustituto parcial de una medida del control real sobre la conducta y no sobre la intención” (Ajzen y Madden, 1986).

Sin embargo, para que se pueda dar un efecto tan importante del control conductual percibido, es necesario que se cumplan dos condiciones (Lameiras, 1997):

1. Que la conducta que se desea predecir no esté bajo un completo control volitivo, ya que, cuando éste existe, el concepto de control conductual percibido se convierte en irrelevante a la hora de predecir la conducta, con lo que la Teoría del Comportamiento Planificado queda reducida a la Teoría de la Acción Razonada.
2. Que las percepciones del “control conductual” reflejen el control real en la situación con algún grado de precisión. Cuando éste no es el caso, la medida del control conductual percibido puede añadir poco a la predicción de la conducta.

Finalmente, y como ya hemos visto, para la Teoría del Comportamiento Planificado, la realización de una conducta es una función colectiva de intenciones y control conductual percibido. Y aunque ya quedó reflejado en el apartado dedicado a la “intención”, recordamos nuevamente las pautas precisas de relación entre la intención y el control percibido que el propio Ajzen (1991) nos marca para obtener los mejores resultados posibles en la predicción:

Primero, las medidas de intención y de control conductual percibido deben corresponder a (Ajzen y Fishbein, 1977) o ser compatibles con (Ajzen, 1988) el comportamiento que se quiere predecir. Esto es, las intenciones y percepciones de control deben ser evaluadas en relación con el

comportamiento particular de interés, y el contexto específico debe ser el mismo. La segunda, [...] la intención y el control conductual percibido deben permanecer estables en el intervalo entre su evaluación y la observación del comportamiento. El tercer requisito [...] la predicción del comportamiento desde el control conductual percibido podría mejorar hasta el punto de que las percepciones del control conductual realísticamente reflejan el control actual.

5. FORMALIZACIÓN Y PREDICCIONES DEL MODELO TEÓRICO

5.1. Introducción: recopilación de aspectos teóricos

El trabajo de Fishbein y Ajzen (1975; Ajzen y Fishbein, 1980) nos presenta un modelo comprensible de las relaciones entre actitudes, creencias, intención conductual y conducta (Perlman y Cozby, 1985) para la toma de decisiones (Aberg, 1993); un modelo de predicción de intenciones relevante para el área de las actitudes. De acuerdo con el modelo propuesto por Fishbein (1967), las intenciones, y no las actitudes, son el antecedente inmediato o predictor de la conducta, y éstas se encuentran a su vez determinadas por dos factores principales: por un lado, el factor “actitudinal” o personal –la actitud hacia la conducta en cuestión (y no hacia el objeto de actitud como tradicionalmente se ha medido y utilizado como predictor)– y, por otro, un factor “normativo” o social –creencias referidas a la norma social–.

Como ya hemos visto, el modelo apuesta por la intención como el mejor predictor de la conducta; el determinante primario de la conducta no es la actitud de la persona hacia dicha conducta, sino su intención de realizar la acción (Norman y Smith, 1995; Parker, Manstead y Stradling, 1995; Laffin *et al.*, 1994; Trafimow y Fishbein, 1994). La intención conductual –antecedente inmediato de la conducta– se halla influida por un componente actitudinal y un componente normativo.

Por una parte, se propone que la actitud de la persona, o la favorabilidad de su evaluación sobre la conducta, estará influida por las creencias de la persona concernientes a las consecuencias de la conducta, sopesada por la importancia o valor otorgado a dichas consecuencias. El componente normativo, denominado norma subjetiva, es la percepción de la persona acerca de la presión de los otros para realizar la conducta ponderada por su motivación para obedecer estas expectativas. El componente normativo podría permitir la función de "ajuste social" propuesta por los teóricos funcionalistas. Estos dos factores, actitudinal y normativo, están sostenidos por un conjunto de creencias. Para el primero de ellos, la actitud, las creencias, son creencias comportamentales, consecuencias derivadas de la realización u omisión de la conducta, y valoración de dicho resultado. Para el componente de la norma subjetiva las creencias son creencias normativas centradas en la presión social percibida de ciertos referentes, mediadas por la motivación personal para obedecer o secundar las expectativas de esos referentes (Norman y Smith, 1995).

Como ya se dijo anteriormente, uno de los objetivos del modelo es "predecir la conducta individual humana" (Fishbein y Ajzen, 1975; Ajzen y Fishbein, 1980; Fishbein y Ajzen, 1981); y para lograr este objetivo, los autores (Ajzen y Fishbein, 1977) distinguen cuatro elementos en la conducta concreta que se pretende predecir: la acción realizada, el objeto de la acción, el contexto y el tiempo en el que tiene lugar la acción (Worchel *et al.*, 2003; Lameiras, 1997; Rodríguez, 1987; Welsh y Gordon, 1991). Igualmente, y para conseguir el mismo objetivo predictivo, los autores nos advierten sobre la necesidad de tener en cuenta tres aspectos fundamentales:

a. La correspondencia. La medida de la "intención" se debe corresponder en su nivel de generalidad con la medida de la "conducta". Los autores señalan explícitamente que el grado equiparable de especificidad entre las medidas de intención y conducta

es el factor más importante que influye en el tamaño de la relación entre ambas: Cuanto mayor sea la correspondencia en los niveles de especificidad, mayor debería ser la correlación intención-conducta. (Fishbein y Ajzen, 1975).

Y se debe tener en cuenta que el grado de especificidad es susceptible de variación en función de la conducta misma, el objetivo, la situación y el tiempo.

- b. La estabilidad. La intención debe mantenerse constante en el intervalo transcurrido entre la medida de intencionalidad y el momento en que la conducta es observada. Cuanto más se incremente dicho intervalo temporal, más probabilidad existe de que la intención varíe, con lo que la medida ya obtenida de la intención no se corresponderá con la "intención" que realmente determinará la conducta de reciente formación (Worchel *et al.*, 2003).
- c. El grado de control voluntario de la conducta. Según el modelo inicial de los autores –la Teoría de la Acción Razonada–, la intención conductual sólo predecirá aquellos comportamientos que no requieren ni habilidades ni cooperación de los demás (Morales *et al.*, 1994); la conducta de estudio, por tanto, debe estar sujeta a control voluntario (es aquí donde, posteriormente, el modelo de la Teoría del Comportamiento Planificado incluirá el papel del Control Conductual Percibido).

5.2. Formalización y predicciones de la teoría

La Teoría de la Acción Razonada se materializa en una ecuación de regresión múltiple en la cual la intención conductual –variable criterio– viene determinada por la suma ponderada de dos predictores: un componente actitudinal –la actitud del sujeto hacia la realización de la conducta, "Ac"– y un componente normativo –la norma subjetiva, "NS" –. La exposición que sigue se la debemos a Rodríguez (1989).

- a. La ecuación que establece la Intención como antecedente inmediato de la conducta es la siguiente:

$$C \sim I = f(v_1 A_c + v_2 NS)$$

Donde:

C = conducta

I = intención de realizar dicha conducta

A_c = actitud del sujeto hacia la realización de la conducta

NS = norma subjetiva (percepción de la norma social)

v_1 y v_2 = parámetros de ponderación (se determinará empíricamente en cada caso) que reflejan el peso relativo de A_c y NS.

La Intención Conductual es “la localización de una persona en una dimensión de probabilidad subjetiva que incluye una relación entre la persona misma y alguna acción” (Fishbein y Ajzen, 1975). Como hemos visto anteriormente, la teoría de la acción razonada –en esencia– defiende la predicción de la intención conductual desde dos componentes, las actitudes y la norma subjetiva, y la investigación empírica pone de manifiesto que dicha intención puede ser pronosticada con bastante exactitud –tal y como especifica el modelo– variando la importancia relativa de las actitudes y de la norma subjetiva en función de la conducta y poblaciones analizadas (Morales, 1994).

- b. El componente actitudinal del modelo, la “actitud del sujeto hacia un objeto social”, es una función de las creencias que el sujeto tiene acerca de las consecuencias de la realización o no de la conducta, y se materializa según la siguiente ecuación:

$$A_c = f(\sum_{i=1}^n c_i a_i)$$

Donde:

A_c = actitud

c_i = creencia (probabilidad subjetiva) de que el objeto de actitud posee el atributo I

a_i = valoración que el sujeto hace del atributo I

$\sum_{i=1}^n$ = sumatorio de n creencias relevantes.

Como puede observarse, el componente actitudinal es una función de las consecuencias percibidas por el sujeto sobre la ejecución de la conducta y de la evaluación que el sujeto hace de esas consecuencias. Es un modelo de expectativa-valor en el que se averigua el producto de las perspectivas que una persona tiene sobre las consecuencias que va a obtener de una determinada acción por el valor que el sujeto otorga a dichas consecuencias, de lo que se obtiene finalmente un sumatorio de todas aquellas consecuencias relevantes para la conducta (Rodríguez González, 1989; Lameiras, 1997; Morales, 1994). En opinión de Morales (1994), este abordaje permite –frente a la medición directa de la actitud– explicar la razón de que personas con distintas creencias puedan mostrar la misma actitud y viceversa. La validez del planteamiento de Fishbein y Ajzen se ha demostrado (Fishbein y Ajzen, 1975; Ajzen y Fishbein, 1980) calculando la correlación entre la medida directa de la actitud y el valor pronosticado para ella aplicando la ecuación anterior, y ha resultado significativa en actitudes muy diferentes, como las referentes a personas de raza negra, libertad de expresión para los comunistas, uso de píldoras para el control de natalidad, candidatos políticos y otras muchas.

La actitud hacia la realización de la conducta depende de la valoración que el sujeto hace de las consecuencias que cree se van a derivar de ella (creencias conductuales). La ecuación para determinar la actitud conductual de los sujetos es la misma que la utilizada para determinar la actitud hacia un objeto, persona o institución, siendo en este caso los valores que hay que tener en cuenta los de la valoración que el sujeto hace de las consecuencias esperadas sobre la realización de la acción (Rodríguez, 1989).

- c. La norma subjetiva. Por su parte, el componente normativo del modelo refleja la influencia que el entorno inmediato al sujeto ejerce sobre la conducta. La norma subjetiva podría definirse como lo que el sujeto cree que los “otros importantes” para él creen o esperan que debe hacer (o no) en relación con una determinada conduc-

ta. Según los autores, la “norma subjetiva” general está determinada por las creencias normativas que el sujeto tiene y por la motivación para acatar las expectativas de los “otros importantes”; la ecuación que describe la relación entre creencias normativas y norma subjetiva y que predice el valor de esta última es la siguiente:

Donde:

NS = norma subjetiva

c_j = creencia normativa

s_j = motivación del sujeto a secundar dicha opinión

m = número de creencias normativas relevantes.

La norma subjetiva refleja los efectos de los factores sociales, mientras que la actitud es el componente principal de los efectos psicológicos individuales. La consideración de estos dos factores es uno de los mayores logros del modelo de Fishbein y Ajzen, pues relaciona dos conceptos psicosociales tradicionalmente estudiados de forma independiente (Morales, 1994). Al igual que ya ocurriera en el caso de la medición de la actitud –su medida directa correlaciona con la combinación de sus componentes–, en el caso de la norma subjetiva también se pueden hallar correlaciones significativas entre la estimación directa y la integración de sus componentes (Bowman y Fishbein, 1978).

d. La relación de la intención con las actitudes y las normas subjetivas viene dada por la suma de resultados obtenidos mediante la ecuación que calcula el valor de ambas variables:

$$I = v_1(\sum_{i=1}^n c_i a_i) + v_2(\sum_{i=1}^n c_i s_i) = [(v_1)(A) + (v_2)(NS)]$$

Como ya hemos visto, la formalización del modelo no es otra cosa que la aplicación matemática del postulado básico: la predicción y comprensión de los determinantes de la conducta (Morales, 1994). Para ello, se sitúa la intención conductual en función de la suma ponderada de dos variables: un componente actitudinal –que está a su vez determinado por las consecuencias que el sujeto percibe sobre la realiza-

ción u omisión de la conducta, y de la evaluación personal de dichas consecuencias– y un componente normativo –a su vez determinado por las expectativas percibidas de referentes importantes y de la motivación personal para cumplir dichas expectativas.

El ejemplo más claro de la teoría lo encontramos cuando coinciden la actitud y la norma subjetiva. Si la actitud es favorable –o desfavorable– y la norma subjetiva apoya –o no–, el sujeto se formará una intención positiva –o negativa– y llevará a cabo –u omitirá– la acción. El problema surge cuando ambos factores determinantes de la intención no coinciden, pues para unos sujetos tiene más peso la propia actitud y para otros la norma subjetiva; más aún, para un mismo individuo pesará más uno u otro factor según la conducta en cuestión (Rodríguez, 1989). El conocimiento de los pesos relativos de los componentes permite no sólo la predicción de la intención, sino también la comprensión de la conducta que, recordemos, era otro de los objetivos del modelo teórico de Fishbein y Ajzen. Los predictores actitudinal y normativo deberían, según los autores, variar su importancia en la explicación de la intención en función de la conducta, la situación y las diferencias individuales. Tanto la actitud como la norma subjetiva pueden ser sopesadas diferencialmente a través de los parámetros de ponderación v^1 y v^2 . En consecuencia, diferentes tipos de conductas llevarán a ponderaciones distintas del componente actitudinal o normativo, de la misma manera que diferentes personas valorarán de modo distinto cada uno de los componentes para la misma conducta. El propio Fishbein (1966) halla diferencias individuales en una muestra de jóvenes al analizar la intención de mantener relaciones sexuales prematrimoniales; los resultados que obtiene mostraron que las “consideraciones actitudinales” eran más importantes para las mujeres, mientras que la “norma subjetiva” era el principal determinante de la intención conductual en los hombres.

Fishbein y Ajzen niegan que la relación entre los niveles pueda considerarse transitiva, lo

que Rodríguez (1989) denomina “incongruencia”. Veremos en el apartado correspondiente que esta afirmación es criticada por postulados teóricos más recientes. Es decir, si las creencias determinan las actitudes y las normas subjetivas, y éstas a su vez determinan la intención que, a su vez, es la que determina la conducta, habría que concluir que las creencias determinan la conducta; sin embargo, los autores niegan expresamente que éste sea el caso: lo único que podemos decir es que:

En último término, las actitudes determinan la conducta, pero de ningún modo ha de entenderse que exista un enlace directo entre creencias y conducta. Las creencias influyen sobre las actitudes y sobre las normas subjetivas, unas y otras influyen sobre las intenciones, y las intenciones influyen sobre la conducta (Fishbein, 1980).

La clave está (Rodríguez, 1989) en el uso de las expresiones “determinar” o “influir”. La utilización ambigua, por parte de los autores, de ambas expresiones a lo largo de sus textos no aclara este punto. Y esta ambigüedad en el lenguaje está motivada (Rodríguez, 1989) por las dificultades existentes para medir de forma precisa todas las variables implicadas en el modelo, por lo cual la solución propuesta es confiar en las más importantes (entre 4 y 9, tal y como ya vimos) según los autores del modelo. En definitiva, la concepción de la relación entre los diversos niveles de las variables presente en el modelo teórico es (Rodríguez, 1989) que las variables están mediadas por las del nivel posterior antes de influir en la conducta; es decir, la conducta está mediatizada de manera múltiple por múltiples variables y a distintos niveles, y en la que las creencias relativas a cada uno de los niveles son las decisivas.

La comprensión profunda de la conducta que desarrollan los sujetos pasaría por la indagación de las razones de los mismos para la ejecución o inhibición de una conducta determinada en un momento dado. Siguiendo el modelo teórico propuesto por Fishbein y Ajzen, estaríamos, de este modo, indagando acerca de las razones subyacentes a las creencias individuales

acerca de las consecuencias relacionadas con una conducta y/o las creencias de los sujetos sobre la percepción que el sujeto tiene acerca de las expectativas de los otros referentes importantes. Pero nos encontraríamos con ello en el punto más criticado por distintos autores sobre el modelo teórico, tal y como veremos posteriormente, tanto en su versión de la Teoría de la Acción Razonada como en su posterior ampliación a la Teoría del Comportamiento Planificado, ya que saldríamos del sistema de creencias del sujeto (Fishbein y Ajzen, 1981) en la búsqueda de variables externas, que “sirven sólo para comprender la conducta, pero en ningún caso para predecirla” (Fishbein y Ajzen, 1981). Posteriormente, ambos autores modificarán esta postura haciendo el modelo más flexible al reconocimiento de la utilidad de ciertas variables para la realización de una predicción más eficaz.

En cualquier caso, y pese a sus limitaciones, consideramos –en coincidencia con otros muchos investigadores– que el modelo causal propuesto por Fishbein y Ajzen (1975, Ajzen y Fishbein, 1980) ha introducido considerables innovaciones en el planteamiento tradicional de la investigación en el campo de las actitudes, lo que contribuye a clarificar polémicas y representa un intento de teoría de amplias miras cuyos resultados potenciales aún no se han agotado. Incluso sus principales limitaciones pueden ser reconceptualizadas como ventajas añadidas; la posibilidad, que se convierte en obligación según los autores, de complementar el modelo base con aportaciones teóricas y empíricas peculiares en cada situación, configura un valioso apartado teórico flexible y respetuoso con la consideración de distintos niveles de análisis. Si bien es cierto que se centra preferentemente en un análisis racional del comportamiento social, es compatible con la incorporación de procesos psicosociales automatizados (v.g. heurísticos), menos susceptibles de explicaciones analítico-rationales y más encaminadas a incluir reacciones emocionales instantáneas y decisiones sobreaprendidas (hábitos).

En resumen, la auténtica valía e importancia de los modelos de Fishbein y Ajzen recae tanto en su valor intrínseco para la explicación de la conducta humana como por su facilidad para ser complementado por distintas y heterogéneas percepciones teóricas y empíricas, especialmente aquellas que proceden del denominado “procesamiento heurístico”.

6. AMPLIACIONES DEL MODELO. LAS VARIABLES EXTERNAS

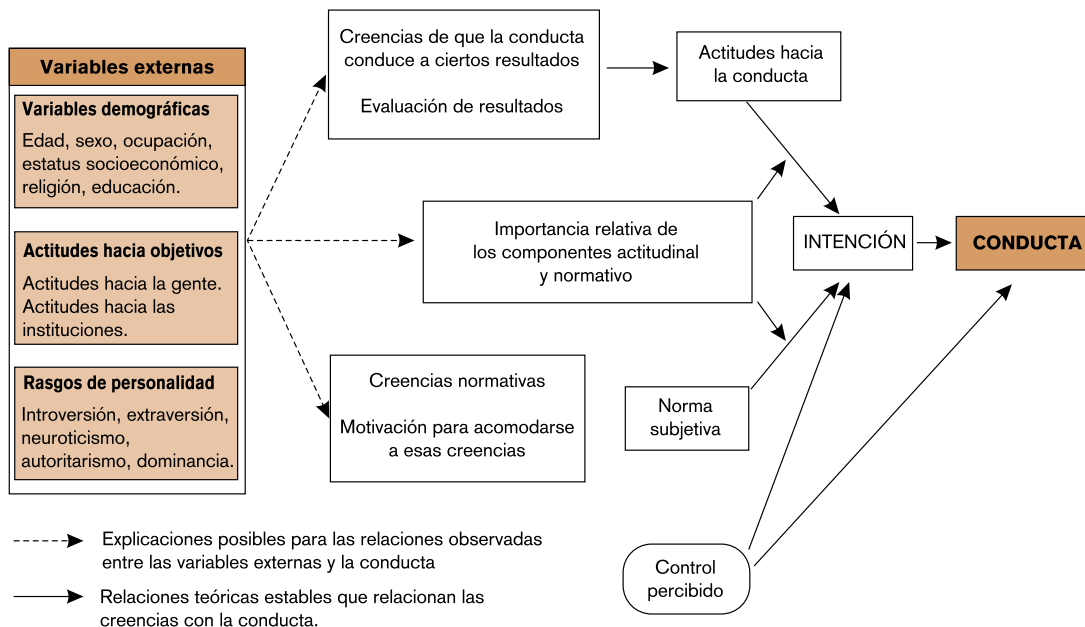
Las críticas vertidas sobre el modelo de Fishbein y Ajzen se reflejarán en un apartado posterior. Sin embargo, consideramos necesario –dadas las implicaciones teóricas que posee– reflejar en este momento una de las críticas fundamentales que el modelo recibe.

Ya desde los inicios de sus planteamientos teóricos, Fishbein y Ajzen dejaron claro cuál era, en su opinión, la utilidad y la finalidad del modelo teórico por ellos propuesto:

Predecir la conducta humana y comprenderla (Fishbein y Ajzen, 1975; Ajzen y Fishbein, 1980; Fishbein y Ajzen, 1981), [...] descubrir qué variables contribuyen en mayor medida a las diferencias individuales [...], existe un número casi infinito de variables que con frecuencia aparecen relacionadas con la conducta [que], en cierto sentido, representan un cuarto nivel de explicación (Fishbein, 1980, citado en Rodríguez, 1989).

Negaban así la necesidad de incluir otras “variables externas” –denominación que otorgan los autores a cualquier variable que no forme parte de su modelo– que, según Fishbein y Ajzen, nunca tienen una relación directa con la conducta; sirven sólo para comprender, pero en ningún caso para predecir la misma, puesto que cada nivel es capaz de predecir el siguiente inmediato, pero no cualquier nivel “distal” (Fishbein, 1980), tal y como podemos observar en la figura 1.7.

FIGURA 1.7. EFECTOS INDIRECTOS DE VARIABLES EXTERNAS EN EL MODELO DE FISHBEIN Y AJZEN.



Fuente: Basado en Lameiras, 1997; Ajzen y Fishbein, 1980.

En concreto, la posición de los autores del modelo sobre las "variables externas" se resume en la consideración de que cualquier variable distinta de las especificadas en el modelo que pueda ejercer su influencia sobre la conducta consecuente lo hará siempre a través de las variables específicas en el mismo.

Este planteamiento es rechazado tajantemente por Eagly y Chaiken (1993), quienes afirman que el modelo, más que una teoría general de la conducta, supone una explicación teórica congruente de las causas que preceden no a cualquier conducta, sino a la conducta volitiva del sujeto. Como ya hemos visto, el método de Fishbein y Ajzen supone la utilización de una serie de ecuaciones básicas; en el caso de que se pretendan incluir "variables externas", los autores introducen una ecuación de regresión que aumenta la capacidad predictiva, bien de la intención bien de la conducta, pero en un paso posterior a la inclusión de los predictores específicos del modelo. Así, según Eagly y Chaiken (1993), se pretende demostrar que la inclusión de otras variables en el modelo fracasa en su intento de aumentar la capacidad predictiva del mismo, una vez considerados los componentes originales (Pomazal y Jaccard, 1976).

Pese a la defensa formulada por Fishbein y Ajzen, y la probada eficacia de la teoría original, distintos trabajos realizados por diversos autores constatan no sólo la necesidad, sino incluso la utilidad, de la incorporación de otros factores o variables diferentes de las inicialmente propuestas para mejorar la capacidad predictiva del modelo. Así, para aumentar la capacidad predictiva de las actitudes, se construyen modelos predictivos en los que se hace intervenir otras variables; unas, relacionadas directamente con las actitudes (las que afectan a su formación o estructura, por ejemplo); otras, que influyen en su relación con la conducta correspondiente. Por todo lo cual, la posición inicial sobre la ineficacia de la inclusión de "variables externas" a su propuesta inicial, ya dejada entrever en artículos anteriores (ver, por ejemplo, Ajzen y Fishbein, 1980), es ahora

relativizada y, lo que es más importante, la posibilidad de apertura del modelo a otro tipo de componentes es reconocida por los propios autores:

Aunque la investigación futura pueda demostrar la necesidad de considerar factores adicionales en nuestros intentos de predecir y comprender el comportamiento..., al menos en el presente no vemos la necesidad de expandir nuestra Teoría de la Acción Razonada (Ajzen y Fishbein, 1980).

La teoría del comportamiento planificado está, en principio, abierta a la inclusión de predictores adicionales, si esto muestra que capturan una significativa proporción de la variable de intención o comportamiento después de que se han tenido en cuenta las variables corrientes de la teoría. (Ajzen, 1991).

Pero Ajzen, al margen de sus convicciones teóricas, sólo sigue una tendencia imparable desde prácticamente la formulación de su modelo, ya que son muchos los estudios que han incorporado alguna "variable externa" al modelo de Fishbein y Ajzen con la intención de demostrar su capacidad predictiva. Entre ellas, podemos citar la conducta pasada (Norman y Smith, 1995; Eagly y Chaiken, 1993; Bagozzi y Warshaw, 1990; Van Ryn y Vinokur, 1990; Dillon y Kumar, 1985; Fredericks y Dossett, 1983; Bagozzi, 1981; Bentler y Speckart, 1979; Ajzen y Driver, 1992; Beck y Ajzen, 1991); dimensiones morales, como la "obligación moral percibida" (Raats y Shepherd, R. y Sparks, 1995; Parker, Manstead y Stradling, 1995; Beck y Ajzen, 1991; Gorsuch y Ortberg, 1983; Schwartz y Tessler, 1972; Zuckerman y Reis, 1978; Pomazal y Jaccard, 1976); Género (Amaro, 1995); autoeficacia (McAuley y Courneya, 1993; De Vries, Dijkstra y Kuhlman, 1988; Bandura, 1977, 1982, 1986); hábito (Ronis, Yates y Kirscht, 1989; Triandis, 1977, 1980; Brinberg, 1979; Landis, Triandis y Adamopoulos, 1978); identidad personal (Biddle, Bank y Shaving, 1987); variables de personalidad, tales como la autoatribución de

responsabilidad (Zuckerman y Reis, 1978; Zuckerman, Siegelbaum y Williams, 1977; Schwartz, 1973) *self-monitoring* (Zanna, Olson y Fazio, 1980; Zuckerman y Reis, 1978; Snyder y Swann, 1976; Snyder, 1979), situaciones individualizadoras (Abelson, 1982), autoestima (Laffin *et al.*, 1994; Schroeder *et al.*, 1993; Dielman *et al.*, 1984; Gersick *et al.*, 1981).

En nuestro caso se han incorporado únicamente aquellas variables externas que, dada la conducta de estudio, pensamos que podrían tener relevancia teórica. Estas variables se reflejan a continuación.

- Normas personales.

La Teoría del Comportamiento Planificado, tal y como está formulada, define el componente normativo en términos de normas sociales sin considerar las creencias personales individuales acerca de lo que es correcto o incorrecto, aunque en la formulación original de la Teoría de la Acción Razonada, Fishbein (1967) distingue las creencias normativas sociales de las creencias normativas personales. El motivo de este cambio sobre la formulación inicial es justificado por Fishbein y Ajzen (1973, 1975) al afirmar que las creencias personales no poseen ningún interés para la predicción de la conducta, ya que se encuentran muy confundidas con la intención.

Sin embargo, son muchos los autores que se muestran partidarios de mantener la separación entre estos dos tipos de normas, fundamentalmente en aquellos casos en los que la conducta de estudio posee un claro componente moral. La revisión de las distintas investigaciones realizadas sobre el modelo de Fishbein y Ajzen y sus posteriores modificaciones permite observar cómo, en bastantes ocasiones, las normas personales parecen oscurecer el efecto que la influencia de la presión social ejerce a la hora de predecir la intención de llevar a cabo diferentes conductas. Fruto de esto es la sugerencia realizada por distintos autores (Beck y Ajzen, 1991; Gorsuch y Ortberg, 1983; Pomazal y Jaccard, 1976; Schwartz y

Tessler, 1972; Zuckerman y Reis, 1978) sobre la necesidad de considerar no sólo las presiones sociales percibidas, sino también los sentimientos de obligación moral o responsabilidad personal hacia la realización o no de una determinada conducta. Tales obligaciones morales podría esperarse que influyeran en las intenciones, en paralelo con las actitudes, normas subjetivas (sociales) y percepciones de control del comportamiento.

En 1973, Ajzen y Fishbein adoptaron una postura sobre las creencias normativas personales al afirmar que eran el mismo indicador que la Intención. Sin embargo, poco tiempo después, Bentler y Speckart (1979, 1981) y Budd *et al.* (1984) establecían la necesidad de separar ambos conceptos. La creencia normativa personal, a la que ellos llaman “intención comportamental ideal”, se forma como resultado de la evaluación de la acción y de la percepción de las expectativas de otros, es decir, de la actitud y la norma subjetiva; la intención conductual, en cambio, se basa en intenciones comportamentales ideales y en el comportamiento anterior. Su justificación se centra en que las personas recuerdan su pasado cuando deben tomar una determinación acerca de la realización de un comportamiento concreto, y por ello, afirman, se puede esperar que existan efectos significativos –tanto directos como indirectos– de la intención comportamental ideal sobre la intención real, mientras que la experiencia sólo mostrará efectos directos sobre la intención comportamental ideal. Los autores sugieren que la intención comportamental ideal, es decir, la creencia normativa personal, se puede utilizar como un factor suplantador de la norma, por una parte, o como variable intermedia entre la norma subjetiva y la actitud y la intención conductuales, por otra.

Parker, Manstead y Stradling, (1995) nos definen las normas personales del siguiente modo:

La norma personal refleja una serie de reglas morales internalizadas por el individuo, mientras que la norma social refleja las percepciones individuales sobre lo que

los otros desearían que el individuo hiciera.
(Parker, Manstead, y Stradling, S.G. 1995).

En su opinión, la norma personal individual estaría compuesta por la "norma moral", definida como "reflejo de las reglas morales internalizadas" (Eagly y Chaiken, 1993) y el "pensamiento anticipado", definido como las consecuencias afectivas esperadas por el sujeto cuando rompe las reglas morales que tiene internalizadas. Parker y colaboradores, analizando la conducta de cometer infracciones en la conducción, mantienen que ambas, tomadas juntas como una medida de la norma personal, pueden configurar la intención para realizar dichas conductas, de manera que aquellos conductores que consideren la acción como moralmente incorrecta y que anticipen sentimientos posteriores de remordimiento, poseerán una menor intención de realizar la conducta. El papel del pensamiento anticipado, según los autores, tiene un interés particular en el dominio de las violaciones en la conducción, dado que algunos conductores pueden esperar consecuencias afectivas positivas de la realización de tales acciones (por ejemplo, la "sensación" de la velocidad) y, como resultado, pueden estar más inclinados a tener la intención de cometer esas violaciones.

Como apoyo teórico a tales postulados, si bien manifiestan no haber encontrado ningún precedente teórico a la unión de la norma moral y el pensamiento anticipado para realzar la predicción de la intención conductual, señalan los estudios de Reason, Manstead, Stradling, Parker y Baxter (1991), quienes exponen que los sentimientos de culpabilidad de los conductores acerca de la realización de conductas infractoras resultaba un importante predictor de la comisión de dicha conducta. Igualmente, Richard, Van der Pligt y Vries (1995) mostraron que el pensamiento anticipado es un importante predictor de las expectativas de conducta en el contexto de la conducta sexual y anticonceptiva. Con dichos antecedentes, Parker y colaboradores predicen que la suma de medidas de la norma moral y el pensamiento anticipado a los componentes clásicos de la Teoría del

Comportamiento Planificado realzarían significativamente la cantidad total de varianza explicada en las intenciones de cometer violaciones en la conducción. Los datos que obtienen les llevan a la sugerencia de que la norma personal, al menos en la competencia de la conducta de conducir, es un factor muy importante en la formación de las intenciones de llevar a cabo dichas conductas; más, incluso, que la actitud, la norma subjetiva y el control percibido.

Beck y Ajzen (1991), al estudiar las actitudes de los estudiantes hacia diversas conductas socialmente indeseables (hablar en un examen, robar en las tiendas y mentir), introdujeron la variable norma social en el modelo predictivo. Dado el carácter de la conducta de estudio, resultaba esperable que las normas personales tuvieran una relevancia particular en la formación de las actitudes de los estudiantes hacia ellas. Si bien obtuvieron algunas mejoras en la predicción y el incremento de la eficacia predictiva fue significativo para cada una de las conductas de estudio, la varianza adicional obtenida era de una magnitud moderada, lo que les lleva a concluir que, si bien la obligación moral percibida parece contribuir a la formación de la intención de realizar comportamientos deshonestos, desde un punto de vista práctico, su inclusión en el modelo es de "modesta utilidad" (Beck y Ajzen, 1991). Pese a esta "modesta utilidad", Ajzen (1991) reconoce que la suma de la obligación moral percibida, "[suponía] una contribución significativa en la predicción de cada intención".

Raats *et al.* (1995) demuestran la importancia de las consideraciones morales dentro de la estructura teórica de la Teoría de la Acción Razonada/Comportamiento Planificado, pero no para los comportamientos tradicionalmente asociados con juicios morales, como hemos visto hasta ahora, sino con comportamientos que reflejan las responsabilidades interpersonales en las relaciones familiares. Sugieren no sólo que las consideraciones éticas/morales pueden ejercer una influencia independiente sobre las intenciones, sino, lo que es quizás más importante, que producen un efecto pre-

dictivo independiente sobre las actitudes. En su opinión, es posible que sea necesario precisar el papel de tales consideraciones morales dentro del modelo básico de estructura postulado por Fishbein y Ajzen y sus posteriores modificaciones. Raats y colaboradores sugieren que la obligación moral percibida servirá, con frecuencia, como un antecedente causal, no sólo de la intención, sino también de la actitud.

En el marco de los estudios sobre componentes normativos, merece la pena considerar las aportaciones de Echebarría y Valencia (1994) sobre "autoconciencia". Estos autores, al considerar la autoconciencia como la tendencia a enfocar la atención tanto en aspectos privados de uno mismo (autoconciencia privada) como en actitudes, valores, sentimientos, etc., o en aspectos públicos de uno mismo (autoconciencia pública), afirman la posibilidad de anticipar que una orientación privada de la conciencia influirá en los pesos relativos de la actitud, y la norma subjetiva, en el modelo de actitud de Ajzen y Fishbein. Estiman que la autoconciencia, que puede contemplarse como una tendencia estable o como un estado transitorio, puede tener además un carácter público o privado. Respecto al estado transitorio, los autores prevén que puede inducirse a través de apuntes externos como la "técnica del espejo", pedir a los sujetos que enfoquen la atención sobre sus propios pensamientos, etc. Algunos autores han encontrado que la autoconciencia privada aumenta la consistencia entre la actitud y el comportamiento. La Teoría de Autoconciencia, desarrollada por Duval y Wicklund (1972), hipotetizó que la consistencia actitud/comportamiento es con frecuencia un objetivo de la gente centrada en sí misma. Se ha sugerido que los sujetos que enfocan su atención en aspectos privados de sí mismos ponen atención a sus actitudes y tratan de reducir discrepancias entre sus actitudes y sus comportamientos. Sin embargo, Wilson (1972) muestra su desacuerdo al obtener que la varianza explicada de la actitud disminuye cuando se provoca la autoconciencia privada;

y Duval y Wicklund sugirieron que los sujetos autoorientados estarán más influidos por otros, y que la atención autoenfocada incrementará la conformidad. Como se desprende de esta descripción, el constructo "autoconciencia" tiene fuertes connotaciones teóricas del *self-monitoring* o autovigilancia de Snyder (1987).

Echebarría y Valencia analizan el papel de la autoconciencia a través del estudio de las actitudes y la subsecuente conducta de voto de una muestra de adultos con respecto a las elecciones parlamentarias españolas de 1989. Encontraron que la autoconciencia privada ejerce impacto sobre el peso relativo de la actitud y de la norma subjetiva, mostrando que para aquellos sujetos con una alta orientación de conciencia las actitudes son mejores predictores de la intención conductual que la norma subjetiva. Al evaluar la autoconciencia privada como una tendencia estable, independientemente de cualquier actitud específica, demostraron que dicha variable aumenta el poder predictivo de la actitud sobre la intención, si bien no ejerce el mismo efecto sobre la conducta. Añaden como un elemento fundamental que hay que considerar la posible influencia de la dinámica intergrupala sobre la orientación de la conciencia. Analizando el caso concreto de los votantes de HB, mantienen que el conflicto con el grupo externo o rival –la mayoría– provoca las orientaciones dentro del grupo de votantes de dicho partido.

En contextos de fuerte conflicto intergrupala, la presión del grupo y las identidades sociales pueden ser los factores más importantes en la toma de decisiones. En estos contextos, el elemento más importante que atrae la atención puede ser pertenecer a un grupo. En otras palabras, las situaciones de fuertes conflictos intergrupales pueden trabajar como elementos externos que facilitan estados de autoconciencia pública. En contraste, en contextos más neutrales (como votar por un partido político en otros países del Oeste), las presiones son más débiles y los factores individuales (como las actitudes) pueden tener un

papel mayor. Este tipo de situación podría estimular un estado de autoconciencia privada. (Echebarría y Valencia, 1994).

Los resultados obtenidos por los diversos estudios mencionados inducen a Parker y colaboradores (1995) a concluir la importancia de las nociones internalizadas de los sujetos acerca de lo correcto y lo incorrecto, y la anticipación de las consecuencias emocionales de su trasgresión en la formación de las intenciones para cometer conductas que son real o potencialmente el objeto de oprobio público. Se podría sostener que la norma personal es simplemente otra faceta de la actitud hacia la conducta, en tanto que la anticipación del afecto negativo y pensar que la conducta de uno es "bastante equivocada" pueden ser conceptualizados de forma más simple como consecuencias (presumiblemente negativas) de la conducta. La norma personal debe, por tanto, ser considerada como un predictor de la intención que debería ser tenido en cuenta en posteriores investigaciones.

Pero no todo son buenos augurios para la inclusión de la norma personal como un componente del modelo formulado por Fishbein y Ajzen (1975; Ajzen y Fishbein, 1980) y sus posteriores modificaciones.

Eagly y Chaiken (1993) definen la norma moral como "reflejo de las reglas morales internalizadas" y argumentan que tanto la obligación moral y la autoidentidad como la norma subjetiva podrían ser subsumidas bajo la actitud hacia la conducta. La culpa, el autorreforzamiento y otros resultados derivados de la conformidad o la violación de las normas propias son consecuencias adicionales de las conductas. En su opinión, los resultados obtenidos en los distintos estudios en los que se produce una mejora en la predicción de la intención conductual, cuando se añade una medida directa de la obligación moral o la autoidentidad, sugieren que tales consecuencias pueden no ser especialmente salientes en la proporción de conductas de los sujetos en las escalas evaluativas empleadas para valorar la actitud hacia la acción, incluso aunque estas conse-

cuencias morales ejerzan su impacto en las intenciones conductuales. Según las autoras, los cuestionarios utilizados habitualmente no proporcionan, aparentemente, el contexto que hace este tipo de resultados muy accesibles para los sujetos (Tourangeau y Rasinski, 1988). Eagly y Chaiken retoman en este caso una de las críticas más fuertes de las que vierten sobre el modelo de Fishbein y Ajzen: la separación de la actitud hacia la conducta de las normas subjetivas, la obligación moral percibida y la autoidentidad. La actitud, entendida en el sentido de evaluaciones generales, puede ser producto de una reacción afectiva y conductual hacia el objeto actitudinal, al igual que hacia respuestas cognitivas. Y aluden a la consideración distintiva que diversos autores realizan acerca de las consecuencias afectivas de las conductas, esto es, los sentimientos positivos y negativos que las personas anticipan que resultarán de comprometerse con las conductas; de hecho, afirman, se ha producido alguna evidencia de la separación de los determinantes cognitivos (es decir, costes y beneficios) y afectivos (es decir, sentimientos positivos y negativos) de la actitud o la intención (Ajzen y Driver, 1992; Bagozzi, 1989; Triandis, 1977). Sin embargo, Eagly y Chaiken (1995) dejan una puerta abierta en el tema que nos ocupa al afirmar que "al menos bajo algunas circunstancias, la predicción puede ser mejorada tomando en cuenta estos tipos de consecuencias".

En el caso de la violencia juvenil exogrupal, parece bastante establecida la existencia de un componente moral acerca de lo correcto o incorrecto, lo "moral" o "inmoral" que resulta el hecho de "pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo". Por tanto, la idea de partida fue que la adición de la medida de la norma moral al modelo tradicional de la Teoría del Comportamiento Planificado podría resultar de alguna utilidad para predecir las intenciones de cometer dicha conducta. En términos prácticos, la importancia de las normas personales proporciona una pista sobre cómo se podría abordar el problema de la violencia juvenil exogrupal juvenil en el futuro. Las

campañas de educación sobre el tema podrían tratar de fomentar entre los jóvenes un sentido más fuerte de la inherente “injusticia” de exponer a uno mismo y a otros al peligro, y enfatizar los sentimientos negativos que se pueden producir cuando se realiza dicha conducta. Las intervenciones directas sobre el público general podrían centrarse en la probabilidad de que la comisión de estas acciones hará que el autor se sienta mal.

– Conducta pasada.

Una de las variables moduladoras o externas del modelo de Ajzen y Fishbein que más atención ha recibido por parte de los investigadores ha sido la “conducta pasada”. Ya la sabiduría popular alerta sobre sus efectos: “el comportamiento pasado es el mejor predictor del comportamiento futuro” (Beck y Ajzen, 1991). Refranes aparte, parece sensato postular que las personas tienden a la consistencia –tanto general como específica– entre su comportamiento y su actitud (y viceversa), como ya mostrara Abelson (1968) hace algo más de tres décadas y otros autores (Geller y Lehman, 1991; Hayes y Cone, 1981; Heberlein y Black, 1981) corroboraran posteriormente.

Son numerosos los estudios dedicados a examinar el papel de la conducta pasada en el contexto, tanto de la Teoría de la Acción Razonada como de la Teoría del Comportamiento Planificado (Norman y Smith, 1995; Eagly y Chaiken, 1993; Bagozzi y Warshaw, 1990; Van Ryn y Vinokur, 1990; Dillon y Kumar, 1985; Fredericks y Dossett, 1983; Bagozzi, 1981; Bentler y Speckart, 1979; Ajzen y Driver, 1992; Beck y Ajzen, 1991).

Podemos considerar los trabajos de Triandis (1977, 1980) sobre el papel del “hábito” en la predicción de la conducta como “pioneros” en lo que a la incorporación de la conducta pasada al modelo teórico de Fishbein y Ajzen se refiere.

Triandis (1980) define conceptualmente el hábito como “secuencias de situación específica que son o se han convertido en automáticas, para que ocurran sin autoinstrucción”, opera-

tivizado como el número de veces que la conducta se realizó en el pasado; es decir, el concepto de hábito implica que la repetición de una conducta determinada provoca una rutina tal que se elimina cualquier decisión consciente por parte de la persona hacia su realización, y se comporta de un modo al que ya se ha acostumbrado. En el modelo propuesto por este autor, la conducta deviene de la conjunción de intención conductual y hábito; en la medida en que las conductas se hayan convertido en habituales, se verán menos afectadas por la intención de realizarlas. Según este autor, la intención –al igual que consideraran Fishbein y Ajzen– se encuentra determinada por la actitud hacia la acción y las consideraciones normativo-sociales; sin embargo, diferencia dos componentes dentro de dicha actitud: el afecto hacia el acto y el valor de las consecuencias percibidas del acto, lejos de los postulados teóricos de dichos autores. La definición de “consecuencias percibidas” de Triandis se corresponde con el de “creencias conductuales” de Fishbein y Ajzen, pero el modelo de estos autores omite el término afectivo introducido por Triandis y definido por él mismo como “la configuración particular de emociones que se activan en el pensamiento de la conducta” (Triandis, 1977).

Para Triandis, la conducta futura es predecible cuando utilizamos una combinación de la “intención” –basada en la norma y la actitud– y el hábito –equiparado a la frecuencia con que se realiza la conducta–, ambos componentes ponderados por la activación (“arousal”) psicológica –que incrementa la probabilidad de realización de la conducta– y las condiciones ambientales –que facilitan la acción–. Una vez consolidado el hábito en una determinada conducta, afirma el autor, ésta se elicitada de modo prácticamente automático, sin que medie la reflexión por parte del sujeto, por lo que el hábito se consolida como antecedente de la conducta por encima de la importancia de la intención (Landis, Triandis y Adamopoulos, 1978).

El propio autor (Triandis, 1977, 1980) intenta comprobar la eficacia predictiva del modelo so-

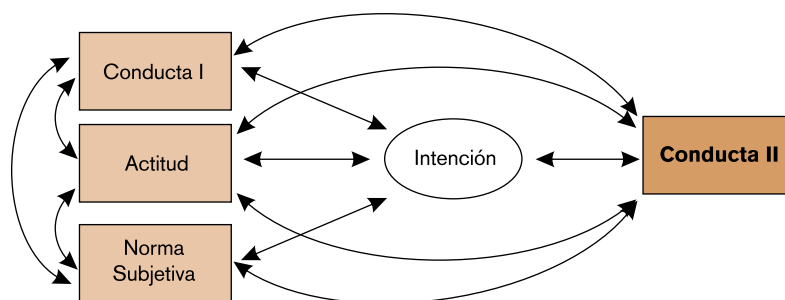
bre el formulado por Fishbein y Ajzen (1975). Mediante la utilización de diversas técnicas de regresión múltiple probaron el modelo en varios estudios y encontraron que, pese al buen funcionamiento del modelo, no predecía las intenciones y las conductas consistentemente mejor que el modelo de Fishbein-Ajzen (Brinberg, 1979; Davidson, Jaccard, Triandis, Morales y Díaz-Guerrero, 1976; Jaccard y Davidson, 1975). A pesar de que la conducta pasada (o el hábito) contribuía en ocasiones a la predicción de la conducta por encima de la intención conductual, la importancia global del hábito permaneció sin clarificarse (Eagly y Chaiken, 1993).

Otra postura más reciente sobre el papel del hábito como antecedente de la conducta la podemos encontrar en los estudios de Ronis, Yates y Kirscht (1989). En opinión de estos autores, es posible que la conducta se encuentre determinada por el hábito en lugar de por la intención, si bien la actitud es fundamental en la formación y modificación del hábito. Al analizar conductas relacionadas con la salud, que se ejecutan de modo repetitivo, consideran que su realización se produce de modo automático, no guiada por un proceso de toma de decisión consciente, y caracterizada por una secuencialización en dos momentos: la iniciación y la persistencia. La determinación de cada uno de estos dos momentos no necesariamente debe provenir de los mismos factores; mientras que es posible que sean las actitudes las que de-

terminen el inicio de la conducta, serán otras variables las que provoquen la persistencia de la misma.

Así, la conducta pasada puede tener influencia en las respuestas razonadas (Ajzen, 1991), por ejemplo informando acerca de la facilidad o dificultad de realización de la conducta, mientras que la conducta pasada, repetida en muchas ocasiones, puede inducir a respuestas habituales (Ronis *et al.*, 1989), lo que produce comportamientos no razonados previamente. Finalmente, Ronis y colaboradores (1989) concluyen la necesidad de trabajos posteriores que desarrollen medidas de hábito en las que se demuestre la validez discriminante de dicha variable con respecto a la frecuencia de la conducta pasada. Una de las primeras aportaciones teóricas sobre el efecto de la conducta pasada en el contexto de la Teoría de la Acción Razonada la encontramos en los trabajos de Bentler y Speckart (1979), quienes demuestran un efecto residual de la variable "conducta pasada". Mediante la utilización de técnicas estructurales en un análisis sobre consumo de drogas, comprueban que la significación del modelo cuando se asume un efecto directo desde la conducta pasada a la conducta posterior es mayor que la propuesta por la Teoría de la Acción Razonada; es decir, cuando se asume que el efecto de la conducta pasada en la conducta posterior se encuentra mediado por la intención de realizar dicha conducta. La propuesta teórica de Bentler y Speckart se muestra en la figura I.8.

FIGURA I.8. EFECTO DE LA CONDUCTA PASADA (BENTLER Y SPECKART, 1979)



Fuente: Bentler y Speckart, 1979

Como podemos observar, Bentler y Speckart (1979) defienden un paso causal directo entre la actitud y la conducta sin la mediación de la intención y, además, añaden la “conducta pasada” como una nueva variable cuyos efectos pueden advertirse de modo directo sobre la actitud e, indirectamente, a través de su efecto sobre la intención.

Bentler y Speckart (1979), mediante un procedimiento de análisis de ecuaciones estructurales, intentan probar la capacidad predictiva del modelo de la Teoría de la Acción Razonada de Fishbein y Ajzen en relación con distintos modelos alternativos, los “modelos extendidos” (Eagly y Chaiken, 1993). En concreto, probaron sus modelos extendidos en un estudio de autoinformes de los estudiantes sobre el consumo de alcohol, marihuana y drogas duras. Para ello, siguiendo las definiciones recomendadas por Fishbein y Ajzen (1977, 1980), estimaron la actitud, la norma subjetiva y la intención –como componentes del modelo teórico de la Teoría de la Acción Razonada– y añadieron la estimación de la conducta pasada. Cada uno de estos componentes fue valorado mediante tres ítems para estimar cada uno de ellos como variable latente y, además, diseñaron un procedimiento –análisis factorial confirmatorio– para eliminar los efectos de no fiabilidad en las variables medidas, con lo cual eliminaron la contaminación producida por la falta de fiabilidad (Bentler, 1980; Kenny, 1979).

Este procedimiento ha sido adoptado en una parte importante de la nueva investigación que ha probado los modelos de las relaciones actitud-conducta. Así, estimando los parámetros para el modelo de Fishbein y Ajzen, y los dos modelos extendidos propuestos por Bentler y Speckart, las comparaciones apropiadas entre los modelos mostraron que el más complejo de ellos era el que mantenía mejor los datos. Este resultado apoyó la adición de los caminos directos de la actitud hacia la conducta, y de la conducta previa tanto a la intención como a la conducta.

Estos descubrimientos son matizados por Eagly y Chaiken (1993) en el sentido de que

se debe tener en cuenta la restricción del modelo original de Fishbein y Ajzen (Teoría de la Acción Razonada) a aquellas conductas sujetas a control voluntario del sujeto y, en este caso, no hay duda de que el consumo de drogas no está bajo completo control de la voluntad (Tiffany, 1990); además, continúan matizando, es posible que la estabilidad de la intención de los sujetos haya sufrido variación durante el periodo de criterio conductual –dos semanas– y, terminan, la importancia de la intención pudo haber sido subestimada por los datos. En cualquier caso, investigaciones posteriores (Bagozzi y Warshaw, 1990; Fredricks y Dossett, 1983; Bagozzi, 1981) secundan los resultados obtenidos por Bentler y Speckart.

La adición de la conducta pasada al modelo teórico es, en opinión de Eagly y Chaiken (1993), “eminente razonable” para aquellas posiciones teóricas que postulan que la conducta está influenciada por el hábito o, de un modo más general, por varios tipos de factores condicionados o predisposiciones aprendidas para responder, de carácter más o menos automatizados; en estos casos, es posible suponer que toda la influencia de la conducta pasada no está abarcada por los conceptos de la actitud y la intención, formulados por Fishbein y Ajzen. Así, la relación entre la conducta pasada y la conducta posterior puede que no se halle completamente explicada por el impacto de la conducta pasada en las actitudes y las intenciones.

Una revisión de las publicaciones realizadas sobre el tema nos muestra la gran cantidad de estudios que confirman la necesidad de incluir la conducta pasada como una mejora para la predicción de la conducta. Salvando las limitaciones ya mencionadas de los estudios de Bentler y Speckart, en los que se cuestiona la voluntariedad de la conducta, la investigación ha estado dirigida hacia conductas más habituales como el estudio y el ejercicio (Bentler y Speckart, 1981), la asistencia a clase de los estudiantes (Fredricks y Dossett, 1983), votar a un determinado partido político (Echebarría y Valencia, 1994; Echabe, Rovira y Garate, 1988),

usar el cinturón de seguridad en la conducción (Budd, North y Spencer, 1984; Mittal, 1988; Sutton y Hallett, 1989; Wittenbraker, Gibbs, y Kahle, 1983), donación de sangre (Bagozzi, 1981; Charng, Piliavin y Callero, 1988; Giles y Cairns, 1995), consumo de alcohol (Schlegel *et al.*, 1992) y conductas relacionadas con la salud (Norman y Conner, 1996). Todos ellos muestran que la predicción de la conducta mejora, tanto en lo referido a la adición de la conducta pasada al modelo de Fishbein y Ajzen como a la predicción conseguida con las bases de la intención. Los resultados muestran que la suma del comportamiento pasado a la Teoría del Comportamiento Planificado conlleva un pequeño pero significativo aumento de la predictibilidad de comportamiento (Ajzen 1991; Beck y Ajzen, 1991; Van Ryn y Vinokur, 1990).

Norman y Smith (1995), por ejemplo, utilizando la Teoría del Comportamiento Planificado para predecir la realización de ejercicio durante un período de seis meses, encontraron que la adición de la conducta pasada al modelo mejoraba significativamente dicha predicción; de hecho, esta variable tenía un efecto fundamental en el mantenimiento de la conducta una vez iniciada hasta el punto de que la conducta pasada era prácticamente la única variable que contribuía de un modo significativo en la ecuación de regresión. Estos autores se alinean, en consecuencia, con los postulados mantenidos por autores como Bentler y Speckart (1979) o Fredericks y Dosset (1983), entre otros, para los que la conducta pasada ejerce una influencia directa en la conducta futura y debe, por tanto, considerarse como una variable independiente dentro del modelo.

Norman y Conner (1996), analizando conductas de salud, mostraron que la inclusión de la conducta pasada, al igual que ocurriera en otros estudios (Ajzen, 1991; Beck y Ajzen, 1991; van Ryn y Vinokur, 1990), llevaba a un pequeño pero importante aumento en la cantidad de variación explicada y concluyeron que el comportamiento anterior se podía usar

mejor para tasar la suficiencia de la Teoría del Comportamiento Planificado (Ajzen, 1991).

Una vez admitida la necesidad de incluir la conducta pasada como paso fundamental para aumentar la capacidad predictiva de los modelos propuestos, queda por resolver el problema de su situación dentro de los mismos. Tal y como afirma Lameiras (1997), "el debate en torno a la cuestión de si la conducta pasada interviene como antecedente directo de la conducta consecuente o final no ha llegado a su fin".

Norman y Conner (1996) establecen dos consideraciones acerca del papel que la conducta pasada ejerce sobre la predicción de la conducta. En principio, afirman estos autores, la conducta pasada puede considerarse una variable "influyente"; en este caso, la conducta previa no ejercerá ningún efecto directo sobre el comportamiento futuro, por lo que los componentes básicos, tanto de la Teoría de la Acción Razonada como los de la Teoría del Comportamiento Planificado serán suficientes para predecir la conducta. Aun en este caso, tal y como demostraron distintos autores (Ajzen, 1991; Beck y Ajzen, 1991; Van Ryn y Vinokur, 1990), la suma de la conducta pasada a la Teoría del Comportamiento Planificado conlleva un aumento de la predictibilidad de la conducta.

Otra posibilidad es considerar la conducta pasada como una variable capaz de modular la relación entre los componentes de los modelos teóricos y la conducta, en línea con los resultados de Marteau *et al.* (1992). En este caso, es posible que una determinada conducta no se pueda considerar como un comportamiento homogéneo, sino que deba considerarse como el resultado de distintos comportamientos, cada uno de ellos con sus peculiares variables predictoras; si esto es correcto, mantienen los autores, los componentes predictivos deberán ser distintos y se podría decir que la conducta pasada modulará la relación entre los componentes de la Teoría del Comportamiento Planificado y la conducta.

Sparks y Shepherd (1992) plantean la hipótesis de mediación o suficiencia, en la que la conducta pasada se trata a modo de covarianza. Según estos autores, si los efectos del control percibido son significativos, incluso una vez controlado el comportamiento pasado, entonces se puede concluir que el control percibido es una causa y el comportamiento pasado trabaja a través de él. Si el control percibido no tiene efecto, pero el comportamiento pasado sí, deberemos concluir que no es un determinante suficiente. Sparks y Shepherd (1992) encuentran evidencias a favor de la primera hipótesis.

Beale y Manstead (1991), por su parte, investigan la influencia del comportamiento pasado como una variable moderadora en la Teoría del Comportamiento Planificado, y concluyen que existe una interacción entre la conducta pasada y el control, a través de la experiencia directa, lo que intensifica el efecto del control percibido.

Para Beck y Ajzen (1991), bajo la suposición de determinantes estables, la medida del comportamiento pasado puede ser utilizada para evaluar la eficacia de cualquier modelo que pretenda predecir el comportamiento futuro. Así, afirman, un modelo eficaz debe contener todas las variables determinantes del comportamiento, con lo cual la suma de la conducta pasada no debería mejorar significativamente la predicción de dicho comportamiento. Sin embargo, si la conducta pasada demuestra un efecto residual significativo una vez consideradas las variables del modelo, lo que se sugiere es la presencia de otros factores no tenidos en cuenta dentro del modelo. Beck y Ajzen, coincidiendo con otros autores, señalan como reserva a este postulado el hecho de que la medición de la conducta pasada y futura pueda observar un error común de varianza no mostrado por la medida del resto de variables del modelo. Esto es muy probable, afirman, cuando la medición del comportamiento de estudio se realiza mediante observación y el resto de variables se evalúan mediante autoaportaciones verbales de los sujetos; igualmente, estos

resultados se podrían explicar por la utilización de formatos de medida sustancialmente distintos en el caso de las autoaportaciones y el resto de las variables que componen el cuestionario. En estos casos, afirman Beck y Ajzen (1991), se podría esperar –incluso con bastante frecuencia– un pequeño pero significativo efecto residual de la conducta pasada, incluso cuando el modelo teórico sea eficiente para predecir la conducta futura. Examinando la eficacia de la teoría del comportamiento planificado para predecir acciones deshonestas, concluyen que la conducta pasada no ejercía una influencia significativa en el modelo, si bien añadió un pequeño (3%) efecto en la exactitud predictiva del modelo utilizado.

En principio parece bastante claro que en el caso de que todos los factores –tanto internos como externos– que determinan un comportamiento sean conocidos, parece posible predecir con bastante facilidad dicho comportamiento; si esos factores permanecen estables a lo largo del tiempo, parece presumible que el comportamiento en cuestión también lo hará. Es en este caso, y sólo en este caso, cuando el dicho popular podrá cumplirse. Bajo dicha suposición de determinantes estables, el comportamiento pasado podrá ser utilizado para evaluar la eficacia de los modelos que pretendan predecir comportamientos futuros (Beck y Ajzen, 1991).

En opinión de Hamid y Cheng (1995), el comportamiento en el pasado puede tener un papel importante a la hora de determinar el del futuro, ya que existe un peso considerable para el hecho de que la gente desea ganar una consistencia general y específica entre sus actitudes y sus comportamientos, y viceversa (Abelson *et al.*, 1968). Así, Heberlein y Black (1981) demostraron que las personas que utilizaban gasolina sin plomo creían que su precio era más barato y que estaban personalmente obligados a proteger el medioambiente y Geller y Lehman (1991) y Hayes y Cone (1981) probaron que las intervenciones que incluyen alguna forma de compromiso público y cambio de comportamiento están determinadas por la necesidad

de consistencia entre actitud y conducta. En un estudio diseñado para predecir conductas ecológicas, Hamid y Cheng (1995) mostraron que la conducta pasada era capaz de predecir la actitud pero no el control percibido, sugiriendo la contribución de la experiencia pasada en la inclinación hacia un determinado comportamiento, y concluyen que la conducta pasada y la actitud fueron los dos factores más importantes para predecir la intención de realizar conductas ecológicas.

Podemos identificar, dentro de la revisión teórica sobre la inclusión de la conducta pasada como variable importante para predecir la conducta, distintos estudios que señalan algunas indicaciones sobre el modo en que esta variable debe ser considerada.

Así, examinando el papel de las variables actitudinales en la predicción del comportamiento de realizar ejercicio, Dishman (1982) hizo la distinción entre la iniciación de un comportamiento y su continuación y notó que mientras las variables actitudinales predicen con fiabilidad el primero, el último, no. Para muchas decisiones sobre el comportamiento, se pueden utilizar las más simples reglas de toma de decisión (Norman y Conner, 1993). Así, es posible hacer la distinción entre proceso sistemático y azaroso de mensajes persuasivos (Chaiken *et al.*, 1989), y hay una necesidad clara para los investigadores de identificar las condiciones bajo las cuales el comportamiento se basa en el procesamiento sistemático de información.

Ronis, Yates, y Kirscht, (1989) sugieren que la toma de decisión consciente es probable que ocurra en situaciones nuevas o antiguas cuando surjan nuevos problemas. También Petty y Cacioppo (1986) argumentaron que la profundidad de procesamiento está determinada por la motivación de la persona y la habilidad de procesar sistemáticamente mensajes persuasivos. Sólo en situaciones en las que los individuos tienen la oportunidad y motivación para pensar deliberadamente, las actitudes predecirán el comportamiento en la manera indicada en modelos como la Teoría del Comportamiento Planificado (Sanbonmatsu y Fazio, 1990); en

otras condiciones, el comportamiento está determinado por actitudes más accesibles.

Bagozzi y Warshaw (1990), por su parte, proponen la división del comportamiento pasado en dos componentes: frecuencia y recencia. Ambos tienen una influencia sobre los comportamientos dirigidos a una meta, pero sólo proponen el primero de ellos, la frecuencia, como determinante de las intenciones, y su efecto, mantienen, puede ser simple o compuesto. En primer lugar puede funcionar como un sustituto del control actual cuando los impedimentos internos o externos están presentes; en segundo lugar, cuando una persona no se ha formado una intención o ésta no es clara respecto a sus actitudes, bien por falta de motivación u oportunidades o bien porque la intención no es estable, la frecuencia del comportamiento pasado podría predecir la ejecución de un comportamiento dirigido a la consecución de un objetivo mejor que las intenciones. En este caso el comportamiento pasado captura mejor los efectos de las actitudes y las normas o podría servir como indicador de los instigadores automáticos y no deliberados de la acción. Igualmente, la recencia del comportamiento pasado puede tener un efecto directo sobre la ejecución de un comportamiento dirigido a una meta.

Bagozzi y Kimmel (1995) realizan un estudio en el que, mediante el análisis de las conductas "hacer dieta" y "hacer ejercicio", intentan comparar las principales teorías para la predicción de comportamientos dirigidos a un objetivo concreto y establecen que, tanto en el caso de la Teoría de la Acción Razonada como en el de la Teoría del Comportamiento Planificado, la inclusión de las variables "frecuencia" y "novedad" en cada uno de los comportamientos de estudio resulta de interés. En ambos casos, la frecuencia de la conducta pasada determinaba significativamente las intenciones, incluso una vez controlados los efectos del resto de variables independientes. Según estos resultados obtenidos, la magnitud de los efectos de la frecuencia sobre la intención era en todos los casos menor que los efectos obteni-

dos sobre la actitud, si bien la frecuencia y el control conductual percibido no interactuaron sobre la intención ni el comportamiento, datos que contrastan con los obtenidos por Beale y Manstead (1991), quienes afirman que la experiencia previa aumenta el efecto del control conductual percibido.

En opinión de Bagozzi y Kimmel (1995), el efecto de la “frecuencia del comportamiento” sobre la intención aumentará, bien ante la falta de una buena formación de la intención en comportamientos sujetos a interferencias por impedimentos –tal y como afirmaron Bagozzi y Yi (1989)–, bien ante la inestabilidad de la intención o de la norma subjetiva (Bem, 1972), o bien ante la discrepancia entre el control actual sobre los impedimentos y la autoeficacia y las creencias de los resultados, discrepancia que, tal y como ya afirmaran otros autores (Chaiken y Baldwin, 1981; Markus, 1977), debería estar reflejada en una carencia de autoconsciencia o autoentendimiento. En opinión de Bagozzi y Kimmel, la conducta pasada es capaz de inducir tendencias en las autoaportaciones basadas en medidas de expectativa o probabilidad (expectativas de éxito-fracaso e intenciones). En línea con lo que afirmaran Tversky y Kahneman (1974), señalan que las tendencias pasadas limitan la exactitud de la probabilidad subjetiva estimada de aquellos estados inciertos tanto externos como internos; las expectativas referidas de éxito pueden diferir (Slovic, Fischhoff y Lichtenstein, 1977) desde expectativas reales, no sólo debido al error del azar, sino también a tendencias sistemáticas. Y ya que la intención es medida igualmente como una probabilidad subjetiva, puesto que el individuo estima la probabilidad de actuar (Fishbein y Ajzen, 1975; Ajzen y Fishbein, 1980), sufre el mismo proceso, de modo que la conducta pasada podría trabajar a través de un número de variables explicativas debido teóricamente a las potenciales tendencias asociadas a dicha conducta.

Dichas tendencias podrían estar inducidas por los efectos de la disponibilidad y el ajuste o anclaje. En relación con la disponibilidad, las estimaciones de probabilidad subjetiva estarían

influenciadas por la facilidad con que ejemplos pasados o asociaciones relevantes acuden a la mente del sujeto; más específicamente, “sucesos recientes son susceptibles de ser relativamente más asequibles que sucesos anteriores” (Tversky y Kahneman, 1974), lo que implica que sucesos recientes, siendo más asequibles, estarán sobrepesados en la formación de la intención y de otros juicios de expectativas (Anderson, 1983; Cervone y Peake, 1986).

Por otra parte, el efecto del anclaje y ajuste heurístico tendría efectos similares al ser activado. Partiendo del principio de que las personas consideran con frecuencia un valor inicial que es ajustado para alcanzar una estimación final de la probabilidad subjetiva, normalmente concordante con la dirección inicial del anclaje, los sucesos recientes están más disponibles en la memoria, con lo cual la novedad del comportamiento será más probable que la frecuencia como punto de anclaje en las distintas formulaciones de expectativas. Sin embargo, mantienen Bagozzi y Kimmel, no es posible esperar que la novedad afecte a la intención; debido a tendencias generadas por efectos recientes, se deberían influir todas las medidas de expectativas, y es probable que el impacto ocurra tanto para las intenciones como para las creencias y expectativas de éxito y fallo. Pero estas tendencias ocurren en ambos lados de la ecuación, y de aquí que la novedad no sea capaz de predecir independientemente las intenciones. En contraste, la novedad predeciría la realización del acto objetivo, ya que no es una expectativa, y de cualquier modo no reflejará tendencias en las intenciones.

Una vez señaladas las posiciones teóricas de distintos autores sobre el tema, consideramos de importancia reflejar la opinión de los autores del modelo de la Teoría del Comportamiento Planificado.

En opinión de Ajzen (1991), la conducta pasada es “... un reflejo de todos los factores que determinan el comportamiento de interés” y su respuesta a la polémica es que el comportamiento pasado está mejor tratado, no como una medida de hábito, sino como un reflejo

de todos los factores que determinan el comportamiento de interés. La existencia de correlación entre el comportamiento pasado y el posterior, en su opinión, se debe tomar como un indicador de la estabilidad o fiabilidad del comportamiento, y representa, a su parecer, “el tope de la validez predictiva de una teoría” (Ajzen, 1991).

La correlación entre el comportamiento pasado y el posterior es una indicación de la estabilidad o formalidad del comportamiento... Si un factor importante se pierde en la teoría siendo analizado, esto se podría indicar con un efecto residual significativo del pasado sobre el comportamiento posterior... El comportamiento pasado, si bien influye, no puede ser considerado como una causa de pleno derecho. Ni podemos simplemente asumir que el comportamiento pasado es una medida válida del hábito; debe, y normalmente así es, reflejar la influencia de muchos otros factores internos y externos. Sólo cuando se define el hábito independientemente del comportamiento pasado, se puede añadir legítimamente como una variable explicativa. La única contribución del hábito podría dirigirse a encontrar un residuo de experiencia pasada que lleve a lo habitual más que a respuestas razonadas. En suma, es mejor considerar el comportamiento pasado como reflejo de todos los factores que determinan el comportamiento de interés más que como medida del hábito. La interacción entre el comportamiento pasado y el posterior es una indicación de la estabilidad o fiabilidad del comportamiento, y representa el máximo de validez predictiva de una teoría. (Ajzen, 1991).

Ajzen (1991), ofrece su alternativa a los distintos estudios que preconizan la inclusión de la conducta pasada en el modelo propuesto (Fishbein y Ajzen, 1975; Ajzen y Fishbein, 1980). En su opinión, el efecto residual significativo obtenido mediante la adición del comportamiento pasado sugiere la presencia de factores no tenidos en cuenta en la formulación

teórica del modelo; en caso de que uno de los factores importantes se perdiera en la teoría al ser probado, se vería reflejado un efecto residual significativo de la conducta pasada en la conducta futura; y dichos efectos residuales bien podrían ser reflejo de la influencia del hábito –si éste no se encuentra representado en el modelo teórico–, aunque también podrían estar reflejando otros factores igualmente ausentes en el modelo. De hecho, sugiere que, tal y como obtuvieron Dillon y Kumar (1985), con frecuencia podemos esperar un pequeño, pero posiblemente significativo, efecto residual del comportamiento pasado, incluso cuando el modelo teórico es suficiente para predecir el comportamiento futuro.

Por otra parte, Eagly y Chaiken (1993) señalan la dificultad de determinar el papel del hábito en los modelos, debido a la dificultad de su medición. Coincidiendo con Ajzen (1991), señalan que, por desgracia, la relación estadística entre la conducta pasada y la conducta futura resulta de ambigua interpretación, ya que puede estar representando la influencia de otros factores presentes en ambas variables –conducta pasada y conducta futura– durante la medición de la conducta de estudio, pero que no están siendo tenidas en cuenta dentro de los postulados teóricos; así, señalan por ejemplo la “auto-identidad” o la “obligación moral percibida” como variables susceptibles de determinar la conducta en ambas ocasiones. Además de la ambigua interpretación, Eagly y Chaiken aluden a la posibilidad de un problema de medición en la conducta pasada y futura, de modo que ambas puedan compartir la varianza error, dada la utilización de un formato de respuesta similar en las dos mediciones. Pese a estas limitaciones, Eagly y Chaiken remarcan la necesidad de avanzar en esta línea de investigación, pues prácticamente todas las investigaciones realizadas por los teóricos indican la existencia de un considerable número de conductas que pueden estar bajo control, no sólo de las intenciones, sino en parte por el hábito, lejos de la afirmación de Ajzen y Fishbein (1980), quienes, como ya veíamos, pese a reconocer la

existencia de conductas “habituales” no controladas por la intención, sugirieron su falta de interés para los teóricos dado que las conductas de “relevancia social” se encuentran bajo control voluntario del sujeto, afirmación que, al igual que Eagly y Chaiken y otros teóricos, tampoco nosotros compartimos.

Como conclusiones, se podría apuntar la necesidad de establecer la suficiencia de la Teoría del Comportamiento Planificado. Comprobaciones anteriores revelaron que la conducta previa tiene una influencia independiente en la conducta (Bentler y Speckart, 1979; Fredricks y Dossett, 1983). Sin embargo, Ajzen (1988) argumenta que el efecto de la conducta previa debería estar mediatizado por el control percibido de la conducta. Esto es consistente con la exigencia de Bandura (1986) de que la conducta previa proporciona una importante fuente de información sobre la sensación de control de la persona.

Estudios recientes, destinados a examinar un amplio rango de conductas –que incluyen actividades en el tiempo libre (Ajzen, 1991), actividades de búsqueda de empleo (van Ryn y Vinokur, 1990), charlar y mentir (Beck y Ajzen, 1991)–, han encontrado que la adición de la conducta previa ha incrementado la predicción de la conducta por encima de lo que ha sido explicado por la intención conductual y el control percibido de la conducta, aunque los incrementos en la varianza explicada han sido pequeños.

En el caso que nos ocupa, se va a probar la capacidad predictiva de la conducta previa en el modelo realizado para la violencia juvenil exogrupal. Para ello, retomaremos las posiciones anteriormente mencionadas por distintos autores y plantaremos la formulación de la conducta pasada como frecuencia, recencia y la interacción de ambas.

7. CRÍTICAS AL MODELO

El modelo teórico propuesto por Fishbein y Ajzen (1975; Ajzen y Fishbein, 1980) de la Teoría de la Acción Razonada y su posterior

ampliación a la Teoría del Comportamiento Planificado (Ajzen, 1985; 1987; Ajzen y Madden, 1986) es uno de los modelos teóricos de mayor capacidad predictiva de toda la Psicología Social (Morales y Moya, 1996). Su amplia aceptación lo ha convertido en un modelo de la conducta humana al que se han adherido mayoritariamente los investigadores (Lameiras, 1997).

Sin embargo, pese a su elevada capacidad predictiva, demostrada como ya veíamos en distintos estudios (Sheppard, Hartwick y Warshaw, 1988; Van de Putte, 1993; Boyd y Wandersman, 1991), los modelos teóricos de la Teoría de la Acción Razonada y la Teoría del Comportamiento Planificado han sido objeto de numerosas críticas, en muchas ocasiones justificadas, de entre las cuales pasamos a detallar las que consideramos más importantes.

Objeciones a la capacidad predictiva para las conductas no voluntarias o que requieren habilidades o cooperación de otros.

Una de las críticas fundamentales que recibe el modelo de la Teoría de la Acción Razonada de Fishbein y Ajzen es la aportada por Liska (1984). Mediante un artículo ya clásico, Liska critica que el hecho de que el modelo de la Teoría de la Acción Razonada se suscriba únicamente a aquellas conductas que caen bajo el control voluntario del sujeto excluye no sólo las conductas más habituales, sino también aquellas que requieren “habilidades, aptitudes, oportunidades y la cooperación de los otros”. Esta limitación del modelo de Fishbein y Ajzen podría suponer, según Eagly y Chaiken (1993), que la mayoría de los estudios que apoyan con sus datos el modelo teórico propuesto, lo hacen porque utilizan para el análisis conductas sencillas para cuya realización no es preciso que el sujeto posea demasiados recursos o destrezas particulares.

Fishbein y Ajzen (1975; Ajzen y Fishbein, 1980) justifican la aplicación y la restricción de su modelo a conductas totalmente voluntarias argumentando que esa restricción a conductas de la voluntad no excluían muchas conduc-

tas de interés para los psicólogos; justificación que, por supuesto, no convence a Liska, quien mantiene que las conductas que no están –o lo están parcialmente– bajo el control voluntario del sujeto son, al menos, tan importantes e interesantes como las que sí lo son. Fishbein y Ajzen sugieren que el hecho de que una conducta determinada requiera recursos específicos o la colaboración de otras personas no implica la necesidad de variar el modelo propuesto, ya que estas situaciones producirán cambios en la intención de realizar la conducta en aquellos casos en que dichos recursos o la cooperación de otros no se halle presente y ejemplifican su argumentación con casos sencillos (la ausencia de un amigo con el que se iba a realizar la conducta o la ausencia de recursos monetarios en el caso de la adquisición de una vivienda); los problemas derivados de la necesidad de obtención de recursos o cooperación, mantienen Fishbein y Ajzen, tendrán un efecto muy limitado en la predicción de la intención evaluada inmediatamente antes de la acción, aunque sí ejercerán un efecto mayor en aquellos casos en los que la intención no vaya a ser evaluada para una conducta cercana en el tiempo sino futura. Fruto de estos razonamientos, Fishbein y Ajzen hacen hincapié en que la medida intencional refleja la intención inmediata existente justo antes de realizar la conducta.

Los problemas en la predicción de conductas habilidosas fueron también reconocidos por Fishbein y Ajzen (1975), quienes proporcionaron una solución similar a la anterior. En su opinión, es posible que las personas no sean conscientes de la necesidad de poseer capacidades o habilidades específicas para realizar una conducta antes de llevarla a cabo (por ejemplo, “yo espero esquiar por una pista avanzada sin caerme”). Con tal imprevisión, las intenciones cambiarían una vez producido el fracaso e, incluso, la relación intención-conducta sería probablemente mayor en las acciones futuras que en la acción inicial.

Sin embargo, las conductas que requieren recursos, cooperación de otros y habilidades es-

pecíficas no son acciones conductuales sencillas, sino secuencias complejas de acciones coordinadas; en estos casos, el modelo de la teoría de la acción razonada es problemático en su capacidad de predicción de la conducta particular. De hecho, los defensores de la teoría reconocieron los serios problemas encontrados en la aplicación del modelo para predecir un criterio que es la finalidad de una conducta o un resultado pretendido de una secuencia de conductas (Ajzen y Fishbein, 1980; Davidson y Jaccard, 1979; Fishbein, 1980). Por ejemplo (Eagly y Chaiken, 1993), perder peso no es una conducta en sí, sino el resultado de un conjunto de conductas que se deben realizar (gastando energía física y reduciendo la ingesta de comida, por ejemplo) de modo conjunto. Una razón de que la intención para perder peso esté débilmente relacionada con la pérdida de peso real es que a menudo esta intención no está relacionada con las intenciones para comprometerse con cada una de las conductas específicas necesarias, tales como evitar comidas con calorías altas (ver Seiwack, Ajzen, y Fishbein, 1980). Pese a su limitación para predecir la intención de realizar una meta conductual compleja, la teoría de la acción razonada puede ser aplicada para predecir las conductas individuales que sirven de base a la consecución de dicha meta, tal y como sugieren Ajzen y Fishbein (1980).

Según Eagly y Chaiken (1993), la disminución de la capacidad predictiva en los casos en los que la conducta requiere oportunidades, recursos y habilidades, puede depender de la operativización de la intención en función de la valoración de las expectativas de los sujetos sobre la realización de una conducta o por sus planes para llevarla a cabo.

Así, Fishbein y Ajzen (1975) idearon el constructo de intención en términos de expectativas; concretamente, hacían referencia a dicho constructo como “las expectativas de las personas sobre su propia conducta en un escenario dado”. Dada esta definición, no es sorprendente –en opinión de Eagly y Chaiken– que los investigadores prueben el modelo de la acción

razonada valorando la intención mediante la petición a los sujetos para que estimen la probabilidad de realizar una conducta (por ejemplo, "¿es probable que tú hagas X?"). Adoptando este tipo de definición operativa de la intención, los investigadores se alejan de la postura habitual de las personas de entender la intención en términos de un plan consciente. Como observaron Warshaw y Davis (1985), las definiciones habituales del diccionario sugieren que la intención se entiende normalmente como "el grado en el cual una persona ha formulado planes conscientes para realizar alguna conducta específica futura". En un intento de acercarse a este entendimiento común de la intención, los investigadores de la teoría de Fishbein y Ajzen han valorado a menudo la intención a través de ítems que indagan acerca de los planes intencionados (por ejemplo, "¿tienes la intención de hacer X?"). En opinión de Eagly y Chaiken, estos problemas deberían impactar en las expectativas mucho más que en los planes de los sujetos; de hecho, hay poca consistencia sobre si las intenciones fueron valoradas por medio de las preguntas sobre las expectativas o los planes. Y Ajzen y Fishbein (1980) sugirieron que se podrían emplear los dos tipos de medidas de forma intercambiable.

Nos son únicamente Eagly y Chaiken quienes cuestionan la equiparación de expectativas –autopredicciones de la conducta– y lo que podría ser considerado "intenciones genuinas" –planes para comprometerse con las conductas–. Warshaw y Davis (1985) demostraron que los planes de las personas para actuar no predicen su conducta al igual que sus expectativas de realizarla. Sheppard, Hartwick y Warshaw (1988), mediante la realización de un meta-análisis sobre una gran muestra de estudios, establecieron que la superioridad de las expectativas sobre los planes es muy leve para predecir las conductas, pero sustancial para predecir la consecución de metas. Esta superioridad de las expectativas sobre los planes procede, sin duda, de una tendencia de las expectativas para tener en cuenta las deficiencias anticipadas sobre los

recursos, las oportunidades y las habilidades, al igual que para una variedad de otros factores no voluntarios y relacionados con cambios previsibles, todo lo cual es comprensiblemente más importante para predecir la consecución de metas que para predecir acciones específicas voluntarias (Norman y Smith, 1995; Eagly y Chaiken, 1993).

De aquí se deduce que la posición de Ajzen y Fishbein (1980) acerca de que las autopredicciones de la conducta propia de una persona y las declaraciones de los planes intencionados sean intercambiables en la investigación, es generalmente válido, al igual que sencillo; las conductas de la voluntad son más predictivas que la consecución de las metas más remotas (Fishbein y Stasson, 1990). Si una conducta está verdaderamente bajo el control del individuo, éste realizará de manera habitual lo que planea hacer, y predice que hará lo que planea hacer (Eagly y Chaiken).

Objeciones a la asunción de que el modelo proporciona una descripción suficiente de la conducta.

Se ha cuestionado en repetidas ocasiones la teoría de la acción razonada por su asunción de que proporciona una descripción suficiente de las causas próximas de la conducta. Eagly y Chaiken (1993) sugieren que no es una teoría general de la conducta, sino más bien una teoría de las causas que preceden a la conducta volitiva.

El método usual de Fishbein y Ajzen para probar la suficiencia de su teoría suponía (a) correlacionar la conducta con la intención para implicarse en ella, (b) realizar regresiones de la intención en la actitud hacia la acción y la norma subjetiva, (c) correlacionar la actitud hacia la acción con las creencias conductuales, y (d) correlacionar la norma subjetiva con las creencias normativas (Ajzen y Fishbein, 1980). Para analizar otras variables –variables externas–, habitualmente introducían una ecuación de regresión que predecía la intención conductual o la conducta, una vez que los predictores espe-

cificados por el modelo ya habían sido introducidos. Se esperaba demostrar, de este modo, que otras variables (por ejemplo, las actitudes hacia los objetivos) fracasaban en su intento de dar cuenta de la variabilidad adicional en la intención conductual o en la conducta, una vez que se consideraban los componentes del modelo (Pomazal y Jaccard, 1976).

Sin embargo, en opinión de distintos investigadores que han cuestionado la declaración de Fishbein y Ajzen de que su modelo es suficiente, se ha demostrado que la intención está determinada por un conjunto más amplio de variables que la actitud hacia la conducta y la norma subjetiva (ver apartado "Otras variables").

Objeciones a la asunción de que la intención media, necesariamente, la influencia de la actitud.

La asunción de los modelos teóricos de Fishbein y Ajzen de que la intención media, de modo necesario, la influencia de la actitud ha sido cuestionada por distintos autores. Bentler y Speckart (1979), por ejemplo, sugieren que la actitud algunas veces puede impactar directamente en la conducta sin la mediación de la intención. Sin embargo, investigaciones adicionales realizadas en este sentido han mostrado resultados contradictorios acerca de la influencia directa de la actitud sobre la conducta; así, es posible encontrar estudios que apoyan estos resultados (Albrecht y Carpenter, 1976; Bagozzi y Warshaw, 1990; Bentler y Speckart, 1981; Manstead, Proffitt y Smart, 1983; Zuckerman y Reis, 1978), a la vez que se presentan otros resultados que no lo hacen (Bagozzi, 1981; Fredericks y Dosset, 1983).

En opinión de Eagly y Chaiken (1993), esta línea de investigación debe ser interpretada con cautela, ya que los investigadores, a menudo, no han dado suficiente consideración al poder estadístico de sus procedimientos de test o a la fiabilidad y validez de las medidas que valoraron los términos de los modelos (Bagozzi, Baumgartner y Yi, 1989); como consecuencia del procedimiento, algunos estudios pueden no haber sido capaces de detectar una rela-

ción entre la actitud y la intención que estaba realmente presente. Sin embargo, y pese a la ambigüedad de la mayoría de la evidencia existente de la relación actitud-intención, parece razonable postular que las personas, algunas veces, actúan sobre sus actitudes de una forma relativamente impulsiva o espontánea, sin formar una intención explícita. Además, en las conductas no habituales –aunque no particularmente espontáneas o impulsivas–, la asunción de que se encuentran reguladas por las intenciones algunas veces puede ser errónea. Como han mostrado Bagozzi y Yi (1989), las personas no siempre forman intenciones, o al menos no las formulan claramente, debido a la falta de motivación o la oportunidad para hacerlo (Bagozzi, Yi, y Baumgartner, 1990). Así, estos autores, mediante la utilización de una tarea distractora, demostraron que las actitudes de los estudiantes tenían un impacto directo en la conducta; el papel mediador de la intención estaba reducido. Los resultados obtenidos por Bagozzi y Yi (1989) indican, en opinión de Eagly y Chaiken (1993), que el concepto de la intención permanece infradesarrollado en el modelo de la acción razonada. La intención podría, tal y como sugiere Sternberg (1990), ser conceptualizada como un continuo que abarca desde pensamientos vagamente formulados sobre la conducta futura a planes claros de que uno va a comprometerse en una conducta particular en un determinado momento temporal.

Objeciones a la dirección causal del modelo.

Una de las críticas que le viene de lejos al modelo formulado por Fishbein y Ajzen (Liska, 1984) es la de hacer hincapié en una causalidad sencilla, que fluye desde las creencias a las actitudes y las normas subjetivas a las intenciones y a la conducta. Esta estructura causal es "una sobre-simplificación de los nexos entre las actitudes y las conductas", en palabras de Eagly y Chaiken (1993); una "cierta incongruencia", en palabras de Rodríguez (1989).

Eagly y Chaiken (1993) consideran demostrado que la conducta tiene influencia en las actitudes, y los efectos de dicha retroalimentación de la conducta en las variables antece-

dentes del modelo no están representados. En su opinión, cuando los investigadores valoran tanto la conducta como las actitudes en dos o más momentos temporales, pueden estimar la importancia relativa de las relaciones entre actitud-conducta y conducta-actitud. La mayoría de tales esfuerzos, que han confiado en correlaciones y en variantes de modelos estructurales de ecuaciones, proporcionan evidencia de efectos recíprocos, pero también sugieren que el efecto de las actitudes en la conducta es más fuerte que el efecto de la conducta sobre las actitudes (Andrews y Kandel, 1979; Bentler y Speckart, 1981; Heise, 1977; Kahle y Berman, 1979). No obstante, afirman Eagly y Chaiken, estos descubrimientos apoyan la crítica de que al menos parte de la covariación de las actitudes, las intenciones, y las conductas observadas por Fishbein y Ajzen y sus colaboradores está incorrectamente adscrita al flujo causal actitud-conducta postulado por la teoría de la acción razonada y su ampliación a la teoría del comportamiento planificado.

En opinión de Eiser (1989), "es un adagio conocido que las correlaciones no establecen la causalidad". Las correlaciones obtenidas entre la intención y la conducta podrían indicar la relación causal entre ambas, al igual que podrían indicar la causalidad entre distintos componentes del modelo, ya que las posibilidades no son mutuamente excluyentes.

Otras objeciones al modelo.

En opinión de Morales (1994), la teoría de la acción razonada conceptualiza la norma subjetiva y la actitud como si fueran independientes entre sí, ignorando las relaciones que puedan existir entre ambos componentes. Sin embargo, algunos autores han mostrado la existencia de interacciones estadísticamente significativas entre actitud y norma subjetiva, y otros han cuestionado teóricamente su independencia.

Norman y Smith (1995) señalan que el desafío para los trabajos que utilicen modelos actitudinales como los descritos por Fishbein y Ajzen se encuentra en valorar los determinantes de la variabilidad actitudinal y su efecto sobre la re-

lación actitud-conducta (Abraham y Sheeran, 1993). Al menos, afirman, es probable que la variabilidad en la expresión de las actitudes atenúe cualquier relación entre las actitudes, las intenciones conductuales y la conducta. Sin embargo, han sido pocos los estudios que hayan examinado los efectos de la variabilidad actitudinal. Sparks *et al.* (1992) compararon las correlaciones de la actitud-intención obtenidas por los sujetos que mostraban alta y baja variabilidad en sus actitudes y encontraron que las correlaciones eran más altas para aquellos sujetos que informaban tener baja variabilidad; igualmente, estudiaron la variabilidad actitudinal y las percepciones de control y encontraron que las dos estaban correlacionadas, de forma que una mayor variabilidad actitudinal estaba asociada con un menor control percibido de la conducta y una mayor percepción de control de los problemas. Así, Sparks *et al.* (1992) concluyeron que el control percibido de la conducta puede estar relacionado con la variabilidad actitudinal, la cual puede modificar las relaciones entre los componentes de los modelos descritos por Fishbein y Ajzen.

Finalmente, Fishbein y Ajzen argumentaron que resulta razonable suponer que el espacio temporal entre la valoración de la intención y la valoración de la conducta es mínimo, y que los resultados se distinguen de las conductas. Como consecuencia, el modelo que postulaban abandonó la cuestión de cómo están relacionadas las intenciones con largos lapsos temporales en aquellos casos en los que la conducta de estudio es una larga secuencia de acciones (perder peso, por ejemplo) o para la consecución de metas de difícil logro (Eagly y Chaiken, 1993). Sin embargo, los científicos sociales están comprensiblemente interesados en la predicción de conductas complejas y el logro de metas a largo plazo, al igual que en periodos de tiempo más cortos. Con frecuencia, las personas no tienen éxito cuando pretenden convertir sus intenciones en conductas o resultados deseados, y entienden que las causas de estos fracasos son importantes. Como Liska argumentó (1984), necesitaríamos com-

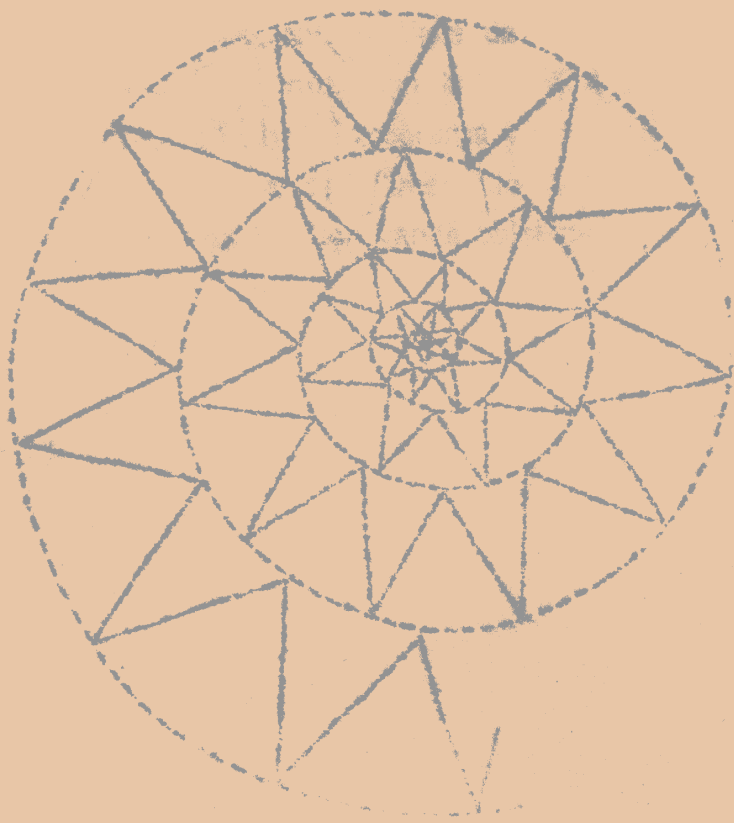
prender cómo consiguen las personas las habilidades, localizan oportunidades y acceden a los recursos. Se tendría que examinar el contexto social de la conducta, particularmente con respecto al estatus del individuo dentro de la estructura social y otros determinantes

de acceso a los recursos y oportunidades. La gente con un estatus y un poder más alto tiene más oportunidades para convertir sus intenciones en conductas que aquellos que tienen una situación menos favorable.



Segunda parte

Investigación empírica



Investigación empírica. Marco general

Investigación empírica.

Marco general

1. INTRODUCCIÓN

Una de las principales conclusiones de la revisión de conocimientos psicosociales sobre la conducta exogrupal violenta ha sido la evidencia de una escasez de modelos complejos que respeten e integren los diversos niveles de influencia sobre este problema, de origen multicausal, y que, según los principales autores, cuenta además con diversas variables facilitadoras e inhibidoras. Como respuesta metodológica a este inconveniente, se ha desarrollado una investigación que, a partir de un núcleo teórico bien definido (las teorías de la Acción Razonada y del Comportamiento Planificado), permita la incorporación de nuevas variables y factores psicosociales y facilite la comprensión del origen y del proceso de las conductas violentas exgrupales. Para ello, partimos del supuesto de que estos objetivos pueden ser cumplidos con mayor probabilidad con un diseño de investigación que trate de complementar el rigor estadístico de una metodología cuantitativa basada en la cumplimentación de un cuestionario muy estructurado, con la capacidad de descubrimiento y procesual de la metodología cualitativa operativizada, en este caso, mediante el análisis de una serie de entrevistas en profundidad. Como se pone de manifiesto en el apartado de "Procedimiento", la necesaria integración de los resultados de las distintas fases se ha desarrollado a través de un proceso estocástico acumulativo, de forma que cada pase del cuestionario permitía la identificación de variables y procesos relevantes para explicar la conducta-diana, que eran examinados con profundidad, desde una

punto de vista fenomenológico, mediante el análisis de las entrevistas a jóvenes violentos. De manera complementaria, en la siguiente aplicación del cuestionario se incluyeron los procesos y variables psicosociales ajenos al modelo de partida, pero inferidos de las declaraciones de los informadores, para su contrastación empírica.

2. OBJETIVOS GENERALES DE LA INVESTIGACIÓN

- ▶ Desarrollar un modelo teórico que trate de explicar y predecir la conducta violenta exogrupal juvenil.
- ▶ Estudiar la violencia juvenil exogrupal desde una perspectiva compleja, fenomenológica y sistémica que permita la identificación de variables implicadas en esta conducta y el descubrimiento de nuevos procesos asociados a ella.
- ▶ Estimar la pertinencia y viabilidad metodológica del desarrollo de investigaciones psicosociales que permitan integrar la información, procedentes de técnicas cuantitativas y cualitativas de recogida y análisis de datos.
- ▶ Deducir una serie de conclusiones aplicadas, con fuerte apoyo teórico y empírico, que constituyan una guía adecuada para el desarrollo de programas dirigidos a prevenir la violencia exogrupal juvenil y promocionar estilos de vida prosociales.

3. METODOLOGÍA

3.1. Procedimiento general de la investigación

Consideramos que, dados los objetivos, el diseño de la investigación impone la utilización de dos fases diferenciadas, si bien complementarias, tanto en sus objetivos puntuales como en la metodología utilizada. Una parte del diseño de la investigación centra nuestro interés en la localización de casos concretos de violencia juvenil exogrupal. Nuestro objetivo en este caso era abordar los problemas que, dadas sus especiales características, requieren de un contacto directo con los sujetos de estudio. Para alcanzar este fin, nos impusimos una metodología de trabajo etnográfica. El abordaje cualitativo nos permitió, desde una perspectiva ideográfica, aportar a la investigación una visión procesual de la conducta de estudio mediante la experiencia directa de los propios sujetos implicados en la acción. El complemento del diseño que presentamos pretende, como ya se ha dicho, el desarrollo de un modelo específico que explique la conducta violenta exogrupal a través de una serie de variables. En este caso, adoptamos una metodología de tipo experimental que se concreta en la elaboración de un cuestionario cerrado en el que se recogen los hallazgos teóricos y empíricos de investigaciones previas y los resultados de la fase cualitativa, con el fin de desarrollar un modelo de relaciones causales que explique los comportamientos violentos a partir de las variables consideradas. Pero, como ya decíamos, los dos abordajes utilizados alcanzan su máximo interés cuando integramos los resultados obtenidos de modo parcial en cada uno. Así, los análisis cualitativos de las entrevistas con jóvenes que han realizado violencia exogrupal han permitido desarrollar primero y perfeccionar después el instrumento cuantitativo aplicado a la muestra de jóvenes. Por su parte, el análisis preliminar de los resultados cuantitativos ha generado abundantes hipótesis que han sido puestas a prueba a partir del estudio de las entrevistas realizadas a los informantes-clave. Creemos que la triangulación

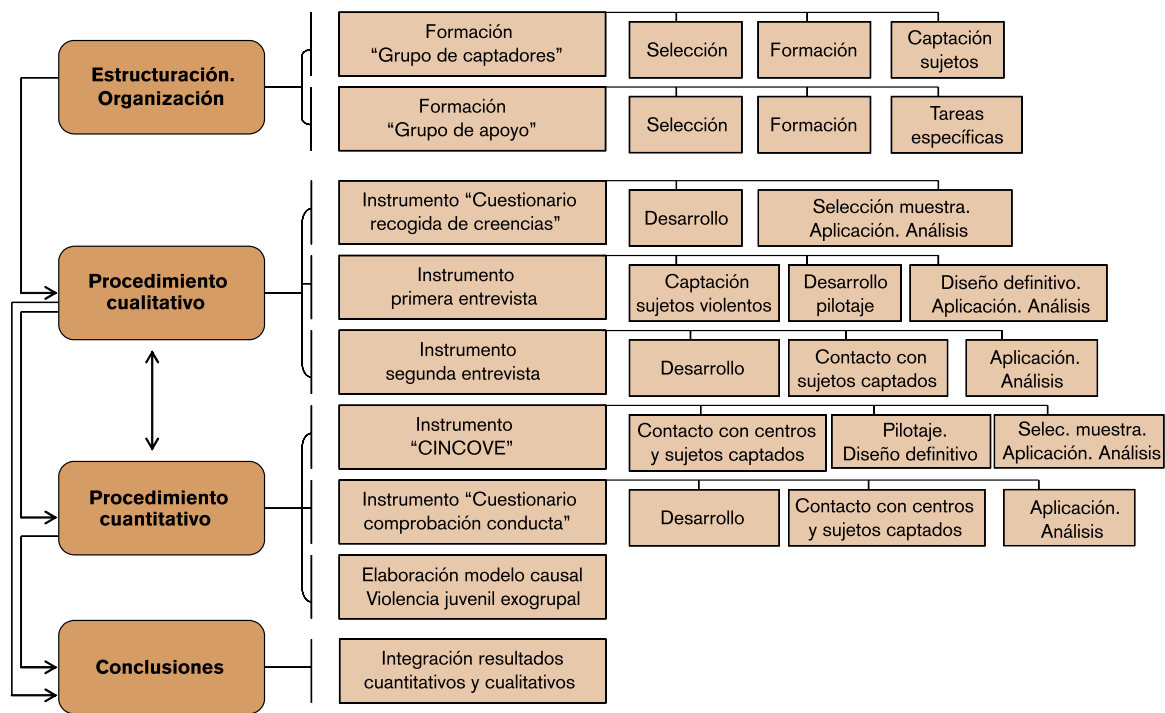
de los resultados obtenidos mediante ambos abordajes nos permitirá la aportación de datos significativos que contribuyan a crear una base sólida de conocimientos sobre un tema complejo, de difícil acceso y complicado pronóstico. El establecimiento de modelos validados de violencia juvenil permitiría orientar las intervenciones de carácter preventivo, educativo y de tratamiento; permitiría estudiar el problema no sólo desde un enfoque diferente a los (como ya se mencionó) tradicionales, sino –y lo que es más importante– teniendo en cuenta el ambiente social en el que se desarrolla.

El procedimiento investigador, como ya ha quedado reflejado, se diseñó de modo que los análisis de resultados de cada fase resultaran de utilidad para la planificación y el desarrollo de la fase subsiguiente (ver fig. a.2). Este procedimiento estocástico nos ofrecía la posibilidad de complementar e integrar los resultados cuantitativos y cualitativos. Las hipótesis generadas por la aplicación de una técnica metodológica (entrevista o cuestionario) fueron objeto de validación o refutación a través del análisis de los resultados obtenidos con la siguiente recogida de datos. Dado que el procedimiento de cada una de las técnicas metodológicas quedará reflejado de manera más amplia en su apartado correspondiente, se presenta a continuación el procedimiento general seguido para el conjunto de la investigación. Para una mejor comprensión del procedimiento seguido para la consecución de objetivos, se han elaborado dos gráficos: el primero de ellos (fig. a.1), presenta detalladamente el procedimiento secuencial observado para la metodología cualitativa y para la cuantitativa, así como lo que hemos denominado “fase de estructuración”, común a ambas; el segundo (figura a.2) ilustra de modo secuencial las fases seguidas para la consecución de los objetivos planteados. Una vez establecido de modo gráfico el procedimiento general de la investigación, cada una de las fases se desarrolla ampliamente en su apartado correspondiente, según se relacione con el procedimiento seguido, bien en la metodología cualitativa, bien en la metodo-

logía cuantitativa; las fases comunes a ambas se desarrollan en este apartado. Sin embargo, y con la finalidad de ofrecer una idea general del procedimiento seguido a cabo para la consecución de nuestros objetivos, presentamos de manera resumida –a excepción de la “fase de estructuración” ya señalada– todas y cada una de las 20 fases en las que hemos dividido el procedimiento general. Esperamos las disculpas del lector si, en esta ocasión, la información parece en cierto modo reiterativa, pero consideramos que, dada la complejidad

y longitud de la metodología utilizada, resulta disculpable este hecho en beneficio de la comprensión. En resumen, lo que presentamos seguidamente al lector es el procedimiento general de la Investigación en el cual se indican todas y cada una de las fases seguidas y en el cual únicamente se describen con detalle las fases comunes a ambos –la primera y la segunda fase–, fases que hemos denominado “de estructuración y organización”, dado que el resto se describen de manera detallada en su correspondiente apartado.

FIGURA A.1. PROCEDIMIENTO GENERAL DE LA INVESTIGACIÓN, POR TAREAS.



3.2. Descripción del procedimiento de investigación

3.2.1. Procedimiento de estructuración/organización

FASE 1: Selección y formación del grupo de apoyo.

- Selección del grupo de apoyo.

Para la realización de tareas de apoyo a la investigación se organizó un “grupo de apoyo” formado por jóvenes estudiantes en prácticas.

La finalidad de este grupo fue la de instruir a los jóvenes estudiantes en todas y cada una de las fases del proceso de investigación, a la vez que servían de apoyo a las tareas necesarias para llevar a cabo la misma. Para ello, y a través de convocatoria abierta, se seleccionaron diez jóvenes cuyo perfil correspondía al de una persona que, independientemente de su procedencia académica, mostrara motivación y capacidad para el trato con jóvenes, así como interés en la formación para la investigación.

► Formación del grupo de apoyo.

Durante el período de formación, que abarcó prácticamente todo el desarrollo de la investigación, el grupo de apoyo recibió adiestramiento sobre los siguientes aspectos: Formación teórica sobre el diseño y procedimiento de la investigación que se iba a desarrollar (marco teórico, variables, muestra, procedimiento, etc.); recursos y técnicas de recogida de información bibliográfica; recursos y técnicas persuasivas para el establecimiento de contactos; recursos y técnicas para diseño de los instrumentos de medida y la aplicación de cuestionarios en centros escolares con un alumnado considerado conflictivo; análisis de datos (control, codificación y análisis).

► Incorporación del grupo de apoyo al equipo investigador.

Las tareas llevadas a cabo por el grupo de apoyo, dentro del procedimiento cualitativo, fueron las siguientes: apoyo en la localización y revisión bibliográfica; apoyo en el establecimiento de contactos con los centros escolares para el pilotaje del cuestionario cuantitativo sobre Selección de creencias; apoyo en el pase, control, codificación y análisis del pilotaje del instrumento cuantitativo sobre Selección de creencias.

FASE 2: Selección y formación de los captadores.

► Selección de los captadores.

Las tareas de captación fueron desempeñadas por un grupo organizado al efecto, seleccionado de entre la población juvenil por su cercanía y accesibilidad a la población de estudio, al que se formó previamente al inicio de la tarea, y cuyo perfil correspondía al de jóvenes con experiencia en el trato de delincuentes juveniles y población marginal juvenil, especialmente entrenados para el trato con los jóvenes violentos. Este grupo fue retribuido por su trabajo (a razón de 10.000 pesetas brutas por sujeto entrevistado en las condiciones establecidas) con el único criterio de que, para que resultase efectiva la captación, el entrevistado debía

cumplir unos criterios previamente establecidos (descritos más adelante) y acudir a dos entrevistas separadas por el intervalo de dos meses. Aunque inicialmente la tarea fundamental de este grupo era la provisión de jóvenes violentos susceptibles de ser entrevistados, posteriormente se decidió aprovechar los recursos que, de manera individual, poseían para pasar el cuestionario de investigación. Así pues, a la tarea inicial de captación de sujetos para la realización de entrevistas, se les sumó la captación de sujetos para su encuestación. Esta nueva tarea fue remunerada (a razón de 1.500 pesetas brutas por sujeto encuestado en las condiciones establecidas).

► Formación de los captadores.

Una vez constituido el grupo de captadores, se estableció un periodo para su formación, en el que los captadores fueron instruidos por el equipo investigador en los siguientes aspectos: formación teórica sobre el diseño y procedimiento de la investigación que se iba a desarrollar; recursos y técnicas para la captación de jóvenes susceptibles de ser entrevistados y/o encuestados.

► Instrucciones a los captadores.

Para la realización de su tarea, el grupo de captadores recibió una serie de instrucciones sobre los criterios que debían –de modo imprescindible– guiar la selección, así como la información que se debía dar a los sujetos. Dichas instrucciones se señalan a continuación.

Criterios de selección de los sujetos que han de ser entrevistados:

- Jóvenes de edades comprendidas entre los 15 y los 25 años.
- Que, en tanto que miembros de un grupo, hayan participado en el último año en dos o más enfrentamientos violentos planificados con personas ajenas al propio grupo.
- Se debe tener en cuenta que la “participación” incluye tanto la realización de la conducta agresiva como la ayuda activa (impedir la huida, agarrar a la víctima).

Para la realización de esta tarea los captadores, además de los recursos propios, contaron con un Inventario de recursos diseñado por el equipo de investigación al efecto.

- Sólo será posible seleccionar a un miembro por grupo constituido.
- Se intentará que los sujetos sean de edades distintas y pertenezcan a grupos diversos.

Información que han de dar los captadores a los posibles sujetos captados:

- Información común para los posibles sujetos susceptibles de ser entrevistados y/o encuestados.
- La investigación la desarrolla un equipo de la UAM.
- La finalidad de la investigación es puramente científica: conocer con detalle y por sus protagonistas la violencia entre grupos juveniles.
- La información es completamente confidencial.
- No es necesaria la identificación real del sujeto.
- Información específica para los posibles sujetos susceptibles de ser entrevistados.
- El sujeto se compromete a realizar dos entrevistas con un intervalo temporal de dos meses entre una y otra.
- El lugar y la fecha de realización de la entrevista será a convenir entre ambas partes, otorgándole la posibilidad de elección entre la Universidad, el domicilio del entrevistado o cualquier otro lugar que reúna las condiciones ambientales mínimas necesarias.
- La entrevista es totalmente anónima y confidencial, no deberá ofrecer ningún tipo de información personal, grupal o ambiental. Su duración aproximada es de dos horas.
- Será recogida en soporte magnético para su transcripción y análisis. Una vez realizado este proceso, será destruida.

- La gratificación será entregada una vez finalizada la entrevista.

Funciones desarrolladas por los captadores:

Las funciones desarrolladas por los captadores fueron las siguientes: captación de los sujetos según los criterios establecidos; localización, si fuera preciso, del lugar de realización de la entrevista; confirmar la entrevista el día antes de su realización; acompañar al sujeto; cumplimentar los protocolos de captación diseñados (); recopilar información relacionada con el grupo al que pertenece el sujeto entrevistado (fanzines, Internet, panfletos, comics, videos, etc.); establecer el contacto para la realización de la segunda entrevista y, a partir de aquí, realización de las mismas tareas que en el caso de la primera.

3.2.2. Procedimiento cualitativo

El procedimiento seguido para la metodología cualitativa se describe en el apartado "Metodología cualitativa: procedimiento".

3.2.3. Procedimiento cuantitativo

El procedimiento seguido para la Metodología cuantitativa, al igual que sucede con el procedimiento relativo a la metodología cualitativa, se detalla en el apartado "Metodología cuantitativa: procedimiento".

Puesto que, tal y como ya indicáramos, el procedimiento seguido, tanto para la Metodología Cuantitativa como para la Metodología Cualitativa, se detalla en sus respectivos apartados, presentamos a continuación un breve resumen de los mismos, con el objetivo de ofrecer una idea general del procedimiento general de la investigación.

FASE 3: Diseño y desarrollo del "Cuestionario inicial de recogida de creencias sobre la violencia juvenil exogrupal" (primer cuestionario).

Esta tarea fue llevada a cabo por los miembros del equipo investigador. El diseño de este cuestionario se realizó a partir de las recomendaciones teóricas de distintos autores y su objetivo

fue, fundamentalmente, obtener la percepción de los jóvenes acerca de las consecuencias percibidas sobre la realización de la conducta de estudio; finalmente fue utilizado, también, como medio de obtener los referentes sociales importantes para los sujetos relacionados con dicha conducta.

FASE 4: Captación de jóvenes violentos.

La captación de sujetos violentos se realizó tal y como se ha descrito anteriormente en la fase número 2.

FASE 5: Pilotaje del “Cuestionario inicial de recogida de creencias sobre la conducta violenta exogrupal”.

Una vez diseñado el instrumento, se realizó el correspondiente pilotaje, para lo cual se utilizó una pequeña muestra de jóvenes, tal y como se detalla en el apartado correspondiente. La aplicación del instrumento fue realizada por el grupo de apoyo y las tareas de codificación y análisis se hicieron conjuntamente entre éste y el grupo de investigación. Los resultados de este pilotaje se muestran en “Anexos CD: Estudio cuantitativo, Anexo 4”.

FASE 6: Selección de la muestra, aplicación y análisis del “Cuestionario inicial de recogida de creencias sobre la conducta violenta exogrupal”. Análisis de datos.

La selección, captación de la muestra, aplicación del instrumento y análisis del mismo fueron realizados por los miembros del grupo de apoyo, en colaboración con el equipo investigador. La muestra utilizada fue estudiantes universitarios de la Universidad Autónoma de Madrid.

FASE 7: Diseño y desarrollo del instrumento cualitativo (primera entrevista).

Mientras transcurría la fase de captación, se empezó a elaborar el instrumento cualitativo. Esta tarea fue realizada por el equipo investigador.

FASE 8: Pilotaje del instrumento cualitativo (primera entrevista).

Para la realización de este pilotaje, tarea realizada por los miembros del equipo de investigación, se utilizaron algunos de los sujetos –en concreto, dos sujetos– que ya habían sido captados para el estudio cualitativo.

FASE 9: Diseño definitivo, aplicación y análisis del instrumento cualitativo (primera entrevista).

Una vez introducidos los cambios necesarios en el instrumento cualitativo, tal y como queda descrito en el apartado “Metodología: Técnica metodológica”, comenzaron a realizarse las primeras entrevistas a los sujetos. Su inmediata transcripción y análisis permitió disponer de uno de los criterios de selección de las creencias que iban a ser introducidas en el cuestionario cuantitativo –CINCOVE–. Esta tarea fue llevada a cabo por los miembros del equipo de investigación.

FASE 10: Diseño y desarrollo del “Cuestionario de investigación de la conducta violenta exogrupal” –CINCOVE– (segundo cuestionario).

El análisis de las primeras entrevistas realizadas permitió el inicio de la fase de diseño del instrumento cuantitativo. Así, los resultados obtenidos mediante la aplicación del Cuestionario de creencias sobre la violencia juvenil exogrupal y los resultados obtenidos en el análisis de la primera entrevista nos permitió comenzar el diseño del cuestionario de investigación de la violencia juvenil exogrupal –CINCOVE–.

FASE 11: Establecimiento de contactos con los centros escolares y demás implicados para la aplicación del CINCOVE. Selección de centros.

Esta tarea fue llevada a cabo por los miembros del equipo de apoyo. La muestra necesaria para la aplicación del CINCOVE se obtuvo mediante la colaboración de centros escolares –ya fueran centros que ya habían colaborado en investigaciones anteriores o centros a los

que se solicitó por primera vez colaboración—, asociaciones de barrios con elevado índice de conflicto social y mediante contactos con personas o grupos que cumplieran los criterios establecidos. Todo ello tal y como se describe de forma detallada en el apartado correspondiente.

FASE 12: Pilotaje del CINCOVE.

El diseño y desarrollo del cuestionario piloto fue llevado a cabo por los miembros del equipo de investigación, mientras que su aplicación la realizó el grupo de apoyo. El análisis de datos se realizó de modo conjunto entre ambos.

A la vez que estaba teniendo lugar la fase inmediatamente anterior, se procedió a pilotar el CINCOVE con una muestra de sujetos escogida al azar. Los resultados se muestran en “Anexos CD: Estudio cuantitativo, Anexo 4”.

FASE 13: Diseño y desarrollo definitivo del CINCOVE. Primera aplicación y análisis de resultados.

Una vez analizado el cuestionario piloto, se procedió —siguiendo las indicaciones derivadas del mismo— al diseño definitivo del instrumento de investigación: el CINCOVE. Su diseño, aplicación, codificación y análisis fueron realizados íntegramente por el equipo de investigación; el establecimiento de contacto con centros escolares fue realizado por el Grupo de apoyo. Su diseño definitivo puede verse en los “Anexos” incluidos al final de este volumen.

FASE 14: Diseño del instrumento cualitativo: segunda entrevista.

El hecho de que el análisis de cada una de las entrevistas se realizara inmediatamente después de su aplicación a los sujetos, permitió elaborar la segunda entrevista correspondiente a cada sujeto de manera prácticamente individualizada. Esta tarea fue llevada a cabo por los miembros del equipo de investigación.

FASE 15: Establecimiento de contacto con los sujetos para la realización de la segunda entrevista.

Transcurrido el intervalo temporal establecido entre las entrevistas 10 y 20, el captador que había establecido el contacto inicial con el sujeto establecía una nueva cita para proceder a la aplicación de la segunda entrevista.

FASE 16: Realización de la segunda entrevista. Análisis cualitativo.

Una vez fijadas las citas con los sujetos —y transcurrido, en todos los casos, el intervalo necesario—, se fueron realizando las segundas entrevistas y se procedió al análisis de resultados.

FASE 17: Diseño y Desarrollo del “Cuestionario de comprobación de la conducta violenta exogrupal” (tercer cuestionario).

Mientras tenía lugar la segunda aplicación del instrumento cualitativo se comenzó a diseñar el “Cuestionario de comprobación de la conducta violenta exogrupal”, cuyo objetivo fundamental era la comprobación de la coherencia del sujeto en cuanto a su intención de llevar a cabo (o no) la conducta en el plazo establecido de un mes.

Esta tarea fue realizada por el equipo investigador. Su diseño definitivo puede observarse en los “Anexos” incluidos al final de este volumen.

FASE 18: Establecimiento de contactos para la aplicación del “Cuestionario de comprobación de la conducta violenta exogrupal”.

Mientras se desarrollaba la fase anterior, se establecieron los contactos pertinentes para la aplicación de este instrumento. Los centros escolares fueron contactados por el Grupo de apoyo, mientras que el contacto con los sujetos captados individualmente se realizó —a medida que transcurrió el intervalo fijado— por el Grupo de captadores.

FASE 19: Aplicación del “Cuestionario de comprobación de la conducta violenta exogrupal juvenil”. Análisis de resultados.

Transcurrido el periodo fijado desde la aplicación del CINCOVE –un mes–, y una vez establecidos los contactos necesarios, el equipo de investigación procedió a la aplicación, codificación, control y análisis de este instrumento.

FASE 20: Integración de resultados cuantitativos y cualitativos. Elaboración de conclusiones.

Finalmente, se integraron los resultados cualitativos y cuantitativos obtenidos en las fases descritas anteriormente, con el fin de postular un modelo teórico de la violencia exogrupal juvenil.

3.3. Criterios y precauciones relativas al diseño de los instrumentos de medida

3.3.1. Presentación

Mucchielli (1974) nos resume, en todo un alarde de buen humor y sinceridad, el apartado que ahora abordamos:

Siempre se hace uno ilusiones sobre el grado de atención disponible y el de cultura o inteligencia de los encuestados, aunque de todos modos hay que redactar como si se encontrase uno ante un caso de bloqueo intelectual multiplicado por la mala voluntad (Mucchielli, *op. cit.*).

Y, en buena medida, esta cita de Mucchielli refleja los principales temores que debe afrontar un investigador a la hora del diseño, creación y desarrollo de los instrumentos de medida: la realidad que se desea medir tiene sus leyes. La seguridad del instrumento de investigación elegido y su eficacia se obtienen mediante duros esfuerzos y, cuando nos enfrentamos a los resultados obtenidos por los investigadores, tendemos a centrar nuestra atención y nuestro juicio en los resultados, olvidando o devaluando

el impropio trabajo realizado para alcanzar dichos resultados.

El proceso de creación de los instrumentos de medida –ya sea mediante cuestionarios o entrevistas– resulta, en multitud de ocasiones, la parte más compleja, delicada y que más tiempo ocupa en el desarrollo de la investigación. Habitualmente, en dicho proceso, suelen ser más numerosos los obstáculos que uno encuentra en su desarrollo que las dificultades para el análisis y la interpretación de los datos, toda vez que una de las consecuencias operativas más importantes del esfuerzo teórico previo es el propio instrumento de investigación. El conocimiento, dentro de la investigación social, exige el establecimiento de controles rigurosos en la formulación de los problemas, la obtención de los datos y el análisis de los mismos. Pese a ello, la objetividad que se persigue suele ser contaminada por diversas fuentes de error que proceden, de la naturaleza del objeto de estudio, de los investigadores o del procedimiento de investigación. El diseño de instrumentos científicos nos muestra la procedencia de dichas fuentes de error y los mecanismos para su control.

Los sujetos, cuando se enfrentan a una situación en la que se ven obligados a mostrar su postura ante diversos temas –ya sea mediante una entrevista o un cuestionario–, ponen en juego automáticamente una serie de mecanismos de defensa social; dichos mecanismos intervienen de manera inconsciente, refleja y automática en la situación de respuesta. La finalidad no es otra que presentarse a sí mismos como “socialmente deseables”, es decir, inteligentes, lógicos, coherentes, conforme con las reglas sociales (Mucchielli, 1974). Evitar el análisis de dicha fachada en beneficio de la obtención de datos válidos, mediante un diseño coherente del instrumento de investigación elegido, ha sido una de las tareas a las que más tiempo y esfuerzos hemos destinado.

3.3.2. Marco teórico

a) Criterios y precauciones relativas al diseño de los instrumentos de medida cuantitativos

En la consideración de que el cuestionario es una de las herramientas elegidas en nuestro caso para la obtención de datos que dependen directamente de los objetivos fijados en la investigación que planteamos, y con la finalidad de no devaluar la capacidad de dicho instrumento, hemos intentado –en la medida de lo posible– seguir las indicaciones que, sobre las recomendaciones teóricas para la selección, formulación, redacción y presentación de los ítems del cuestionario, nos ofrece la experiencia investigadora de distintos autores.

– *Tipologías de cuestionario*

Podemos identificar distintos tipos de cuestionario en función de los fines, las formas y los contenidos con los que se diseña y aplica la técnica en cuestión. En cuanto a la finalidad científica que los motiva, se pueden diferenciar (López, 1998; López, 1988; Greenwood, 1973) aquellos cuestionarios cuyo objetivo es el acercamiento al fenómeno objeto de estudio, mediante la identificación de sus características o dimensiones básicas –cuestionarios exploratorios–; aquellos cuestionarios cuya finalidad es la descripción precisa de la distribución o situación de un determinado fenómeno –cuestionarios descriptivos–; aquellos en los que la identificación, en su frecuencia, de las causas o razones acerca de una determinada realidad es su propósito –cuestionarios explicativos–; y los estudios causales, cuya pretensión se centra en el establecimiento de las relaciones causales existentes entre las variables implicadas.

Si bien esta finalidad es importante, no hay duda de que la clasificación comúnmente aceptada y que guía la investigación actual es la de su formato de aplicación. En función del modo de obtención de los datos y de su aplicación, podemos identificar distintos tipos de cuestionarios: entrevista personal, cuestionario por correo y encuestas telefónicas

(o similares). El primero de ellos, la entrevista personal, es el más fiable, pero puede llegar a plantear problemas que se verán posteriormente (ver apartado “Metodología cualitativa”) relacionados con la interacción entre encuestado y encuestador. El cuestionario por correo, si bien es muy útil en determinados casos, aparece problemas relacionados con la “muerte experimental” y la dificultad añadida de la ausencia de entrevistador, lo que exige una absoluta y total claridad en la formulación de los ítems y del modo de respuesta. En el caso de la encuesta telefónica, dado el tema de estudio, su aplicación quedaba totalmente desaconsejada. Finalmente, en función de los contenidos y el período temporal a los que hace referencia, la tipología del instrumento es muy amplia. Javeau (1971) diferencia entre hechos –acontecimientos o sucesos–, opiniones –datos subjetivos– y actitudes, motivaciones y sentimientos.

– *Fenómenos psicosociales de la situación de respuestas a preguntas*

Una vez eliminada la intención deliberada de mentir, contra la cual, si es consciente y organizada, nada se puede hacer sino esperar la anulación estadística de tal desviación entre la masa de las informaciones recibidas, existe una amplia bibliografía que nos ayuda a identificar algunas precauciones que se deben adoptar para evitar posibles desviaciones en las respuestas del sujeto encuestado. Partiendo del esquema organizativo propuesto por Mucchielli (1974), e incorporando al mismo las aportaciones de distintos autores, podemos identificar las siguientes.

Las deformaciones involuntarias, o sesgos, procedentes de las defensas sociales automáticas del sujeto encuestado.

Los mecanismos de defensa social definen los grandes factores psicosociales que influyen sobre las conductas individuales: búsqueda de conformidad con el grupo, sugestionabilidad social, imitación social, temor al juicio ajeno, anhelo de prestigio social, sumisión a los estereotipos o moldes culturales. Por

otra parte, hacen aparecer –a nivel psicosocial– reacciones automáticas que se aproximan a los mecanismos puramente biológicos de protección o conservación, como puede ser la defensa contra el fraccionamiento del ser, la evitación del esfuerzo –economía de fuerzas– y la tendencia a ponerse a cubierto en caso de peligro. Los mecanismos psicosociales automáticos se ven influenciados por las siguientes desviaciones:

Reacción de prestigio o deseabilidad social.

Corresponde a la reacción automática que provoca el miedo al juicio –negativo– que pueden provocar determinadas respuestas. Aparece, fundamentalmente, en aquellos casos en que se piden al sujeto autodescripciones, ya sean íntimas o de estilo de vida, a las que el sujeto suele responder mediante exageraciones o –en el caso contrario– minimizaciones de sus opiniones, refugiándose en estereotipos o, de manera mucho más general, adaptando su respuesta a lo que socialmente se considera correcto. En estos casos, resulta importante diferenciar si la respuesta otorgada por los sujetos responde a la realidad o refleja sus propios deseos y aspiraciones.

Sesgo de cortesía.

La situación de encuesta o entrevista es percibida por el sujeto, en ocasiones, como un compromiso adquirido, bien en ese momento, bien con anterioridad. Se produce así una tendencia a intentar complacer al entrevistador; tendencia que se observa, incluso, en la pretensión de otorgar respuestas que considera se van a percibir como adecuadas tanto para el encuestador como para los objetivos de la entrevista.

Objetivos de la encuesta.

Relacionada con la anterior, cabe la posibilidad de que el encuestado conozca o pretenda conocer los fines y/o el patrocinio de la entrevista. En estos casos, la respuesta puede estar contaminada por el grado de simpatía o antipatía con ambos.

Defensa ante la pregunta personalizada.

Las preguntas personalizadas suelen provocar en el sujeto una tendencia a otorgar respuestas evasivas en detrimento de sus opiniones personales. Este efecto es aún mayor en caso de que el sujeto sea susceptible de percibir una posible utilización inconveniente de sus respuestas.

Respuestas de sugestión debidas a la propia formulación de la pregunta.

Toda pregunta, salvo algunas excepciones como las de identificación, formula por sí misma las hipótesis que el investigador maneja en su trabajo; sin embargo, es necesario considerar que el modo de formulación, la simple expresión de la misma, puede ejercer sobre los encuestados un efecto perverso que obligue a la búsqueda de aceptación social. La existencia en los sujetos de una actitud a responder en función de lo que se cree que espera el investigador –actitud de cortesía que además puede valorarse culturalmente, y que se intensifica si el encuestador goza de prestigio ante los ojos del entrevistado–, provoca en el encuestado un estado de vigilancia que alerta sobre la opinión personal del encuestador. Es preciso evitar las formulaciones tendenciosas, ya que suelen convertirse en sugestión para los sujetos, y obligar a determinadas respuestas lógicas y socialmente aceptables (Mucchielli, 1974).

Este problema, denominado contaminación de la respuesta, se observa de manera más acusada cuando el cuestionario es administrado por entrevistadores. Procede del estado de permeabilidad de la población, los rasgos de personalidad de entrevistado y entrevistador, el clima ambiental, de las condiciones temporo-espaciales y socioeconómicas y de diversos acontecimientos sociales que pueden afectar a la inseguridad psicológica; su tratamiento debe incluir, por tanto, el entrenamiento de los encuestadores e instrucciones en el cuestionario.

La atracción de la respuesta positiva.

La tendencia al consentimiento, la aquiescencia, es un fenómeno clásico de estudio dentro de la psicología social; la atracción de la respuesta positiva como tendencia no es, pues, algo nuevo, y distintas investigaciones han puesto de manifiesto su correlación con el fenómeno de sugestionabilidad antes mencionado.

Temor a las palabras cargadas afectivamente.

Cuando la encuesta versa sobre determinados temas –conductas sexuales, conductas socialmente indeseables– que provocan angustia o temor en el encuestado, se suelen utilizar determinadas palabras que, cargadas afectivamente, no deseables socialmente, o que provocan prejuicios, producen por sí mismas reacciones defensivas o evasivas en el sujeto.

Tendencia de respuesta.

El encuestado, ante una situación de encuesta, establece un sistema de pensamiento para responder a las preguntas planteadas. La disparidad y la amplitud de preguntas o escalas que conforman el instrumento de medida provocan un patrón de respuesta, en ocasiones no meditado, en ocasiones recurrente y polarizado –positiva o negativamente–, pese a la opción de la postura intermedia.

Estos sesgos del entrevistado pueden ser contrarrestados con distintas aproximaciones: 1) Inclusión en la encuesta de escalas que identifiquen estas tendencias; 2) diseñar un formato adecuado para el instrumento, tanto en su presentación como en su estructura: evitar que el cuestionario empiece con preguntas que corran el riesgo de provocar respuestas de fachada y formular o turnar las preguntas para neutralizar este efecto; no utilizar al inicio preguntas cargadas afectivamente, evitar encuestadores extraños en el grupo de los encuestados, evitar la utilización de preguntas directas para abordar los problemas de opiniones personales o para tratar los puntos delicados; formular a la inversa algunas preguntas; 3) pilotar el cuestionario y 4) ofrecer unas instrucciones previas claras y precisas.

Las deformaciones involuntarias procedentes de la presentación y de la organización interna del cuestionario.

Una vez advertidas las posibles deformaciones provenientes de la formulación de las preguntas del instrumento, podemos realizar un análisis del mismo como un todo. Desde este punto de vista, podemos observar (Mucchielli, 1974) cuatro fenómenos psicosociales cuyo efecto es, igualmente, la aparición de desviaciones que se deben neutralizar.

Retracción defensiva para esforzarse en el cuestionario.

Que un sujeto decida contestar a un cuestionario con motivación, atención y dedicación, resulta fundamental para la obtención de datos fiables. Esta exigencia suele enfrentarse con distintos mecanismos defensivos del sujeto: así la situación percibida como riesgo, la inquietud sobre los objetivos (tanto descubiertos como encubiertos del cuestionario), la exigencia de atención y la disponibilidad de tiempo. Para conseguir este objetivo, el investigador debe preparar y motivar al sujeto, ofrecerle información suficiente (sobre el cuestionario que va a responder, los objetivos perseguidos, la necesidad y utilidad de sus respuestas). Se aconseja igualmente encabezar el cuestionario con preguntas que no exijan esfuerzo particular ni den la sensación de hallarse al descubierto; no plantear nunca preguntas delicadas antes de que el “empeño” en el cuestionario se haya asegurado.

La retracción defensiva a los cambios bruscos de tema.

Durante el transcurso del cuestionario, todo cambio brusco en la orientación general de las preguntas reactiva y agrava la retracción ya acusada en la fase de “empeño”. Para evitarlo, se recomienda asegurar que el cambio es progresivo o bien, justamente en el sentido opuesto, marcar de modo muy claro el cambio y comenzar de nuevo la preparación del tema mediante las explicaciones que sean necesarias.

El efecto de “halo” o de contaminación o interferencia de unas preguntas a otras.

El efecto de halo, de contaminación o interferencia, o también de contagio, de unas preguntas sobre otras ha sido probado experimentalmente presentando los mismos cuestionarios con un orden variable en la sucesión de las preguntas. Este efecto puede estar provocado por irradiación del sentimiento (preguntas que han provocado respuestas irritadas influyen sobre las preguntas siguientes en la medida en que persiste la irradiación), por organización lógica del pensamiento (el sujeto que ha respondido de cierta manera a una pregunta se encuentra arrastrado por la deducción y evita una respuesta que no sea coherente, debido a la acción conjugada del halo y de una reacción de fachada). Por esta razón, el procedimiento del embudo puede considerarse excelente para conseguir una aproximación prudente a los temas delicados, pero lleva consigo su efecto de contaminación propia. Las medidas que se deben tomar pasan por dispersar las preguntas capaces de contaminar sus respectivas respuestas. Esto resulta más sencillo cuando la encuesta se plantea verbalmente; en la autoadministración, la posibilidad de leer todas las preguntas antes de contestar aumenta el riesgo de hacer ineficaces tales medidas, y debe combinarse entonces cuidadosamente el alejamiento y el cambio de forma.

Los efectos de la longitud del cuestionario.

Es posible identificar la existencia de dos efectos con relación a la longitud; uno de ellos hace referencia a la longitud de cada una de las preguntas que conforman el instrumento de medida, y el otro, a la longitud del cuestionario globalmente considerado.

La pregunta larga, complicada, que exige reflexión y atención, porque hay que rellenar casillas y no equivocarse de columna, provoca una tendencia a declinar. Pese a que, incluso, podemos encontrar en la literatura (Padua, 1979) la indicación del número máximo de palabras que debe contener la pregunta, la recomendación más habitual es que ésta sea sencilla y sucinta,

que no incluya más de una sentencia lógica, que no se refiera a varias cuestiones a la vez y que evite la ambigüedad (López, 1988).

En cuanto a la longitud del cuestionario globalmente considerado, podemos encontrar en la literatura sociotécnica dos posturas encontradas. La primera de ellas hace referencia a la recomendación de no incluir más de 15-30 preguntas (Padua, 1979; Grawitz, 1975; Mucchielli, 1974). Frente a esta postura se sitúan aquellos que mantienen que el número de preguntas que componen el instrumento es totalmente irrelevante, siempre –claro está– que se realice un buen diseño (Hyman, 1971; Goode y Hatt, 1970). Coincidimos con otros autores (Bugeda, 1970) en que, siempre que se encuentren bien formuladas y ubicadas, el cuestionario puede albergar todo tipo de preguntas. La experiencia demuestra que la longitud del cuestionario no tiene por qué afectar a los resultados obtenidos siempre y cuando se eviten las preguntas superfluas y se realice una transición dinámica y fluida entre los temas; siempre que, en definitiva, se consiga un diseño dinámico y se motive al sujeto. Para la consecución de estos objetivos, las recomendaciones que los distintos teóricos realizan pasan por la formulación de preguntas claras, sin ambigüedades, fáciles de comprender, y, por supuesto y como ya hemos visto, una adecuada motivación previa del sujeto por parte de los encuestadores.

– *Presentación del cuestionario.*

En este apartado vamos a observar los problemas que el diseño del instrumento puede provocar a los propios encuestados a la hora de la respuesta.

La introducción o presentación del cuestionario.

Para prevenir la reacción defensiva, desconfiada o de hermetismo del encuestado y despertar su interés suscitando su colaboración y motivación, la presentación inicial del cuestionario debe ser eficaz. Para ello se cuidará una redacción clara y breve, que identifique las metas y resuelva dudas u objeciones del su-

jeto. Pueden y deben incluirse las siguientes informaciones: identificación del promotor del estudio, los objetivos perseguidos, el interés y la necesidad de la colaboración del sujeto y la garantía de anonimato.

Técnicas de medición y redacción.

Las técnicas de medición utilizadas en las encuestas son, fundamentalmente, preguntas y escalas. En cuanto a su tipología, podemos diferenciar entre preguntas abiertas, en las que el sujeto otorga libremente su opinión, sin una preclasificación previa de la respuesta; preguntas cerradas, en las que el sujeto debe optar entre distintas alternativas de respuesta; escalas multidimensionales, que presentan al sujeto todos los factores del concepto de estudio a través de distintas preguntas; y registros de comportamiento.

Sin embargo, independientemente de la tipología utilizada para la medición del instrumento cuantitativo, la redacción de las preguntas del cuestionario debe cumplir unas condiciones imprescindibles, sugeridas por distintos autores y que Bowley (*op. cit.*) resume:

- ▶ Un cuestionario debe contener, en número, las preguntas necesarias y precisas que recaben toda la información que el tema demanda.
- ▶ Las preguntas deben formularse de modo que requieran una respuesta numérica, afirmación, negación o elección de una de las categorías ofertadas al sujeto.
- ▶ Las preguntas han de ser sencillas y de fácil comprensión. El lenguaje utilizado para su formulación debe amoldarse a la población de destino. Payne (1951) recomienda la verificación, por parte del investigador, de los términos utilizados y del sentido de los mismos, de modo que signifiquen exactamente lo que se quiere decir, sean de único sentido, no se presten a confusión y sean lo más precisos posibles (en sentido de que no existan palabras ni expresiones más claras y sencillas que expresen lo mismo).
- ▶ La formulación no debe levantar prejuicios en el encuestado.
- ▶ En la medida en que resulte posible, se debe evitar la indiscreción.
- ▶ Las respuestas deben ser consistentes; se pretende su congruencia.
- ▶ La formulación del ítem debe abocar a una respuesta inequívoca.

La composición de página.

El objetivo final del instrumento es la posibilidad de escrutar, codificar y analizar las respuestas del sujeto. Por tanto, este aspecto debe considerarse previa o simultáneamente al diseño del propio cuestionario, de manera que se eviten posteriores problemas.

Tipografía.

Se tendrá en cuenta la elección de caracteres tipográficos, la composición de la página, el espaciado de las preguntas, la presentación de cuadros o casillas para rellenar por el encuestado, la distribución de las instrucciones, entre otras.

La ordenación.

No existe acuerdo unánime sobre el procedimiento de ordenación de las preguntas dentro del cuestionario; la literatura nos ofrece diversos procedimientos.

Ordenación lógica psicológica.

La ordenación de las preguntas puede seguir un orden lógico o psicológico. El primero puede provocar confusiones de tipo psicológico en el encuestado; se puede seguir un orden lógico siempre que se mitiguen las desventajas. Lo habitual es empezar por lo más sencillo e ir avanzando en complejidad.

Batería de preguntas.

Otra posibilidad de ordenación es la agrupación en forma de batería de preguntas semejantes que, por otra parte, aparenta una secuencia lógica y coherente. En este caso, disponemos de dos procedimientos para secuenciar las preguntas:

- ▶ Secuencia de temas: las preguntas referidas a un mismo tema se agrupan de manera que

al encuestado le resulte fácil distinguir unos temas de otros.

- ▶ Secuencia de tiempos: las preguntas se agrupan según un criterio de coherencia temporal; habitualmente, este continuo transcurre de modo gradual, desde las informaciones más tempranas a las más recientes, de manera que produce una mayor disposición a la respuesta y aumenta su precisión.

Resulta posible, y muy fructífera, la combinación de ambos sistemas siempre y cuando se estudie detalladamente la colocación de las preguntas.

Gradación de dificultad.

Pese a que, también en este caso, no existe acuerdo general, lo habitual es situar las preguntas más sencillas al principio, y dejar las más complicadas para el final; entre ambas se va situando el resto de preguntas siguiendo uno de los métodos de ordenación antes mencionado y previamente planificado. Frente a esta ordenación, se sitúan aquellos que postulan justamente la ordenación contraria, y que se basan en la argumentación de que, una vez contestada una pregunta difícil, complicada o comprometida resulta más fácil que el sujeto siga contestando al resto de preguntas que, por otra parte, presentarán menos dificultades. La ordenación de menor a mayor dificultad, por su parte, se puede basar en argumentos teóricos sobre facilitación social y producción cognitiva (Zajonc, 1965; Worchel y Cooper, 1979); se puede suponer que el sujeto que ya ha comenzado a contestar el cuestionario tenderá a concluirlo, evitando las incidencias de rechazo e inclinándose a su terminación de modo que satisfaga las expectativas de quien –en este caso el encuestador– se muestra interesado y pendiente de sus respuestas. Por otra parte, parece justificado pensar que este procedimiento evita –en mayor medida– el riesgo de provocar el rechazo del encuestado y la consiguiente pérdida del mismo. En cualquier caso, e independientemente del criterio

de ordenación elegido, el investigador deberá considerar, como normas generales:

- ▶ El hecho de que una respuesta dada a una determinada pregunta condicione la siguiente; en este caso deberá marcarse claramente la pregunta de referencia.
- ▶ La transición de un apartado a otro. Si la hubiere, deberán incluirse fórmulas de transición claras.
- ▶ Las respuestas a preguntas objetivas deben ofrecer una clasificación clara.

Procedimientos para evitar los efectos psicológicos negativos de la ordenación del cuestionario.

El investigador dispone de dos procedimientos que permiten disminuir los efectos negativos que la ordenación del cuestionario puede provocar en el sujeto. El primero de ellos, la “Técnica del embudo”, consiste en partir de unas preguntas alejadas y de carácter general para ir cercando progresivamente el tema delicado. Se supone que el sujeto que haya llegado hasta aquí no dejará de avanzar un poco más. La “Técnica del embudo invertido” procede de lo concreto a lo general.

- b) Criterios y precauciones relativas al diseño de los instrumentos de medida cualitativos

En la consideración de que la entrevista, al igual que ya ocurriera con el cuestionario, es una de las herramientas elegidas en nuestro caso para la obtención de datos que dependen directamente de los objetivos fijados en la investigación que planteamos, y con la finalidad de no devaluar la capacidad de dicho instrumento, hemos intentado –en la medida de lo posible– seguir las indicaciones que, sobre las recomendaciones teóricas para la selección, formulación y presentación de las preguntas nos ofrece la experiencia investigadora de distintos autores.

Cualquier aspecto que implique relación es muy sensible al procedimiento. Hasta ahora hemos visto las precauciones adoptadas en el diseño y aplicación del instrumento cuantitativo, pero la entrevista, como acto relacional

que es, resulta –si cabe– más sensible en la medida en que la relación podría considerarse más directa al implicar una interacción. Por ello, muchas de las fuentes de error o mecanismos de defensa del sujeto ante la situación de tener que manifestar sus opiniones resultan iguales o similares independientemente de si la técnica elegida por el investigador es la de cuestionario o entrevista. Para evitar al lector la tediosa tarea de leer lo ya expuesto en las líneas anteriores, nos limitaremos a señalar aquellas consideraciones propias de la técnica de entrevista.

– *Tipologías de entrevista.*

Como veremos posteriormente, se pueden identificar distintas clases de entrevista. En líneas generales, y a modo de anticipo, podemos señalar como grandes grupos los siguientes: según el grado de libertad y nivel de profundidad, según la forma de encauzarla o combinación de ambos. En cualquier caso, cualquiera de ellas presenta una serie de requisitos, dificultades y reglas que deben ser estrictamente observados por los investigadores para que se pueda garantizar su seguridad y su eficacia.

– *Fenómenos psicosociales de la situación de respuestas a preguntas.*

Coincidimos con Visauta (1989) cuando afirma que “la entrevista, aun la más superficial, es sumamente compleja, y a la vez que técnica, en muchos casos se convierte en un arte”. El proceso interactivo entrevistado-entrevistador requiere la atención del investigador en aspectos referidos con ambos interlocutores y su interacción.

Son muchos los estudios dedicados a evaluar la fiabilidad y validez de la entrevista; estudios que nos alertan de los peligros que hay que evitar y de las estrategias que se deben seguir para lograr una información de calidad. Bingham y Moore (1973), por ejemplo, ofrecen más de 50 sugerencias, todas ellas de interés sobre el tema. Desde otros estudios (Cannell y Kahn, 1968; Cannell y Kahn, 1978; Biefang, 1977; Olabuénaga, 1996) se indican las condiciones básicas para el éxito de la entrevista

como método de obtención de información: la accesibilidad de los datos requeridos a la persona que se entrevista, el conocimiento y la comprensión del entrevistado de su papel y del método de transmisión de información y la motivación del entrevistado. Haynes (1978) relaciona los sesgos o factores que afectan a la calidad de la información con cinco áreas: habilidad del entrevistador, estatus del entrevistador, efectos de la reactividad, contenidos y desconocimiento o falta de información. Lutz (1978) y Haynes (1978) nos ofrecen un listado de errores comunes desde una perspectiva conductual, mientras que otros autores (Bungard y Lueck, 1874; Schmidt y Kessler, 1976) ordenan los sesgos de modo tripartito (entrevistado-entrevistador-situación e interacción de entrevista), en una posición ya clásica. Como puede observarse, son muchas las aportaciones teóricas sobre el tema; por ello, nos limitaremos a señalar las que consideramos como indicaciones generales.

Aspectos relacionados con la actitud del entrevistado.

Como ya veíamos anteriormente, los mecanismos de defensa social definen los grandes factores psicosociales que influyen sobre las conductas individuales (conformidad, imitación social, etc.) y que hacen aparecer –en el nivel psicosocial– reacciones automáticas (defensa, evitación del esfuerzo, etc.). Los aspectos relacionados con la actitud del entrevistado pueden ser (Visauta, 1989) negativos o positivos.

Aspectos negativos.

Visauta distingue dos aspectos negativos en la fase inicial de cualquier entrevista. El primero de ellos está referido a la aceptación o rechazo de la entrevista por parte del entrevistado. Como es de suponer, este aspecto negativo vendrá matizado en función del tipo de entrevista, de quién la solicita y de la proposición de la misma. En segundo lugar, Visauta hace referencia a los mecanismos de defensa del sujeto entrevistado. En relación con este tema, debemos recordar que anteriormente ya se expusieron algunos. Al margen de los ya citados,

podemos señalar los siguientes aspectos específicos que podemos hallar en la realización de la entrevista:

- ▶ “Mecanismo de huida”, que abarcaría desde la negación de la respuesta a la excusa cortés o asertiva, pasando por respuestas no sinceras.
- ▶ Racionalización, mediante la cual el entrevistado ofrece explicaciones en las que cree pero que no se corresponden con la realidad.
- ▶ Proyección en otras personas de sus propias actitudes.
- ▶ Introyección de normas pensando que el orden impuesto se ha elegido personalmente.
- ▶ Identificación, que incita al entrevistado a conformarse con la idea que imagina que el entrevistador tiene de él, y se identifica con una imagen que proyecta.
- ▶ “Complejo reprimido”, mediante el cual se produce un proceso de rechazo de los deseos de los que nos sentimos culpables, pese a seguir presentes.

Aspectos positivos.

Frente a los mecanismos de defensa, se sitúan una serie de procesos que incitan la respuesta del sujeto.

- ▶ Reflejo de cortesía. Se puede identificar un momento “neutral” en el cual, ante la cortesía del entrevistador, los mecanismos de defensa del sujeto no han empezado a funcionar. En este momento el entrevistador se encuentra en la posición idónea para suscitar la postura positiva en el sujeto.
- ▶ Deseo de influir. El entrevistado sentirá impulso de comunicar cuando intuya que su opinión puede influir en el cambio o mejora de aspectos que le interesan.
- ▶ Necesidad de hablar. Lejos de la simple charla, se puede identificar una necesidad, más o menos consciente, de comunicar y ser comprendido.

Aspectos relacionados con la actitud del entrevistador.

La actitud del entrevistador debe ser capaz de estimular las respuestas del sujeto anulando los mecanismos de defensa negativos. Son muchas las recomendaciones teóricas que encontramos en la literatura. García Marcos (1983), siguiendo a Haynes (1978) y Lutz (1978), nos marca los errores más comunes procedentes del entrevistador, observados desde una perspectiva conductual: falta de refuerzo al entrevistado; utilización indiscriminada de refuerzos; utilización de un elevado número de preguntas cerradas en contraste con un porcentaje bajo de preguntas abiertas; dejar que el entrevistado dirija la entrevista por la adopción de una postura pasiva; ejercer control y dirección excesivos; evitar temas delicados por sobreestimación de la fragilidad del entrevistado; indagar varias cosas al mismo tiempo; ignorar la comunicación no verbal e interrumpir el discurso del entrevistado.

Las características que parecen definir a “un buen entrevistador” (Loretto, 1986; Fisseni, 1990; Olabuénaga, 1989) pueden resumirse en las siguientes: tener un plan de entrevista; conocer las variables criterio; poseer información sobre el entrevistado; considerar la distribución del tiempo; asegurar la privacidad; dejar hablar al entrevistado; evitar preguntas sugerentes; ajustar el nivel del lenguaje a la capacidad del entrevistado; ser consciente de sus propios prejuicios e intentar evitar su influencia en juicios y conclusiones; evitar la discriminación; saber cómo y cuándo terminar la entrevista y registrar los hechos durante la misma y los juicios e impresiones inmediatamente después. A las que Visauta (1989) añade la capacidad de despertar interés e inspirar confianza en el entrevistado. Autores como Rogers (1966) destacan, como cualidad principal en el entrevistador, la actitud de comprensión. Para ello, señalan aspectos como la simpatía, el interés por el entrevistado, aspectos físicos como la mirada, la expresión o la atención.

Aspectos relacionados con la interacción entrevistador-entrevistado.

Aspectos procedentes del entrevistado.

Podemos identificar dos tipos de reacciones en el entrevistado que dependen de su relación con el entrevistador, mientras que otras dependen de la propia situación de entrevista. Así, Hyman (1971) distingue dos tipos de situaciones: aquellas en las que el entrevistado está preocupado por cómo responder a las preguntas, y aquellas en las que la preocupación del entrevistado se centra en su relación con el entrevistador, de manera que la validez de las respuestas estará en función de la presencia del entrevistador o de sus reacciones, de la idea que el entrevistado tiene de las mismas, etc.

Aspectos procedentes del entrevistador.

En este caso, nos encontramos con dos tipos de situaciones: las reacciones del entrevistado ante el aspecto exterior del entrevistador y las opiniones del entrevistador y la forma en que las percibe el entrevistado.

Selección, formación y motivación del entrevistador.

El éxito de una entrevista puede estar determinado por un proceso previo de selección, formación y motivación del entrevistador. Sobre este particular no existen unas reglas fijas, y el tipo de entrevista determinará en gran parte dicho proceso; sin embargo, podemos encontrar en la literatura algunas orientaciones sobre este particular.

Selección.

Kropff (1981) identifica como aspectos favorables que hay que considerar en la selección de los entrevistadores: el aspecto simpático, capacidad de adaptación, perseverancia, honradez y disciplina, orden y método, inteligencia flexible, cierto nivel de cultura y un espíritu incansable. Como aspectos negativos señala la timidez, defectos físicos notables, raza, sexo o

edad en determinados casos, y opiniones extremas.

Formación.

Parafraseando a Silva (1994), "no sirve de nada subrayar sesgos y limitaciones, consejos y recomendaciones, si no subrayásemos a la vez la necesidad de preocuparse por la formación del entrevistador". El proceso de formación supone, en primer lugar, la toma de conciencia por el entrevistador de su propia actitud y de las interacciones propias de la entrevista. Como métodos de formación más utilizados podemos señalar las entrevistas registradas y controladas, seguidas de crítica a veces en forma de discusión de grupo; comparación de resultados entre distintos entrevistadores y ejemplificación de la dirección de entrevista llevada a cabo por entrevistadores experimentados.

Motivación.

La motivación del entrevistador puede situarse en el interés por la propia encuesta y por la investigación. En el primer caso, resulta de suma importancia la labor del responsable de la investigación como persona informante, de contacto y ayuda ante las dificultades. Pero si el contenido debe motivar, en mayor medida habrá de hacerlo el marco global de la investigación en la que se inserta, aunque pueda tener como contrapartida negativa la propia objetividad del entrevistador.

Tipos de entrevistados.

Si el objetivo de cualquier investigador es encontrar al entrevistador ideal, en el caso de los entrevistados suele suceder que el interés se centra en encontrar la mayor variedad posible de personas. Así, el entrevistador deberá estar capacitado para guiar adecuadamente la entrevista sea cual sea el perfil del entrevistado.

– *Contenidos de la entrevista.*

Criterios de calidad –objetividad, fiabilidad y validez–.

Son muchos los autores (Schmidt y Kesler, 1976; Olabuénaga, 1989; Fisseni, 1990; Silva, 1994) que dedican su tiempo a analizar los criterios de fiabilidad y validez de las téc-

nicas cualitativas. Fisseni (1990) recoge las recomendaciones para mejorar la fiabilidad de las entrevistas. Desde un punto de vista formal, afirma que las entrevistas estandarizadas son más fiables que las no estandarizadas; la batería de preguntas sobre un mismo tema ofrece datos más fiables que las preguntas formuladas de modo aislado; las entrevistas repetidas por el mismo entrevistador ofrecen datos más fiables que las realizadas por distintos entrevistadores y que las informaciones globales son más fiables que las detalladas. Desde el punto de vista del contenido, Fisseni señala que los hechos se informan de modo más fiable que las opiniones; la información sobre el presente es más fiable que la del pasado; los hechos en los que el entrevistado está interesado de modo personal son más fiables que los neutros, y que los datos cualitativos son más fiables que los datos cuantitativos de frecuencia.

Silva (1994), siguiendo a Schmidt y Kesler, 1976, ordena las características que mejoran la calidad de la información obtenida en función de su aportación principal a la objetividad, la fiabilidad y/o la validez de la entrevista, sin que –tal y como el mismo autor afirma– puedan ni deban ser tomadas como excluyentes. Así, identifica como características que mejoran la objetividad: estructuración de preguntas y respuestas; utilización de características de registro claramente definidas; ordenación de las respuestas en esquemas o pautas; unidad de perspectivas de juicio entre los distintos entrevistadores y el entrenamiento en el registro y tabulación de los datos. Como características que mejoran la fiabilidad: la estimación de las bases motivacionales de la respuesta; utilización de “racimos de preguntas”, más que preguntas aisladas; claridad en la especificación temporal de las preguntas; indagar sobre acontecimientos objetivos o indicadores observables de la conducta; facilitar al entrevistado la posibilidad de contrastar la adecuación de sus respuestas. Finalmente, como características que mejoran la validez: ofrecer instrucciones y aclaraciones que centren al entrevistado en los temas que se van a tratar; claridad en la

formulación de las preguntas y utilización de lenguaje comprensible; facilitar alternativas en las respuestas; utilizar preguntas circunscritas a intervalos temporales y acontecimientos concretos; preferencia de indicadores observables de la conducta; intentar detectar y neutralizar las tendencias de respuesta; asegurar la confidencialidad de la información y el secreto profesional; abrir la posibilidad de contrastación de las respuestas y evitar las sugerencias.

Aspectos técnicos y prácticos.

Recogida de datos.

Una vez más, no existe un criterio unánime sobre el método ideal de recogida de información. Las posiciones abarcan desde aquellos que defienden la toma de notas de prácticamente todo lo que dice el entrevistado, hasta aquellos que sostienen la conveniencia de anotar lo significativo una vez concluida la entrevista; en el centro, se sitúan aquellos que defienden que tomar notas no sólo no altera, sino que facilita el proceso gracias a la motivación que provoca en el sujeto.

► Entorno físico.

Una vez controlada la privacidad de la entrevista, se deben tener en cuenta aspectos como la iluminación, el mobiliario, el ruido, las dimensiones del local, etc.

► Presentación de la entrevista.

Como ya hiciéramos en el cuestionario, observamos ahora los problemas que pueden identificarse en torno a los entrevistados a la hora de presentar el instrumento cualitativo.

► Introducción o presentación de la entrevista.

Al igual que sucediera en la técnica cuantitativa, para prevenir la reacción defensiva, desconfiada o de hermetismo del entrevistado y despertar su interés, colaboración y motivación, la presentación inicial debe ser eficaz. Para ello se cuidará una presentación clara y breve –tanto de la entrevista como del propio entrevistador– que identifique las metas y resuelva dudas u objeciones del sujeto. Pueden

y deben incluirse como informaciones la identificación del promotor del estudio, los objetivos perseguidos, el interés y la necesidad de colaboración del sujeto y, más importante aún si cabe, la garantía de anonimato.

► Composición de la entrevista.

Debido a la dinámica de la entrevista, la composición y el ritmo de la misma determinan su éxito. Pero las preguntas son el resultado de un diseño previo, vinculado con los objetivos perseguidos; separar las normas de construcción de las preguntas de las reglas para la formulación de las mismas con independencia de sus mutuas relaciones es un defecto que se ha ido corrigiendo poco a poco (Crano y Brewer, 1977). Además del método, otros aspectos que hay que considerar en la recogida de datos son el lenguaje utilizado durante la entrevista, que debe ser familiar a ambos –entrevistado y entrevistador–, sin que uno condicione el otro; la formulación de las preguntas y su organización y ordenación. En este sentido, Cannell y Kahn (1968) proponen, como normas generales, las siguientes:

Es preferible una batería de preguntas a una pregunta única, sobre todo si el tema es muy complejo y se posee poca información científica sobre el mismo.

Igualmente, variar las posibilidades de respuesta, pues existe cierta tendencia a elegir la que se presenta en primer lugar.

Guardar coherencia en la presentación de las preguntas.

Ordenar las preguntas con la “técnica del embudo”, de lo general a lo específico.

► Contenidos de las preguntas.

Pueden abarcar un gran número de cuestiones, dependiendo de los objetivos. Selltitz (1965) identifica los siguientes contenidos: relacionados con hechos vividos por el entrevistado; relacionados con juicios o ideas sobre los hechos; sobre sentimientos y deseos; sobre factores conductuales; valoraciones de la propia conducta; y sobre el fundamento racional de

creencias, sentimientos y comportamientos del entrevistado.

► Forma de las preguntas.

Dependiendo del contenido de la entrevista y los objetivos perseguidos, las formas más usuales que adoptan las preguntas son las siguientes:

Preguntas cerradas o de alternativa fija (alternativas de respuesta ya elaboradas).

Preguntas abiertas. Caracterizadas por la posibilidad de respuesta libre.

Preguntas de tránsito y acceso. Destinadas a conseguir un buen clima, se utilizan principalmente al principio de la entrevista, para iniciar un contacto amistoso, o cuando se pretende acceder a preguntas enojosas y difíciles.

Preguntas filtro. Su función es la de seleccionar respuestas o poblaciones.

Preguntas de consistencia. Muy relacionado con la fiabilidad de las respuestas, aseguran su veracidad; suele repetirse una pregunta enmascarada bajo distintas formulaciones para evaluar la consistencia del entrevistado.

c) Criterios y precauciones observados en los instrumentos de medida utilizados en esta investigación.

– *Presentación.*

Sería ridículo culpar a Newton de una teja que cae y hiere al transeúnte, o culpar a los astrónomos de que haga frío en invierno y calor en verano; pero a cada momento se oye, y es arma enmohecida de una escuela caduca, culpar a un sistema científico de tales o cuales desastrosas consecuencias, como si fuera fin de la ciencia lo que debe ser (o creemos que debe ser) y no lo que es. La teoría, repito, no es más que la práctica sometida a leyes, y reaccionando sobre esta. Quien sabe cómo y por qué hace lo que hace, puede hacerlo mejor... Se necesita haber perdido el juicio para pensar en algo de otro modo de como pensaron

las largas generaciones de hombres prácticos... ¡Dios nos libre de tropezar con tales gentes! (Unamuno, 1886).

¡Dios nos libre de hacer tropezar al maestro Unamuno con nuestro trabajo! Para ello, con la debida modestia que imponen estas situaciones, y partiendo de la inmejorable premisa crítica de que quien sabe cómo y por qué hace lo que hace, puede hacerlo mejor, mostramos a continuación el modo en que los conocimientos y enseñanzas provenientes de la literatura han pretendido ser llevados a efecto en el diseño de nuestro instrumento de investigación.

- *Criterios y precauciones relativas al diseño de los instrumentos de medida cuantitativos –CINCOVE–.*

Criterios generales del formato de presentación.

- ▶ Como veíamos en las páginas precedentes, la presentación del cuestionario de cara a los sujetos encuestados resulta de suma importancia para prevenir la reacción desconfiada y despertar su interés suscitando su colaboración y motivación. Con esta finalidad, la portada que inicia el cuestionario pretende ser clara y breve:
 - Identifica a los encuestadores como pertenecientes a la Universidad Autónoma de Madrid mediante su logotipo, aunque se omitió expresamente la procedencia de la Facultad de Psicología para evitar falsas expectativas.
 - Identifica la meta, aunque para evitar la susceptibilidad de los sujetos habla de “aspectos relacionados con la juventud madrileña” y no identifica claramente la conducta de estudio “violencia exogrupal juvenil”.
 - Resalta el interés y la necesidad de la colaboración del sujeto.
 - Garantiza el anonimato.
 - Identifica de modo numérico el cuestionario. Esta precaución se tomó únicamente con la finalidad de poder llevar un control en el segundo momento del pase, de mane-

ra que a cada cuestionario de interés para los objetivos perseguidos se le asignaba el número correspondiente del primero.

- ▶ Considerando la población de destino, se buscó el diseño de un cuestionario que resultara atrayente. Para ello se utilizó una tipografía poco habitual, se introdujeron las preguntas mediante símbolos (lo cual, además, permitía la identificación clara de los ítems) y se utilizaron como separadores secuencias gráficas apropiadas. Todo ello en la creencia de que, si bien redundaba en la longitud del cuestionario, resultaba de mayor interés para el encuestado.
- ▶ En la idea de evitar la retracción defensiva a “empeñarse” en el cuestionario, los encuestadores estaban claramente concienciados de la necesidad de disponer del tiempo que fuera necesario para explicar su procedencia, su independencia respecto a la institución educativa (en caso de la pasación en centros escolares), los objetivos, motivar a los sujetos y garantizarles el anonimato. Esta disposición de tiempo resultaba de suma importancia, ya que se debía conseguir una motivación añadida al ser precisa su colaboración en un segundo momento. La explicación de esta secuencia de aplicación resultó muy importante para poder anticipar la petición de una serie de datos personales (iniciales y fecha de nacimiento) que permitieran la unión de los dos cuestionarios, a la vez que impedían su identificación.
- ▶ La presentación general del cuestionario contempla la inclusión, cada cierto tiempo, de indicaciones relativas bien sobre la forma de responder, bien sobre el tema tratado, bien sobre ambas. En los casos en los que el enunciado general precede a varios ítems de respuesta –valoración general, por ejemplo– se introdujo una distinción gráfica para que quedara patente que el ítem hacía referencia al enunciado.
- ▶ Para combatir el efecto de la longitud del cuestionario, los encuestadores, en la presentación del mismo, hacían mención de

una manera clara y expresa a la misma, motivando al sujeto al hacerle ver la rapidez con que se avanza en las respuestas.

- ▶ Otro problema anticipado, relacionado con la longitud del cuestionario, fue la posibilidad de que, en la pretensión de acabar cuanto antes, se definieran como “no violentos” sujetos que realmente lo fueran. Como puede observarse, en determinado momento los sujetos son filtrados según su clasificación de “violentos” o “no violentos”; teniendo en cuenta que, dado el objeto de la investigación, los sujetos interesantes para nosotros eran los primeros, y para evitar tendencias de respuesta erróneas, se decidió “hacer saltar” a los sujetos definidos como “violentos”. La experiencia mostró lo errado de nuestra precaución, ya que, más que evitar la respuesta, el error más común de los sujetos fue el de contestar a todas las preguntas, incluso aquellas que no debían. En estos casos, se procedió a un trabajo posterior, y previo a la codificación, de eliminación de dichas respuestas.

Criterios relativos a la formulación de los ítems.

- ▶ Antes de comenzar a formular los ítems del cuestionario, se han introducido dos páginas de instrucciones sobre el modo correcto de cumplimentación del mismo. En la idea de evitar suspicacias y reacciones defensivas que desvíen la atención del objeto de dichas instrucciones, se han ejemplificado todos y cada uno de los modelos de escala que el sujeto iba a encontrar posteriormente mediante ejemplos imparciales, tales como “salir de excursión” o “tomar café”.
- ▶ La conducta de estudio –“pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo”– se ha formulado completamente en los ítems que hacían referencia a la misma, de modo que el sujeto tuviera claro el tipo de comportamiento aludido.
- ▶ Igualmente, y pese a los inconvenientes que veíamos sobre el hecho de personalizar las preguntas, y dada la naturaleza de la investigación, se ha intentado centrar permanentemente el foco de atención del sujeto sobre sí mismo partiendo del postulado teórico (Gibbons, 1978; Pryor *et al.*, 1977; Scheier y Carver, 1980; Swann, 1976 y Wicklund, 1982) de que la capacidad predictiva del modelo aumentará en la medida en que el sujeto se base en su propia experiencia a la hora de responder a los distintos ítems. Para ello, se ha utilizado la primera persona de cada tiempo verbal y el pronombre correspondiente.
- ▶ Como norma general, tanto la formulación de las preguntas como la de las respuestas se ha realizado de manera que contengan una sola idea, evitando las formulaciones y/o. Igualmente, se han homogenizado todos los tiempos verbales. Por fin, y en la medida en que ha resultado posible, se han situado los ítems de modo que la escala de respuesta no variara de una pregunta a la siguiente. De la misma manera, se homogeneizaron los polos de las escalas.
- ▶ En los casos en que los ítems hacían referencia al “último año” como periodo temporal, se utilizó la formulación “los últimos 12 meses” para evitar que los sujetos tomaran como referencia el periodo que abarca desde enero hasta la fecha de realización.
- ▶ Cuando se han querido averiguar aspectos del grupo del sujeto, se ha centrado, bien en “el grupo con el que sales habitualmente (te sientes más unido)” o bien en “el grupo con el que vas a pegar”, para tener la certeza de que nos hablaba de ese grupo en concreto y no de otro, o porque el violento no existe, o éste no es el grupo con el que sale habitualmente.
- ▶ En el caso concreto de la obtención de las creencias conductuales del sujeto acerca de la conducta de estudio, se ha utilizado el tiempo verbal futuro –condicional, en concreto– para obtener una medición de las expectativas del sujeto acerca de la conducta, esto es, de las consecuencias percibidas de la acción. En el caso de la valoración de

dichas consecuencias, sin embargo, se ha utilizado el tiempo verbal presente para obtener una medición actual y evitar de este modo la evaluación como expectativa.

Finalmente, para evitar que el sujeto otorgara una opinión social en lugar de la opinión personal, se ha centrado siempre al sujeto mediante la utilización de los pronombres personales correspondientes.

- ▶ Una precaución observada a lo largo de todo el instrumento ha sido la introducción constante de párrafos que recordaran al sujeto el anonimato de sus respuestas, el objeto de estudio y el modo de respuesta correcto.

Criterios relativos a la ordenación de los ítems.

- ▶ Se ha utilizado una estrategia mixta, que se podría denominar “técnica del doble embudo”, que comienza con preguntas generales, de poca implicación personal, para avanzar de modo paulatino hacia contenidos más específicos y controvertidos, y finalizar con un conjunto de preguntas suaves y también con escasa implicación personal. Esta última fase pretendía mantener o incrementar el clima positivo de confianza y refuerzo recíproco que facilitara una nueva colaboración.
- ▶ La ordenación de los ítems parte de una combinación secuencial de batería de preguntas organizadas por temas, en las que cada una se suele iniciar mediante las preguntas más sencillas. Igualmente, se ha intentado que no se produjeran saltos de página que dejaran ítems de respuesta en la página siguiente al enunciado de la pregunta. Cuando ha ocurrido esto, se han introducido de nuevo los enunciados correspondientes.
- ▶ Para evitar el efecto de halo o de contaminación, se han situado determinados ítems alejados unos de otros (medición de la intención, del control percibido, etc.).
- ▶ Los resultados del pilotaje del cuestionario, indicaron la conveniencia de situar al referente “tu pareja” detrás del resto de referentes para que sea identificado como distinto

a las categorías “otras personas que pegan/ no pegan” y “amigos con los que va a pegar” o de los “amigos con los que sale habitualmente”.

- ▶ La medición de expectativas y la medición de la motivación para asumirlas –en el caso de la medición del componente normativo– se han separado en el instrumento para evitar la coherencia en la respuesta por parte del sujeto.
- *Criterios y precauciones relativas al diseño de los instrumentos de medida cualitativos –Entrevista–.*

En un intento de soslayar las propias limitaciones de la técnica cualitativa seleccionada, el diseño de la entrevista utilizada estuvo guiado por una serie de criterios y se adoptaron –tanto para su diseño como para su aplicación– las precauciones que, relacionadas con distintos aspectos, se indican a continuación.

Precauciones generales del diseño y contenidos de la entrevista.

Siguiendo las aportaciones de distintos autores (Fiedler, 1974; Pope, 1979; Schmidt y Kessler, 1976; Silva, 1994), se adoptó una serie de precauciones –a modo de estrategias globales susceptibles de ser utilizadas en caso necesario– relacionadas con los contenidos que se iban a tratar, con el fin de mejorar la calidad de la información:

- ▶ Como ya se ha comentado anteriormente, utilizamos la técnica del “doble embudo” para el desarrollo de la entrevista. Para facilitar la precisión de la narración por parte del sujeto, se siguió un orden cronológico sobre los temas tratados, desde los acontecimientos más lejanos a los más actuales.
- ▶ En aquellos casos en los que se observaban dudas o imprecisiones en las contestaciones del sujeto, se utilizaron diversos recursos para poder aclarar la información obtenida; así, por ejemplo, se utilizaron como estrategias el “recurso al ejemplo”, el “reconocimiento” (evitando sugerir la respuesta) o “comportamientos dramáticos”, en los que

el entrevistador adoptaba el rol pertinente para la ejemplificación.

- ▶ La forma de realizar la entrevista ha sido deliberadamente poco dirigida, que permitiese al informador estructurar personalmente su respuesta, bien respondiendo de forma abstracta, mediante declaraciones formales y conceptos generales, o de forma concreta, mediante ejemplos y situaciones determinadas. Otra medida adoptada para propiciar la espontaneidad fue la mencionada estructuración en bloques de preguntas que facilitaba un suave incremento del nivel de compromiso y de implicación personal en sus respuestas. Se trataba de cumplir con el requisito de respuesta a todas las cuestiones, pero se concedía la máxima libertad al sujeto para expresarse libremente. Únicamente cuando reiteraba contenidos ya expresados se aprovechaba cualquier opinión para enlazarla con la siguiente pregunta.
- ▶ El grado de estructuración de entrevista fue "medio", es decir, se aplicó el guión previamente diseñado, pero se concedió amplia libertad al entrevistado para dirigir la entrevista a los contenidos más apetecibles o pertinentes para él. Esta moderada estructuración facilitó la categorización de las respuestas y el posterior análisis conjunto de todas las réplicas de los sujetos a las diferentes categorías de interés.

Precauciones generales de la Preparación del instrumento.

La labor principal de la preparación de la entrevista consistió, fundamentalmente, en definir y seleccionar los criterios de evaluación –qué se va a evaluar– (Shouksmith, 1968). Esta tarea previa permitió el establecimiento de los objetivos, lo que nos otorgaba las pautas de dirección de la entrevista. Los criterios generales seguidos por los entrevistadores para la preparación de la entrevista fueron los siguientes (Morgan y Cogger, 1977):

- ▶ Preparación de la entrevista por parte de los entrevistadores (entrenamiento en el manejo de las variables criterio).

- ▶ Preparación de la presentación de la entrevista de cara al entrevistado (indicaciones sobre la duración y demás aspectos procesuales de la entrevista; presentación breve pero completa, tanto del entrevistador como de los objetivos perseguidos; indagación de las expectativas, dudas y comentarios que sobre la entrevista presentara el sujeto, a la vez que se resaltaba el interés y la necesidad de la colaboración del sujeto y compromiso de confidencialidad).
- ▶ Entrenamiento del entrevistador acerca del manejo de los contenidos que se iban a tratar, de sus principales características y de las distintas técnicas empleadas (técnica del "doble embudo", orden cronológico sobre los temas tratados, estrategias como el "recurso al ejemplo", el "reconocimiento", etc., poco dirigida, grado de estructuración "medio").
- ▶ Estudio de la información obtenida acerca del sujeto que se va a entrevistar, con la finalidad de maximizar los recursos disponibles, poder planificar la entrevista y ofrecer al sujeto una impresión de interés en su persona por parte del entrevistador.
- ▶ Planificación de la entrevista en función del tiempo disponible.

En cuanto a la preparación de la segunda entrevista, los criterios generales fueron los mismos que en la situación inicial, a los que se añadían los siguientes:

- Análisis de la entrevista anterior.
- Establecimiento de información necesaria de aclaración o ampliación por parte del entrevistado e indagación profunda de nuevas variables, procesos, o de su interacción.

Precauciones generales de la presentación de la entrevista.

Como ya se explicó anteriormente (ver apartado de "Procedimiento"), la aplicación de la técnica cualitativa tuvo lugar tras la realización de una fase previa de captación de los sujetos

susceptibles de ser entrevistados. En ella, los sujetos recibieron –por parte de los captadores implicados– las indicaciones sobre objetivos, duración y demás aspectos procesuales de la entrevista. Por ello, una vez que el sujeto aceptaba las condiciones impuestas y acudía a la entrevista, ya contaba con la información necesaria para su realización; pese a ello, el entrevistador hacía una presentación que sirviera de recordatorio de lo ya aceptado por el sujeto. Seguidamente indicamos, brevemente, los criterios generales observados por los entrevistadores en relación con la presentación de la entrevista.

- ▶ Al igual que veíamos en los criterios de creación del CINCOVE, la presentación de la entrevista a los sujetos entrevistados ayuda a prevenir la reacción desconfiada y a despertar su interés suscitando su colaboración y motivación. Para lograr este objetivo, se introdujo la entrevista mediante una presentación breve pero completa, tanto del entrevistador –como investigador de la Universidad Autónoma de Madrid– como de los objetivos perseguidos –se identificaba claramente la conducta de estudio como “violencia exogrupal juvenil”– y el proceso que iba a tener lugar.
- ▶ Con el fin de reducir la posible ansiedad del entrevistado y crear una atmósfera agradable (Nay, 1979), se dedicó un tiempo prudencial a la indagación de las expectativas, dudas y comentarios que sobre la entrevista presentara el sujeto, a la vez que se resaltaba el interés y la necesidad de su colaboración.
- ▶ Se puso especial empeño en aclarar al sujeto que no se pretendía juzgar sino conocer, en la pretensión de buscar contestaciones espontáneas, evitar las situaciones embarazosas y perseguir un clima relajado y de confianza.
- ▶ Una vez más, junto a las indicaciones que el sujeto había recibido por parte del captador, se volvía a asumir personalmente el compromiso de confidencialidad con la información

otorgada, al tiempo que se reiteraba la petición de recogida de datos en soporte magnético.

- ▶ Finalmente, se alentaba al sujeto a ponerse cómodo en el asiento y a solicitar cualquier cosa que le resultara necesaria para sentirse a gusto (bebida, tabaco, etc.).

Precauciones relativas a la formulación de las preguntas.

La situación de entrevista es un acto relacional, sensible al modo en que son formuladas las preguntas. Pero éstas son el resultado de un diseño previo, vinculado con los objetivos que se persiguen. Separar las normas de construcción de las preguntas de las reglas para la formulación de las mismas, con independencia de sus mutuas relaciones, es un defecto que se ha ido corrigiendo poco a poco (Crano y Brewer, 1977).

Las normas que se han de tener presentes en el diseño y formulación de preguntas son una preocupación constante de la literatura socio-técnica (Payne, 1951; Kahn y Cannell, 1957; Goode y Hatt, 1970; Festinger y Katz, 1972, 1992). En nuestro caso, recogiendo algunas de dichas sugerencias, adoptamos las precauciones detalladas a continuación.

- ▶ La formulación de las preguntas pretendió hacerse de modo sencillo, claro y directo; se buscó un ambiente cálido y accesible al entrevistado mediante la utilización de un lenguaje común y fluido.

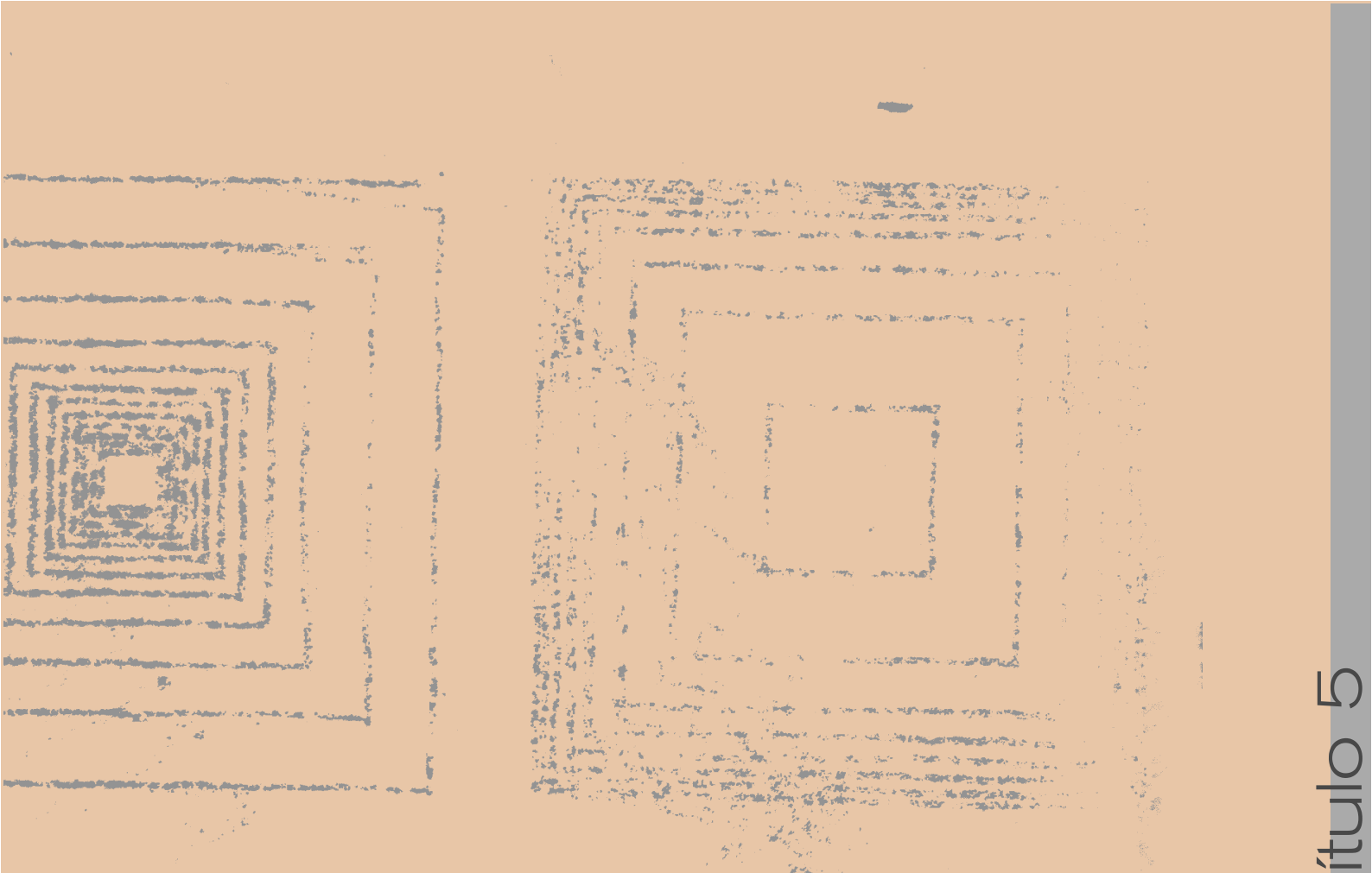
Este aspecto fue especialmente cuidado mediante el replanteamiento, tras el análisis de las dos primeras entrevistas realizadas, de la estrategia de entrevista.

Fruto de dicho “pilotaje”, se consideró necesario establecer un vocabulario alternativo que debería utilizar el entrevistador para manejar conceptos técnicos relacionados con la investigación, un inventario de estrategias positivas para utilizar y de aspectos que se debían evitar y, finalmente, aclarar –en lenguaje coloquial– los conceptos manejados por el entrevistador.

- ▶ Al igual que se hiciera en el instrumento cuantitativo, las preguntas planteadas durante la entrevista contenían una única formulación. Dicha formulación se realizó de modo general para evitar la sugerencia de respuesta.
 - ▶ El diseño y formulación de los ítems pretendió ser lo suficientemente atrayente como para mantener el interés de los entrevistados. Igualmente, se tuvo en cuenta –gracias a la información previa de que se disponía de cada uno de los sujetos– el nivel socio-cultural de los entrevistados para adaptar el lenguaje utilizado por el entrevistador en función del nivel formativo supuesto en el sujeto.
 - ▶ Pese a los inconvenientes que veíamos sobre el hecho de personalizar las preguntas, y dada la naturaleza de la investigación, se ha intentado centrar permanentemente el foco de atención del sujeto sobre sí mismo (Gibbons, 1978; Pryor *et al.*, 1977; Scheier y Carver, 1980; Swann, 1976 y Wicklund, 1982), al igual que se hiciera en el instrumento cuantitativo.
 - ▶ Dada la imposibilidad –debido al objeto de investigación– de evitar preguntas comprometedoras, se puso especial empeño en aclarar al sujeto que no se intentaba juzgar sino conocer, en la pretensión de buscar contestaciones espontáneas, evitar las situaciones embarazosas y perseguir un clima relajado y de confianza.
- En relación con este aspecto, los entrevistadores coincidieron de manera unánime en afirmar que en la segunda entrevista –una vez experimentada la situación– los sujetos se mostraban más abiertos, confiados y confidentes.
- ▶ En aquellos casos en los que se detectó un nivel cultural bajo, además de adecuar el lenguaje, el entrevistador adoptó un modelo menos dinámico de entrevista a través un estilo más directo, específico y dirigido.
 - ▶ Como ya se hiciera en el instrumento cuantitativo, la ordenación de las preguntas parte de una combinación secuencial de batería de preguntas organizadas por temas, en las que se cada una se suele iniciar mediante las preguntas más sencillas.
 - ▶ Para centrar al sujeto en la conducta de estudio, se utilizó la formulación de la misma, evitando el uso de sinónimos, pese al carácter –poco deseable socialmente– de la conducta. Así, se utilizaron las formulaciones “has pegado”, “pegáis a...”.
 - ▶ Del mismo modo a como se hiciera en el CINCOVE, cuando se han querido averiguar cosas del grupo del sujeto, se ha centrado bien en “el grupo con el que sales habitualmente (te sientes más unido)” o bien en “el grupo con el que vas a pegar” para tener la certeza de que nos hablaba de ese grupo en concreto y no de otro, porque el violento no existe o porque éste no es el grupo con el que sale habitualmente.
- Terminación de la entrevista.**
- En nuestro caso, la terminación de la entrevista no estuvo presidida en ningún momento por imprevistos, ya que debido al método de captación de los entrevistados no encontramos ningún tipo de negativa tajante a responder o contestaciones evasivas a los temas que obligaran a suspender la entrevista. Teniendo en cuenta la necesidad de abrir e incentivar el segundo contacto con el entrevistado, se puso un cuidado especial en el método de terminación de la entrevista.
- En primer lugar, se reservó un tiempo adicional para plantear inconsistencias o vacíos observados en la información recogida. Esto nos permitió la reflexión de los sujetos sobre los distintos aspectos manifestados y provocó como efecto colateral una mayor precisión de las observaciones durante la segunda entrevista.
- Posteriormente, además de los agradecimientos por la colaboración, se dedicó un tiempo añadido –y previamente planificado– para la charla informal con el sujeto acerca de distintas

cuestiones; por ejemplo, se utilizaron recursos relacionados con la opinión del sujeto sobre el transcurso de la entrevista, sobre posibles momentos o circunstancias para la realización de

la segunda entrevista, o bien sobre cualquier duda, aclaración o comentario que deseara realizar el sujeto. Todo ello con el objetivo de crear un clima cordial.



Investigación empírica. Estudio cualitativo

Investigación empírica. Estudio cualitativo

1. INTRODUCCIÓN

El clima social en el que se desarrolla el niño resulta tan importante para él como el aire que respira. El grupo al que pertenece es la base que lo sostiene. Su relación con él y su estatus dentro de él son los factores más importantes en su sentimiento de seguridad o inseguridad. No es extraño que el grupo del que la persona forma parte y la cultura en la que vive determinen en alto grado su conducta y su carácter. Esos factores sociales definen el espacio de movimiento libre que posee y lo lejos que puede mirar con alguna claridad hacia el futuro.

Kurt Lewin, 1948

La vida en comunidad consiste en la posesión y el placer mutuos, así como en la posesión y el goce de los bienes comunes. La voluntad de posesión y de placer es la voluntad de protección y defensa. Bienes comunes-males comunes; amigos comunes-comunes enemigos.

Tönnies, 1979

Las dos citas anteriores tienen la común virtud de centrar la atención en la importancia que tienen los grupos y la comunidad de referencia en la socialización de los seres humanos. Una afirmación que, pudiendo parecer obvia, refleja uno de los aspectos más olvidados en la práctica social de las últimas décadas. Las políticas "sociales" han sido desarrolladas en buena parte desde ejes de actuación "individualistas", concediendo al individuo, o al

menos suponiendo que los posee, un poder o una responsabilidad casi omnímodos para triunfar o fracasar. Esta tendencia (de gran predicamento en los países anglosajones) a creer en la existencia de un "mundo justo" (Lerner y Miller, citado en Furnham y Procter, 1989) que induce a suponer, por ejemplo, que tras cada sujeto desadaptado o marginal se oculta la desmotivación, la discapacidad o simplemente la maldad individual, obedece a un desconocimiento, más o menos intencionado, de la naturaleza interdependiente de los humanos, uno de cuyos miedos ancestrales más ominosos es el vacío social. Pero las relaciones sociales suelen presentar consecuencias dispares, desde la competición más exacerbada a la colaboración más entusiasta y desinteresada.

Desde estas premisas, algunas cuestiones emergen de forma casi espontánea: ¿Cuáles son los cimientos de una sociedad plural y multifacética como la que parece que estamos abocados a desarrollar? ¿Cómo podemos hacer compatible la libertad y la igualdad de las personas y de las comunidades que componen esa sociedad? ¿En dónde reside la clave para convertir la democracia formal en una democracia participativa y plural? ¿Qué condiciones individuales, grupales y sociales son responsables de la injusticia, de la desesperanza, de la violencia y de los conflictos destructivos? ¿Qué medidas pueden adoptarse para prevenir estos problemas, qué estrategias deben aplicarse para resolverlos o paliarlos? Se trata de cuestiones de múltiples resonancias que, sin embargo, se hallan enlazadas entre sí, y vinculan a individuos, colectivos, naciones y

culturas, a través de la convivencia cotidiana y de la necesidad de compartir o competir por objetivos, recursos y esperanzas. Se trata, en suma, de preguntas que adquieren más importancia, mayor cercanía afectiva y carácter decisivo cuanto mayor es la interdependencia entre las personas y los grupos sociales que componen una colectividad o comunidad. Las respuestas a estas preguntas son hitos del conocimiento y tránsitos a la solución de los problemas y a la satisfacción de las necesidades de los colectivos y de las personas que los componen. El planteamiento de estas cuestiones tiene especial importancia para los colectivos marginados, sean por “estigma de cuna” y/o por “inadaptación social”.

Estos últimos procesos no son ajenos al olvido (más o menos explícito) de la naturaleza social del hombre, la decisiva importancia del entorno socializador inmediato y de sus distintas formas de influencia en el desarrollo de conductas, actitudes, normas y valores.

La naturaleza del proceso por el que el individuo llega a ser criminal, por ejemplo, parece ser básicamente idéntica al proceso por el que un individuo normal se conduce de manera honesta; lo que cuenta es el efecto que sobre el individuo han ejercido las circunstancias de su vida, la influencia del grupo en el que ha crecido. (Lewin, *op. cit.*),

Si, en efecto, el marco psicosocial en el que se desenvuelve el ser humano resulta determinante para explicar su comportamiento, parece obvia la necesidad de conocer las principales características sociales en que se desenvuelven. No obstante, este conocimiento se encuentra fuertemente mediatizado por un hecho trascendental: la preeminencia de la interpretación subjetiva de los acontecimientos sobre la pretendida objetividad de alguno de ellos. El sujeto no es un receptor pasivo de influencias sociales, ni responde a ellas de manera mecánica, sobre todo, si de la interpretación que haga de la situación y de su comportamiento se desprenden consecuencias importantes para él o para las personas y grupos social y afectivamente cercanos. Las personas son en-

tes activos que, según su experiencia anterior, atienden selectivamente a las situaciones sociales más relevantes, las interpretan dotándolas de un significado personal y social con el que responder adaptativamente a las demandas del medio. La importancia del entorno grupal y comunitario y de la interpretación subjetiva de sus condicionantes es uno de los principios básicos de la investigación psicosocial pero se extiende complementariamente a la planificación, la implementación y evaluación de las intervenciones en problemas sociales, sobre el que existe un amplio acuerdo entre los especialistas (Ander-Egg, 1993; Sánchez Vidal, 1993; Martín, 1998; Clemente, 1992; Pérez Campanero, 1991).

2. BASES TEÓRICAS DE PARTIDA

2.1. Justificación del abordaje cualitativo

La realidad es compleja y plural, su conocimiento exige diferenciación y análisis constante. En el Estado Natural descrito por J. J. Rousseau no hay un “parecer” distinto al “ser”, no hay una apariencia ocultando lo esencial. En opinión de Ayala, el lenguaje humano, simbólico, tiene carácter performativo; esto es, el hombre, al hablar, es el creador de la realidad misma que con sus palabras está mentando (Ayala, 1996). El análisis cualitativo se encuentra fundamentado sobre los principios del paradigma hermenéutico, su objetivo es el proceso de construcción social mediante la reconstrucción de conceptos y acciones que permitan la descripción y comprensión de los medios por los que los sujetos realizan determinadas acciones. El análisis cuantitativo, por su parte, se fundamenta en el paradigma positivista, basado en la certeza del conocimiento obtenido mediante medidas e identificaciones objetivas que provienen de unas regularidades susceptibles de ser formuladas mediante leyes o relaciones empíricas (Gummesson, 1991).

Lejos de la polémica que opone la investigación cuantitativa y la cualitativa, coincidimos

con todos aquellos autores (Harrison, 1994; Cook y Reichardt, 1986; Douglas, 1981, entre otros) para quienes la integración de las técnicas cuantitativas y cualitativas no sólo es deseable sino, además, inevitable; considerando “un error de perspectiva paradigmática” (Cook y Reichardt, 1986) conceptualizar la metodología cuantitativa y la metodología cualitativa como métodos antagónicos, ya que –siguiendo a dichos autores– la utilización conjunta de ambas potencian la investigación ante la posibilidad que se nos ofrece de prestar atención a los diversos objetivos posibles planteados dentro de la investigación, vistos así desde una doble perspectiva –cuantitativa y cualitativa–, a la vez que nos otorga la posibilidad de contrastación de los resultados obtenidos –en ocasiones divergentes– con la utilización de ambos métodos, de modo que las conclusiones resulten depuradas al máximo. La investigación cualitativa se sustenta en cuatro principios básicos (González, 2000; Galindo, 1999).

En primer lugar, si la finalidad de toda investigación es ampliar el conocimiento sobre personas, grupos o comunidades, la investigación cualitativa obtiene conocimiento a través de la interpretación de los comportamientos, creencias y actitudes observados y/o expresados por distintos informantes. La interpretación es un proceso en el que el investigador integra, reconstruye e interpreta diversos indicadores obtenidos durante la investigación, los cuales no tendrían sentido tomados de forma aislada. A diferencia, pues, de la mayoría de las investigaciones cuantitativas, de carácter más analítico y estático, una aproximación cualitativa se dirige a la construcción de explicaciones procesuales, esto es, al establecimiento de una serie de hechos encadenados sincrónica (en el momento de la observación) y diacrónicamente (en el pasado –comportamientos y creencias– y en el futuro –expectativas–) que permitan comprender la realidad social desde la complejidad y la interacción de distintas causas en los diversos ambientes o escenarios sociales en los que se desarrolla.

En segundo lugar, es necesario tener en cuenta el carácter interactivo en la producción del conocimiento de la metodología cualitativa. El investigador, incluso si ése fuese su objetivo, debe ser consciente de que su presencia y acción (como las de cualquier otra persona relevante, aunque sea sólo temporalmente) ejerce influencia en los sujetos investigados y en la misma producción del conocimiento. La consideración del carácter interactivo de la investigación concede un especial valor al clima emocional e implicativo en el que tiene lugar la reflexión del interlocutor y facilita la producción de informaciones de gran valor para los objetivos de la investigación. La aplicación de una entrevista, por ejemplo, no sólo permite adquirir información, sino que induce al desarrollo de expectativas en los informadores, a la toma de conciencia de problemas y necesidades, a la confianza personal, etc. Consecuentemente, la acción investigadora es, en parte, una acción transformadora. Corolario de lo que acabamos de exponer, debidamente utilizada, la metodología cualitativa puede contribuir a generar un clima grupal o social favorable a la indagación, la participación en el diagnóstico o en la solución de problemas. Así, por ejemplo, en la presente investigación ha sido frecuente observar la capacidad de la entrevista para que fueran los propios sujetos entrevistados los que cuestionaran, de manera individual, algunas de las asunciones grupales acerca de su conducta violenta (detonantes, emociones, procesos, etc.).

En tercer lugar, la investigación cualitativa considera singulares, casos únicos, a todos los participantes en el estudio, centrándose, en consecuencia, en descubrir e interpretar las distintas subjetividades. El conocimiento científico, así considerado, “no se legitima por la cantidad de sujetos estudiados, sino por la calidad de su expresión y la representatividad de los contenidos subjetivos alcanzados” (González, 2000). La cantidad de sujetos que deben formar parte de la investigación, en una investigación cualitativa, no está definida *a priori* de forma rígida, sino que se suele esta-

blecer durante el proceso de indagación, tomando como criterio para ello la satisfacción de las necesidades que van emergiendo durante el desarrollo de la investigación.

Por último, la investigación cualitativa, en el marco de la interacción con los sujetos investigados, proporciona un conjunto de contenidos y significados organizados, una teoría sobre la realidad social que facilita tanto la comprensión como la planificación de intervenciones dirigida a modificar de forma positiva los problemas detectados y, lo que es más importante, lo hace desde el núcleo del problema, con la participación de los implicados. En estos casos, la teoría se imbrica directamente en la práctica social y queda (aquella) desconfirmada o avalada por los datos que surgen de ahondar en el diagnóstico o a través de los resultados de la intervención basada en los resultados obtenidos.

2.2. Justificación de la técnica seleccionada

Son muchas y muy variadas las técnicas cualitativas que el investigador social tiene a su disposición para “comprender una realidad que se resiste a ser conocida” (Pérez-Agote, 1989). Las técnicas de investigación cualitativa pueden concebirse como dispositivos de producción y regulación del habla investigada, que es siempre provocada –por y para el investigador– en el seno de un marco comunicacional determinado (Canales y Peinado, 1994).

Una simple clasificación de las mismas nos permitiría diferenciar entre aquellas que trabajan con el habla (grupo de discusión, entrevista, historias de vida), en las que lo manifestado por el sujeto se asume como punto crítico en el que lo social se reproduce y cambia, como el objeto de las ciencias sociales, y aquellas que no (la observación, fundamentalmente). Como ya veíamos anteriormente (Ver “Criterios y precauciones...”) “la realidad tiene sus leyes”. Una vez descartada la utilidad de la observación como técnica idónea, dado nuestro objeto de estudio, la elección quedó prácticamente redu-

cida a la realización de grupos de discusión o entrevistas.

El grupo de discusión, en sus distintas modalidades, es una técnica de investigación que, como el resto de las técnicas que trabajan con el habla, parte del supuesto de que el mundo social de los sujetos está constituido por significados y símbolos; si queremos acceder a él deberemos buscar su construcción y sus acepciones. Sin embargo, su característica distintiva frente a otras técnicas cualitativas es la dinámica interactiva que se establece entre los distintos sujetos, es decir, su carácter grupal. La reconstrucción del mundo social que hablábamos anteriormente se realiza mediante una situación grupal discursiva, de carácter colectivo, nunca individual, puesto que todas y cada una de las posturas particulares de los integrantes del grupo nos ofrecen no el conocimiento sobre los comportamientos, sino el conocimiento acerca de los sistemas de representaciones en relación con los objetos de estudio (Alonso, 1994). En el grupo de discusión se prima el debate entre las posturas de los sujetos para que el habla individual sea subsumida por la propia dinámica grupal en la que los distintos discursos individuales “chocan y se escuchan” (Russi Alzaga, 1998) de modo que se establezca, finalmente, un discurso homogéneo en el que el entrevistador no interviene, salvo para introducir temas o reconducir el diálogo. La posible elección de esta técnica presentaba dos problemas complementarios respecto a los intereses de esta investigación: una notable dificultad para la expresión de discrepancias y de interpretaciones personales que matizasen un aspecto fundamental con fuerte apoyo bibliográfico, la influencia del grupo; y, por ende, un cambio en el nivel de análisis (individual) adoptado en el estudio cuantitativo que representaría una dificultad adicional a la hora de triangular los datos para extraer conclusiones generales.

La entrevista se nos presentaba como alternativa útil al grupo de discusión para reconstruir el mundo social en el que estábamos interesados. Si bien la técnica de producción e interpretación de la información obtenida es si-

milar a la utilizada en los grupos de discusión, la entrevista cualitativa se centra en el individuo, su estrategia operativa es prácticamente opuesta, así como el análisis de la información obtenida. En este caso, nos interesaba el sistema de representación social de los sujetos, pero tomados de manera individual; el sujeto como portador de su propia percepción de un determinado proceso social en un contexto interactivo de diálogo, de reformulación o de interpretación de lo expresado.

Por esta razón, igualmente, no se ha utilizado la entrevista grupal. Lejos de las disquisiciones teóricas acerca de si el entrevistado es un mero portavoz del discurso grupal o, por el contrario, es creador de su propia retórica, consideramos que la técnica de entrevista individual dará como resultado final una serie de datos, de informaciones que no constituyen un discurso, puesto que no está consensuado; una información otorgada por un sujeto que, en tanto que perteneciente a un grupo, no ofrece el discurso dominante –como ocurriera en los grupos de discusión o en la entrevista grupal– sino una serie de explicaciones, reflexiones o racionalizaciones a las que habremos de seguir el rastro desbrozando las que no le pertenecen, por formar parte del discurso grupal, de sus propias construcciones dialécticas como vehículo de cohesión ideológica para la construcción de su identidad.

Así pues, dados los objetivos planteados para este estudio, se ha escogido un enfoque cualitativo realizado mediante entrevistas individuales a informantes-clave, semiestructuradas, basadas en un guión previamente desarrollado y perfeccionado, en el que

[...] dejamos hablar al sujeto en la reconstrucción de su mirada sobre sí mismo como sujeto hacia los otros y de la mirada de los otros hacia él como actor social, favoreciendo así, de este modo, una expansión narrativa capaz de mostrar intensamente el espesor y la densidad de las vivencias sociales que pueblan su estructura de relaciones (Sierra, 1998).

2.3. Definición de “entrevista”.

Desde que Bingham y Moore (1973) definieran la entrevista como “conversación con un propósito” para distinguirla de la simple conversación, han sido muchos los que han caracterizado esta técnica cualitativa desde el campo de la psicología social (Cannell y Kahn, 1968; Erbsloeh, 1972; Maccoby y Maccoby, 1959; Morgan y Cogger, 1977; Shoyksmith, 1968). Erlandson y otros (1993) describen las entrevistas como un proceso que

[...] permite al investigador y al entrevistado moverse hacia atrás y hacia delante en el tiempo..., pueden adoptar una variedad de formas, incluyendo una gama desde las que son muy enfocadas o predeterminadas a las que son muy abiertas. La más común, sin embargo, es la entrevista semiestructurada que es guiada por un conjunto de preguntas y cuestiones básicas que hay que explorar, pero ni la redacción exacta ni el orden de las preguntas está predeterminado. Este proceso abierto e informal de entrevista es similar y sin embargo diferente de una conversación informal. El investigador y el entrevistado dialogan de una forma que es una mezcla de conversación y preguntas insertadas.

La entrevista es, pues, un “proceso comunicativo” en el cual la interacción de, al menos, un sujeto y un entrevistador intenta recuperar la percepción, el significado de un determinado objeto de estudio mediante la reconstrucción de los procesos, los contenidos y los significados de las experiencias personales del sujeto entrevistado, todo ello mediante un proceso discursivo, personal, argumental e interactivo, con la finalidad de reconstruir acciones, describir y comprender los medios por los que el sujeto se ha implicado en determinadas acciones, así como los procesos implicados en su mantenimiento.

2.4. Características principales de la entrevista

Pero, tal y como afirman Erlandson y otros (1993), “este proceso [...] es similar y sin embargo diferente de una conversación informal. El investigador y el entrevistado dialogan de una forma que es una mezcla de conversación y preguntas insertadas”. Y debe ser así, ya que para que la entrevista cumpla los objetivos que le son propios, el entrevistado debe percibirla como una conversación, sin darse cuenta de la interrogación, el orden de las preguntas o los objetivos, pero –a la vez– diferenciarla de la conversación cotidiana al considerarla como más gratificante (Caplow, 1956) y en la que, de antemano, existen unos objetivos claros establecidos previamente por el entrevistado y el entrevistador mediante un acuerdo mutuo (Sierra, 1998).

La entrevista de investigación social encuentra su mayor productividad no tanto para explorar un simple lugar fáctico de la realidad social, como para entrar en un lugar comunicativo de la realidad donde la palabra es vector vehiculante principal de una experiencia personalizada, biográfica e intransferible. La entrevista de investigación, por su constitución, es refractaria a cualquier criterio cientifista de definición de la herramienta metodológica, ya que:

- ▶ No existe regla fija ninguna sobre la forma de realizar la entrevista ni la conducta del entrevistador.
- ▶ Toda entrevista es producto de un proceso interlocutorio que no se puede reducir a contrastación de hipótesis y al criterio de falsación.
- ▶ Los resultados de la entrevista por sí mismos no tienen posibilidad de generalización indiscriminada ni mucho menos universalización.

La entrevista, entonces, sólo se puede juzgar, como cualquier técnica cualitativa, por sus resultados finales, por la riqueza heurística de las producciones discursivas obtenidas en ella. Sobre todo en la posibilidad de recoger y anali-

zar saberes sociales cristalizados en discursos que han sido contruidos por la práctica directa y no mediada de los sujetos protagonistas de la acción. El empleo de la entrevista presupone que el objeto temático de la investigación será analizado a través de la experiencia que de él poseen un cierto número de individuos que a la vez son parte y producto de la acción estudiada, ya que el análisis del narrador es parte de la historia que se narra (Grele, 1990).

La subjetividad directa del producto informativo generado por la entrevista es su principal característica y, a la vez, su principal limitación. La propia dinámica de la técnica exige del entrevistador la capacidad de empatizar con el sujeto; capacidad que, en la mayoría de los casos, supone la adecuación del primero al lenguaje del segundo. La traducción e interpretación de las respuestas del sujeto para su adecuación al objeto de estudio supone asumir, por el investigador, el riesgo de asignar al sujeto informaciones que éste ni siquiera supo que proporcionaba. Y, finalmente, debemos apreciar el carácter contextual de la información obtenida en la consideración de que, al margen de la objetividad del entrevistado en la trama discursiva, el sujeto nos otorga una “razón situada” (Sierra, 1998) en un momento temporal y espacial irrepetible.

2.5. Tipología

La literatura nos muestra muchos y diversos tipos de clasificación de la técnica de entrevista. Los criterios de clasificación abarcan desde aspectos puramente organizativos (sesiones, participantes, etc.) poco relevantes, hasta criterios más centrales, en opinión de Silva (1994), como el grado de estructuración o la atmósfera emocional (Schmidt y Kessler, 1967), o los objetivos (Ávila, 1989; Pelechano, 1976; Duverger, 1972). Así, por ejemplo, Fages (1990) alcanza a contabilizar hasta siete tipos de entrevista en función de criterios tan diversos como el grado de apertura, la dinámica establecida entre el entrevistado y el entrevistador y el ámbito de aplicación. Por su parte, Millar, Crute y Hargie (1992) identifican cinco tipos de entrevistas

profesionales –entrevista de asesoramiento, de selección, de investigación, médica y de evaluación y promoción laboral–, clasificación que, en opinión de Vallés (*op. cit.*), alcanza su máximo interés cuando, retomando la obra de Gorden (1987), se establece la equivalencia entre la entrevista de investigación y la entrevista profesional. Pelechano (1976), en un intento de clasificar las entrevistas por objetivos, identifica un continuo que abarcaría desde la entrevista de investigación a la entrevista clínica (de intervención). Silva (1994) señala dos grandes intentos unidimensionales de clasificación: la ordenación de las entrevistas en función de sus objetivos y la ordenación de las mismas en función de su grado de estructuración. En cuanto al primero de ellos, la clasificación por objetivos, resulta ser el más antiguo aunque el más resistente, ya que resulta enormemente complicado consensuar los tipos de entrevista que deben distinguirse. Quizás la distinción más interesante para el trabajo que ahora presentamos sea la diferencia existente entre la entrevista de investigación social y la entrevista clínica o terapéutica. Mientras que la primera tiene como objetivo fundamental la construcción del sentido social de la conducta –ya sea grupal o individual–, la entrevista clínica pretende la estructuración de determinadas acciones personales (Alonso, 1994). Si bien ambas no son excluyentes y, en cierto sentido, podrían considerarse complementarias, en el caso que nos ocupa la técnica seleccionada para esta parte de nuestro análisis es la de la entrevista de investigación social.

Una vez determinada la tipología utilizada, podemos a su vez establecer distintos criterios para caracterizarla siendo, a su vez, el grado de estructuración el que nos parece más interesante. Desde la distinción entre los tópicos, temas y contenidos de estructuración posible de la conducta (Haynes, 1978), hasta la diferenciación de estructuración de preguntas y respuestas, dinámica e interpretación de la información (Schmidt y Kessler, 1976), encontramos toda una línea teórica que pretende

establecer un continuo de gradación de la estructuración.

Así, Schmidt y Kessler (1976) nos proponen una estructuración en dos ejes ortogonales –estructuración y clima emocional– dentro de la cual tendrían cabida distintos tipos de entrevista mediante la combinación de los polos estructurada-no estructurada y cálida o de tensión. Patton (1990), por su parte, establece una línea continua que abarcaría desde la entrevista conversacional informal, caracterizada por la ausencia de estructuración previa y en la que el curso de la conversación fluye de forma natural, hasta la entrevista estandarizada cerrada en la que, partiendo de un guión idéntico para todos los sujetos entrevistados, se restringen al máximo las posibilidades de respuesta de los mismos; entre ambas se situarían las entrevistas basadas en un guión, y las entrevistas estandarizadas abiertas, en las que el entrevistador establece la dinámica relacional partiendo de un guión previo. En definitiva, podemos diferenciar, en función del grado de estructuración, un continuo que abarcaría desde la entrevista estructurada –en la que las preguntas se formulan mediante un guión previamente definido y claramente establecido– hasta la entrevista no estructurada –el límite de la mínima estructuración–; entre ambas, se situarían las entrevistas semiestructuradas.

La práctica habitual nos enseña, una vez más y como suele suceder en cualquier acción que tenga por objeto a la persona, ya sea en su consideración individual o comunitaria, que la integración resulta ser la mejor opción posible; la complementariedad de los distintos tipos de entrevistas se manifiesta a la hora del diseño de las mismas. Así, en cuanto a la estructuración de las mismas, y en lo que a su diseño se refiere, se suele ir logrando la estructuración a medida que se avanza en la investigación; en cuanto a la dinámica propia de la entrevista, se suele relajar en los contactos iniciales para aumentar a medida que se avanza en el proceso.

2.6. Ventajas y limitaciones de la entrevista frente a otras técnicas cualitativas

Además de su utilidad como método de obtención de información, la entrevista en profundidad presenta algunas ventajas, tanto frente a otras técnicas cualitativas como frente a las cuantitativas (Kleinmuntz, 1982; Llavona, 1983; Nuttall e Ivey, 1986; Schwarzer, 1982). Siguiendo a Vallés (1997):

- ▶ El estilo abierto que la caracteriza permite la obtención de una gran riqueza informativa en las palabras y enfoques de los entrevistados.
- ▶ Proporciona al investigador la posibilidad de clarificar y realizar el seguimiento de una dinámica –preguntas y respuestas– interactiva, directa, personalizada, flexible y espontánea. Esta flexibilidad contrasta con la rigidez de otro tipo de técnicas cualitativas –como la entrevista estructurada– y cuantitativas.
- ▶ Permite la generación de hipótesis previa, incluso, al diseño de otros instrumentos de medida utilizables en la investigación (cuestionarios, por ejemplo). Volviendo a su carácter dinámico, resulta especialmente útil en cuanto permite la corrección e inclusión de enfoques no previstos inicialmente, con lo cual resulta especialmente útil en los inicios de cualquier investigación.
- ▶ Al igual que el resto de técnicas cualitativas, permite –durante la fase de desarrollo de la investigación– contrastar, matizar y explicar los resultados obtenidos mediante procedimientos cualitativos.
- ▶ Frente a la técnica del grupo de discusión, la entrevista en profundidad puede preferirse por su intimidad (hay personas reacias a compartir coloquio) o por su comodidad (no exige desplazamientos). Otros aspectos más ventajosos son el favorecer la transmisión de información no superficial, “el análisis de significados”, el estudio de casos típicos o extremos, en los que la actitud de ciertos individuos encarna, en toda su riqueza, el modelo ideal de una determinada actitud, mucho menos cristalizada en la “media” del colectivo de referencia (Ortí, 1989).
- ▶ Permite una fácil reconstrucción de hechos pasados y más o menos cercanos.
- ▶ Es una técnica muy útil para la depuración y organización de hipótesis de investigación.
- ▶ Es una técnica flexible y versátil. No exige grandes esfuerzos en la organización instrumental de la misma, salvo en casos sumamente especializados.
- ▶ Resulta eficaz para obtener informaciones relevantes y significativas. Su flexibilidad favorece la obtención de datos más complejos y profundos.
- ▶ Reduce sustancialmente el tiempo de investigación, ya que en las entrevistas se pueden evitar los caminos equivocados y orientarse hacia datos relevantes.
- ▶ Es un buen auxiliar de las técnicas experimentales.
- ▶ Permite evaluar in situ las condiciones psicológicas y ambientales del informante.

Como limitaciones, podemos señalar (Silva, 1994; Vallés, 1997; López, 1988):

- ▶ El factor tiempo es, quizás, el inconveniente más citado. En comparación con el ritmo de la encuesta, o del grupo de discusión, la entrevista en profundidad consume mucho más tiempo, tanto en su realización como en el tratamiento de la misma. No obstante, hay que recordar lo dicho en la tercera ventaja.
- ▶ Comparte con otras técnicas basadas en la interacción comunicativa los problemas potenciales de reactividad (Webb *et al.*, 1996), fiabilidad y validez (Denzin, 1970; Gorden, 1987; Millar *et al.*, 1992). Esto es, la información que se produce en la relación dual entrevistador-entrevistado depende de la situación de entrevista, así como de las características y actuación tanto de uno como de

otro, lo que afecta a la validez de los datos obtenidos.

- ▶ Frente a las técnicas cualitativas de observación, la entrevista en profundidad (como el grupo de discusión) acusa la limitación derivada de la falta de observación directa o participada de los escenarios naturales en los que se desarrolla la acción (rememorada y transmitida, en diferido, por el entrevistado).
- ▶ La entrevista en profundidad no produce el tipo de información del grupo (en el que destacan los efectos de sinergia y bola de nieve propios de la situación grupal); tampoco es igual el tipo de estimulación, seguridad y espontaneidad en una técnica y en otra (Stewart y Shamdasani, 1990).
- ▶ Es una técnica costosa debido a las etapas necesarias por las que se atraviesa.
- ▶ En la mayoría de los casos, la calidad de los datos depende de la disposición del infor-

mador. No hay que olvidar, además, que la táctica del engaño es una fuente importante de error que invalida la entrevista.

- ▶ Hay importantes limitaciones que proceden del entrevistador: el aspecto personal, las opiniones, las interrupciones voluntarias, etc.
- ▶ Aun cuando se haya garantizado el anonimato, la presencia del entrevistador afecta al clima general de la entrevista.

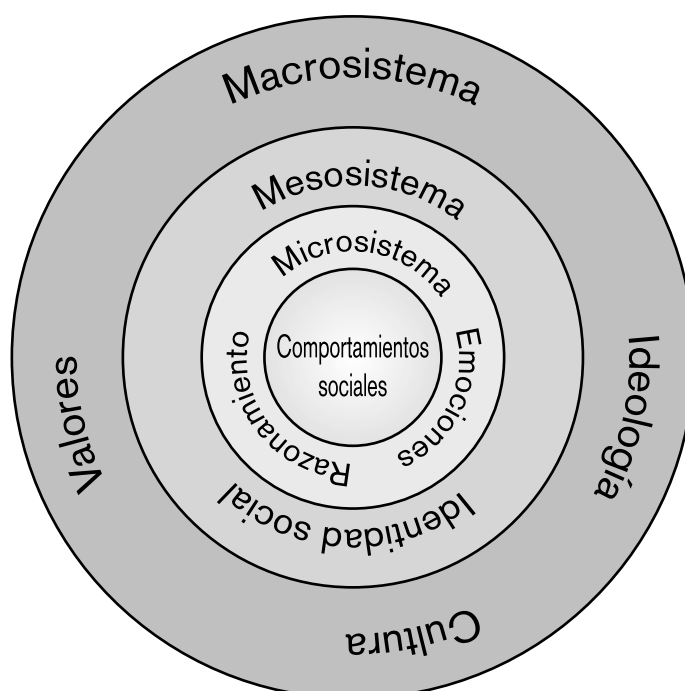
3. PRESENTACIÓN DEL ESTUDIO CUALITATIVO REALIZADO. MARCO GENERAL

3.1. Marco teórico de partida

El gráfico que se muestra a continuación pretende poner de relieve el marco conceptual dentro del cual insertamos nuestro estudio cualitativo.

FIGURA II.B1: MARCO TEÓRICO DEL ESTUDIO CUALITATIVO.

Modelo sistémico básico del comportamiento social



Con este gráfico, tratamos de presentar de forma integrada los diversos niveles de investigación y acción social. El dibujo representa una espiral en la que el centro corresponde a la violencia juvenil como determinada por diversos factores psicosociales y comunitarios.

- a. En primer lugar, el anillo exterior, la CULTURA, representa algunas de las variables que pueden influir en el desarrollo de la violencia exogrupal juvenil:
 - ▶ Los valores sociales. La siempre presente discusión entre quienes consideran deteriorados los valores sociales y quienes consideran que simplemente los valores sociales actuales son otros (han cambiado).
 - ▶ Las normas sociales, explícitas (leyes) e implícitas (relacionadas con los valores, códigos de comportamiento no escritos pero de amplia aceptación –por ejemplo: es necesario competir y vencer, consumismo, lo viejo es inservible, etc.–).
 - ▶ Los medios de comunicación.
- b. El segundo nivel está ocupado por la COMUNIDAD y la IDENTIDAD SOCIAL (grupos de referencia que influyen en el sujeto y en su conducta violenta).
- c. El tercer nivel es el nivel INDIVIDUAL, ocupado por sus razonamientos, creencias y sentimientos, que, en cuanto al desarrollo de comportamientos de riesgo, estarían determinados por los niveles anteriores (especialmente por su identidad social) y por experiencias personales.
- d. Finalmente, el anillo central está ocupado por la conducta violenta exogrupal juvenil y por sus consecuencias, personales y para las personas y grupos queridos por el sujeto.

3.2. Objetivos

3.2.1. Objetivo general

- ▶ Estudiar la percepción personal y grupal de norma y valores asumidos, imágenes y creencias estereotipadas, códigos y esque-

mas sociales cristalizados (actitudes individuales y grupales), rutas y trayectorias particulares, etc.

3.2.2. Objetivos específicos

- ▶ Obtener una visión fenomenológica y procesual de los comportamientos violentos exogrupal juveniles.
- ▶ Obtener información sobre motivos, detonantes y consecuencias personales y grupales de las actividades violentas realizadas por los informadores.
- ▶ Obtener información que permita desarrollar los instrumentos para el estudio cuantitativo, especialmente, que facilite la operativización de las variables incluidas en el modelo de la Teoría de la Acción Razonada y la Teoría del Comportamiento Planificado.
- ▶ Estudiar la evolución personal de los informantes y de los grupos a los que pertenecen, en relación con el objeto de estudio.
- ▶ Generar y validar hipótesis específicas que ayuden a explicar la conducta violenta exogrupal juvenil.

4. METODOLOGÍA

4.1. Ámbito

Comunidad Autónoma de Madrid.

4.2. Muestra

19 jóvenes, 17 varones y 2 mujeres, de edades comprendidas entre los 15 y 25 años y residentes en la Comunidad Autónoma de Madrid. Todos ellos cumplen los criterios de selección: durante el último año han agredido físicamente, en dos o más ocasiones, y en tanto que miembros de un grupo, a una o más personas pertenecientes a otros grupos.

El principal rasgo identificador de este tipo de violencia es que va dirigida hacia una o más personas, en tanto que representante/s de un grupo estereotipado negativamente por los agresores. Los informadores (jóvenes violentos) fueron retribuidos económicamente por su

asistencia a cada una de las sesiones (4.000 pesetas para los entrevistados menores de 20 años, y 5.000 pesetas para entrevistados mayores de 20 años, por cada una de las entrevistas y previa realización de las mismas). Igualmente se les informó de que, si lo deseaban, podían responder al instrumento cuantitativo diseñado (CINCOVE); en este caso, dicha tarea era nuevamente remunerada (1.000 pesetas a cada encuestado).

4.3. Técnica metodológica

Entrevistas individuales en profundidad, semi-estructuradas, realizadas con un bajo nivel de dirección, desarrolladas en dos sesiones. Para la segunda sesión se elaboró, partiendo del análisis de la primera entrevista, un guión personalizado que incluía una parte común y una parte adaptada a las peculiaridades del informador y de su grupo. Las entrevistas fueron grabadas, previa petición expresa a los informadores. Al comienzo de cada entrevista se les recordaba las garantías de anonimato y de confidencialidad de sus opiniones, advirtiéndoles que no citasen nombres reales de compañeros del grupo ni de lugares frecuentados. Cuando esto ocurrió, fueron borrados de la grabación en su presencia. Estas medidas tuvieron un efecto positivo en el desarrollo de un clima de confianza y de seguridad durante el transcurso de las entrevistas. Se desarrollaron en el lugar que sugirió el informador. En los casos en que los jóvenes violentos no quisieron o no pudieron encontrar un local que reuniese las mínimas condiciones técnicas de sonido y de confidencialidad, las conversaciones se realizaron en un despacho en la Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de Madrid. Con el fin de realizar un procedimiento riguroso, se procedió a la elaboración de un "Protocolo de captación" que permitiera en todo momento el seguimiento del estado en el que se encontraba la captación de sujetos y otros datos de interés.

La aplicación de esta técnica permitió, a diferencia de otras opciones metodológicas (es-

pecialmente, la entrevista grupal) la expresión personalizada y libre de creencias y sentimientos y la indagación sobre las razones de los comportamientos agresivos intergrupales, sin que mediasen factores inhibidores (presencia de líderes grupales autocráticos, emisión del "discurso oficial" o estereotipado grupal, acentuación de la homogeneidad intragrupal) de la opinión personal. Las sesiones de entrevista propiciaron que, en cierta medida, el informador se convirtiera en un observador del comportamiento violento del endogrupo. Los factores y procesos grupales relevantes para el objeto de estudio se han inferido a partir de declaraciones de los informadores, convertidos de esta manera en las dos últimas sesiones en observadores participantes.

4.3.1. Duración de las entrevistas y periodicidad

Cada informador fue entrevistado en dos sesiones diferentes. La primera entrevista tenía una duración máxima de dos horas. La entrevista restante tendría una duración variable, de acuerdo a la novedad, cantidad e importancia de la información aportada por el informador. Finalmente, la primera entrevista tuvo una duración media de una hora y cuarenta minutos. La segunda tuvo una duración media de una hora y veinte minutos. El intervalo temporal medio entre cada entrevista fue de 78 días.

4.3.2. Objetivos de las entrevistas

- a) *Objetivos específicos de la primera entrevista.*
 - ▶ Presentar a los entrevistados el estudio y sus objetivos.
 - ▶ Desarrollar el adecuado clima de interacción entre informador y entrevistador que facilite una contestación sincera a las preguntas.
 - ▶ Obtener y analizar información sobre motivos, detonantes y consecuencias persona-

les y grupales de las actividades violentas realizadas por los informadores.

- ▶ Obtener información que permita el desarrollo de los instrumentos para el estudio cuantitativo.
- b) *Objetivos específicos de la segunda entrevista.*
 - ▶ Obtener y analizar la información sobre motivos, detonantes y consecuencias personales y grupales de las actividades violentas realizadas por los informadores.
 - ▶ Estudiar la evolución personal de los informantes y de los grupos a los que pertenecen, en relación al objeto de estudio.

4.3.3. Contenidos de las entrevistas

- ▶ Identificación del equipo de investigación, presentación de la investigación, garantía de anonimato, etc.
- ▶ Identificación y caracterización de las víctimas anteriores y potenciales.
- ▶ Manifestaciones concretas de la violencia desarrollada por los informantes y los grupos a los que pertenecen a partir de la narración de una serie de episodios sociales violentos que incluyan: antecedentes, descripción y consecuencias (inmediatas y a medio plazo) del enfrentamiento; comportamiento del informador durante el enfrentamiento; sensaciones y emociones experimentadas antes, durante y después de la agresión.
- ▶ Rol social que desempeña el informador dentro del grupo.
- ▶ Motivos del comportamiento violento.
- ▶ Principales detonantes o elementos precipitantes de la conducta violenta.
- ▶ Situaciones ambientales, respuestas de las víctimas o los testigos o cualquier otra circunstancia que contribuya a exacerbar la agresión, reducirla o evitarla.

Además de obtener una visión fenomenológica y procesual de los comportamientos violentos exogrupales juveniles, se pretende obtener

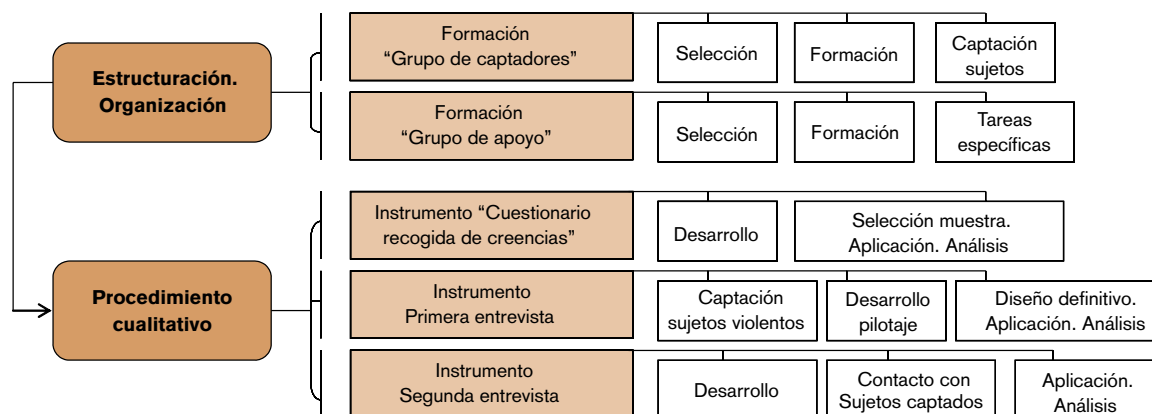
información que relacione y complemente la metodología cualitativa y la cuantitativa en su aplicación al modelo teórico propuesto. Para ello, se incluyeron preguntas encaminadas a aclarar las siguientes variables:

- ▶ Variable dependiente o criterio: “Violencia juvenil exogrupal”, entendida como “secuencia conductual realizada por dos o más personas, en tanto que miembros de un grupo, dirigida a producir daño físico en uno o más individuos”, dirigida a personas ajenas al grupo agresor.
- ▶ Variables incluidas en el modelo teórico de partida: Intención de realizar los actos violentos; actitudes hacia la violencia ejercida sobre los grupos anteriores (consecuencias acerca de la realización del comportamiento y evaluación de las mismas); norma subjetiva (creencias normativas y motivación para acomodarse a las creencias normativas); control percibido.
- ▶ Otras variables (valores, autoestima, satisfacción con la situación académica, satisfacción con el rendimiento académico, dominio de eventos vitales, etc.).
- ▶ Variables grupales: Identidad grupal; grupos relevantes (importancia en su vida, influencia que tienen en comportamientos violentos).

4.4. Procedimiento

Con la finalidad de relatar con la máxima claridad posible el procedimiento seguido para la realización del estudio cualitativo, retomamos del gráfico general de procedimiento de la investigación la parte correspondiente al mismo. Como ya indicamos en el “Procedimiento general de la investigación”, la fase de “estructuración/organización”, común para la metodología cualitativa y cuantitativa, se describió en el citado apartado.

FIGURA II.B.2. "PROCEDIMIENTO CUALITATIVO".



FASE 3: Diseño del "Cuestionario de recogida de creencias sobre la violencia juvenil exogrupal".

La finalidad de este cuestionario era, por un lado, obtener la percepción que tienen los jóvenes sobre las consecuencias, tanto positivas como negativas, de la realización de la conducta violenta exogrupal; esto es, las "creencias salientes" acerca de la conducta de estudio. Igualmente, se pretendía obtener los referentes importantes para los sujetos en relación con la conducta de estudio. Este cuestionario se incluye dentro de la metodología cualitativa, ya que su formulación lo encuadra como una técnica puramente cualitativa y se puede describir como un cuestionario totalmente abierto a las opiniones de los sujetos.

Para su realización, se siguió el procedimiento detallado por Ajzen *et al.* (1995). Así, se pidió que se enumeraran las características, cualidades y atributos de un objeto en cuestión –la violencia juvenil exogrupal–, opiniones que fueron consideradas opiniones salientes de esa persona o grupo; las más mencionadas tuvieron la consideración de opiniones salientes modales (Fishbein y Ajzen, 1975).

Una vez identificada la lista de opiniones salientes, se pudo deducir la fuerza de su creencia y el modo en que fueron evaluadas (positiva o negativamente). Todas ellas se tuvieron en cuenta. Las respuestas se utilizaron para "tasar la actitud" aunque, para ganar en entendimiento de los factores que "determinan" una actitud, se examinaron las asociaciones salientes del objeto de la actitud (Fishbein, 1963; Fishbein y Ajzen, 1975). Según el modelo, la evaluación total de una actividad en un determinado momento –actitud hacia dicha actividad– se forma sobre la base de la información existente en la memoria, las opiniones salientes sobre una actividad.

Asumiendo las limitaciones que posee este método, y considerando que teóricamente no existe un punto de corte claro en la secuencia de elección, los criterios utilizados para la inclusión en la lista definitiva fueron la frecuencia y la recencia (Fishbein y Ajzen, 1975), así como aquellas que teóricamente fueron consideradas de relevancia.

Siguiendo los criterios de Fishbein y Ajzen (1975), el proceso de obtención de las creencias salientes se realizó mediante la utilización de los sujetos implicados. Este criterio fue

observado como imprescindible, con el fin de evitar la selección intuitiva, que pudiera llegar a la inclusión de asociaciones que no se encuentren en la población implicada.

FASE 4: Pilotaje del “Cuestionario de recogida de creencias sobre la violencia juvenil exogrupal”.

Una vez diseñado el instrumento, se seleccionó una pequeña muestra de jóvenes para establecer la idoneidad del cuestionario diseñado y proceder, en su caso, a las correcciones necesarias.

FASE 5: Captación de sujetos violentos.

La captación de sujetos violentos se realizó de forma paralela al diseño del Cuestionario de recogida de creencias sobre la violencia juvenil exogrupal, una vez formado y entrenado el equipo de captadores seleccionado. Además de los recursos personales, los captadores contaron con un “Listado de recursos para la captación”, en el cual se sugerían alternativas para la obtención de la muestra.

FASE 6: Selección de la muestra y aplicación del “Cuestionario de recogida de creencias sobre la violencia juvenil exogrupal”.

Una vez diseñado definitivamente el instrumento cualitativo, se seleccionó la muestra necesaria para su aplicación.

FASE 7: Elaboración del instrumento cualitativo –primera entrevista–.

Mientras transcurría la fase de captación, se empezó a elaborar el instrumento cualitativo. Para establecer el diseño final de la primera entrevista, se tuvieron en cuenta las indicaciones teóricas y prácticas señaladas por distintos autores, resultantes de la revisión bibliográfica previa sobre el tema (ver apartado “Criterios y precauciones...”), los resultados obtenidos en el estudio previo al actual que sobre violencia juvenil realizó el equipo investigador, y se revisaron los análisis obtenidos en el Cuestionario

de recogida de creencias sobre violencia juvenil exogrupal.

FASE 8: Pilotaje de la primera entrevista.

Para la realización de este pilotaje se utilizaron algunos de los sujetos que ya habían sido captados para el estudio cualitativo –en concreto, dos sujetos–. Realizada la entrevista y analizados tanto su desarrollo como sus contenidos, se realizaron los cambios necesarios en el instrumento cualitativo, siguiendo las siguientes estrategias:

Con carácter organizativo:

- ▶ Elaborar un protocolo para que el entrevistador pudiera recoger las impresiones generales sobre la entrevista que se acaba de realizar.
- ▶ Elaborar un “protocolo antropológico” para los captadores, en el que pudieran recoger los datos del lugar donde se reúnen los sujetos, si es que la entrevista se realiza en él.
- ▶ Elaborar una “agenda” con los datos relativos a todas y cada una de las entrevistas, de manera que se tuviera presente el nombre del sujeto, el nombre del captador, la fecha de realización de la primera entrevista, el nombre del entrevistador, el lugar de realización y la duración, con el fin de cumplir los plazos y condiciones para la realización de la segunda.
- ▶ Elaborar una “ficha” para cada uno de los sujetos con los datos más relevantes.

Con carácter operativo:

- ▶ Establecer un vocabulario alternativo para que el entrevistador pudiera adaptar sus expresiones al lenguaje utilizado por los sujetos.
- ▶ Establecer un inventario de estrategias positivas que se puedan utilizar, y de aspectos que se deben evitar durante la realización de la entrevista.
- ▶ Aclarar las definiciones de los conceptos, sobre todo de aquéllos más teóricos, bus-

cando expresiones más habituales en el lenguaje común de los sujetos.

- Variar el orden de presentación de las preguntas inicialmente previsto, para inspirar la confianza de los sujetos.

FASE 9: Diseño definitivo y aplicación de la primera entrevista a los sujetos violentos. Análisis.

Una vez introducidos los cambios necesarios en la entrevista, comenzó a aplicarse tal y como quedó descrito en el apartado “Metodología: Técnica metodológica”. Recordamos que, en líneas generales, se trataba de una entrevista individual en profundidad, semiestructurada, con un bajo nivel de dirección.

Una vez realizada la entrevista, se procedía a su inmediata transcripción y análisis. Se procuró que, en todos los casos, el entrevistador tuviera lo antes posible la transcripción, con la finalidad de que la cercanía de la misma le permitiera la recogida de impresiones, tono de voz y lenguaje no verbal utilizado por el sujeto; el análisis inicial de la misma se realizó en el menor tiempo posible con la finalidad de tener preparados los contenidos necesarios para su tratamiento durante la segunda entrevista.

Este procedimiento nos permitió utilizar el análisis de la primera entrevista para disponer de uno de los criterios de selección de las creencias que iban a ser introducidas en el cuestionario cuantitativo –CINCOVE–.

Siguiendo el procedimiento general de la investigación llevada a cabo, las fases 10 a 13 –ambas inclusive– corresponden a la metodología cuantitativa.

FASE 14: Diseño del instrumento cualitativo –segunda entrevista–.

Como ya se indicó anteriormente, el entrevistador que realizaba la primera entrevista al sujeto fue el encargado de realizar la segunda entrevista. El hecho de que el análisis de cada una de las entrevistas se realizara inmediatamente después de su aplicación a los sujetos, nos permitió elaborar la segunda entrevista co-

rrespondiente a cada sujeto de manera prácticamente individualizada; el entrevistador que realizaba la primera entrevista, y que a su vez debía analizar la misma, quedaba encargado de definir el contenido de la segunda entrevista en función del análisis previamente realizado, de modo que se alcanzaran completamente los objetivos perseguidos.

El diseño resultaba del análisis de la primera entrevista, de modo que se obtuvieran los aspectos poco o nada tratados, contradicciones manifestadas por el sujeto en sus opiniones y no observadas en el transcurso de la conversación y relato de las acciones realizadas o los cambios percibidos por los sujetos durante el tiempo transcurrido entre una y otra entrevista.

FASE 15: Contacto con los sujetos violentos entrevistados para la aplicación de la segunda entrevista.

Transcurrido el intervalo temporal establecido entre la primera y la segunda entrevistas, el captador que había establecido el contacto inicial con el sujeto lo hacía de nuevo para establecer una nueva cita. Ésta se establecía en función de la disponibilidad de entrevistado y entrevistador.

FASE 16: Aplicación de la segunda entrevista a los sujetos violentos. Análisis.

Una vez establecida la cita por parte del captador, tenía lugar la segunda entrevista con el sujeto. Se procuró que, en todas las ocasiones, el entrevistador fuera el mismo en ambos casos. Igualmente, se utilizó este momento para la aplicación del cuestionario cuantitativo a los sujetos, al tiempo que se sugería la posibilidad de encuestar a otros miembros del grupo en número no superior a cinco; de este modo, el sujeto captado podía convertirse en captador para el instrumento cuantitativo. Una vez realizadas y transcritas las segundas entrevistas, se procedió al análisis de resultados.

En “Anexos CD: Estudio cualitativo, anexos 1 7 y 8” se presentan algunos ejemplos de entrevista completa –primera y segunda–, con su correspondiente transcripción, de las que se

han eliminado todos los contenidos que pudieran resultar privados o permitieran la identificación del sujeto.

La duración de estas segundas entrevistas fue, en general, bastante menor que las iniciales, y el ambiente en el que discurrieron fue de mayor confianza entre entrevistado y entrevistador al mostrarse el primero más relajado y distendido que en la primera ocasión.

Siguiendo el procedimiento general de la investigación llevada a cabo, las fases 17 a 19 –ambas inclusive– corresponden a la metodología cuantitativa.

FASE 20: Integración de resultados cuantitativos y cualitativos. Elaboración de conclusiones.

Finalmente, se procedió a la integración de los resultados cualitativos y cuantitativos obtenidos en las fases anteriores, con el fin de postular un modelo teórico de la violencia exogrupal juvenil.

4.5. Análisis de datos

Las entrevistas fueron grabadas en cinta magnetofónica y transcritas posteriormente. Con el material resultante se realizó un análisis de contenido (Denzin y Lincoln, 1994) para operar las variables incluidas en el modelo causal desarrollado y un análisis de "Inducción analítica" (Katz, 1983), con el objetivo de formular y refutar hipótesis sobre el comportamiento exogrupal violento.

Las declaraciones de los sujetos fueron categorizadas y codificadas mediante el programa QRS-NUDIST (Non-Numerical Unstructured Data Indexing Searching and Theorizing).

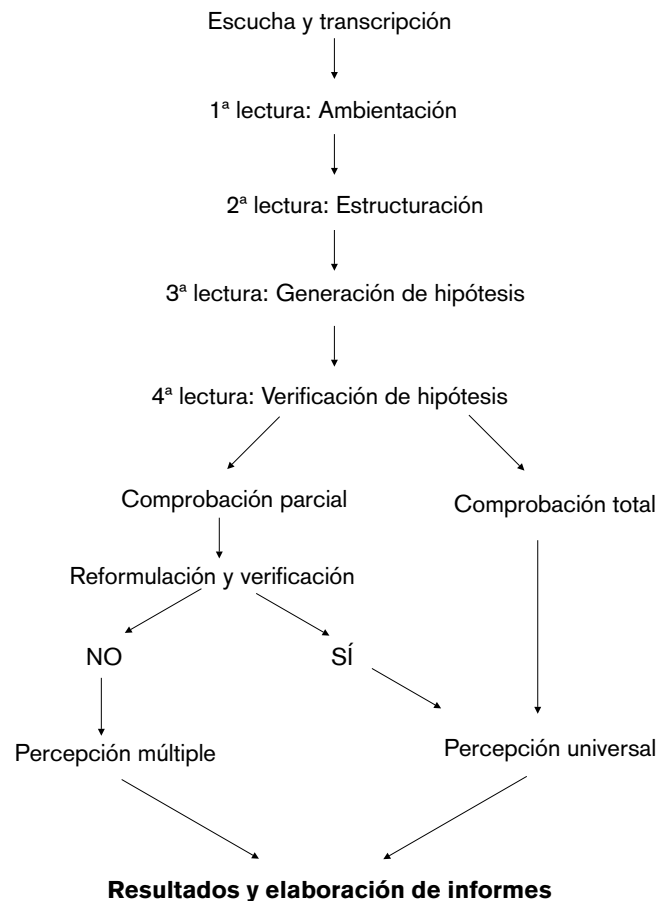
El proceso de INDUCCIÓN ANALÍTICA se desarrolló a través de las siguientes fases:

- ▶ Definición inicial del fenómeno.
- ▶ Formulación de una explicación hipotética.
- ▶ Examen de un caso, en función de la hipótesis, para determinar si ésta se ajusta a los hechos.
- ▶ Validación o reformulación de la hipótesis o redefinición del fenómeno.
- ▶ Integración de la información procedente de nuevos casos. Nueva validación que permite lograr un buen nivel de certeza práctica, o nueva reformulación de la hipótesis o redefinición del fenómeno.
- ▶ Establecimiento de una relación universal, integración teórica que incluye la descripción del fenómeno y un conjunto de proposiciones explicativas del objeto de estudio.

Para analizar la información obtenida se realizó, en primer lugar, una identificación de los contenidos y su estructuración en función de los dos referentes sociocomunitarios importantes de la investigación y el colectivo de pertenencia de cada uno de los sujetos. En un segundo nivel de análisis se identificaron los procesos que parecen estar promoviendo la conducta de estudio. En un tercer nivel, se realizó una labor de síntesis procesual basado tanto en los resultados empíricos como en el bagaje de conocimientos de la Psicología Social y Comunitaria, con la finalidad de proponer explicaciones y deducir pautas para la intervención.

Desde una PERSPECTIVA PROCESUAL, el análisis de resultados se ha desarrollado a través de las siguientes fases (ver figura n11.b.3.) en el tratamiento de las declaraciones de los informantes-clave:

FIGURA II.B.3. FASES DEL PROCESO DE ANÁLISIS CUALITATIVO. ENTREVISTAS A INFORMANTES-CLAVE.



1. Escucha inicial y transcripción. Las transcripciones fueron realizadas, mayoritariamente, por los entrevistadores, con un intervalo máximo de cinco días respecto del momento de la realización de entrevista. Con ello se trataba de incorporar con mayor facilidad el contexto de la entrevista a la transcripción.
2. Primera lectura de las transcripciones: ambientación. Su objetivo principal es comenzar con el establecimiento de indicadores objetivos, como enumeración de problemas y causas, consecuencias y soluciones asociadas.
3. Segunda lectura: estructuración. En este momento se procedió a la estructuración de la información utilizando para ello la espiral gráfica diseñada (y ya presentada en el apartado "Estudio cualitativo: marco general") para representar de manera integrada los distintos niveles de investigación y acción social en el caso de la violencia juvenil exogrupal (cultura, comunidad e identidad social, y nivel individual), con el fin de obtener una interpretación de las declaraciones

acorde con los objetivos y la dinámica de la entrevista, un continuo experiencial que, partiendo del problema o del tipo del problema, abarque sus causas, consecuencias y soluciones.

4. Tercera lectura: generación de hipótesis. Siguiendo el citado continuo experiencial, en esta fase se trató de establecer una serie de resultados que reflejasen el mayor acuerdo posible entre los distintos informantes clave sobre la conducta de estudio. Se trataba, pues, de desarrollar explicaciones globales que integren las opiniones de todos los informantes sobre un mismo tema.
5. Cuarta lectura: verificación de hipótesis. Se trató de comprobar que la percepción que se había generado en la anterior fase, nuestra interpretación de la realidad, era congruente con los discursos realizados por todos los informadores. En aquellos casos en los que no pudo ser comprobada totalmente (v.g.: cuando el discurso de algún informador la contradice claramente) se reformuló la hipótesis, tratando de que la nueva explicación abarcara las opiniones de todos los informantes; cuando esta alternativa no fue posible, se establecieron dos o más interpretaciones distintas sobre el problema o el conjunto de problemas. La comprobación total daría lugar a una percepción o "relación invariante o universal" que, probablemente, representa una interpretación de la realidad muy extendida entre la población, y la comprobación parcial daría lugar a una percepción o "relación variante o múltiple" que puede ser interpretada como la coexistencia en la comunidad de distintas percepciones (las que se citan en los resultados) de los problemas, sus causas, consecuencias y soluciones.

Finalmente, se elaboró el Informe de resultados.

5. ESTUDIO CUALITATIVO: RESULTADOS

Aquel que ha cegado los ojos del pueblo,
le echa en cara su ceguera.

John Milton

5.1. Introducción

¿Podemos estar razonablemente seguros de responsabilizar por completo a los jóvenes violentos en la violencia que ejercen? ¿Existe alguna clase y cantidad de débitos que deberían asumir las distintas instancias sociales en la generación de actitudes y conductas anti-normativas? ¿Hasta qué punto es posible que se estén generando monstruos como consecuencia de una idealización de la libertad individual y una complementaria alienación del sujeto de su entorno social?, ¿en qué medida existen prácticas socializadoras que niegan o evitan los conflictos con adolescentes y jóvenes que comienzan a experimentar la atracción por la conducta antinormativa o antisocial? No debe entenderse como un recurso retórico el comenzar un informe de resultados con preguntas que parecen exceder el marco del problema planteado. Como se podrá comprobar, la interpretación de los resultados de las entrevistas realizadas a jóvenes violentos nos previene contra un acercamiento superficial o maniqueo de la violencia grupal juvenil. Nos obliga a dudar de las interpretaciones comúnmente compartidas y transmitidas sobre estos problemas y sobre este colectivo. Nos induce a establecer puentes entre hechos, factores e instituciones de naturaleza dispar.

La tentación sancionadora y la tentación censuradora representan dos respuestas o tendencias de acción inmediatas que tratan de solucionar aquellos problemas sociales que se ponen de manifiesto o que se agudizan. Pueden considerarse asideros emocionales que tratan de recuperar la sensación de control. Pero, sucumbir a una, otra o ambas tentaciones puede abocar a una notable crisis del pensamiento profundo, donde el castigo y el control de la información se presentan como

respuestas adaptativas, especialmente por su fácil comprensión y sus aparentes buenos resultados inmediatos.

La tentación sancionadora suele conllevar una serie de medidas legales de agravamiento de penas y de propuestas para disminuir la edad penal. Para los sujetos violentos o antisociales, cárcel o sanciones económicas en algunas ocasiones de dudoso efecto disuasorio, bien porque resultan imposibles de satisfacer, bien porque su pago pasa de forma inevitable y paradójica por la realización de las mismas conductas antinormativas que fueron objeto de la sanción. ¿Cómo valorar, por ejemplo, las sanciones económicas a prostitutas o drogadictos-trafficantes que sólo pueden ser satisfechas con un incremento de su productividad en sus respectivos trabajos?

La tentación censora se encuentra en la devoción de los gobernantes muy relacionada con la anterior. Comienza cuando la alarma social desencadenada por una o más noticias truculentas o trágicas promueve la acción de los censores. Censura sobre las revistas pornográficas, ocultación de la prostitución, prohibición de los contenidos sexuales y violentos en Internet, de los videojuegos violentos.

Y lo que puede ser peor, se encuentran buenas "razones" para descartar o aplazar el debate intelectual de temas como la inversión educativa, las dificultades de las familias para socializar directamente a sus hijos, la situación de los jóvenes en las cárceles, el trato institucional y policial de los jóvenes emigrantes (situaciones denunciadas en España por Amnistía Internacional en su último informe de 2001) o la discusión sobre la legalización del consumo y adquisición de drogas, todos estos aspectos directamente relacionados con la violencia exogrupal. No debemos olvidar que el incremento de la represión suele suponer un aumento de la sensación de control inmediato en la parcela intelectual y un momentáneo suspiro de alivio en la faceta emocional, hasta que es cortada por un nuevo hecho traumático; al mismo tiempo, suele servir para clarificar la culpabilidad, excluyendo a otras instituciones o personas de

sentirse directamente relacionadas con estos problemas.

Es, por tanto, un enfoque multicompreensivo el que puede aspirar a reflejar la realidad desde diferentes espejos. Y es mediante un esfuerzo dialéctico que se pretende establecer conclusiones sintéticas, basadas en la integración de los diversos niveles de conocimiento de la realidad, siempre desde la interpretación subjetiva de los informadores.

5.2. Presentación de los sujetos

Si bien en el apartado "Metodología cualitativa" se describió la muestra utilizada para la realización de este análisis, no queremos dejar pasar la ocasión de ponerle "cara" a una serie de personas a las que no queremos considerar una simple "muestra".

Los sujetos que han participado en el estudio cualitativo presentan unas características personales y sociales muy variadas. Su edad oscila entre los 18 y 25 años, y si bien se ha contado con la colaboración de alguna mujer, prácticamente todos ellos son varones. El método de captación utilizado nos ha permitido obtener la deseable variabilidad en cuanto a adscripción ideológica, ocupación, experiencia con la conducta..., se refiere. Así, hemos podido contar con la participación de personas que no manifiestan una ideología política determinada, que se definen como de extrema derecha o de extrema izquierda; personas incorporadas al mundo laboral, al estudiantil o que, simplemente, "trapichean" para ganarse la vida. Algunos de ellos se adscriben a grupos ampliamente consolidados –"sharp", "skins", "bacalas", "ocupas", etc.– otros se definen como "simples grupos de amigos", sin pertenencia a ninguna "tribu urbana" que sea fácil y socialmente identificable. La única característica que los ha unido, en esta ocasión, ha sido la realización de una conducta muy determinada: violencia física exogrupal.

No ha resultado fácil entrevistar, y menos analizar, las declaraciones de personas que han

producido daños irreparables en semejantes, que han humillado a otros jóvenes y que se jactan en ocasiones de ello. El profundo desprecio intelectual a estas acciones se concreta en hechos, personas y situaciones puntuales, precisándose de un consciente esfuerzo de autocontrol emocional para no buscar excusas que anticipen el final de algunas entrevistas. Pero junto a estos pozos negros de inhumanidad surgen elementos singulares, declaraciones inesperadas, historias vitales que complican la más simplista de las interpretaciones y contribuyen, poco a poco, inadvertidamente, a “odiar el delito y tener compasión por el delincuente”.

5.3. Resultados obtenidos

La dialéctica entre el rigor y el descubrimiento que permite el análisis cualitativo no resulta un empeño fácil. La principal dificultad consiste en establecer una clasificación de las declaraciones de los sujetos y, por ende, de los procesos psicosociales implicados en ellas, que facilite la comprensión de la violencia exogrupal, que permita una estructuración adecuada de los datos recogidos para su presentación y discusión y que, en último término, represente adecuadamente la realidad de los jóvenes que ejercen comportamientos violentos exgrupales. Para la consecución de estos objetivos se ha elegido una clasificación de determinantes y moduladores psicosociales de clara inspiración sistémica que incluye tres niveles relacionados entre sí de forma peculiar.

Como se podrá comprobar a través de todo el análisis, la incidencia de determinados aspectos de un nivel está naturalmente relacionada en el discurso de los sujetos con atributos de otros niveles. El común denominador de esta estructura de resultados es, como no podría ser de otro modo en una aproximación metodológica de naturaleza cualitativa, la interpretación que hace el sujeto de sus vivencias y de su realidad social relevante; el hilo conductor de la investigación le corresponde a la subjetividad que se convierte en intersubjetividad

cuando se trata de desarrollar “percepciones invariantes” o “relaciones universales”.

Así, los resultados se presentan a continuación ajustándose a tres grandes niveles de análisis: El macrosistema que incluye la interpretación que hacen los jóvenes violentos de la influencia que ejercen el marco socioeconómico, la ideología, el entorno geográfico inmediato (el barrio) y los medios de comunicación; el mesosistema que se ha operado en “entornos de socialización” (escolar, laboral, familiar, grupos de iguales); y el microsistema, donde se ha incluido la identidad personal (autopercepción), la percepción del mundo y la conducta; en este mismo nivel se discutirá sobre la teoría de la acción razonada y del comportamiento planificado, punto de partida de esta investigación y objetivo principal del estudio cuantitativo de la presente tesis.

5.3.1. El macrosistema

Una aproximación sistémica como la que aquí se pretende exponer, un modelo como éste de doble sentido de influencia “centrífuga y centrípeta”, concede la licencia de comenzar por cualquiera de sus dos “extremos”. Si se elige el macrosistema, es por razones didácticas y pedagógicas, pero notablemente subjetivas, que llevan a considerar, por ejemplo, más adecuado establecer los principios rectores de la influencia social, de naturaleza abstracta, para desembarcar en factores progresivamente más concretos. El mayor nivel de inferencia (minimizado en la medida de lo posible, mediante la priorización de las declaraciones de los informadores a la interpretación teórica, o la adaptación de ésta a aquélla) puede dificultar la exactitud de la interpretación generalizable y, consecuentemente, la generación de “hipótesis invariantes”, pero facilita el desarrollo de un entorno descriptivo-interpretativo, apegado a lo social y vinculado a las principales preocupaciones ideológicas y políticas de los informadores. Es probable que esta aproximación contribuya a desafiar algunos estereotipos (mediáticos, por ejemplo) sobre este colectivo que presenta a los jóvenes violentos como

“excrecencias sociales”, “descerebrados, indignos de ser llamados y tratados como personas”, “mutaciones indeseables de familias empobrecidas moralmente”, “incultos, vagos e inútiles” (se trata de citas recogidas de diferentes medios de comunicación escrito en relación con distintos sucesos de violencia juvenil). Sin obviar el absoluto desprecio ético e intelectual que produce este tipo de comportamiento, parece necesario complementar la descalificación con la comprensión (en el sentido fenomenológico) de las casusas y detonantes de estas conductas desde la perspectiva de los propios jóvenes. Se aspira a establecer unos breves, hipotéticos pero nitidos marcos generales y axiológicos de influencia en la violencia exogrupal juvenil.

Desde una perspectiva estructural, incluye el marco general de carácter socioeconómico, el entorno geográfico de desarrollo de los jóvenes (el barrio) y, desde una perspectiva funcional, se analiza la influencia de la “Ideología” (entendida como un esquema sociocognitivo complejo que incluye actitudes políticas y valoraciones axiológicas generales sobre la sociedad contemporánea).

a) El marco socioeconómico.

El marco socioeconómico es uno de los determinantes de la violencia exogrupal más citados de forma espontánea por los informadores que presentan una mayor conciencia política e ideológica. Es muy frecuente que los jóvenes violentos asocien la desigualdad, la ostentación de riqueza y de poder y la competitividad con la hostilidad y la agresión intergrupala.

Informador 3:

La gente cree que el progreso es comprar cosas nuevas. La historia es que si tienes ahora ropa que cuesta 18.000 pesetas, unos calzoncillos Levis de 4.000..., las tengo y las compro y voy enseñándolas, ya puedo ser feliz, tengo una felicidad aparente, una felicidad que salta a la vista, soy el más “kie”, el más fuerte, el más malo. Se cree dios y ya le suda la polla, tú y tu cara.

Las declaraciones de estos jóvenes fuertemente politizados permiten reconstruir una “proto-teoría” de naturaleza procesual que vincula el sistema socioeconómico vigente, consistentemente identificado como “capitalista”, y la violencia que ellos mismos protagonizan. La desigualdad inherente a la forma político-económica occidental y su reflejo de competencia en todos los niveles sociales parece favorecer, en opinión de estos jóvenes, la marginación de algunos colectivos menos capacitados o más rebeldes; complementariamente, la ineficacia de los mecanismos de control social y educativo revierte en la anomia social en la que viven ciertos colectivos de jóvenes y adultos; una de las manifestaciones de esta constelación de factores sería la violencia exogrupal, una conducta adaptativa, percibida como un ejercicio de autodefensa frente a individuos, colectivos y contra la sociedad en general. Buena parte de estos planteamientos pueden observarse en la declaración de un “pantera negra” de una población del norte de Madrid.

Informador 16:

Hay dos formas de ver las cosas. Las de los españoles más o menos burgueses que tienen todo o casi todo hecho y desean vivir mejor, y los grupos marginales que casi siempre son inmigrantes que han venido de África, donde no tenían casi nada, y ahora tampoco tienen nada porque no pueden tener educación... muchos no hablan castellano. Éstos no tienen nada que perder y pueden arriesgar su vida. Mira... ahora, a lo mejor, no, pero antes... cuando estábamos presentes en las calles, pocos grupos blancos se atrevían con nosotros, porque ellos vivían bien, tenían todas sus cosas y su miedo a tener problemas con la policía si se pasaban; pero nosotros no esperamos nada de la policía, sabemos que no nos va a defender, ni de la justicia, ni de los políticos..., por eso, cuando nos juntábamos sabíamos que podíamos hacer casi todo, que la violencia que ejercíamos era política, defensiva.

Para algunos de estos jóvenes, otra de las consecuencias de la negativa valoración de un sistema socioeconómico que, en su opinión,

santifica *de facto* la desigualdad de oportunidades, es el enérgico rechazo de las instituciones (políticas, judiciales, policiales) por su contribución a la perpetuación de las injusticias sociales que les afecta directamente.

Informador 14:

Puff, todo son la misma mierda, ¿quién puede creer en la Justicia? Tienes dinero y te libras de todo, joder, es que de todo. Y es que todo es política, y tú no te comes nada si no estás cerca de lo que tienen el poder, si no eres un comepollas. [...] La policía, joder, unos mandaos, no piensan, allí llegan los más tontos; el hermano de [nombre de un amigo], que no vale para nada, no sabe hacer nada... Pues, ¿a dónde va a ir?, pues, a la policía... y será un policía un día de estos.

Muy relacionada con esta percepción, pero más extendida en el "imaginario axiológico" de estos jóvenes, se encuentra la denostada *gestalt* "ser-valer", tan cercana para algunos a la ideología "protestante-calvinista-yanqui" (informador n1 2) y tan fuertemente asociada a las conductas antinormativas. Un ejemplo coincidente y repetido consiste en señalar que entre los jóvenes está muy extendido el consumo de drogas (derivados de la cannabis y drogas sintéticas) y la posesión de objetos (ropas y zapatillas de marca, móviles, vehículos) que tienen un valor añadido, permiten mostrar cierto estatus o, al menos, evitan que desentonen en el entorno general que viven. Cuando no se cuenta con los recursos suficientes para obtenerlos legalmente (por falta de capacidad adquisitiva personal o familiar) aumenta la probabilidad de que se consigan mediante el robo. Estas acciones suelen generar una oposición violenta en el momento o represalias posteriores si la víctima tiene un grupo dispuesto a respaldarle, tanto para conseguir la devolución de lo robado como para responder a la humillación o afrenta inferidas durante su comisión. En esta línea se expresa este joven "nacional-bakalaero":

Informador n1 6:

Existe una crisis de valores. Si tres o cuatro chavales se compran una ropa determinada, pues la ve otro y se la compra, claro, pues acaba creando la moda de que todo el mundo se compra unas gafas o esas botas, o esas playeras... No hay diversidad de valores [...] Si uno lleva unas playeras de veinte mil pesetas y luego, pues el chaval no tiene medios y las tiene que conseguir de cualquier manera, pues el chaval hace robos o se las quita a alguien. [...] La gente cree que es importante demostrar que no es menos que otro, que puede seguir la moda y eso hace que sea violenta.

Todos los jóvenes entrevistados coinciden en señalar que el estatus o la clase social no influyen de forma importante; la violencia se produce en todas las capas sociales y representa una forma de relación juvenil cotidiana y frecuente.

Informador n1 8:

Yo vivo en un barrio no muy bien, pero en un barrio bien. No es que sea pijotilandia, pero se vive bien. Pero en todos sitios es igual, en [nombres de barrios de Madrid]. Y en todos sitios la gente quiere más que otros... tener más. Y si no lo tienes, vas a cogerlo o vas joder a quien lo tiene. Pero éste también quiere más y va a por él.

La despreocupación política y la influencia negativa de las instituciones políticas y policiales, respectivamente, representan ideas-clave en el discurso de los jóvenes. En el primer caso, las instituciones políticas se encuentran alejadas de los intereses de estos jóvenes y su influencia directa en sus vidas es escasa o nula para la mayoría y negativa para una minoría de jóvenes radicales (tanto de derechas como de izquierdas). En cuanto a la policía, parece existir una percepción paradójica: los jóvenes consideran que la policía tiene como función principal combatir la violencia pero, para la mayoría de los entrevistados (a excepción de los jóvenes más ultraderechistas), suele hacerlo, salvo casos excepcionales, de forma violenta, indiscriminada e injusta; no resulta extraño entre los

informadores relatar casos de acoso policial y de abuso de autoridad, sobre todo, en relación con el consumo de drogas o la posesión de navajas. Así se manifiesta un autodenominado "anarquista":

Informador n1 15:

La policía sí que provoca un mogollón de violencia. Porque el hecho de que vayas a una manifestación pacífica en el colegio y te peguen sin haber hecho nada, por ejemplo, por pasar por ahí, como muchas veces, que tiene la gente que pasar por ahí porque ha habido historia, llevas pintas... pues, a este tío le ha cogido la policía, le han pegado cuatro porrazos; tenía catorce años, ¿sabes? Y le han puesto el ojo así, pues crea violencia, crea odio y pienses que la policía no es realmente que te defiende, sino que está aquí para algo más. Yo creo que la policía sí provoca mogollón de violencia.

Aunque este joven apolítico y moderado ideológicamente, perteneciente a un grupo sin afiliación tribal, introduce matices en el papel policial en la violencia, su discurso sirve para poner de manifiesto su paradójica influencia.

Informador n1 5:

Tratan de hacer que haya menos violencia, ¿no? Pero hay algunos, joder, muchos, que joden sólo por joder, los muy bestias. Pegan a quien sea. [...] Siempre, cuando pasa la policía por el Instituto, empiezan a comerte la cabeza, a lo mejor nos hemos fumado algún porro, "que no, que no se puede fumar aquí". Pueden pillarte la "china" o ponerte unas multas enormes. ¿Cómo crees que te deja? Te gustaría moler a palos a esos tíos; como no puedes, si te entra alguien después, te lo comes.

Consecuentemente, resulta casi insólito acudir a la policía para denunciar alguna agresión; la desconfianza en la forma en que serán atendidos y en la eficacia de su acción y el rencor acumulado por experiencias directas o indirectas hace poco probable esa posibilidad, especialmente si el apoyo grupal percibido es alto.

Aunque más adelante podrá discutirse con más amplitud y profundidad la influencia del

entorno laboral, ahora conviene establecer el nexo primario entre el sistema socioeconómico y las relaciones de producción. Más concretamente, las experiencias laborales negativas parecen facilitar los comportamientos anti-normativos a través de un complejo proceso psicosocial, basado en el concepto de "afecto negativo" que vendría originado por el ambiente extremadamente competitivo que se vive en las empresas en las que han trabajado y, por ende, en la necesidad de mantener el puesto de trabajo o mejorar el que se disfruta, venciendo la oposición del resto de compañeros. Este "darwinismo laboral" sólo facilitaría el mantenimiento de la autoestima a los "vencedores". En todos aquellos fracasados o expulsados de entorno laboral, su identidad personal debe recurrir a otras fuentes de apoyo social para mantener una autoestima positiva. En estos casos, se tiende a manifestar un incremento del afecto negativo generado por la frustración laboral; también es probable que aumente, por contraste, la importancia del grupo de iguales más cercano (el violento en todos los casos) como fuente prioritaria de apoyo social. Consecuentemente, se tiende a interiorizar o, al menos, a conformarse a las normas y hábitos violentos del endogrupo. Parece pues que, en opinión de algunos jóvenes violentos, la competitividad puede generar frustración y activación negativa, antecedentes para todos ellos de la violencia.

Informador n1 17:

También está el sistema, cuando tampoco hay mucha expectativa de futuro. Que la gente ahora mismo no encuentra trabajo o en el trabajo te pagan una mierda, tampoco te va bien en los estudios y tienes 18 años, pues la gente se tira a estar con los colegas todo el día, con la droga y asimila un poco la violencia que es lo que mola [...] es en lo que destaca, parece que sólo vale para eso.

Informador n1 7:

Si la gente tuviera cubierta un poquillo su vida, o sea, dijera, "mira, voy a tener un trabajillo, lo más mínimo", pues igual llevaba otra forma de

vida. La gente ve que vivimos en una sociedad muy competitiva, demasiado, es necesario aplastar al otro. Igual es un valor que la gente asimila desde pequeño, ¿no? Tú tienes por todos los medios que llegar a ser lo que sea, da igual lo que aplastes a los demás... Porque también en el colegio te enseñan cosas de esas, valores así. "Tienes que estudiar, tienes que aprobar, tienes que sacar la mejor nota, y si puedes ser el mejor de la clase, mejor todavía, y si puedes conseguir el mejor trabajo, el mejor". Cuando esto no pasa, lo tienes chungo, pero has aprendido que no importan los demás y que todo vale.

En resumen, es muy frecuente que los jóvenes violentos aludan implícitamente a un proceso similar propuesto por Berkowitz, Cochran y Embree (1981) para explicar la agresión, estableciendo que entre ésta y el antecedente de frustración se halla el afecto negativo modulando la relación. La frustración de las expectativas laborales o la dificultad para conseguir un puesto de trabajo pueden generar emociones negativas que algunos entrevistados asocian con la violencia, cuando ésta es una respuesta disponible para el joven y su grupo.

En este entorno igualitario y a través de estos comportamientos antisociales, los jóvenes pueden autopercebirse positivamente, poderosos, independientes. Tal vez una de las declaraciones más escuetas y, a la vez, clarificadoras sea la que sigue de un joven rapado antirracista:

Informador n1 19:

El no tener trabajo, dinero o futuro te deprime y eso te lleva a cualquier cosa, a la violencia. Tus amigos son también gente como tú, que no vale para nada o que no quiere ser explotada por los empresarios, mientras que eres violento con ellos eres demasiado, por una vez te respetan. Es genial, ya eres importante.

b) El barrio. La territorialidad.

El barrio es el entorno geográfico –y también social– más cercano durante el desarrollo infantil y adolescente, cuya importancia disminuye a medida que las actividades grupales de

ocio han ido alejándose progresivamente de este centro primordial de relación. Existe una amplia variedad de opiniones en cuanto a la importancia del barrio y su relación con la conducta violenta. Casi la totalidad de los jóvenes entrevistados consideran el barrio, sus calles y sus gentes, con especial énfasis en los amigos, como un entorno preferente de socialización. Concretamente, todos los entrevistados consideran que las relaciones sociales que mantuvieron en las calles durante la primera y segunda infancia son de gran relevancia para el aprendizaje de modelos agresivos y violentos eficaces. Es probable que en estas calles, en el contacto con pandillas agresivas a las que podían pertenecer hermanos mayores, se encuentre una legitimación de la violencia exogrupal como una de las máximas expresiones de apoyo y cohesión con los amigos.

Informador n1 14:

Eso es fácil. Sales del colegio, te vas con los colegas y miras a las pandas de los mayores. En mi caso, mi hermano estaba en una de ellas y tú vas de peque, pero vas viendo que si alguien se mete con uno, no te puedes quedar parado, que eso no está bien visto. Es eso que dicen en las películas: es la ley de la calle. Tus padres pueden decir lo que quieran, pero tú tienes que saber defenderte. Y defender a tu gente es defenderte tú mismo porque sabes que ellos harán lo mismo. Es la ley de la calle.

Este ambiente es tanto más importante cuanto mayor es el déficit de atención y educativo de los padres, generalmente muy ocupados durante buena parte del día en otros quehaceres laborales o de cuidado de hermanos menores. La escasa regulación paterna del tiempo de ocio por imposibilidad o por desentendimiento potencia las relaciones callejeras.

Informador n1 4:

Es la hostia, joder; haces lo que te da la gana. Los padres están a lo suyo y no pueden controlarte. Y hasta que llegan a casa, están con los colegas, aprendiendo de los mayores, intentando meterte en sus pandillas. Que te hagan

caso. Pero, muchas veces, dando vueltas por el barrio, hasta hartarte.

Complementariamente, es posible identificar, a través de las declaraciones de los sujetos, dos potenciales factores posiblemente relacionados entre sí, determinantes de las creencias y sentimientos que mantienen sobre su barrio: la degradación social percibida y la percepción de peligro y de amenaza personal y grupal. En relación con el primer factor, es notable la asociación entre el desarrollo paulatino de grupos marginados, especialmente, por razones étnicas (gitanos, inmigrantes), económicas (vagabundos) o basadas en actividades antinormativas (especialmente el tráfico de drogas) o socialmente indeseables (chatarreros, quincalleros, recogedores de cartón).

Informador n1 10:

Joder, la violencia la vives de pequeño, en el barrio; primero te dicen que los gitanos se dedican a la droga, que tengas cuidado con ellos; y ves cómo se meten de todo y venden de todo. Y después, un día tienes un problema y te dan una curra. Pues, claro... ¿qué haces?... ¿Te pegas un tiro?... ¿Lo matas?... Pues, si tienes colegas, vas con ellos.

En relación con la percepción de peligro, el barrio puede ser, a la vez, un lugar amenazante vinculado a las probables represalias de grupos de jóvenes, generalmente ajenos al barrio, que, no obstante, mantiene "santuarios", lugares de encuentro que proporciona percepción de familiaridad y/o de seguridad. Esta última cuestión parece relacionarse en el imaginario de estos jóvenes con el concepto de la "territorialidad": todos confirman la existencia de zonas propias, bares, parques, paredes o murales (en el caso de jóvenes que hacen "graffitis") que sienten como propia y que pueden compartir sin problemas con grupos y personas afines. En estos lugares, la simple presencia de personas identificadas como ajenas a este colectivo amplio suele ser considerada una provocación o la antesala de un ataque. Esta clase de territorialidad puede ser considerada "parcial", limitada y defensiva, porque se trata

de preservarla, pero tratando de evitar conflictos que pudiesen afectar a otras personas.

Informador n1 13:

Nosotros sí tenemos nuestra zona. Es normal, baretos, pubs... Allí, nuestra gente sabe que puede conseguir lo que quiera. Lo que no soportamos es que allí cualquiera de nosotros esté con un maricón.

Informador n1 12:

Son nuestras paredes, nuestras pinturas, allí nadie puede poner nada; si lo hace que se atenga a las consecuencias, vamos a por ellos donde sea, no me jodas.

En todos los casos, esta protección se extiende a los familiares más cercanos. *De facto*, uno de los motivos principales de conflicto violento con otros grupos y colectivos es la creencia de que pueden suponer una amenaza para sus padres o hermanos. Esta creencia en algunos casos (minoritarios) puede estar basada en una experiencia real. Es más frecuente que se utilice para ejemplificar la maldad intrínseca de sus adversarios que justifique ataques preventivos. Desde esta perspectiva hablan los "vengadores" o "justicieros".

Informador n1 2:

Nosotros lo tenemos claro. Los camellos, gitanos o los jodidos "tiraos" no le van a hacer ningún daño a nuestra familia. La ostia, antes los machacamos a todos; el barrio estaría mucho mejor sin ellos.

A excepción de los jóvenes que dicen pertenecer a un único grupo de iguales (identidad social única), todos los restantes informadores consideran que el conocimiento, en muchas ocasiones desde la primera infancia, de jóvenes de distintos grupos (y de sus respectivas familias) que residen en el mismo barrio suele inhibir los conflictos intergrupales. Parecen describir una manifestación del proceso de "categorización cruzada" y de los efectos protectores del contacto "cara a cara" en el desarrollo de estereotipos negativos y de la conducta discriminatoria. La posibilidad de enfrentamiento con jóvenes del mismo barrio es escasa o excepcional para

salvaguardar a sus familiares de estas tensiones. De hecho, la mayoría de los entrevistados considera que el barrio no sólo es importante para los miembros del grupo violento, sino también para sus familias. Por lo tanto, no resulta deseable emprender acciones violentas en él que promuevan malestar entre sus habitantes, sobre todo, porque se traslada a sus familias, que pueden llegar a conocer estas actividades con mayor facilidad.

Informador n1 3:

En todos los barrios pasa igual, se sabe quién para y dónde para, pero no vas todos los días liado, a pedradas o navajazos. Nadie quiere que se enteren tus padres o los vecinos y se lo cuenten a tu padre. Si se puede evitar, excepto algunos locos, que les da igual cualquier cosa, no se quiere liarla, a excepción de cuando te vienen a joder. Pero normalmente, si conoces a un tío, es porque es del barrio y aunque no te caiga bien, pues... pasas de él.

Informador n1 10:

Bueno... si es del barrio es difícil. Suelen conocerlo, has ido al mismo colegio... o conoces a su hermano, a su familia y te "da palo" tener problemas con él. Procuras pasar de él y él pasa de ti; casi siempre. Porque si no... sería una guerra permanente. Y tampoco es eso.

Éste es el principal motivo esgrimido por los jóvenes violentos que pertenecen a una clase acomodada y que viven en un barrio elitista. La inespecífica amenaza es, para ellos, un buen argumento para la defensa o el ataque preventivo.

Los sujetos entrevistados que vinculan casi toda su actividad social al grupo violento pueden realizar agresiones tanto dentro como fuera de su barrio de residencia; se trataría de una "territorialidad integral", tanto defensiva como ofensiva, que propiciaría ataques por "invasión", pero que admitiría e incluso propiciaría agresiones exgrupales a personas del mismo barrio, incluso conocidos. Este grado de fanatismo es sólo perceptible en grupos consoli-

dos y con un historial previo muy violento. Así lo expresa un joven nazi:

Informador n1 9:

A mí no me importa dónde pegar. Si es un "cerdo" vamos a por él, fuera o dentro del barrio. Joder, incluso peor que sea en mi barrio porque podemos creer que viene a buscar gresca.

Podemos concluir que el barrio se configura como un espacio de relativa seguridad que se percibe amenazada con la presencia de elementos ajenos a él; la pérdida de respeto, directamente relacionada con la realización de pequeños robos (habituales en todos los grupos violentos) en el barrio de residencia por grupos o personas foráneos, induce la necesidad de responder a estos desafíos.

La inacción o una intervención menos decidida podría ser interpretada como un signo de debilidad y convertirse en la antesala de otros ataques más graves y tener un importante coste para la autoestima personal y grupal.

Informador n1 5:

Territorio propiamente no tenemos, pero la gente del barrio sabe dónde paramos y lo que no vamos a dejar que vengan de otros barrios a robar, no nos gustan esas cosas. Si no atacamos estas cosas, vendrían siempre y entonces o los matamos o nos vamos de allí, porque se crecen.

c) La influencia de la ideología.

La dicotomía ideológica derecha-izquierda (generalmente, pero no siempre, extrema) sirve para establecer el primer eje de interpretación de las filias y fobias en las relaciones intergrupales. No obstante, el factor ideológico no puede ser entendido como un conjunto de valores, normas y creencias estables y convergentes entre los miembros de un grupo y divergentes respecto a los de otros. Los entrevistados han puesto de manifiesto en muchas ocasiones una gran capacidad para reinterpretar y reconfigurar la ideología, de personalizarla y de adaptarla a las necesidades y actitudes de la identidad personal y social, de forma que es posible reconocer en ellos las principales es-

trategias de consonancia cognitiva. Es relativamente frecuente hallar en el discurso de buena parte de los jóvenes una indefinición ideológica o una definición por oposición a la que supone a los grupos rivales más amenazantes.

Por otra parte, el análisis del contenido de los jóvenes violentos resulta difícilmente conciliable con postular la exclusividad e incluso la centralidad de la ideología en el desarrollo de comportamientos violentos. En primer lugar, no es la principal causa inmediata que perciben la mayoría de los informadores espontáneamente (sin que medie pregunta específica). Esta preferencia recae en las consecuencias instrumentales del ejercicio de la violencia, sobre todo, la defensa personal, del endogrupo, y la prevención de futuras agresiones mediante la inducción al enemigo de una imagen de fortaleza, cohesión y determinación grupal. En segundo lugar, como se podrá comprobar en el apartado dedicado a la identidad social, existe una mayor "movilidad social" de lo que resultaría esperable en buena parte de los jóvenes violentos, en ocasiones con drásticos cambios de grupo, sin que el criterio ideológico suponga limitación alguna. Este fenómeno es mucho más frecuente en chicos que han sufrido agresiones grupales sin que su grupo haya podido responder eficazmente o cuando surgen nuevos agentes de socialización. Esta labilidad intergrupal, más frecuente de lo que se estima habitualmente, queda expuesta de esta manera por un joven "nacional-bakalaero":

Informador n1 6:

No sé, eso de la ideología puede... pero... mira, hay muchos bakalaeros, más que skins, pero de los bakalaeros hay muchos de pastelillo, que se pasan a skin y ya van por Dios y la patria, están medio locos. Luego, hay también skins pasteleros que cuando las cosas están duras se pasan a bakalaeros y, sabes, cambian a la patria por la discoteca. Se han pasado de un rollo al otro y eso da mucho asco.

Además, algunas concepciones tradicionalmente discriminantes entre distintos pronunciamientos ideológicos no se muestran en

estos jóvenes; por ejemplo, existe un amplio acuerdo en valorar negativamente al colectivo homosexual y a algunos marginados sociales (especialmente drogadictos y, en menor medida, ladrones –"chorizos"–, y vagabundos), con independencia de la teórica adscripción ideológico-política. Las siguientes declaraciones han sido realizadas por jóvenes pertenecientes a distintas ideologías, desde la derecha más radical a la izquierda extrema, pasando por posiciones moderadas.

Informador n1 11 (ultraderechista, skin, votante del Partido Popular):

[Odiamos] por las pintas, los punkis y esas cosas, los moros, los negros y esas cosas. [...] Los gitanos, los vagabundos. También los drogatas y las mariconas.

Informador n1 6 (bakala, derechista, declarado simpatizante del Partido Popular):

Con un mendigo no creo. Pero con los maricones, sí me pegaría. Con los punkis, siempre... con las prostitutas, creo que también, aunque no sé, eso de pegar a las mujeres no me mola.

Informador n1 1 (apolítico, se declara progresista):

Sabemos que son unos hijos de puta porque la lían, son los que la lían. Los maricones, algunos son muy cachas, pero bueno, en el fondo, son maricones, en el fondo se acojonan, ¿sabes? [...] Con los yonquis también hay historias; no digo que no sean enfermos, pero pueden apuñalarte en cualquier momento... que se jodan.

Informador n1 2 (red skin, antirracista, izquierda radical):

Nos movemos sobre todo con punkis, aunque hay algunos que los llamamos costras que nos dan asco, son yonquis, tirados... que se meten cualquier cosa. No distinguen, se meten con cualquier rapado. Tampoco tratamos con vagabundos, ni maricones, pasamos de ellos.

Informador n1 13 (pastillero, apolítico, derechas):

Los punkis, los okupas, los sharp dicen queremos libertad, pues para mí, no es libertad vivir

en una casa okupa. Y eso, picándote o lo que sea, también drogándose, porque también lo hacen. Por eso, a mí no me parece un movimiento cultural ni mucho menos. Eso nunca lo hemos dicho los que vamos de pastillas o los punkis. ¿Por qué hay que respetarles? [...] A los gitanos tampoco los tratamos mucho, como no sea por la droga, ellos también mueven mucho. A los gays tampoco; tampoco es cuestión de ir a buscarles, pero no les tragamos, nos dan asco.

Si uno de los valores principales de estos jóvenes es el "pragmatismo", la ideología, al igual que la realización de conductas antinormativas, forman parte de la identidad social que se adquiere cuando se ingresa en un grupo y se interiorizan las normas internas. Bajo esa protección es cuando se hace posible y deseable la violencia exogrupal, tanto por su valor intrínseco (apoyo y cohesión intragrupal) como por su valor extrínseco (modulación de las relaciones intergrupales). El siguiente informador lo expresa con una rotunda claridad en este largo párrafo:

Informador n1 13:

[Empiezas a pegar] cuando te sientes protegido, si no te sientes protegido no empiezas nada. Cuando ya conoces a gente y tienes entabladas unas amistades, unos conocidos, ya sabes que te puedes meter con quien quieras, porque sabes que en ese momento van a estar ahí. Si es que en realidad somos cobardes, o sea, no cobardes, yo no me siento cobarde, porque a mí un tío me echa cara, yo le echo cara por muy alto que sea. Pero es muy diferente le echas mucho más coraje cuando sabes que tienes el grupo detrás. Tú solo no te peleas por tonterías, tiene que ser algo grave, porque si no la violencia no vale de nada. Pero cuando tienes unos tíos detrás de ti no te importa ni si te vale ni si no te vale, tú sabes que te quieres desahogar o que te quieres meter con un grupo y ya está. [...] Quieres conseguir respeto con la violencia; un tío o un grupo pega a otro grupo y ya todo el mundo lo respeta, ya saben con quién tratan.

Con independencia de sus diferentes manifestaciones, la ideología parece cumplir tres funciones principales en los grupos violentos. Facilita la categorización social de la realidad; genera un esquema social básico que –a modo de sopa primordial plagada de estereotipos exgrupales negativos y de intensos contenidos cognitivos y emocionales centrados en el apoyo, la solidaridad, la reciprocidad intragrupal– sirve para activar la conducta violenta; y se utiliza frecuentemente como justificación *post-hoc* a las agresiones inferidas. No obstante, no todos los grupos violentos se amparan en la ideología para incrementar su cohesión o justificar sus acciones violentas. En concreto, es muy infrecuente entre los entrevistados citar la ideología como una de las causas más accesibles e inmediatas de la violencia que ejercen. Pero, incluso entre aquellos que declaran que sus agresiones denotan motivos ideológicos, se observa una sutil relación con razones prácticas, como las de autodefensa, apoyo social, respeto, etc. Así se expresa, por ejemplo, un joven anarquista:

Informador n1 15:

[Utilizamos la violencia] porque la utilizan contra nosotros. Yo antes, hace cinco años, antes de irme a casas [ocupadas], ya tenía esa ideología, pero en plan pacifista. Me fui a la calle y empecé a recibir palos por todas partes, policía, nazis, gente que te mira con mala cara, que te insultan, se ríen de ti y, claro, tú ves que te están dando palos y llega el momento en que dices, ¿me están dando palos y voy a poner la otra mejilla?, pues no, les cojo y cuando me fastidian a mí, pues fastidio también. Entonces te das cuenta de que el Estado me está jodiendo, entonces yo tendré que joderlo como pueda. Pero no puedes solo y si tienes la suerte de encontrar a unos colegas que sienten como tú y que no tienen miedo, la violencia te sirve para conocer gente que piensa como tú y que te va a ayudar. Entonces te sientes mejor.

La identidad personal y social de los jóvenes violentos puede contemplar la ideología como un hecho fundamental, accesorio o inane. En este sentido, los jóvenes entrevistados pueden

ser clasificados en tres niveles, en función de la accesibilidad de la información ideológica en el momento de categorizar la realidad social.

El primer nivel estaría ocupado por jóvenes que hacen de la ideología el criterio fundamental para categorizar la realidad social, formando parte esencial de su identidad personal, de su identidad social general y de la emergente en situaciones de potencial conflicto o violencia declarada; amigos, enemigos o aliados ocuparían su correspondiente lugar en la percepción de la realidad en función de la postura ideológica, especialmente política, de las personas y grupos con los que se relacionan. Realizan o participan en actividades de significación política y suelen centrar sus objetivos en la aplicación real de sus ideas. En términos psicosociales podríamos hablar de un sólido desarrollo de esquemas ideológicos, una fuerte tendencia a presentar una baja autoobservación en relación con estos temas y, consecuentemente, una sólida coherencia y equilibrio entre la categorización social bajo criterios ideológicos y el comportamiento social individual y grupal. La ideología cumple una misión de pegamento grupal, favorecedora de la cohesión intragrupal y del incremento, al menos desde una perspectiva cualitativa, de la percepción de apoyo social. Estos jóvenes suelen tender hacia una identidad social única, procedente de su grupo de iguales, en el que encuentran apoyo social emocional e instrumental. Ésta es la opinión de un joven ideológicamente de derechas.

Informador n1 6:

¿Las causas de la violencia? La ideología, el vandalismo, las clases sociales y la juventud de hoy en día que quiere cada vez más libertad, pero no sabe lo que quiere, cada vez hay más droga. No se puede dejar que una niña de 14 años esté borracha hasta las 12 de la noche en la calle. Llega un momento que sólo te sientes seguro con tu grupo, y cuanto más bestia, mejor, todo el mundo puede ser un hijo puta que te va a joder.

El segundo nivel estaría constituido por aquellos miembros de grupos violentos que se orientan en una determinada dirección política extrema y que tienden a categorizar la realidad en función de la afiliación o simpatía política, más por reactividad que por profundo convencimiento personal de lo óptimo de su posicionamiento ideológico. Pueden participar ocasionalmente en algún acto de significación política que no promueven o lideran. El esquema ideológico está escasamente desarrollado y no suele ser accesible, además, pueden reinterpretarlo en función de sus necesidades. Suelen ser jóvenes con una identidad social general más diversa y extensa.

El tercer nivel está integrado por jóvenes pertenecientes a grupos poco cohesionados centrados sobre todo en la autodefensa y en el ocio. El marco ideológico es irrelevante o anecdótico. Sus enemigos son circunstanciales, y se hallan limitados a un ámbito geográfico determinado. Estos jóvenes forman parte también de otros grupos que mayoritariamente no realizan comportamientos antisociales. Las relaciones intragrupalas están basadas más en el apoyo instrumental que en el afectivo o emocional. En estos grupos es bastante probable que la realización de comportamientos exogrupalas precise de un mayor número de condiciones, por ejemplo, que los antecedentes del objetivo de la posible agresión sean más extremos y graves, que afecten más directamente a los líderes, que se perciba un mayor grado de autoeficacia o que se realice una planificación más detallada.

La ideología surte mayores efectos en la determinación del comportamiento en la medida en que es interiorizada, asumida como propia, eficaz para la resolución o evitación de problemas, cuando se percibe como elemento de unión, como un conjunto de actitudes y valores compartidos. Se trata de condiciones que contribuyen de forma importante a generar un clima grupal de apoyo y solidaridad. Por otra parte, y de forma complementaria, una eficaz socialización axiológica e ideológica previene la influencia de otros medios normalizadores

(el grupo de trabajo, la pareja, una reacción directa de los padres ante la evidencia de la violencia ejercida por sus hijos). El siguiente joven, un “pantera negra” inmigrante guineano parece haber desarrollado un elaborado discurso:

Informador n1 16:

El fascismo ha estado en España más de cuarenta años dando ideología, preparando a la gente. Son cuarenta años de preparación ideológica, de ventaja ideológica. Por eso no les cuesta matar a ellos. Y les importa poco lo que puedan decir otras personas y grupos; no los escuchan. Entonces, cómo le das una pistola a un negro para que mate a alguien si no sabe ni siquiera por qué lucha. A ese señor le detienen y canta, es que canta en un momento. Porque no lo ha asumido, no ha machacado, no lo ha vivido, no lo ha interiorizado... Como decía Hitler en *Mi lucha*, no ha hecho de la idea su propia realidad. Entonces, ¿qué ocurre con los presos de ETA? Van a la cárcel treinta años, son presos políticos. Quieren salir, pero en el fondo de ellos están convencidos que han cumplido con su Ser.

Parece que existen dos tipos de procesos que estos grupos han desarrollado de forma intuitiva y que tiene, entre otros, estos fines: el aislamiento social y la inoculación del estrés.

En el primer caso, no se permite o se sanciona el contacto con un sujeto exogrupal y se censura o se desprecia cualquier fuente informativa ajena. En el segundo, se trata de promover una actitud negativa hacia personas o grupos enemigos, según la percepción de los líderes o de la cúpula de la organización, mediante la reflexión, el análisis sesgado de textos y la participación e implicación de los sujetos en la interpretación de diferentes textos. El aislamiento social estaría basado preferentemente en el control y la autoridad explícitos y la inoculación del estrés se desarrolla, sobre todo, mediante estrategias persuasivas. No obstante, es bastante probable que los jóvenes implicados en estos procesos no hallen denotaciones claras y discriminantes; en la mayoría de los casos,

los sujetos no se conforman, sino que interiorizan estas reglas endogrupales.

En relación con la “inoculación del estrés”:

Informador n1 16:

Es importante, en primer lugar, una buena educación; debemos darles a conocer cuál es la realidad del negro en España, que sepan que van a tratar de engañarlos, que van a ser objeto de chantaje para que sean un negro bueno, adaptado; que van a sentirse algunas veces ofendidos... Pero, peor, que otras veces los van a hacer sentir como negros buenos, para que parezcan que son iguales y los van a usar para traicionar a otros negros.

Respecto al aislamiento:

Informador n1 11:

Entrevistado: Siempre tienes que ir con gente del grupo.

Entrevistador: ¿Por qué?

Entrevistado: Porque el líder lo manda y... porque si te ven con otros no confían en ti.

En cualquier caso, la influencia de la ideología, incluso cuando representa un aspecto central de la identidad del grupo violento, muestra matices sugerentes. Así, la violencia exogrupal empleada como arma ideológica mantiene una sólida conexión con objetivos prácticos y concretos como cohesión grupal, prevención de futuros ataques, apoyo social, etc.

La inspiración ideológica de la violencia es más saliente cuando del comportamiento agresivo se derivan consecuencias positivas (congruentes con las expectativas individuales y grupales compartidas). De hecho, es muy frecuente que el discurso ideológico esté abarrotado de referencias a expectativas concretas que convierten las ideas en hechos eficaces y útiles.

Informador n1 18:

Al principio hay pocos que tengan claro lo de ir a por nazis o bakala, o lo que sea. Sabes que son enemigos tuyos, pero no te planteas ir a por ellos siempre. Pero llega un momento en

que te ves entre la espada y la pared... y tienes éxito y le das una zurra con tu gente pues te sientes reforzado y el grupo se ve mejor. Si las cosas no van tan bien, y tienes miedo, puede que te busques la vida de otra manera... te buscas la vida con otra gente, joder, como pasa la gente de rollos ideológicos entonces.

La principal característica que envuelve todo el discurso ideológico radical es el proceso de categorización social extrema, peculiarizados en personas y grupos que se sienten en peligro o fuertemente amenazados, que tiene fuertes repercusiones psicosociales. En general, los sujetos pertenecientes a grupos violentos de ideología extrema perciben la realidad social compuesta por uno o varios exogrupos homogéneos cuyos miembros están dispuestos a apoyarse entre sí en cualquier situación y eventualidad. Es probable, pues, que en estos jóvenes confluyan una notable sensación de inseguridad y una intensa necesidad de sentirse respaldado por el endogrupo. En esta situación las normas grupales, incluida las referidas a la violencia, son asumidas con mucha facilidad y precisión.

Informador n1 13:

Alguien dice algo contra los negros y tú dices: "¿por qué coño tiene que estar aquí un negro?". Y luego lo piensas y te dices, "a mí qué más me da que esté aquí un negro". Pero claro, a la hora en que estás con los amigos, pues te envalentonas, "eh, el puto negro de los cojones, ¿por qué tiene que estar aquí?, me cago en los negros y en los putos punkis éstos". O sea, todos tenemos una ideología, pero no es tan radical como para ir tú solo por la calle y darle una paliza, decirle "tú, negro, vete de España". Tus amigos te cambian radicalmente tu forma de pensar, pero, es que tiene que ser así, ¿qué haces por ahí tú solo?, pero, es que además no quieres estar solo.

d) Medios de comunicación.

Las causas inmediatas de la violencia exogrupal puestas de manifiesto por los entrevistados no se refieren a la influencia de los medios de comunicación, sino que se hace mucho más

hincapié en los procesos de modelado directo. No obstante, cuando se les pregunta explícitamente por los medios de comunicación, admiten un notable influjo en la predisposición hacia este tipo de comportamientos, especialmente si coinciden con la satisfacción de necesidades fundamentales del niño y adolescente (atención, refuerzo, facilitación de la socialización, etc.).

La televisión es el medio de comunicación que todos los entrevistados citan como más relevante e influyente en la violencia exogrupal, sobre todo, durante la etapa infantil. No obstante, son las imágenes y contenidos cinematográficos los que parecen contribuir de forma más definida a la constitución y fijación de prototipos y modelos violentos. Muchos de los entrevistados consideran que los medios de comunicación, sobre todo la televisión, a través de series y películas de origen sobre todo estadounidense contribuyen a generar un clima de violencia, a través de la trivialización y la normalización de los hechos violentos, de forma que está bastante extendida entre los jóvenes la creencia de que la violencia es un hecho normal, una etapa que casi todos los jóvenes deben pasar y superar.

Informador n1 15:

La violencia en la televisión, en el cine, termina asqueándote y haciéndote insensible. Es como si te cansas de tanta violencia. Tú ves ahí un asesinato, una muerte de un tío con la cabeza así y te acostumbras. Más que incitarte a la violencia puede que termines considerándola como algo normal... y esto pasa más en los jóvenes. Yo veo un tío tirado en la calle con la cabeza abierta y no me impresiona, sé que es normal, que pasa.

Todos los entrevistados coinciden en que los medios de comunicación (con especial mención otra vez a la televisión) no aciertan a reflejar sus propias experiencias y que muestran un gran desconocimiento de los factores que determinan la violencia exogrupal juvenil. Esta "deformación" informativa puede producirse por la ocultación de datos relevantes que no

guardan relación con el sistema de valores imperante:

Informador n1 18:

A veces sale en [nombre de un canal de televisión], "en una manifestación han apedreado un banco". No dicen nada más, no dicen que hemos apedreado un banco porque estamos contra el capital y la explotación y eso representa un banco. Hay jóvenes que todavía reaccionan cuando ven que un vecino que está parado pierde su casa. Y rompemos bancos para que se gasten más dinero en reponer la luna; parece una tontería, pero tiene su lógica. Sale que hemos apaleado a tres jóvenes y la gente "¡ay, qué malos son esos punkis!"; pero no saben que tenemos que salir a la calle mirando para todos los lados. Sacaron en televisión a un colega que había ido al trullo por pegarle una puñalada al hijo de un militar; pero no dijeron que ese cabrón y el grupo de nazis estuvieron a punto de matarlo.

Otra manera de desinformación mediática proviene, en opinión de todos los entrevistados, de las interpretaciones tendenciosas y estereotipadas de la violencia exogrupal que transmiten sin cesar, evidenciando su escasa motivación por objetivar la realidad. Así, por ejemplo, estos jóvenes no consideran adecuado que en ningún momento se comente que es necesario ("estamos obligados a") responder a las provocaciones para mantener autoestima y promover respeto hacia el grupo.

Informador n1 9:

Es diferente porque ellos [medios de comunicación] opinan que la violencia no se debe utilizar, no se debe pegar. Yo digo que depende en qué sentido. Que si uno está diciéndote que si "puta madre, no sé qué, no sé cuántos", mira que me voy a cansar y voy a por él.

Otra forma de desvirtuar la realidad es la descontextualización de las noticias, que suele producir una sobre-simplificación de los hechos. En la misma línea, se considera muy común advertir sobre la manipulación informativa de los medios en relación con algunas víctimas

de la violencia, presentándolas como buenas e inocentes personas, ajenas a los conflictos intergrupales, tomando como única fuente de información la familia o los vecinos.

Informador n1 14:

Exageran todo lo que dicen. Sacan conclusiones donde no las hay. Muchas veces no tienen ni idea. [...] Hace dos años, en San Isidro, mataron a un chaval allí en mi barrio y le ponían de bueno en los medios de comunicación. Yo le conocía al chico éste del barrio y se lo estaba buscando él. Antes o después tenía que acabar así.

Informador n1 6:

Cuando mataron a un chaval de éstos en [un lugar de Madrid] y tal, a ese chaval le conocían algunos amigos míos y salía la madre en los medios de comunicación: "es que era muy buena persona", y tal. Y luego era un "movidas", que estaba todo el día..., que eso le iba a pasar algún día, que se lo iban a cargar, porque estaba siempre en líos.

Es habitual la acusación de que los medios de comunicación no tratan de empatizar ni de conocer la realidad desde la perspectiva de los que la sufren y la realizan, suelen transmitir una actitud negativa hacia la violencia juvenil de una manera demasiado simple, sin reconocer, por ejemplo, que la agresión representa una respuesta necesaria y eficaz en el mundo social de estos jóvenes. Casi todos los jóvenes entrevistados recuerdan espontáneamente algún suceso violento del que tienen conocimiento o experiencia directos que fue presentado en los medios de comunicación de forma desenfocada y con escaso conocimiento de la dinámica intergrupala que lo determinó.

Informador n1 5:

Yo creo que exageran unas veces y otras no tienen ni idea de lo que dicen. Como ellos tampoco lo han vivido, tampoco saben cómo es. Ellos están contando que unos chavales que estaban implicados, la discusión empezó porque uno se metió con su chica y tal y que empezaron a patearle en el suelo. Pero no dicen

que pertenecían a grupos enemigos y que ya habían tenido movidas entre ellos. Lo de la chica fue al final y es una provocación para que responda.

Cuando se les solicita expresamente que opinen sobre la influencia que pudieran ejercer los medios de comunicación en la violencia exogrupal juvenil, las respuestas son muy variadas. Algunos no le conceden valor alguno; para estos jóvenes, predomina la situación individual y grupal o las características personales en la realización de este tipo de comportamiento. Para otros, el cine o la televisión han popularizados modelos violentos que desearían imitar; este modelo es concordante con la percepción que tienen de sus motivos para utilizar la violencia y suele incluir a personajes violentos que responden a provocaciones con firmeza y valentía:

Informador n1 17:

Yo [tengo como modelo], como Steven Segal, un chico tranquilo que cuando tiene su movida ... a dar hostias (se ríe). Es el tío más tranquilo de la película, pero, a la hora de dar hostias es el primero.

Para algunos jóvenes violentos, la exhibición de la violencia en los medios de comunicación predispone, sobre todo, a los niños hacia este tipo de conductas, aunque no es la única razón ni en muchos casos la más importante para que estos chicos desarrollen la agresión. En esta etapa, la percepción de la violencia como una respuesta "normal" o adecuada parece favorecer que los niños comiencen a emplearla para resolver sus conflictos.

Informador n1 17:

Ahora no [influyen las películas violentas], pero cuando eres más "cani", más pequeño, pues sí te meten. La violencia yo lo veía como algo normal. Estás viendo ahí puñetazos y tiros por todos lados, pues lo asimilas, lo ves como una cosa normal, que está ahí y que puede ayudarte a salir de líos y ves que la gente violenta está bien vista, gana en las películas, se lleva a la chica.

La "hipócrita" presentación de una violencia "buena", pacificadora o legitimada por el Estado puede ser interpretada, a pesar de sus demoledoras consecuencias, por muchas personas como una demostración de la eficacia de la violencia, opinión que se convierte en central quedando al albur de la interpretación personal la generalización de esta legitimación y, consecuentemente, de la utilización de las respuestas agresivas para resolver o prevenir los conflictos.

Informador n1 17:

Ellos [los medios de comunicación] juegan un poco con la violencia. Catalogan la violencia de las calles, de las tribus urbanas, de la violencia juvenil, como peligrosas; ahora con el rollo de Euskadi y todo eso. Pero no te dicen claramente la violencia que ejerce el Estado. Cuando hay una guerra, por ejemplo, o una misión de paz de éstas que llegan a no sé qué país, y se cargan a no sé cuántos para llegar a un estado de paz. Es una violencia superimportante, pero como te la ponen como algo normal, te lo meten ahí como algo subjetivo, como que está bien, que es una cosa que está bien, y la gente lo ve como algo legítimo. Cuando a lo mejor cada vez que tiran una bomba se carga a mogollón de gente, o mutilan o destrozan mogollón de planes de vida. Y sin embargo, le dan mucha importancia a la violencia de los jóvenes, a la violencia en Euskadi y no sé qué. O sea, que meten la violencia como ellos quieren.

Existe un grupo de entrevistados que presentan unas actitudes coincidentes respecto a los medios de comunicación, son los jóvenes violentos cuyo discurso tienen fuertes denotaciones ideológicas.

En todos estos casos, se puede contrastar una fuerte valoración negativa de las funciones que desempeñan los medios de comunicación en la transmisión de información sobre la realidad juvenil; todos ellos tienden a considerar que la prensa favorece la formación de una opinión completamente deformada e incluso falsa de los problemas juveniles y, sobre todo, de la violencia intergrupala; para ello exageran la frecuen-

cia e importancia de las acciones endogrupales (entendido en sentido ideológico amplio) y las descontextualiza. El resultado es un extendido “victimismo” y una razón o justificación más para la marginación y la profunda desconfianza acerca de cualquier institución “oficial”. Así se expresa un joven ultraderechista:

Informador n1 6:

Ha salido mucho en la tele que los nazis pegan a los punkis, pero también los punkis les pegan y les roban y eso no sale, no sale. Todo lo skin es malo o facha o lo que sea, pero de los punkis no se dice nada.

Las dos valoraciones más compartidas por los jóvenes violentos sobre los medios de comunicación son deslegitimación y desprecio, en algunos casos, y rechazo matizado en los restantes. Desde la primera perspectiva, los medios de comunicación estarían sirviendo a los intereses de grandes empresas y su función principal sería de adoctrinamiento, tratando de promover la sumisión mediante la presentación de los problemas juveniles de una forma simple y desenfocada; en relación con la violencia, estos medios son acusados de ocultar o identificar marginalmente las poderosas razones que promueven los conflictos intergrupales. Otros informadores muestran un rechazo matizado a los medios de comunicación, concediendo que en determinadas ocasiones pueden ser útiles para determinados propósitos divulgativos.

Una medida alternativa a la “desinformación” de los medios de comunicación es el desarrollo de publicaciones colectivas (generalmente “fanzines”) que se distribuyen preferentemente en el entorno juvenil más próximo y que muestra una mayor simpatía por grupos y asociaciones reivindicativas y clandestinas.

Informador n1 16:

Es necesario mentalizar a tu gente de que los medios de comunicación son una empresa y ellos tienen unos cupos que cubrir. Lo que haces tú es crear tu propio fanzine y obligas a la gente a que escriba y diga cosas para informar a tu pueblo o a tu gente de lo que estás ha-

ciendo, sin esperar a que los medios lo hagan. Otra cosa es saber aprovechar los medios de comunicación, no entrar en un enfrentamiento total con ellos, saber utilizar la oportunidad que te dan para expresarte. Otros grupos más anarquistas, más punkis, hacen eso, entran en una dinámica de confrontación y ahí están perdidos porque son grandes multinacionales que nos aplastan en cualquier momento.

Uno de los hechos más graves que pueden cometer los medios de comunicación, a juicio de buena parte de los informadores, es transmitir información que dificulte la asunción y difusión entre los simpatizantes de su identidad grupal, un valor fundamental en el devenir de estos jóvenes. Así, por ejemplo, la frecuente asimilación del nazismo o de los colectivos de ultraderecha española a los grupos skinhead promueve una fuerte repulsa en aquellos entrevistados que se encuentran en sus antípodas ideológicas. La reivindicación del nombre y de los orígenes de este movimiento, proveniente de “cabezas rapadas” ultraizquierdistas que se autodefinen como antirracistas, representa más que un hecho simbólico, dificulta el proceso de cohesión intragrupal y el de categorización social. Esta ambigüedad provoca situaciones peligrosas cuando no resulta fácil distinguir a primera vista a potenciales enemigos de posibles aliados, porque los dos grupos rivales han asumido una estética muy parecida.

Además, la información que transmiten los medios de comunicación puede tener consecuencias inesperadas e incluso paradójicas. Por ejemplo, la enfatización de la peligrosidad de un grupo o tribu urbana determinada y del temor que produce en la opinión pública, en general, y en los jóvenes, en concreto, puede ser interpretado en sentido positivo por algunos jóvenes, ya que, para ellos son demostraciones de poder y estrategias eficaces para inducir respeto (y de esta manera prevenir futuras represalias). Con ello, se potenciaría su afiliación a estos grupos, que era lo que trataba de evitar la comunicación mediática.

Informador n1 2:

Muchas veces los periodistas hablan de los nazis, van a por ellos, ¿no?, pero, luego les hacen una publicidad gratis, pero, además, bastante buena. Es decir, les ponen de malos y les llaman skinheads. Es decir, primero les dan una publicidad gratis que la sociedad dice, ay, qué malotes, qué gentuza. Pero para mucha gente joven, eso es bueno, un tío malote que ha metido no sé cuántas puñaladas a no sé quién, chungo, sabe defenderse, de ése no se rien. Los hacen temibles, y cada vez hay más gente que quiere ser temible. Además, el segundo tema es que les dicen skinheads, que me parece una barbaridad, porque esos patanes han mangado unas pintas y que los periodistas lo digan así es una barbaridad.

5.3.2. El mesosistema: los entornos de socialización

Los entornos de socialización más importantes para los sujetos entrevistados son la familia, el o los grupos de iguales a los que pertenecen, la pareja y, con una considerable menor incidencia directa, los entornos escolar y laboral. No obstante, la influencia de la pareja está fuertemente matizada por la edad de los sujetos (muy jóvenes en la mayoría de los casos), por las características de los grupos de iguales y por las implicaciones ilegales o antinormativas de la conducta violenta que parecen alejar a estos jóvenes de las relaciones estables.

Tal vez uno de los principios básicos de interacción entre los distintos entornos socializadores es la necesidad o la conveniencia de adaptación a cada entorno (familia, primeros trabajos temporales, escuela), mediante la acatación, más o menos matizada, de las normas grupales preexistentes en cada caso. No obstante, la preeminencia del grupo de iguales y de sus normas en tiempo de ocio es prácticamente absoluta; la emergencia de este tipo de normas provoca un importante cambio comportamental, reflejo de la modificación en la identidad social.

No parece que podamos establecer *a priori* una mayor predisposición (entendida como determinante inmediato) hacia la violencia exogrupal de jóvenes pertenecientes a distintas clases sociales, ni a distintos barrios, ni tampoco (salvo en los términos comentados en el apartado correspondiente) a diferentes familias, sino de la urgencia, en relación con la violencia, o los conflictos intergrupales, de identidades sociales favorables o no a este tipo de agresiones psicossocialmente determinadas.

Informador n1 13

Si te lo montas bien no tienes problema con tus padres, ni con la empresa, ni con nadie. Yo estando de auxiliar administrativo en esa empresa, era llegar el lunes y cambiar totalmente, hasta el viernes por la tarde. El viernes por la tarde cambio total. Y mucha gente que estaba ahí, lo mismo: desparrame total. Si se lo dices a los padres no se lo creen, porque en casa parecen otros, pero cuando llegan con los amigos, si hay droga, droga, y si hostias, hostias.

Más adelante se analizará la percepción que tienen los sujetos respecto a los distintos entornos de socialización. Antes es necesario resaltar que la conducta violenta, y la mayoría de las restantes conductas antinormativas (consumo de drogas, vandalismo, entre otras), se realiza casi con total exclusividad durante el tiempo de ocio que, en el caso de los grupos violentos, se concentra preferentemente durante los fines de semana. Buena parte de las actividades desarrolladas durante el tiempo libre se realiza con el grupo de iguales violento y, en buena medida, estos jóvenes parecen desarrollar una serie de "rituales de ocio".

Estos rituales o patrones de ocio incluyen una serie de actividades que se realizarían los fines de semana, siempre o la mayor parte de los casos en una misma secuencia. En consecuencia, los jóvenes declaran con mucha frecuencia que las actividades no suelen diferir notablemente en distintos fines de semana, siendo más habitual cuando el grupo está consolidado y menos probable cuando se está formando o cuando empieza a disgregarse. Esta

reiteración de actividades puede producir, sin embargo, actitudes negativas y desadaptación intragrupal en los jóvenes que no están capacitados o motivados para sobresalir en su realización. En estos casos, la identidad grupal no facilita el desarrollo o el incremento de una identidad personal positiva.

Informador n1 4:

Entrevistada: Uno de los problemas que he tenido es que te cansas de hacer lo mismo. A mí no me gusta estar todos los días borracha, ir de bar en bar o con el botellón todos los días. Estoy a gusto, pero hay veces que me gustaría que cambiasen algunas cosas; hemos perdido la lucha política y pocas veces se habla ya de esto:

Entrevistador: ¿Te gustaría cambiar de grupo?

Entrevistada: ¡Uff! No, ahora no me lo planteo. No sé, no puedo ir por ahí sola, es un problema, estoy marcada, me conocen.

Estos patrones y las actividades que los constituyen parecen estar en relación con dos variables fundamentales: la edad de la mayoría de los miembros del grupo y sus recursos económicos. La mayor peculiaridad respecto a otros grupos no violentos consiste en que la realización de estas actividades depende o está limitada por la posibilidad de encontrarse con otros grupos rivales.

Informador n1 18:

Hay sitios donde no podemos ir... bueno, si no vamos de caza. Hace ya mucho tiempo que no vamos por el [estadio deportivo] o por el barrio de [nombre del barrio], porque si vas allí tienes que ir preparado para todo. También hay que tomar precauciones cuando no estamos todos a la hora que te mueves, porque a determinada hora todos nos estamos moviendo en metro o en "búho".

La charla con los amigos, el consumo de drogas (alcohol, drogas de síntesis y hachís), la asistencia a conciertos de música (de distintos tipos, según el grupo) son las actividades más frecuentes y comunes. La realización de actividades culturales es muy escasa, sobre todo

porque se consideran en general muy caras. En relación con estos problemas económicos resulta bastante frecuente que una parte del tiempo libre lo dediquen a recaudar fondos mediante el tráfico de drogas (drogas de síntesis, hachís y, en menor proporción, cocaína) en pequeña escala.

Informador n1 5:

Hay mucho trapicheo, mucha gente hace eso, los nazis pasan muchas "pastis" y nosotros pasamos "chocolate". Es normal, si vas a pillar para ti, pues lo normal es que pilles un poco más de lo que vas a consumir para después repartir con tus amigos o vender lo que te sobre para pagarte algo. De esta forma, te sale gratis la noche o te compras unas deportivas o alguna tontería.

a) El entorno escolar.

En el ámbito escolar, la mayoría de los entrevistados han tenido dificultades de adaptación o de integración en el sistema educativo. El cambio de institución educativa durante los estudios secundarios es un acontecimiento frecuente en este colectivo. De los entrevistados, sólo uno de ellos ha iniciado estudios universitarios; el resto abandonó los estudios en la educación secundaria por cuatro motivos principales que pueden solaparse de forma más o menos completa: fracaso escolar, problemas con el estamento docente o por la percepción de que los estudios no satisfacen sus necesidades más importantes e inmediatas y por la incompatibilidad o preferencia por la realización de trabajos eventuales u otras actividades (tráfico de drogas a pequeña escala). El aburrimiento, las creencias de incompetencia personal y de inutilidad de los estudios predominan sobre aspectos escolares positivos —que también pueden encontrarse en algunos jóvenes— limitados, no obstante, a la relación con otro compañero y, ocasionalmente, a la influencia de algún profesor.

Informador n1 9:

Repetí primero dos veces, o sea, que hice primero tres veces. En el instituto, pocas movidas

hemos tenido, más con los profesores que con los alumnos. Que si un profesor me ha puteado porque me ha suspendido porque me han faltado dos décimas... hemos llegado a pincharle la rueda y a quitarle las ruedas, o sea que en el instituto bien, tampoco soy un chico problemático.

Informador n1 5:

Terminé el graduado aunque no me lo saqué, ¿sabes? Yo pasaba del curso porque son un poco racistas [se trata de un chico con padres argelinos] y me tenían mucha manía ahí. Y ya que pasaba de estudiar ya. Yo es que copiaba los exámenes de los libros y todo y no me aprobaban. [...] Se lo decía siempre "esto lo hacéis porque soy moro". Y ellos no me hacían ni caso. Buah, buah, tú haces lo que quieres... no sé qué... eres muy malo.

Informador n1 11:

Lo único que me gustaba era la gimnasia. Tampoco me valía para trabajar: cuando necesitaba algo me ponía a trabajar en cualquier cosa.

No obstante, la valoración de los profesores y de su labor como transmisores del conocimiento es variable, oscila desde una percepción moderadamente positiva hasta un rechazo frontal. El establecimiento de relaciones de amistad con sus compañeros es el aspecto mejor evaluado. La importancia de esta relación también puede advertirse por el hecho de que una parte importante de sus actuales amigos, incluidos los que pertenecen al grupo violento, se conoció en la escuela o en el instituto.

Informador n1 3:

A mí no me gusta la enseñanza. Me fui de estudiar porque no me gustaba la enseñanza, los profesores y cómo me evaluaban. Yo aprobaba los exámenes y me suspendían por la conducta. Mi vieja me echaba la charla. [...] Eran unos canallas [los profesores] y las clases no me gustaban ni a tiros. A leer y daban las clases leyendo, joder, para eso me lo leo yo. El tío era un manta, joder eso también lo sé hacer yo. No merecía la pena.

El entorno escolar es también importante en el desarrollo de la violencia exogrupal porque suele ser el lugar donde se producen los primeros enfrentamientos interindividuales, frecuentes entre todos los jóvenes entrevistados. En muchos casos, la formación del grupo de iguales violento se produce, entre otras afinidades actitudinales, como respuesta a la incapacidad individual para afrontar las amenazas de otros compañeros de colegio o de barrio. Con bastante frecuencia, el grupo de iguales comienza a incorporar la represalia violenta o la amenaza como un sistema eficaz para proteger a sus miembros. Estos conflictos intraescolares en casi todos los casos no han sido conocidos por los profesores y, cuando han intervenido las autoridades académicas, las consecuencias han sido leves o de escasa relevancia.

Informador n1 10:

Son gente del barrio y del instituto [los miembros del endogrupo violento]. En el colegio nos pegábamos con los que insultaban a alguien. Si te decían que estabas gordo o si te querían pisar, así te conoces.

Un clima escolar cálido, con interacciones directas, con profesores-tutores permanentes que vinculan la transmisión de conocimientos con la realidad social y juvenil inmediata son las características de los centros escolares más valoradas por los jóvenes entrevistados; no obstante, en casi todas las ocasiones realizan esta definición por oposición a su frustrante experiencia académica. La siguiente declaración resume adecuadamente una buena parte de la situación escolar de los jóvenes entrevistados, incluyendo una excepcional experiencia positiva.

Informador n1 7:

Era una situación ideal con un profesor que tenían ganas de enseñar, que se preocupa por ti. Joder, era ideal... si hubiesen sido todos como él. Explicaba las cosas y no las leía, no te echaba la charla por cualquier cosa. Y hablaba de cosas que te importan y ponía películas... y... valía un mazo [...] Del instituto, sus clases y los amigos que haces allí... poco más.

De forma similar a lo que se puede apreciar en las familias, las instituciones académicas que establecen normas rígidas (modelo autoritario) o que no provee de ellas a los alumnos (modelo anómico) –más frecuente este último–, coinciden en todos los casos analizados en la escasa probabilidad para producir la interiorización de valores, normas y actitudes prosociales. Posibilidad aún más extraña si tenemos en cuenta que los profesores no parecen tomar en consideración los grupos de los jóvenes, sus redes sociales de apoyo.

Informador n1 18:

Buff, pasaban [los profesores] de nosotros. Se preocupan más de no tener problemas con nosotros... querían sobrevivir. Había profesores que entraban en clase acojonados y se les notaba. Vale te enseñaban matemáticas, ciencias y tú estudiabas o no... copiabas los exámenes, pero y ¿qué? Un examen tras otro, ibas pasando.

Informador n1 1:

Me aburría, sólo recuerdo que me aburría. Pasaba todo lo que podía, aunque anda que no eran rígidos, la disciplina es muy rígida, casi no te podías mover. Yo cumplía, trataba de no meterme en problemas con los profesores y... bueno, hasta que los tuve, por eso me echaron, ¿sabes? Pero creo que el colegio no me ha influido en nada, en nada... por lo menos yo no recuerdo nada positivo.

Informador n1 10:

Es la hostia, te hablan de lo jodidos que somos los jóvenes, de los zánganos que somos, cuánta historia. Y nunca pregunta... aunque tampoco hace falta, con los colegas, unas risas de esos pringaos y a la calle.

Más concretamente, los jóvenes violentos no recuerdan que durante su período escolar fueren abordados por sus profesores de forma explícita y directa temas como el de la violencia interindividual o intergrupala, el consumo de drogas, la sexualidad, las relaciones interpersonales. En su opinión, se trata de comportamientos que no están incluidos en el programa

escolar... Sin embargo, algunos de los entrevistados recuerdan admoniciones, menosprecios o insultos directos de los profesores por conflictos con ellos durante las clases.

Es posible concluir a partir de estos resultados que existen notables diferencias en la utilidad de la institución académica en la transmisión de conocimientos y de su utilidad para la formación profesional; menos discrepancias respecto a la escasa vinculación de las enseñanzas con sus problemas; y un consenso completo sobre las graves lagunas de la escuela y el instituto en los procesos de socialización, de promoción de comportamientos normativos. Asumiendo un nivel de inferencia algo mayor respecto a sus declaraciones, se puede postular una desconexión entre la experiencia y la práctica escolar (excluida la relación con sus iguales) y el mantenimiento o incremento de la autoestima de los jóvenes entrevistados.

b) El entorno laboral.

El ámbito laboral puede constituir un factor normalizador del comportamiento social o, dependiendo de las características del trabajo, puede convertirse en un elemento propiciador, de forma indirecta, de la violencia juvenil exogrupal. En relación con este último aspecto, es probable que una experiencia laboral satisfactoria promueva una autoestima personal positiva.

Informador n1 13:

Yo me dedicaba a mi trabajo y no pensaba en tonterías mientras trabajaba, yo estaba en mi trabajo y hacía muy bien, las cosas como son, pero me descuidaba mucho. Me terminó el contrato y me lo quisieron renovar, y yo dije..., porque entré de aprendiz de administrativo y luego ya me subieron a auxiliar administrativo, lo que pasa es que me daban ochenta por diez horas diarias y dije que no.

En general, las experiencias laborales han sido numerosas, de corta duración y poco satisfactorias, sobre todo, cuando el trabajo ha sido por cuenta ajena. En los violentos con un fuerte componente ideológico, estas experiencias

laborales negativas las relacionan con un clima competitivo y con una remuneración injusta que causa frustración, desencanto y una clase de afecto negativo que puede predisponer a la violencia. En este caso, estas experiencias nutren y confirman la ideología antisistema que, a su vez, energiza la conducta violenta, como una respuesta fácilmente disponible que se desencadena en situaciones de tensión o conflicto, provocado por el endogrupo o inducido por el exogrupo.

Informador n1 2:

He estado trabajando en dos sitios y, sinceramente, lo que pasa es que las experiencias laborales que he tenido no han sido positivas. Fui recluido, por así decirlo, con empresas de trabajo temporal que no son más que una tapadera del capitalismo. Por ejemplo, a mí me contrató una empresa para [nombre de empresa], pero no era [nombre de empresa] quien te contrataba sino la ETT y me pagaba 540 pesetas la hora. Me robaba la empresa y la ETT que se llevaba el 4%.

Informador n1 18:

Joder, ¡vaya si influye! Para algunos colegas es muy difícil encontrar un trabajo que les permita irse a vivir con su "piba" o irse a vivir solos. Y tratan de engañarles de mala manera. Se te pone mala sangre. Si ves a un nazi, es que te lo comes, tanto si es hijo de un madero como si es un empresario, te lo comes.

No obstante, la temporalidad del trabajo coincide con una tendencia fuertemente establecida en los jóvenes entrevistados: la ausencia de la necesidad o de la conveniencia de desarrollar planes de vida, a medio o a largo plazo. Su apego al presente es la práctica común, que se vive con independencia de que existan deseos o aspiraciones personales, más o menos claras. Los trabajos que han ido desempeñando suelen tener un función suministradora de recursos económicos para el ocio individual o grupal. La siguiente declaración incide sobre la valoración negativa de la precariedad laboral, pero hace una alusión clara a la ausencia de motivaciones intrínsecas y permanentes de de-

sarrollo profesional, una de las características más extendidas en las manifestaciones de los sujetos violentos.

Informador n1 15:

Pues en lo de la naranja en [nombre de ciudad], fatal. No es que no nos dieran trabajo, nos daban trabajo, pero teníamos que cobrar como los polacos o los marroquíes. A lo mejor trabajaban de sol a sol, ganaban cinco talegos diarios, pero después tenían que pagar la comida y la vivienda. Al final ganaban dos talegos y medio. Entonces, yo paso de trabajar así, porque me voy al Metro, toco la flauta tres horas y me saco dos talegos y medio entre tres personas. Entonces, ya para comer y fumarme unos porros tengo suficiente. Yo con tener comida diaria, tres porros o ni siquiera fumar ese día, una cerveza y ya está.

En el caso de los jóvenes violentos con experiencia laboral, es probable que la eventualidad del trabajo haya dificultado el establecimiento de un marco normativo alternativo o, en su defecto, ha impedido o dificultado la interiorización de unos principios normativos diferentes que entran en conflicto con los adquiridos en el seno del grupo violento. Este efecto de diversificación de la identidad social y la interacción libre con otras fuentes socializadoras es probable que induzca una autoestima positiva de naturaleza social que podría representar un hecho fundamental en los procesos de normalización.

Informador n1 10:

Entrevistado: Cuando trabajaba de mecánico con mi hermano, era la hostia. Me sentía cojonudo..., a pesar de que trabajaba 12 horas al día.

Entrevistador: ¿Y tu trabajo afectó a tu relación con tu colegas?

Entrevistado: Bueno, quitaba tiempo, porque estabas cansado como un burro. Sólo salía los fines de semana. [...] ¡Ah!, eso sí, tenía menos cuerpo para las movidas y yo creo que menos ganas. Era la leche, invitaba a todo el mundo,

nos íbamos de “finde” a los pueblos. Era la hostia, tío.

En sentido opuesto, pero complementario, las malas experiencias han promovido afecto negativo que muchos jóvenes violentos consideran en sus distintas manifestaciones como un antecedente inmediato de la intención de realizar un comportamiento violento o de reducir el nivel de tolerancia a provocaciones exogrupales.

Es probable, sin embargo, que la eventualidad no tenga un efecto tan directo y unívoco. Cuando coincide con las necesidades emergentes, por ejemplo, incrementar sus recursos económicos a corto plazo, sin que existan planes a largo plazo de desarrollo personal o profesional, puede incidir con menor intensidad en el desarrollo de afectos negativos y de conductas violentas que cuando se produce un choque de intereses con las necesidades emergentes, pudiendo frustrar el efecto normalizador recién comenzado.

De cualquier manera, en todos los casos analizados, la eventualidad favorece la compatibilización de ambos marcos normativos grupales sin conflicto (se trabaja cuando se desea, teniendo un objetivo concreto), lo que favorece la discriminación normativa y la adaptación a cada entorno, y aplaza la responsabilización e implicación personal en el ámbito laboral y los procesos de normalización.

Informador n1 13:

Si te lo montas bien, no tienes problema con tus padres, ni con la empresa, ni con nadie. Yo, estando de auxiliar administrativo en esa empresa, era llegar el lunes y cambiar totalmente, hasta el viernes por la tarde. El viernes por la tarde cambio total. Y mucha gente que estaba ahí, lo mismo: desparrame total. Si se lo dices a los padres no se lo creen, porque en casa parecen otros, pero cuando llegan con los amigos, si hay droga, droga, y si hostias, hostias.

Cuando el entorno laboral se desarrolla armónicamente, su influencia es positiva en la reducción de la violencia. Entre los entrevistados,

existen referencias directas e indirectas de los jóvenes de mayor edad en los que la incorporación cotidiana al trabajo ha sido, junto con el establecimiento de una relación sentimental estable, uno de los antecedentes más importantes del abandono parcial o total del grupo, y, por ende, de la conducta violenta. Así opina un dirigente “pantera negra”.

Informador n1 16:

Cuando no tienen trabajo se quejan de que no tienen trabajo. Cuando consiguen uno que les gusta se vuelcan en él y hacen lo que hacen el resto de los chavales, van dejando los hábitos del grupo.

c) El entorno familiar.

Casi la totalidad de los jóvenes entrevistados informa de una buena adaptación general al entorno familiar. Mantiene una buena valoración de sus familias (sobre todo de la madre) y coincide en apreciar la importancia de la familia como apoyo permanente e incondicional, como un refugio intemporal, general y último. Tan positiva percepción de los padres y en menor medida de los hermanos, contrasta con la reducida influencia directa o indirecta que pueden ejercer en las restantes facetas de la vida juvenil. En la medida en que el joven pueda evitar el conflicto entre los distintos agentes de socialización (por ejemplo, familia frente a grupo de iguales), le resulta posible y positivo mantener conductas y acatar normas aparentemente contradictorias.

Informador n1 5:

Entrevistador: ¿Qué tal es el ambiente en tu casa?

Entrevistado: Ahora bien. Porque se han ido todos y quedamos mi hermana la antepenúltima y yo, que soy el último, y mis padres. Los demás... De todas maneras me he llevado bien con ellos, siempre eran muchas risas en casa, siempre nos hemos llevado bien todos. Hemos sido muy divertidos en casa.

Entrevistador: ¿Qué es lo que más te gusta de tu propia familia y qué es lo que no te gusta?

Entrevistado: Hombre, que no me guste, aunque esté bien hecho, que no me den dinero porque saben que me tengo que estar buscando ya la vida y que ya soy mayor y tal. Ahora importa menos porque como te he dicho tengo mi propio dinero [con el trapicheo con drogas de síntesis]. Y lo que me gusta es que son muy buenos conmigo. Yo lo veo también por mis amigos, porque mis amigos vienen a casa, y a lo mejor yo voy a casa de mis amigos así, y su madre no es tan..., que es buena, ¿sabes?, que te atiende y tal, ¿sabes? Pero mi madre es que se mete ahí, "¿qué tal?..."., está siempre atenta con ellos, y a lo mejor se tiran con ella... Vienen a verme a mí y a lo mejor se tiran hablando..., a mi madre.

En efecto, la influencia de los padres ha dejado de tener un peso decisivo o importante en buena parte de los comportamientos de los jóvenes violentos. En la mayor parte de las ocasiones se escucha a los padres, pero no se les hace caso o se considera que están desempeñando su papel de forma prototípica y rutinaria, mediante consejos generales y poco implicativos.

Informador n1 13:

Yo me hago caso a mí mismo. Yo... Mi padre puede decir "pues trabaja en esto", "haz esto", "ten cuidado con lo que haces con tus amigos", "tienes que salir con tal gente", pues, joder no quiero. Siempre vas a tener tu idea de las cosas. Hombre, oyes a tus padres, pero yo, personalmente... y me llevo bien con ellos, y les escucho, y ellos me escuchan a mí, pero yo no les suelo hacer caso. Y no tengo problemas mientras no sepan lo que hago o, no sé..., a lo mejor tampoco se quieren enterar.

Se han podido identificar dos patrones educativos familiares que parecen directa e indirectamente fuertemente asociados con la violencia exogrupal y que podemos denominar "anómico" y "autoritario". El patrón anómico se caracteriza por la desaparición prematura de la autoridad paterna (en ocasiones de los dos progenitores), la permisividad excesiva y la ausencia de una preocupación socializadora, más allá

del cumplimiento formal de las obligaciones alimenticias. En estos casos, es probable que los padres se sientan superados por el comportamiento de sus hijos y se consideren incapaces de afrontar las labores educativas que impliquen conflictos. En esta situación es muy común entre los jóvenes el reproche dirigido a sus padres de no haber empleado métodos más impositivos, más autoritarios. La siguiente y, en parte, paradójica declaración de un joven skin, ultraderechista, con muy escaso bagaje cultural representa contundentemente la percepción de esta clase de educación paterna.

Informador n1 11:

Entrevistador: ¿Cómo crees que han influido tus padres en la violencia que ejerces?

Entrevistado: Porque hay que educar a los hijos, yo creo. No dejes que tus hijos vayan con la cabeza rapada y con malas pintas. Porque cada vez que le veas así, le van a llevar detenido y la madre va a estar harta.

Entrevistador: En tu opinión, ¿qué deberían hacer los padres?

Entrevistado: Deberían educar a los hijos para que no hicieran esas cosas, para no raparse la cabeza, para que no pegase a la gente.

Entrevistador: ¿Tú crees que si te hubieran educado de otra forma, no estarías así?

Entrevistado: Sí, si a mí mi padre me controlara, pues estaría de otra forma, no sería nazi.

Entrevistador: ¿Tu padre no te controla?

Entrevistado: No me controla nada.

El patrón educativo autoritario, menos frecuente, se mostraría a través de una rigidez "cuartería" en la determinación rígida de normas de conducta y en la realización de las correspondientes conductas derivadas de ellas. La aceptación y la obediencia son los fines deseados y los procesos de control y vigilancia intensos en el medio familiar. Las modificaciones de los jóvenes a estos preceptos son mínimas y, cuando se producen, son lideradas por los padres. Éstas son las manifestaciones de un

joven "sharp", perteneciente a una familia de clase social "media-alta":

Informador n1 8:

Entrevistado: Mi padre me ha dicho siempre lo que tengo y lo que no tengo que hacer. Pregunta todos los días qué he hecho, dónde he ido, con quién... En su casa, manda él y mi madre..., aunque mi madre casi nunca dice nada. Hago lo que quiere en casa.

Entrevistador: ¿Siempre?

Entrevistado: Bueno, casi siempre.

Entrevistador: ¿Y fuera de casa?

Entrevistado: No, no... Con mis amigos hago lo que me da la gana. Mientras mi padre no se entere... no hay problemas.

Estos dos patrones parecen tener en común la dificultad o imposibilidad para el desarrollo de un proceso básico de socialización: la interiorización de las normas que permitiría generalizar su aplicación a distintas situaciones y ambientes, facilitando que el joven perciba un mayor grado de control personal. La desorientación (modelo anómico) y la imposición (modelo autoritario) podrían sentar las bases para la acción de otros agentes de socialización (grupos de iguales, escuela, pareja) más capacitados para fomentar la participación de los jóvenes en el desarrollo de normas y en la realización de conductas positivas y, por ende, para aumentar la autoestima. No obstante, algunos de estos agentes alternativos (v.g. la escuela) pueden resultar ineficaces cuando replican de forma más o menos intensa los modelos autoritarios o anómicos.

Las declaraciones de los jóvenes violentos permiten postular que la actitud de los padres hacia la violencia juvenil es, de forma general y explícita, negativa, pero la interpretación implícita que hacen estos jóvenes de sus declaraciones no permite mantener esta afirmación sin la inclusión de importantes matices. Si bien las consecuencias que identifican y las expectativas anticipadas por sus progenitores reflejan un consolidado temor, no obstante, la oposición de la familia a la violencia se centra

más en las potenciales consecuencias negativas para el hijo que en aspectos éticos o normativos. Salvaguardando el bienestar del hijo, muchos jóvenes entrevistados perciben apoyo familiar (sobre todo por parte de algunos padres o hermanos mayores), explícito o no, a las soluciones violentas. Complementariamente, resulta frecuente que los entrevistados hayan recibido consejos de los miembros masculinos de su familia (padres y hermanos) en el sentido de responder de la misma forma a la violencia, incluso atacando antes de que se produzca una esperada agresión. No resulta pues ajeno a ellos el adagio latino "si vis pacem, parabellum". Resulta paradójico que, en muchos casos, una parte de la familia considere indeseable tanto las consecuencias de la violencia para sus parientes y para las víctimas como una respuesta no violenta a una provocación o a una agresión, por ejemplo, la sumisión o la huida; en este último caso, parece peligrar la autoestima del joven "pacífico". Más concretamente, algunas creencias familiares son congruentes con los principios fundamentales del grupo violento, por ejemplo, aquellas que apelan a la necesidad de responder a las agresiones, a no parecer indefensos, a hacerse respetar, que identifican la humillación con la inacción o la sumisión. Estas opiniones familiares son espontáneamente (sin que se produzcan como resultado de una pregunta específica) señaladas por algunos entrevistados como elementos probatorios de lo acertado de su planteamiento y, de hecho, parecen configurar una parte de su autoestima social.

Informador n1 7:

Mis padres están divorciados y no me han influido en nada. Sé que a mi padre no le gusta la violencia, pero siempre me ha dicho que, antes de que me den a mí, pegue yo primero. A mi madre tampoco le gusta mucho porque sabe que hay veces que me he pegado, pero no lo ve mal, sabe que debo saber defenderme. Es muy importante saber defenderte y no tener que estar escondiéndote o diciendo "no me pegues, por favor". Joder, mola saber defenderse y que

los demás lo sepan, que contigo... ni un poquito, eh, que no se pasen ni un poquito.

Este rechazo inespecífico (y ambiguo, en determinadas ocasiones) de la familia a la violencia es percibido por los jóvenes como unas creencias loables, prototípicas y obligadas, pero desvinculadas del ambiente social inmediato de los jóvenes. Estas recomendaciones bienintencionadas entran en conflicto con objetivos grupales. No son instrumentalmente útiles, no responden eficazmente a los desafíos planteados, no se consideran adecuados, por ejemplo, para prevenir las agresiones ni las humillaciones que pueden provenir de grupos rivales. Cuando las actitudes familiares son inequívocamente contrarias, se acentúa la emergencia de identidades grupales distintas, con normas y comportamientos adecuados en los distintos ámbitos de socialización. Durante el tiempo de ocio, las normas endogrupalas son más accesibles, intensas y promueven la conformidad de forma más acusada. Las dos siguientes declaraciones son prototípicas de este tipo de creencias.

Informador n1 11:

Entrevistador: ¿Él [el padre] conoce lo que haces? Entrevistado: Sí, lo sabe.

Entrevistador: Lo sabe. Y ¿qué opina de ello?

Entrevistador: Que no le gusta. Ha dicho que yo puedo ir como quiera pero que no me meta con nadie.

Entrevistador: Entonces, lo quieres mucho pero no le haces caso. Entrevistado: Sí (se ríe).

Entrevistador: Y ¿tu madre? Entrevistado: Lo mismo.

Entrevistador: Lo mismo. ¿Si tus padres te dijeran que salieses del grupo...?

Entrevistado: No me saldría.

Entrevistador: Pero ¿por miedo? [procede de una alusión previa a los métodos violentos y las amenazas que utiliza su grupo de neonazis para evitar que sus miembros abandonen el grupo].

Entrevistado: Por miedo y porque me gustaría seguir en el grupo.

Informador n1 5:

Entrevistador: Es decir, corrígeme si me equivoco, después de lo que me has dicho, tú quieres a tu padre, tú quieres a tu madre; tu padre y tu madre opinan de forma negativa sobre la violencia juvenil, y sin embargo tú ya haces lo que quieres.

Entrevistado: Claro, si yo les apoyo y les digo, tenéis toda la razón. Pero como yo he dicho antes, si tengo que hacerlo, lo hago. Si yo tengo que... Pero a lo mejor me dicen, "oye, no le pegues porque tal, tal, tal", y a lo mejor me lo pienso y digo, joder es verdad, para qué le voy a pegar, si no ha hecho tampoco tanto. A lo mejor me influye, sí, pero si tengo que hacerlo, tengo que hacerlo. Si por ejemplo es que le han abierto la cabeza... a un pobre chaval, cuando era pequeño, era amigo mío, le robaron ahí tres amigos míos, encima, que fueron tres amigos míos, y lo estaba diciendo mi novia, "no les hagas nada porque tal, a ver si te vas a meter en un lío y tal, tal...". Y luego pensaba, pero al chaval le han pegado una paliza entre tres, pobre chaval. Joder, no me voy a quedar con las manos quietas. "Ay, por favor, que me han pegado".

Cuando los jóvenes violentos tienen hermanos mayores, su opinión suele ser tenida en cuenta, tanto si es favorable como si la considera desfavorable a la continuación de los comportamientos violentos. En algunos casos, los hermanos mayores que les han precedido en la utilización de la violencia exogrupal intentan ejercer una influencia normalizadora de dudosa eficacia, probablemente, porque tiende a ser más saliente y congruente el ejemplo de su conducta anterior que las actuales pretensiones desvinculadas del contexto grupal relevante en el que se desenvuelve el joven. Complementariamente, los hermanos menores pueden interpretar el ejemplo del mayor como una prueba evidente de que la violencia exogrupal supone una conducta "normal" (puede favorecer el desarrollo del sesgo de "falso consenso"), inevitable (sitúa la responsabilidad en

eventos externos y poco controlables) y pasajera (limitada a un intervalo temporal determinado).

Informador n1 8:

Sí, sí. Saben si yo me he peleado, lo saben. Porque yo tengo la suficiente confianza con mis padres para contárselo, porque sé que en el fondo piensan como yo. Yo cuando me he peleado pues a lo mejor intento reflexionar con mis hermanos o con mi padre por qué me he peleado y siempre me pega alguna charla diciéndome que la violencia es una tontería que no lleva a ningún sitio. Uno de mis hermanos siempre está metido en movidas, pero siempre me intenta hablar para... comentarme que la violencia no vale para nada, no lleva a ningún sitio y... cosas así.

No es ajena a esta peculiar influencia familiar que la mayoría de los jóvenes entrevistados trate de ocultar su conducta violenta. No obstante, los jóvenes reconocen que sus padres suelen terminar por conocer o sospechar estas actividades debido generalmente a las evidencias físicas de los enfrentamientos (moratones, arañazos, golpes...) o por comentarios de amigos o vecinos. Además de la ocultación, la minusvaloración de la importancia de los enfrentamientos violentos suelen ser las estrategias más frecuentes para evitar el conflicto con la familia.

Informador n1 9:

No, mi padre, la verdad, es que no opina del tema. Mi padre me dice que, bueno, que esté, que ande con cuidado por la calle, no le gusta que llegue tarde a casa, por las movidas que ha habido en [nombre de barrio] y en todos estos sitios, y más cuando salimos para Madrid. No le gusta que llegue tarde y más, ya te digo, que salimos para Madrid, porque sabe que hemos tenido movidas aquí en Madrid. Yo tampoco se las he ido contando ¿no?, pero basta con que haya llegado un chico que conozcamos con el ojo morao, para que su madre se lo cuente a todo el barrio y, claro, es un barrio chiquitito, pues se entera mi madre. Entonces, pero, ya te digo, que tampoco... mi padre no le da mucha

importancia. Porque en este aspecto sabe que soy pacífico, que ir buscando movida no me gusta, o sea, si hay que medrarse, pues nos damos porque sí, pero nada más.

La inconsistencia valorativa de los padres y la importancia concedida a la anterior conducta violenta de algunos hermanos provee de argumentos a los jóvenes violentos para elaborar un discurso que relativiza el alcance de las consecuencias de sus agresiones y la permanencia de estas actividades. La inconsistencia de planteamientos y de directrices entre los distintos miembros de la familia, sobre todo los padres, puede impedir o dificultar la interiorización de las normas que trata de transmitir la familia.

Aunque más tarde será discutido, las opiniones de los entrevistados en relación con sus familias pueden ser interpretadas como un refuerzo directo de las líneas teóricas de la Teoría del Comportamiento Planificado y de la Identidad Social. La familia es todavía un agente de influencia importante, probablemente, de forma general, se percibe como el más importante, pero su ascendencia sobre el joven en cuanto a las actividades que realiza durante su tiempo libre es escasa o casi inexistente. Siguiendo los conceptos derivados de la "norma subjetiva", los jóvenes violentos son conscientes de las opiniones de los padres (en los términos anteriormente descritos), de lo que consideran que deberían hacer, pero su motivación para acatar tales creencias normativas es baja o bien, en términos de "identidad social" no emergen, no están disponibles durante el ocio, momentos y situaciones que están bajo el control de las normas grupales. Desde esta última perspectiva, no es necesario postular un conflicto axiológico o normativo entre valores y normas familiares y grupales, sino la emergencia de identidades grupales distintas que favorecen el cumplimiento de unas y otras en diferentes circunstancias.

Informador n1 14:

Entrevistador: ¿Tus padres saben que tienes movidas?

Entrevistado: Sí, vamos, a lo mejor es una cosa que no es que se la cuentes con más detalle, más que nada para que no se preocupen, porque no pasa de ahí, pero vamos, siempre, a lo mejor no dices que te has pegado, hemos discutido, ha pasado esto, ha pasado lo otro. No cuentas, pues nos ha pasado esto y a un amigo mío le ha pasado lo otro. Intentas taparlo un poco, pero más que nada para que no se preocupen. Mi madre es un poco... Se altera en seguida. Instinto de protección.

Entrevistador: ¿Qué opinan tus padres sobre eso cuando lo comentáis y tal, o incluso sobre la violencia en general?

Entrevistado: Pues que..., mi madre muy mal, mi madre no... Es una cosa que no..., si por mi madre fuera, tendrías que estarte quieto y dejar que te peguen. Sin embargo, mi padre no, mi padre dice que si te pegan, te defiendas. O sea, no que pegues, no que vayas por ahí de matón. Pero si van a por ti, pues da antes de que te den. Mi padre conoce más lo que pasa en la calle, allí es muy importante tener un grupo que te defienda, eso es lo importante y allí no piensas en lo que dice tu madre, sino en lo que debes hacer para defenderte y ayudar a tus amigos.

Si bien los datos iniciales apuntaban a la escasa o irrelevante influencia de la familia en este período evolutivo, existen suficientes indicios para postular que puede ejercer aún efectos importantes incluso cuando el joven está bien integrado en un grupo violento. En muchos casos, la familia no conoce o no desea conocer los comportamientos antinormativos de los jóvenes; incluso si los conoce puede renunciar al conflicto directo, por miedo a perder totalmente el contacto con los hijos. La mayoría de las interacciones conflictivas se limitan a frases reprobatorias o pequeñas broncas que no conducen a compromisos o a la imposición o negociación de normas. Hay una aceptación implícita de la pérdida de influencia y una resignación consecuente; además, la familia puede percibir de forma más o menos intensa que el proceso de independización está tan avanzado que las interacciones conflictivas se afronten

desde posiciones de desventaja o incluso que teman la pérdida de apoyo que todavía reciben o esperan recibir del hijo o de los hermanos.

La influencia familiar (o de la pareja, e incluso de otros amigos desvinculados de la violencia) es aún posible en determinadas ocasiones. Por ejemplo, cuando el joven considera que sus actividades violentas pueden ocasionar un perjuicio directo o indirecto a sus familiares puede surgir un cierto conflicto normativo; a partir de estos descubrimientos podemos postular que es probable que la influencia de las creencias normativas en los términos propuestos por la Teoría del Comportamiento Planificado esté modulada por la percepción del "grado de afectación" de la conducta violenta en los progenitores.

Informador n1 13:

Entrevistado: Yo sé que mis movidas no afectan a mis padres. En algunas ocasiones parece que mi madre sospecha algo y lo pasa mal... y yo qué sé, no quiero que sufra, si se enterase lo pasaría mal.

Entrevistador: ¿Qué harías entonces?

Entrevistado: Uff, no sé... No sé si pasaría... pero, si se entera y la veo mal... creo que... pasaría, sí, pasaría.

La siguiente declaración resume probablemente buena parte de la influencia directa e indirecta, explícita y sutil, de la familia en el desarrollo de comportamientos violentos exgrupales.

Informador n1 6:

Entrevistado: Hombre, de la violencia pues mis padres opinan mal, que la violencia... Mi padre es muy tranquilo y mi madre se exalta más, como son las madres: "ay, ahahahaha no sé qué". Mi padre, no, es más tranquilo, pero opina mal. Si luego... luego mi hermano. Mi hermano siempre ha estado en líos, que si peleillas, de pequeño, claro. Mi hermano tiene 27 años ya. Está casado ya y todo, o sea que no... y que... por ejemplo mi hermano, él ahora me aconseja, me dice "mira, en mi época", me dice "mira, yo... como he estado estudiando toda mi vida y tal, pues mira, yo no, pero en mi época, ahora en

tu época pues te informan, que si SIDA, que si droga, que lo tienes todo al día"[...]. Y mi hermano me aconseja mucho. Porque mi hermano tiene 27 años pero... sabe que los bakalaeros hacen esto, lo otro, o sea, yo de movidas así hablo más con mi hermano que con mi padre, porque con mi padre hablo de movidas, pero con mi hermano más en el fondo. A mi hermano le puedes decir lo que es un punki, mi hermano sabe qué es un skin... bueno, mi madre también cabezas rapadas, sí. Pero yo a mi hermano sí hablo con él. Le digo "mira sí, pues ten cuidao que ahí sé yo que hay... esto, lo otro", porque mi hermano se acerca por ahí también y lo ve. Hablo con mi hermano más de esos temas.

Entrevistador: ¿Y estas opiniones te influyen en tu comportamiento habitual?

Entrevistado: Hombre, influyen más las de los amigos... Es que no estoy con mis padres en la calle. Tampoco te paras a pensar en ello. La historia va con ellos, si tus padres no se enteran, no hay más historia, son tus amigos.

Entrevistador: ¿Y cómo crees que podría influirte tu familia en el futuro?

Entrevistado: También te hacen cambiar las cosas. Salen cosas sobre violencia en la tele y no sé qué, y tu madre te dice, "mira, ves, tal, luego vas tú por ahí, a ver si un día te va a pasar algo". Yo qué sé, vas viendo a mi hermana, que se va haciendo más mayor y tal, y que algún día, yo qué sé, se pueden meter con ella y puede tener algún lío y tal. Y te va haciendo ver las cosas de otra manera también tu familia y eso.

d) Entorno de socialización igualitario: los grupos violentos y otros grupos.

► COMPOSICIÓN DE LOS GRUPOS VIOLENTOS

Desde una perspectiva cualitativa, pueden postularse varios criterios clasificadores de los grupos violentos.

Tomando como punto de partida el componente ideológico, en su acepción preferentemente política, podemos encontrar, en primer lugar, a grupos de "radicales derechistas" de origen directamente fascista, vinculados a

formaciones políticas de ultraderecha (Bases Autónomas, Falange Española) y familiarmente a las fuerzas de orden público o simpatizantes del Partido Popular. Otros jóvenes se integran en grupos "radicales izquierdistas" (anarquistas y comunistas o filocomunistas). También parecen existir grupos violentos "apolíticos", compuestos por jóvenes que rechazan expresa y contundentemente la influencia de cualquier marco político-ideológico en sus acciones, que realizan por motivaciones instrumentales defensivas. Por último, podemos encontrar grupos "heterogéneos" en los que convergen una consideración superficial del componente ideológico con la existencia de normas internas implícitas que facilitan el respeto y la tolerancia de las distintas tendencias políticas; sus comportamientos violentos están, al igual que los de naturaleza apolítica, mayoritaria o exclusivamente dirigidos por motivaciones defensivas. Estos dos últimos grupos establecen y modifican permanentemente la categorización social de los grupos juveniles, la más primaria de las cuales permite identificar a amigos y enemigos, en función de los conflictos que eventualmente tengan con diferentes colectivos. Los grupos "politizados" parecen disponer de una categorización social estable que se compone de individuos y grupos rivales, amigos y afines.

En relación con sus actividades delictivas o antinormativas, podemos establecer tres tipos de colectivos: "violentos-delicuentes profesionales" que incluirían la actividad violenta en el marco de una serie de acciones delictivas que incluirían robos, extorsiones y tráfico de droga de forma profesional o casi profesional (grupos fenomenológicamente cercanos a las bandas norteamericanas –gangs–), en ellos, la violencia se convertiría en un medio para eliminar o disminuir la competencia de otros grupos rivales. Los grupos juveniles "violentos-delincentes esporádicos" (el más frecuente entre los entrevistados) se caracterizarían por desarrollar actividades violentas y actividades delictivas (tráfico de droga a pequeña escala y algunos robos de carácter simbólico) esporádicas; en ellos, ambos tipos de comporta-

mientos pueden o no estar vinculados, pero, en ningún caso, la violencia tiene una finalidad "comercial", sino que suele obedecer a distintos objetivos y se suele realizar en momentos diferentes: la violencia se ejercería para responder a provocaciones o amenazas previas o tendrían un fin preventivo, con el trapicheo con drogas (que se suele realizar con las que sobran del consumo personal) se obtendría una fuente adicional de ingresos para emprender nuevas actividades de ocio. Por último, el grupo de "violentos-no delincuentes" estaría formado por amigos cuya violencia se ejerce casi siempre de forma reactiva y que sólo ocasional e individualmente consumen o trapichean con pequeñas cantidades de drogas (hachís).

Otro de los ejes clasificatorios que pueden establecerse se refiere al grado de cohesión interna. Adoptando este criterio, los grupos juveniles se distribuyen en un continuo delimitado, en uno de sus polos, por colectivos que han desarrollado una cohesión interna extrema, fuertemente asociado a la existencia de identidades sociales "únicas" (v.g.: skin-heads de ultraderecha); en el polo opuesto se situarían grupos con escasa cohesión interna en proceso de movilidad social de uno o varios de sus miembros; en estos casos, la identidad social es múltiple y diversa, es decir, con pertenencia e influencia de distintos grupos, y sólo en alguno de ellos participarían en acciones violentas.

En relación con la forma de vestir, todos los informadores coinciden en declarar que existe un notable retroceso de la uniformidad exclusiva y permanente, característica básica y sobresaliente de las llamadas "tribus urbanas". La causa inmediata más probable es su escasa eficacia, ya que facilita la identificación de los jóvenes por parte de grupos rivales que han optado por ocultar sus símbolos externos, estrategia que los coloca en una situación de ventaja. Es probable que esta variación tenga su origen, al menos parcialmente, en la disminución de las diferencias intergrupales en capacidad de respuesta violenta, lo que habría forzado a evitar la ostentación de signos externos prototípicos. No obstante, algunos de los

grupos más implicados en la violencia grupal (punkis, skin heads de derechas y de izquierdas, bakalas, sharps, raperos, etc.) siguen manifestando signos externos, vestimenta, abalorios y tatuajes distintivos, siendo más probable cuanto mayor sea la autocapacidad percibida de sus integrantes, es decir, cuanto más intensa sea la sensación de seguridad o impunidad vinculada a la pertenencia al grupo y, complementariamente, cuanto menores sean los riesgos asociados a la exhibición de esta identidad grupal.

También es posible establecer una clasificación interna en función de las relaciones intragrupal entre los componentes del colectivo. Todos los jóvenes entrevistados señalaron la existencia, en los colectivos violentos a los que pertenecen, de dos subgrupos, los "amigos íntimos", que suelen representar menos de la quinta parte del total y que formaron o se integraron conjuntamente en el grupo (generalmente se conocen desde la infancia y han frecuentado juntos el mismo barrio o la misma institución educativa) y el resto de miembros del grupo, "compañeros". Es probable que estos últimos proporcionen más apoyo instrumental y menos emocional o expresivo, mientras que el subgrupo de amigos íntimos aporta ambos tipos de apoyo. En algunos casos, sobre todo cuando este entorno de socialización no les transmite una identidad positiva, se tiende a considerar que el apoyo prestado por unos y otros es exclusivamente instrumental.

► PROCESOS INTRAGRUPALES

Los distintos grupos violentos difieren notablemente en la intensidad de la cohesión intragrupal y en su importancia e influencia relativa en relación con otros grupos y personas relevantes para cada uno de sus integrantes. Por otra parte, la calidad de las relaciones intragrupal no es uniforme para todos los miembros, sobre todo, cuando mantienen contacto social relevante con otros agentes de socialización. No obstante, es una opinión generalmente compartida que cuando se desencadena un conflicto (basta con que se anticipe) con una potencial enemigo (individual o grupal), suele

producirse una rápida y contundente convergencia y radicalización de opiniones, una poderosa activación fisiológica y la emergencia de sentimientos de unidad y de fortaleza que caracteriza el clima grupal precursor de la acción violenta. Este proceso de “normalización” forma parte de la emergencia de la identidad social del grupo violento y activa las normas grupales pertinentes, sobre todo las de responsabilidad social y de reciprocidad. La “equidad”, como se comentará más adelante, puede ejercer un fuerte impulso energizador relacionado con la importancia de la agresión y del estatus intragrupal de la víctima.

La mayoría de los sujetos, excepto los pertenecientes a grupos de extrema derecha que se hallan formalmente jerarquizados y muy cohesionados, rechazan la existencia de algún tipo de norma específica en sus grupos; en muchos casos, su existencia implicaría costes ideológicos y personales difíciles de asumir. Las relaciones intragrupales estarían pues determinadas u orientadas por principios axiológicos de respeto, tolerancia y normativos de reciprocidad y responsabilidad social, ligadas de forma más o menos explícita a la pertenencia del endogrupo.

Informador n1 18:

No tenemos ninguna norma. O sea, ahora mismo que no me fastidies, ¿sabes?, o sea, si te quedas conmigo, pues te quedas conmigo, pero a mí mientras no te metas conmigo, yo no me voy a meter contigo.

Informador n1 1:

Se trata de que nadie mande nada. Se habla todo en el grupo y se decide qué hacer. Hombre, si eres amigo y no me defiendes cuando alguien trata de hacerme daño, no demuestras que seas mi amigo y al final eso se sabe. El que no quiere implicarse, el que se va para atrás. Es un poco ayudar a la gente que te ayuda. Pero nadie dice lo que tienes que hacer, ni historias de ésas.

De forma explícita, resulta sencillo y frecuente identificar en los discursos que las tres normas

sociales básicas (reciprocidad, equidad y responsabilidad social) están ampliamente asentadas e interiorizadas y son principios rectores de la dinámica intragrupal. Tal vez la norma más aceptada sea la reciprocidad.

Informador n1 9:

Mis padres, mi abuela, mis hermanos y mis amigos, todos mis amigos, son muy importantes para mí. Porque ellos, igual que me han ayudado a mí, yo les debo ayuda a ellos.

La siguiente cita recoge la respuesta mayoritaria dentro del grupo a una necesidad de ayuda hacia dos de sus miembros que previamente habían abandonado a otro miembro del grupo cuando estaba siendo seriamente amenazado por un grupo rival.

Informador n1 10:

Y bueno, les dejamos solos, pero ya cuando vieron que el nuestro estaba tirado en el suelo y le estaban dando de hostias, ya empezamos a juntarnos todos allí. Pero... si quedan ellos dos solos, les dejamos. O sea, ellos dos solos, les dejamos.

No parecen existir grandes diferencias entre los valores y normas, en sentido abstracto, mantenidos por los grupos violentos y los aceptados socialmente. La principal diferencia estriba en que la fuerte amenaza exterior induce a que la aplicación de estos valores (solidaridad, apoyo incondicional, fidelidad...) beneficie exclusivamente a los miembros del grupo de pertenencia. Las normas de reciprocidad, de equidad y de responsabilidad social, circunscritas al endogrupo, se constituyen en principios axiológicos, autorreguladores, omnipresentes y facilitadores de la percepción de apoyo instrumental y emocional.

La pertenencia y vinculación al grupo es percibida y puesta de manifiesto por todos los entrevistados como una relación basada en la fidelidad, compromiso y/o de similitud de actitudes básicas o centrales. Una hipersocialización intragrupal de carácter alternativo, basada en la oposición a las normas mayoritariamente aceptadas y una infrasocialización por parte de

los agentes normalizadores tradicionales (familia, escuela o trabajo) puede observarse con frecuencia y claridad en las declaraciones de los sujetos.

Esta percepción es congruente con la operatividad que hace Hirshi *et al.* (1997) del concepto de "actitudes delincuentes". Esta clase de actitudes constarían de tres dimensiones: profesional, escolar y política, y tendrían un carácter antinormativo o antisocial. Los jóvenes violentos entrevistados que están vinculados fuertemente a grupos con ideología definida son muy proclives a declarar que comparten con sus compañeros unos objetivos profesionales, unas actitudes políticas y escolares inconformistas.

Informador n1 3:

¿De la ideología? Pues estás a favor de unas historias que... ya de por sí eres enemiga del Estado. Y eso conlleva mogollón de cosas y luchas por unos valores que para ti crees que son... vamos, no es que lo creas, es que son así de importantes.

Informador n1 4:

Si la ciudad es limpieza, organización, todo bonito, todo no sé qué; el punky es que se caga en todo.

No obstante, existen otros jóvenes violentos que parecen expresar actitudes más conformistas. Pertenecerían a grupos vinculados con la violencia por razones básicamente instrumentales y escasamente ideologizados.

Informador n18:

Hombre, intentar llegar a algo en la vida. Disfrutar la vida al máximo y tener un futuro por lo menos, no estar toda la vida en la calle dependiendo de tus padres y tener que buscarte la vida trapicheando. Algunos sí, dicen, a mí me da igual; otros dicen, prefiero disfrutar y estar trabajando y luego ya de mayor por lo menos tener algo.

Una de las características más importantes de los grupos violentos es que suelen ser acaparadores de las actividades de sus miembros.

Además, la totalidad o la mayor parte de los amigos más importantes pertenecen al grupo violento; en términos de "aprendizaje social diferencial" de Akers (1993), la red social de estos jóvenes está muy centralizada en el grupo violento, dado la escasa influencia que ejercen otros agentes de socialización (padres, instituciones educativas o laborales).

Una vez han ingresado en el grupo, las definiciones y refuerzos diferenciales son congruentes con el desarrollo de una identidad social positiva vinculada, sobre todo, a la pertenencia al endogrupo y al cumplimiento de sus normas, previamente interiorizadas. Así, por ejemplo, los padres parecen tener fuertes reticencias y dudas sobre los amigos de estos jóvenes, que son conocidas por ellos pero escasamente aceptadas; en relación con las definiciones diferenciales, la aceptación y valoración positiva de las normas grupales, diferenciadas en la mayoría de las ocasiones de las opiniones familiares (especialmente cuando no se valora positivamente la relación con los parientes más cercanos) ayuda a generar un sentimiento de independencia, libertad, cohesión y seguridad grupal que se valora muy positivamente.

La subcultura juvenil o identidad de los jóvenes, el conjunto de significados compartidos por las personas que creen pertenecer a esta etapa vital, incluye para Revilla (1998) características fuertemente asumidas por los jóvenes violentos (libertad asociada al ocio, diversión, disfrute, dinamismo, interacción, riesgo...) y se encuentran fuertemente interiorizadas en el discurso justificativo de la violencia basado en la identificación con estas peculiaridades, en la generalización de esta conducta entre los jóvenes y la sociedad en general, en la defensa de la identidad personal y social, en la trivialización de su importancia en el desarrollo personal y en la caducidad de estos comportamientos agresivos.

► RELACIONES INTERGRUPALES

Los procesos de categorización social están muy firmemente establecidos entre los sujetos con "identidad social única" y en gran parte de-

terminan la relación entre los grupos. En estos casos, las actitudes prejuiciosas son sólidas y estables y existe poco margen para la duda en relación con la conducta violenta, al menos entre el colectivo juvenil. Respecto a los adultos, con excepción de los grupos marginados (vagabundos, drogadictos, prostitutas, homosexuales) no parecen establecerse relaciones relevantes. Entre los sujetos que mantienen relaciones relevantes con diferentes grupos sociales, la categorización social está también nítidamente diseñada, sobre todo en lo referido a los grupos ultraderechistas a los que se suele considerar enemigos o amigos en función del entorno de socialización predominante (por ejemplo, obrero frente a policial-militar), los conflictos previos y la calidad de la identidad personal autopercebida que proviene de su pertenencia al endogrupo violento (véanse los apartados de "Formación y evolución de grupos violentos" y de "Identidad social").

Empero, la percepción de las relaciones intergrupales parece seguir un esquema básico, un eje interpretativo primario: la pertenencia o no a grupos nazis, fascistas o de extrema derecha y de grupos afines manifiestos o camuflados. Entre el resto de grupos existe cierta tolerancia apriorística que, no obstante, puede trocarse con cierta facilidad en odio y agresión por la aparición de problemas interpersonales entre miembros de distintos grupos que arrastran a sus respectivos grupos al conflicto. Son situaciones que propician la transición entre el nivel intragrupal de influencia (basado en las normas internas, fundamentalmente interiorizadas) y el nivel intragrupal (mediante procesos de recategorización extremos y hostiles) a partir de la emergencia de una fuerte identidad social que organiza la expresión de actitudes (manifestaciones de odio, expectativas de agresiones, rememoraciones de agravios pasados, peticiones formales de apoyo y solidaridad...) y de conductas congruentes. Entre los jóvenes con identidad social compleja en relación con la violencia y que mantienen un notable nivel formal de categorización social que les permite identificar *a priori* a sus enemigos, al tiempo

que incluyen matizaciones en su discurso, se encuentra este joven "nacional-bakalero" que declara:

Informador n1 6:

En muchos casos coincidimos con los skins. Por ejemplo, con los emigrantes y eso, pues, no me parece bien, bueno, por una parte, y por otra, no. O sea, a los negros estos que están vendiendo tabaco en el metro, pues bueno... Pero, a lo mejor, ves al típico negro que está en Sol pasando dosis de cocaína o droga, pues, a esos hay que pegarles duro. Tampoco me gustan las prostitutas, las prostitutas me dan un asco que te cagas. Los maricones, los maricones me dan un asco que no veas y los skins van a por ellos. Luego su ideología es muy radical, eso de pegar a un chaval porque pase a su lado y se está riendo o porque vayan con sus chicas, pues eso no lo apoyo. Pero, bueno, si tuviese que apoyar algo con ideología sería un skin.

También coinciden los informadores (no importa que se encuentren en la órbita de los grupos fascistas, de ultraizquierda o que declaren carecer de ideología concreta) en que los grupos nazis se hallan relacionados con partidos políticos de extrema derecha o vinculados con fuerzas de seguridad del Estado. Junto a estos grupos fascistas parecen surgir otros colectivos epígonos que parecen conocer superficialmente su ideario pero que se sienten identificados con sus objetivos y que, de forma menos sistemática, realizan agresiones a las potenciales víctimas de los nazis.

El colectivo fascista, generalmente asociado a "skinheads" (de ideología ultraderechista, ya que este apelativo está reclamado también por colectivos de extrema izquierda) a grupos de ideología nazi o afines, y a determinados grupos de jóvenes "bakalas" (aficionados a la música "bakalao") suscita filiaciones y rechazos de manera extrema. La fortaleza, cohesión, determinación violenta y complejidad y jerarquización de su estructura son atributos que forman parte del imaginario juvenil, tanto de grupos afines como de grupos rivales. La admiración y

el respeto o el odio y el miedo son las principales emociones de los jóvenes simpatizantes o enemigos declarados, respectivamente. Las siguientes son breves declaraciones de distintos jóvenes (anarquista, izquierdista simpatizante de la música heavy y nacional-bakalaero):

Informador n1 15:

Son temibles [los nazis y skins ultraderechistas] porque son gente del Estado, son un arma del Estado, ¿no?, o sea, los tienen ahí para que hagan daño y controlen a los jóvenes. Porque toda la peña es anti-nazi, los heavies, los anarquistas, los punkis... toda la peña tiene que defenderse de ellos.

Informador n1 14:

Siempre han pegado y siguen pegando y asesinando a la gente [refiriéndose a los nazis], aunque no quieren que los vean como grupo, pero están ahí. Yo me los cargaría a todos. Pero sí es verdad que están muy organizados, que están metiéndose en todas las profesiones: madero, guardia civil, militar, abogado, político... Están muy bien organizados, joder, si todo el [nombre de una Facultad de una universidad de Madrid] es suyo.

Sobre los grupos nazis parecen haberse desarrollado una serie de creencias míticas o de leyendas urbanas, fruto de una curiosa mezcla de experiencias personales, rumores y narraciones mediáticas que los colocan en el centro de la dinámica de estos grupos juveniles y que enfatizan su importancia, su fortaleza y su malignidad. No obstante, estas características negativas extremas y la percepción de amenaza a ellas asociadas se concentran en un colectivo de jóvenes ultraderechistas fuertemente socializados en esa ideología, mayores de edad y exhibidores de la simbología nazi; los restantes "jóvenes cachorros" no presentan una calificación tan abrumadoramente negativa como amenazante. La primera declaración la realiza un joven que se define como de izquierda no radical ni perteneciente a tribu urbana alguna, y la segunda a un "sharp" (siglas de "skinheads anti racistes": cabezas rapadas antirracistas)

Informador n1 10:

Eso de los nazis es muy fuerte. En mi barrio hay tres nazis que todo el mundo los conoce. Uno de ellos estuvo en la cárcel y lo sacó un jugador del [nombre de equipo], a lo mejor lo conoces y todo, porque es campeón de España de boxeo. Esta gente está muy organizada, son de Bases Autónomas, llevan pistolas, pasan coca y pastillas. Otra cosa son los niñatos de 16 o 17 años que no saben de qué van y que siguen la moda..., éstos son sólo unos tontos del culo.

Informador n1 2:

Pues los peores evidentemente son los nazis o fachas rapados. Contra un facha no me gusta nada, pero si es un facha de estos que, bueno, "Viva Franco" y tal, pero se dedica un poco a sus cosas, no tengo nada, es decir, puedo discutirle sus doctrinas, decirle, "mira, tío, no seas tonto", pero realmente paso de pegarme con él si no me carga los cascos. Pero cuando un facha va de rapado, es decir, lleva su bandera de España con el águila y con unas botas, pienso: este tío es un violento, sabes que ha hecho daño o puede hacer daño a colegas tuyos o puede atacarte.

La importancia de la amenaza fascista parece determinar en mayor o menor medida el desarrollo o el incremento de la cohesión de grupos violentos no adscritos a las llamadas "tribus urbanas" para maximizar la capacidad defensiva y puede favorecer determinadas alianzas intergrupales con la emergencia de una identidad social común de carácter antifascista.

Informador n1 10:

Si hay alguna historia con los nazis nos juntamos, no hay ningún problema. O sea, estás en un bar, sabes que hay nazis cerca en la calle... eh, que hay movida. Pues salen todos, lo mismo da que sea un red-skin, que sea un sharp o sean punkis. Porque son nuestros enemigos, porque son los que nos joden realmente.

Los conflictos intergrupales anteriores, la distancia actitudinal e ideológica y la percepción de amenaza (generalmente valorada a través de las provocaciones o de conflictos entre jó-

venes de distintos grupos) parecen ser condiciones de gran importancia para el desarrollo de estereotipos negativos y de actitudes prejuiciosas.

Informador n1 18:

Hombre, odiamos más a los nazis, pero tampoco nos gustan los bakalas o los pijos. Son la leche de distintos de nosotros, nos dan asco, lo que quieren y lo que les gusta a ellos no nos gusta a nosotros. Pero podemos tener problemas con cualquiera si se pasa con algún colega, eh.

Cuando la violencia exogrupal representa un problema o un conflicto central en la vida de los grupos, la dinámica intergrupal se relaciona íntimamente con la intragrupal. Así, por ejemplo, es necesario (u obligatorio) apoyar a los miembros del grupo, defendiéndolos permanentemente con intensidad y decisión, para poner en evidencia señales de debilidad que, según todos los entrevistados, impulsarían nuevas agresiones. En la medida que se perciba una amenaza exterior, la cohesión intragrupal tiene un fuerte determinante en los conflictos intergrupales, reales o posibles.

Informador n1 1:

Buff, te condiciona todo, si vas solo andas con cuatro ojos, miras por todas partes, tienes que evitar ir por algunos bares. Con tu gente, la cosa es parecida, porque si no tienes pendiente una movida, algún colega te dice que ha visto nazis, que si te apuntas. Pero por lo menos estás más seguro porque sabes que no te van a fallar, que te van a defender a muerte. Es una historia permanente. Hombre, sabes que en distintos sitios, baretos y pafetos te puedes relajar, pero... luego alguien te recuerda que una vez entraron tal o cual.

En estos casos, probablemente por efecto conjunto de la amenaza percibida y por los hábitos previamente desarrollados, la emergencia de la identidad social del grupo violento se convierte en eje central del discurso de los jóvenes.

► **CONSTITUCIÓN, EVOLUCIÓN E INVOLUCIÓN DE LOS GRUPOS VIOLENTOS**

Uno de los aspectos centrales de la investigación sobre la violencia exogrupal juvenil reside en los procesos implicados en la constitución y evolución de los grupos violentos. El diseño correcto para su estudio debe contemplar una comparación transversal de grupos en diferentes estadios de evolución y/o un análisis longitudinal de la evolución de los grupos de interés. No obstante, la información acumulada permite postular una serie de conclusiones que deben tomarse con precaución, cuyo principal valor reside en postular un conjunto de variables, procesos e hipótesis de naturaleza heurística que puedan ser sometidos en posteriores trabajos a un análisis más detallado para su comprobación, refutación o modificación.

La importancia y trascendencia del endogrupo o endogrupos que constituyen los entornos y grupos de socialización más importantes ha quedado bien constatada en las declaraciones de los sujetos. Confiriéndoles de forma espontánea (sin que medie pregunta o petición expresa de aclaración de una respuesta previa) dos funciones esenciales dialécticamente emparentadas: socialización e individualización generales, socialización e individualización específicamente relacionada con la violencia. A través de la primera se produce la generación de nuevas normas basadas en la reciprocidad, la igualdad y en la participación individual y colectiva que le permite desarrollar una nueva percepción del mundo social al tiempo que enfatiza la sensación de individualismo, de ser y parecer diferente, peculiar. A través de la segunda, el joven, en interacción con sus compañeros, aprende y ensaya la violencia como forma de interacción con miembros ajenos al grupo; con ello, se clarifica el mundo social utilizando la pertenencia al endogrupo y, por extensión, la emergencia de una identidad endogrupal como el principio interactivo básico. Sólo en determinados casos ambas funciones de socialización y de individualización se solapan o se identifican, mostrando estos jóve-

nes una identidad social limitada o única y una propensión permanente a la violencia, toda vez que constituye una auténtica definición, autocategorización, de su identidad personal.

Los resultados del análisis cualitativo sobre la formación y evolución de los endogrupos violentos han permitido identificar unas características básicas, a modo de principios teóricos.

Los grupos de iguales de todos los entrevistados, con independencia del tipo de colectivo al que pertenecen, son percibidos como entornos donde la interacción cara a cara cotidiana. La socialización que en ellos se produce mediante una fuerte implicación personal. Los informadores consideran mayoritariamente (en todos los casos, cuando la identidad que emerge de su pertenencia endogrupal es positiva) que se trata de un entorno que favorece la individualización del sujeto (en línea con los planteamientos de Vigotsky, 1987). Cada miembro del grupo puede aportar su peculiaridad a la diversidad intragrupal.

Los endogrupos son considerados una fuente de apoyo social de gran impacto sobre el desarrollo personal. Se perciben con distinta intensidad y afectación personal las funciones instrumentales y expresivas (Lyn y Ensel, 1998). El principal corolario es la necesidad y el deseo de permanecer en ellos o de cambiar de grupo (en muchos casos, referido como experiencia de pasado) cuando sienten en peligro su autoconcepto.

También está ampliamente compartida la opinión de que la "reciprocidad" y la "responsabilidad social" (Myers, 2000) son principios básicos del funcionamiento interno de los grupos de todos los entrevistados que favorecen la participación, la igualdad y, con bastante probabilidad, la interiorización de la mayor parte de las normas y conductas que se realizan en ellos.

En todos los casos, se produce una categorización social "sesgada" de la realidad juvenil, de carácter estructural y funcional. Desde un punto de vista estructural, los jóvenes tienden a percibir una mayor diversidad en los endo-

grupos y una mayor homogeneidad en los exogrupos (Baron y Byrne, 1998). Desde la perspectiva funcional, los jóvenes tienden a evaluar más positivamente las acciones emprendidas por los miembros de su grupo que las mismas conductas realizadas por miembros del exogrupo (error de atribución último: Morales, 1994). No obstante, existen eventualmente planteamientos críticos hacia un sector del endogrupo, siempre formado por personas alejadas del núcleo "íntimo".

Los conflictos intergrupales que afrontan estos informadores, con una frecuencia notable, favorecen la emergencia de la identidad grupal y, consecuentemente, la reducción de la divergencia, la emergencia y accesibilidad de las normas grupales y la radicalización de los comportamientos compartidos. También, estas situaciones críticas ponen de manifiesto de forma sobresaliente la eficacia grupal para afrontarlas y, por ende, generan actitudes de autoeficacia personal.

La identidad grupal, la identidad social (general y emergente) y la identidad personal se hallan fuertemente vinculadas; un cambio sustancial en alguna de ellas produce modificaciones equilibradoras en el resto.

El "vacío social", entendido como la ausencia de grupos de iguales o una presencia insuficiente para cubrir las necesidades socializadoras igualitarias, representa una situación profundamente indeseable. La identidad social que emerge de la inexistencia de este tipo de relaciones es, probable y significativamente, peor considerada por los jóvenes violentos que una participación insuficiente, o incluso negativa, en endogrupos igualitarios.

► ORIGEN DE LOS GRUPOS VIOLENTOS

Los motivos para la formación de grupos violentos o el ingreso en uno de ellos no parecen diferir esencialmente de los que pueden aplicarse al resto de colectivos juveniles. La maduración social de estos jóvenes, que implica una desvinculación progresiva del ámbito paterno, incluye, además, la necesidad de apoyo social vinculado al tiempo libre y a las sugestivas

propuestas de libertad y de participación de los grupos juveniles que conoce y que actúan como modelos. No obstante, es probable que buena parte de estos jóvenes precise, además, de un colectivo que le sirva de amparo cuando peligra su seguridad personal por previos enfrentamientos (verbales, físicos o simbólicos) que han considerado insuperables de forma individual.

Informador n1 2:

Estaba harto de sufrir las agresiones de los nazis, de salir siempre a la calle con miedo... Cuando supe que había amigos míos antifascistas en grupos sharp, como yo ya simpatizaba con estos movimientos... era..., bueno, era casi perfecto porque yo siempre había sido de izquierda radical. Y en seguida les pillé el punto, era gente decidida que podía defenderse de los nazis y tenía también inquietudes intelectuales.

Se puede postular que en la formación de los grupos violentos existe una interacción entre las características personales autopercibidas y la identidad que emerge del grupo. En la medida que la autopercepción y heteropercepción procedente del grupo sean coherentes (reflejen intereses, valores y capacidades similares) y que permitan incrementar o mantener la autoestima, el joven se conformará a la identidad social y facilitará el proceso de socialización mediante la adquisición de normas y conductas apropiadas al entorno grupal y el rechazo de formas de comportamiento y actitudes valoradas como inadecuadas. Los grupos violentos se constituyen originalmente con jóvenes que comparten sus actitudes hacia la violencia y la creencia en que resulta eficaz para solucionar sus problemas.

La mayoría de los entrevistados participa de un conjunto de experiencias socializadoras que incluye una infancia y preadolescencia con conflictos interindividuales (agresiones físicas, verbales y simbólicas frecuentes) y un modelado familiar, escolar o callejero de la violencia. Parece, pues, que estos grupos no se forman al azar, sino siguiendo la lógica de

las “predisposiciones convergentes”. Muchos de nuestros informadores han practicado artes marciales (kárate, aikido, boxeo, full-contact) durante la infancia y la adolescencia, lo que parece haberles producido una mayor sensación de control y poder, elementos conductuales que están fuertemente asociados a las “predisposiciones convergentes”. Las siguientes declaraciones corresponden a un joven skinhead ultraderechista, un inmigrante de segunda generación de padres marroquíes y un anarquista ligado a movimientos okupas:

Informador n1 11:

Entrevistado: Yo conocía a un chaval que era skin del colegio. Y me dijo: “quieres entrar”, y le dije “bueno”.

Entrevistador: ¿Y tú sabías qué se hacía en este grupo?

Entrevistado: Sí, me lo había dicho este chico. Que se pegaba y había navajas y pistolas.

Entrevistador: ¿Tú, antes de entrar, habías tenido problemas con otros chicos?

Entrevistado: Sí, me había pegado muchas veces. Unas veces había dado y otras me dieron.

Entrevistador: ¿Te sentías inseguro antes de entrar en el grupo?

Entrevistado: Sí.

Entrevistador: ¿Y después?

Entrevistado: No. Ya nadie se atrevía a meterse conmigo.

Informador n1 5:

Es que nosotros, eso de la violencia ya lo llevábamos de pequeños... cuando éramos más pequeños e íbamos como de raperillos, pues, había gente que le gustaba pegar para dar la nota. A alguno le gustaba... “vamos a ver si pegamos a unos nazis, a ver si vemos...”. Lo típico.

Informador n1 8:

En el instituto siempre había alguno que se quería cachondear de ti. Y decirle “córtate tío que te estás pasando... que te voy a pegar una

paliza". Pero el tío no se corta y empezamos. Yo lo que intento es..., como sé aikido, o sea, hacerle cosas que le hagan daño y que... yo, por ejemplo, en una pelea cuerpo a cuerpo, intento ir a buscarle, aunque me lance cuatro puñetazos y me dé cuatro puñetazos, porque sé que cuando lo coja puedo hacerle cualquier cosa... partirle una muñeca, un brazo, romperle tres dedos o... hacerle cualquier cosa...

Otros jóvenes pueden conformarse inicialmente con reticencias en el plano privado, con la violencia ejercida por otros compañeros. Suelen ser chicos que no tienen otras opciones socializadoras o que las que han manejado hasta el momento no les han permitido desarrollar una identidad personal positiva. Es posible identificar un conjunto de factores que incrementan ostensiblemente la probabilidad de que el joven comience a desarrollar estrategias de creatividad (más probables en los primeros momentos) o de movilidad social; el surgimiento de conflictos intra o intergrupales que modifique la identidad social (y, por tanto, la identidad personal, especialmente su autoestima), el desarrollo de relaciones afectivas de pareja, profundas crisis familiares que interfieran con las actividades del grupo, la asunción de responsabilidades laborales (sobre todo, si representan opciones de trabajo continuadas y deseadas) o el desapego del endogrupo de amigos afectivamente más cercanos (círculo íntimo). En todos los casos, en la formación del grupo parece haber una constante relación dialéctica entre la conformación de la identidad personal actual y la identidad que genera el grupo de iguales. Si de esa confrontación no surge un sistema equilibrado, se hace más probable la movilidad social, generalmente a través de una mayor receptividad a las invitaciones procedentes del exogrupo, un paulatino acercamiento a otros grupos, la distribución del tiempo de ocio con los nuevos agentes de socialización y, finalmente, la ruptura. Estos cambios pueden ocasionalmente desafiar muchos límites ideológicos.

Informador n1 2:

Hay muchas personas que van de malote porque creen que tienen a su grupo detrás y luego se comen un marrón increíble. Y entonces, descubren que no son nadie y supongo que eligen otro camino. Ha habido casos muy graciosos. Hay un personaje de Majadahonda que era heavy, ¿no? Entonces todo el mundo se reía de él, pero no porque fuese heavy, sino porque era tonto, ya puede ser heavy o grunge o lo que sea... era tonto. Decidió que quería ser malo y se hizo nazi, se rapó la cabeza y dijo: ahora soy el más malo. Entonces, claro, como tenía a toda su pandilla y tenía movimiento, la gente no le decía las cosas a su cara, no se reían de él en su cara, pero a sus espaldas era el doble. Porque claro, éste por sí solo no puede decirme nada pero luego trae a veinte de sus amigos y la tengo gorda.

► LA EVOLUCIÓN DEL GRUPO VIOLENTO

La violencia juvenil intergrupala se percibe generalmente como un hecho inevitable, bastante generalizado pero transitorio. La única excepción general recae en los jóvenes con "identidad social única", es decir, aquellos que vinculan toda su actividad social a un grupo que suele satisfacer todas sus necesidades, inmediatas y previstas, incluida la inserción laboral. Los grupos se van disolviendo, suelen aparecer relaciones estables de pareja y responsabilidades laborales que hacen irrelevante o disfuncional mantener el mismo comportamiento anterior.

Informador n1 14:

Yo creo que aunque no lo quieran, todos los jóvenes pasan por una fase de violencia. Aunque luego te tranquilices o no te guste. Y el que diga que no ha pegado nunca, no me lo creo tampoco.

Informador n1 9:

No todos los jóvenes, pero sí una parte importante, depende con quién estés. Mira, en la Universidad veo gente maja, que pasa de todo esto.

La aparición de grupos poderosos y activos facilita la toma de conciencia de la necesidad de agruparse. Una vez constituido el colectivo y comprobada su eficacia para repeler una agresión (en una primera fase) y para prevenir futuras agresiones (más adelante) protagonizando iniciativas violentas son elementos clave en el incremento de la seguridad personal y grupal.

Informador n1 2:

En los últimos meses parece que ha habido un bajón en la violencia aunque parece que vuelve... Yo creo que la violencia estuvo muy presente hace un par de años por la razón de que mucha gente joven se metió en el rollo neonazi, fascista. Entonces, cuando ves que en tu barrio hay 20 enanos metiendo palizas a los hippies y a los pobres o tus amigos por vestir diferente, dices o me espabilo un poco o me van a dar de palos. Y decides que vas a ir por ellos para que no se lo crean para que sepan que... ¡cuidado con quién te metes!

En algunas ocasiones, los miembros noveles de los grupos tienden a compensar la escasa atención e influencia que ejercen en el grupo interiorizando sus formas y maneras de expresión de forma más radical que los veteranos.

Informador n1 1:

Pero ha habido mucha gente joven que tenía 13 o 14 años que ha creído de repente que es la más mala de la calle, va con sus bombers, con sus cabezas rapadas. Bueno, pues, si yo soy un chaval de 13 o 14 años y no tengo dos dedos de frente y tampoco tengo ideas políticas, pues, digo, ya no se va a meter nadie conmigo. Y se lo cree tanto que va de facha a todas partes y es el más bruto, para demostrarles a sus colegas mayores que vale, que se puede contar con él. Esa gente es peligrosa porque no controla, porque vale tanto como hostias mete.

La moda musical o la que tiene que ver con la apariencia física facilita la categorización social y, por ende, la emergencia de distintas identidades sociales, lo que puede promover la aparición de conflictos intergrupales, gene-

ralmente no demasiados graves. Se trata de un periodo inicial en el que los cambios de grupos suelen ser bastante frecuentes, generalmente por razones triviales, hasta que se vislumbra un peligro o amenaza que induce un aumento de la cohesión grupal y extrema los procesos de categorización social o hasta que el adolescente se siente fuerte y positivamente integrado en el grupo.

A excepción de los grupos con identidad social única, los grupos violentos tienden a percibir sus agresiones iniciales como defensivas, respuestas proporcionadas a los ataques sufridos por el grupo o por alguno de sus miembros. Más tarde, los ataques no reactivos que comienzan a protagonizar pueden interpretarse como "acciones preventivas" que generan respeto y temor en el enemigo y son útiles para evitar futuras disputas intergrupales, ya que muestran claramente la disposición del grupo a defenderse con dureza. Desde una perspectiva intragrupal, las principales consecuencias son el aumento de la sensación de interdependencia, de cohesión. Complementariamente, los integrantes del grupo perciben un agradable incremento del apoyo social instrumental y/o expresivo recibido y experimentan consecuencias positivas derivadas de la acción violenta como mayor autocapacidad percibida ligada a la seguridad personal y, como resumen de todo ello, un crecimiento de la autoestima. La siguiente declaración de amplia extensión, perteneciente a un líder de "panteras negras" pone de manifiesto claramente esta sucesión de acontecimientos e interpretaciones.

Informador n1 16:

Cuando nosotros llegamos allí, a una ciudad de unos 200.000 habitantes, éramos unos 200 africanos. Entonces empezaron los apaleamientos, salían grupos nazis en periódicos locales amenazando a inmigrantes y negros y, claro, nosotros vivíamos en las calles la violencia. Te llevabas una paliza en el instituto, lo denunciabas y no pasaba nada. Te enteras de que quien te ha pegado es el hijo del jefe de policía. Vienes de la compra, te asaltan, te tiran la compra. Vas a la policía, denuncias y no

pasa nada. Hasta que un buen día nos juntamos un grupo de amigos, blancos y negros y repelimos una agresión, realizamos la primera acción de autodefensa. A partir de ahí fuimos a documentarnos políticamente, a leer la prensa, a ver la televisión, los informativos, a estudiar el sistema. Te estoy hablando de cuando teníamos 17 y 18 años, éramos muy jóvenes. Y entonces creamos el colectivo en [nombre de la localidad]. Al principio el objetivo del colectivo fue garantizar la integridad física, sobre todo, nuestra integridad física, de los emigrantes, y luego dotar a los emigrantes de una visión diferente de lo que estaba pasando en Europa. En aquella época nuestra preocupación era garantizar a los jóvenes su identidad física. Ten en cuenta que aquel año se apuñaló en [nombre de la localidad] a tres polacos. Fue el año en que en [nombre de otra localidad] mataron a un compañero nuestro. Luego, en [otra ciudad] se apaleó a un chaval blanco que pertenecía al colectivo [nombre de la asociación] y quedó paralítico.

[...] Cuando el colectivo fue tomando forma, redactamos el acta de constitución del grupo en el año 92, por octubre o noviembre. Se trataba de recurrir a cualquier medio para defender a los negros, que entonces no podían salir porque [nombre del grupo ultraderechista] les esperaban a la puerta de sus casas. Los negros comenzaban a vivir juntos para defenderse en guetos. [...] Cuando comenzamos a desarrollar nuestras acciones de defensa, aprendimos que no debíamos esperar a que nos apalearan, que era necesario buscarlos en su propio terreno, salir de caza como ellos, para advertirles que tuviesen cuidado con nosotros. Se trataba de romperles los esquemas; porque el blanco espera que te asustes, que tengas miedo de todo.

[...] Ahora, en el momento que haya un linchamiento, a negros o blancos, vinculado a nosotros, pues hay que ir a saco y no como delincuentes escondidos, sino en pleno día, donde esté todo el mundo, donde esté una señora comprando y armarla y que lo vea todo el mundo. Y que esa señora se vaya para su casa y

diga "ay, Pepe, que había un grupo de negros, no sé qué, no sé cuántos". Que corra la voz para que nuestros enemigos tengan miedo y nuestros amigos comiencen a sentirse orgullosos y seguros. No sólo los que pertenecen al colectivo, sino los jóvenes de 16 y 17 años que no militan en nada.

Conforme aumentan los éxitos de los grupos violentos en sus enfrentamientos, sus integrantes se consideran más capaces de responder a nuevas provocaciones y su nivel de tolerancia a las provocaciones exgrupales (reales o supuestas) desciende, en la medida que crece su orgullo y su autoestima.

Informador n1 2:

Mientras te salga el chollo y puedas asustar a la gente... En la sociedad y, sobre todo entre los jóvenes, es un poco la ley de la jungla. Aquí el más fuerte es al que más se le quiere y al que más se le adora y todo el mundo su amigo para decir... este tío tiene que ser muy malo, entonces lo hago amigo mío, así no lo tengo como enemigo. Y cuando tenga movidas, si le he invitado a tres porros o le he regalado unas gafas robadas, pues igual se moja el culo y dice "que éste es amigo mío", y la gente se calla. Es el principal efecto de ser malote, es decir, ser popular. Y cada día es lo mismo, cada vez eres más malote y te atreves más, joder, te crees Dios...

En general, las condiciones de los grupos violentos, la dinámica acción-represión y la fuerte cohesión interna facilitan el mantenimiento del grupo. Incluso cuando estas condiciones comienzan a ser disfuncionales en algunos aspectos de la vida cotidiana, los jóvenes suelen sesgar la interpretación de la realidad para mantener su identidad social. Técnicamente, podemos hablar de estrategias de "creatividad social".

Entre las estrategias de creatividad social, existen formas sutiles e ingeniosas de mantener una autoestima positiva, incluso cuando el joven se responsabiliza directa e individualmente del comportamiento antisocial. En estos casos, es necesario distinguir entre discursos "justifi-

cadore” que inciden en la influencia del grupo, en la violencia ejercida personalmente, cuando no les facilita el desarrollo de un autoimagen positiva y discursos “causales” basados en la clara asunción de responsabilidad personal en el marco grupal. La síntesis de estos dos tipos de discursos viene auspiciada generalmente por el reconocimiento de la responsabilidad individual (en ocasiones muy autocrítica) en las agresiones (discursos causales), mediada e incluso determinada por la imposibilidad total de cambiar el comportamiento por miedo al vacío social que anticipan se produciría si abandonan el endogrupo.

La siguiente declaración de un chico de 18 años, perteneciente a un grupo juvenil autodefinido como “bakala” (que comparten afición por la música “bacalao”), puede ilustrar lo anteriormente dicho.

Informador n1 18:

En algunas ocasiones, tengo que decir..., reconocer que no debería hacer esto... en esos momentos soy una especie..., pierdo el control... y que yo soy tan culpable como cualquiera..., como cualquiera. Pero, qué le voy a hacer, no puedo hacer nada... si no..., peor estaría solo, sin mis amigos; no tengo más remedio que hacer lo que siempre hemos hecho... machacar a cualquiera que quiera machacarnos.

Desde una perspectiva intragrupal, los jóvenes pueden desarrollar una serie de iniciativas para modificar una situación personal o de los amigos de su círculo endogrupal íntimo. Entre éstas destacan algunas propuestas explícitas para modificar algunos aspectos del funcionamiento intragrupal, desarrollo de nuevas actividades de ocio (crítica activa) y expresiones de descontento o desconexión temporal del grupo (crítica pasiva).

► INVOLUCIÓN DE LOS GRUPOS VIOLENTOS

Para establecer algunas directrices de carácter tentativo relacionadas con la involución de los grupos, se han tomado las declaraciones de aquellos informadores que en el pasado

cambiaron de grupo y dicen recordar por qué. En todos estos casos, a excepción de los jóvenes que parecen poseer una “identidad social única”, la movilidad social es posible cuando la pertenencia al grupo no les permite mantener una autoestima positiva o existen condiciones externas que inducen al joven a considerar probable su incremento cambiando de grupo (no obstante, es difícil en el discurso de los jóvenes separar nitidamente estas dos interpretaciones). Esta merma en la autovaloración puede producirse por un considerable número de factores, entre los que podemos destacar por su frecuencia e importancia:

La aparición de nuevas personas o grupos relevantes para el sujeto que mantienen hábitos y normas contradictorias con las del endogrupo. La inducción de una mayor complejidad y divergencia en su identidad social, a través de la incorporación al mercado laboral o el surgimiento de relaciones afectivas estables suelen tener fuertes efectos en el joven violento, siempre que le resulte difícil la integración de personas, actividades y grupos en su marco social previo.

Informador n1 10:

Es necesario creer firmemente en lo que haces y saber lo importante que es defender a tu gente; estar en el núcleo del grupo. Por eso, cuando los chicos blancos que nos apoyan empiezan a tener novias o empiezan a trabajar, poco a poco van abandonando el grupo. También pasa con los negros que empiezan a vivir bien, quieren parecer españoles lo antes posible y comienzan a comportarse como ellos. La lucha ideológica y política, y qué te voy a decir de la lucha en las calles, no entra en sus nuevos planes.

Una crisis interna en el endogrupo originada por fuertes reveses en la lucha contra otros grupos, por el abandono del grupo por parte de algunos miembros que forman parte del círculo íntimo del sujeto o por el descontento manifiestamente expresado por esta parte del grupo.

Informador n1 14:

Algunos de mi grupo vienen de otros grupos de chavales donde no se sentían bien o donde tenían problemas... no destacaban. Muchas veces, si se van tus amigos más íntimos, te vas tú también, ¿qué haces tú solo?

Una crisis de confianza en el endogrupo por no haber encontrado suficiente apoyo endogrupal ante un problema o conflicto personal.

Informador n1 12:

Los colegas que te fallan cuando hay una movida pues... a lo mejor no les dices nada al principio, pero están marcados. Si ellos tienen una movida que no cuenten conmigo, ni con mis amigos. Poco a poco van dejando el grupo, cuando encuentran otro, claro.

Un conflicto con la familia surgido por la imposibilidad de seguir ocultándole las actividades violentas (denuncia policial, heridas evidentes...) o porque se instala en el joven la percepción de que la violencia que ejerce puede afectar directamente a su familia (amenazas telefónicas o directas a padres o hermanos).

Informador n1 6:

He tenido problemas con mi hermano. Con él tengo confianza y en ese tema [violencia exogrupal] sí, tengo más que con mis padres. Se lo comenté y me dijo "pero no seas tonto, a ver si te van a hacer algo, la policía va a venir, como yo me entere se lo voy a decir a papá para que no te deje salir en dos o tres meses". Entonces es cuando te acojonas, porque seguro que si se lo vuelvo a decir se lo dice a mis padres. Y eso es otra historia, entonces tendría muchos problemas.

La muerte de un compañero o de un amigo o si es herido de gravedad o como resultado de una paliza, sobre todo, si produce un fuerte descenso en la autocapacidad percibida (personal y grupal).

Éstos y otros resultados han permitido establecer una serie de hipótesis que podrían ser objeto de estudios más profundos y que podemos resumir de esta manera:

- La probabilidad de movilidad social, incluso cuando la autoestima procedente de la pertenencia al grupo es negativa, se anula o alcanza valores muy bajos si no existen otros entornos de socialización alternativos relevantes para el sujeto.
- La mayor probabilidad de cambiar de grupo en jóvenes violentos parece originarse cuando se conjugan dos factores psicosociales: una negativa autoestima social, en términos absolutos y relativos (en comparación con otras opciones) y la existencia de alternativas de apoyo social ajenas al grupo.
- Resulta poco probable que se produzca un cambio de grupo sin que haya mediado un período de transición marcado por la convivencia con los dos colectivos: el endogrupo actual y el endogrupo futuro y un progresivo abandono del primero al segundo. Esta pautada evolución parece tener dos objetivos fundamentales muy relacionados entre sí: evitar el vacío social y cerciorarse de las positivas consecuencias de esta decisión.
- Parece que una vez asumida la nueva identidad grupal, la asunción de nuevos hábitos y normas (por ejemplo, prosociales) se realiza con gran naturalidad y, probablemente, las acciones violentas no vuelvan a repetirse.

5.3.3. El microsistema**a) La autopercepción.**

La identidad personal y la identidad social están íntimamente relacionadas en el discurso de los jóvenes violentos aunque, a excepción de algunos casos (sujetos con "identidad social única"), nítidamente discriminada por los informadores. La impresión predominante es que son jóvenes normales, pero singulares, distintos del resto de jóvenes por su pertenencia a un colectivo que respeta a sus miembros. Así se expresa un joven que se define como "anarquista".

Informador n1 3:

Soy como cualquier joven, pero más combativo, mis amigos y yo no estamos dormidos..., no

dejamos que nos pisoteen... los nazis o cualquier otro. En eso sí soy diferente.

La mayoría de los entrevistados muestra una autoestima y un autoconcepto bastante positivos. Esta percepción del yo está basada, desde una perspectiva individual, en la coherencia ideológica (en un sentido amplio, sin restricción al ámbito político), en la fidelidad y congruencia de su comportamiento, a su forma de percibir la realidad (en oposición al resto de la juventud, a la que se percibe como "informe", "seguidista" y cobarde) y, desde una perspectiva social, a la capacidad percibida para tener amigos, para proporcionarles apoyo instrumental o emocional. Desde el cruce de ambas ópticas los sujetos se perciben como peculiares. Un antiguo punky, paradójicamente alopécico, se expresa de esta manera.

Informador n1 3:

Joder, pues no sé, pero creo que soy diferente a la mayoría de la gente; puedo tener muchos fallos... no soy perfecto... pero digo lo que siento... siempre..., no soy hipócrita como la mayoría. Y no le fallo a mis colegas..., si alguno tiene alguna historia sabe que cuenta conmigo. Me gustaría ser mejor, pero, qué le vamos a hacer..., no está tan mal.

Se puede extraer de las declaraciones de los informadores una "gestalt" autodescriptiva que incluye los términos normales, fieles a sus amigos, de fuerte carácter, impulsivos o con escaso control emocional en situaciones de alta tensión, apolíticos (en cuanto a pertenencia a corrientes, partidos políticos o movimientos sociales); todos se consideran teóricamente inconformistas ante el sistema socioeconómico actual, aunque difieren ostensiblemente en la adaptación actual por hechos y expectativas. El entorno social que valoran como más importante está formado por la familia (padres y hermanos), la pareja (cuando existe) y el grupo de iguales, especialmente, con los que realiza los comportamientos agresivos.

La importancia de la conducta antinormativa que desarrollan se incorpora espontáneamente a lo largo de la conversación a la descripción

de la identidad personal. Este punto de anclaje de las declaraciones de los sujetos puede estar influido en parte por la temática que se desarrolla durante la entrevista (centrada en la violencia), pero también parece deberse a la centralidad de este tipo de comportamiento en el vida cotidiana de algunos de los entrevistados. Así, por ejemplo, la percepción de la violencia exogrupal como una reacción ante el peligro o la amenaza externa facilita en buena medida el incremento de la autoestima social, el apoyo incondicional e intemporal a los miembros del grupo y la fidelidad a sus principios éticos y normativos, que se convierten en elementos sobresalientes y fuertemente coherentes con estas acciones. En el plano individual, está muy extendida la autopercepción de "hombre tranquilo", una persona que trata de evitar problemas pero que, cuando los conflictos son inevitables, se muestra decidido e incluso incontrolable. Las siguientes declaraciones, la primera de un joven "okupa" anarquista y la segunda de un joven traficante de drogas de síntesis, ambos protagonistas de un buen número de agresiones exgrupales, coinciden en esta parcela del autoconcepto.

Informador n1 15:

Y que soy un buen chico, que no..., a pesar de que me han pasado muchas historias. Por ejemplo, con uno de mi casa prefiero no pegarme, ¿sabes? O sea, a alguien que está viviendo conmigo prefiero no pegarle, prefiero resolverlo hablando. Siempre prefiero hablarlo primero, pero si no hay más remedio, pues mira... voy a por él con todas mis fuerzas.

Informador n1 9:

Soy un chico normal y corriente. No me gusta la violencia, pero si tocan a un amigo mío, lo van a pagar. Yo, si puedo evitar la movida, la evito, pero si hay movida gorda, ahí estoy. [...] En eso sí puedo ser diferente: soy de fiar, no fallo a mis amigos.

También es frecuente entre estos jóvenes la imagen del "defensor de los oprimidos" o del "justiciero" que utilizaría ocasionalmente la violencia para defender a los más débiles o para

aplicar una justicia directa a los colectivos que en su opinión se merecen un castigo. La primera creencia es más propia de los colectivos antinazis, mientras que la segunda puede estar bastante extendida entre los miembros de grupos de extrema derecha o afines. La primera declaración pertenece a un joven "heavy" del primer grupo; la segunda, a un joven nazi.

Informador n114:

Una cosa que no aguanto es que veas que se están metiendo con alguien que no se puede defender. No sé, a mí que peguen a un tío por ser más alto o más bajito, o por ser negro o por ser gitano, ¿sabes?, es una cosa que me revienta mucho. Cada uno es lo que es y punto. Además, normalmente se meten con ellos cuando están solos. Porque normalmente, claro, los negros a los que pegan son los que están vendiendo tabaco, los pobres, para poder comer o para lo que quieran. Es su forma de ganarse la vida y ya está. Se meten con uno solo. Y cuando ves un tema de ésos, pues, yo por lo menos, me da siempre por defender al débil.

Informador n1 11:

Entrevistado: A los negros y a los moros les pegamos para que no vengan de fuera y nos quiten el trabajo. A los punkies y otros, por las pintas.

Entrevistador: ¿Crees que vosotros y ellos podríais llegar a un acuerdo, por ejemplo: vosotros hacéis lo que queráis y nosotros lo que queramos sin meterse unos con los otros?

Entrevistado: No.

Entrevistador: ¿Por qué?

Entrevistado: Eso sería deshonestar a la patria.

Entrevistador: ¿Qué significa para ti deshonestar a la patria?

Entrevistado: No castigar a los otros, a quienes vienen a quedarse con todo y a robar.

En algunos casos la autoestima se mantiene como resultado de la oposición hacia figuras "normalizadas" o socialmente deseables, a tra-

vés de la individualización, de sentirse diferente, peculiar; la búsqueda de ser o parecer distinto resulta un buen aliciente, sobre todo, cuando las experiencias tradicionales socializadoras no parecen haberles proporcionado una adecuada autoimagen. Es, entonces, cuando el aislamiento y el odio a la sociedad o, simplemente, a lo distinto, a lo ajeno, se convierte en parte esencial de un esquema cognitivo repleto de experiencias y sentimientos autorreferenciales que forma parte de la autopercepción positiva.

Informador n1 4:

Me pone de muy mala hostia la gente, no sé, ya al ir por la calle, no me encuentro a gusto, no me gusta la gente. También compartía [con su grupo actual]... me he sentido también mogollón de sola, que digan que sobramos mogollón de gente. Es difícil encontrar gente así, sobre todo, dentro de mi peña, que es muy comunal.

A pesar de estas características compartidas, las expectativas personales de la mayoría de los entrevistados suelen estar bastante ajustadas en todos los casos a la evolución normalizada e incluso prototípica de buena parte de la juventud española. Es muy frecuente la anticipación de las responsabilidades laborales, de la constitución de una familia y de preocupaciones similares (búsqueda de vivienda, educación de los hijos...) que debe afrontar buena parte de la población española.

Informador n1 10:

¿Más adelante?... pues, hombre..., yo creo que haré como todo el mundo, formaré una familia y a trabajar para mantenerla. Lo mismo tengo que trabajar de administrativo o descargando muebles. No creo que... bueno... no sé si podría hacer otra cosa. Pero es que... los amigos también tendrán que vivir y... se echarán novias y eso. Y no me voy a quedar yo solo.

Este discurso es notablemente diferente en aquellos informadores que pertenecen a un grupo que no les provee de suficiente apoyo y seguridad, lo que podría conceptualizarse como una débil identidad grupal. Para ellos, el futuro es mucho más inseguro, más ominoso.

Así se expresa un joven "okupa" que pertenece a un grupo que progresivamente se está disgregando para quedar reducido a un amigo íntimo y dos o tres más que se ven de vez en cuando.

Informador n1 3:

Si me pongo a pensar en el futuro, uff... Malo, muy malo..., no sé ni siquiera si voy a vivir mucho... Mañana mismo puedo aparecer en una zanja... Cualquiera nazi puede partirme la cara... bueno, varios nazis.

b) La percepción del mundo.

La percepción del mundo varía ampliamente entre los sujetos entrevistados, aunque existe una serie de rasgos centrales que dominan la perspectiva desde la que abordan la realidad social cotidiana. El "nihilismo", la "crítica pasiva", el "pragmatismo", su "capacidad para afrontar las amenazas" y el "temor al vacío social" son los cinco pilares del discurso de los jóvenes violentos en relación con la percepción que tienen del mundo. En términos generales, se trata de creencias axiológicas íntimamente relacionadas, que forman una especie de "gestalt" interpretativa.

El "nihilismo" impregna todo el discurso de los jóvenes: la sociedad estaría desvirtuada en sus valores y condenada a resolver sus conflictos de forma violenta o, al menos, mediante la imposición de los postulados de los poderosos. Desde estas premisas, resulta congruente la profunda desconfianza o la explícita descalificación que hacen todos los entrevistados de los sistemas político, laboral y legal-policial (asociación muy frecuente en el discurso de estos jóvenes), especialmente en cuanto a su aportación o relevancia para resolver sus problemas y los de sus amigos. Además, existe un acuerdo bastante generalizado entre los informadores en la condena de la "violencia institucional". No obstante, este reconocimiento generalizado es valorado de forma discrepante por los jóvenes entrevistados, variando desde la pasiva aceptación hasta la rebeldía violenta, pasando por discursos pretendidamente de análisis intelectual.

Informador n1 15:

A los policías no les puedo ver. Te paran y no te enseñan la placa aunque se la pidas; la mayoría de las veces, ni te dicen el número, aunque se supone que tienen que hacerlo. Y no sabes quién te ha detenido. Ahora tiene un juicio un amigo mío por pegarle a un madero y él no pegó a nadie. Fue al hospital a ver a un colega al que habían pegado una paliza los nazis y que había sido recogido por los maderos que lo trataron como un despojo, y cuando llegó al hospital lo detuvieron.

Informador n1 13:

La policía no hace nada para impedir la violencia. Digan lo que digan. Como mucho te echan la charla. Anda que no conozco yo a gente que casi ha matado. Es tan fácil quitarle algo a cualquiera o pegarle una puñalada. Ni la policía ni los jueces hacen nada.

Informador n1 2:

El trabajo, una mierda. He trabajado en dos sitios y sinceramente lo que pasa es que fui recluido, por decirlo así, por empresas de trabajo temporal que son una tapadera del capitalismo, porque luego resulta que a las empresas de trabajo temporal trabajan para las grandes compañías. Por ejemplo, en vez de contratarte directamente [nombre de empresa], te contrata [nombre de empresa], que te paga 540 pts. la hora y se lleva un 4% de tu sueldo. Son dos maneras de robarte, una, pagándote poco, y la otra, quitándote algo.

Informador n1 17:

La violencia es algo tan abstracto; para mí son muchas cosas. Nos imponen muchas cosas, o sea, despiden a muchísima gente de una fábrica. Para mí eso también sería violencia, ¿no?, porque echan a la calle a no sé cuántas familias y ahí queda la cosa. A lo mejor, se manifiestan por sus derechos y llega la policía y los apalea. ¿Es o no violencia?

Este tipo de violencia es interpretado como un estado general de las relaciones entre los dirigentes políticos y económicos del país y las personas que carecen de poder o influencia.

Puede representar tanto una justificación de la violencia que ejercen en sus grupos como, en algunos casos, una muestra de coherencia ideológica.

La actividad política institucionalizada u oficial presenta para todos los entrevistados una profunda escisión entre ética y poder, una profesionalización de la corrupción; su desprestigio es directamente proporcional a la falta de influencia directa en la vida cotidiana de los jóvenes violentos. Al igual que la justicia, existen pocos matices a la hora de calificar la actividad política, como señala este joven "nacionalbakala".

Informador n1 6:

Pegarse por motivos políticos es una tontería, aunque pase. Cuando estaba D. Felipe González pasaría igual que con D. José María Aznar, que se llevaría su dinerito como lo está haciendo éste. Por otra parte, la política es un chorro de dinero, todos quieren el poder a cualquier coste. Y el que paga el pato, al final, es el de siempre, el currito.

La socialización, basada en la educación formal, no parece haber cumplido sus objetivos. Todos los entrevistados han pasado por las instituciones educativas, con mayor o menor éxito, sin haber tomado conciencia de su importancia, ni haber interiorizado normas sociales de respeto, de autocontrol, de tolerancia o de manejo de conflictos. Esta institución no parece haberles aportado una visión alternativa del mundo, circunscrita como denuncian a la transmisión fría y técnica de conocimientos. El siguiente extracto refleja mejor que cualquier interpretación la influencia que ha podido ejercer la institución educativa en algunos de estos jóvenes.

Informador n1 2:

He tenido algunos profesores buenos, pocos, que tienen todavía ilusión por hacerlo bien y muchos malos. Algunos llegaban a clase borrachos, iban a su bola. Y lo peor es que sin ilusión sólo tratan de que memorices fechas, datos y nombres, como un loro. Sales del ins-

tituto con más conocimientos, pero sin ganas, sin que hayas sentido que estás haciendo algo importante, es todo rutina, uno y otro día. Yo creo que la gente termina pasando de todo, va a clase por rutina, como quien se va a la cama a dormir todas las noches.

Parece probable que la ineficacia de los procesos de socialización de los distintos agentes de influencia facilite el desarrollo de comportamientos antinormativos, no sólo violencia exogrupal, sino robos, extorsiones y tráfico de drogas que aparecen con notable frecuencia entre estos jóvenes.

El pesimismo está omnipresente, pero se recrudece especialmente cuando se plantean las vías para solucionar la violencia u otros problemas sociales; es unánime la impresión de que carece de soluciones eficaces y que sólo es posible adoptar medidas paliativas, de control o educativas. Se cita con frecuencia, literalmente o con algunas modificaciones, el adagio de Hobbes: "Homo homini lupus".

Informador n1 7:

No existen soluciones para la violencia... puedes intentarlo pasar mejor, pero está en la naturaleza humana. El hombre está condenado a destruirse. El hombre es un lobo para el hombre.

Muy asociado a esta valoración negativa de las instituciones y poderes sociales, se encuentran los conceptos de "crítica pasiva" y de "pragmatismo". Tan negativo diagnóstico no suele promover el desarrollo o la inclusión en grupos nómicos, basado en la denuncia y en la elaboración y divulgación de propuestas alternativas (sólo uno de los entrevistados dice pertenecer a un grupo o asociación de carácter político que promueve la reflexión y la reivindicación sociopolítica); la crítica no induce la movilización colectiva en un sentido político. La crítica se extiende a todos los aspectos sociales, económicos y culturales (ligados en muchos casos en el discurso de los jóvenes violentos); pero el entorno y las condiciones laborales son objeto de una enfática descalificación, ligada en la

mayoría de los casos a negativas experiencias personales o indirectas (familiares o amigos).

Informador n1 3:

La justicia, ¿qué justicia?, tío. La justicia es para el que tiene dinero, si luego es que pringan los tontos, es que me cago en Dios.

Informador n1 10:

Nadie cree en la justicia. Los jueces son unos pringaos que favorecen al que tiene dinero. Tú crees que a mí me van a tratar de la misma manera con un abogado de oficio que a un nazi cabrón o a un policía que ha jodido a la gente que tienen abogados pagados por la gente poderosa, por sus compañeros y... ¡qué hostias! los abogados grandes conocen a los jueces, van de copas con ellos. Son una clase aparte. Cabrones.

En gran parte, como después comentaremos, incluso el fin de la violencia viene marcado por condiciones ajenas a los sujetos, que conciben la realidad actual como pasajera y que, salvo una excepción, anticipan un repliegue hacia posiciones conformistas de facto (integración pasiva), sin que el marco ideológico, no bien definido en muchos casos, parezca tener influencia en los acontecimientos vitales futuros. Desde estos principios, es difícil reducir el problema de la violencia exogrupal a una cuestión ideológica "antisistema", sobre todo, cuando todos los entrevistados están de acuerdo en la eficacia de la violencia para resolver los conflictos intergrupales y en que la ideología (cuando aparece en el discurso) pueda tener efectos de categorización social (señalando los potenciales enemigos), energizadores y justificadores de la agresión, pero resulta subsidiaria en todos los discursos a condiciones psicosociales más directas y de mayor proyección futura.

Derivado, o al menos relacionado con esta interpretación reprobatoria y "anómica" de la realidad, se halla permanentemente presente el "pragmatismo", como valor o actitud estable que sostiene la necesidad de adoptar medidas concretas, de corto alcance social (relacionadas con los grupos sociales inmediatos y más

relevantes: familia y amigos) para resolver los problemas que deben afrontar puntualmente; los planes a medio o largo plazo que incluyan la consecución de objetivos generales que afecten a una colectividad amplia no representan opciones de vida cotidiana, aunque sí aspiraciones "idealistas" que consideran, como mínimo, improbables. No debe interpretarse que estos jóvenes no deseen un mundo mejor, no violento, para ellos o para las generaciones venideras, sino que consideran que sus esfuerzos deben ser dirigidos a la solución instrumental e instantánea de sus problemas. En lugar de una toma de conciencia social, la amistad (o al menos el apoyo instrumental) que se percibe en el interior de los grupos violentos se convierte en un elemento mítico del discurso, un ídolo que establece y vehicula la vida social de estos jóvenes.

Este pragmatismo aparece ligado a una "pulsión hedónica", a la necesidad de aprovechar cada momento, de reaccionar impulsivamente, de llenar el ocio de comportamientos peligrosos "típicos de la edad juvenil" y de huir de la rutina y del aburrimiento (uno de los hechos más indeseables en las declaraciones de todos los entrevistados). No resulta lejana una interpretación del proceso de desarrollo humano que asocia cada fase a una serie de actividades y de opciones de forma estereotípica. No obstante, fuera del contexto de ocio juvenil es posible que existan otras interpretaciones y emerjan otras aspiraciones y otras normas.

Informador n1 13:

A todo esto [se refiere a la violencia intergrupala y al consumo y tráfico de drogas] le das más valor porque piensas que ¡joder, sólo voy a ser joven una vez en la vida! Si ahora estoy parado con los que quieren pegarme o a mis amigos y a las once de la noche estoy en casa; si no voy a hacer nada y no me voy a meter en nada, ¿cómo me divierto? [...] A los yonquis no los podemos ver, porque ves a un yonqui y dices, se va a morir dentro de dos días; pero lo que no pensamos es que nosotros podemos terminar así porque nosotros somos algo parecido a él, pero sin llegar a tanto. Pero eso lo pien-

sas ahora, ahora lo estoy pensando y lo pienso cuando estoy en casa.

Pero, tal vez, la mayor presencia del pragmatismo que impregna el discurso axiológico de los jóvenes se encuentre en la violencia que ejercen: todos los sujetos declaran con contundencia que la violencia exogrupal responde eficazmente a unas condiciones “objetivas” de conflicto en las calles, donde es necesario granjearse un respeto, provocar temor o al menos ambigüedad en los enemigos respecto a las potenciales consecuencias de atacar a un miembro del endogrupo.

Informador n1 8:

Si hay que pelearse, no hay más remedio y se pelea, porque eso significa que las palabras no han sido suficiente y vas a quedar como un subnormal porque es ley de vida, de las calles, por decirlo de alguna forma. Porque, si no, te toman por un tonto. Por ejemplo, si tú tienes una pelea, te meten un puñetazo y te achantas pues le vas a tener siempre encima, subiéndote en la chepa, y la mejor forma de que no se te suban a la chepa es cortarlo de raíz.

El final de la violencia está íntimamente unido a la pérdida de su eficacia que, a su vez, parece devenir de las nuevas necesidades y obligaciones que acarrea la maduración de los jóvenes y la asunción de nuevas responsabilidades. Se tiende a percibir, de forma general, que la mayoría (los juicios de muchos de ellos generalizan a la totalidad) de los jóvenes violentos actuales cesarán en sus actividades cuando la influencia de otros agentes de socialización convierta la violencia exogrupal en un obstáculo, en un elemento peligroso para el mantenimiento o incremento de la calidad de vida personal y de los “otros” relevantes.

Informador n1 2:

La violencia siempre se termina porque llegará un momento que estarás dentro de la soledad. Cuando eres joven lo comprendes más pero no te puedes dedicar a ir dándote de hostias o vistiendo así [estética skin antirracista], más que nada por el trabajo. A no ser que curres

de peón, exige una presencia determinada, callarte. Si te casas con una persona normal, si yo llego a casa con mi novia que es skineta, probablemente llevaremos otro tipo de vida, trabajar y luego irnos con la gente con la que vamos, de otra manera, vamos. Pero si es una tía normal, te vas integrando en la sociedad, a los 40 sales poco de bares, de otra manera, piensas más relajadamente, aceptas las condiciones sociales, lo injusto.

Finalmente, el temor, la percepción de amenaza y, en respuesta a ella, la adopción de medidas que les aporten seguridad guía buena parte de sus vidas. Estas sensaciones tienen en la mayoría de los casos un fuerte poder activador y no implican la generación de ansiedad difusa, sobre todo, porque tienden a considerar que existe un fuerte factor protector, la pertenencia a un grupo dispuesto a defenderle de estas amenazas. No obstante, una gran parte de las decisiones que adopta depende de estas sensaciones amenazantes, tanto cuando deambula solo por las calles, como cuando las transita con su grupo.

Se trata de una “vigilancia automática”, activada permanentemente que trata de prevenirle sobre lugares, apariencias, actitudes, individuos y grupos potencialmente peligrosos. El grupo de iguales se convierte, desde estas premisas, en la mejor garantía de seguridad personal. En consecuencia, no resulta extraño que la mayoría de las acciones altruistas o prosociales se desarrollen en el ámbito grupal; fuera de sus límites son muy extrañas las manifestaciones de apoyo o los intentos de resolver problemas ajenos, con una excepción bastante extendida: si la seguridad personal o grupal está garantizada (a través, por ejemplo, de la emergencia de creencias de control y eficacia), es deseable apoyar o ayudar a los enemigos de los grupos rivales (en una curiosa aplicación del equilibrio de las tríadas de interacción de Heider).

No obstante, en la mayoría de los grupos parece haber una motivación intensa para establecer y cumplir normas y leyes que consideran más adecuadas, una especie de “justicia popular”, por supuesto, defendida y encarnada por

sus miembros. En muchas ocasiones, se convierte en una demostración de la capacidad de autoafirmación a partir del ejercicio del poder de forma redistributiva. Estas demostraciones de poder pueden extenderse a los miembros del endogrupo. En todos los casos, se trata de inducir a la conformidad y al respeto a las normas intragrupalas, de forma explícita o implícita, pero siempre asociándolos a la defensa inequívoca y decidida a los miembros del grupo frente a provocaciones o amenazas externas.

Informador n1 16:

Nosotros tenemos capacidad para boicotear cualquier local donde hay hip-hop o funky de Madrid, y también tenemos capacidad para boicotear cualquier maqueta o cualquier disco que salga. Puedes hacer una publicidad en contra de ese disco. O simplemente puedes actuar en una discusión verbal o en una discusión física con los miembros del colectivo.

Este temor, incrementado o no, parece cumplir además una función exculpatoria, que sitúa el origen del problema en el exterior, en la amenaza que subyace en las relaciones con algunos o todos los grupos. La violencia, desde esta perspectiva, se transformaría, por acción de un control relativo de la situación, en una respuesta inducida. Desde estas premisas no resulta ilógico para algunos entrevistados identificarse como “pacifistas”.

c) La conducta violenta exogrupal: características y tipología

La fenomenología de la conducta violenta de los jóvenes entrevistados presenta cuatro características básicas, útiles para una definición descriptiva. Se trata de una agresión intencional, es decir, cuenta con la finalidad explícita de provocar daño en otras personas, aunque no se trate necesariamente deliberada, planificada o racional. Trata de producir un daño físico, psicológico o social; en el plano físico, generalmente, los sujetos hieren a sus enemigos de forma leve; en pocas ocasiones, las intenciones manifiestas incluyen provocar daños permanentes o irreparables, aunque todos aceptan que podrían producirse “acci-

dentalmente” (de forma no intencional); en la vertiente psicológica, se producen insultos y descalificaciones personales, amenazas y “exhibiciones” o “displays” de aparente naturaleza etológica que incluyen conductas no verbales (miradas mantenidas, orientación del cuerpo hacia el sujeto, expresiones faciales de odio, ira o asco, puños apretados o blandidos en dirección a los rivales); en cuanto a los daños sociales, incluyen amenazas y humillaciones simbólicas dirigidas a distintos miembros del exogrupo o a miembros de la familia u otras personas de la red social del sujeto, con la finalidad de reducir la sensación de control y poder del grupo y de quebrantar la sensación de seguridad y apoyo social. En tercer lugar, la conducta exogrupal violenta se manifiesta a través agresiones físicas, verbales o simbólicas. Finalmente, se dirige hacia una o más personas identificadas como miembro de un grupo rival o simplemente distinto al propio; no obstante, es probable que la agresión verbal se dirija a otras personas relevantes del sujeto (amenazas directas o indirectas a los familiares de los miembros del exogrupo); excepcionalmente, pueden producirse.

Desde la intersubjetividad de los sujetos entrevistados, es una constante la diferencia que establecen claramente entre dos tipos de violencia: una violencia “reactiva” y una violencia “preventiva”; la primera estaría vinculada a corto o medio plazo y sería consecuencia de un ataque o una provocación previa que se considere grave, dirigida a cualquier miembro del grupo (aunque más probable cuando se trata de un sujeto que ocupa una posición de privilegio dentro de él). La agresión preventiva, frecuentemente denominada “ir de caza”, parece tener un aspecto lúdico, aunque su objetivo primordial es el de evitar posteriores ataques a través de una “venganza pedagógica”, una demostración de fuerza y de unidad que incite a dudar a los potenciales enemigos sobre la eficacia o rentabilidad de un agresión postrera.

El comportamiento violento exogrupal se desarrolla con gran variación entre los sujetos entrevistados. Su frecuencia oscila entre enfren-

tamientos aislados a lo largo de todo el año, hasta conflictos intergrupales que se suceden con una frecuencia de tres o cuatro veces por semana. También es variable la intensidad de estas disputas aunque, casi de forma general, suelen producir siempre heridas leves, en ocasiones graves, a uno o varios de los contendientes, y excepcionalmente, la muerte a un enemigo.

La cantidad de jóvenes implicados por cada bando en el conflicto intergrupual varía entre uno y cuarenta, y los grupos que combaten son generalmente dos, aunque eventualmente pueden producirse alianzas entre distintos grupos afines multiplicándose, entonces, los colectivos en liza, aunque siempre formando parte de uno de los dos colectivos implicados.

La aparente paradoja de que exista un enfrentamiento "grupual" con dos contendientes, uno por grupo, no resulta una inferencia excesiva si se tienen en cuenta las declaraciones de los sujetos que, coloquialmente, aluden al concepto de identidad social emergente (véase el apartado dedicado a la identidad social), la toma de conciencia de pertenecer a un colectivo que, en interacción con una situación social de conflicto, produce la saliencia de normas y conductas específicas ante la identificación de uno o más miembros de grupos rivales o, simplemente, de sujetos ajenos, diferentes al endogrupo.

Informador n1 18:

¿Qué más da si son uno o doscientos?, son "guarros" que quieren joder. Si un tío no me ha hecho nada, paso de él, pero si es un hijo puta guarro, joder... lo..., no puedo pasar de él.

La distribución temporal de las agresiones intergrupales que protagonizan los informadores entrevistados no es homogénea. Son más frecuentes en otoño y en invierno que en verano o primavera debido a los desplazamientos vacacionales o de fin de semana, habituales en estas dos últimas estaciones.

También parece realizarse con mayor asiduidad durante la noche o de madrugada, especial-

mente en dos momentos, entre la 21 y 24 horas y entre las 4 y las 7. El primer período suele coincidir con los que algunos entrevistados denominan "cambio de turno", el regreso a casa de los adolescentes y la llegada de los jóvenes a los centros de ocio nocturnos, bares, "pubs" y discotecas especialmente; durante el segundo, los jóvenes pueden cambiar de lugar o, más tarde, retirarse a casa. Consecuentemente, en ambos intervalos se incrementa la probabilidad de que grupos rivales coincidan a la salida de estos lugares o en el transporte público, sobre todo, el metro.

Además, suele ser bastante probable que el deterioro volitivo producido por el consumo de drogas (alcohol, sintética, cocaína) alcance en adolescentes y jóvenes su máxima intensidad en estos intervalos temporales. El consumo de estas drogas, en opinión de todos los entrevistados, favorece la desinhibición, la pérdida del control y el enfrentamiento.

Informador n1 13:

De madrugada, a partir de las cuatro de la mañana, hay bastante gente, por lo menos en Madrid centro. La gente se mueve por los garitos, va de un local a otro, de una discoteca a otra. Y claro, es una hora en la que la gente va bebida o puesta o lo que sea. Toda la gente está rayada.

En la mayor parte de los casos, la duración de los episodios de violencia exogrupal es escasa, de dos a cinco minutos. Todos los informadores dicen haber asumido que la prolongación de la agresión incrementa sustancialmente la probabilidad de que surjan elementos inesperados (testigos, incorporación a la lucha de amigos de los rivales, aparición de la policía...).

► FACTORES EMOCIONALES DEL COMPORTAMIENTO VIOLENTO

Todos los entrevistados indican que las emociones predominantes en los momentos precedentes a la conducta son el odio y la cólera que expresan abiertamente en el endogrupo, dejando para el ámbito privado, al menos mientras se está gestando y desarrollando la agre-

sión, el miedo o la aprensión relacionada con las consecuencias negativas de la agresión, sin que se produzca la comunicación de estos sentimientos al resto del grupo.

Informador n1 15:

Se siente odio, odio porque cuando estamos hablando de salir a por ellos es porque nos han hecho algo, y tengo odio dentro, tengo ganas de hacerlo. No pensamos en otra cosa que en pillarlos y machacarlos. Te come por dentro la rabia.

Informador n1 9:

Antes estás con tensión, estás con los nervios, diciendo "bueno, si nos vamos a dar, que nos demos bien" Pero, claro, siempre vas con el miedo a que te saquen una navaja, te saquen una "pipa", te saquen la porra y te den en la cabeza y te han matado. Pero te lo quedas para ti, no se lo dices a nadie, pero... bueno, tú sabes que los demás están igual, menos algún exaltado que disfruta.

Estas emociones suelen alimentarse de la verbalización de estereotipos negativos del exogrupo o de la recreación de anteriores enfrentamientos y provocaciones y, privadamente, de la elucidación de imágenes de peleas anteriores con final victorioso.

Informador n1 5:

Que cuando les pillemos vamos a darles una paliza. Ya tienes la adrenalina subida. Te vienen imágenes de cuando estás pegándote: pim-pam, enzarzado o pegándole patadas en el suelo, imágenes que se te vienen a la cabeza.

En relación con los escasos minutos que suele durar un enfrentamiento, existe un consenso completo entre los entrevistados sobre la imposibilidad de recordar otra sensación o pensamiento que no sea una fuerte activación nerviosa que les lleva a golpear y a esquivar los ataques contrarios de forma casi inconsciente o automatizada. Además, todos ellos coinciden en señalar que, mientras se produce el enfrentamiento, se desarrolla una cierta "tolerancia al dolor" que les impide sentir la mayoría de los daños que el enemigo les inflige.

La intensidad de la agresión parece guardar una estrecha relación, a juicio de todos los informadores, con el odio que despiertan las víctimas potenciales. La intensidad de esta emoción parece depender, sobre todo, de la existencia de agravios o agresiones previos o de la intensidad del estereotipo negativo asociado a ese grupo.

La misma falta de consciencia y de razonamiento que se produce durante el ataque parece extenderse a la finalización de la acción. En general, el final de la agresión se produce cuando la víctima se encuentra caída en el suelo, inmóvil o inconsciente. No obstante, cuando la violencia tiene la finalidad de producir daño psicológico, suele acabar con la humillación (petición explícita de perdón por parte de la víctima, expresiones emocionales de sumisión, robo de prendas, cantar himnos o canciones ideológicamente afines a los agresores...). Otro de los indicios que suele poner fin a la agresión es la presencia de sangre en la víctima, siempre que, además, se cumplan las condiciones anteriores, inmovilidad o inconsciencia.

► CAUSAS, FACILITADORES E INHIBIDORES DEL COMPORTAMIENTO VIOLENTO EXOGRUPAL

Las explicaciones que los informadores señalan de la conducta violenta exogrupal juvenil se pueden clasificar, a la manera más clásica de los teóricos del comportamiento humano, en dos grupos: biológicas o genéticas y ambientales y/o inducidas por aprendizaje. No obstante, en el discurso de los jóvenes existe una mezcla de argumentos atribucionales directos y condiciones y situaciones que pueden ser conceptualizadas como detonantes o facilitadoras, e inhibitoras u obstaculizadoras del desarrollo de la agresión exogrupal.

Una parte importante de los jóvenes entrevistados considera espontáneamente que, de forma general o al menos parcialmente, la violencia en general, y la exogrupal en particular, tiene unos determinantes biológicos y universales, inherentes al ser humano (y especialmente al

sexo masculino), que son imposibles de erradicar.

Informador n1 7:

Es que la persona violenta va en el ser humano... el destruirse es algo que nace con él, no creo que haya solución, el hombre es un lobo para el hombre.

En relación con las causas "genéticas" de la violencia exogrupal, existe una coincidencia general en el conocimiento de personalidades violentas, de naturaleza probablemente genética. Estos jóvenes presentarían tan notable, general y permanente inclinación hacia la violencia, que representan prototipos caracteriológicos de jóvenes violentos, cuya actuación no estaría circunscrita a una situación, interacción o momento determinados.

Informador n114:

Hay tíos que no han venido a este mundo para joder al prójimo, son agresivos por naturaleza, están deseando que surja la oportunidad... tienen ganas siempre de jugar. No hace falta que vean una película violenta, siempre están cargados.

No obstante, es muy probable que tan reduccionista opinión puede estar influida por la accesibilidad permanente y general de una realidad violenta, dura y reiterativa, que facilitaría la emergencia de un sesgo de "falso consenso":

Informador n1 1:

Puede que haya gente pacífica, pero yo no lo veo. Yo siempre he visto que es mejor pegar a que te peguen. Sólo son pacíficos... los que no saben defenderse... Tienen miedo, bastante miedo... Es la naturaleza del ser humano... por lo menos... eso creo, es lo que he visto.

Todos los informantes de la explicación biológica (menos uno, que no se manifiesta sobre esta cuestión) inciden en la inutilidad de la violencia para generar cambios importantes en la relaciones personales y grupales. Su auténtico valor sería instrumental y temporal, basado en la venganza y/o en la prevención de posterior-

res agresiones, pero no tendría una justificación ética ni pragmática a largo plazo.

Informador n1 7:

Como dijo Malcom X, la violencia inteligente en el fondo está bien. La violencia yo creo que en el fondo no vale para nada. No vale nada partírle la cara a alguien. Pero hay veces que es justa. Sirve para defenderte y para defender a la gente que aprecias. Para evitar que te humillen una vez y otra. Si la gente sabe que puedes ir a por ellos, tienen más cuidado, al final te respetan más, y es posible que salves tu vida por eso.

Esta explicación básica se encuentra en todos los entrevistados, complementándose entre los "ambientalistas" con mayor claridad con atribuciones que remiten a las expectativas asociadas al comportamiento violento, basadas en la experiencia personal o grupal directa. Parece existir una percepción "universal" o "invariante", que podríamos denominar "esquema atribucional básico de la violencia exogrupal", una percepción gestáltica presente en todos los discursos coincidentes en considerar que la violencia exogrupal debe entenderse como una demostración de fuerza, de capacidad para devolver un ataque previo que permita proteger al grupo y aunque puede provocar una réplica agresiva por parte del exogrupo, también puede evitar o, al menos, demorar su respuesta. El ejercicio de la violencia se ve desde esta doble perspectiva, diferenciándose de esquemas normalizados más simples, que contemplan la violencia únicamente como generadora de más violencia. Una vez más es necesario tomar en consideración la valoración que hacen de las expectativas asociadas a la violencia; así, por ejemplo, una de las principales expectativas positivas de los sujetos violentos es demostrar la capacidad de respuesta del grupo ante cualquier peligro o amenaza dirigido a uno de sus miembros y esta eventualidad se haya muy ligada a la agradable percepción de apoyo social. Desde estas premisas resulta difícil o inadecuado establecer una diferencia nítida entre violencia "ofensiva" y "defensiva".

Es muy importante tener en cuenta que las expectativas no se limitan sólo a anticipar las consecuencias de la conducta, sino también a preluir las consecuencias de no llevar a cabo la agresión. El pensamiento contrafáctico parece fuertemente consolidado y resulta de una gran coherencia: la inacción está muy asociada a sentimientos de debilidad, de indefensión y a una propensión a sufrir agresiones en el futuro; la respuesta fuerte y decidida induce los sentimientos y las creencias opuestas. La principal consecuencia es que no se perciben alternativas.

Informador n1 1:

Bueno, puedes pensar que hay que dejar de hacer el idiota, que no merece la pena pasarte la vida hostiando a la gente, pero te dura poco, porque no puedes pasar de ayudar a tu colega, joder; no te lo puedes plantear seriamente. Si no respondes a las agresiones, te sientes menos seguro..., tarde o temprano te van a joder.

Sólo en algunas ocasiones surgen atribuciones aparentemente autoinculpatorias. No obstante, estas "confesiones" puede también ser interpretadas como una declaración de fortaleza y de control sobre los acontecimientos y pueden representar adecuadamente (congruentemente) el ideario del grupo y, por ende, consolidan una autoestima centrada en el grupo (de ideología ultraderechista en este caso).

Este esquema social racional parece configurar una actitud sólidamente estructurada que establece un nexo entre la fortaleza física y mental, la valentía para demostrarla asumiendo riesgos, y sus consecuencias, la popularidad y la envidia que generan y la admiración que induce en el resto de jóvenes. Complementariamente, permite atraer a otros jóvenes al endogrupo, fortaleciéndolo.

Informador n12:

Y lo peor es que funciona. Los grupos que van de malotes y tienen éxito son los que más molan, la gente quiere estar con ellos. Sobre todo, los que les va el tema y también el que se sienten amenazado y está solo. Cuando entran en

estos grupos se sienten bien, quieren comerse el mundo.

Como complemento, el análisis del locus atribucional produce unos resultados tan claros como esperables: otras personas o grupos, determinadas circunstancias facilitadoras y las obligaciones contraídas con el endogrupo son los principales responsables de la violencia que ejercen nuestros informadores. Los procesos de interpretación cognitiva egoprotectores parecen estar sumamente activos en estos jóvenes, especialmente en aquellos que desarrollan conductas violentas con mucha frecuencia y gravedad.

Informador n1 8:

Yo siempre trato de evitar la violencia. Si hay que pelearse, se pelea, pero si puedo... yo no quiero. Pero si tengo que hacerlo, a por todas. Para que no me tomen ni como un tonto ni como un achantao. Que cojan y peguen a un colega una paliza de muerte no me mola. Ante todo porque es mi amigo. Pero no suelo pegarme porque a mí no me interesan las peleas. Yo soy un pacifista.

Quizá convenga aquí recordar que la desvinculación de grupos igualitarios, la percepción de soledad, representa una notable amenaza para estos jóvenes, tanto por la pérdida de apoyo social como por la importante disminución de la autocapacidad personal para afrontar el peligro proveniente de sus enemigos.

Informador n1 18:

Mis amigos tienen un bar y tienen que atravesar un parque lleno de gitanos, ¿qué pasa? Que vas tú solo y vas acojonado. A las diez de la noche con unas fogatas enormes, todo lleno de gitanos, y te acojonas. Y te llega uno, "ay, déjame cinco duros que tal, no sé qué". "No te dejo nada". "Que te lo pido por las buenas, no me hagas pedírtelo por las malas". "¿Por las malas?, ¡toma por las malas!". Y tienes que salir corriendo y meterte en un bus o en una casa. Necesitas estar con amigos que estén dispuestos a defenderte.

En el discurso de los jóvenes se haya muy extendida la creencia de que no existen otras alternativas posibles al uso de la violencia.

La denuncia legal no representa un método adecuado para resolver los conflictos intergrupales, puede ser entendida por los potenciales enemigos como un signo de debilidad y se tiende a percibir que la policía acepta como inevitables las luchas entre grupos juveniles y sólo indaga estos incidentes cuando son de extrema gravedad.

Informador n1 2:

Los cauces legales no funcionan. Una vez pusimos una denuncia por un amigo nuestro que pegaron, que no fue una agresión grave, pero los hechos de por sí lo fueron, porque salió mucha gente por nosotros, nos patearon. Entonces decidimos, venga, y vino la Guardia Civil... se montó un tinglao, y fuimos a denunciar, de esto hace seis meses, por lo menos, dimos la descripción de la gente, sus apodos, porque sabíamos perfectamente quiénes eran y qué hacían. Seis meses después, aún no ha habido ningún tipo de... de decir "oye, ya tenemos al tío. Por otro lado, yo tengo un amigo, un heavy con su chupa de cuero, su pelo largo y tal, que le dieron un navajazo hace año y medio y no ha tenido aún el juicio, cuando fue a la Guardia Cvil, al cuartelillo, dijo me acaban de meter un navajazo unos nazis y dijeron que con esas pintas no les extrañaba.

En este esquema básico de los jóvenes violentos, los procesos de categorización social facilitan la determinación y el reconocimiento de enemigos y aliados. No obstante, otra de sus consecuencias es la inhibición de la agresión cuando existe un conocimiento directo de un joven que pertenece al exogrupo-diana del ataque, probablemente por efecto del proceso de "categorización cruzada" (Tajfel, 1982).

Informador n1 5:

En el barrio nos conocemos todos. Y hombre, aunque esté en un grupo jodido, pues... vamos, no quieres pasarte con él. Lo has conocido de

toda la vida, incluso has estado con él en el mismo grupo, pues... pasas. Y él también.

Este efecto es mucho menos probable cuando la categorización social es extrema y las normas endogrupales claras y rotundas, lo que sucede con frecuencia en los jóvenes con identidad social única. Es probable que en estos casos, esta clase de identidad social active el hábito o guiones de conducta, parcial o totalmente automatizados, con escaso control consciente, racional o volitivo. Así, por ejemplo, la presencia de una persona identificada como miembro de un grupo rival induce, incluso en ausencia de otros miembros endogrupales, la emergencia de la identidad grupal por oposición, que incluye una serie de emociones activantes (odio, rencor) que facilitan el desarrollo de la intención de agredir y, en muchos casos, aboque a la agresión.

Otra de las causas indirectas de agresión (facilitantes en algunos casos, detonante en otros, dependiendo de la percepción de control que se tenga sobre la situación), pero que en todos los sujetos entrevistados se considera un mecanismo automático (no sometido a procesos de comprobación racionales), es el parecido de la potencial víctima con el prototipo del grupo enemigo, que hace más probable e intensa la agresión cuando ésta tiene lugar.

Informador n1 2:

Cuanto más cantoso va, más te repugna. A mí una esvástica es lo que más asco me da en el mundo, entonces me incita más. [...] Dos tipos de violencia. Yo creo que si metes una paliza a un niño, lo haces más violento, ¿sabes?, sin embargo, si te ríes un poco de él y queda como un pringao lo más seguro es que deje de tonterías, le metes un buen susto. Es un poco violencia psicológica, le metes un par de tortas, es mejor. Y la otra es cuando tienes realmente unos adversarios que te da lo mismo pegarles que no, que no van a dejar la movida, ni se van a volver más o menos violentos. Son violentos, punto.

Este mismo proceso favorece la extensión de la agresión a todos los miembros del exogrupo

rival, en muchas ocasiones, con independencia de la implicación en la provocación previa que creen haber sufrido.

La intensidad de la agresión sufrida por uno de los miembros es uno de los elementos clave en el desencadenamiento de una respuesta violenta. Es, probablemente, el estímulo más poderoso en relación con la emergencia de las normas grupales de responsabilidad social y reciprocidad, centradas, por supuesto, en el entorno intragrupal. Este proceso puede ser notablemente intenso en los jóvenes que pertenecen (únicamente) a grupos violentos poderosos que, de forma cotidiana, convierten la agresión en una parte sustancial de su ocio.

► LA IMPORTANCIA DEL “AFECTO NEGATIVO” EN LA FACILITACIÓN DE LA VIOLENCIA EXOGRUPAL

Desde otro punto de vista, es posible postular la existencia en las declaraciones de todos los jóvenes entrevistados de un proceso causal similar y con amplio apoyo entre las teorías psicosociales de la agresión. Todas las condiciones negativas antecedentes (provocaciones, malestar personal o grupal, aburrimiento...) parecen desarrollar una activación fisiológica etiquetada negativamente; además, parece predisponerles a interpretar peyorativamente cualquier interacción posterior (especialmente, por elementos ajenos al grupo y con especial relevancia cuando estos sujetos son identificados como miembros de grupos rivales). Este “afecto negativo” (Baron y Byrne, 1998) incrementaría sustancialmente la probabilidad de realizar una conducta violenta por su capacidad para energizar la conducta, siendo la violencia una respuesta accesible y eficaz de afrontar los conflictos cotidianos; esta respuesta, para muchos de los entrevistados y en bastantes ocasiones, se halla parcialmente automatizada, sin que sea necesario postular mecanismos cognitivos de mayor profundidad y sentido lógico. Es probable que uno de los efectos más importantes del “afecto negativo” sea bloquear o inhibir el pensamiento racional, lógico y primar el desarrollo de conductas emocionales,

bajo control de pensamientos intuitivos, prototípicos, de naturaleza heurística.

Muchos de los entrevistados coinciden en señalar el “aburrimiento”, la ociosidad, como uno de los mayores facilitadores de la violencia exogrupal. La ociosidad, el exceso de tiempo libre no deseado, la ausencia de relaciones sociales durante este período, suele generar aburrimiento que, en opinión de casi la totalidad de los jóvenes, rebaja considerablemente el límite de tolerancia ante la provocación o, incluso, eleva la intención de propiciar un enfrentamiento violento. La siguiente declaración ilustra suficientemente la sensación emocional negativa que promueve (interpretable en el marco conceptual del “afecto negativo”) y que puede ser suprimida a través de la violencia exogrupal, cuando esta conducta se encuentra arraigada o sometida a un proceso de habituación o de automatización.

Informador n1 2:

¿Qué provoca la cacería? Muchas veces, el aburrimiento, muchas veces sientes que necesitas descargar después de estar mucho tiempo sin saber qué hacer, solo. Te bajas con los amigos y estás deseando encontrar a alguien para poder sacarte de encima esa sensación.

Aplicando el mismo esquema, el estrés puede inducir el comportamiento violento a través de la generación de afecto negativo. Nuevamente esta sensación negativa puede mitigarse o desaparecer mediante las agresiones exgrupales que inducen una activación de la identidad grupal (con su correlato de apoyo social). Por otra parte, el estrés ejerce otra influencia indirecta en la facilitación de la violencia, impidiendo una diversificación y profundización de las relaciones interpersonales e intergrupales y promoviendo una categorización social más simple y extrema.

Una fuente de estrés añadido para los jóvenes que muestran una identidad social única (coincidente con su identidad grupal violenta) es la percepción de diversidad (de grupos y personas que presentan algunas diferencias con ellos). La consiguiente amenaza parece fruto

de una extrema categorización social y de la emergencia de identidades sociales opuestas o en conflicto.

► LA FUNCIÓN FACILITADORA E INHIBIDORA DEL “CONTROL PERCIBIDO”

El “control percibido” podría ser postulado como un proceso central en la facilitación o inhibición de la conducta violenta, incluso cuando se ha establecido una predisposición grupal al ataque a un exogrupo. Esta eventualidad puede entrar en conflicto con distintas condiciones que impidan la realización de la conducta violenta. Puede transcurrir demasiado tiempo antes de iniciar la acción y la activación inicial puede irse disipándose (sobre todo, si la ofensa no era demasiado grave y/o el ofendido no forma parte del núcleo principal del grupo); si el enemigo es demasiado poderoso o se sospecha que puede portar armas, la percepción de autocapacidad disminuye y se hace más improbable la acción.

El miedo como resultado de la anticipación de consecuencias negativas es un fuerte inhibidor de la conducta violenta; cuando esta emoción primaria tiene lugar, suele estar asociada a dos condiciones fuertemente vinculadas: la falta de experiencia personal en la agresión y la percepción de una baja autocapacidad. Esta última sería producto de una estimación parcialmente intuitiva de la autocapacidad individual y de la proveniente de la identidad grupal. No obstante, como se ha expuesto previamente, muchos consideran indeseable su expresión debido al rechazo que suponen mostrará el endogrupo. Complementariamente, en algunos casos (parece darse con notable frecuencia), es probable que la preparación física para la lucha (conseguida a través de la práctica de deportes como halterofilia, culturismo, artes marciales, etc.) promueva una mayor autocapacidad percibida para la lucha, y ésta, una mayor predisposición a la violencia.

Finalmente, existe un completo acuerdo en que el alcohol y algunas drogas (especialmente cocaína y drogas de síntesis) son potentes desin-

hibidores del comportamiento violento, cuando esta respuesta es fácilmente accesible para los jóvenes.

Informador n1 6:

El alcohol ayuda mucho; hombre, si estás que te caes, no. Pero si estás colacao, la gente que es violenta está pensando en con quién se va a meter.

Informador n1 11:

El alcohol, las pastillas y la cocaína te ponen muy alterado. No sabes lo que haces.

5.3.4. Análisis cualitativo de la Teoría de la acción razonada y de la Teoría del comportamiento planificado

Uno de los objetivos centrales del análisis cualitativo de las entrevistas de jóvenes violentos era comprobar la validez de un modelo teórico de partida y hallar evidencias que permitieran proponer modificaciones a dicho modelo, la Teoría del Comportamiento Planificado. Para cumplir este objetivo se han establecido criterios muy exigentes y se han aplicado rigidamente. Siguiendo el procedimiento de “inducción analítica”, sólo se han aceptado aquellas modificaciones que, en un primer momento de análisis, han podido ser comprobadas directamente en todos los sujetos entrevistados o que, en un segundo momento, han podido ser reformuladas (véase el apartado metodológico referido al procedimiento cualitativo) de forma adecuada y coherente con el discurso de todos los informadores.

Los resultados revelan la pertinencia de las variables que constituyen la Teoría del Comportamiento Planificado para explicar los comportamientos exgrupales violentos, y sugieren un sentido de influencia de cada uno de ellos similar al enunciado por este planteamiento teórico. No obstante, los resultados suscitan matizaciones importantes en la consideración de las “actitudes”, de la “norma subjetiva”, del “control percibido”, así como la conveniencia de introducir nuevas variables que pueden incrementar su capacidad predictiva.

Por encima de cualquier otra consideración, los resultados del análisis cualitativo confirman la importancia de considerar tanto las expectativas como la percepción subjetiva que desarrollan los sujetos sobre ellas. La construcción, la interpretación de la realidad que se realiza obliga, por ejemplo, a contextualizar algunas consecuencias para comprender su influencia final en la conducta, huyendo de un sesgo endocultural o normalizador que nos situaría en el umbral de una objetividad basada en las normas culturales o sociales imperantes. La trascendencia de analizar la violencia exogrupal partiendo de la hermenéutica de la realidad que realizan los jóvenes violentos, basándose para ello en los factores de la teoría del comportamiento planificado, permite reconfigurar algunas ideas y determinados conceptos. Desde esta perspectiva, la posibilidad de recibir daños físicos por el ejercicio de la violencia puede ser valorado de forma más positiva de lo que podría esperarse aplicando criterios normalizadores, cuando sirven para demostrar al resto del grupo la fuerza del compromiso para su defensa o es susceptible de ser usado para recibir atención y respeto por los compañeros; también pueden considerarse hechos accesorios o ineludibles frente a la más poderosa de las razones: la defensa de la identidad personal y grupal.

No obstante, la realidad que deviene del discurso de los sujetos también permite advertir algunas inadecuaciones, unas de carácter sustantivo y otras que afectan a distintos aspectos parciales. El principal conflicto entre los principios epistemológicos de la teoría del comportamiento planificado y las conclusiones derivadas del análisis cualitativo se refieren a la minusvaloración de la primera de los componentes "irracionales", "heurísticos", "automatizados y semiinconscientes" del comportamiento violento. Las manifestaciones de los jóvenes violentos enfatizan la existencia de procesos de esta naturaleza que tendrían un importante papel en la frecuencia conductual. Los rituales de caza o de enfrentamiento intergrupal están sometidos en alguna medida a procesos par-

cialmente inconscientes o, al menos, difíciles de subjetivar a través de una entrevista.

Otra de las notables limitaciones, tanto del modelo de la teoría de la acción razonada como de su posterior ampliación a la teoría del comportamiento planificado, derivan de su condición esencial de modelo individualista, es decir, basado en la percepción de los sujetos. Si bien la ampliación del modelo incluyó el factor "control percibido" para tratar de soslayar la dependencia de los sujetos de otras personas o condiciones para el desarrollo de la intención conductual y, más tarde, su propia ejecución, parece improbable, por lo menos en lo que se refiere al presente estudio, que haya conseguido sus objetivos. Este factor puede reflejar adecuadamente los recursos personales, incluso la estimación que hace el sujeto de otros medios (grupales, por ejemplo) y obstáculos puede reflejar correctamente su opinión actual; no obstante, no puede recoger de forma completa la dinámica social que afecta, interactiva y cotidianamente al sujeto, sobre todo, en conductas, que, como la violencia exogrupal, tienen una fuerte influencia externa. Así, por ejemplo, buena parte de los sujetos deben contar con la aceptación explícita o implícita del grupo y su ayuda para generar una intención y una conducta violentas; de forma complementaria es bastante frecuente que, en determinadas ocasiones, los sujetos no perciban alternativas comportamentales a la violencia exogrupal, aun cuando muestran fuertes reticencias.

En gran parte, la comparación empírico-teórica permite postular, al menos en lo que se refiere a la violencia exogrupal, que la teoría de la acción razonada y la teoría del comportamiento planificado pueden ser contemplados, paradójicamente, como modelos psicosociales desarrollados en "vacío social" y con notables reminiscencias personalistas que se advierten en la dependencia de la percepción del sujeto sin tener en cuenta la influencia de las condiciones externas, algunas de ellas fuera del control o de la estimación que pueda realizar el individuo. Que todas las influencias deban ser contempladas y parcialmente medidas

desde la subjetividad del informador único, como plantea esta línea teórica, representa una aproximación que, probablemente, tenga mayor valor predictivo que explicativo, estando, no obstante, el primero limitado por la naturaleza interactiva procesual del comportamiento, por la influencia cambiante que puedan ejercer otros actores (conflictos de identidad social) y otras escenas (policial, laboral...). Es en este sentido donde, en los apartados anteriores, se han acumulado evidencias del efecto que pueden producir algunos procesos interactivos: limitando, sesgando o modulando las intenciones y las conductas individuales.

No se puede obviar como alternativa explicativa de estas inadecuaciones teórico-empíricas la propia naturaleza de las técnicas metodológicas de recolección y análisis de datos; sincrónica en un caso (análisis estadístico para validar el modelo teórico de partida) y diacrónica y, por tanto, procesual, en el otro (análisis de contenido).

► EL COMPONENTE ACTITUDINAL DE LA TEORÍA DE LA ACCIÓN RAZONADA Y DE LA TEORÍA DEL COMPORTAMIENTO PLANIFICADO

La violencia exogrupal es percibida de forma generalizada como causa y consecuencia en distintos momentos de la evolución de las relaciones intergrupales que conducen al enfrentamiento violento. Además, durante algún tiempo, las agresiones exgrupales producen un nivel de tolerancia progresivamente más bajo, de forma que las consecuencias positivas generadas por los ataques precedentes hacen más probables las manifestaciones violentas posteriores. Como se explica en diferentes ocasiones a lo largo de esta memoria de resultados, en los momentos de mayor implicación personal en el grupo violento, la influencia de distintos procesos psicosociales se puede identificar con claridad en el discurso de los jóvenes. Existen mecanismos conductuales vinculados, sobre todo, al refuerzo (positivas sensaciones de victoria y poder, tanto grupales como individuales), cognitivos (establecimiento de planes de acción grupales que incluyen la violencia

como una interacción que procura, a medio plazo, seguridad, por mediación del respeto o del temor generado en los rivales) y reacciones emocionales de gran intensidad que incluyen, en momentos sucesivos, activación fisiológica y etiquetaje (odio y temor, dependiendo, por ejemplo, en muchos casos, de las características situacionales y de la autoeficacia individual y grupal percibida).

► MODIFICACIONES DEL COMPONENTE ACTITUDINAL DERIVADAS DEL ANÁLISIS CUALITATIVO

Con independencia de la importancia evidenciada de las consecuencias anticipadas de la violencia exogrupal y de su valoración en la probabilidad de realizar esa conducta, las declaraciones de los sujetos han puesto de manifiesto la necesidad de revisar distintos aspectos del componente actitudinal. Las modificaciones al modelo teórico de partida –ya sea en su versión inicial, la Teoría de la Acción Razonada, o en su ampliación a la Teoría del Comportamiento Planificado– que se propondrán a continuación están basadas, tanto en la necesidad de completarlas con otras variables, como en propuestas concretas para introducir cambios sustanciales en sus distintos componentes.

La importancia y la probabilidad de las consecuencias

En relación con el componente actitudinal del modelo teórico de partida, los resultados indican que sería necesario investigar la influencia de dos nuevas variables moduladoras de las expectativas de la conducta violenta: la probabilidad (frente a una operativización en términos de verdadero o falso) de que se produzcan unas determinadas consecuencias, su importancia para el sujeto y el grado en que dichas conductas pueden afectar a la identidad personal o social y la importancia que los sujetos conceden a cada una de ellas.

La probabilidad percibida, por ejemplo, de consecuencias negativas puede estar notablemente disminuida y maximizada en el caso de expectativas positivas, sobre todo cuando

la violencia se ha consolidado como la manera más eficaz de resolver los conflictos. Las distintas operativizaciones del componente actitudinal, especialmente de las referidas al conocimiento de las expectativas del sujeto, pueden requerir una formulación menos centrada probablemente en el grado de verdad o falsedad de las consecuencias de realizar la agresión y más en el grado de probabilidad percibido de que dicha conducta produzca determinados efectos.

En segundo lugar, no podemos suponer que la importancia, saliencia o accesibilidad de las consecuencias, esté suficiente y adecuadamente recogida en esta línea teórica. Si bien Fishbein y Ajzen (1980) indican expresamente que el proceso de construcción del instrumento informativo debe tener como objetivo primordial recoger, para su conocimiento y valoración, las consecuencias accesibles para sujetos implicados en el comportamiento de estudio, no manifiestan claramente la conveniencia de seguir este principio básico durante el análisis o interpretación de los resultados. No obstante, los resultados ponen de manifiesto que cada sujeto violento o con predisposición a serlo concede importancia ("accede") a algunas contingencias y, simplemente, no piensa en otras. Consecuentemente, parece necesario –para estimar la intención de realizar una agresión exogrupal– asegurarse, tanto desde una perspectiva cualitativa como cuantitativa, de la importancia y/o de la accesibilidad de las distintas expectativas, ponderando aquellas que sean pertinentes y excluyendo (descartando cualquier efecto) aquellas en las que el sujeto no centre su atención espontáneamente. Dada la naturaleza matemática (basada en la acumulación de influencias) de los modelos derivados de la teoría de la acción razonada y de la teoría del comportamiento planificado, el mantenimiento de este principio puede favorecer el equilibrio entre los conocimientos teóricos y los procesos empíricos que parecen desarrollarse naturalmente en las interacciones cotidianas.

Partiendo de estas premisas, existe base suficiente para postular que una de las principales inadecuaciones del modelo teórico de partida a los resultados del análisis cualitativo es el carácter sumativo de las influencias que ejercen las distintas consecuencias y sus valoraciones. Esta concepción implicaría que la mayoría de los efectos de la conducta ejerce en alguna medida influencia sobre la intención. No obstante, parece ajustarse más a los datos recabados en el análisis de las declaraciones de los sujetos que, en cada caso, sólo algunas de ellas son accesibles para el sujeto en su vida cotidiana, sin que sea posible postular efecto alguno de las restantes expectativas en su decisión. Puede resultar de gran interés recuperar (readaptándolo como "creencias") el concepto de "rasgos centrales" (Asch, 1946) y desarrollar el modelo únicamente con aquellas creencias actitudinales y normativas que resulten relevantes para todos y cada uno de los sujetos, anulando (no ponderando a la baja) la influencia de aquellas expectativas o creencias que no obtengan puntuaciones significativamente diferentes del valor neutro en las distintas escalas de probabilidad, certeza o valoración.

Además, esta estimación probabilística parece interaccionar con el "control percibido"; especialmente, con la autocapacidad personal y grupal. Con estas premisas, un joven con alta autocapacidad desarrolla con mayor probabilidad que otro con baja autocapacidad la conducta violenta a través de rituales o guiones conductuales sin que suela mediar un pensamiento analítico y sin que emerja un cálculo racional de probabilidades o quede distorsionado de forma favorable hacia el endogrupo; complementariamente, un chico que pertenece a un grupo poco poderoso o cuando las condiciones son ambiguas o cambiantes (momentos en los que se reduce la percepción de control), el cálculo probabilístico resulta más importante y decisivo.

La primera declaración fue realizada por un joven nazi con un alto grado de control percibido:

Informador 11:

Entrevistado: Cuando vamos a por alguien, no lo pensamos... no pensamos nada. Uno lo dice y, si el jefe lo aprueba, ya está. Nadie piensa en lo que pasará..., todo el mundo sabe lo que va a pasar.

Entrevistador: ¿Y nadie piensa que pueden ocurrir cosas imprevistas?

Entrevistado: ... No sé. Puede que escape, o que traiga a más gente. Pero eso da igual, porque nosotros podemos traer mucha más.

Esta segunda declaración corresponde a un joven "anarquista" con un grupo en descomposición.

Informador 15:

Es que son unas malas bestias [los nazis] y están muy organizados; si estás muy caliente, puede que vayas a por ellos; pero, en la mayoría de los casos, te lo piensas, piensas en lo que puede pasarte a ti o a tus amigos o a tu familia.

Esta segunda opinión ilustra también otra posible modificación de la teoría del comportamiento planificado que ha recibido considerable apoyo explícito. En la mayoría de las ocasiones, los sujetos no sólo tratan de preservar su identidad personal, sino que reflexionan sobre las consecuencias de la actividad violenta para su identidad social. La estimación de probabilidades se extiende para las personas relevantes del sujeto. En la medida que las consecuencias anticipadas afecten a sus novias, amigos del grupo violento o de otros grupos, a la consecución o conservación del trabajo, la intención y la frecuencia de la conducta pueden verse alteradas notablemente. La identidad social general y la identidad social emergente (producto de sus acciones violentas) se relacionan fuertemente. En consecuencia, con independencia de que la violencia produzca ciertos resultados (expectativas) y de la valoración que tenga de esos resultados, también parece influir fuertemente en la intención que esos resultados afecten directa o indirectamente a los jóvenes o a las personas importantes para ellos.

La interacción entre estas variables puede explicar un conjunto de hechos que han aparecido reiteradamente en las declaraciones de los sujetos. Por ejemplo, una buena parte de los sujetos entrevistados considera que su reclusión en la cárcel como resultado de su conducta es una consecuencia indeseable pero cierta, no parece ejercer una influencia disuasoria importante porque se considera bastante improbable, al menos a corto plazo.

La extensión o no de las consecuencias de la conducta violenta a los familiares puede tener un peso en su realización que tampoco ha sido suficientemente ponderado por la formulación clásica del modelo teórico, tanto en su versión de la teoría de la acción razonada como en su posterior ampliación a la teoría del comportamiento planificado.

Informador 9:

Uff, yo creo que mis padres no saben nada, si mi madre se enterase... creo que sería distinto. Sería un palo que mi madre sufriese porque me revientan en una pelea. No sé..., algunas veces lo pienso, pero luego voy con los colegas y se me pasa todo.

Desde esta misma línea argumental puede contemplarse el efecto preventivo, directo e indirecto, del trabajo cuando éste es valorado positivamente:

Informador 9:

A mí ahora me está influyendo menos en la violencia, trabajando. Porque me relajó más en el trabajo. Yo llego, y cuando llego al barrio me dicen que hay movida, y déjame, que vengo de trabajar, y que estoy cansado. Lo dije una vez, "que estoy trabajando, que estoy cansado". Entonces no fui.

La identidad social emergente en relación con las expectativas.

Las autoatribuciones sobre la violencia exogrupal (tanto en lo que se refiere a su identidad personal, grupal como social) se relaciona directamente con las expectativas (en el sentido actitudinal que proponen la teoría de la acción razonada y la teoría del comportamiento pla-

nificado). La interpretación subjetiva de todos los sujetos entrevistados coincide en conceder un papel importante a los objetivos que son esperables conseguir mediante la realización de actividades violentas exgrupales (respeto, seguridad, venganza, control grupal, etc.). El principal matiz diferencial respecto al modelo teórico de partida es que estas metas son tanto individuales como endogrupales, en tanto que en todos los casos la identidad grupal y las normas grupales asociadas a ella es emergente y sumamente accesible.

En consecuencia, podemos suponer que la identidad personal y la identidad social son procesos fuertemente interactivos que en el caso de la violencia exgrupal enmarcan el componente actitudinal. La probabilidad de realizar una conducta violenta vendría determinada, en parte, por la anticipación de expectativas que afectarían tanto al individuo como al resto de personas y grupos vinculados a él en función del comportamiento agresivo. Corolario de esta argumentación sería la oportunidad de valorar la conveniencia del énfasis que hace la teoría en la perspectiva individual, suponiendo que el resto de influencias de otras personas se acumulan y muestran en la percepción subjetiva del sujeto.

► EL COMPONENTE NORMATIVO

En línea con lo suscitado por el análisis del componente actitudinal, los resultados fundamentales del análisis cualitativo de la norma subjetiva ponen de manifiesto la importancia de la opinión de otras personas y grupos en la realización de conductas violentas, a través de la influencia que ejercen sobre el sujeto violento o con predisposición a la violencia. Las personas y grupos más relevantes son el endogrupo violento, la pareja y la familia (padres y hermanos mayores).

Existen distintas fuentes de influencia y la mayoría de los jóvenes creen conocer cuál es la opinión de cada una de ellas respecto a la violencia exgrupal; no obstante, en muchos casos, esta influencia no tiene efectos notables en la conducta, excepto en los casos en que su

dirección es congruente con la satisfacción de las principales necesidades o con el cumplimiento de nuevas obligaciones profesionales que no es posible ignorar. Con independencia de estos dos componentes que están contemplados de forma explícita en la teoría de la acción razonada o en su revisión posterior (teoría del comportamiento planificado), con el nombre de "norma subjetiva", es necesario tener en cuenta que no parece que la influencia de las distintas personas y de sus creencias normativas tenga el mismo valor; algunas de ellas son más pertinentes o centrales en diferentes ámbitos vitales.

Por otra parte, las declaraciones de los sujetos apoyan fuertemente la distinción que mantiene la teoría entre las creencias normativas y la motivación para acatar su opinión; es muy frecuente conocer que los informadores violentos reconozcan la existencia de juicios, entre las personas más allegadas (v.g. padres), opuestos a que el sujeto ejerza la violencia y una escasa motivación para acatarlos.

Informador n1 17:

Hombre, mis padres puede que sepan algo, pero no me dicen nada. No son tontos y siempre me están diciendo que no me meta en líos y que deje en paz a los demás. Joder, pero, ¿qué voy a hacer yo?, ¿voy a dejar a los colegas colgados?, pues, no. Sé que lo dicen por mi bien, pero, paso..., ellos no saben nada de lo que pasa en la calle.

Las normas endogrupales emergen, se hacen inmediatamente accesibles al sujeto y dominan casi por completo la situación, quedando otras opciones relegadas por el peso de las obligaciones explícitas e implícitas previamente asumidas e interiorizadas en interacción con el resto de miembros del colectivo violento. Esta falta de disponibilidad de otras opciones normativas puede producirse por la ausencia de conflictos reales o esperados entre las normas y los comportamientos asociados a ellas que se desarrollan en los diferentes ámbitos de socialización (familia, grupo, pareja).

Informador n1 17:

Es que todo está más claro. Una cosa es la familia y bueno... allí tratas de no fastidiar mucho ni que te jodan mucho, sobre todo, mi madre. Y otra son los colegas..., vives otra historia, es otra cosa. Son otras cosas las que quieres hacer, con tus amigos no vas a misa, eso está claro, vas a tu rollo y seguro que, si alguien tiene problema, no puedes..., y además no quieres, pasar de tus colegas.

Además, con independencia de que un joven conozca o no la oposición de los padres a esta actividad e incluso esté de acuerdo en acatar esta influencia de forma general, puede participar e incluso liderar la agresión debido a que esta opinión no está disponible en el momento de proponer una agresión o de decidir apoyar o no una propuesta ajena de otro miembro del grupo.

La pareja puede ejercer una importante influencia en estos jóvenes, aunque el sentido de esa influencia resulta bastante complejo de determinar de forma general. La mayoría de los entrevistados considera que, salvo excepciones, las chicas suelen mostrarse poco favorables a la violencia. No obstante, por diferentes razones, esta actitud no influye de forma decisiva en la reducción de los comportamientos violentos. En primer lugar, algunos de estos jóvenes no han desarrollado relación formal o habitual alguna, o sus relaciones con chicas han sido superficiales o temporales; su juventud y la importancia concedida al grupo violento compuesto exclusiva o fundamentalmente por chicos pueden estar en la base de su escasa experiencia con mujeres. En segundo lugar, algunas novias apoyaban e incluso participaban en las acciones violentas grupales (sobre todo, en los casos en que los jóvenes violentos pertenecen a un solo grupo). En tercer lugar, algunos jóvenes declaran que cuando explícita o implícitamente conocían la opinión negativa de la compañera o novia, al igual que a su familia, le ocultaban sus actividades violentas con el grupo o minimizaban su importancia, tratando de evitar el conflicto entre las demandas del grupo y de la chica. En cuarto lugar, la influen-

cia es bidireccional y, en ocasiones, los jóvenes consiguen presentar la agresión como un acto defensivo y obligado.

Informador n1 4:

Mira, la mayoría de la gente cree que los jóvenes son violentos, y seguro que hay por ahí algunos que lo son, o bastantes, pero, yo y mis colegas respondemos a la violencia con la violencia porque no hay otra solución. [...] Lo que no vamos a hacer es esperar a que nos "hostien", vamos, que es mejor que sepan que estamos juntos en esto y, para ello, lo mejor es ir a por ellos antes que ellos vayan a por ti. La mejor defensa es un ataque, hace que sepan que estás dispuesto a todo y todos juntos, todos.

Incluso cuando la presión de la novia para que abandone la violencia y/o el grupo se acentúa y el conflicto parece insoslayable, el valor concedido al grupo puede hacer que optase por preferirlo a la continuación de la relación con la chica; sin embargo, ésta era la situación que con mayor probabilidad solía implicar dudas y tensión, provocada por una fuerte disonancia cognitiva. El abordaje de estas influencias contrapuestas provoca durante un cierto tiempo un "periodo de sensibilidad alterada", en el que el sujeto puede plantearse fuertemente la posibilidad de abandonar el grupo. Las obligaciones morales asumidas o el miedo, por una parte, y la autoestima social procedente del grupo suelen ser los elementos clave en la resolución de esta clase de dilemas.

► MODIFICACIONES DEL COMPONENTE NORMATIVO

Partiendo del hecho de que las distintas personas y grupos vinculados al sujeto difieren ostensiblemente en la influencia cualitativa (en términos de tomar en consideración o no su opinión) y en la cuantitativa (ponderando su peso), puede resultar conveniente considerar que, en notación matemática, ejercen una influencia "cero" en la formación de la intención y de la conducta. Desde esta perspectiva, las creencias normativas de las personas y grupos que, en cada caso, no estén directamente impli-

cados en la violencia que ejerce o que no sean accesibles para el sujeto mientras se larva y se ejerce la violencia exogrupal, no deberían ser consideradas en la ecuación matemática final.

Por otra parte, las declaraciones de todos los informadores coinciden en señalar de manera explícita que, entre las personas y grupos que forman parte de su identidad social general, las opiniones que se pueden tomar en consideración proceden de quienes pudieran verse afectados por la conducta violenta, directa (sufrir represalias, sentirse amenazados personalmente) o indirectamente (temor y ansiedad por la anticipación de daños que podrían padecer los jóvenes violentos, problemas con los vecinos o con otros familiares, etc.). Estas personas son generalmente familiares directos (padres, hermanos), parejas y, en menos casos, compañeros del grupo violento u otros amigos que no pertenecen a ese colectivo. Este nueva variable que podemos denominar "grado de afectación" parece parcialmente independiente a los dos componentes restantes del factor normativo o puede modular su influencia en la formación de la intención y de la conducta. Desde estas premisas, un joven puede conformar su intención tomando como punto de partida las creencias normativas de las personas y los grupos que están en su opinión vinculadas a la conducta violencia pero, en la medida que estas personas puedan verse afectadas por su conducta, tenderán a tomarlas en consideración en mayor medida. De hecho, existen diferencias importantes en el discurso de los jóvenes que creen poder evitar que sus padres o novias se enteren de su implicación en actividades violentas, que los han incorporado a sus grupos (en el caso de algunas novias), de aquellos que consideran que pueden entrar en conflicto con éstas u otras personas importantes para ellos que no están a favor de estas actividades.

Probablemente, la modificación más importante que puede deducirse del estudio de las declaraciones de los jóvenes violentos en relación con el componente normativo es la sustitución del factor "norma subjetiva" por

los de "identidad social general" e "identidad social emergente", o al menos una consideración más emergente y flexible de las normas que surgen de personas y grupos relacionados con la agresión intergrupala. El desarrollo de este nuevo factor implicaría el conocimiento de las personas y los grupos sociales relevantes para el sujeto, de la importancia diferencial de sus opiniones en torno a la violencia, de las creencias normativas de todos aquellos que el sujeto considere afectados por la realización de este tipo de comportamientos, del grado de conflicto existente entre las normas procedentes de distintas instancias relevantes y la forma de resolverlo en interacción con las demandas situacionales. Se trataría, de forma más sintética, de operativizar adecuadamente la identidad social que emerge como resultado de un conflicto intergrupala real o supuesto, pasado o anticipado.

Otra aproximación más limitada, simple, pero también más parsimoniosa es la sustitución de este componente por las "normas emergentes" (Turner y Killian, 1987), suponiendo que en ellas estuvieran recogidas y acumuladas las influencias de los entornos de socialización relevantes.

► EL CONTROL PERCIBIDO

Los análisis realizados han permitido establecer una clasificación de factores implicados en el control percibido, en la autopercepción de capacidad y recursos (propios o ajenos) que parecen ejercer una notable influencia en la realización de las conductas violentas. La inclusión de estos y otros factores en el "control percibido" lo reconceptualizan como un proceso psicosocial de inferencia, dominado por un procesamiento intuitivo y automatizado y/o por un procesamiento racional que facilita la elección de una intención conductual entre las distintas tendencias de acción a través de la generación de distintas expectativas de control sobre las distintas opciones conductuales.

Una parte de las conductas violentas exogrupalas no parecen estar bajo control volitivo o, al menos, no están originadas en una decisión

consciente y racional. Los hábitos y los scripts o guiones de conducta relacionados con la violencia (sobre todo, en grupos con amplia experiencia y con una autopercepción generalizada de poder) se desarrollan sin que medie un proceso explícito, consciente y racional. En estos casos, es probable que tanto la interpretación de la situación como las respuestas emocionales y los procesos cognitivos implicados formen parte de un sistema de decisión heurístico, basado en tres criterios fundamentales: la pertenencia de la potencial víctima a un grupo rival o simplemente distinto (en grupos sectáreos o de identidad social única), la clase de interacción mantenida por uno o más miembros del endogrupo con la potencial víctima y una estimación inmediata del grado de amenaza que supone. En relación con la clase de interacción, desde un punto de vista descriptivo, se puede establecer que la presencia de la víctima puede ser real o virtual; en este segundo caso, la activación del proceso automático comienza con las manifestaciones de un miembro del endogrupo en relación con daños producidos a él o a otros de sus integrantes por un miembro del exogrupo. Por otra parte, los antecedentes que producen una activación de procesos automáticos, no volitivos, son la provocación por la presencia de un joven exogrupal (sin que medie interacción directa o mediante un cruce de miradas), la agresión verbal y la agresión física previas.

El primer resultado concluyente de las declaraciones de los sujetos es que el control percibido referido a la violencia exogrupal, a diferencia de la mayoría de los estudios cuantitativos realizados hasta este momento, es multidimensional e interactivo, aunque cada individuo y cada grupo parece utilizar una serie de parámetros o criterios que le permite anticipar, en cada caso y situación, distintos obstáculos o elementos facilitadores de sus tendencias de acción. Proviene de las capacidades individuales y grupales autopercebidas, pero también es necesario incluir otros factores inesperados que alteren la percepción de control y, consecuentemente, la conducta final.

La multidimensionalidad del concepto de "control percibido" o, más exactamente, la necesidad de tener en cuenta otro factor, proviene de la percepción de que el control de la conducta violenta no puede en algunas ocasiones anticiparse (condición que afectaría al desarrollo de la intención) y que, incluso cuando esta inferencia ha tenido lugar, es posible que las condiciones situacionales cambien de improviso impidiendo la realización de la conducta.

Además, la conducta violenta, en algunos grupos juveniles, precisa de elementos externos, la provocación, el ataque intergrupalo, para que dé lugar a la correspondiente acción; esta posibilidad en los jóvenes con identidad social compleja y diversa o con una percepción (individual y grupal) de baja autoeficacia parece encontrarse paradójicamente bajo el control (inicial) de elementos ajenos a él mismo y a su grupo de referencia. Por lo tanto, es necesario que, en estos casos, exista "oportunidad" para realizar la conducta. Corolario de estas premisas es que el "control percibido", tal y como lo presenta la teoría del comportamiento planificado, aportaría más capacidad predictiva cuando se aplique a jóvenes que tienen (o consideran tener) una notable experiencia en esta conducta, pudiendo anticipar en cada caso los potenciales obstáculos (por ejemplo, evaluar la capacidad de respuesta de los antagonistas) o las circunstancias facilitadoras (por ejemplo, el conocimiento de los lugares por donde deambulan los objetivos de la violencia). En otros casos, el control percibido (inexacto, inseguro) parece no ejercer influencia alguna, simplemente es irrelevante.

El "control percibido", a diferencia de la conceptualización que se le otorga en la teoría del comportamiento planificado, parece estar compuesto por dos factores en función del locus: interno y externo (Heider, 1958).

El "control percibido externo" incluiría algunas de las previsiones generales sobre obstáculos y situaciones favorecedoras para la emisión de la conducta violenta exogrupal que, a través de la experiencia individual o grupal, pueden ser anticipados.

Informador n1 14:

Hombre, cuando sabemos que las cosas van a estar chungas, no vamos. No somos tan... tan burros. Si alguien nos dice que va a haber una reunión de fachas... pasamos.

Informador n1 11:

Uno sabe cuándo las cosas están bien o mal..., si los maderos están al loro por lo que ha pasado antes, la gente no dice nada... pasamos de movidas... durante cierto tiempo.

La presencia supuesta de armas, el número de enemigos, su fortaleza, la eventualidad de encontrarse con la policía, el desconocimiento del posible lugar de encuentro con el grupo enemigo, son algunos de los factores más citados que podrían bloquear o dificultar el desarrollo de la intención. Éstos y otros aspectos han sido analizados con mayor detenimiento en el apartado de factores facilitadores e inhibidores de la conducta exogrupal violenta.

El "control percibido interno" es el componente que teóricamente se halla relacionado con el desarrollo de la intención y, parece probable, con la ejecución. La autoeficacia individual y, asociada a ella, la autoeficacia grupal son probablemente los determinantes fundamentales del control percibido interno. La sólida relación entre ellas y la preeminencia, en muchos casos, de la segunda frente a la primera, se muestra en una gran cantidad de declaraciones que inciden todas ellas en la mayor percepción de amenaza cuando estos jóvenes transitan solos por las calles.

Otra consecuencia derivada de la necesidad percibida de incrementar el grado de control interno se puede encontrar en las declaraciones espontáneas de una parte importante de los jóvenes violentos (sobre todo, en los fuertemente ideologizados), en los que parece existir una admiración más o menos oculta por la cohesión, por una integración casi militar en el grupo, donde las ideas sean completamente interiorizadas, por una integración entre teoría y praxis. Así lo declara con gran precisión un joven "pantera negra":

Informador n1 16:

Es necesario en primer lugar que los jóvenes negros tomen conciencia de la necesidad de luchar, que se eduquen, que lean y que opinen, es decir, que se eduquen para tomar conciencia de que si ellos no se unen, van a ser pisoteados. La educación ideológica es una parte de nuestra labor, la acción política una forma de protesta y una forma de que nos identifiquemos como miembros de un mismo colectivo.

Una de las variables más importantes en relación con la percepción del control percibido es la "autoeficacia percibida", es decir, la confianza en la capacidad personal y grupal para afrontar las agresiones o responder a ellas con contundencia. La percepción de autoeficacia personal queda restringida en gran parte a la que provenga del grupo. De hecho, cuando realizan actividades individuales, todos los entrevistados perciben un mayor riesgo y adoptan, consecuentemente, precauciones.

No resulta frecuente la planificación cuidadosa de las acciones violentas; en la mayoría de los casos, la respuesta es inmediata o la "cacería", rutinaria. En el primer caso, los factores emocionales priman sobre los racionales; en el segundo, la percepción de control y de autoeficacia suele ser alta. No obstante, existen dos condiciones que hacen más probable la planificación de la conducta violenta: cuando se ha producido una agresión previa a un miembro del grupo y no resulta fácil averiguar quién o quiénes han sido los causantes y su eventual apoyo, y cuando se percibe que la acción violenta (como reacción o por iniciativa grupal) ha sido realizada por un grupo poderoso. En ambos casos, sin embargo, se anticipa un cierto riesgo o amenaza y, en consecuencia, una autoeficacia y un grado de control ambiguo o moderado, cuanto menos.

Informador n1 13:

Hemos pagado algunos errores en el pasado. Las acciones contra nazis que son grupos militarizados deben ser bien planificadas; enviamos a algunos jóvenes blancos a informarnos sobre el terreno, sobre sus hábitos, quiénes les

acompañan, en qué momento son más vulnerables, etc. Cuando conocemos todos estos datos, empezamos a diseñar la acción defensiva.

Cuando la percepción de amenaza se incrementa sustancialmente, la percepción de autoeficacia individual y grupal se puede modificar ostensiblemente. Por ejemplo, cuando el grupo rival es considerado muy peligroso, por su número (el que se prevea para esa noche o el que puedan reunir en una eventual represalia) o por la fortaleza de sus miembros, es posible que exista un período crítico, de dudas, que induce una percepción de autoeficacia menor y que puede alterar las normas grupales.

No obstante, cuando la identidad grupal puede verse menoscabada seriamente, es decir, cuando resulta imposible disfrazar la gravedad de la provocación, por ejemplo, ante la humillación de una parte importante del grupo, el control percibido (incluso cuando es reconocido como inquietantemente bajo) puede ser obviado y producirse la conducta violenta, aparentemente dominada por factores emocionales. En estos casos (poco frecuentes), emerge poderosamente la "necesidad de hacer algo".

Por otra parte, los postulados de Bandura (1987) en relación con la autoeficacia, los jóvenes violentos tienden a evitar aquellas tareas y situaciones que cree exceden sus capacidades, pero inicia y desarrolla aquellas otras que se considera capaz de dominar. Esta hipótesis ha sido comprobada parcialmente por las declaraciones de los sujetos que, en efecto, tienden a incrementar la frecuencia de sus agresiones cuando consideran que son autoeficaces, llegando a su máxima expresión en situaciones muy emocionales, en las que la polarización del grupo les impele a percibirse como invulnerables:

Informador 4:

Entonces [se refiere a cuando se reúne todo el grupo, hay consenso entre sus miembros y se expresan fuertes emociones, tanto de odio al enemigo como de apoyo a la víctima endogrupal], estamos cargados de energía, vamos a por ellos aunque se hunda el mundo... no los

salva nadie... ya pueden hacer lo que sea, nadie nos va a detener.

Finalmente, respecto a la autoeficacia, los resultados alcanzados son congruentes con las propuestas de Bandura (1987) en relación con las variables que se relacionan con la percepción de autoeficacia.

Las contingencias, desde el punto de vista individual y grupal, tras la realización de la conducta pueden modificar la autoeficacia. No obstante, debe tenerse en cuenta que estas contingencias se refieren tanto al pasado (consecuencias) como al futuro (expectativas). El éxito aumenta las evaluaciones positivas de eficacia y los fracasos repetidos las disminuyen. Las fuerzas de las experiencias nuevas para modificar la autoeficacia dependerán de la naturaleza y firmeza de la autopercepción preexistente. Una vez alcanzada una creencia firme de autoeficacia a partir de éxitos personales y grupales, no es probable que los fracasos ocasionales cambien la percepción del sujeto sobre su capacidad; en estos casos, suelen ser explicados recurriendo a factores externos y eventuales o puede realizarse una autocritica parcial (un descuido, una improvisación) de naturaleza controlable y también eventual. En este sentido, la abundancia de sesgos cognitivos entre estos jóvenes, egoprotectores (de la identidad individual y grupal), puede favorecer el mantenimiento de altos niveles de autoeficacia con información contradictoria.

Existen dos condiciones bajo las cuales la información vicaria (especialmente importante la de grupos y personas de referencia) influye en la autoeficacia. Cuando el grado de incertidumbre es alto, por ejemplo por escasez de experiencias previas, la autoeficacia percibida se ve modificada fácilmente por experiencias vicarias. Esta misma ambigüedad puede dificultar los criterios objetivos de evaluación; entonces, la experiencia vicaria y la valoración de estos resultados por parte de los grupos de referencia sirven para establecer el propio criterio de autoeficacia (una forma de adoctrinamiento). Unos niveles de excitación demasiado elevados pueden producir inhibición del com-

portamiento a través del surgimiento del miedo. Demasiada emoción, ansiedad o temor de forma incontrolada, producen una disminución de la percepción de eficacia.

Respecto a los componentes no previsibles (por tanto, no incluidos en el "control percibido") que pueden influir en la realización de la conducta, las declaraciones de los informadores permiten diferenciar entre los "elementos circunstanciales inesperados", que afectarían al desarrollo de la conducta, y la "oportunidad", que estaría más relacionada con el afloramiento de la intención.

Los "elementos circunstanciales inesperados" son probablemente obstáculos imprevisibles que afectarían al desarrollo de la conducta (impidiéndola, dificultándola o propiciándola), a pesar de la existencia de una intención clara. Se trataría de situaciones peculiares de cada acción y que no han sido previstas ni valoradas previamente. Así, por ejemplo, la aparición de la policía en el entorno cercano al lugar donde se puede producir la agresión, la muerte o la enfermedad de algún familiar de los integrantes del grupo, unas inesperadas adversidades climatológicas, son algunas de las situaciones que pueden inhibir la agresión; por otra parte, la incorporación accidental de otros grupos afines al inicio de la acción violenta y una mayor e inesperada accesibilidad a los potenciales enemigos por azar o descuido son las dos circunstancias accidentales que con mayor frecuencia pueden facilitar o precipitar el ataque; finalmente, la aportación de armas por parte de algún miembro puede producir tanto la inhibición de algún miembro del grupo como la precipitación de la acción violenta. A pesar de encontrarse fuera del control del sujeto, no resulta adecuado incluirlos en sentido estricto como parte del control percibido externo; la imposibilidad de ser anticipados, dada su infrecuencia y su carácter azaroso, no parece ejercer influencia *a priori* en el desarrollo de la intención o en la ejecución de la conducta. Por supuesto, en la medida que la autoeficacia percibida (individual y grupal) sea estable y alta (generalmente grupos juveniles poderosos) y que

los rituales de planificación estén fuertemente desarrollados e interiorizados, estos elementos circunstanciales inesperados ejercen una influencia menor; pero, complementariamente, pueden producir una modificación sustancial en las predisposiciones grupales (emanadas de la emergencia de esta identidad) en los colectivos juveniles con escasa experiencia, con autoeficacia percibida baja o inestable y cuando el enfrentamiento tiene lugar en situaciones ambiguas, sin planificación.

Aunque, generalmente, la potencial víctima puede hacer poco por evitar la agresión, en algunas situaciones, determinadas acciones suyas dificultan o impiden el ataque. Si las potenciales víctimas reúnen dos condiciones: pertenecen al grupo que, previamente, ha producido lesiones graves a un miembro del grupo atacante o cualquier ofensa a una persona de gran influencia dentro de él, y muestra una gran similitud con el prototipo del colectivo enemigo, parece altamente improbable que pueda evitar la agresión. No obstante, cuando la víctima no reúne estas características, su respuesta a la provocación inicial puede determinar la secuencia de acontecimientos; la sumisión, el reconocimiento de culpa o, menos frecuentemente, la súplica disminuyen la gravedad de la agresión o incluso la evitan; el incumplimiento de estas condiciones genera el ataque.

En cuanto a la "oportunidad", podemos citar en primer lugar "estacionalidad". Tal y como veíamos en páginas anteriores, según los entrevistados, la frecuencia de la conducta violenta no se distribuye espacial y temporalmente de forma homogénea. Es más frecuente en otoño y en invierno que en verano o primavera debido a los desplazamientos vacacionales o de fin de semana, más frecuentes en estas dos últimas estaciones. Como ya se ha comentado, suelen realizarse con mayor frecuencia de noche o madrugada, coincidiendo con el "cambio de turno", el regreso a casa de los adolescentes y la llegada de los jóvenes a los centros de ocio nocturnos o cuando, más tarde, se retiran a su casa.

Informador n1 8:

En esto de las drogas está todo muy claro, las pastis, la coca y el alcohol te ponen como una moto y es mucho más fácil que te encabrones. Hombre, si no estás pasado, si estás muerto porque te has puesto de todo o mucho..., pues no. Pero normalmente, vas a muerte.

Por tanto, la "oportunidad" para la realización de la conducta violenta varía sustancialmente de una a otra estación y de uno a otro momento del día. Se trata de una variable que resulta hasta cierto punto manipulable para los jóvenes violentos y para sus grupos, sobre todo, aquellos que poseen cierta experiencia y que pueden incidir en el desarrollo de la intención y en la realización de la conducta exogrupal violenta. Otro factor relacionado con la oportunidad para la realización de la conducta violenta es el tiempo transcurrido desde el momento en el que surge la intención grupal y la influencia que ejerce en el factor emocional de la violencia. Una vez establecida una predisposición grupal al ataque a un exogrupo, pueden producirse distintas condiciones que impidan su realización. Así, puede transcurrir demasiado tiempo antes de iniciar la acción y la activación inicial puede ir disipándose (sobre todo, si la ofensa no era demasiado grave y/o el ofendido no forma parte del núcleo principal del grupo). Ésta es una de las opiniones más representativas emitida por un joven "sharp":

Informador n1 6:

También puede pasar que el subidón del principio pase... sobre todo si no aparecen los capullos... Hombre..., si ha sido muy grave, si le han roto algo o han estado a punto de matarle..., eso..., el mal rollo, no pasa nunca y tarde o temprano los pillamos.

También, la oportunidad se encuentra fuertemente relacionada con las provocaciones "objetivas" exgrupales (principal detonante de la agresión en buena parte de los grupos juveniles, sobre todo, con baja o inestable autoeficacia y uno de los más importantes de todos ellos).

Informador n1 13:

Y si ellos no provocan, yo paso de meterme en líos... no soy violento. Hay veces que ellos..., los nazis..., pasan de nosotros.

► LA INTENCIÓN

La mayoría de los entrevistados refiere el desarrollo de una intención o predisposición, un fuerte deseo o motivación relacionada previa y directamente con la conducta violenta, aunque, en algunos casos, la agresión exogrupal surge naturalmente, de forma automática, sin aparente influencia volitiva ni conativa.

Informador n1 10:

Cuando lo tienes delante [al punky, a un miembro del exogrupo rival], no piensas, no tienes tiempo, no te paras a pensar, simplemente actúas... sabes lo que tienes que hacer..., no hace falta que hables con los coleguis, están allí y sabes lo que ellos van a hacer. Te acercas a él y, si no se las pira, vas a por él. Unas veces le dices algo y otras simplemente vas a por él... sin más.

No obstante, esta predisposición puede ser más o menos intensa en función de la historia de enfrentamientos con el grupo, el hábito, la gravedad de la ofensa, la autoeficacia percibida y el grado de afecto o de respeto de los afectados directamente por el conflicto intergrupal.

Cuando estas variables alcanzan un máximo grado de frecuencia e intensidad, es probable que facilite el desarrollo automático de una intención hostil, simplemente con la evidencia, suposición de la presencia de un miembro del grupo rival. Ésta es la creencia compartida por la mayoría de los sujetos entrevistados:

Informador n1 1:

Mira, si le han dado fuerte, si le han roto algo a un amigo, siento un odio inmediato, tengo ganas de machacarlos inmediatamente, es que ni lo pienso..., no me importa nada..., es que vamos a por ellos ya... sin pensarlo...

Complementariamente, cuando todos o algunos de los factores citados adquieren valores

moderados o bajos, la probabilidad de que otros procesos más racionales adquieran el control parcial o total de la toma de decisiones se incrementa notablemente. Así lo refiere con gran claridad un joven de 25 años, notable dirigente de un grupo de “panteras negras”.

Informador n1 16:

Cuando tienes a un enemigo poderoso enfrente, la policía o los nazis, es preciso adoptar medidas de precaución y planificar muy detenidamente cualquier acción [...] En aquel caso [un acto político y violento abortado por la policía], fallamos nosotros, nuestro sistema de protección no fue cuidado, pero, después, hemos aprendido mucho.

► MODIFICACIONES DEL COMPONENTE INTENCIONAL

Una parte importante de las declaraciones referidas al origen y desarrollo de una tendencia de acción congruente con la conducta violenta la asocia directamente con la experiencia del sujeto, con su pasado conductual violento. Al igual que ocurría con el factor actitudinal, en el que podíamos observar una fuerte asociación entre las consecuencias de la conducta anterior y las expectativas de la conducta futura, los jóvenes violentos (sobre todo, los que declaran poseer una amplia experiencia) tienden a generar una “gestalt” conativo-conductual que parece facilitarles la rápida adopción de decisiones ante conflictos intergrupales, reales o virtuales, actuales o anticipados. Así se expresa un chico de 19 años, miembro de un grupo violento, sin adscripción ideológica ni perteneciente a “tribu urbana” alguna.

Informador n1 1:

Entrevistador: ¿En qué momento comienzas a sentir ese odio y ese deseo de ir a por ellos?

Entrevistado: Yo creo que cuando alguien del grupo cuenta su historia, sus problemas o cuando veo a uno de los que hicieron daño a un amigo.

Entrevistador: ¿Qué pasa por tu cabeza entonces?

Entrevistado: Odio, ganas de pegarle, recuerdo otras veces y... muchas veces comentamos entre nosotros lo que nos hicieron o lo que nosotros hicimos..., igual que las “batallitas” de los abuelos [rie]..., esa sensación te cabrea y te activa, te pone a cien, recuerdas lo que hicimos y ya sabemos lo que tenemos que hacer.

Por otra parte, la intención de muchos de los entrevistados parece estar relacionada o modulada por otro factor de amplio conocimiento psicosocial, la “exención”. Existe una mayor probabilidad de realizar una conducta cuando la intención está acompañada del deseo consciente (y compartido con los amigos) de realizar cualquier esfuerzo preciso para su ejecución. No obstante, la modulación de la ejecución varía ampliamente; de hecho, representa un buen indicador indirecto de la influencia que ejerce el grupo violento en un momento dado. Su intensidad se modifica en función de la importancia de quien propone la agresión, de quien ha sido víctima de una previa agresión exogrupal, de las relaciones interpersonales que se mantenga con esa persona, etc. Tal vez la siguiente declaración ilustre adecuadamente esta relación.

Informador n1 16:

Es que depende..., hombre, depende de muchas cosas..., porque las ganas las tienes, pero hay veces que..., por ejemplo, si lo propone un “nota”, aunque sea contra el punky más asqueroso y estás tan tranquilo con tus compis, pues... si puedes, te libras..., dices, joder, si lo tuviese delante lo machacaría, pero, con lo bien que estoy aquí ahora tener que ir a buscarlos... puff, paso.

► EL FACTOR CLAVE: LA INFLUENCIA DIFERENCIAL DE LOS ENTORNOS DE SOCIALIZACIÓN RELEVANTES

Uno de los elementos con mayor peso en el estudio cualitativo desarrollado ha sido la constatación de que las distintas personas, grupos, instituciones, es decir, los diversos entornos de socialización, ejercen una influencia peculiar y, en muchos casos, discriminatoria. Si el autoconcepto representa un hecho de in-

cuestionable importancia, hemos visto cómo, en buena medida, su contenido y evaluación proceden de "otros" significativos. En consecuencia, nos hemos ido situando progresivamente en el marco conceptual de la teoría de la identidad social. Y aunque su aplicación a la comprensión de la violencia exogrupal juvenil no ha hecho más que comenzar, puede ser oportuno pergeñar algunos planteamientos básicos que inspiren nuevas investigaciones más específicas y detalladas.

El concepto teórico de "identidad social" (Turner y Killian, 1987) presenta en el colectivo entrevistado su versión más adaptable al entorno, a los distintos "settings", y flexible en su emergencia orientadora de la conducta. Las declaraciones de los jóvenes violentos ponen de relieve la importancia de la identidad social en el desarrollo de su conducta tanto de la explicación implícita (inferida) como de la explícita (puesta de manifiesto) de los comportamientos violentos exgrupales. Como hemos visto, es probable que, desde una perspectiva teórica, y siempre que otros estudios permitan una adecuada operativización, la identidad social constituya una sólida alternativa a la "norma subjetiva" de la teoría del comportamiento planificado (Ajzen y Madden, 1986).

Estos primeros resultados, en relación con la violencia exogrupal, permiten distinguir entre una identidad social "general" y una identidad social "emergente". La primera estaría compuesta por un número variable de endogrupos o entornos de socialización significativos, caracterizados por relaciones de interdependencia y contacto habitual "cara a cara". Cada uno de estos endogrupos (familia, estudio, amigos, trabajo, pareja, etc.) se constituye como un entorno de socialización que ha desarrollado normas explícitas o implícitas, descriptivas o prescriptivas (Reno, Cialdini y Kallgren, 1993) que vinculan al sujeto con los demás miembros del grupo y que orientan su comportamiento. Estas normas pueden ser generales, abstractas, y referirse a muchos aspectos del comportamiento (grupos de socialización primaria)

o vincularse a conductas o hábitos concretos (de ocio, laborales o vocacionales).

Existen también fuertes diferencias en los procesos que utilizan habitualmente para transmitir y procurar el acatamiento de sus normas, variando en un continuo polarizado, por una parte, en el uso del poder, la autoridad y la coacción, y representado en el otro extremo por estrategias de negociación y de persuasión. La relación que mantienen los jóvenes violentos con las normas de estos grupos puede oscilar entre la conformidad (más probable en el ambiente familiar) y la interiorización (con la pareja o los amigos).

La identidad social "emergente" surgiría como resultado de la interacción entre elementos situacionales (presencia de exogrupos, claves simbólicas en el ambiente que se asocian a la violencia o invasión territorial) y diversos procesos psicosociales de carácter racional o heurístico. En todos los casos, los jóvenes perciben una influencia directa (presencial y explícita) o indirecta (a través de la recuperación cognitiva de actitudes y normas grupales) del grupo de iguales violento, en relación con la realización de una conducta o el desarrollo de la intención de llevarla a cabo. En general, estas conductas, sus consecuencias pasadas y las expectativas que presentan han sido previamente desarrolladas, modeladas o discutidas en alguno de los grupos que constituyen la identidad social del sujeto.

El endogrupo igualitario violento, otros grupos de amigos violentos, la pareja y los hermanos mayores son, por este orden, las personas o colectivos con actitudes y normas más accesibles para estos jóvenes cuando el conflicto intergrupalo, latente o manifiesto, va a tener o puede tener lugar. En este sentido, la identidad emergente en bastantes casos, especialmente cuando la respuesta es indelible o su demora puede conllevar consecuencias negativas, parece estar regida por un procesamiento heurístico (Tversky y Kahneman, 1982), por ejemplo, a través de guiones de conducta (Baron, 1998). No obstante, el desarrollo de las actitudes y normas compartidas endogru-

pales puede requerir un tipo de procesamiento cognitivo más racional.

La emergencia de identidades sociales diferentes con distintas personas y grupos, en situaciones sociales disímiles y con distintas conductas implicadas, facilita la accesibilidad de unas u otras normas y actitudes. Esta accesibilidad diferencial hace más probables unos comportamientos y reduce la probabilidad de que otros se manifiesten.

La identidad social emergente en relación con la violencia exogrupal y, por lo tanto, de las expectativas, normas y valores asociados, está constituida esencialmente por el "grupo de iguales"; la influencia de otros agentes de socialización (familia, instituciones académicas o trabajo) es con bastante probabilidad escasa y remota en las situaciones cotidianas en las que se desarrollan los conflictos intergrupales. El efecto socializador del grupo de iguales que genera normas implícitas e interiorizadas resulta más potente y cercano en relación con esta conducta. La discriminación entre los distintos ámbitos de socialización suele ser tan estricta que los jóvenes tienden a presentar comportamientos ajustados a las distintas normas y demandas. La emergencia de estas distintas identidades sociales explicaría, por ejemplo, el habitual asombro e incluso la negación de la realidad de algunos padres cuando descubren que su hijo ha herido gravemente o ha colaborado en el asesinato de una persona perteneciente a otro grupo juvenil.

Las normas sociales generales aceptadas e interiorizadas por los jóvenes violentos (reciprocidad, y responsabilidad social, sobre todo) son, como se ha comentado antes, similares en los distintos ámbitos de influencia (pareja, amigos, familia), pero las "normas emergentes" del entorno socializador del grupo de iguales son más específicas e incluyen, por ejemplo, respecto al endogrupo, la obligación de apoyar, mediante el ejercicio de la violencia, toda provocación o ataque que ponga en peligro, coaccione o amenace a cualquiera de sus miembros.

Informador n1 13:

Mis padres no se lo imaginan. Por eso yo llego a mi casa y soy el tío más normal del mundo, y con mis padres y con mis vecinos... Claro, si es que luego la cosa cambia. Si es que son las amistades, digan lo que digan. Igual que cuando..., es que te dicen una cosa y en el momento que te la dicen no haces caso, igual que cuando te decían en el colegio, si dejas de estudiar, te vas a arrepentir, y en ese momento piensas "¿que me voy a arrepentir...?". Y esto es igual, a mí me dices "que te vas a arrepentir de lo que tomas y de lo que haces". Y en ese momento digo: "No, yo no me voy a arrepentir, si yo estoy muy bien así...". Pero luego, llego con la pandilla y lo olvido todo, allí es otra cosa, no piensas en todo eso, allí tienes a unos colegas a los que tienes que apoyar porque ellos también lo van a hacer contigo.

Una identidad social general centrada exclusivamente o con mucha preferencia en el grupo de iguales violento parece inducir el desarrollo de una categorización de la realidad social cotidiana dicotómica y extrema, una percepción de la realidad social en términos de "enemigos-amigos", sin zonas difusas ni de transición. Bajo estas premisas, podemos hablar de "identidad social única" que se caracterizaría por una fácil y parcialmente automatizada accesibilidad a las normas y actitudes de un grupo social para la mayoría o la totalidad de las situaciones sociales relevantes; la percepción de estos sujetos depositaría las expectativas de apoyo social en un único entorno de influencia. Incluso cuando no se produce la interacción con el endogrupo, las decisiones comportamentales son influidas por sus normas. Se trata de características psicosociales muy similares a las que podemos encontrar en las "sectas" (Rodríguez, 2000). En estos grupos, la diversidad social, la simple existencia de otros grupos, se percibe como una amenaza o como una provocación, y el adoctrinamiento que han recibido sus miembros suele provocar los efectos que pueden inferirse en la siguiente declaración de un joven nazi.

Informador n111:

Entrevistador: ¿Quiénes son vuestros enemigos?

Entrevistado: Los gitanos.

Entrevistador: ¿Por qué son vuestros enemigos?

Entrevistado: Porque van sacando las navajas por ahí y robando a todo el mundo.

Entrevistador: ¿Habéis visto a alguno robando en alguna ocasión?

Entrevistado: Sí, alguna vez.

Entrevistador: ¿Alguno más?

Entrevistado: Sí, los negros y los moros.

Entrevistador: ¿Alguno más?

Entrevistado: Si son punkis, también, si son sharp, también; si son heavy, también.

Entrevistador: ¿Ya está?

Entrevistado: También a los pobres, las prostitutas y los yonquis.

Entrevistador: ¿Y a los homosexuales?

Entrevistado: También.

Entrevistador: ¿Qué hace que les peguéis?

Entrevistado: Que son diferentes, que también nos pegan a nosotros.

Los procesos de categorización social están sujetos a revisión permanente, especialmente en sentido negativo. Es frecuente que los jóvenes declaren que incluso los grupos afines, o no calificados inicialmente como enemigos, pueden representar un peligro si sus integrantes, sobre todo adolescentes, están tratando de desarrollar una identidad social positiva mediante la demostración de bravura y fortaleza y la correspondiente inducción del miedo.

Informador n1 2:

Cualquiera puede ser peligroso. Sólo hace falta que esté en esa época que necesitas sentirte respetado, que estás buscando un lugar en el mundo. Y puede ser tremendo si eso lo consigues repartiendo hostias en un grupo que se

dedique a eso. Están dispuestos a casi todo para demostrarles a los coleguis que valen para eso. Son sólo unos niños, pero tienen que demostrar que son los más.

Informador n1 18:

Yo me acuerdo que era la leche cuando tenía 16 años; sabes que nadie te respeta si no te buscas tú el respeto. Y era una especie de fanático; cualquier cosa me parecía un desafío; si se reían, creía que era de mí; si me miraban, ¡joder! eso era la último. Cuanto más malote era, mejor me sentía en el grupo. Y yo creo que el grupo mejor se sentía con nosotros.

Abundando un poco más en este aspecto, aunque la similitud actitudinal e ideológica motiva simpatía e incluso eventuales alianzas, no impide una rápida recategorización y la emergencia de una identidad social más constreñida (limitada al grupo más cercano) cuando el conflicto de intereses es manifiesto.

Informador n1 14:

Da igual que sean gente que más o menos le guste lo mismo que nosotros, da igual que sean punkis, okupas, nazis, sean lo que sean. Si te tienes que pegar, te pegas y ya está; si te buscan las cosquillas, pues ya está. Joder, no vamos a permitir que le hagan daño a uno de los nuestros porque nos gusten las mismas cosas.

La peculiaridad en la indumentaria de algunos grupos y los símbolos asociados a ellos son elementos muy relevantes para reconocer al exogrupo y para la emergencia, por oposición o diferencia, de la identidad social emergente. Además, suele conllevar, sobre todo en situaciones inesperadas, la activación de estereotipos y de guiones de conducta asociados a ellos, activando heurísticos, automatizaciones que, junto con otras claves ambientales (número de integrantes del grupo, presencia de policía..., etc.), favorecen la adopción de decisiones rápidas (de huida o de ataque, principalmente)

Informador n1 2:

Si es un facha de éstos de “viva Franco” y tal, pero se dedica un poco a sus cosas, no tengo nada, es decir, puedo discutirle sus doctrinas, decirle “mira, tío, no seas tonto”, pero realmente paso de pegarme con él, digo mira, él piensa lo suyo, él no hace nada a nadie, perfecto. Pero cuando un facha va de rapado, es decir, lleva su bandera de España con el águila y va con botas, pienso “este tío es un violento”, sabes que ha hecho daño o puede hacer daño a colegas tuyos o te puede atacar a ti, entonces sé que hay que ir a por él.

La moderación o el extremismo de las declaraciones de los jóvenes parecen estar fuertemente asociados a la complejidad de la identidad social. Los miembros de grupos con “identidad social múltiple o compleja” realizan unas declaraciones menos extremas, con mayor ajuste a planteamientos normalizados, e incluso con leves incursiones en la autocrítica, sobre todo, poniendo de manifiesto la incongruencia entre algunas creencias y su conducta habitual.

Complementariamente, todos estos jóvenes muestran algunos matices en la percepción homogénea de los grupos rivales; es decir, tienden a crear “subtipos” que incluyen una cierta diversidad intragrupal con algunas “excepciones” positivas. Su explicación de la violencia recurre a la justificación de la influencia grupal y a la emergencia de una identidad social escasamente controlable de forma individual y con preeminencia de automatismos emocionales y conductuales.

Informador n1 13:

Siempre que hemos visto a un punky lo hemos mirado de arriba a abajo. Si iba solo, se la tirabas, pero, si van en grupo, te echan cara. Ellos tienen la anarquía y nosotros que si somos fascistas, que si somos unos racistas, que si tal. Pero en cierta manera es que hacemos lo mismo. A los dos grupos les gusta la violencia, los dos grupos toman droga, los dos grupos están muy unidos. Muy parecidos, sólo que en polos opuestos. Mira, en mi grupo se dice ¿y los negros?, ¿por qué coño tienen que venir

los negros a quitar el trabajo a los nuestros? Y luego hablas con otros amigos y piensas y dices: es una gilipollez, y a mí qué me importa su vida. Pero luego vuelves otra vez con éstos, ves a un negro por la calle y dices: me cago en tu puta madre.

Otra de las características de la discriminación endo-exogrupo muy generalizada en el discurso de los jóvenes violentos es un marcado “victimismo”, una percepción de considerarse “fuera del sistema” y de creer que sus enemigos reciben un mejor trato por parte de las instituciones. En buena medida, estas creencias tienen la finalidad de incrementar la distinción grupal, fomentar la cohesión y hacer más sobresalientes sus éxitos contra enemigos tan poderosos. La primera declaración corresponde a un joven que no pertenece a tribu urbana alguna, la segunda, a un joven “bakala” de orientación política ultraderechista, y la tercera, a un “sharp” ultraizquierdista.

Informador n1 1:

En los medios de comunicación no aparece nada de lo que hacen los nazis o solo aparece una mínima parte. Nadie dice que los padres son políticos o policías o jueces y que están machacando todos los días.

Informador n1 13:

Joder con la prensa. Nosotros nunca decimos que somos un movimiento cultural; pero los punkis o los ocupas sí lo son según los periódicos, y encima hay que respetarles. Joder si son tan violentos como nosotros y se drogan.

Informador n1 2:

Lo primero que le he dicho a la captadora es ¿hay muchos nazis en vuestra Universidad? Me ha dicho: “no sé”. Y le he preguntado: ¿dónde está la Facultad de [nombre de la facultad]? Es donde se concentra la mayoría de esta gente, sobre todo, porque sus padres son en muchas ocasiones gente ligada a la ley, ¿no?, es decir, yo conozco casos en que los padres son guardias civiles, policías, incluso jueces. Es decir, son gente que tiene mucha influencia en la sociedad.

Una de las principales percepciones universales o condiciones invariantes de la identidad social de los entrevistados se encuentra en que la pertenencia a un grupo violento exitoso induce sentimientos de seguridad y apoyo y promueve una autoestima social positiva. Cuando ésta ha sido adquirida, los aspectos más negativos de la violencia pueden ser interpretados en función del acatamiento de las normas grupales y, por tanto, difundir o desplazar la responsabilidad individual. Con independencia de la autoestima que proceda de la pertenencia al grupo, todos los jóvenes violentos entrevistados enfatizan su rechazo o incluso su miedo a vivir en soledad, a perder el apoyo social proveniente de sus iguales. En este sentido, parece probable que jóvenes y adolescentes creen y sientan que “es mejor estar mal acompañado que solo”.

En la mayoría de las ocasiones, sobre todo si se sienten fuertemente amenazados, la pertenencia grupal emergente se manifiesta también a través de la indumentaria (no necesariamente vinculada a las conocidas tribus urbanas) o de la forma de hablar (fuerte de tono y con abundancia de insultos), de la forma de moverse o mediante el lenguaje no verbal (miradas y gestos agresivos y provocativos). Puede constituir una estrategia de exhibicionismo (con fuertes connotaciones biológicas –displays– agresivas), de demostración de poder, de decisión que, en opinión de estos jóvenes, podría tanto evitar un ataque como provocarlo; en este sentido, puede haber una cierta regulación de las prácticas violentas en función del número de integrantes y de estas “exhibiciones de poder” que facilitarían la asunción de un determinado papel en la interacción entre grupos potencialmente enemigos, esencialmente, el que le corresponde al grupo más poderoso (en ese momento) y el que desarrollaría un grupo en situación de desventaja.

Llegado este momento, probablemente, convenga establecer una conclusión general sobre el método y los resultados de su aplicación. En cuanto al método, esta aproximación cualitativa ha facilitado la comprensión del proceso de aprendizaje interactivo que lleva a un joven a la agresión exogrupal, tomando en consideración distintos niveles de influencia de carácter centrípeta que irían desde elementos socioestructurales o macrosociales hasta la reflexión o intuición desarrollada sobre el acto agresivo y sobre sí mismo, de forma individual.

Entrando en el terreno de los contenidos, el análisis cualitativo ha permitido en primer lugar establecer la relevancia de algunos factores de la Teoría del Comportamiento Planificado en la explicación de la violencia exogrupal juvenil, especialmente el componente actitudinal y el de control conductual percibido. Sin embargo, se han propuesto alteraciones en la operativización de estos componentes en orden, sobre todo, a incorporar procesos automatizados, heurísticos o parcialmente inconscientes; por otra parte, los resultados alcanzados permiten postular la necesidad de indagar sobre la eficacia y eficiencia de la sustitución de la “norma subjetiva” por las “normas emergentes” y/o la identidad social. Pero, probablemente, existe un valor añadido en los restantes apartados, de carácter más descriptivo y fenomenológico, que es el de facilitar material e inspiración para la reinterpretación de los datos y el descubrimiento de nuevas variables o procesos implicados en la violencia exogrupal juvenil.

La medida de la calidad de un análisis de esta naturaleza debe ser establecida por otros investigadores y con diferentes criterios, pero, en la medida que haya conseguido excitar la curiosidad intelectual, alentar la crítica o el debate teórico o metodológico, proponer nuevas incógnitas o responder tentativamente a algunos interrogantes, habrá conseguido un logro nada desdeñable.

The background features a light beige color with faint, hand-drawn geometric patterns. In the top left, there are several concentric circles. In the middle left and right, there are several concentric squares. At the bottom, there is a line graph with a curved line and several vertical lines extending downwards from it.

Investigación empírica. Estudio cuantitativo

Investigación empírica.

Estudio cuantitativo

1. INTRODUCCIÓN

La presente investigación trata de dar respuesta a uno de los principales retos actuales que tiene planteados el estudio de la violencia juvenil: el desarrollo de un modelo explicativo que permita la contrastación empírica de las causas de la conducta violenta juvenil, postulada por muchos estudios correlacionales. Esta investigación deberá validar empíricamente un modelo causal, que pretende explicar la violencia juvenil exogrupal. Consideramos que la validación de este modelo puede suponer un avance de considerable interés en la profundización del estudio de las raíces de la violencia juvenil en la sociedad madrileña.

El conocimiento de los factores causales y de la importancia ponderada de cada uno de ellos en la explicación de los comportamientos juveniles violentos que hemos hecho objeto de estudio permitirá fundamentar sólidamente el diseño, la aplicación y la evaluación de intervenciones informativas o educativas que tengan como objetivo principal la prevención o el tratamiento del problema.

Igualmente, la validación de dicho modelo permitiría el desarrollo de un instrumento de diagnóstico de la violencia exogrupal juvenil capaz de predecir, con un error estimado empíricamente, la probabilidad de desarrollar una predisposición peligrosa o de llevar a cabo conductas violentas hacia personas o grupos, a partir de la medición del componente intencional del modelo. Se convertiría de esta forma en un medio eficaz para detectar precozmente

el problema, facilitando una intervención preventiva más rápida y eficaz.

Como ya se ha puesto de relieve en el apartado de "Procedimiento general", el desarrollo de la presente investigación ha utilizado dos abordajes metodológicos complementarios. Hasta ahora hemos visto el primero de ellos, el abordaje cualitativo, cuyo objetivo fundamental fue el de aportar la visión procesual de los comportamientos violentos llevados a cabo por un número determinado de jóvenes madrileños.

De modo complementario a esta visión procesual, se pretende investigar empíricamente las causas de la violencia juvenil en la Comunidad de Madrid y el desarrollo y validación de un modelo que, basado en la teoría de la acción razonada, y su posterior ampliación mediante la teoría del comportamiento planificado (Fishbein y Ajzen, 1975; Ajzen y Fishbein, 1980), permita la contrastación empírica de las causas de la conducta violenta juvenil, postuladas por multitud de estudios correlacionales y ayude a explicar y predecir dicho comportamiento.

2. BASES TEÓRICAS DE PARTIDA

2.1. Justificación del abordaje cuantitativo utilizado

Una de las inquietudes de cualquier científico social, independientemente de su adscripción teórica, es la de desvelar las relaciones que se producen entre los sucesos sociales, de modo

que le encaminen a la comprensión, la manipulación e incluso la predicción. Para alcanzar este conocimiento, los psicólogos sociales han utilizado tradicionalmente dos métodos diferentes: el método experimental y el método correlacional.

No pretendemos establecer aquí y ahora las diferencias entre ambos, puesto que el lector las conoce en demasía y resultaría imposible pretender alcanzar la claridad con que distintos autores lo han hecho anteriormente (ver, por ejemplo, Cronbach, 1957; Alvira *et al.*, 1979). Sin embargo, la realidad –tal y como es estudiada por las ciencias sociales– se nos presenta como un complicado sistema relacional de variables, lo cual presenta numerosos problemas para su estudio. En ocasiones resulta posible aislar, controlar y medir dichas variables, siguiendo el método experimental, mientras que en otras ocasiones resulta imposible; la utilización del método correlacional como intento de superación de determinados problemas ha supuesto (Visauta, 1986) el surgimiento de otro tipo de problemas a la hora de la interpretación causal de los fenómenos (control de factores extraños, problema de la secuencia temporal, etc.), de manera que se ha llegado al arbitrio de otro tipo de soluciones (creación de grupos homogéneos, la utilización de técnicas estadísticas de control *a posteriori*, la utilización de diversas variables dependientes, las técnicas de panel, etc.). Sin embargo, el “intento más serio y riguroso de superar la dicotomía experimental *versus* correlacional” (Visauta, 1986) lo constituyen los modelos estructurales, en la medida en que son capaces de estudiar las relaciones de influencia entre las variables de un sistema y pretenden determinar la estructura de dichas relaciones.

En su planteamiento más simple, los modelos causales se caracterizan por su recursividad, causalidad única y por estar realizados con variables observables (modelos de “path” análisis). Sin embargo, los más actuales y utilizados son los modelos denominados de “estructura de covarianza”, modelos que unen el modelo de medida de los factores o variables latentes

y los indicadores (análisis factorial confirmatorio), por un lado, con el modelo estructural o de ecuaciones estructurales, por otro; modelos que pretenden medir, mediante factores, constructos, variables no observables, variables latentes..., indicadores en general, la realidad social compleja a la que los investigadores sociales se enfrentan (ver, por ejemplo Alwin y Jackson, 1982; Bentler y Weeks, 1980; Bielby *et al.*, 1977; Bynner, 1981; Cook y Campbell, 1979; Dalton, 1982; Jöreskog, 1971, 1973, 1978, 1979, 1981; Jöreskog y Sörbom, 1978, 1981, 1982, 1983, 1984, 1985; Judd y Milburn, 1980; Kenny, 1979; Kesles y Greenberg, 1981; Krehbiel y Niemi, 1982; Long, 1981; Maruyama y McGarvey, 1980; Namboodiri Carter y Blalok, 1975; Sullivan y Feldman, 1979; Werts, 1970 y Wheaton, 1977).

Visauta (1986), siguiendo la argumentación de Kenny (1979), expone los argumentos a favor de la utilización de los modelos causales.

- Los modelos causales resultan muy útiles ante situaciones que implican una gran cantidad de datos para analizar. En estos casos, los modelos sencillos (regresión simple o múltiple, análisis de varianza, análisis factorial...) son capaces de resumir adecuadamente los datos. En otras ocasiones, sin embargo, y como consecuencia “no del desconocimiento de los métodos estadísticos, sino del hecho de no aplicar el método estadístico adecuado para un problema conceptual dado” (Visauta, 1986), se cometen errores importantes de análisis; lo que Levin y Marascuilo (1972) llaman “errores tipo IV”.
- Permiten establecer de un modo más exacto una teoría, contrastarla posteriormente y finalmente modificarla, si hubiera lugar.
- Proporcionan una base científica sólida para la aplicación de la teoría de las Ciencias Sociales a los problemas sociales. Conocida una relación causal del estilo “X” causa “Y”, el investigador sabe que la manipulación o intervención sobre “X”, de modo que el resto permanezca invariables,

producirá una modificación sobre "Y". Esto nos ofrece una utilidad insuperable, ya que, mediante modelos únicamente predictivos, no podemos tener la seguridad de que cuando cambie "X" cambiará "Y". Y una relación predictiva puede ser a veces útil en política social, pero solamente una relación causal puede ser aplicada científicamente (Visauta, 1986).

Así, asumiendo como propias las afirmaciones de otros autores acerca de las ventajas y los inconvenientes de cada uno de ellos, su utilidad para cada caso y cada estudio, y en la consideración de que la realidad social se estructura mediante complejos sistemas de relaciones entre variables, coincidimos con Visauta (1986) en admitir nuestro interés por el planteamiento de relaciones entre variables en sentido causal, ya que, siguiendo a Morales (1981), "el verdadero interés de las relaciones que estudiamos es que puedan ser conexiones causales".

Y este interés en la relación causal viene determinado por la utilidad que el concepto de "causalidad" presenta para nuestros objetivos. De este modo, el objetivo final sería la búsqueda de una relación funcional en la cual puedan identificarse y aislarse claramente determinados grupos de variables en un sistema de ecuaciones en los que la modificación de alguna de las variables –entendidas como "causas"– puedan determinar la variación de los valores en otras variables –entendidas como "efectos"–. Dicha relación nos resulta el abordaje más útil de cara a la comprensión, la manipulación y la predicción de nuestra conducta de estudio.

Monohan (1981) sugiere que los investigadores del comportamiento agresivo enfocan sus estudios en determinadas poblaciones y determinadas conductas con una tasa de frecuencia muy elevada. Argumenta que el progreso científico no puede tener lugar a través de estudios en los que el comportamiento agresivo ocurre con poca frecuencia.

Los modelos causales, bien conceptualizados teóricamente, han sido muy poco probados por los estudiosos de la conducta violenta humana; más bien, se han utilizado variables teóricas individuales sin una clara relación entre ellas para explicar, e incluso predecir, la conducta violenta a posterior (Romney y Sverson, 1984; Selby, 1984) o bien se han empleado combinaciones de clasificaciones empíricamente derivadas para predecir la ejecución de determinados comportamientos relacionados con la transgresión institucional o su reincidencia (Louscher, Hosford y Moss, 1983; Megargee, 1977). Los métodos causales, así utilizados, han resultado ser generalmente inconsistentes como predictores útiles de la conducta (Goldstein y Keller, 1983; Monohan, 1981). Sin embargo, la utilización de modelos causales, más elaborados teóricamente, han sido puestos a prueba en otro tipo de estudios, por ejemplo, estudios evolutivos (Dodge, 1980; Huesman y Eron, 1984; Huesmann, 1988), demostrando su utilidad.

Las teorías cognitivas de la agresión (Bandura, 1973; Novaco, 1979; Zillmann, 1979) confirman que las expectativas de los sujetos median la provocación del estímulo, la experiencia y la expresión del comportamiento agresivo. Sin embargo, son pocos los modelos teóricos que especifican claramente la naturaleza del vínculo entre los componentes cognitivos del sujeto y su comportamiento agresivo. Ingran y Kendall (1986) señalan que, si bien ha existido un fuerte interés clínico en la cognición, dicho interés no ha tenido su correlato en perspectivas conceptuales guías: "La teoría existente e investigación en psicología cognitiva clínica volvió una amplia diversidad de conceptos cognitivos... muchos de los cuales parecen ser independientes y carentes de cohesión" (Ingran y Kendall, 1986).

Si bien las teorías de la Acción Razonada y del Comportamiento Planificado han tenido bastante éxito en la predicción de un amplia gama de comportamientos sociales, han sido muy poco utilizadas para la comprensión de los comportamientos con un claro compo-

nente grupal (ver, por ejemplo, Evans y Taylor, 1995). El presente estudio pretende identificar un modelo causal aplicable a la conducta violenta exogrupal juvenil utilizando, para ello, una muestra de la población que realiza este tipo de comportamiento.

La violencia juvenil exogrupal, nuestra conducta de estudio, no es ciega ni indiscriminada; está dirigida a determinadas personas con unas características bien delimitadas. El estudio cuidadoso de las complejas interacciones entre variables, quizás pueda hacer progresos significativos en la predicción y explicación del comportamiento violento que hemos hecho objeto de nuestro estudio. Consideramos que la capacidad de predecir las variables implicadas en la expresión de este tipo de comportamiento agresivo permitirá organizar la etiología compleja de la conducta y, consecuentemente, elaborar la trama metodológica necesaria para la prevención y modificación de dicho comportamiento.

3. MARCO GENERAL DEL ESTUDIO CUANTITATIVO

3.1. Presentación del estudio cuantitativo realizado

Tal y como decíamos anteriormente, se pretende investigar empíricamente las causas de la violencia juvenil en la Comunidad de Madrid y el desarrollo y validación de un modelo que, basado en la Teoría del Comportamiento Planificado, permita la contrastación empírica de las causas de dicha conducta, postuladas por multitud de estudios correlacionales y ayude a explicar y predecir dicho comportamiento. La consecución de los objetivos planteados se ha abordado mediante el análisis causal de dicho comportamiento. Para la identificación del modelo causal explicativo de la violencia juvenil exogrupal, se ha realizado una serie de pasos intermedios cuya descripción se presenta en el Plan de Análisis de Datos.

3.2. Objetivos

3.2.1. Objetivo general

Desarrollar y validar un modelo que, basado en la Teoría del Comportamiento Planificado (Fishbein y Ajzen, 1975; Ajzen y Fishbein, 1980), permita la contrastación empírica de las causas de la conducta violenta juvenil, postuladas por multitud de estudios correlacionales y ayude a explicar y predecir dicho comportamiento.

3.2.2. Objetivos específicos

- ▶ Desarrollar un instrumento de medida que permita establecer la relación funcional en la cual puedan identificarse y aislarse determinados grupos de variables en un sistema de ecuaciones en el que la variación de alguna de las variables –entendidas como “causas” de la violencia exogrupal– pueda determinar la variación de los valores en otras –entendidas como “efectos”–.
- ▶ Estudiar las interacciones entre las variables del modelo teórico y comprobar su eficacia en la predicción y explicación del comportamiento violento.
- ▶ Comprobar empíricamente que el modelo teórico de partida puede ser mejorado mediante la introducción de nuevas variables con el fin de aumentar su eficacia en la predicción y explicación del comportamiento violento.
- ▶ Comprobar empíricamente que el modelo teórico de partida puede ser mejorado mediante la modificación de alguno de sus componentes; modificaciones que, unidas a la introducción de nuevas variables, aumentarán la capacidad predictiva del modelo propuesto como “Modelo causal de la violencia juvenil exogrupal”.

3.3. Hipótesis

El Plan de generación de hipótesis, presentadas a continuación, parte de unas hipótesis generales de la investigación para ir presentando las distintas hipótesis generales en función del

modelo teórico utilizado (“Teoría de la acción razonada” y “Teoría del comportamiento planificado”) y finalizar con las modificaciones propuestas al mismo.

3.3.1. Hipótesis generales del estudio

“Es posible explicar la realización de conducta violenta exogrupal juvenil partiendo de un modelo teórico basado en la Teoría del Comportamiento Planificado”.

“Es posible predecir la realización de conducta violenta exogrupal juvenil partiendo de un modelo teórico basado en la Teoría del Comportamiento Planificado”.

“Es posible explicar la realización de conducta violenta exogrupal juvenil partiendo de un modelo teórico basado en la Teoría del Comportamiento Planificado, modificado en cuanto a sus aspectos normativo e intencional, al que hemos denominado ‘Modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil’”.

“Es posible predecir la realización de conducta violenta exogrupal juvenil partiendo de un modelo teórico basado en la Teoría del Comportamiento Planificado, modificado en cuanto a sus aspectos normativo e intencional, al que hemos denominado ‘Modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil’”.

3.3.2. Hipótesis sobre la intención

a) Modelo general.

Hipótesis 1:

“La intención de un joven de llevar a cabo la conducta violenta exogrupal vendrá determinada por el efecto conjunto de la actitud general que dicho sujeto presenta hacia la violencia juvenil y la norma subjetiva general de sus distintos entornos de referencia (TAR)”.

Hipótesis 2:

“La intención de un joven de llevar a cabo la conducta violenta exogrupal vendrá determinada por el efecto conjunto de la actitud general

que dicho sujeto presenta hacia la violencia juvenil, la norma subjetiva general de su entorno de referencia y su percepción sobre el control conductual general de llevarla a cabo (modelo de la TCP). El modelo de la teoría del comportamiento planificado se considera de mayor utilidad que el modelo de la Teoría de la acción razonada para la predicción de la conducta violenta exogrupal juvenil”.

- Hipótesis sobre los componentes del modelo.

Hipótesis 3: Actitud.

“Se propone que la actitud general hacia la realización de la conducta violenta exogrupal tendrá un efecto significativo en la predicción de la intención de llevar a cabo dicha conducta”.

Hipótesis 4: Norma subjetiva.

“Se propone que la norma subjetiva general de los sujetos hacia la realización de la conducta violenta exogrupal tendrá un efecto significativo en la predicción de la ‘intención’ de llevar a cabo dicha conducta”.

Hipótesis 5: Control conductual percibido.

“Las percepciones de control conductual podrían influir en la intención de realizar los comportamientos en cuestión. Así, se espera que la inclusión del control conductual percibido mejore la predicción de la intención”.

b) Modelo basado en creencias.

Hipótesis 6:

“Es posible predecir la intención de realizar conductas de violencia exogrupal juvenil partiendo de un modelo teórico que considera conjuntamente las actitudes que dicho sujeto presenta hacia la violencia, las creencias que mantiene sobre las consecuencias que acarrea la misma, la norma general de su entorno de referencia, las creencias normativas y su percepción sobre el control conductual de llevarla a cabo (modelo TCP). Es decir, la inclusión de medidas basadas en creencias aumentará el poder predictivo alcanzado cuan-

do se han utilizado únicamente las medidas generales”.

Hipótesis 7:

“Es posible explicar la intención de realizar conductas de violencia exogrupal juvenil partiendo de un modelo teórico que considera conjuntamente las actitudes que dicho sujeto presenta hacia la violencia, las creencias que mantiene sobre las consecuencias que acarrea la misma, la norma general de su entorno de referencia, las creencias normativas y su percepción sobre el control conductual de llevarla a cabo (modelo TCP). Es decir, la inclusión de medidas basadas en creencias aumentará el poder explicativo alcanzado cuando se han utilizado únicamente las medidas generales”.

- Hipótesis sobre nueva operativización del componente normativo.

Hipótesis 8:

“El ‘componente normativo’ aumentará la capacidad predictiva del modelo de la Teoría de la acción razonada basado en medidas generales por encima de la obtenida cuando utilizamos la ‘norma subjetiva general’.

Hipótesis 9:

“El ‘componente normativo’ aumentará la capacidad predictiva del modelo de la Teoría del Comportamiento Planificado basado en medidas generales por encima de la obtenida cuando utilizamos la ‘norma subjetiva general’.

Hipótesis 10:

El “componente normativo” aumentará la capacidad predictiva del modelo de la teoría del comportamiento planificado –TCP–, basado en creencias. Es decir, la capacidad predictiva del modelo TCP, basado en creencias, aumentará cuando sustituimos la “norma subjetiva” –medición general y mediante creencias– por el “componente normativo” –medición general y creencias–.

3.3.3. Hipótesis sobre la conducta

a) Modelo general.

Hipótesis 11:

“La conducta violenta exogrupal juvenil vendrá determinada por el efecto conjunto de la intención de llevar a cabo dicha conducta, de la actitud general que dicho sujeto presenta hacia la violencia juvenil y de la norma subjetiva general de sus distintos entornos de referencia (TAR)”.

Hipótesis 12:

“La conducta violenta exogrupal juvenil vendrá determinada por el efecto conjunto de la intención de llevar a cabo dicha conducta, de la actitud general que dicho sujeto presenta hacia la violencia juvenil y del componente normativo (TAR). La sustitución de la norma subjetiva por el componente normativo en el modelo de la TAR aumentará la capacidad predictiva de dicho modelo”.

Hipótesis 13:

“La conducta violenta exogrupal juvenil vendrá determinada por el efecto conjunto de la intención de llevarla a cabo, de la actitud general hacia la violencia juvenil, la norma subjetiva general de su entorno de referencia y su percepción sobre el control conductual para llevarla a cabo (modelo de la TCP). Es decir: el modelo TCP basado en medidas generales se considera de mayor utilidad que el modelo de la TAR basado en medidas generales para la predicción de la conducta violenta exogrupal juvenil”.

- Hipótesis sobre los componentes del modelo.

Hipótesis 14: Componente normativo

“El ‘componente normativo general’ es mejor predictor de la ‘conducta’ que la ‘norma subjetiva general’ y puede, por tanto, sustituirla para una predicción eficaz de la variable dependiente”.

Hipótesis 15: Intención.

“Se propone que la ‘intención’ tendrá un efecto significativo en la predicción de la ‘conducta’”.

Hipótesis 16: Actitud.

“Se propone que la ‘actitud general’ hacia la realización de la conducta violenta exogrupal tendrá un efecto significativo en la predicción de dicha conducta”.

Hipótesis 17: Control conductual

“Se propone que el control conductual percibido tendrá un efecto significativo en la predicción de la conducta violenta exogrupal juvenil”.

b) Modelo basado en creencias.**Hipótesis 18:**

“La incorporación de medidas basadas en creencias al modelo general aumentará la capacidad predictiva de dicho modelo. Es decir: es posible predecir la conducta violenta juvenil exogrupal partiendo de un modelo teórico que considera conjuntamente la intención del sujeto, las actitudes que dicho sujeto presenta hacia la violencia, las creencias que mantiene sobre las consecuencias que acarrea la misma, la norma general de su entorno de referencia, las creencias normativas y su percepción sobre el control conductual de llevarla a cabo (modelo TCP)”.

c) Hipótesis sobre el modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil.**Hipótesis 19:**

“La conducta violenta exogrupal juvenil puede ser predicha por el efecto conjunto del componente intencional, de la actitud general que dicho sujeto presenta hacia la violencia juvenil y del componente normativo (modelo basado en la TAR, medidas generales)”.

Hipótesis 20:

“La conducta violenta exogrupal juvenil vendrá determinada por el efecto conjunto del componente intencional, de la actitud general que

dicho sujeto presenta hacia la violencia juvenil y del componente normativo (modelo basado en la TAR, medidas generales). Por tanto, la sustitución de la variable intención por el componente intencional, manteniendo constante el resto de variables implicadas aumentará la capacidad predictiva del modelo”.

Hipótesis 21:

“La conducta violenta exogrupal juvenil puede ser predicha por el efecto conjunto del ‘componente intencional’, la ‘actitud general’ que dicho sujeto presenta hacia la violencia juvenil, el ‘componente normativo general’ de su entorno de referencia y su percepción sobre el control conductual para llevarla a cabo (Modelo basado en la TCP, medidas generales). Por lo tanto, el modelo de la teoría del comportamiento planificado se considera de mayor utilidad que el modelo de la teoría de la acción razonada para la predicción de la conducta violenta exogrupal juvenil”.

Hipótesis 22:

“La conducta violenta exogrupal juvenil vendrá determinada por el efecto conjunto del componente intencional, de la actitud general que dicho sujeto presenta hacia la violencia juvenil, del componente normativo y del control conductual percibido (modelo basado en la TCP, medidas generales). La sustitución de la variable intención por el componente intencional, manteniendo constante el resto de variables implicadas, aumentará la capacidad predictiva del modelo”.

– Hipótesis sobre los componentes del modelo propuesto para la conducta.

Hipótesis 23: Componente intencional.

“Se propone que el ‘componente intencional’ tendrá un efecto significativo en la predicción de la conducta”.

Hipótesis 24: Actitud general.

“Se propone que la ‘actitud general’, en el modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil, tendrá un efecto significativo en la predicción de dicha conducta”.

Hipótesis 25: control conductual percibido.

“Se propone que el control conductual percibido es un predictor útil de la conducta en el modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil”.

- Modelo basado en creencias.

Hipótesis 26:

“La incorporación de medidas basadas en creencias al modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil aumentará la capacidad predictiva de dicho modelo por encima de la observada cuando sólo utilizamos mediciones generales de las variables. Es decir: es posible predecir la conducta violenta juvenil exogrupal partiendo de un modelo teórico que considera conjuntamente el componente intencional, las actitudes que dicho sujeto presenta hacia la violencia, las creencias que mantiene sobre las consecuencias que acarrea la misma, la norma general de su entorno de referencia, las creencias normativas y su percepción sobre el control conductual de llevarla a cabo (modelo TCP)”.

Hipótesis 27:

“El modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil, una vez incorporadas las creencias, tendrá una capacidad predictiva superior al modelo TCP basado en creencias”.

d) **Hipótesis específicas sobre la inclusión de la “conducta pasada” en el modelo realizado para la conducta.**

Hipótesis 28:

“La inclusión de la frecuencia de la conducta en el modelo basado en la TCP aumentará la capacidad del mismo para predecir la conducta violenta exogrupal juvenil”.

Hipótesis 29:

“La inclusión de la frecuencia de la conducta en el modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil aumentará la capacidad predictiva del mismo”.

Hipótesis 30:

“La inclusión de la recencia de la conducta en el modelo basado en la TCP aumentará la capacidad del mismo para predecir la conducta violenta exogrupal juvenil”.

Hipótesis 31:

“La adición de la recencia de la conducta en el modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil aumentará la capacidad predictiva del mismo”.

Hipótesis 32:

“La inclusión de la conducta pasada, definida como la interacción entre la frecuencia y la recencia, en el modelo basado en la TCP, aumentará la capacidad del mismo para predecir la conducta violenta exogrupal juvenil”.

Hipótesis 33:

“La inclusión de la conducta pasada, definida como la interacción entre la frecuencia y la recencia, en el modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil aumentará la capacidad predictiva del mismo”.

4. METODOLOGÍA

4.1. Muestra

El gran reto al que nos hemos debido enfrentar a la hora de realizar la presente investigación ha sido, como ya veíamos en el apartado de metodología cualitativa, la obtención de la muestra. Que diversas instituciones, entidades públicas o individuales –centros escolares, asociaciones, etc.– e, incluso, la persona en su condición de individuo se brinden a colaborar en una investigación resulta, en la mayoría de las ocasiones, fácil de lograr. Sin embargo, una vez lograda la colaboración inicial, conseguir que un sujeto declare la realización de comportamientos socialmente poco deseables resulta bastante más complicado, aunque se trate de jóvenes, una población tradicionalmente considerada como transgresora de normas y convencionalismos sociales. Finalmente, pese a la insistencia de un total anonimato, el hecho de sentirse “localizables” o “identificables” (bien a través del Centro,

bien mediante la identificación solicitada) no ayuda a la obtención de la confianza de, no lo olvidemos, una conducta que en ocasiones alcanza la categoría de delictiva.

En principio, podría suponerse que la captación de los sujetos necesarios para elaborar la muestra de estudio cuantitativo ha de resultar más sencilla que la de la muestra del estudio cualitativo. En relación con este aspecto, podemos señalar la existencia de distintos factores que hicieron que una tarea que no se preveía complicada por parte del equipo de investigación, resultara harto trabajosa y complicada. La idea era bien sencilla: se realizaría una aplicación masiva del cuestionario por los centros escolares hasta conseguir un número suficiente de sujetos que declarase realizar la conducta de estudio; para alcanzar una mayor representatividad de la muestra, el instrumento sería aplicado a sujetos contactados mediante asociaciones, clubes deportivos, etc. Así, asumiendo el elevado coste económico y personal derivado de dicha aplicación –masiva en el caso de los centros escolares, y personalizada en el resto–, nos dispusimos a la elaboración del cuestionario que se debía aplicar. El problema de la consecución de la muestra de estudio fue la necesidad –derivada de los objetivos– de aplicar el instrumento en dos momentos temporales diferentes. De esta necesidad se derivaba la obligación de elaborar una “estrategia de captación” muy estructurada que nos permitiera mantener el control acerca de a qué centros, en qué cursos y en qué fecha debía aplicarse la segunda pasación del instrumento, en el caso de los sujetos escolarizados, y a qué asociaciones o sujetos personalizados y en qué fecha, en el caso de la pasación personalizada. Lógicamente, este diseño provocó la muerte experimental de muchos sujetos: sujetos que habían declarado realizar la conducta de estudio en la primera pasación, no respondieron a la segunda aplicación, bien porque en el momento concreto no se hallaban en clase o cambiaron la clave de identificación (sujetos escolarizados) o bien porque se perdió el con-

tacto con ellos (sujetos de captación personalizada).

4.1.1. Sujetos

El modo en que se produjo el establecimiento de contacto con los sujetos se detalla en el apartado de “Procedimiento”. A modo de resumen, diremos ahora que los sujetos fueron captados para la encuestación mediante los siguientes métodos: centros de enseñanza secundaria; sujetos captados previamente para la aplicación de la técnica cualitativa, así como compañeros de grupo de esos mismos sujetos; y mediante lo que hemos denominado “captación individualizada”, consistente en el establecimiento de contactos con distintas asociaciones de barrio, clubes deportivos y grupos de amigos. Así, podemos distinguir un proceso de captación individualizada, en el cual el establecimiento de contacto con los sujetos ha sido totalmente personal (realizado a través de asociaciones, clubes deportivos, grupos de amigos, sujetos captados para la realización de entrevistas y compañeros de grupo, etc.) y un proceso de captación masiva a través de los centros escolares. Dado que el procedimiento llevado a cabo se detalla más adelante, sólo diremos que mediante estas técnicas de captación se obtuvieron, en la pasación inicial, 318 sujetos que manifestaban realizar la conducta de estudio. Con la aplicación del segundo cuestionario –cuestionario de comprobación de la conducta–, y tras superar diversos filtros, la muestra seleccionada definitivamente para el análisis era de 243 sujetos que declaraban “pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo”.

4.2. Características de la muestra utilizada

Distribución en función del método de captación

La distribución de la población entrevistada, en función del método de captación, se muestra en la siguiente tabla:

TABLA II.C.1. DISTRIBUCIÓN DE LOS SUJETOS, EN FUNCIÓN DEL MÉTODO DE CAPTACIÓN.

CAPTACIÓN	LOCALIZACIÓN	N ⁽¹⁾	% ⁽²⁾
Individualizada	Captac. entrevistados	24	8,4
	Captac. individualizada	114	39,9
Total Individualizada		138	48,3
Inst. Enseñanza Secundaria (IES)	Instituto 1	57	19,9
	Instituto 2	37	12,9
	Instituto 3	11	3,8
	Instituto 4	31	10,8
	Instituto 5	12	4,2
Total IES		148	51,7
TOTAL		286	51,7

⁽¹⁾ Número de cuestionarios válidos. ⁽²⁾ Porcentaje correspondiente.

Como puede observarse, cada método de captación representa aproximadamente la mitad de los sujetos que conforman la muestra empleada en este estudio.

– Sexo.

Como puede verse a continuación, la mayoría de los casos seleccionados para el análisis corresponden a sujetos varones, frente a un número bastante pequeño de mujeres.

TABLA II.C.2. DISTRIBUCIÓN DE LA MUESTRA EN FUNCIÓN DEL SEXO.

SEXO	N	%	% Ac.
Varón	225	78,7	78,9
Mujer	60	21	21,1
NS/NC	1	0,3	--
TOTAL	286	100	100

Estos datos coinciden con los de la mayoría de investigaciones realizadas sobre violencia juvenil. El análisis de los datos obtenidos por diversos autores muestra que este tipo de violencia parece estar adscrita a los varones; datos coincidentes con los obtenidos en otros estudios similares (véase el apartado “El problema social de la violencia juvenil exogrupal”).

– Edad.

Como muestra la siguiente tabla, el rango de edad de los sujetos encuestados oscila entre los 13 y los 28 años. Como puede verse a continuación, la media de edad de los varones es de 17,26 años, mientras que la de las mujeres no alcanza los 17 años, presentando estas últimas una distribución más homogénea en esta variable que la mostrada por el grupo de varones.

TABLA II.C.3. DISTRIBUCIÓN DE LA MUESTRA EN FUNCIÓN DE LA EDAD.

Sexo	Edad	
	\bar{x}	σ
Varón	17,26	2,91
Mujer	16,33	1,96
Rango de edad	13-28	

En el apartado "Análisis cuantitativo: descriptivos" puede observarse cómo, cuando agrupamos esta variable según distintos intervalos, observamos que el grupo más numeroso es el de 16 a 18 años. Como ya comentamos anteriormente en el apartado "El problema social...", distintos autores establecen que la edad crítica para la realización de las conductas de violencia exogrupal juvenil se encuentra entre

16 y 19 años, decreciendo la probabilidad de realización de esta clase de comportamientos cuando el crecimiento biológico lleva aparejada la transición del joven a un complejo entramado social (pareja, trabajo, familia, etc.).

– Curso.

La captación de los sujetos, como ya se dijo anteriormente, se realizó en centros escolares y en lugares y condiciones no académicas (aquella denominada "captación individualizada"). Dado que no iban a ser tenidas en cuenta para la presente investigación, la situación académica o nivel de estudios en los casos de captación individualizada no fue considerada en estos sujetos. La distribución de los sujetos captados en centros escolares en función del centro formativo y curso que realizaban se distribuye de la siguiente manera.

TABLA II.C.4. DISTRIBUCIÓN DE LA MUESTRA EN FUNCIÓN DEL CURSO.

Centro	3° ESO	4° ESO	1° Bach.	Ciclos Formativos	Garantía Social	Total
1	34	23	0	0	0	57
2	0	20	0	0	17	37
3	0	7	0	4	0	11
4	6	8	17	0	0	31
5	0	0	0	0	24	24
Total	40	58	17	4	41	160

4.3. Diseño

Cuasi-experimental, con desarrollo de modelos de relaciones causales. Se ha elaborado y analizado un modelo causal que trata de maximizar la explicación de la intención de realización de comportamientos violentos exgrupales.

Los modelos psicosociales de naturaleza causal explicitan la relación entre uno o varios factores o variables (potenciales elicitadores del fenómeno de interés) y la variable dependiente

(el mencionado fenómeno). Además, deben mostrar gráfica y estadísticamente las relaciones que se establecen entre las variables independientes. Una de sus principales implicaciones es que no niegan la influencia de otras variables psicosociales, sino que consideran que la mayor parte de su efecto se vehicula a través de las variables del modelo. Así, por ejemplo, la influencia en la conducta violenta exogrupal de variables como sexo, patrones educativos, experiencia escolar, etc., se manifiesta en el

desarrollo de diferentes “actitudes”, “normas subjetivas”, “controles percibidos”; las variables que incluye el modelo.

4.4. Técnica metodológica: “Cuestionario de investigación de la conducta violenta exogrupal” –CINCOVE–

4.4.1. Presentación del CINCOVE

La información cuantitativa se recogió mediante el “Cuestionario de investigación de la conducta violenta exogrupal –CINCOVE–”, un cuestionario anónimo, autocumplimentado, totalmente estructurado y adaptado, como ya veíamos en el apartado de “Precauciones para el diseño de los instrumentos cuantitativos”, a la población de estudio. Su administración, si bien fue realizada en todos los casos por un grupo de encuestadores ajenos a los sujetos, tuvo en cuenta la diversidad de la muestra captada. Así, en el caso de los sujetos escolarizados, la administración tuvo lugar en el centro escolar de los sujetos, por encuestadores ajenos al mismo (tal y como ya se indicó en el “Procedimiento cuantitativo”). En aquellos casos en los que la captación de sujetos se realizó de manera individualizada, el encuestador daba las instrucciones acerca del modo correcto de respuesta e, inmediatamente, entregaba el cuestionario al sujeto, tras lo cual relegaba su presencia a un segundo plano por si tuviera que resolver cualquier duda. Una vez cumplimentados, el entrevistador recogía y guardaba los cuestionarios.

El instrumento cuantitativo es común para todos los sujetos independientemente de la presencia o ausencia de la conducta de estudio. Ello se debe a que, salvo en el caso de los sujetos captados individualmente, resultaba prácticamente imposible la selección previa de la muestra; por ello, se decidió presentar un único instrumento.

Finalmente, el instrumento que presentamos como definitivo es el resultado de la unión del cuestionario de investigación propuesto, el CINCOVE propiamente dicho, y un pequeño cuestionario que se pasó un mes después de

la aplicación inicial, tal y como se describía en el apartado de “Procedimiento”, para comprobar si los sujetos habían realizado o no la conducta, y si se había producido algún cambio en la intención de llevar a cabo el comportamiento de estudio; este proceso pudo realizarse al tener identificados todos los cuestionarios mediante la inclusión de las iniciales y la fecha de nacimiento de los sujetos.

Una vez seleccionados los sujetos que cumplían la condición establecida como criterio en la aplicación del cuestionario de comprobación de la conducta, se fusionaron ambos instrumentos en uno solo y, ahora sí, el CINCOVE adopta su carácter definitivo, tal y como a continuación pasamos a describirlo en los apartados siguientes.

4.4.2. Creación del CINCOVE

Tal y como se expuso en el apartado del Procedimiento de Investigación el cuestionario utilizado en esta investigación, el CINCOVE es fruto de la integración de los resultados obtenidos en distintas fases previas que pasamos a detallar a continuación.

- ▶ De la aplicación de un cuestionario inicial para la recogida de las creencias que los sujetos poseen acerca de la conducta violenta exogrupal, siguiendo las propuestas teóricas de Fishbein y Ajzen. Su análisis permitió seleccionar las creencias salientes de la población acerca del objeto de estudio.
- ▶ Del análisis inicial de las entrevistas realizadas a los sujetos violentos que formaron parte del procedimiento cualitativo.
- ▶ Del análisis del pilotaje realizado sobre el cuestionario inicial.
- ▶ De aportaciones teóricas que distintos autores ofrecen, tanto sobre el modelo propuesto en esta investigación como de aspectos relacionados con la medición de las actitudes y variables teóricas que se han recogido y utilizado expresamente en esta investigación para modificar el modelo inicialmente propuesto por Fishbein y Ajzen.

4.4.3. Estructura del CINCOVE

Como veíamos en el apartado “Criterios y precauciones...”, la presentación del cuestionario a los sujetos encuestados resulta de suma importancia para prevenir desconfianza y despertar su interés por colaborar. Con esta finalidad, la portada que inicia el cuestionario es clara y breve, identifica a los encuestadores y las metas, resalta la necesidad de colaboración del sujeto y garantiza el anonimato. Antes de comenzar a formular los ítems del cuestionario, se han introducido dos páginas de instrucciones sobre el modo correcto de cumplimentación del mismo. Para evitar suspicacias y reacciones defensivas se han ejemplificado todos los modelos de escala que el sujeto iba a encontrar posteriormente mediante ejemplos imparciales, tales como “salir de excursión” o “tomar café”.

La ordenación de los ítems parte de una combinación secuencial de batería de preguntas organizadas por temas, en las que se cada una se suele iniciar mediante las preguntas más sencillas. Igualmente, se ha intentado que no se produjeran saltos de página que dejaran ítems de respuesta en la página siguiente al enunciado de la pregunta. Cuando esto ha ocurrido, se han introducido de nuevo los enunciados correspondientes.

El Cuestionario de investigación de la conducta violenta exogrupal –CINCOVE–, como puede verse en el “Anexo” incluido al final de este volumen, consta de dos partes: una primera parte común para todos los sujetos y una parte específica en función de la presencia o ausencia de la conducta de estudio.

PRIMERA PARTE: Grupos de variables comunes para todos los sujetos.

La parte común se compone de siete grupos de variables que podrían ser agrupados del siguiente modo:

1. Características sociodemográficas básicas: sexo, edad y curso.
2. Variables incluidas en la Teoría de la acción razonada: Valoraciones generales de los

sujetos sobre la violencia juvenil exogrupal; creencias conductuales sobre las consecuencias de la violencia juvenil exogrupal y valoración de las mismas; componente normativo; intención y conducta.

3. Variables incluidas en la teoría del comportamiento planificado: control conductual percibido.
4. Variables teóricas propuestas para modificar el modelo de la teoría del comportamiento planificado.
5. “Variables externas” propuestas para modificar el modelo de la teoría del comportamiento planificado: creencia normativa personal, obligación moral, conducta pasada.
6. Variables obtenidas de las entrevistas realizadas para el análisis cualitativo: percepción de amenaza y percepción aceptación/rechazo de la conducta violenta por parte del entorno socialmente importante.
7. Variables teóricas moduladoras de la relación entre actitudes y conducta: estabilidad temporal de la actitud, experiencia con el objeto actitudinal e importancia de la actitud, y la autovigilancia o autoobservación.

SEGUNDA PARTE: Variables específicas para los sujetos en función de su categorización como “violentos” o “no violentos”.

En función de la presencia o ausencia de la realización de la conducta violenta exogrupal, el cuestionario establece una parte específica para cada uno de los grupos de sujetos. Esta parte se divide, a su vez, en una serie de variables cuyo contenido es equivalente en el objeto de evaluación –aunque distinta la formulación– y variables que, por su relación con la conducta de estudio, únicamente se evalúan en los sujetos que han declarado previamente realizar dicha conducta.

– Variables equivalentes.

La característica principal de este grupo de variables es que, si bien su objeto de evaluación es similar en ambas categorías de sujetos, su formulación varía en función de la realización o

no realización de la conducta violenta por parte de los jóvenes. Si bien para la investigación que ahora ocupa nuestro interés se centra únicamente en los sujetos que declararon realizar la conducta violenta, su inclusión obedece a una estrategia para la garantía de anonimato en los centros escolares (en este caso, en relación a los compañeros de clase): conseguir que no existieran prácticamente diferencias en cuanto al tiempo necesario para la cumplimentación del cuestionario entre sujetos violentos o no violentos (en el caso de la pasación escolarizada).

Por otra parte, en el caso de los sujetos no violentos, se formularon los ítems sobre la base de “el grupo con el que te sientes más unido”, mientras que se indagaba si, en el caso de los sujetos que declaraban realizar conductas violentas, el grupo con el que va a pegar es el grupo con el que se siente más unido. Esto nos permitía obtener otro tipo de datos para futuras investigaciones. Dichas variables, cuya descripción se presenta de modo detallado en el apartado “Variables del CINCOVE”, son las siguientes:

- ▶ Variables grupales: composición del grupo, tiempo de pertenencia al grupo, estructura grupal y cohesión grupal, rol adoptado por el sujeto, presión grupal e importancia del grupo frente al resto de referentes.
- ▶ Distribución del tiempo libre.

– Variables específicas para los sujetos violentos.

Las variables específicas incluidas para la categoría de sujetos que se declaraban “violentos” están todas relacionadas con la conducta de estudio, y son las siguientes: recencia, inicio o experiencia conductual, generalización, centralidad del grupo de iguales en relación con la conducta violenta exogrupal, importancia de la conducta violenta como acción grupal, planificación y hábito. Estas variables, al igual que las anteriores, se describen en el apartado “Variables del CINCOVE”.

4.4.4. Ordenación de los ítems

Como puede observarse en el Anexo 1, la ordenación de los ítems que conforman el instrumento parte de una combinación secuencial de batería de preguntas organizadas por temas, en las que cada una se suele iniciar mediante las preguntas más sencillas. Así, tras un breve enunciado que pretende servir de recordatorio sobre el tema tratado, y en el que se centra al sujeto en sus propias opiniones y experiencias, se comienza el cuestionario con ítems que pretenden indagar la experiencia personal del sujeto sobre el tema. El orden de presentación de los ítems al sujeto fue, finalmente, el que se muestra a continuación.

1. Experiencia.
2. Percepción de amenaza.
3. Estabilidad temporal de la actitud.

Llegados a este punto, una vez centrado al sujeto en la “violencia juvenil exogrupal” como objeto de estudio e igualmente experimentado el modo de respuesta a las distintas escalas, el instrumento comienza a presentar las variables teóricas que pretenden alcanzar el diseño de un modelo causal de la violencia juvenil exogrupal.

4. Actitud general hacia la conducta.
5. Norma subjetiva general.
6. Aceptación-rechazo normativo de la conducta.
7. Primera medición de la intención: próximo mes y próximo año
8. Acomodación a la norma subjetiva general.

Inmediatamente después, y siguiendo uno de los criterios generales relativos al diseño del instrumento, se introduce un párrafo que recuerde al sujeto tanto el objeto de los ítems como la forma de responder a las escalas que va a encontrar a continuación.

9. Creencias conductuales sobre la violencia juvenil exogrupal (consecuencias percibidas sobre la realización de la conducta y valoración de las mismas).

10. Componente normativo: acomodación normativa (motivación para acatar la opinión de los referentes importantes).
11. Componente normativo: creencias normativas (opiniones de los referentes importantes sobre la realización de la conducta por parte del sujeto).
12. Control conductual percibido –1–.
13. Creencia normativa personal.
14. Segunda medición de la intención: próximo mes y próximo año.
15. Control conductual percibido –2–.
16. Grado de afectación de la conducta a los referentes importantes.
17. Control conductual percibido –3–.
18. Variables grupales comunes a sujetos violentos y sujetos no violentos.
19. Frecuencia de la conducta violenta.
20. Recencia de la conducta.
21. Inicio de la conducta. Experiencia conductual.
22. Tiempo de pertenencia al grupo.
23. Centralidad del grupo en relación con la conducta violenta.
24. Importancia de la conducta violenta como acción grupal.
25. Frecuencia de planificación de la conducta violenta.
26. Rol adoptado por el sujeto.
27. Presión/cohesión grupal.

Una vez más, siguiendo las "Precauciones" adoptadas en la creación del instrumento cuantitativo, el comienzo de una nueva página aparece encabezado por las instrucciones acerca del modo de situar la opción de respuesta.

4.4.5. Variables del CINCOVE

En el apartado de "Ordenación del CINCOVE" hemos ido presentando los ítems tal y como fueron presentados al sujeto. El diseño definitivo del instrumento, sobre todo en lo que a ordenación se refiere, se realizó siguiendo unos criterios estratégicos ya señalados en el apartado "Criterios y precauciones del CINCOVE" que, sin embargo, no se corresponden con una ordenación en función de los objetivos teóricos. Por ello, presentamos a continuación todas las variables del CINCOVE que, dados los objetivos planteados en el presente estudio, permitieron realizar los análisis necesarios para verificar las hipótesis de trabajo. Sin embargo, esta presentación pretende tener un carácter más teórico que, como ocurría anteriormente, práctico; por ello, y con la finalidad de facilitar la comprensión de los supuestos teóricos de partida, dichas variables se presentan siguiendo un criterio de ordenación distinto al que aparece en el cuestionario, ya que su presentación obedece a una ordenación de carácter teórico. El esquema expositivo que vamos a seguir es el siguiente:

12. Control conductual percibido –1–.
13. Creencia normativa personal.
14. Segunda medición de la intención: próximo mes y próximo año.
15. Control conductual percibido –2–.
16. Grado de afectación de la conducta a los referentes importantes.
17. Control conductual percibido –3–.
18. Variables grupales comunes a sujetos violentos y sujetos no violentos.

Seguidamente, pese a no encontrarnos con un encabezamiento de página, y dado el carácter mucho más confidencial de las preguntas formuladas a continuación, se le recuerda al sujeto el anonimato del cuestionario.

19. Frecuencia de la conducta violenta.

Una vez seleccionada la muestra de estudio, mediante la pregunta filtro, y tras un nuevo párrafo introductorio en el que hace hincapié en el carácter confidencial de las preguntas y las instrucciones relativas a la forma correcta de contestar a las escalas, se presenta una serie de preguntas encaminadas a averiguar aspectos relativos a la conducta violenta, pero esta vez dentro del ámbito grupal.

20. Recencia de la conducta.
21. Inicio de la conducta. Experiencia conductual.
22. Tiempo de pertenencia al grupo.

1. Identificación del grupo de variables al que pertenece.
2. Nombre y etiqueta de la variable.
3. Descripción de la variable:
 - 3.1. *Si se trata de una variable incluida originalmente en el CINCOVE:*
 - a. *Pregunta utilizada para su medición.*
 - b. *Valores que presenta la variable. Dado que la mayoría de los ítems*

son de escala de 7 puntos, se señalarán los correspondientes extremos.

3.2. Si se trata de una variable generada a partir de variables originales del CINCOVE:

- a. Respecto a las variables originales, el mismo proceso que en el apartado anterior.
- b. Descripción del proceso seguido para la generación de la nueva variable.
- c. Valores que presenta la variable.

A continuación se presentan las variables utilizadas. Para ello, se ha preparado un esquema inicial que, a modo de resumen, presenta la clasificación de las variables utilizadas en función de su adscripción al modelo teórico de partida y modificaciones propuestas; clasificación que desarrollamos y detallamos inmediatamente después.

ÍNDICE DE VARIABLES UTILIZADAS EN EL CINCOVE

4.4.5.1. Características sociodemográficas/ de identificación

- a. Características sociodemográficas.
- b. Variables de identificación.

4.4.5.2. Variables incluidas en el modelo de la Teoría de la acción razonada

- a. Actitud general hacia la conducta.
 - ▶ Consecuencias.
 - ▶ Valoración de las consecuencias.
- b. Creencias conductuales sobre la violencia juvenil exogrupal.
 - ▶ Consecuencias.
 - ▶ Valoración de las consecuencias.
- c. Componente normativo.
 - ▶ Norma subjetiva general y motivación para acomodarse a la misma.
 - ▶ Creencias normativas.
- D. Intención.
 - ▶ Intención durante el próximo mes.

- ▶ intención durante los próximos 12 meses.

e. conducta.

- ▶ Realización de la conducta.
- ▶ Frecuencia de la conducta.

4.4.5.3. Variables incluidas en el modelo de la Teoría del comportamiento planificado: control conductual percibido

4.4.5.4. Variables teóricas propuestas para modificar el modelo teórico de partida

- a. Variables relacionadas con la intención:
 - ▶ ejercicio.
- b. Variables relacionadas con el componente normativo.
 - ▶ Aceptación/rechazo de la conducta por parte de los referentes.
 - ▶ Grado de afectación de la conducta a los referentes normativos.
- c. Variables relacionadas con el control conductual percibido.
 - ▶ Formulaciones complementarias del control conductual percibido.
- d. Variables relacionadas con la conducta.
 - ▶ Conducta pasada.
 - ▶ Recencia de la conducta.
 - ▶ Inicio de la conducta. Experiencia conductual.
 - ▶ Generalización de la conducta violenta.
 - ▶ Hábito.

4.4.5.5. Variables “externas” al modelo de la Teoría del comportamiento planificado.

- a. Norma personal general o creencia normativa personal.
- b. Obligación moral.
- c. Autovigilancia o autoobservación.

4.4.5.6. Variables obtenidas del análisis cualitativo de las entrevistas realizadas

- a. Percepción de amenaza.
- b. Percepción de aceptación/rechazo de la conducta por parte del entorno socialmente importante.

4.4.5.7. Variables grupales

- a. Composición del grupo.
- b. Tiempo de pertenencia al grupo.
- c. Estructura grupal.
- d. Cohesión grupal.
- e. Centralidad del grupo en relación con la conducta violenta.
- f. Importancia de la conducta violenta como acción grupal.
- g. Rol adoptado por el sujeto.

4.4.5.8. Variables teóricas moduladoras de la relación entre actitud y conducta

- a. Estabilidad de la actitud.
- b. Experiencia con el objeto actitudinal.
- c. Importancia de la actitud.
- d. Niveles de especificidad.

4.4.5.9. Otras variables introducidas en el CINCOVE –21 cuestionario de comprobación de la conducta–

- a. Relacionadas con el entorno familiar (supervisión y afecto parental).

4.4.5.1. Características sociodemográficas y de identificación

- a. Características sociodemográficas.

SEXO: Sexo

EDAD: Edad

CURSO: Curso académico que realiza en la actualidad (para aquellos sujetos cuya captación se realizó en los centros escolares).

- b. Variables de identificación.

Recordamos que la única utilidad de estas variables era de carácter práctico: dada la existencia de una doble aplicación del instrumento a los sujetos, resultaba imprescindible poder identificar los cuestionarios –que no a los sujetos– para su análisis. La solicitud de la fecha de nacimiento, además de las iniciales, debía permitir este objetivo si se diera el caso de coincidencia de iniciales en algunos de los sujetos pertenecientes a la misma clase.

INICIAL: Iniciales del nombre, primer y segundo apellidos del sujeto, solicitadas para poder unir el primer y segundo cuestionario utilizado.

FECHA: Fecha de nacimiento del sujeto.

4.4.5.2. Variables incluidas en el modelo de la Teoría de la acción razonada

- A. Actitud general hacia la conducta/Valoración de la conducta.

Como ya vimos en el apartado teórico, la actitud general hacia la conducta se mide a través de las valoraciones generales que los sujetos realizan sobre la conducta. En nuestro caso, para obtener la actitud general de los sujetos hacia la conducta violenta exogrupal, se han medido las valoraciones generales de los sujetos sobre dicha conducta. Para ello se formularon ocho ítems, referidos todos a un mismo encabezado que centra al sujeto en la conducta de estudio. Las escalas utilizadas han sido tipo Likert, bipolares, en las que se marcaron polos opuestos. Los ítems formulados se muestran a continuación.

“Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, es”:

Verdadero Falso

Donde “X” e “Y” son, respectivamente:

VALMALO: “Malo – Bueno”.

VALPELI: “Muy Peligroso – Nada peligroso”.

- VALINJUS: "Injusto – Justo".
 VALNOGUS: "No me gusta – Me gusta".
 VALSIRVE: "No sirve para nada – Sirve para mucho".
 VALSEMAL: "Me hace sentir mal – Me hace sentir bien".
 VALPPIOS: "Va contra mis principios – Está a favor de mis principios".
 VPLPROB@: "No resuelve problemas – Resuelve problemas".

b. Creencias conductuales sobre la violencia juvenil exogrupal.

Siguiendo el modelo propuesto por Fishbein y Ajzen, el componente actitudinal es una función de las consecuencias percibidas por el sujeto sobre la ejecución de la conducta y de la evaluación que realiza de dichas consecuencias. En nuestro caso, la obtención de las creencias conductuales de los sujetos sobre la violencia exogrupal juvenil se realizó mediante la medición de las consecuencias percibidas acerca de la realización de la conducta y la valoración de dichas consecuencias. Como puede observarse, la formulación de las consecuencias se realiza mediante la utilización del tiempo verbal futuro –condicional– al considerarse la consecuencia como una expectativa sobre la conducta, mientras que la valoración de la misma se realiza mediante el presente verbal al ser considerada una opinión actual del sujeto. Para su obtención, y previa introducción de un párrafo que recuerda al sujeto tanto el objeto de los ítems como la forma de responder a las escalas que va a encontrar a continuación, se listan las creencias (consecuencia y valoración) que resultaron significativas en el pilotaje del instrumento.

► Consecuencias.

"Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, [...]"

Falso Verdadero

Donde [...] es sustituido en la formulación por los siguientes ítems:

- CONREMO: "... me haría tener remordimientos".
 CONHIRIE: "... podría hacer que me hiriesen".
 CONDESA: "... me haría desahogarme".
 CONRESPE: "... haría que me respetasen".
 CONPROB: "... me haría tener problemas con la gente que aprecio".
 CONENEM: "... me crearía enemigos".
 CONPEG: "... evitaría que otros me peguen a mí".
 CONCOBAR: "... evitaría que me tomen por cobarde".
 CONAPOGR: "... me haría sentirme apoyado por mi grupo".
 CONCASTI@: "... me permitiría castigar a quien se lo merece".
 CONIDEAS: "... me permitiría defender las ideas en las que creo".
 CONPROT: "... me haría sentirme protegido".
 CONPOLI: "... me haría tener problemas con la policía".
 CONMIEDO: "... me evitaría tener miedo".
 CONHERIR: "... me haría herir gravemente a alguien".
 CONPRO: "... me permitiría proteger a las demás personas que aprecio".
 CONPOPU: "... me haría ser popular en mi ambiente".

En cuanto al modo de respuesta, todas las consecuencias se evalúan en una escala de "Falso" – "Verdadero".

► Valoración de las consecuencias.

"Que yo [...] es":

Malo Bueno

Donde, como ya ocurriera en el caso anterior, las frases se completan con los siguientes ítems:

- VALREMO: Valoración consecuencia "tener remordimientos".
- VALHIRIE: Valoración consecuencia "podría hacer que me hiriesen".
- VALDESA@: Valoración consecuencia "me haría desahogarme".
- VALRESPE: Valoración consecuencia "haría que me respetasen".
- VALPROB: Valoración consecuencia "me haría tener problemas con la gente que aprecio".
- VALENEM: Valoración consecuencia "me crearía enemigos".
- VALCONPEG: Valoración consecuencia "evitaría que otros me peguen a mí".
- VALCOBAR: Valoración consecuencia "evitaría que me tomen por un cobarde".
- VALAPOGR: Valoración consecuencia "me haría sentirme apoyado por mi grupo".
- VALCAST@: Valoración consecuencia "me permitiría castigar a quien se lo merece".
- VALIDEAS: Valoración consecuencia "me permitiría defender las ideas en las que creo".
- VALPROT: Valoración consecuencia "me haría sentirme protegido".
- VALPOLI: Valoración consecuencia "me haría tener problemas con la policía".
- VALMIEDO: Valoración consecuencia "me evitaría tener miedo".
- VALHERIR: Valoración consecuencia "me haría herir gravemente a alguien".
- VALPRO: Valoración consecuencia "me permitiría proteger a las demás personas que aprecio".

VALPOPU@: Valoración consecuencia "Me haría ser popular en mi ambiente".

Todas las valoraciones se realizan a través de una escala "Malo" – "Bueno".

Siguiendo las indicaciones de los autores, las valoraciones de cada una de las consecuencias se intercalan a las mismas en la suposición de que la proximidad entre la consecuencia y su valoración debe determinar su proximidad conceptual. De hecho, puede observarse cómo este punto ha sido remarcado incluso gráficamente, mediante la introducción de una leve diferencia (un tabulador más) entre la consecuencia y la valoración para que el sujeto observe que ésta hace referencia a la primera.

c. Componente normativo.

Como ya vimos dentro del apartado "Predicciones del modelo", la propuesta teórica de los autores del modelo es que la obtención del componente "norma subjetiva" puede realizarse bien a través de una medida global (general), bien mediante una medida basada en creencias. Mientras que en el primer caso la evaluación se hace mediante un único ítem que evalúa la percepción del sujeto sobre la opinión de sus referentes importantes, en el segundo caso se analizan las respuestas de los sujetos en su evaluación sobre cada uno de los sujetos que componen su entorno de referencia. Así, se postula, que la norma subjetiva es directamente proporcional a la resultante de la fuerza de cada una de las creencias normativas multiplicada por su correspondiente motivación para acatar dicha creencia.

- Norma subjetiva general y motivación para acomodarse a la misma.

El aspecto normativo de la conducta, en un nivel general, se ha medido a través de varios ítems. Cada uno soporta algunas hipótesis que serán detalladas y comprobadas en el apartado correspondiente. Como ya quedó expuesto, la norma subjetiva general está referida a lo que la persona piensa que la mayoría de la gente importante para él cree que debería o no debería hacer sobre la conducta en cuestión.

La medida global del ítem se realiza mediante un único ítem de escala de siete puntos con la siguiente formulación.

NSGRAL: Norma subjetiva general.

“La mayoría de las personas que son importantes para mí piensa que yo...

No debería Debería

... pegar, con mi grupo durante el próximo mes a una o más personas que pertenecen a otro grupo”

Y ya veíamos que, según el modelo teórico propuesto, la “norma subjetiva general” está determinada por las expectativas percibidas de referentes específicos, individuos y grupos, y por la motivación de la persona para cumplir con dichas expectativas percibidas. Una vez medidas las expectativas generales del sujeto sobre la opinión de sus referentes importantes acerca de la realización de la conducta, medimos ahora la motivación del mismo a acatar dicha opinión. Como puede observarse, ambos ítems –la medición de expectativas y la medición de la motivación para asumirlas– se han separado en el instrumento para evitar la coherencia en la respuesta por parte del sujeto.

ACOMOGEN: Acomodación a la norma subjetiva general:

“En relación con la violencia contra una o más personas que pertenecen a otro grupo, quiero comportarme como la mayoría de las personas que son importantes para mí piensa que yo debería hacer”.

Falso Verdadero

► Creencias normativas.

En este caso, se indagan las creencias normativas que sustenta el sujeto sobre la conducta. Según el modelo, la fuerza de cada una de las creencias normativas será el resultado de multiplicar la expectativa de opinión por la correspondiente motivación para acatar la misma, siendo el componente norma subjetiva directa-

mente proporcional a la suma de los productos resultantes a través de las referencias destacadas. A diferencia del modo de obtención de las creencias conductuales, ambos componentes se miden en momentos distintos para evitar la inducción de respuesta en el sujeto.

En primer lugar, hemos medido la motivación del sujeto para acatar la opinión de sus referentes importantes. Para ello, se formularon los siguientes 8 ítems:

“En relación con la violencia contra una o más personas que pertenecen a otro grupo, quiero comportarme como [referente concreto] piensa que yo debería hacer”.

Falso Verdadero

Donde los referentes importantes para el sujeto son los siguientes:

ACOMADRE: ... mi madre.

ACOPADRE: ... mi padre.

ACOHERMA: ... mis hermanos.

ACOPEGAN: ... los amigos con los que voy a pegar.

ACOSALGO: ... los amigos con los que salgo habitualmente.

ACOOPEGA: ... otras personas que pegan.

ACONOPEG: ... otras personas que no pegan.

ACOPARE@: ... mi pareja.

A continuación hemos medido la percepción de los sujetos acerca de la opinión que sus referentes importantes tienen acerca de la conducta, mediante el siguiente ítem:

“¿Qué opinión crees que tienen las siguientes personas sobre el hecho de que tú pegues, con tu grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo?”.

“Mi [...] piensa que yo...

No debería Debería

... pegar, con mi grupo durante el próximo mes a una o más personas que pertenecen a otro grupo”.

Y donde los referentes importantes que se presentan al sujeto son los siguientes:

OPIPADRE: ... madre.

OPIPADRE: ... padre.

OPIHERMA: ... hermanos.

OPIPEGAN: ... amigos con los que voy a pegar.

OPIALGO: ... amigos con los que salgo habitualmente.

OPIINOPEG: ... otras personas que no pegan.

OPIOPEGA: ... otras personas que pegan.

OPIPARE@: ... pareja.

d. Intención.

La intención conductual, tal y como veíamos en el apartado teórico, es definida por Fishbein y Ajzen (1975) como "la localización de una persona en una dimensión de probabilidad subjetiva que incluye una relación entre la persona misma y alguna acción", es decir, la probabilidad subjetiva de que la persona ejecute alguna "conducta".

Desde distintas posiciones teóricas se mantienen diversas posturas acerca de cómo debe realizarse la formulación para averiguar la intención que los sujetos declaran tener sobre la realización de la conducta. En nuestro caso tomamos la decisión de realizar una doble comprobación para analizar la capacidad predictiva del modelo, por una parte, y comprobar la veracidad de la respuesta, por otra.

Por una parte, se decidió incluir una doble formulación del ítem encargado de evaluar la intención de los sujetos de llevar a cabo la conducta de estudio; para ello, se indaga a través de dos ítems la intención del sujeto. En primer lugar se pregunta directamente al sujeto por su "intención" de realizar la acción; más adelante la formulación se realizará sobre la conducta futura. Siguiendo las limitaciones teóricas del modelo, "cuanto mayor sea la correspondencia en los niveles de especificidad, mayor debería ser la correlación intención-conducta" (Fishbein y Ajzen, 1975), y el grado de espe-

cificidad variará –como ya vimos– en función del tiempo (entre otros factores). Si bien no es objetivo de este estudio comprobar dicha hipótesis, y con vistas a análisis futuros, se ha realizado la medición de la intención durante el período temporal de 1 y 12 meses. Los ítems formulados fueron los que presentamos a continuación.

► intención durante el próximo mes.

INTMES1: Primera formulación para medir la intención del sujeto.

"Durante el próximo mes, tengo la intención de pegar con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo".

Falso Verdadero

INTMES2: Segunda formulación para medir la intención del sujeto.

"Durante el próximo mes, yo pegaré con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo".

Falso Verdadero

Estos ítems fueron igualmente medidos en el cuestionario de comprobación de la conducta, con el fin de comprobar que el sujeto mantenía la intención de realizar la conducta en el futuro.

► intención durante los próximos 12 meses.

INTAÑO1: Primera formulación para medir la intención del sujeto durante el próximo año.

"Durante los próximos 12 meses, tengo la intención de pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo".

Falso Verdadero

INTAÑO2: Segunda formulación para medir la intención del sujeto durante el próximo año:

“Durante los próximos 12 meses, yo pegaré con mi grupo a una o más personas que pertenecen a otro grupo”.

Falso Verdadero

e. Conducta.

La variable “conducta” hace referencia a la realización de comportamientos violentos juveniles exogrupales y dentro de este apartado se han realizado distintas mediciones. Como ya se indicó en su momento, la variable criterio para la selección de los sujetos fue la realización o no de la conducta violenta. Una vez más, recordamos que para la realización de este estudio se han seleccionado únicamente aquellos sujetos que afirman haber realizado dicha conducta. por ello, el análisis de este ítem no va a quedar reflejado en los datos que se presentan.

Una vez seleccionados los sujetos que cumplían la condición, es decir, aquellos catalogados como “violentos”, se ha procedido al análisis más detallado de su conducta en función de la frecuencia de realización.

► Realización de la conducta.

PEGADO@: Variable criterio de selección de los sujetos.

“¿Has pegado alguna vez, con tu grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo?”:

No
 Sí

► Frecuencia de la conducta.

PEGAMES: Frecuencia con la que el sujeto ha realizado la conducta de estudio durante el último mes.

“Aproximadamente, durante el último mes, ¿cuántas veces has pegado, con tu grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo?” ____ (Indica nº veces).

4.4.5.3. Variables incluidas en el modelo de la teoría del comportamiento planificado

Como ya quedara expuesto en el apartado teórico, la aportación fundamental de la teoría del comportamiento planificado a la teoría inicialmente propuesta por Fishbein y Ajzen es la inclusión del componente denominado control conductual percibido. De este modo, las variables de la teoría del comportamiento planificado contempladas en el cuestionario serían las ya establecidas para el modelo original y, además, el control conductual percibido.

a. Control conductual percibido.

El cuestionario contempla una serie de variables que pretenden averiguar el grado en el cual el sujeto percibe que “pegar, con su grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo”, recae bajo su control voluntario –por un lado– y donde recae el peso de dicho control –por otro–. Dichas variables conllevan hipótesis de interés para el modelo que se pretende comprobar y su análisis se presentará en el apartado correspondiente, por lo que nos limitamos ahora a mostrar la variable que, en su formulación más clásica (Ajzen y Madden, 1986; Schifter y Ajzen, 1985), se ha incluido para medir el control conductual.

CPPUEDO: Control conductual percibido (general/dificultad): grado en el cual el sujeto percibe que la conducta de estudio recae bajo su control voluntario.

“Durante el próximo mes, si quiero, puedo pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo”

Falso Verdadero

4.4.5.4. Variables teóricas propuestas para modificar el modelo teórico de partida

a. Variables relacionadas con la intención.

► Ejerción.

Heider (1944, citado en Morales, 1994) elaboró una teoría cognitiva, específicamente atribucional, que contemplaba la conducta como resultado de dos factores principales: la “fuerza ambiental” y la “fuerza personal”; esta última incluiría la percepción de “capacidad” y la “motivación” para iniciar una acción; a su vez, la motivación estaría determinada por la “intención” (esfuerzo necesario para emitir una conducta) y la “exención” (intensidad requerida para llevar a cabo esta acción). Por otra parte, estas dos variables han sido de forma independiente encontradas en el análisis cualitativo de las declaraciones de los jóvenes violentos; algunos de ellos citan con frecuencia situaciones, momentos y hechos que inducen una intención nítida de realizar el comportamiento violento que, no obstante, no cristaliza en la correspondiente conducta por la dificultad para asumir los costes personales y grupales asociados a su realización. Si bien está analizado en el correspondiente apartado del análisis cualitativo, la siguiente manifestación de uno de ellos ilustra adecuadamente la distinción entre intención y ejerción.

Informador nº 2:

No siempre estamos deseando “ir de caza”, depende de muchas cosas... Un nazi siempre es un objetivo potencial, siempre se le tienen ganas, pero hay veces que no te apetece mover a la gente... y, ¡joder!, cualquiera que te lo proponga te fastidia un poco; te haces el longui, le das larga; tienes ganas y, si viene directamente a por ti, a por él..., pero, cuando estás a tu rollo y te encuentras bien, que te digan que por ahí hay anda un hijo de puta, pues, te activa, pero no lo suficiente.

En vista de lo cual, se va a introducir una alternativa a la formulación tradicional de la “intención”, tal y como veremos más adelante. Presentamos la variable y su operativización.

Ejerción. Definida como grado en el cual el sujeto se muestra dispuesto para realizar todo lo necesario para poder llevar a cabo la conducta. El postulado teórico subyacente a esta variable es que resulta posible que, incluso después de desarrollarse la intención, exista un componente disposicional que favorezca o dificulte la ejecución real de la conducta.

ESFUERZO:

“Estoy dispuesto a realizar todos los esfuerzos necesarios para pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo”

Falso Verdadero

b. Variables relacionadas con el componente normativo.

► Aceptación/rechazo de la conducta por parte de los referentes.

Como ya se indicó en el apartado teórico, postulamos que existen diferencias significativas en el ámbito de los referentes importantes para los sujetos, relacionadas con la realización de la conducta de estudio (violencia juvenil exogrupal) y la realización de la conducta en general (violencia entre grupos juveniles). Una vez evaluada la norma subjetiva general, y según este planteamiento, consideramos que pueden obtenerse resultados distintos en función de que el sujeto perciba diferencias en la aceptación o reprobación de la conducta por parte del entorno normativo en función de que la conducta sea ajena o propia del sujeto.

Así, postulamos que es posible que los referentes importantes para el sujeto mantengan una posición distinta en función de si la conducta violenta es realizada por el sujeto cercano al referente o si quien realiza la conducta en cuestión son “otros”. Caso de existir dicha diferencia, el sujeto violento puede percibir una aprobación implícita, no manifiesta, por parte de los referentes hacia su comportamiento violento. La variable utilizada para indagar esta posibilidad es la siguiente:

RECHAZA: "Aceptación-reprobación de la conducta": diferenciar la aprobación-reprobación de "mi" / "la" conducta.

"La mayoría de las personas que son importantes para mí...

Rechaza Acepta

... la violencia entre grupos juveniles".

- Grado de afectación de la conducta violenta que realiza el sujeto sobre los distintos referentes normativos.

Los ítems que se presentan seguidamente pretenden medir la percepción del sujeto sobre cómo afecta la realización de la conducta violenta a sus referentes más importantes. Partimos del siguiente postulado teórico: es posible establecer que los bajos resultados obtenidos por el componente normativo en la predicción y explicación de la conducta puedan ser explicados, en parte, porque la norma social percibida por el sujeto influenciará la intención conductual en aquellos casos en los que la conducta afecte –positiva o negativamente– a los grupos relevantes para el sujeto. Por tanto, la variable crítica ha de ser establecer, por un lado, cuáles son dichos grupos relevantes para el sujeto, no en cualquier conducta, sino en la que ahora nos ocupa; y, por otro, la percepción del sujeto acerca de si la conducta por él realizada afecta –ya sea perjudicando o beneficiando– a estos grupos.

Como puede observarse en el cuestionario, se presenta un ítem para cada uno de los grupos relevantes del sujeto. Según nuestro postulado, el ítem tendrá importancia en el componente normativo en la medida en que se aleja del punto medio ("no influye"), ya sea en uno u otro sentido. Para ello, formulamos los siguientes ítems.

"Indica cómo influye que tú pegues, con tu grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, a las siguientes personas":

A [referente concreto]:

Le perjudica Le beneficia

Donde, una vez más, los referentes sobre los que se debía evaluar eran los siguientes:

INFLUMAD: A tu madre.

INFLUPAD: A tu padre.

INFLUHER: A tus hermanos.

INFPEGAN: A los amigos con los que sales a pegar.

INFSALGO: A los amigos con los que sales habitualmente.

INFNOPEG: A otras personas que no pegan.

INFOPEGA: A otras personas que pegan.

INFPAREJ: A tu pareja.

- c. Variables relacionadas con el control conductual percibido.

Como ya se apuntó en el apartado correspondiente, se proponen formulaciones alternativas a la tradicional del control conductual percibido en busca de una mayor validez de contenido y una mejor adaptación a la población-diana. Se pretende un análisis del constructo control conductual percibido, entendido ahora como factor psicosocial, mediante la especificación de variables con mayor grado de concreción y notable importancia teórica, que puedan influir tanto en la formación de la intención como, una vez establecida ésta, en su transformación en comportamiento. Tal y como veíamos en el apartado de "Ordenación del CINCOVE", los ítems que evalúan el control conductual percibido por el sujeto fueron alternados en el orden de presentación, en un intento de evitar la congruencia en las respuestas. En este caso, los presentamos uno tras otro para poder percibir la dimensión utilizada.

- Formulaciones alternativas/complementarias a la formulación tradicional del control conductual percibido.

Como ya hemos visto, la medición del control conductual percibido del sujeto ha sido obtenida mediante la utilización de la formulación clásica del ítem. Sin embargo, en la medida que componente del modelo, el control conductual percibido se encuentra determinado por las creencias de control. Para poder evaluar de un modo más específico en dónde reside la capacidad predictiva de este componente se operativizaron los siguientes ítems: "control conductual específico" –locus de control, número de agentes externos y evitar problemas–, y "autoeficacia" –general y específica–. Todos los ítems, como puede observarse, se analizan mediante escalas bipolares.

- ▶ Control percibido general –locus de control–: averigua dónde emplaza el sujeto la percepción de control, si lo hace en elementos externos o personales.

CPGDEPEN:

"Pegar, durante el próximo mes, con mi grupo a una o más personas que pertenecen a otro grupo es algo que":

No depende nada de mí Depende totalmente de mí

- ▶ Control percibido general –nº agentes externos–: evalúa la percepción del sujeto acerca de los elementos objetivos capaces de impedirle la realización de la acción.

CPNCOSAS:

"El número de cosas que podrían impedirme pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo es":

Muy pequeño Muy grande

- ▶ Control percibido –evitar problemas–: medición de la percepción del sujeto de su capacidad de evitación de los problemas que puede derivar la ejecución de la acción.

CPEVITAR:

"Yo soy capaz de evitar los problemas que me puede traer pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo".

Falso Verdadero

- ▶ Autoeficacia. Definida como "juicios de cada individuo sobre sus capacidades, según los cuales organizará y ejecutará sus actos de modo que le permitan alcanzar el rendimiento deseado" (Bandura, 1987).

CPCAPAZ: autoeficacia general.

"Yo soy capaz de pegar, con mi grupo a una o más personas que pertenecen a otro grupo siempre que desee hacerlo"

Falso Verdadero

CPSEGURO: autoeficacia específica, definida como seguridad total.

"Estoy totalmente seguro de poder pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, si quiero hacerlo".

Falso Verdadero

CONFIAN@: autoeficacia específica, definida como la confianza personal de poder realizar la acción violenta siempre que desee.

"Tengo total confianza en que si quiero pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, puedo hacerlo".

Falso Verdadero

CGHABIL@: averigua la percepción del sujeto acerca de su autocapacidad específica entendida como habilidades necesarias para llevar a cabo la acción.

"Yo tengo las habilidades suficientes para pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo".

Falso Verdadero

- ▶ Planificación de la conducta.

Como ya se indicaba en el apartado correspondiente, postulamos la hipótesis teórica de que la planificación de la conducta se encuentra directamente relacionada con el control

conductual percibido (fundamentalmente con la dificultad de la tarea) y la implicación –tanto personal como grupal– en el hecho violento; según esto, a medida que disminuye el control y aumenta la implicación, se producirá un aumento en la planificación.

En relación con la planificación de la conducta, podemos diferenciar dos estados en los que se puede situar el estado de la conducta. Caso de la no existencia de planificación previa a la acción, podemos situar la conducta en un estado “automático”, en el que puede predominar el desarrollo de guiones o patrones de conducta parcialmente estereotipados y conscientes, mientras que la existencia de la misma indicará un estado “elaborado” en el que deben existir unos criterios para la toma de decisiones.

El postulado teórico es que la planificación está directamente relacionada con el control –fundamentalmente con la dificultad de la tarea– y la implicación personal y grupal en el hecho violento: cuando disminuye el control y aumenta la implicación, se producirá un aumento en la planificación. Para comprobarlo, la planificación de la conducta violenta por parte del grupo se ha medido mediante dos ítems: nivel de planificación y frecuencia de la misma. La formulación concreta de cada uno de ellos se describe a continuación.

PLANI2: Nivel de planificación de la conducta.

“Cuando voy a pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, planificamos la acción violenta”:

Nada Mucho

PLANIFIC: Frecuencia de planificación de la acción (automatismo de la conducta).

“Siempre que he ido a pegar con mi grupo, hemos planificado previamente la acción violenta”:

Falso Verdadero

d. Variables relacionadas con la conducta.

Como ya hemos visto, algunos autores (Bentler y Speckart, 1979; Fredericks y Dossett, 1983, entre otros) sugieren la inclusión de la conducta pasada como un predictor “sustantivo” de la conducta futura, al mismo nivel de equivalencia que el resto de variables independientes del modelo. La incorporación de la variable “conducta pasada” como tal supone que la conducta previa ejerce un impacto en la conducta futura de modo independiente de los efectos de las creencias, las actitudes, la norma subjetiva y la intención; la realización repetida de la conducta deviene pues en hábito y, consecuentemente, el comportamiento futuro ocurre de forma “habitual”, sin la mediación de ninguno de los componentes formulados por Fishbein y Ajzen (1975; Ajzen y Fishbein, 1980) –creencia, actitud, norma subjetiva, control percibido e intención–. En opinión de Ajzen (1991; 1987), si bien la conducta pasada puede reflejar adecuadamente el impacto de factores que posteriormente influirán en la conducta, no es posible considerarla como un “factor causal de propio derecho”.

Bagozzi y Warshaw (1990) proponen la división del comportamiento pasado dos componentes: frecuencia y recencia. Ambos tienen una influencia sobre los comportamientos dirigidos a una meta, pero sólo proponen al primero de ellos, la frecuencia, como determinante de las intenciones y su efecto, mantienen, puede ser simple o compuesto. En primer lugar, puede funcionar como un sustituto del control actual cuando los impedimentos internos o externos están presentes; en segundo lugar, cuando una persona no se ha formado una intención o ésta no es clara respecto a sus intenciones, bien por falta de motivación u oportunidades o bien porque la intención no es estable, la frecuencia del comportamiento pasado podría predecir la ejecución de un comportamiento dirigido a una meta mejor que las intenciones. En este caso, el comportamiento pasado captura mejor los efectos de las actitudes y las normas o podría servir como indicador de los instigadores automáticos y no deliberados de la acción. Del

mismo modo, la recencia del comportamiento pasado tiene un efecto directo sobre la ejecución de un comportamiento dirigido a una meta. Por otra parte, son muchos los estudios que demuestran que la relación entre la actitud y la intención se ve incrementada cuando dicha actitud se forma, bien por contacto directo con el objeto actitudinal, bien por cercanía emocional con personas que posean dicho contacto directo sobre el objeto.

► Conducta pasada.

Formulada como el número de veces que el sujeto realizó la conducta en el pasado.

PEGAANNO:

"Aproximadamente, durante los últimos 12 meses, ¿cuántas veces has pegado, con tu grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo?" _____ (Indica nº de veces).

PEGAMES:

"Aproximadamente, durante el último mes, ¿cuántas veces has pegado, con tu grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo?" _____ (Indica nº de veces).

Las respuestas fueron codificadas, posteriormente, en semanas.

► Recencia de la conducta.

PEGAULT: Tiempo que hace que el sujeto ha realizado, por última vez, la conducta de estudio.

"Aproximadamente, ¿cuánto tiempo hace que has pegado, con tu grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, por última vez?":

Más de 1 mes. ¿Cuántos meses? _____

Menos de 1 mes. ¿Cuántas semanas? _____

Las respuestas fueron codificadas, posteriormente, en semanas.

► Inicio de la conducta. Experiencia conductual.

PPRIMMES: Tiempo que hace que pegó, por primera vez, con su grupo.

"Aproximadamente, ¿cuánto tiempo hace que pegaste por primera vez con tu grupo?":

Más de 1 año. ¿Cuántos años? _____

Menos de 1 año. ¿Cuántos meses? _____

La codificación de la variable se realizó en meses.

► Generalización de la conducta violenta.

"Aproximadamente, durante los últimos 12 meses, ¿cuántas veces has pegado **tú solo**:"

PSOLOGR: Frecuencia de realización de la conducta exogrupal sin el apoyo del grupo.

* A alguna persona que pertenecía a otro grupo? ____ (Indica nº).

PSOLOTRO: Frecuencia de realización de conducta violenta no exogrupal sin el apoyo del grupo.

* A alguna persona que no pertenecía a ningún otro grupo? ____ (Indica nº).

► Hábito.

Triandis (1980) define conceptualmente el hábito como "secuencias de situación específica que son o se han convertido en automáticas, para que ocurran sin autoinstrucción", operativizado como el número de veces que la conducta se realizó en el pasado; es decir, el concepto de hábito implica que la repetición de una conducta determinada provoca una rutina tal que se elimina cualquier decisión consciente por parte de la persona hacia su realización, comportándose de un modo al que ya se ha acostumbrado. En el modelo propuesto por este autor, la conducta deviene de la conjunción de intención conductual y hábito; en la medida en que las conductas se hayan convertido en habituales, se verán menos afectadas por la intención de realizarlas. Según Ronis, Yates y Kirscht (1989), es posible que la conducta se encuentre determinada por el hábito en lugar de por la intención, si bien la actitud es fundamental en la formación y modificación del hábito. En nuestro caso, decidimos que re-

sultaba interesante discriminar la existencia de “hábito temporal”, entendido según la formulación de Triandis, y el “hábito con el objeto”.

“Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, es algo que realizo”:

En raras ocasiones Con frecuencia

“Aproximadamente, ¿cuánto tiempo hace que pegaste por primera vez con tu grupo?”:

Más de 1 año. ¿Cuántos años? _____

Menos de 1 año. ¿Cuántos meses? _____

La codificación de la variable se realizó en meses.

4.4.5.5. Variables “externas” al modelo de la teoría del comportamiento planificado

a. Norma personal general o creencia normativa personal.

Como ya vimos en el apartado teórico, los resultados obtenidos por diversos estudios (Ajzen y Fishbein, 1973; Budd *et al.*, 1984) coinciden en la necesidad de incluir la importancia de las nociones internalizadas de los sujetos acerca de lo correcto y lo incorrecto, y la anticipación de las consecuencias emocionales de su transgresión en la formación de las intenciones para cometer conductas que son real o potencialmente el objeto de oprobio público. Así, a la vez que se incluyó el reflejo de la percepción individual acerca de lo que los otros referentes importantes desearían que el sujeto hiciera, es decir, la norma social, se decidió incluir la percepción de las reglas morales internalizadas por el individuo, es decir, la norma personal.

NORPERSO:

“Personalmente, pienso que debo pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo”.

Falso Verdadero

b. Obligación moral.

VALPPIOS: Valoración de la consecuencia “Pegar... va contra mis principios”.

“Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo”:

Va contra mis principios Está a favor de mis principios

CONREMO: Valoración de la consecuencia “Pegar... me haría tener remordimientos”.

“Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, me haría tener remordimientos”.

Falso Verdadero

CONIDEAS: Valoración de la consecuencia “Pegar... me permitiría defender las ideas en las que creo”.

“Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, me permitiría defender las ideas en las que creo”.

Falso Verdadero

c. Autovigilancia o autoobservación.

Bayron y Byrne (1998) definieron la autovigilancia como: “característica de la personalidad que implica la disponibilidad de cambiar el comportamiento de una persona para ajustarse a la situación, la consciencia de los efectos en los otros y la capacidad de regular señales no verbales y otros factores que influyen en las impresiones de los demás”.

Como ya se comentó en el apartado teórico, esta escala propuesta por Snyder (1987) trata de medir la variable autoobservación o autovigilancia, propuesta como una mediadora entre las actitudes y la conducta. La autoobservación estaría señalando la mayor o menor intención de los individuos para manejar la impresión que les causan a los demás. Se trataría de una característica estable que afectaría a la mayor parte de las interacciones sociales. Snyder considera que las personas se pueden clasificar según esta característica en un con-

tinuo con unos valores extremos que indicarían una gran motivación y esfuerzo para transmitir una imagen que se adapte a las peculiaridades de los distintos ambientes, grupos y personas con los que se relacionan (alta autoobservación) y una firmeza de convicciones y una escasa variabilidad en las expresiones emocionales y actitudinales en función de la interacción con otras personas (baja autoobservación). Según este autor, la relación entre actitudes y conducta tiende a debilitarse en el caso de las personas de alta autoobservación y a reforzarse cuando el individuo muestra características de baja autoobservación.

La hipótesis teórica de partida es que las actitudes sociales son mejores predictores del comportamiento en aquellos individuos que presentan un nivel de autovigilancia bajo, los cuales emplean las actitudes sociales como guías de su comportamiento; complementariamente, el vínculo "actitud-comportamiento" es más débil en aquellos sujetos que utilizan sus actitudes para adaptarse a cada situación social (Ajzen, Timbo y White, 1982; DeBono y Snyder, 1995). Esta variable se obtuvo mediante la aplicación de la escala de Snyder, en la que el sujeto debía valorar la afirmación como "verdadera" o "falsa".

- IMITAR: "Me resulta duro imitar la conducta de otras personas".
- FIESTAS: "En fiestas y reuniones sociales no intento hacer o decir cosas que a los demás les gustaría".
- DEFENDER: "Yo sólo puedo defender aquellas ideas en las que realmente creo".
- IMPROVIS: "Puedo improvisar argumentos o defensas sobre algunas cosas de los que casi no poseo información".
- APARIENC: "Yo muestro una determinada apariencia para impresionar o divertir a la gente".

- ACTOR: "Probablemente yo sería un buen actor o actriz".
- CENTRO: "En un grupo de gente, raramente yo sería el centro de atención".
- ACTÚO: "En diferentes situaciones y con diferentes personas, a menudo actúo como una persona muy diferente".
- AGRADABL: "No soy particularmente bueno o hábil resultándole agradable a la gente".
- APARENTO: "No soy siempre la persona que aparento ser".
- OPINIÓN: "Me gustaría no cambiar mis opiniones (o la forma en que hago las cosas) para agradar a alguien o ganar su favor".
- ENTRETE: "Me considero una persona entretenida".
- PAYASO: "Nunca he sido bueno en juegos como "payasadas" o improvisaciones".
- PROBLEMA: "Tengo problemas para cambiar mi conducta y ajustarla a distintas personas y diferentes situaciones".
- BROMAS: "En una fiesta yo dejo a los otros hacer las bromas y contar las historias".
- TORPE: "Me siento un poco torpe en compañía de otros y no me muestro tan desenvuelto como me gustaría".
- MENTIR: "Yo puedo mirar a alguien a los ojos y decirle una mentira con cara sincera".
- ENGAÑAR: "Puedo engañar a la gente siendo amistoso cuando realmente me desagradan".

4.4.5.6. Variables obtenidas del análisis cualitativo de las entrevistas realizadas

a. Percepción de amenaza.

El análisis de las entrevistas realizadas parecía indicar la relación existente entre la percepción de amenaza sentida por los jóvenes y la realización de la conducta violenta con carácter "preventivo". De hecho, una de las hipótesis complejas que surgían del mencionado análisis cualitativo era: "A mayor percepción de amenaza, mayor probabilidad de ejercer una violencia preventiva, lo que implica (de tener éxito) un aumento en la percepción de respeto y consecuentemente una disminución en la percepción de amenaza", con efecto de refuerzo negativo. Una vez planteada la situación, se evalúa la percepción del joven sobre el problema mediante los siguientes ítems, todos ellos evaluados mediante una escala de "Nada" a "Mucho":

AMENAZA: "¿En qué medida te sientes amenazado por ella?".

SUFRIDO: "¿En qué medida la has sufrido personalmente?".

PROTEGID: "¿En qué medida te sientes protegido contra ella?".

b. Percepción de aceptación/rechazo de la conducta por parte del entorno socialmente importante.

Una vez evaluada la norma subjetiva general, y tal y como planteábamos en el apartado teórico correspondiente, consideramos que pueden obtenerse resultados distintos en función de que el sujeto perciba diferencias en la aceptación o reprobación de la conducta por parte del entorno normativo en función de que la conducta sea ajena o propia del sujeto.

Postulamos que es posible que los referentes importantes para el sujeto mantengan una posición distinta en función de si la conducta violenta es realizada por el sujeto cercano al referente o si quien realiza la conducta en cuestión son "otros". Caso de existir dicha diferencia, el sujeto violento puede percibir una aprobación

implícita, no manifiesta, por parte de los referentes hacia su comportamiento violento. Para ello, preguntamos al sujeto por este hecho mediante el siguiente ítem.

RECHAZA: Pretende diferenciar la aprobación-reprobación hacia "mi" conducta de la aceptación-reprobación de "la" conducta

"La mayoría de las personas que son importantes para mí...

Rechaza

--	--	--	--	--	--	--

 Acepta

... la violencia entre grupos juveniles".

4.4.5.7. Variables grupales

Aunque la teoría de la acción razonada ha tenido mucho éxito en la predicción de una amplia gama de comportamientos sociales, no ha sido utilizada para la comprensión del comportamiento grupal antisocial (Evans y Taylor, 1995). En nuestro caso, dado el carácter fundamentalmente grupal que la conducta de estudio posee, se decidió introducir una serie de variables que, analizadas convenientemente, recogieran este componente grupal de la conducta.

En opinión de Evans y Taylor, los jóvenes se introducen en grupos organizados (bandas) para localizar y cubrir sus necesidades sociales o expresivas (descubrimientos y cambios); y, adicionalmente, los sujetos pretenden con su implicación asegurar sus necesidades estructurales o instrumentales (carrera e ingresos). En cuanto al apoyo normativo que otorga el grupo, estos autores presuponen que la implicación del sujeto en determinadas acciones grupales –tales como las peleas, los robos o la implicación en actividades relacionadas con las drogas–, acciones codificadas como papeles sociales prescritos y fortalecidos por la banda, confirma una estructura de organización que espera más formas severas de violencia y explotación. Otros de los aspectos analizados por Evans y Taylor fueron la motivación de los sujetos para cumplir con las normas prescritas

por el grupo, analizando la lealtad relativa de los sujetos hacia la familia o el grupo y el tiempo de pertenencia de los sujetos al mismo. De la combinación de los resultados que obtienen sobre la motivación, concluyen la existencia de presión grupal ejercida sobre los sujetos con el fin de provocar la conformidad del sujeto con las expectativas de su papel; en relación con la presión normativa del grupo, concluyen que los sujetos suelen experimentar una mayor presión normativa para efectuar formas más extremas de comportamientos violentos y de explotación. Evans y Taylor concluyen que la Teoría de la acción razonada resulta útil en su aplicación a bandas juveniles, en concreto en la estimación que ofrece el modelo acerca del poder de influencia de los componentes actitudinales y normativos como base de la explicación de los comportamientos violentos juveniles.

La hipótesis de partida era que dicha variable podría situarse al mismo nivel de influencia que el resto de componentes, aunque se barajaba la posibilidad de situar dicho componente grupal como un antecedente del modelo, en línea con lo que Fishbein y Ajzen (1975) denominaron "variable externa", es decir, en la consideración de que cualquier variable distinta de las especificadas en el modelo que pueda ejercer su influencia sobre la conducta consecuente —en este caso el componente grupal—, lo hará siempre a través de las variables específicas en el mismo. Sin embargo, el estudio que nos ocupa no tiene, ni podía tener dadas sus propias limitaciones, como finalidad un análisis profundo de la estructuración y de las complejas relaciones grupales. Por ello, asumiendo sus limitaciones, se introdujeron una serie de variables que fueron consideradas como las de mayor relevancia teórica para el modelo propuesto.

a. Composición del grupo.

Como punto de partida para el análisis del grupo violento de los sujetos, se procedió a establecer el número, sexo y edad de los integrantes del mismo. Para ello, se establecieron los siguientes ítems, todos de carácter abierto.

"En el grupo con el que vas a pegar:

CHICOS: "¿Cuántos chicos, aproximadamente, hay?": _____
(Indica nº)

CHICAS: "¿Cuántas chicas, aproximadamente, hay?": _____
(Indica nº)

EDADMAY: "¿Qué edad, aproximadamente, tiene el mayor?" _____
(Indica nº)

EDADMEN@: "¿Qué edad, aproximadamente, tiene el menor?" _____
(Indica nº)

b. Tiempo de pertenencia al grupo.

Un aspecto importante a la hora de analizar el grupo de pertenencia de los sujetos, y su relación con otras variables, es la duración de su pertenencia al grupo, especialmente para establecer un indicador aproximado del plazo temporal en el que ha estado sometido a la influencia de su grupo de iguales.

PERTEGR: Tiempo de pertenencia del sujeto en el grupo violento.

"¿Cuánto tiempo hace que perteneces a tu grupo?":

Más de 1 año. ¿Cuántos años? _____.

Menos de 1 año. ¿Cuántos meses? _____.

Su codificación se realizó, en ambos casos, en meses.

c. Estructura grupal.

En cuanto a la estructura del grupo violento con el que el sujeto realiza la conducta, nos interesaba averiguar varios aspectos. En primer lugar, nos interesaba saber si la estructura grupal podía considerarse como abierta o cerrada. Para ello, se establecieron los siguientes ítems:

ENTRARGR:

"Quien quiere entrar en el grupo con el que voy a pegar, puede hacerlo fácilmente":

Falso Verdadero

INCOR12:

“Durante los últimos 12 meses, se han incorporado al grupo con el que voy a pegar”:

Ninguna persona Muchas personas

ABANGR:

“Quien quiere abandonar el grupo con el que voy a pegar, puede hacerlo fácilmente”:

Falso Verdadero

ABANº2:

“Durante los últimos 12 meses, han abandonado el grupo con el que voy a pegar”:

Ninguna persona Muchas personas

d. Cohesión grupal.

La variabilidad intragrupal representa una proceso psicosocial de categorización social ampliamente conocido (Stephan, 1985; Tajel, 1982) que suele ir acompañado de una tendencia a la percepción de nítidas diferencias con los exogrupos (aspecto éste también contrastado en el análisis cualitativo).

Este aspecto resulta de particular interés en la explicación de la conducta violenta exogrupal, por lo que se examinó a través de los siguientes ítems agrupados bajo un único encabezado, y evaluados mediante una escala de “Falso” a “Verdadero”:

“En el grupo con el que voy a pegar...:

PENSAMOS: “Todos pensamos de la misma forma”.

GUSTAN: “A todos nos gustan las mismas cosas”.

TIEMPOL: “Pasamos juntos todo el tiempo libre que tenemos”.

FUTURO@: “Todos deseamos conseguir las mismas cosas”.

e. Centralidad del grupo de iguales en relación con la conducta violenta.

El concepto de identidad social resulta intuitivo, sugerente y revelador, pero, debido a sus características esenciales, resulta un reto su operativización. Generalmente, la identidad social emerge cuando resulta relevante o útil en un contexto social determinado, por ejemplo, por el surgimiento de un conflicto o la aparición en el escenario social inmediato de información (real o simbólica) asociada a un colectivo o categoría social. Los siguientes ítems representan un peculiar y no exento de polémica intento de operativizar algunos aspectos relacionados con la identidad social emergente respecto a la conducta violenta exogrupal, por lo modestamente lo hemos denominado “Centralidad del grupo de iguales en relación con la conducta violenta”.

En primer lugar, nos interesaba saber si los jóvenes catalogados como violentos extendían su red social más allá del grupo con el que realiza las acciones violentas. Para ello, se preguntó a los encuestados la cantidad de grupos de amigos diferentes que poseían. Otra cuestión importante para el tema que nos ocupa es el apoyo hacia la conducta de estudio que el sujeto recibe por parte de sus grupos importantes de referencia –los amigos–. Para ello, evaluamos en primer lugar cuántos de estos grupos conocen su actividad y cuántos la aprueban, por otro.

GRDIFER: Pertenencia a otros grupos.

“¿Cuántos grupos diferentes de amigos tienes?": _____ (Indica nº)

GRCONOCE: Homogeneidad hacia la conducta violenta.

“¿Cuántos grupos de amigos conocen tus actividades violentas?": ____ (Indica nº)

GRAPRUEB: Apoyo grupal a la conducta violenta.

“¿Cuántos grupos de amigos aprueban tus actividades violentas?": ____ (Indica nº)

La asociación diferencial de los sujetos que realizan comportamientos violentos resulta de

gran interés. Sin embargo, resulta muy útil para la conducta de estudio, establecer la relevancia del grupo que sustenta la conducta concreta. Una de las hipótesis subyacentes en el estudio de la violencia juvenil exogrupal, otorgada principalmente por el análisis cualitativo, era la existencia de una socialización deficiente por parte del entorno familiar y escolar, donde el grupo –en este caso el grupo violento– provee las pautas de socialización al joven. Resultaba, pues, imprescindible establecer la importancia del grupo violento frente a otros referentes.

GRVUNIDO:

“¿El grupo con el que vas a pegar, es con el que te sientes más unido?”

- No
 Sí

Además, como parte del análisis de su identidad social/grupal, interesaba averiguar con quién disfrutaban de su tiempo libre. Para ello, se estableció un único encabezado para la evaluación del tiempo libre que pasa con cada uno de sus grupos de referencia.

“¿Cuánto tiempo libre pasas con [...]”

Nada Mucho

Donde [...] es sustituido por los siguientes ítems:

- TLFAMIL: tu familia
TLSOLO: tú solo
TLAMPEGA: el grupo de amigos con el que vas a pegar
TLOTAMIG: otros grupos de amigos
TLPAREJA: tu pareja

También se preguntó a los sujetos a quién acuden cuando necesitan ayuda para solucionar sus problemas.

“Los problemas importantes que me afectan trato de solucionarlos con la ayuda de [...]”:

Nunca Siempre

Y, una vez más, se sustituía [...] por los ítems:

- PROBPAD: mis padres
PROBHNOS: mis hermanos
PROBGRPE: los amigos del grupo con el voy a pegar
PROBPARE: mi pareja
PROBOTAM: otros amigos
PROBOTRA: otras personas
PROBSOLO: nadie, yo solo

Finalmente, nos interesaba averiguar la importancia que el grupo violento adquiere frente a otras personas. Para ello, se han medido dos ítems en los que se preguntaba al sujeto (en una escala de 1: “Falso” a 7: “Verdadero”) si el grupo con el que realiza las actividades violentas es más importante que la familia y que el resto de personas (excluida, claro está, la familia).

GRIMPFAM:

“El grupo con el que voy a pegar es más importante que mi familia”:

Falso Verdadero

GRIMPOT@:

“El grupo con el que voy a pegar es más importante que el resto de personas que conozco (excluida mi familia)”:

Falso Verdadero

f. Importancia de la conducta violenta como acción grupal.

Para realizar el análisis de la relevancia que el sujeto, personalmente, concede a la conducta violenta sobre el resto de las acciones que realiza con su grupo, se procedió a evaluar el siguiente ítem:

AVIMPORT:

“Para mí, las acciones violentas que realizo con mi grupo son más importantes que cualquier otra actividad de las que hacemos habitualmente juntos”:

Falso Verdadero

g. Rol adoptado por el sujeto.

El rol adoptado por el sujeto dentro del grupo se evaluó, tanto en relación con la frecuencia con que el sujeto, personalmente, propone la realización de la conducta violenta al resto del grupo, como si dicha iniciativa se mantiene en la misma proporción cuando se trata de promover otro tipo de actividades no violentas. Ambos ítems se muestran a continuación.

YOPROP: "Yo propongo a mi grupo ir a pegar a una o más personas que pertenecen a otro grupo":

YOPROPO: "Yo propongo a mi grupo las actividades que vamos a hacer".

Ambos evaluados mediante una escala de "Nunca" a "Siempre".

Como puede observarse, la presentación de estos ítems al sujeto se realizó en momentos distintos para evitar la coherencia en la respuesta.

h. Presión/cohesión grupal.

La presión que el grupo ejerce sobre el sujeto encuestado se ha medido, tanto para la realización de la conducta violenta exogrupal como para el resto de actividades que los miembros del grupo ejercen habitualmente. Resultaba interesante establecer la percepción de los sujetos acerca del grado de acuerdo intragrupal y su complementariedad con el mantenimiento de las peculiaridades personales y de la importancia personal en el grupo. La asunción de las normas grupales como propias, tan conocida en la literatura psicosocial, crea la realidad o la ilusión (de difícil segregación en estos casos) de que las actividades y las normas grupales son parcialmente generales y parcialmente individuales.

Para su evaluación se establecieron los siguientes ítems, todos ellos evaluados mediante una escala "Nunca" a "Siempre":

YOGACUER: "Cuando yo propongo ir a pegar, mi grupo está de acuerdo".

YOGSIGUE: "Cuando yo propongo ir a pegar, mi grupo me sigue".

GRYOVOY: "Cuando mi grupo decide ir a pegar, yo voy con ellos".

GRYOACUE@: "Cuando mi grupo decide ir a pegar, yo estoy de acuerdo".

NOHAGO: "Cuando no estoy de acuerdo con la decisión de mi grupo sobre las acciones violentas, hago lo que dice la mayoría".

GRYOACU: "Cuando mi grupo decide hacer algo, yo estoy de acuerdo".

GRYOHAGO: "Cuando mi grupo decide hacer algo, yo también lo hago".

YOPROPO: "Yo propongo a mi grupo las actividades que vamos a hacer".

YOGRACUE: "Cuando yo propongo hacer algo, mi grupo está de acuerdo".

YOGRSIGU: "Cuando yo propongo hacer algo, mi grupo me sigue".

4.4.5.8. Variables teóricas moduladoras de la relación entre actitud y conducta

a. Estabilidad de la actitud.

La estabilidad temporal de la actitud resulta un condicionante teórico muy importante en el modelo para determinar la capacidad predictiva de la intención sobre la conducta. Para comprobar la existencia de estabilidad en la actitud de los encuestados, se definieron los ítems que se señalan a continuación; el primero corresponde a la primera medición que se realizó al pasar el instrumento (CINCOVE), mientras que el segundo corresponde al cuestionario de comprobación de la conducta (cuya pasación se realizó en el intervalo de un mes) y su inclusión se debe a un intento de asegurar dicha estabilidad.

CAMBOPIN:

"¿Ha cambiado en los últimos 12 meses tu opinión sobre la violencia realizada por grupos de jóvenes?":

No ha cambiado

Sí, estoy más en contra Sí, estoy más a favor

CAMBIADO:

"¿Ha cambiado en el último mes tu opinión sobre la violencia realizada por grupos de jóvenes?":

No ha cambiado

Sí, estoy más en contra Sí, estoy más a favor

b. Experiencia con el objeto actitudinal.

Como ya quedó puesto de manifiesto, distintos estudios han mostrado ya, teóricamente, que la capacidad predictiva de las actitudes aumenta cuando éstas se forman por contacto directo con el objeto actitudinal y/o por empatía con alguien que está en contacto con él (Perry *et al.*, 1976). Para la evaluación de dicha experiencia, se formuló un ítem muy claro y de fácil respuesta:

PRESENCI:

"¿Has presenciado alguna vez una pelea entre personas que pertenecen a grupos de jóvenes distintos?":

- No
 Sí

c. Importancia de la actitud.

Como ya se explicó en su momento (ver apartado teórico), la importancia de la actitud, término apodado por Krosnick (1988), parece estar determinada por tres variables (Boninger, Krosnick y Barent, 1995). La primera hace referencia al interés personal (grado de afectación a sus vidas); la segunda, llamada identificación social, se formula como el grado de afectación del grupo social al que se siente más cercano; por último, la relevancia de valores trata de establecer una medida de la congruencia entre los valores del individuo y sus actitudes.

PERSONAL: Grado de afectación personal.

"A mí, personalmente,

No influye

Me perjudica Me beneficia

pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo".

IMPORTA: Importancia personal de la conducta violenta.

"Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo es algo":

Nada importante Muy importante en mi vida

La identificación social, como ya se ha visto en este mismo capítulo, se formula como el grado de afectación de la conducta al grupo social al que se siente más cercano y ha sido reflejada anteriormente.

La relevancia de valores trata de establecer una medida de la congruencia entre los valores del individuo y sus actitudes. Para ello, se ha utilizado la valoración de la creencia sobre los principios y la creencia normativa personal.

d. Niveles de especificidad.

Jaccard, King y Pomazal (1977) pusieron a prueba la relación entre niveles de especificidad de la actitud y su capacidad para predecir actos concretos, y hallaron que, efectivamente, la predicción es tanto más fiable cuanto mayor equivalencia existe entre el nivel de especificidad en el que se miden la actitud y la conducta.

Por otro lado, Bagozzi y Burnkrant (1979) hallaron que la predicción es más eficaz cuando al medir la actitud se utilizan instrumentos que se refieren sobre todo al elemento afectivo (por ejemplo, el diferencial semántico), que cuando los instrumentos se refieren más al nivel cognitivo (por ejemplo, escalas Thurstone). Tal y como ya se puso de manifiesto en el apartado "Precauciones...", se ha intentado controlar este aspecto en todas las formulaciones de los ítems.

4.4.5.9. Otras variables introducidas en el CINCOVE –21 cuestionario de comprobación de la conducta–

Como ya se dijo en el apartado de Procedimiento, estas variables se introdujeron en el cuestionario con la doble finalidad de no presentar únicamente a los sujetos los ítems relacionados con el objeto de estudio, por un lado, y de comprobar diversas hipótesis postuladas en relación con la influencia paterna en la conducta de estudio, por otro.

Bjerregaard y Smith (1993) identifican como dimensión importante relacionada con el tema las prácticas de control parental dentro del hogar (Macoby y Martin, 1986). Por otro lado, Martín *et al.* (1997) establecieron la estrecha relación que se establece entre las relaciones familiares y los comportamientos de riesgo, en general, y la violencia juvenil, en particular. Para su comprobación se utilizó una escala de supervisión parental y una escala de afecto parental; ambas se presentan a continuación.

a. Supervisión parental.

- FRDÓNDE: “¿Con qué frecuencia saben tus padres dónde estás?” (1).
- FRQUIÉN: “¿Con qué frecuencia pueden saber tus padres con quién estás cuando sales de casa?” (1).
- FCONTROL: “¿Con qué frecuencia controlan tus padres lo que haces?” (1).
- IAMIGOS: “¿Qué importancia dan tus padres a saber quiénes son tus amigos?” (2).
- IDÓNDE: “¿Qué importancia le dan tus padres a saber dónde estás tú?” (2).

La evaluación de los ítems se realizó mediante las siguientes escalas:

- (1): Escala de 1: “Nunca” a 7: “Siempre”; (2): Escala de 1: “Ninguna” a 7: “Mucha”.

b. Afecto parental.

“¿Con qué frecuencia:

- FSÓLO: ... te sientes bien cuando estás sólo con tus padres?”
- FCONFIAR: ... crees que puedes confiar realmente en tus padres?”
- FCOMPREN: ... crees que tus padres te comprenden?”
- FEXIGEN: ... crees que tus padres son demasiado exigentes?”
- FDIVIER: ... te divierten realmente tus padres?”
- FRESPETO: ... tienes un montón de respeto por tus padres?”
- FMETEN: ... tus padres se meten en tus cosas?”
- FTERRIB: ... piensas que tus padres son terribles?”
- FENFADO: ... te sientes muy enfadado hacia tus padres?”
- FVIOLENT: ... te sientes violento hacia tus padres?”
- FORGULL@: ... te sientes orgulloso de tus padres?”

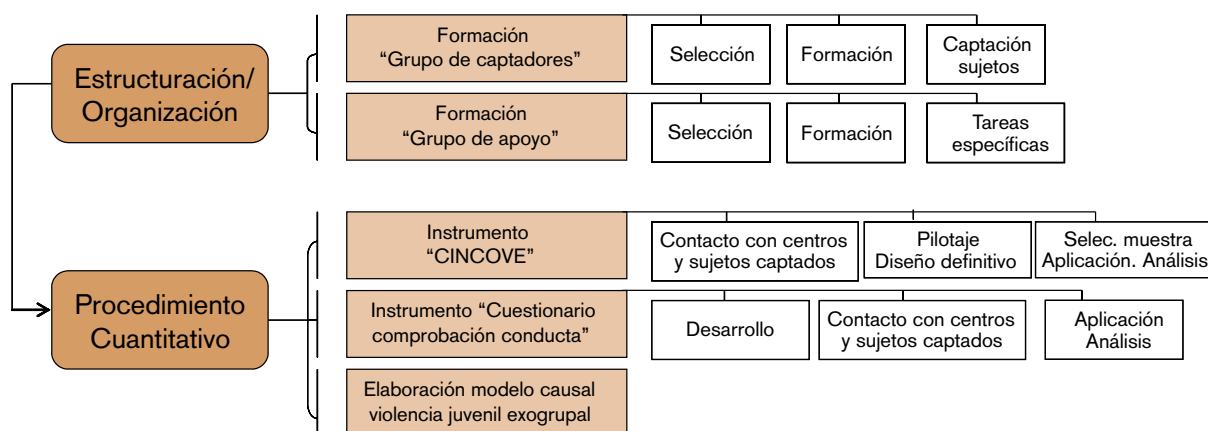
La evaluación de los ítems se realizó mediante una escala de 1: “Nunca” a 7: “Siempre”

4.5. Procedimiento

Al igual que hiciéramos en la descripción del procedimiento del estudio cualitativo, retomamos del gráfico del procedimiento general la parte correspondiente al procedimiento del estudio cuantitativo para detallarlo a continuación.

Recordamos que la fase de “Estructuración/Organización”, común a la metodología cuantitativa y cualitativa, quedó descrita en el apartado de “procedimiento general de la investigación”.

FIGURA II.C.4. PROCEDIMIENTO CUANTITATIVO.



Veámos, dentro del planteamiento general del estudio, que el procedimiento investigador fue diseñado de manera que los resultados de cada fase resultaran de utilidad para la planificación y el desarrollo de la fase subsiguiente (ver fig. II.a.2). La secuencia lógica de desarrollo de este procedimiento estocástico provoca que el procedimiento cuantitativo se inicie una vez concluidas las fases iniciales del procedimiento cualitativo.

FASE 10: Desarrollo del "Cuestionario de investigación de la conducta violenta exogrupal –CINCOVE–".

El procedimiento seguido con relación al análisis cualitativo permitió que, en cuanto comenzamos a analizar las primeras entrevistas, se pudiera empezar la fase de diseño del instrumento cuantitativo. Así, los resultados obtenidos mediante la aplicación del cuestionario de creencias sobre la violencia juvenil exogrupal y los resultados obtenidos en el análisis de la primera entrevista nos permitió comenzar el diseño del cuestionario de investigación de la violencia juvenil exogrupal –CINCOVE–. Esta fase fue, sin lugar a dudas, la más complicada de toda la investigación. Su diseño y desarrollo se realizó siguiendo los criterios detallados en el apartado "Criterios y precauciones relativas al diseño de los instrumentos de medida".

FASE 11: Establecimiento de contactos para la aplicación del instrumento.

El gran reto al que nos hemos debido enfrentar a la hora de realizar la presente investigación ha sido, como ya veíamos en el apartado de metodología cualitativa, la obtención de la muestra. Una parte importante de la muestra necesaria para la realización de la presente investigación se pretendía obtener mediante la colaboración de diversos centros escolares. Para ello, se pensó en solicitar la cooperación de algunos de los que, en investigaciones anteriores, ya nos habían prestado su ayuda y con los que se mantuvieron contactos posteriores. Para completar la muestra necesaria, y mientras el diseño del instrumento cuantitativo tenía lugar, se iniciaron contactos con otros centros escolares.

En el primer caso, los centros escolares que ya habían colaborado previamente, se estableció contacto mediante una carta del director de la investigación al jefe de estudios del centro seguida de contacto telefónico y, caso de que fuera necesario, visita personal al mismo por uno de los miembros del equipo de investigación. Una vez otorgada la autorización del jefe de estudios, el equipo de apoyo concertaba la encuestación en función de la disponibilidad, tanto del centro escolar como de los miembros del equipo de investigación.

La petición de colaboración a centros escolares con los que no se habían mantenido contactos previos se realizó mediante una llamada telefónica inicial en la que un miembro del equipo investigador presentaba –de manera muy breve– al jefe de estudios del centro al equipo investigador, los objetivos perseguidos y la necesidad de colaboración, para lo cual se solicitaba una cita personal. Tras este primer contacto, se enviaba –por fax o correo, según el deseo del responsable del centro escolar– un breve resumen que perfilaba toda la investigación con el fin de que, cuando se produjera el contacto personal, hubieran podido estudiar toda la información otorgada por teléfono. Finalmente, uno de los miembros del equipo de investigación se presentaba al responsable del centro escolar para solicitar formalmente la colaboración del centro. Al igual que ocurría en el caso anterior, una vez otorgada la conformidad del responsable del centro, el equipo de apoyo iba concertando la encuestación.

Tal y como se describió en el apartado correspondiente, prácticamente la mitad de la muestra implicada en esta investigación se obtuvo a través de la colaboración de distintas asociaciones. En concreto, se consiguió la implicación de asociaciones de barrios con un elevado índice de conflictividad y asociaciones deportivas (en concreto, seguidores de carácter “ultra” de los equipos de fútbol de la Comunidad de Madrid). El procedimiento seguido para el establecimiento de contacto en estos casos fue muy similar al utilizado para los centros escolares, salvo en lo que a documentación escrita se refiere. Así, las distintas comunicaciones que se establecieron en todos los casos referidos a asociaciones y clubes deportivos fueron de carácter verbal por expreso deseo de los implicados. El procedimiento seguido en estos casos fue el de iniciar el contacto mediante visita personal de uno de los investigadores en la cual se exponían los objetivos del trabajo en curso y se solicitaba su colaboración en el proceso de captación de sujetos que cumplieran los criterios establecidos para dicho trabajo. En aquellos casos en los que no se mostraron

atisbos de interés por parte de los implicados, se agradeció la atención y se abandonaron las conversaciones. Sin embargo, en el resto de los casos, en esta primera entrevista se acordaba un tiempo prudencial para proceder a la captación de los sujetos interesados en colaborar y se establecía una agenda de contactos futuros.

Finalmente, se establecieron contactos con personas o grupos que, contactados mediante conocimiento personal bien del grupo de captadores, bien mediante la utilización de otros recursos (tal como se indicaba en el “Estudio cualitativo”), cumplían los criterios establecidos.

FASE 12: Pilotaje del instrumento cuantitativo CINCOVE.

Mientras estaba teniendo lugar el establecimiento de contactos con los centros escolares, asociaciones diversas y captación individual de sujetos para la obtención de su colaboración, el equipo de investigación procedió al pilotaje del CINCOVE con una muestra de jóvenes escogida al azar. Una vez analizados los resultados, e introducidas las correcciones oportunas derivadas del mismo, se procedió al diseño definitivo. Los resultados de la aplicación piloto del instrumento cuantitativo se presentan en “Anexos CD: Estudio cuantitativo, Anexo nº 4”.

FASE 13: Diseño definitivo del CINCOVE. Selección de la muestra, aplicación del instrumento y análisis de resultados.

Una vez realizadas las modificaciones necesarias, sugeridas por el análisis del pilotaje del instrumento, se realizó el diseño definitivo del CINCOVE tal y como lo presentamos en la actualidad (ver “Anexo”, al final de este volumen). Una vez seleccionada la muestra entre los centros escolares que accedieron a prestar su colaboración, se procedió a la aplicación del CINCOVE. Para ello, se elaboró una serie de instrucciones para los miembros del equipo investigador encargados de realizar la encues-

tación. Básicamente, dichas instrucciones se resumían en las siguientes:

- ▶ Observar suficiente distancia física entre los estudiantes para asegurar la confidencialidad.
- ▶ El encuestador sería presentado como “Investigador de la UAM” por el tutor de cada una de las clases en las que se aplique el cuestionario. Una vez realizada la presentación del investigador, el tutor deberá abandonar, en todo caso, el aula.
- ▶ Se realizaría una presentación inicial del cuestionario para los alumnos.
- ▶ Dado que se va a solicitar una pequeña identificación no personal, se debía explicar a los alumnos la garantía de anonimato en los siguientes términos:
 - Puesto que se va a realizar la encuesta en dos momentos distintos, para poder juntar los cuestionarios les pedimos una clave.
 - Se van a juntar todos, no sabemos cuál es cada uno. No tenemos ninguna relación con el colegio/institución.
- ▶ En cuanto a los objetivos de la investigación, la información que se debía dar a los sujetos podía ir encaminada según las siguientes pautas:
 - Recoger su opinión sobre algunas cosas relacionadas con los jóvenes, puesto que ellos lo son.
 - Tratamos de recoger información sobre aspectos conflictivos (violencia), de los que se habla mucho, para saber la verdad.
 - Es muy importante que cada uno dé su opinión con total sinceridad, por eso están separados (confidencialidad).
- ▶ Las dudas se resolverían individualmente. La instrucción a los sujetos era: se levanta la mano y nosotros vamos uno a uno. De esta manera, se pretendía garantizar la confidencialidad.

- ▶ Las instrucciones debían ser explicadas de palabra, aun cuando aparezcan escritas en el cuestionario.

Como ya ha quedado reflejado en el apartado de “Muestra”, prácticamente la mitad de la población encuestada se ha captado de manera individualizada. En estos casos, lógicamente, la aplicación del instrumento se realizó fuera del ámbito escolar. El procedimiento para la aplicación del cuestionario en estos casos fue el siguiente: una vez localizados los sujetos susceptibles de cumplir los criterios establecidos, se procedió a la organización necesaria para la aplicación del instrumento cuantitativo; en todos los casos, la pasación tuvo lugar en locales de las distintas asociaciones o bien en lugares localizados por las mismas. Finalmente, en aquellos casos en los que la captación se realizó de manera individualizada, tanto del sujeto como del grupo, la aplicación del instrumento se realizó en el lugar señalado por el sujeto siempre que cumpliera los criterios de anonimato e intimidad.

Para la realización de los análisis estadísticos, se aplicaron un total de 1.200 cuestionarios del CINCOVE. De entre todos estos cuestionarios, fueron seleccionados para el análisis únicamente aquellos sujetos que manifestaron haber realizado comportamientos violentos en alguna ocasión, con lo cual la muestra quedó reducida a 318 casos utilizables. El resto de cuestionarios de sujetos que manifestaron no haber realizado comportamientos violentos quedó relegado para otras investigaciones posteriores. Para la realización del seguimiento de encuestación, se diseñó un protocolo de control de aplicación del CINCOVE (ver “Anexos CD: Estudio cuantitativo, anexo nº 7”) en el que se recogía la identificación dada por el sujeto, el centro o persona que había establecido el contacto y la fecha en la que se había recogido la información. El objetivo de este protocolo de control era poder localizar fácilmente a los sujetos susceptibles de formar parte de la muestra para el análisis y poder aplicarles el “cuestionario de comprobación de la conducta violenta exogrupal” transcurrido el

periodo establecido al efecto (1 mes). Una vez codificados los cuestionarios, se procedió a su análisis.

Las fases 14 a 16, ambas inclusive, corresponden al procedimiento cualitativo, anteriormente expuesto.

FASE 17: Diseño y Desarrollo del “cuestionario de comprobación de la conducta violenta exogrupal”.

Mientras la segunda aplicación del instrumento cualitativo estaba teniendo lugar, se comenzó a diseñar el “cuestionario de comprobación de la conducta violenta exogrupal” (Ver “Anexo” incluido al final de este volumen).

La finalidad de dicho cuestionario era, fundamentalmente, la comprobación tanto de si el sujeto había sido consecuente con su intención de llevar a cabo la conducta en el plazo establecido (1 mes, aproximadamente), como de si mantenía dicha intención para ocasiones futuras. Teniendo en cuenta los objetivos de este instrumento, su diseño –incluía pocos ítems– y el tiempo empleado para su aplicación, resultó bastante más sencillo que en el caso del CINCOVE; esto nos permitió que el instrumento estuviera terminado para su aplicación en el plazo previsto. En la composición del mismo se introdujeron, además de los aspectos ya mencionados, algunas variables relacionadas con la influencia de las actitudes en el comportamiento y ciertas variables para poder comprobar ciertas hipótesis que habíamos observado en el análisis cualitativo, si bien no directamente relacionadas con el modelo causal objeto de estudio. La introducción de este grupo de variables se realizó siguiendo un criterio puramente funcional: no se consideró adecuada la aplicación de un instrumento tan breve –los ítems necesarios para los objetivos puros del cuestionario apenas ocupaban una página– y, además, se veía la posibilidad de comprobar las citadas hipótesis cualitativas.

FASE 18: Establecimiento de contactos para la aplicación del “cuestionario de

comprobación de la conducta violenta exogrupal”.

Mientras el diseño del “cuestionario de comprobación de la conducta violenta exogrupal” tenía lugar, se volvió a establecer contacto con los centros escolares en los que se aplicó el CINCOVE para solicitar de nuevo su colaboración, ya que era preciso aplicar el cuestionario a los mismos sujetos a los que previamente habíamos encuestado. Dado que cada uno de ellos conocía perfectamente el procedimiento de investigación, la tarea más complicada de esta fase consistió en situar temporalmente la aplicación del cuestionario, ya que nos encontramos con el problema añadido de la cercanía del período vacacional, y la aplicación del instrumento debía tener lugar un mes después de la aplicación del CINCOVE. Gracias a la colaboración de los directores y jefes de estudio de los centros escolares, pudimos encontrar el modo de situar la aplicación del cuestionario de comprobación de la conducta violenta, de modo que eludiéramos las vacaciones escolares. En el caso de los sujetos que habían sido captados individualmente, se procedió a establecer una cita, en función de la disponibilidad de los sujetos, para la aplicación del instrumento.

FASE 19: Aplicación del instrumento cuantitativo. Análisis de resultados.

Transcurrido un mes aproximadamente del pase del CINCOVE, se procedió a realizar un segundo pase, esta vez del “cuestionario de comprobación de la conducta” (ver “Anexo” al final de este volumen) en los mismos lugares (centros educativos, asociaciones, clubes deportivos y personalmente), y con el fin de contrastar las variables en los sujetos que habían sido previamente seleccionados. Este método de “barrido” se realizó ante la imposibilidad de seleccionar previamente a los sujetos que habían manifestado realizar conductas violentas exogrupalas, una vez garantizado su anonimato. Tras el pase del cuestionario, y utilizando el protocolo de control de aplicación del CINCOVE (ver “Anexos CD: Estudio cuan-

titativo, anexo nº 7”), se fueron seleccionando aquellos casos en los que el sujeto había contestado a los dos cuestionarios (el CINCOVE y su comprobación). Finalmente, y tras un proceso de depuración de los cuestionarios obtenidos, el número de cuestionarios válidos para la realización del estudio resultó ser de 243. El resto de cuestionarios de jóvenes que sí manifestaron realizar comportamientos violentos, pero que no fueron utilizados en esta ocasión, quedaron reservados, al igual que ya ocurriera antes, para posteriores investigaciones.

Como podemos observar, el procedimiento utilizado –la recogida de datos en dos momentos distintos, con el intervalo de un mes– provocó la “muerte experimental” de 75 sujetos. Este hecho pudo estar causado por diversos motivos. En lo que se refiere al pase en centros escolares, hubo algún caso (en concreto uno de los centros) en el que la recogida de datos se realizó en fechas próximas a las vacaciones navideñas, con lo cual el absentismo escolar era algo más elevado; en otras ocasiones se dieron casos en los que la identificación del sujeto era poco clara o dudosa su coincidencia con la primera, con lo cual se decidió eliminarlo del análisis para mayor seguridad. En lo que se refiere a la captación individualizada, el propio método impone la limitación. Recordamos, una vez más, que el procedimiento utilizado en esta ocasión era muy personalizado (contactos en asociaciones, grupos del barrio, hinchas de grupos deportivos, sujetos anteriormente captados para las entrevistas), con lo cual el problema fundamental observado en este caso fue la imposible localización de alguno de los sujetos. El análisis de los casos perdidos señala que éstos se dieron más en los centros escolares que en la pasación individualizada. Consideramos que, pese a este hecho, el número de sujetos obtenido para la realización del análisis de datos es suficiente, dada la complejidad del objeto de investigación y del procedimiento utilizado.

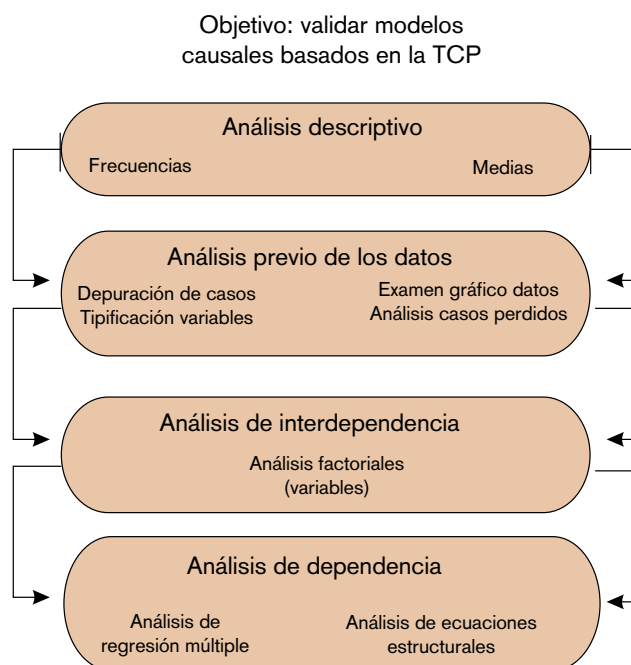
FASE 20: Integración de resultados cualitativos y cuantitativos.

Finalmente, se procedió a la integración de los resultados cualitativos y cuantitativos obtenidos en las fases anteriores.

4.6. Plan de análisis

Los objetivos planteados llevaron a determinar un plan de análisis de resultados muy concreto y diferenciado en varias fases, en función de los objetivos perseguidos en cada momento. Presentamos a continuación, de modo gráfico, dichas fases.

FIGURA II.C.5. PLAN DE ANÁLISIS DE DATOS.



La primera parte del análisis está orientada al estudio descriptivo de los resultados obtenidos en todas las variables recogidas en el instrumento de registro. Los estadísticos descriptivos utilizados han sido las frecuencias y los porcentajes, en el caso de las variables categóricas; en el caso de las variables de intervalo, se ofrecerán índices de tendencia central y de desviación, y el nivel de significación obtenido en la prueba “T” de Student, para una muestra realizada para facilitar la interpretación de datos. La segunda parte, el análisis previo de los datos, está dedicado a preparar, tanto los datos como la muestra, para la realización de los

análisis multivariantes posteriores, de manera que se detectaran y solucionaran los posibles defectos o problemas ocultos del instrumento aplicado, de su aplicación o de las respuestas obtenidas al mismo. El estudio de potenciales relaciones entre variables y la reducción de las mismas se ha abordado mediante el análisis factorial de componentes principales. Finalmente, se ha realizado un análisis de dependencia, a través de dos técnicas: el análisis de regresión múltiple y el análisis de ecuaciones estructurales.

La justificación de los procedimientos de análisis escogidos, la fundamentación estadística de los mismos y los elementos utilizados para su interpretación serán detallados en cada una de las fases de exposición de resultados. El procesamiento y análisis de datos ha sido llevado a cabo a través de los paquetes estadísticos SPSS-WIN 10.0 y AMOS-WIN.

5. RESULTADOS

5.1. Análisis descriptivo

5.1.1. Presentación

El análisis descriptivo de resultados ha sido estructurado desde una perspectiva teórica, partiendo de las variables incluidas en la Teoría de la acción razonada, para comentar a continuación las variables que añade el modelo de la Teoría del Comportamiento Planificado. Se analizan más adelante los datos generales obtenidos en las nuevas variables de contenido teórico, incluidas en esta investigación, y otras variables empíricas fruto del análisis cualitativo de las entrevistas.

Puesto que no es el objetivo fundamental de este trabajo hacer una mera descripción de la conducta estudiada, y con el fin de no cansar al lector con reiteraciones acerca de las variables analizadas, se ha decidido no mostrar en este texto la descripción completa del instrumento cuantitativo. Los resultados obtenidos en el análisis descriptivo realizado se muestran, de manera completa (tablas y texto incluido), en el "CD de Anexos: Estudio cuantitativo: Análisis descriptivo". Sin embargo, para faci-

litar un mayor conocimiento del instrumento y de la muestra objeto de estudio, no queremos dejar pasar la ocasión de mencionar algunos de los resultados que consideramos más interesantes. Por ello, las páginas que siguen se han estructurado de manera que permitan una lectura más fluida del texto, mediante la eliminación, tanto de algunas variables utilizadas en el instrumento de medida, como de todas las tablas descriptivas elaboradas; igualmente, se ha pretendido estructurar un formato de presentación más intuitivo que el indicado al principio de estas líneas. Una vez más, pedimos disculpas a los lectores interesados en el texto completo de este apartado, por tener que hacer el esfuerzo adicional de consultarlo en el CD de Anexos.

En la mayoría de los casos (variables originales), se ha obtenido la puntuación media de la escala y el nivel de significación obtenido en la prueba "T" de Student, para una muestra, realizada para facilitar la interpretación de datos. Esta prueba permite fundamentar estadísticamente la afirmación de que la media empírica de las distintas escalas de siete puntos es significativamente distinta de la puntuación media (4) o, más exactamente, rechazar la hipótesis nula de indiferencia de medias (escalar y empírica). Con ello, es posible inferir "tendencias de opinión" de la muestra analizada, en relación con algunas de las variables de interés para la investigación que nos ocupa. Estas tendencias pueden observarse en la desviación, estadísticamente significativa, de los encuestados hacia uno u otro polo de las escalas.

Una vez más, queremos recordar que todas las escalas a que se hace referencia en las páginas que siguen son escalas tipo Likert, de 7 puntos; para cada una de ellas se irán detallando los polos opuestos, entendiendo que, de no indicar lo contrario, el punto "4" hace referencia siempre al "término medio".

5.1.2. Resultados obtenidos

a) Características de la muestra.

Tal y como se indicaba en el apartado de "Metodología", la mayoría de los casos seleccionados para el análisis corresponde a sujetos varones, frente a un número menor de mujeres. El rango de edad de los sujetos encuestados oscila entre los 13 y los 28 años. La media de edad de los varones es de 17,26 años, mientras que la de las mujeres no alcanza los 17 años, presentando estas últimas una distribución más homogénea en esta variable que la mostrada por el grupo de varones. En la muestra total, el rango de edad varía entre 13 y 28 años, y la media se sitúa en torno a los 16-18 años.

b) Variables incluidas en los modelos teóricos de partida (teoría de la acción razonada y teoría del comportamiento planificado).

– *Valoraciones generales de los sujetos sobre la violencia juvenil exogrupal.*

Las valoraciones generales de los sujetos sobre la violencia juvenil exogrupal fueron medidas con distintos ítems en los que, situando al sujeto sobre la acción, se les preguntaba su opinión sobre determinados aspectos. Los resultados han mostrado que, en líneas generales, los sujetos tienden a situar sus valoraciones generales de la violencia exogrupal más cercanas a la calificación de "mala" ($\bar{x} = 3,14$; $p < 0,01$), "muy peligrosa" ($\bar{x} = 3,04$; $p < 0,001$) y "no me gusta". ($\bar{x} = 2,8$; $p < 0,001$). En cuanto a los polos positivos de la escala, la mayoría de los jóvenes tiende a declarar que la violencia juvenil exogrupal "Sirve para mucho" ($\bar{x} = 4,21$; $p < 0,001$) y "Resuelve problemas" ($\bar{x} = 4,50$; $p < 0,001$). El carácter de "utilidad" de la violencia es una de las cuestiones que, como ya se verá, queda igualmente reflejada en el análisis cualitativo.

– *Consecuencias percibidas sobre la realización de la violencia juvenil exogrupal y valoración de las mismas.*

Las consecuencias incluidas en el cuestionario son, como ya se comentó en el apartado de "Procedimiento", las que los sujetos mencionaron en el cuestionario diseñado para su recogida. En concreto, se pidió a los sujetos

que valoraran en una escala de 1: "Falso" a 7: "Verdadero" los siguientes ítems:

"Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo... [consecuencia]"

donde las consecuencias que había que valorar eran las siguientes: "... me permitiría proteger a las demás personas que aprecio", "... me haría tener problemas con la policía", "... me permitiría castigar a quien se lo merece", "... me haría sentirme apoyado por mi grupo", "... me crearía enemigos", "... me haría herir gravemente a alguien", "... haría que me respetasen", "... evitaría que otros me peguen a mí", "... me haría sentirme protegido", "... me permitiría defender las ideas en las que creo", "... podría hacer que me hiriesen", "... me evitaría tener miedo", "... me haría ser popular en mi ambiente", "... evitaría que me tomen por un cobarde", "... me haría desahogarme", "... me haría tener problemas con la gente que aprecio" y "... me haría tener remordimientos".

El primer dato de interés es que todas las creencias excepto las que se refieren a "problemas con la gente que aprecio" y con "remordimientos" (cuyas puntuaciones medias no difieren del término medio de la escala y no pueden, por lo tanto, ser interpretadas en uno u otro sentido) se orientan de forma notable hacia el polo de "verdadero", lo que puede interpretarse como una de las consecuencias de un exitoso proceso de selección de creencias relevantes en torno a la violencia exogrupal, realizado mediante el análisis cualitativo de las entrevistas con jóvenes que desarrollan este tipo de comportamiento.

Otro resultado de gran relevancia es la mayoritaria percepción de que la violencia exogrupal produce no sólo efectos socialmente sancionados negativamente (problemas con la policía, crearse enemigos, etc.), sino otros de gran importancia con denotaciones culturalmente positivas (proteger a las personas que aprecio, castigar a quien se lo merece, etc.).

Y una vez evaluada la "veracidad" o "falsedad" de las consecuencias señaladas, los sujetos

debían evaluar si, en su opinión, dicha consecuencia era “mala” o “buena”. Los resultados indican que todas las consecuencias listadas al sujeto obtienen una puntuación media que difiere significativamente del centro de la escala (4: “Término medio”), es decir, en la totalidad de los ítems los sujetos valoran las consecuencias bien como buenas o como malas. Esta polarización de las escalas, en este caso relativas a la evaluación de las consecuencias de la conducta violenta, puede, por una parte, interpretarse nuevamente como un indicio de la relevancia de las consecuencias seleccionadas para la población-diana.

Por otra parte, la importancia del entorno afectivo del sujeto se muestra en la tendencia a extremar las valoraciones de las consecuencias de la violencia exogrupal, tanto en sentido positivo (“proteger a las personas que aprecio”: $\bar{x} = 6,36$; $p < 0,001$), como negativo (“tener problemas con la gente que aprecio”: $\bar{x} = 1,62$; $p < 0,001$). Otro de los aspectos destacados de estos resultados es la valoración positiva que las consecuencias asociadas al bienestar personal, tanto físico (“evitar que me peguen”: $\bar{x} = 6,10$; $p < 0,001$) como psíquico (sentirse protegido, apoyado por el grupo, etc.: 0 en torno a 6; $p < 0,001$, para ambas). El mantenimiento de una identidad personal y social positiva son principios básicos de la percepción de los sujetos violentos en relación con la apreciación que realizan de las consecuencias asociadas a su conducta.

– *Factor normativo.*

Como ya veíamos en el apartado teórico, el sujeto se forma unas creencias acerca de lo que opinan los otros importantes para él sobre que realice o no la conducta; pero además de formarse estas creencias, es fundamental averiguar la motivación que el sujeto tiene para acatar dicha opinión. Este aspecto normativo de la conducta se ha medido, tanto de manera general como para cada uno de los referentes importantes del sujeto; referentes que, al igual que ocurriera en el caso de las consecuencias percibidas sobre la conducta, se obtuvieron

mediante la aplicación del cuestionario inicial de recogida de creencias.

La percepción de los jóvenes entrevistados acerca de la opinión general de su entorno de referencia sobre la realización de la conducta violenta se sitúa prácticamente en el punto intermedio ($\bar{x} = 3,27$; $p < 0,001$) de la escala cuando se les pregunta si consideran que la mayoría de las personas importantes para él creen que debería o no realizar la conducta violenta. La motivación para acatar esta opinión manifestada por los sujetos, medida en el nivel general, tiende de manera significativa hacia el acatamiento ($\bar{x} = 4,20$; $p < 0,001$). Una vez analizada de modo general la “norma subjetiva”, podemos detallar quiénes son los entornos de referencia importantes para el sujeto y la influencia que ejercen sobre él. Para ello, se formularon los siguientes ítems:

Creencia normativa:

“¿Qué opinión crees que tienen las siguientes personas sobre el hecho de que tú pegues, con tu grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo?”:

“Mi [referente concreto] piensa que yo [No debería-Debería] pegar, con mi grupo, durante el próximo mes a una o más personas que pertenecen a otro grupo”.

Donde los referentes concretos eran: “madre”, “padre”, “hermanos”, “amigos con los que pega”, “amigos con los que sale habitualmente”, “otras personas que no pegan”, “otras personas que pegan” y la “pareja”.

Acomodación a la norma:

“En relación con la violencia contra una o más personas que pertenecen a otro grupo, quiero comportarme como [referente concreto] piensa/n que yo debería hacer” (Falso-Verdadero).

En líneas generales, podemos afirmar que los sujetos creen que la opinión de los referentes importantes acerca de la conducta de estudio es –salvo contadas ocasiones– claramente

contraria a su realización; sin embargo, los sujetos muestran escasa motivación para acatar dichas opiniones. Los resultados obtenidos permiten hacer mención a algunos detalles significativos.

En primer lugar, es notorio el alejamiento de los jóvenes —en relación a la conducta violenta— de los referentes que, teóricamente, deberían ser más cercanos, como son los padres y los hermanos. En ninguno de los tres casos analizados se observa motivación destacable de los sujetos para acatar la norma procedente de ellos (0 en torno a 3, en todos los casos). Como se verá posteriormente, esto podría explicarse en parte por la poca atribución que los jóvenes violentos realizan de la influencia que, sobre la madre, el padre y los hermanos (en menor medida) tiene el hecho de que ellos realicen la conducta de estudio.

En el caso de “los amigos con los que pega” ($\bar{x} = 4,77$; $p < 0,001$) y “los amigos con los que sale” ($\bar{x} = 4,84$; $p < 0,001$), es necesario hacer en este punto la aclaración de que, como se verá posteriormente, la mayoría de estos jóvenes sólo se relaciona con un grupo (el grupo violento); por tanto, el ítem “amigos con los que sale” se solapa en bastantes casos con el “amigos con los que pega”. No obstante, es probable que los jóvenes que tienen más de un grupo de iguales moderen la puntuación media en la escala de creencia normativa respecto de la violencia exogrupal del grupo con el que sale habitualmente (que no sería necesariamente el grupo con el que pega), aunque, coherentemente con el resto de resultados, este hecho no disminuya la motivación para acomodarse a esta creencia normativa. Según esta interpretación, los jóvenes que tienen distintos grupos de iguales perciben un menor apoyo normativo a la violencia por parte del grupo con el que salen, que el que observan en el grupo con el que pegan; esta distinción no es obstáculo para que trate de acomodarse a las creencias normativas peculiares de cada grupo, por ejemplo, evitando los conflictos intergrupales con los compañeros cotidianos y afrontándolos con sus aliados en anteriores enfrentamientos.

Con relación al referente “otras personas que pegan” resulta interesante observar cómo, si bien los sujetos creen firmemente que su opinión es favorable a la conducta ($\bar{x} = 5,43$; $p < 0,001$), la motivación para acatar dicha opinión, sin embargo, es bastante menos elevada ($\bar{x} = 3,88$; $p = n.s.$) que en el caso de los amigos (no diferenciándose significativamente de la indefinición del punto medio de la escala). Este resultado es congruente con el hecho de que la mayoría de las personas ajenas al grupo suele ser enemiga potencial o real.

Otro caso para señalar es el de “la pareja” y la elevada motivación ($\bar{x} = 4,78$; $p < 0,001$) para acatar su opinión (claramente contraria a la conducta: $\bar{x} = 2,77$; $p < 0,001$) que manifiestan los jóvenes entrevistados. En este punto debemos señalar que, a diferencia de lo que ocurriera en el caso de los amigos (violentos o no violentos), no se ha preguntado a los sujetos si tenían o no pareja, por lo que no es posible establecer si todos los sujetos que contestan a este ítem son sujetos válidos para el mismo.

— *Intención.*

Desde distintas posiciones teóricas se mantienen opiniones diversas acerca de cómo debe realizarse la formulación para averiguar la intención que los sujetos declaran tener sobre la realización de la conducta. Igualmente, el postulado teórico del modelo es que dicha intención será menos predictiva a medida que aumente el periodo temporal a que esté referida (ver apartado teórico). Para la comprobación de la intención en los sujetos de nuestra muestra se han formulado los ítems que presentamos a continuación, todos ellos medidos a través de una escala de siete puntos (1: “Falso” a 7: “Verdadero”).

“Durante el próximo mes, tengo la intención de pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo”.

“Durante el próximo mes, yo pegaré con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo”.

“Durante los próximos 12 meses, tengo la intención de pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo”.

“Durante los próximos 12 meses, yo pegaré, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo”.

Los resultados generales no muestran importantes diferencias entre las puntuaciones medias obtenidas en las distintas formas de medir la intención o predisposición a realizar un comportamiento violento exogrupal, en el plazo de un mes o de un año. Mayoritariamente, los sujetos muestran una intención intermedia (las puntuaciones medias obtenidas se sitúan en torno a 4), aunque con tendencia en dos casos (ambos con la formulación “tengo la intención de pegar”, uno referido a un mes y otro a 12 meses) hacia puntuaciones medias significativamente más bajas que la media de la escala. Por otra parte, puede resultar de interés conocer que las operativizaciones de la intención basada en la frase “yo pegaré con mi grupo...”, durante el próximo mes y en el plazo de un año presentan puntuaciones medias significativamente superior ($p < 0,05$) a sus equivalentes basadas en la frase “tengo la intención de pegar a...”, en los mismos plazos temporales; además, cada par de variables (mismo plazo temporal y distinta formulación) se encuentran fuertemente correlacionadas ($p < 0,001$). Este resultado puede interpretarse como la existencia de una importante relación de interdependencia entre las dos formulaciones de la intención utilizadas, aunque probablemente la que utiliza el tiempo verbal futuro facilite una mayor desinhibición en la respuesta.

– Conducta.

La variable “conducta” hace referencia a la realización de comportamientos violentos juveniles exgrupales. Dentro de este apartado se han realizado distintas mediciones. Como ya se indicó en su momento, la variable criterio para la selección de los sujetos fue la realización o no de la conducta violenta, concretamente “¿Has pegado alguna vez, con tu grupo, a una o más

personas que pertenecen a otro grupo?”. Una vez más, recordamos que para la realización de este estudio se han seleccionado únicamente aquellos sujetos que afirman haber realizado dicha conducta, por ello, el análisis de este ítem no va a quedar reflejado en los datos que se presentan. Una vez seleccionados los sujetos que cumplían la condición, es decir, aquellos catalogados como “violentos”, se ha procedido al análisis más detallado de su conducta mediante el siguiente ítem:

“Aproximadamente, durante el último mes, ¿cuántas veces has pegado, con tu grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo?”.

Con relación a la frecuencia de la conducta durante el último mes, los valores máximos y mínimos abarcan desde “ninguna vez” hasta “diez veces”; la conducta se suele producir, como media, cada quince días, si bien los datos muestran una gran variabilidad en la respuesta. Así, podemos encontrar sujetos cuya frecuencia de realización de la conducta es muy elevada, extremadamente violentos; en el polo opuesto, encontramos otros sujetos en los que la conducta violenta es más ocasional.

– Control conductual percibido.

Como ya quedara expuesto en el apartado teórico, la aportación fundamental de la teoría del comportamiento planificado a la teoría inicial es la inclusión del componente denominado control conductual percibido. Por ello, el cuestionario contempla una serie de variables que pretenden averiguar el grado en el cual el sujeto percibe que la conducta de estudio (pegar, con su grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo), recae bajo su control voluntario, por un lado, y dónde recae el peso de dicho control, por otro.

Dichas variables, como ya ocurriera en otros casos, conllevan hipótesis propias de interés para el modelo que se pretende comprobar. Su análisis se presentará en el apartado correspondiente, por lo que en esta ocasión nos limitaremos a describir los resultados meramente descriptivos que, sobre el control con-

ductual percibido en su formulación más clásica, se han obtenido para la totalidad de la población. La medición general de la percepción de control de los sujetos entrevistados se realizó mediante el siguiente ítem, medido a través de una escala de 7 puntos (1: "Falso" a 7: "Verdadero"):

"Durante el próximo mes, si quiero, puedo pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo"

Los resultados obtenidos muestran que los sujetos perciben que la conducta de estudio –"pegar, con mi grupo a una o más personas que pertenecen a otro grupo"– tiende a recaer bajo su control, aunque con una puntuación media moderada ($\bar{x} = 4,4$; $p < 0,05$).

c) Variables teóricas propuestas para modificar los modelos teóricos de partida.

– *Variables relacionadas con la intención.*

Exerción.

La ejerción se ha planteado en esta investigación como una variable que puede ofrecer una alternativa a la medición tradicional de la "intención", en la consideración de la interacción de ambas. Los resultados descriptivos obtenidos de la medición de dicha variable muestran que los informadores no parecen resueltos a realizar demasiados esfuerzos para poder llevar a cabo la conducta ($\bar{x} = 3,65$), pese a resultar significativa ($p < 0,05$).

– *Variables relacionadas con el componente normativo.*

Aceptación/rechazo de la conducta por parte de los referentes.

Como ya se indicó en el apartado teórico, planteamos que existen diferencias considerables en el ámbito de los referentes importantes para los sujetos, relacionadas con la realización de la conducta de estudio (violencia juvenil exogrupal) y la realización de la conducta en general (violencia entre grupos juveniles). Postulamos que es posible que los referentes importantes para el sujeto mantengan una posición distinta en función de si la conducta violenta es realiza-

da por el sujeto cercano al referente o si quien realiza la conducta en cuestión son "otros". Caso de existir dicha diferencia, el sujeto violento puede percibir una aprobación implícita, no manifiesta, por parte de los referentes hacia su comportamiento violento. Para la comprobación de este hecho se formuló el siguiente ítem:

"La mayoría de las personas que son importantes para mí [Rechaza-Acepta] la violencia entre grupos juveniles".

La percepción que poseen de la opinión de las personas importantes para ellos sobre la violencia juvenil se sitúa próxima al centro de la escala ($\bar{x} = 3,73$). Esta puntuación es ligeramente más elevada que la obtenida para la norma subjetiva general ($\bar{x} = 3,27$). Parece, pues, que la percepción que los jóvenes tienen acerca de la opinión de sus referentes importantes sobre la realización de conductas violentas por parte de los jóvenes es ligeramente superior a la percepción que tienen acerca de que sea el mismo sujeto quien realice dicho comportamiento.

Grado de afectación de la conducta violenta que realiza el sujeto sobre los distintos referentes normativos.

Hemos medido el grado de afectación que el sujeto considera que la realización, por su parte, de conductas violentas ejerce sobre los demás, en la consideración de que es posible que ejerza una influencia muy importante, tal y como se comentará en análisis posteriores, en el factor normativo del modelo teórico propuesto. Para ello, se estableció el siguiente ítem:

"Indica cómo influye que tú pegues, con tu grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo:

A [referente concreto]

1: Le perjudica, 4: No influye, 7: Le beneficia.

Donde los referentes importantes son los anteriormente mencionados.

Los resultados muestran que los jóvenes encuestados perciben que todos los referentes

directa o indirectamente relacionados con ellos, en mayor o menor medida, se ven afectados por el comportamiento violento exogrupal. No obstante, los beneficiarios potenciales de este comportamiento son “los amigos con los que va a pegar” ($\bar{x} = 5,02$; $p < 0,001$), “otras personas que pegan” ($\bar{x} = 4,63$; $p < 0,001$) y los “amigos con los que sale habitualmente” ($\bar{x} = 4,58$; $p < 0,001$); en este último caso, recordamos que los datos ya expuestos nos indican que, en la mayoría de los casos, el sujeto sólo tiene un grupo de iguales, por lo que suele ocurrir que “los amigos con los que sale” sean los mismos que “los amigos con los que pega”, de ahí la similitud de las puntuaciones obtenidas. Es probable que el “beneficio” que obtengan “otras personas que no pegan”, al que aluden los jóvenes violentos, se refiera a que favorece o disculpa el mantenimiento del conflicto, es decir, sirva de disculpa para la planificación y el desarrollo de nuevos enfrentamientos.

Por otra parte, las personas o grupos que pueden salir perjudicados son la familia (padre, madre y hermanos), la pareja y “otros grupos que no pegan” (con puntuaciones medias cercanas al 3 y $p < 0,001$, en la mayoría de los casos). En esta ocasión, los perjuicios a los que se refieren, según el análisis cualitativo realizado, pueden ser tanto supuestos (en el caso de que los familiares conozcan estas actividades) como reales (cuando efectivamente son conscientes de la violencia ejercida por su familiar).

– *Variables relacionadas con el control conductual percibido.*

Como ya se apuntó en el apartado correspondiente (Ver “Metodología”), se proponen formulaciones alternativas a la tradicional del control conductual percibido en busca de una mayor validez de contenido y una mejor adaptación a la población-diana. Se pretende un análisis del constructo control conductual percibido, entendido ahora como factor psicosocial, mediante la especificación de variables con mayor grado de concreción y notable importancia teórica, que puedan influir tanto en la formación

de la intención como, una vez establecida ésta, en su transformación en comportamiento.

Formulaciones alternativas/complementarias a la formulación tradicional del control conductual percibido.

Los ítems que se han evaluado –todos ellos mediante una escala 1: “Falso” a 7: “Verdadero”, –a excepción de los dos últimos– han sido los siguientes:

“Yo tengo las habilidades suficientes para pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo”.

“Estoy totalmente seguro de poder pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, si quiero hacerlo”.

“Yo soy capaz de evitar los problemas que me puede traer pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo”.

“Tengo total confianza en que si quiero pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, puedo hacerlo”.

“Yo soy capaz de pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, siempre que desee hacerlo”.

“Pegar, durante el próximo mes, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, es algo que [No depende en nada de mí - Depende totalmente de mí]”.

“El número de cosas que podrían impedirme pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo es: [Muy pequeño - Muy grande]”.

El resultado fundamental obtenido ha sido que los jóvenes violentos tienden a percibir que poseen un alto grado de control sobre su conducta. En términos generales, los jóvenes violentos tienden a considerar que, en relación con su conducta agresiva, disfrutaban de una gran capacidad ($\bar{x} = 5$; $p < 0,001$), de considerables

habilidades ($\bar{x} = 5,14$; $p < 0,001$) y de una estimable confianza sí mismo ($\bar{x} = 4,88$; $p < 0,001$). El locus de control tiende a situarse más en el polo de la responsabilidad personal ($\bar{x} = 4,3$; $p < 0,05$), se consideran lo suficientemente preparados para evitar las consecuencias negativas de su conducta ($\bar{x} = 4,94$; $p < 0,001$), que, por otra parte, es percibida como obstaculizada por pocas cosas ($\bar{x} = 3,57$; $p < 0,001$).

Planificación de la conducta violenta exogrupal.

Como ya se indicaba en el apartado correspondiente (ver "Metodología: Variables del CINCOVE"), postulamos la hipótesis teórica de que la planificación de la conducta se encuentra directamente relacionada con el control conductual percibido (fundamentalmente con la dificultad de la tarea) y la implicación –tanto personal como grupal– en el hecho violento; según esto, a medida que disminuye el control y aumenta la implicación, se producirá un aumento en la planificación. Consideramos que podemos diferenciar dos estados en los que se puede situar el estado de la conducta: caso de la no existencia de planificación previa a la acción, podemos situar la conducta en un estado "automático", en el que puede predominar el desarrollo de guiones o patrones de conducta parcialmente estereotipados y conscientes, mientras que la existencia de la misma indicará un estado "elaborado" en el que deben existir unos criterios para la toma de decisiones. La planificación de la conducta violenta por parte del grupo se ha medido mediante el nivel de planificación y la frecuencia de la misma. La formulación concreta de cada uno de ellos es la siguiente:

Frecuencia con que se planifica la conducta violenta en el grupo:

"Siempre que he ido a pegar con mi grupo, hemos planificado previamente la acción violenta" (Escala de 1: "Falso" a 7: "Verdadero").

Nivel de planificación de la conducta violenta:

"Cuando voy a pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, planificamos la acción violenta..." (Escala de 1: "Nada" a 7: "Mucho").

En cuanto a la frecuencia con la que el grupo planifica previamente la acción violenta tiende a ser baja ($\bar{x} = 3,66$), mientras que el nivel de planificación se halla en el punto intermedio de la escala ($\bar{x} = 4,01$). Los datos parecen mostrar que la conducta de estudio no suele realizarse de forma elaborada, sino que en bastantes casos existe una cierta improvisación sin que sea necesario que se desarrollen complejos procesos de análisis racional y de planificación para llevar a cabo el comportamiento violento. Sin embargo, es necesario ser precavidos a la hora de generalizar estos resultados debido a la ausencia de tendencia de respuestas nítidas.

– Variables relacionadas con la conducta.

La conducta pasada se formuló como el número de veces que el sujeto realizó la conducta durante el año anterior. Los sujetos encuestados refieren una frecuencia media de 1 conducta exogrupal violenta al mes. En cuanto a la recencia de la conducta, el tiempo transcurrido desde que realizó la conducta por última vez, la media se establece en dos meses (8,19 semanas). Por otra parte, los jóvenes indican que el tiempo transcurrido desde que inició el comportamiento se sitúa en torno a los dos años y medio (30,07 meses), aunque la variabilidad observada en este ítem es muy elevada.

Nos interesaba conocer el patrón de violencia de los informadores, es decir, si además de la conducta violenta exogrupal, realizaban otro tipo de agresiones en solitario. Para ello, preguntamos a los sujetos cuántas veces, durante el último año, habían ejercido en solitario acciones violentas contra personas, tanto si se les identificaba como pertenecientes a otros grupos como en caso contrario. Los datos indican que los jóvenes que realizan comportamientos violentos exogrupalmente tienden a no realizar

conductas violentas cuando están solos, sin el apoyo del grupo, a menos que el enemigo sea una persona perteneciente a otro grupo, circunstancia ésta que incrementa notablemente la probabilidad de reaccionar agresivamente ($\bar{x} = 1,47$; $p < 0,001$).

Este resultado es congruente con un amplio muestrario de opiniones recogidas de la investigación cualitativa que ponen de manifiesto la dificultad para definir la conducta exogrupal violenta, utilizando (en otros) el criterio del número de miembros afectados o intervinientes. Es muy probable, de acuerdo con los estudios precursores de Schachter (1959) y Tajfel (1982), que la emergencia de identidades sociales antagónicas o simplemente diferentes promueva el conflicto.

- *VARIABLES OBTENIDAS DE LAS ENTREVISTAS REALIZADAS PARA EL ANÁLISIS CUALITATIVO.*

Percepción de amenaza.

El análisis de las entrevistas realizadas parecía indicar la relación existente entre la percepción de amenaza sentida por los jóvenes y la realización de la conducta violenta con carácter "preventivo". De hecho, una de las hipótesis complejas que surgían del mencionado análisis cualitativo era: "A mayor percepción de amenaza, mayor probabilidad de ejercer una violencia preventiva, lo que implica (de tener éxito) un aumento en la percepción de respeto y, consecuentemente, una disminución en la percepción de amenaza", con efecto de refuerzo negativo. En relación con estos resultados se plantearon los siguientes ítems, todos ellos medidos a través de una escala de 1: "Nada" a 7: "Mucho":

"En relación a la violencia juvenil procedente de una o más personas que pertenecen a otro grupo":

"¿En qué medida te sientes amenazado por ella?".

"¿En qué medida la has sufrido personalmente?".

"¿En qué medida te sientes protegido contra ella?".

Recordamos que en el análisis de las consecuencias y la valoración de las mismas, cuyos datos ya han sido expuestos, encontrábamos que, en relación con la realización de la conducta como manera de prevenir futuras agresiones encontrábamos que "Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo evitaría que otros me peguen a mí" obtenía una puntuación media de 5,05 y, a su vez, dicha consecuencia era evaluada como muy buena ($\bar{x} = 6,10$). Los datos ahora expuestos muestran cómo los jóvenes que realizan comportamientos violentos exgrupales han sufrido personalmente la violencia ($\bar{x} = 4,58$; $p < 0,001$), se sienten amenazados ($\bar{x} = 4,46$; $p < 0,001$) pero tienen la percepción de estar protegidos contra ella ($\bar{x} = 4,77$; $p < 0,001$).

Como veremos más adelante, frecuentemente es el grupo quien proporciona la sensación de protección utilizando, en ocasiones, la realización de comportamientos violentos exgrupales como estrategia consciente de prevención y propiciando de forma diferida sentimientos de apoyo, camaradería e interdependencia. No resulta extraño, pues, que este amparo proporcione sentimientos de seguridad e incluso de sensación de invulnerabilidad (según sus propias declaraciones en las entrevistas realizadas).

- *VARIABLES GRUPALES.*

Composición del grupo.

A partir de los ítems formulados en el CINCOVE, podemos establecer de manera bastante clara la composición de los grupos de pertenencia de los sujetos encuestados.

En primer lugar, el número de personas que integran cada grupo es, por término medio, de aproximadamente 14 sujetos ($\bar{x} = 14,05$), si bien lo habitual es que este número sea bastante menor. Aproximadamente una quinta parte de los sujetos entrevistados indica que su grupo está formado por más de 18 personas, y algo más de otra quinta parte señala que el grupo violento está constituido por uno a seis miembros.

La edad media de los integrantes oscila entre, aproximadamente, los 16 y los 21 años, aunque podemos observar cómo los límites –tanto superiores como inferiores– son bastante extremos; así, hemos observado que la edad mínima y máxima de algunos de los miembros del grupo es de 10 y 46 años, respectivamente.

La diferencia de edad media entre los integrantes de los grupos se acerca a cinco años ($\bar{x} = 4,91$), y una desviación típica cercana a este valor (d.t. = 4,08) nos informa de una notable heterogeneidad en la composición intragrupal en relación con las edades de sus componentes.

Por otra parte, podemos establecer un análisis más detallado en cuanto a la composición del grupo en función del sexo de sus integrantes de los grupos a partir de los ítems introducidos en el cuestionario. Los datos muestran la existencia de un número muy pequeño de grupos en los que las integrantes son únicamente mujeres; estos grupos, “totalmente femeninos”, aparecen con una frecuencia de 10 casos, lo que supone un 3,62% sobre el total de los grupos analizados. En el polo opuesto, se sitúan aquellos grupos integrados únicamente por varones (93 grupos) que, en nuestro caso, constituyen los casos más habituales (aproximadamente la tercera parte de los grupos analizados). Entre ambos, se puede identificar un pequeño número de grupos “casi femeninos totalmente” (5 grupos) y de grupos “preferentemente femeninos” (18 grupos); aunque la tendencia es que los grupos estén constituidos mayoritariamente por varones. Por otra parte, el análisis cualitativo mostrará que el papel de las mujeres como integrantes de los grupos violentos sigue un patrón más restringido e intenso que en el caso de los varones.

Tiempo de pertenencia al grupo.

Un aspecto importante a la hora de analizar el grupo de pertenencia de los sujetos, y su relación con otras variables, es la duración de su pertenencia al grupo, especialmente para establecer un indicador aproximado del plazo

temporal en el que ha estado sometido a la influencia de su grupo de iguales.

Los datos muestran que la mayor parte de los sujetos lleva entre uno y tres años perteneciendo a su grupo (25 y 21,3%, respectivamente). Sólo uno de cada veinte encuestados declara pertenecer al grupo desde hace menos de un año. Casi la mitad de la muestra (46,3%) está formada por sujetos con una antigüedad de pertenencia al grupo de entre uno y tres años.

Permeabilidad grupal.

En cuanto a la estructura del grupo violento con el que el sujeto realiza la conducta, nos interesaba averiguar varios aspectos. En primer lugar, nos interesaba saber si el grupo se percibía como abierto o cerrado. Para ello, planteamos los siguientes ítems:

“Quien quiere entrar en el grupo con el que voy a pegar puede hacerlo fácilmente” (1).

“Durante los últimos 12 meses, se han incorporado al grupo con el que voy a pegar” (2).

“Quien quiere abandonar el grupo con el que voy a pegar, puede hacerlo fácilmente” (1).

“Durante los últimos 12 meses, han abandonado el grupo con el que voy a pegar” (2).

(1) Escala: 1: “Falso” a 7: “Verdadero”;

(2) Escala: 1: “Ninguna persona” a 7: “Muchas personas”

Los datos señalan que la percepción que los jóvenes tienen es que pertenecen a un grupo preferentemente “abierto” ($\bar{x} = 4,4$; $p < 0,05$), que parece acoger a nuevos integrantes –creencia apoyada en el hecho de que se han incorporado bastantes personas en el último año– ($\bar{x} = 4,8$; $p < 0,001$) y que tiende a no poner reparos a quienes desean abandonarlo ($\bar{x} = 5$; $p < 0,001$), aunque no está tan claro que efectivamente lo hayan hecho en los últimos 12 meses ($\bar{x} = 4$; $p = n.s.$).

Cohesión grupal.

Los jóvenes encuestados tienden a percibir que su grupo de referencia está bastante cohesionado y declaran que suelen disfrutar juntos de una buena parte del tiempo libre que tienen ($\bar{x} = 4,93$; $p < 0,001$). También es posible advertir una notable similitud de creencias ($\bar{x} = 4,46$; $p < 0,01$) y deseos ($\bar{x} = 4,67$; $p < 0,001$) entre los miembros del grupo, aunque no necesariamente los gustos tienden a coincidir ($\bar{x} = 4,23$; $p = n.s.$).

Centralidad grupal en relación con la conducta violenta exogrupal.

Los siguientes ítems representan un peculiar y no exento de polémica intento de aproximarnos a algo previo a la identidad social y que hemos denominado “Centralidad grupal en relación con la conducta violenta exogrupal”, que nos permita operativizar algunos aspectos relacionados con la identidad social emergente respecto a la conducta violenta exogrupal.

En primer lugar, nos interesaba saber si los jóvenes catalogados como violentos extendían su red social más allá del grupo con el que realiza las acciones violentas. Para ello, se preguntó a los encuestados la cantidad de grupos de amigos diferentes que poseían.

Los resultados muestran un dato de notable interés para la investigación que nos ocupa: prácticamente la mitad de los sujetos encuestados (45,9%) tiene un único grupo de iguales como referente. De manera que este elevado porcentaje de jóvenes obtiene las normas de comportamiento, los valores, la socialización, en definitiva, de un único grupo de iguales que, además, es el grupo violento. Pero no es el único dato destacable: además, para una amplia mayoría de los sujetos (84,7%), independientemente del número de grupos de amigos al que pertenezcan, el grupo con el que van a pegar es el grupo con el que se sienten más unidos.

Otra cuestión importante para el tema que nos ocupa es el apoyo hacia la conducta de estudio que el sujeto recibe por parte de sus grupos importantes de referencia –los amigos–.

Para ello, evaluamos en primer lugar cuántos de estos grupos conocen su actividad y cuántos la aprueban, por otro. En cuanto a la primera cuestión, los sujetos señalan que, aproximadamente, son dos ($\bar{x} = 1,97$) los grupos que conocen las actividades violentas del sujeto, y un número prácticamente similar ($\bar{x} = 1,97$) el que aprueba las acciones violentas que lleva a cabo.

Recordamos que, como vimos anteriormente, los sujetos encuestados manifiestan mayoritariamente pertenecer a uno o dos grupos, con lo cual podemos afirmar que, en la mayoría de los casos analizados, la conducta violenta exogrupal que realiza el sujeto es conocida por su grupo o grupos de referencia y que, una parte de ellos transmite al sujeto su aprobación hacia dicha conducta, mientras que otros grupos no se muestran partidarios de ella (si bien la correlación entre ambas variables es significativa, $r = 0,7$ y $p < 0,001$), la diferencia de medias es igualmente relevante ($p < 0,001$).

A continuación presentamos una serie de indicadores a partir de tres variables –“número de grupos de pertenencia”, “número de grupos que conocen la actividad violenta” y “número de grupos que apoyan la actividad violenta” – que permiten inferir una serie de estimaciones en relación con el grado de conocimiento y apoyo grupal relativos respecto de la conducta violenta.

Grado de conocimiento grupal de la conducta violenta.

Este primer indicador tiene su origen en el conocimiento de la conducta violenta que tienen los grupos a los que pertenece el sujeto y se ha obtenido mediante la siguiente ecuación:

$$\frac{\text{Número de grupos que conocen la conducta violenta}}{\text{Número de grupos de amigos a los que pertenece el sujeto}} * 100$$

Un resultado del 100% permite inferir que todos los grupos a los que pertenece el sujeto conocen sus actividades violentas.

Los resultados permiten postular que aproximadamente en ocho de cada diez entrevistados (79,2%) todos los grupos de amigos a los que pertenecen conocen sus actividades violentas, y ninguno de los jóvenes violentos participantes en este estudio (0%) realiza esta clase de comportamiento sin conocimiento de alguno de sus grupos.

Grado de apoyo grupal absoluto.

Este indicador establece una relación entre el número de grupos a los que pertenece el sujeto y el apoyo que prestan a la conducta violenta.

$$\frac{\text{Número de grupos que aprueban la conducta violenta}}{\text{Número de grupos de amigos a los que pertenece el sujeto}} * 100$$

Un resultado del 100% permite inferir que todos los grupos a los que pertenece el sujeto aprueban sus actividades violentas.

Según los resultados observados, es probable que en más de la mitad de los encuestados (56,8%) todos sus grupos de amigos aprueban la conducta violenta, aproximadamente en la quinta parte de los casos (19,3%) la aprobación procede de la mitad de los grupos.

Grado de apoyo grupal relativo.

El último indicador trata de establecer una relación entre la cantidad de grupos que conocen la actividad violenta y el número de ellos que la aprueban, mediante la siguiente transformación:

$$\frac{\text{Número de grupos de amigos que aprueban la conducta violenta}}{\text{Número de grupos de amigos que conocen la conducta violenta}} * 100$$

Un resultado del 100% permite inferir que todos los grupos de amigos que conocen la conducta violenta, la aprueban.

Los resultados indican que, casi en tres cuartas partes de los casos (72,7%), todos los grupos que conocen que el encuestado realiza comportamiento violento, lo aprueban. Además, los jóvenes violentos parecen pasar buena parte de su tiempo libre con el grupo de amigos con el que van a pegar ($\bar{x} = 5,18$; $p < 0,001$) y con su pareja ($\bar{x} = 5,17$; $p < 0,001$) y poco tiempo libre solos ($\bar{x} = 3,17$; $p < 0,001$).

El apoyo social percibido por los sujetos encuestados parece recaer fundamentalmente en los amigos del grupo con los que va a pegar ($\bar{x} = 5,02$; $p < 0,001$) y la pareja ($\bar{x} = 4,98$; $p < 0,001$), mientras que la familia –padres y hermanos– ($\bar{x} = 3,08$; $p < 0,001$ y $\bar{x} = 3,64$; $p < 0,01$, respectivamente) y otras personas ($\bar{x} = 2,71$; $p < 0,001$) no parecen ser percibidos como fuentes de ayuda primordial.

Finalmente, nos interesaba averiguar la importancia que el grupo violento adquiere frente a otras personas. Para ello, se han medido dos ítems en los que se preguntaba al sujeto (en una escala de 1: “Falso” a 7: “Verdadero”) si el grupo con el que realiza las actividades violentas es más importante que la familia y que el resto de personas (excluida, claro está, la familia).

Los resultados muestran que a pesar de que no perciben un apoyo social relevante por parte de la familia, tienden a considerar que no es más importante el grupo que la familia ($\bar{x} = 2,92$; $p < 0,001$).

Este resultado es congruente con algunas conclusiones del análisis cualitativo en el que se podía comprobar que, incluso cuando existían pocos vínculos afectivos o ninguno con la familia, ésta era considerada como un grupo social, que, llegado el momento, estaría en la obligación moral o ética de ayudar al joven violento; en este sentido, puede ser útil diferenciar entre un apoyo social inmediato (centrado probablemente en grupos de apoyo social inmediato, basado en relaciones de reciprocidad)

y un grupo de apoyo social permanente (cuya influencia difusa, pero estable, sería percibida en términos de responsabilidad y obligación). Además, los datos indican que tienden a no considerar, de forma estadísticamente significativa ($\bar{x} = 3,93$; $p = n.s.$), al resto de personas que conoce (excluida su familia) como menos importantes que el endogrupo violento.

Este resultado podría estar relacionado con que la complejidad de la pregunta dificultase una interpretación completa de lo que se solicita, o por hacer extensivo el apoyo social difuso a un conjunto indeterminado de personas que el sujeto considera que podría ayudarle a resolver problemas concretos, percepción coherente con el mantenimiento de una identidad social positiva y, por ende, de una buena autoestima.

Rol adoptado por el sujeto.

Para averiguar el rol del sujeto como promotor de las actividades violentas del grupo, preguntamos a los sujetos (en una escala de 1: "Nunca" a 7: "Siempre") por la frecuencia con que él, personalmente, propone la realización de dicha actividad, y si esta iniciativa se mantenía o no a la hora de promover otro tipo de actividades grupales. Los sujetos tienden a

declarar que no es frecuente que tomen la iniciativa en su grupo para decidir emprender la acción violenta ($\bar{x} = 3,08$; $p < 0,001$), aunque manifiestan proponer las actividades que realiza su grupo ($\bar{x} = 4,74$; $p < 0,001$).

No es descartable, sin embargo, que el efecto de deseabilidad social sea una explicación válida para la diferencia entre la adopción de iniciativas violentas y la de actividades en general. Sin embargo, es igualmente probable que exista un sentimiento de responsabilización difuso en relación con la violencia exogrupal, como hemos podido apreciar en las entrevistas en profundidad realizadas a jóvenes violentos; en ellas, se percibían con claridad la necesidad de rechazar la responsabilidad individual sobre estas acciones, amparándose en el anonimato que provee el endogrupo.

Presión grupal.

La presión que el grupo ejerce sobre el sujeto se ha medido, tanto para la realización de la conducta violenta, como para el resto de actividades que el grupo realiza habitualmente. Para ello, se utilizaron los ítems que se presentan a continuación, todos ellos medidos en una escala de 1: "Nunca" a 7: "Siempre". Los resultados obtenidos han sido los siguientes:

Ítems	\bar{x}	N.S
"Cuando yo propongo ir a pegar, mi grupo está de acuerdo"	4,4	***
"Cuando yo propongo ir a pegar, mi grupo me sigue"	4,8	***
"Cuando mi grupo decide ir a pegar, yo voy con ellos"	5,1	***
"Cuando mi grupo decide ir a pegar, yo estoy de acuerdo"	4,3	**
"Cuando no estoy de acuerdo con la decisión de mi grupo sobre las acciones violentas, lo digo"	6,2	***
"Cuando no estoy de acuerdo con la decisión de mi grupo sobre las acciones violentas, hago lo que dice la mayoría"	4,0	--
"Cuando mi grupo decide hacer algo, yo estoy de acuerdo"	4,8	***
"Cuando mi grupo decide hacer algo, yo también lo hago"	4,9	***
"Cuando yo propongo hacer algo, mi grupo está de acuerdo"	4,7	***
"Cuando yo propongo hacer algo, mi grupo me sigue"	4,9	***
* $p < 0.05$ ** $p < 0.01$ *** $p < 0.001$		

Aunque estos resultados generales deben ser interpretados con suma cautela, las tendencias de opinión halladas parecen sugerir un alto grado de acuerdo intragrupal en relación con la conducta violenta, que, sin embargo, es complementario con el mantenimiento de las peculiaridades personales y de la importancia que las opiniones personales tienen para el grupo.

Nuevamente es posible establecer dos tipos de interpretación de los resultados, una de ellas orientada hacia la "deseabilidad social" y otra centrada en el mantenimiento de una identidad social positiva; esta última tiene un amplio respaldo en los resultados del análisis cualitativo de las entrevistas realizadas a los sujetos violentos, en las que se pone de manifiesto cómo estos jóvenes perciben el grupo como un espacio personal en el que se desarrollan normas sociales de responsabilidad y reciprocidad (mucho menos la de equidad) que han sido debidamente interiorizadas, a través de la participación e implicación personal.

No resulta extraño, pues, que los jóvenes crean que la cohesión y el acuerdo del endogrupo

implican la adhesión a estas normas internas y, con idéntica intensidad, la aceptación por parte del grupo de una gran parte de las iniciativas personales. Esta asunción de las normas grupales como propias, tan conocida en la literatura psicosocial, crea la realidad o la ilusión (de difícil segregación en estos casos) de que las actividades y las normas grupales son parcialmente generales y parcialmente individuales.

– *Variables familiares.*

Como ya se dijo anteriormente, algunas de las variables incluidas en la segunda aplicación del CINCOVE se introdujeron en el cuestionario con la doble finalidad de no presentar únicamente a los sujetos los ítems relacionados con el objeto de estudio, por un lado, y de comprobar diversas hipótesis postuladas en relación con la influencia paterna en la conducta de estudio, por otro.

Las variables que presentamos a continuación pretenden averiguar el grado de supervisión y de afecto parental. La formulación de los ítems y los resultados obtenidos fueron los siguientes:

Supervisión parental.

Ítems	\bar{x}	N.S
"¿Con qué frecuencia saben tus padres dónde estás?" (1)	3,7	*
"¿Con qué frecuencia pueden saber tus padres con quién estás cuando sales de casa?" (1)	3,8	--
"¿Con qué frecuencia controlan tus padres lo que haces?" (1)	5,5	***
"¿Qué importancia dan tus padres a saber quiénes son tus amigos?" (2)	4,2	--
"¿Qué importancia dan tus padres a saber dónde estás tú?" (2)	6,2	***
(1) Escala: 1: "Nunca" a 7: "Siempre";		
(2) Escala: 1: "Ninguna" a 7: "Mucha"		
* p<0.05 ** p<0.01 *** p<0.001		

Afecto parental.

Ítems	\bar{x}	N.S
"¿Con qué frecuencia te sientes bien cuando estás solo con tus padres?" (1)	5,1	***
"¿Con qué frecuencia crees que puedes confiar realmente en tus padres?" (1)	5,3	***
"¿Con qué frecuencia crees que tus padres te comprenden?" (1)	3,7	*
"¿Con qué frecuencia crees que tus padres son demasiado exigentes?" (1)	4,3	**
"¿Con qué frecuencia te divierten realmente tus padres?" (1)	4,4	***
"¿Con qué frecuencia tienes un montón de respeto por tus padres?" (1)	4,9	***
"¿Con qué frecuencia tus padres se meten en tus cosas?" (1)	3,2	***
"¿Con qué frecuencia piensas que tus padres son terribles" (1)	2,1	*
"¿Con qué frecuencia te sientes muy enfadado hacia tus padres?" (1)	2,8	***
"¿Con qué frecuencia te sientes violento hacia tus padres?" (1)	1,8	***
"¿Con qué frecuencia te sientes orgulloso de tus padres?" (1)	5,7	***
(1) Escala: 1: "Nunca" a 7: "Siempre";		
(2) Escala: 1: "Ninguna" a 7: "Mucha"		
* p<0.05 ** p<0.01 *** p<0.001		

En cuanto al primer aspecto, los resultados más destacables de los obtenidos son la percepción que los sujetos tienen de que el “control” paterno se realiza con alguna frecuencia averiguando las actividades que realizan (control sobre la conducta). Otros factores ambientales (control situacional, referido a lugar donde realiza las actividades) o grupales (control social respecto a los amigos) no muestran tendencias de opinión claras.

Estos resultados ponen de relieve un aspecto fundamental del concepto teórico de identidad social y de los resultados empíricos del análisis cualitativo de las entrevistas con jóvenes violentos. La gran capacidad adaptativa de los jóvenes a los distintos ámbitos de socialización y, consiguientemente, la tendencia a conformarse a las distintas normas que emergen de cada grupo social relevante para el sujeto, e incluso interiorizarlas discriminativamente.

No parece existir, por ejemplo, conflicto alguno entre el respeto a las normas familiares y las que emanan del grupo de iguales, aunque sean distintas e incluso antitéticas (como muestran los resultados generales de la “norma subjetiva”), siempre que se respete su área de influencia. En este caso podemos observar que, en términos generales, unos altos niveles de afecto paterno que únicamente encuentran una suave matización en el hecho de que los jóvenes violentos, con alguna frecuencia, suelen sentirse poco comprendidos por sus padres.

Esta satisfactoria relación con sus familias, que, como hemos visto, tienden a considerar negativamente la violencia intergrupala, al menos en términos generales, no consigue inhibir la realización de este tipo de comportamiento cuando los requerimientos del grupo así lo exijan.

5.2. Análisis previo de los datos

“Si bien las técnicas multivariantes suponen un tremendo poder analítico en manos del investigador, también crean una gran carga para éste, ya que tiene que asegurarse de que se mantengan los cimientos teóricos y estadísticos so-

bre los que se basan” (Hair, Anderson, Tatham y Black, 1999).

Haciendo nuestra la afirmación de Hair *et al.* (1999), y con la pretensión de detectar posibles defectos o problemas ocultos del instrumento aplicado, de su aplicación o de las respuestas obtenidas al mismo, se ha realizado lo que consideramos un detallado análisis previo de los datos cuyos objetivos fundamentales fueron los siguientes:

- ▶ Detectar aquellos sujetos que, de manera consciente o inconsciente, cumplieron incorrectamente el cuestionario.
- ▶ Conocer los datos y las relaciones entre las variables, de manera que nos permita realizar una buena especificación del modelo y nos proporcione la perspectiva razonable para su interpretación.
- ▶ Obtener una muestra depurada que cumpla los supuestos estadísticos de las técnicas utilizadas en el análisis.

Para la consecución de estos objetivos, se aplicaron los procesos detallados a continuación.

5.2.1. Depuración de casos

Con el fin de detectar los casos que, bien por error en la respuesta, bien por mala fe del encuestado, podían introducir errores sustantivos en el proceso de análisis, se realizaron varios procesos que, a modo de control, permitieran su identificación y posterior eliminación.

1. En primer lugar se eliminaron –durante el proceso de codificación– todos aquellos cuestionarios en los que el sujeto eludía la respuesta a un número elevado de preguntas (aproximadamente 1 de cada 3) y aquellos en los que la respuesta parecía seguir un patrón aleatorio (p. ej., a modo de dibujo).
2. Finalmente, y tal y como explicábamos en los apartados “Variables del CINCOVE” y “Criterios y precauciones...”, la medición de las variables independientes se realizó mediante una doble pregunta, cuyas formulaciones se situaron alejadas espacialmente.

Así, pudimos establecer una comparación de las respuestas de cada sujeto en estas variables, en la cual se fijó un margen de seguridad de la respuesta de "2; es decir, fueron eliminados del análisis aquellos sujetos cuya respuesta a la doble formulación del ítem correspondiente superaba el límite de seguridad establecido.

5.2.2. Tipificación de las variables

Como ya veremos en el apartado correspondiente, el análisis de regresión múltiple presenta algunos problemas que pueden dificultar la consecución de los objetivos que le son propios. Así, el más importante de ellos (Hair *et al.*, 1999) es la posibilidad de que las variables independientes se encuentren fuertemente correlacionadas entre sí, "efecto de multicolinealidad", que podría reducir el poder predictivo de cualquier variable independiente que se halle asociada a otras variables incluidas en el análisis. Para minimizar este problema, especialmente en los casos en que se utilizan componentes multiplicativos, una de las decisiones adoptadas ha sido la de tipificar previamente las variables utilizadas en el análisis. La puntuación típica de una observación indica el número de desviaciones típicas que esa observación se separa de la media del grupo de observaciones (Botella, León y San Martín, 1993). Permiten, por tanto, la comparación entre las unidades de distintos grupos, variables con distinta medición y variables distintas. Su utilidad se encuentra en la existencia de características de tendencia central y variabilidad constantes.

5.2.3. Examen gráfico de los datos

Para conocer las características de la muestra de estudios, su distribución, sus relaciones, etc., se han aplicado distintas técnicas que de

modo gráfico ilustran dichas características. Los resultados se pueden apreciar en "Anexos CD: Estudio cuantitativo, Análisis previo de los datos, Anexos 1 y 2". Nos limitamos a señalar, a continuación, las técnicas empleadas.

Se ha utilizado el histograma como modo de representación gráfica de los datos para observar la forma en que se distribuyen las respuestas de los sujetos a los ítems evaluados. Con el fin de evaluar la normalidad de los mismos, se ha superpuesto la curva normal sobre la distribución; igualmente, se presenta el gráfico de probabilidad normal.

Para analizar de un modo gráfico, tanto la linealidad como la homocedasticidad de las variables incluidas en el análisis, hemos utilizado los "Gráficos de regresión parcial". Esta opción permite mostrar de un modo gráfico la relación de una única variable independiente en relación con la variable dependiente. Con el fin de analizar las relaciones entre variables, se ha utilizado el gráfico de dispersión; concretamente, se ha utilizado la matriz del gráfico de dispersión.

5.2.4. Análisis de casos perdidos

El impacto de los datos ausentes es perjudicial, no sólo por sus potenciales sesgos "escondidos", sino también por su efecto en el tamaño de la muestra disponible para el análisis (Hair *et al.*, 1999). Por ello, y para aplicar la técnica correctiva adecuada si fuera necesario, se ha realizado un diagnóstico de las pautas de datos ausentes en la muestra obtenida para la investigación. La tabla muestra las estadísticas descriptivas de las observaciones con datos válidos, incluyendo el porcentaje de casos con datos ausentes sobre cada una de las variables.

TABLA II.C.5.2.1. ESTADÍSTICA DESCRIPTIVA DE OBSERVACIONES, ORDEN DECRECIENTE, DE CASOS PERDIDOS.

Resumen del procesamiento de los casos	Casos					
	Incluidos		Excluidos		Total	
	N	%	N	%	N	%
Creencia "Me haría sentirme protegido"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
Creencia "Castigar a quien se lo merece"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
Creencia "Me haría ser popular"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
Creencia "Podría hacer que me hiriesen"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Consecuencia: Me haría tener remordimientos"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Valoración C: Tener remordimientos"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Consecuencia: Podría hacer que me hiriesen"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Valoración C: Podría hacer que me hiriesen"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Consecuencia: Me haría desahogarme"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Consecuencia: Me crearía enemigos"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Consecuencia: Haría que me respetasen"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
Creencia "Me haría tener remordimientos"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Mot. acatar opinión otras personas que pegan"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Valoración C: "Problemas con gente que aprecio"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Consecuencia: Proteger personas que aprecio"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Valoración C: Herir gravemente a alguien"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Mot. acatar opinión amigos con los que sale"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Valoración C: Evitar que otros me peguen a mí"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Valoración C: Me evitaría tener miedo"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Consecuencia: Ser popular en mi ambiente"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Consecuencia: Sentirme apoyado por mi grupo"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Consecuencia: Castigar a quien se lo merece"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Valoración C: Castigar a quien se lo merece"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Valoración C: Ser popular en mi ambiente"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Valoración C: Sentirme protegido"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Consecuencia: Sentirme protegido"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Valoración C: Tener problemas con la policía"	243	100,0%	0	,0%	243	100,0%
"Valoración C: Sentirme apoyado por mi grupo"	242	99,6%	1	,4%	243	100,0%
"Valoración C: Evitar me tomen por un cobarde"	242	99,6%	1	,4%	243	100,0%
"Consecuencia: Evitar me tomen por un cobarde"	242	99,6%	1	,4%	243	100,0%
"Consecuencia: Evitar que otros me peguen a mí"	242	99,6%	1	,4%	243	100,0%

Resumen del procesamiento de los casos	Casos					
	Incluidos		Excluidos		Total	
	N	%	N	%	N	%
"Valoración C: Me haría desahogarme"	242	99,6%	1	,4%	243	100,0%
"Valoración C: Me crearía enemigos"	242	99,6%	1	,4%	243	100,0%
"Motivación para acatar la opinión de la madre"	242	99,6%	1	,4%	243	100,0%
Creencia "Me haría desahogarme"	242	99,6%	1	,4%	243	100,0%
"Motivación acatar la opinión de los hermanos"	242	99,6%	1	,4%	243	100,0%
Creencia "Me crearía enemigos"	242	99,6%	1	,4%	243	100,0%
Creencia "Sentirme apoyado por mi grupo"	242	99,6%	1	,4%	243	100,0%
Creencia "Evitar que me tomen por cobarde"	242	99,6%	1	,4%	243	100,0%
Creencia "Evitar que me peguen a mí"	242	99,6%	1	,4%	243	100,0%
"Consecuencia: Me evitaría tener miedo"	241	99,2%	2	,8%	243	100,0%
"Consecuencia: Defender ideas en las que creo"	241	99,2%	2	,8%	243	100,0%
"Consecuencia: Problemas gente que apreció"	241	99,2%	2	,8%	243	100,0%
"Mot. acatar opinión otras personas no pegan"	241	99,2%	2	,8%	243	100,0%
"Consecuencia: Tener problemas con la policía"	241	99,2%	2	,8%	243	100,0%
"Mot. acatar opi. amigos con los que va a pegar"	241	99,2%	2	,8%	243	100,0%
"Consecuencia: Herir gravemente a alguien"	241	99,2%	2	,8%	243	100,0%
Creencia "Proteger a las personas que aprecio"	241	99,2%	2	,8%	243	100,0%
Creencia "Me haría herir gravemente a alguien"	241	99,2%	2	,8%	243	100,0%
Creencia "Me evitaría tener miedo"	241	99,2%	2	,8%	243	100,0%
Creencia "Tener problemas con la policía"	241	99,2%	2	,8%	243	100,0%
Creencia "Tener problemas gente que aprecio"	241	99,2%	2	,8%	243	100,0%
Creencia "Haría que me respetasen"	241	99,2%	2	,8%	243	100,0%
"Valoración C: Proteger personas que aprecio"	241	99,2%	2	,8%	243	100,0%
"Valoración C: Haría que me respetasen"	241	99,2%	2	,8%	243	100,0%
"Valoración C: Defender cosas en las que creo"	240	98,8%	3	1,2%	243	100,0%
"Control conductual percibido externo"	240	98,8%	3	1,2%	243	100,0%
"Control conductual percibido interno"	240	98,8%	3	1,2%	243	100,0%
"Opinión madre"	240	98,8%	3	1,2%	243	100,0%
Creencia N. Madre	239	98,4%	4	1,6%	243	100,0%
"Opinión de otras personas que no pegan"	239	98,4%	4	1,6%	243	100,0%
Creencia N. Hermanos	238	97,9%	5	2,1%	243	100,0%
"Opinión de los hermanos"	238	97,9%	5	2,1%	243	100,0%

Resumen del procesamiento de los casos	Casos					
	Incluidos		Excluidos		Total	
	N	%	N	%	N	%
Creencia "Defender las ideas en las que creo"	238	97,9%	5	2,1%	243	100,0%
Creencia N. Otras personas que no pegan	237	97,5%	6	2,5%	243	100,0%
"Opinión del padre"	237	97,5%	6	2,5%	243	100,0%
"Opinión de los amigos con los que va a pegar"	237	97,5%	6	2,5%	243	100,0%
Creencia N. Amigos con los que pega	235	96,7%	8	3,3%	243	100,0%
"Opinión de otras personas que pegan"	234	96,3%	9	3,7%	243	100,0%
"Motivación para acatar la opinión del padre"	234	96,3%	9	3,7%	243	100,0%
"Opinión amigos con los que sale habitualmente"	234	96,3%	9	3,7%	243	100,0%
Creencia N. Otras personas que pegan	234	96,3%	9	3,7%	243	100,0%
Creencia N. Amigos con los que sale	234	96,3%	9	3,7%	243	100,0%
Creencia N. Padre	231	95,1%	12	4,9%	243	100,0%
"Actitud hacia la violencia juvenil exogrupal"	230	94,7%	13	5,3%	243	100,0%
"Norma subjetiva general"	229	94,2%	14	5,8%	243	100,0%
"Motivación para acatar la opinión de la pareja"	192	79,0%	51	21,0%	243	100,0%
"Opinión de la pareja"	190	78,2%	53	21,8%	243	100,0%
Creencia N. Pareja	190	78,2%	53	21,8%	243	100,0%

La cantidad de datos ausentes para el conjunto de las 79 variables susceptibles de ser utilizadas en el análisis cuantitativo abarca desde un máximo de un 21,8% de los casos en las variables relacionadas con la pareja ("Motivación para acatar la opinión de la pareja", "Opinión de la pareja" y "Creencia normativa de la pareja") hasta un mínimo de 0,4% observado en distintas variables.

Como podemos observar, el caso de las variables relacionadas con la pareja merece una atención particular, ya que concentra un porcentaje muy elevado y claramente diferencial con el resto de las variables. Resulta tentativo, aunque consideramos que bastante posible, aventurar la posibilidad de que, dada la edad de los sujetos, un amplio porcentaje de los mismos no tenga pareja, con lo cual los ítems

con ella relacionada habrían quedado sin contenido para estos sujetos. En el polo opuesto encontramos un amplio número de variables (concretamente en 27, lo que supone un 36,71% de las variables) en el que no se observa ningún caso con datos ausentes; eliminando las observaciones relacionadas con las tres últimas variables referidas a la pareja, observamos que la distribución de los casos ausentes se sitúa entre un máximo de 5,8% y un mínimo de 0,4%. Así, si unimos las variables que no presentan ningún caso ausente con aquellas en las que el porcentaje de casos perdidos no alcanza el 1%, obtenemos que en prácticamente el 70% (55 de 79) de las variables utilizadas, el porcentaje de casos ausentes no alcanza el 1%.

Consideramos por tanto que, a excepción de las variables mencionadas sobre la pareja, los niveles de pérdida de observaciones en las variables no son tan elevados como para justificar la exclusión de las mismas del análisis cuantitativo; y, dado el papel integral esperado de estas variables en los distintos análisis, se pretende realizar un esfuerzo para su mantenimiento en el análisis.

Como ya hemos visto, existen tres variables (“Motivación para acatar la opinión de la pareja”, “Opinión de la pareja” y “Creencia Normativa de la pareja”) en las cuales parecen concentrarse un elevado número de datos perdidos. Con la finalidad de determinar si esta pauta se observa entre los casos, hemos preparado la siguiente tabla, que muestra de un modo gráfico la pauta de datos ausentes entre los casos.

TABLA II.C.5.2.2. TABLA DE CONTINGENCIA NÚMERO DE CUESTIONARIO * CASOS PERDIDOS.

Número de cuestionario	Casos perdidos								Total
	1	2	3	4	5	6	7	8	
21		1							1
34				1					1
47	1								1
58		1							1
60		1							1
63	1								1
82	1								1
86	1								1
128							1		1
170	1								1
175	1								1
192	1								1
239		1							1
240	1								1
244	1								1
286		1							1
293	1								1
300		1							1
365	1								1
366		1							1
430	1								1
432	1								1
458	1								1
459		1							1
461	1								1
511	1								1
602	1								1
615	1								1
639	1								1
647	1								1
670	1								1
684	1								1

Número de cuestionario	Casos perdidos								Total
	1	2	3	4	5	6	7	8	
685	1								1
686					1				1
687			1						1
691	1								1
883	1								1
907	1								1
964	1								1
970	1								1
985	1								1
989				1					1
998	1								1
1001		1							1
1004						1			1
1006	1								1
1010	1								1
1011		1							1
1016	1								1
1019		1							1
1034								1	1
1038	1								1
1043	1								1
1101	1								1
1102	1								1
1104	1								1
1121	1								1
1122	1								1
1123	1								1
1125	1								1
1127	1								1
1128		1							1
1130	1								1
1133	1								1
1135	1								1
1137	1								1
Total	47	12	1	2	1	1	1	1	66

Tal y como podemos observar en la tabla, apenas existen casos desproporcionados de datos ausentes. En la mayoría de los casos (47 sobre un total de 66) encontramos un único valor ausente; de hecho, sólo encontramos siete casos en los que aparecen más de dos valores ausentes. Por tanto, de un total de 66 casos con datos ausentes, únicamente siete adolecen de más de dos valores.

Soluciones para los casos ausentes.

Una vez realizado el análisis de los casos ausentes de la muestra, y comprobada su aleatoriedad, disponemos de varias soluciones para su tratamiento.

Como ya es conocido, las soluciones para este problema son varias. En primer lugar, podemos utilizar la aproximación más simple, incluyendo en el análisis únicamente aquellas observaciones en las que no falte ninguno de los datos; es la aproximación de casos completos. Otra posible solución sería la supresión de los casos o las variables que agrupen mayor número de valores ausentes. Finalmente, podemos estimar los valores ausentes a partir de valores válidos de otras variables y/o casos de la muestra; realizaríamos, en este caso, un método de imputación.

Dadas las características de la muestra de estudio y el análisis realizado de los casos ausentes, podemos observar que la aproximación de casos completos nos reduce sustancialmente el tamaño de la muestra, convirtiéndola en inapropiada para los fines del análisis. Si bien el número de casos ausentes no es excesivamente elevado, el diseño del instrumento de medida implica que, en ocasiones, la ausencia de respuesta en una variable implica necesariamente la ausencia en otras.

Así, por ejemplo, el análisis de casos ausentes muestra que el porcentaje más elevado se sitúa en las variables relacionadas con la pareja (21,8% de los casos), pero tal y como puede desprenderse del diseño del instrumento, la ausencia de una sola de ellas ("Motivación para acatar la opinión de la pareja", "Opinión de la pareja" y "Creencia normativa de la pareja") im-

plica necesariamente la ausencia en el resto, ya que la instrucción otorgada a los sujetos en el Procedimiento de pasación del cuestionario (Ver "Procedimiento cuantitativo") era que, en caso de no tener alguno de los referentes indicados ("Madre", "Padre", "Pareja", etc.), debían dejar en blanco la respuesta. En coherencia con esta indicación, la ausencia de cualquiera de ellos implica un valor ausente en cada variable relacionada con dicho referente.

El análisis de la pauta observada en los casos ausentes descarta un patrón no aleatorio; no existe concentración en casos o en variables (a excepción del porcentaje anteriormente señalado para el caso de las variables relacionadas con la pareja). Incluso en el caso de que estas variables fueran eliminadas, seguirían existiendo casos con datos ausentes en alguna otra variable, con lo que esta alternativa no nos pareció la más apropiada.

No encontramos, pues, razón alguna que justifique la exclusión de casos o variables con el fin de disminuir el número de datos ausentes. Si bien existiría la posibilidad de suprimir las variables relacionadas con la pareja, no nos hallamos ante una variable dependiente del análisis, con lo cual el poder explicativo del modelo no se ve afectado por aumentos artificiales; en nuestro caso, dichas variables, susceptibles de eliminación, no se hallan correlacionadas con ninguna otra en modo suficiente como para afirmar que se encuentran representadas en el modelo teórico propuesto. La consideración de la ganancia obtenida mediante la supresión de las variables relacionadas con la pareja no supera los costes de su eliminación del modelo teórico propuesto.

Con el fin de mantener el tamaño muestral, garantizar la generalización de los resultados y basándonos en consideraciones tanto empíricas como teóricas, para el mantenimiento de aquellas variables en las que se observaba un mayor número de datos ausentes, la decisión adoptada fue la de aplicar a los datos ausentes un método de imputación. Para ello se probaron las posibles opciones existentes y se analizaron los resultados obtenidos.

El método o enfoque de disponibilidad completa (imputar las características de distribución o las correlaciones de todos los valores disponibles), nos ofrece la ventaja de mantener la consistencia de la matriz de correlación, pero disminuye mucho el número de observaciones; así, las correlaciones utilizadas para la imputación pueden diferir significativamente de las observaciones obtenidas de la aproximación de información y disponibilidad completas. Finalmente se optó por la sustitución efectiva de los datos ausentes por valores estimados sobre la base de otras informaciones existentes en la muestra. Para ello se probaron los métodos habitualmente utilizados (sustitución por la media, sustitución por un valor constante e imputación por regresión).

Una vez analizados los resultados obtenidos en el análisis de regresión con los diversos procedimientos de sustitución de casos, la elección posible quedaba reducida a dos posibilidades: la sustitución de los casos por la media, calculada sobre las respuestas válidas; o bien la sustitución por un valor constante, derivado de fuentes externas o investigaciones previas. Los resultados del análisis de regresión utilizando uno u otro procedimiento mostraban resultados similares, si bien parecía existir una mayor capacidad predictiva del modelo y el test de Durbin-Watson se ajustaba mejor cuando el método de imputación utilizado era la sustitución de la media; en ambos casos, el tamaño muestral era idéntico; finalmente, como es conocido, las desventajas de ambos procedimientos son similares.

Pese a obtener unos datos cuantitativos menos favorables, se decidió, basándonos en un criterio teórico, optar por la sustitución de los datos ausentes por un valor constante; dada la estructura del cuestionario y las instrucciones otorgadas a los entrevistados, en el sentido anteriormente indicado, se decidió sustituir el dato ausente por el valor nulo de la escala.

5.3. Análisis de interdependencia: Análisis factorial

5.3.1. Presentación

El propósito general de esta técnica es encontrar un modo de condensar la información contenida en una serie de variables originales, en una serie más pequeña de dimensiones compuestas o valores teóricos –factores– nuevos, con una mínima pérdida de información. Permite, por tanto, la identificación de estructura mediante el resumen de los datos, o bien, la reducción de los mismos.

La aplicación de la técnica de análisis factorial a la investigación que nos ocupa viene fundamentada en la posible identificación de dimensiones generales subyacentes a los aspectos específicos relacionados con la conducta violenta exogrupal. Partimos del supuesto de que determinados aspectos específicos altamente correlacionados pueden formar parte de una dimensión más amplia; estas dimensiones se convertirían así en compuestos de las variables específicas que, a su vez, permiten a las dimensiones ser interpretadas y descritas. Se pretende analizar, en definitiva, la posible existencia de variables que actúen juntas y cuántas de ellas pueden ejercer un impacto en el análisis. Si esto es así, nos proporcionaría un número más pequeño de conceptos a la hora de formular el modelo teórico propuesto, y mientras nos proporciona una visión más detallada del mismo.

En los apartados siguientes (análisis de regresión y modelos de ecuaciones estructurales), las puntuaciones factoriales obtenidas en este apartado serán utilizadas como variables, permitiendo un análisis de mayor simplicidad y parsimonia. Al igual que ocurriera anteriormente, los resultados completos del análisis factorial realizado pueden observarse en el “CD de Anexos: Estudio cuantitativo, Análisis factorial”. Sin embargo, y puesto que el lector va a encontrarse más adelante variables derivadas de la aplicación de esta técnica, creemos necesario presentar los principales resultados obtenidos.

5.3.2. Objetivos

- ▶ Identificar la estructura de las relaciones entre las variables.
- ▶ Crear variables nuevas que reemplacen la serie original de variables para su inclusión en técnicas posteriores, reteniendo de forma resumida la naturaleza y el carácter de las variables originales.

5.3.3. Supuestos

El análisis factorial implica unos supuestos de carácter conceptual, más que estadístico (Hair, Anderson, Tatham y Black, 1999). La aplicación de esta técnica permite obviar la normalidad, homocedasticidad y linealidad de las variables, si bien su incumplimiento puede disminuir las correlaciones observadas. En nuestro caso, se ha comprobado el cumplimiento de estos supuestos.

5.3.4. Diseño del análisis

Dado el propósito del análisis, el modelo de análisis factorial seleccionado ha sido el de componentes principales (CP). Este modelo, basado en la varianza total, utiliza las unidades de la diagonal de la matriz de correlaciones e implica, en lo referido al cálculo, que toda la varianza es común o compartida (Hair, Anderson, Tatham y Black, 1999).

El criterio de determinación del número de factores que les debían extraer fue, en un primer momento, el criterio de raíz latente: en la suposición racional de que cualquier factor individual debe, cuanto menos, justificar la varianza de una variable, sólo se consideraron los factores cuyo autovalor fue mayor que 1. En determinados casos, se realizaron posteriores análisis en los cuales, partiendo de las dimensiones iniciales, se determinó el número de factores. Finalmente, en aquellos casos en los que resultó posible, dado el número de factores determinados, y con el fin de redistribuir la varianza de los primeros factores a los últimos para lograr un patrón de factores más simple y teóricamente más significativo, se aplicó una

rotación ortogonal a la solución factorial con el método Varimax.

Los criterios seguidos para incluir un ítem en el factor fueron los siguientes:

- ▶ Que los ítems saturaran por encima del 0.40 en el correspondiente factor.
- ▶ En caso de que alguno de los ítems saturara en más de un factor, se incluiría en el que la saturación fuera mayor.

5.3.5. Resultados

– *Actitud general hacia la violencia juvenil exogrupal.*

Los indicadores utilizados para la variable exógena “Actitud general hacia la violencia juvenil exogrupal” fueron, tal y como puede observarse en el apartado “Descripción del CINCOVE”, la valoración que los sujetos realizan de dicha conducta en sus consideraciones de “Malo - Bueno”, “Muy peligroso - Nada peligroso”, “Injusto - Justo”, “No me gusta - Me gusta”, “No sirve para nada - Sirve para mucho”, “Me hace sentir mal - Me hace sentir bien”, “Va contra mis principios - Está a favor de mis principios” y “No resuelve problemas - Resuelve problemas”.

El análisis factorial, realizado mediante el procedimiento de Componentes Principales, identificó en la solución inicial 1 factor con autovalor mayor que 1, que explicaba el 56.223% de la varianza. En la consideración de que todos los ítems saturaban por encima del valor utilizado como criterio (0.40), la existencia de un único factor con autovalor mayor que 1 y la no necesidad de rotación de la solución obtenida, se decidió mantener un único factor. Así pues, obtuvimos un único factor que explicaba el 56,22% de la varianza y formado por los 8 ítems formulados para evaluar la actitud de los sujetos. Este factor lo denominamos, en consecuencia, “Actitud general hacia la violencia exogrupal juvenil”. La siguiente tabla muestra la solución factorial obtenida.

TABLA II.C.5.3.1. SOLUCIÓN FACTORIAL OBTENIDA.

Actitud general	Componente 1
Pegar... No sirve para nada-Sirve para mucho	,833
Pegar... es Malo-Bueno	,793
Pegar... No resuelve-Resuelve problemas	,780
Pegar... es Injusto-Justo	,779
Pegar... Está contra-A favor de mis principios	,769
Pegar... es Muy-Nada peligroso	,720
Pegar... No me gusta-Me gusta	,702
Pegar... Me hace sentir mal-bien	,598
Porcentaje de varianza explicada	56,223

– *Control conductual percibido.*

Los indicadores utilizados para medir el control conductual percibido son, como ya se ha puesto de relieve (ver apartado “Descripción del CINCOVE”), 8 ítems que pretenden reflejar la facilidad o dificultad percibida por los sujetos para realizar el comportamiento. En cuanto al análisis factorial, realizado mediante com-

ponentes principales, en la solución inicial se obtuvieron 2 factores con autovalores mayores que 1, que explicaban el 57,058% de la varianza. En la solución final se optó por retener dos factores que explican el 62,736% de la varianza y fue eliminado del factor el ítem 8, que saturaba menos del valor crítico (0,40). En la siguiente tabla se presenta la solución factorial después de la rotación varimax.

TABLA II.C.5.3.4: SOLUCIÓN FACTORIAL ROTADA.

Control conductual percibido	Componentes	
	1	2
Tengo total confianza en que, si quiero, puedo pegar.... (F-V)	0,797	
Tengo las habilidades... (Falso-Verdadero)	0,796	
Estoy totalmente seguro de poder pegar... (Falso-Verdadero)	0,764	
Yo soy capaz de pegar... (Falso-Verdadero)	0,669	
Si quiero, puedo pegar... (Falso-Verdadero)	0,632	
El nº de cosas impedirme pegar... (Muy pequeño-grande)		0,891
Pegar... es algo que (No depende-depende de mí)		0,462
Porcentaje de varianza explicada	48,920	13,810

El contenido de los factores es el siguiente: El PRIMER FACTOR, que explica el 48,924% de la varianza, está formado por cinco ítems con saturaciones entre 0,632 y 0,797, que tiene que ver con aspectos relacionados con la percepción de eficacia y confianza personal que el sujeto tiene en la realización de la conducta. Podemos denominar este factor, por tanto, “control conductual percibido interno”; la presencia de puntuaciones elevadas en este factor indicará que la percepción que el sujeto posee acerca de la presencia o ausencia de recursos y oportunidades para realizar la conducta le viene de cuestiones relacionadas con él mismo. El SEGUNDO FACTOR, que explica el 13,812% de la varianza, está formado por dos ítems que tienen que ver con impedimentos o dificultades de carácter externo al sujeto. Consideramos que dicho factor puede ser denominado “control conductual percibido externo” y la presencia de puntuaciones elevadas en este factor dará cuenta de una percepción ajena al sujeto sobre la presencia o ausencia de recursos y oportunidades para realizar la conducta.

– *intención conductual.*

Como ya se indicó en el apartado correspondiente (ver “Descripción del CINCOVE”), la medición de la variable “intención conductual” se realizó en dos momentos distintos (primera y segunda pasación del instrumento) y para periodos temporales igualmente diferenciados (intención referida al próximo mes y al próximo año). Los ítems utilizados para ello, todos evaluados mediante una escala de “Totalmente falso-Totalmente verdadero” fueron los siguientes: “Durante el próximo mes, tengo la intención de pegar...”, “Durante el próximo mes, yo pegaré...”, “Durante los próximos 12 meses, tengo la intención de pegar...” y “Durante los próximos 12 meses, yo pegaré... El análisis factorial de componentes principales, identificó en la solución inicial 1 factor con autovalor mayor que 1, que explicaba el 77,045% de la varianza. La TABLA II.C.5.3.6. muestra la solución factorial obtenida.

TABLA II.C.5.3.6: SOLUCIÓN FACTORIAL OBTENIDA.

Intención conductual	Componente 1
Durante el próximo mes, yo pegaré...	0,907
Durante el próximo mes, tengo la intención de pegar...	0,905
Durante los próximos 12 meses, yo pegaré...	0,869
Durante los próximos 12 meses, tengo la intención de pegar...	0,833
Porcentaje de varianza explicada	77,045

En la consideración de que todos los ítems saturaban por encima del valor utilizado como criterio (0,40), la existencia de un único factor con autovalor mayor que 1 y la imposibilidad de rotación de la solución obtenida, se decidió mantener un único factor. Así pues, obtuvimos un único factor que explicaba el 77,045% de la varianza y estaba formado por los distintos ítems formulados para evaluar la intención de los sujetos. Agrupa, por tanto, la intención de los sujetos de realizar la conducta de estudio en el intervalo temporal de un mes y la de realización durante el próximo año. Este factor lo denominamos, en consecuencia, “intención conductual”.

5.4. **Análisis de dependencia: análisis de regresión**

5.4.1. **Justificación del análisis de regresión múltiple**

El “análisis de regresión múltiple” (ARM) es una técnica estadística de “dependencia” (Hair *et al.*, 1999) que permite analizar las relaciones entre una única variable dependiente y varias variables independientes, todas ellas de naturaleza métrica. Parte de las variables independientes, cuyos valores son conocidos para predecir la variable dependiente, generalmente denominada “criterio”. El resultado final del análisis de regresión múltiple es una ecuación (lineal o no), denominada “valor teórico de la regresión”, donde cada variable independiente está ponderada en función de su contribución

relativa a la capacidad explicativa teórica sobre la variable dependiente, permitiendo una interpretación peculiar de cada variable independiente.

El análisis de regresión múltiple permite la consecución de dos clases de objetivos: relativos a la predicción y a la explicación. En relación con los objetivos predictivos, el ARM permite maximizar la potencia conjunta de las variables independientes, pudiendo encontrar para ello el mayor valor teórico de regresión, es decir, la combinación ponderada de variables independientes con mayor capacidad predictiva respecto a los datos empíricamente conocidos de la variable dependiente; además, permite la comparación de dos o más conjuntos de variables independientes con el objetivo de comparar el poder predictivo de los diferentes modelos teóricos que las incluyen y las coordinan. Respecto a los objetivos explicativos, el ARM evalúa la importancia relativa de cada variable independiente para la explicación de la variable dependiente, indaga sobre las relaciones entre las variables independientes aisladas y la variable dependiente (permitiendo encontrar asociaciones lineales o curvilíneas entre unas y otras) y proporciona indicios para averiguar las relaciones entre las variables independientes. No obstante, el ARM presenta algunos problemas y determinadas precauciones que pueden dificultar la consecución de estos objetivos. El más importante de ellos es la posibilidad de que las variables independientes se encuentren fuertemente correlacionadas entre sí, "efecto de multicolinealidad" que podría reducir el poder predictivo de cualquier variable independiente que se halle asociada a otras variables incluidas en el análisis. El incremento de la multicolinealidad por inclusión de nuevas variables relacionadas entre sí o asociadas a las variables contenidas en el modelo original produce dos efectos complementarios: disminuye la varianza explicada por las variables individualmente consideradas y aumenta (aunque más lentamente que si se analizasen variables no asociadas a las existentes) el porcentaje de predicción del conjunto de variables indepen-

dientes. Complementariamente, unas variables independientes altamente asociadas dificultan la validación de modelos simples e inducen a incorporar un gran número de variables explicativas no por su valor individual, sino por el que se encuentra asociado a su relación con el resto de variables. A pesar de estos efectos indeseables, es necesario ser cautos en la exclusión de variables con alta colinealidad o multicolinealidad, debido a que también excluye del análisis algunas relaciones entre variables independientes (micro-modelos internos) que pueden representar hallazgos de notable mérito. Para minimizar este problema es posible adoptar dos decisiones principalmente: seleccionar para su inclusión en el ARM variables con multicolinealidad baja y alta correlación con la variable dependiente. También es posible optar por la utilización de escalas sumativas, frente a las escalas multiplicativas. Otro de los factores que determinan el resultado del ARM es el tamaño muestral que tiene una influencia directa sobre la potencia de la regresión múltiple. Las muestras pequeñas (inferiores a 20 observaciones) son apropiadas cuando se incluye una sola variable independiente; mientras que las muestras muy grandes ($n > 1000$) muestran un comportamiento opuesto, una extrema sensibilidad para detectar relaciones significativas. El tamaño muestral también afectará a la generalización de los resultados. Una norma comúnmente aceptada (Mason y Perreault, 1991) es una proporción entre el número de observaciones sobre las variables independientes de 5 a 1 como mínimo; es decir, si se incluyen 15 variables independientes, el mínimo número de observaciones en las variables independientes debería ser de 75.

Estas precauciones serán consideradas a lo largo del proceso de análisis, detallándose las decisiones adoptadas al respecto y las razones que las fundamentan.

5.4.2. Objetivos

Interesados en la predicción y explicación de la conducta violenta juvenil exogrupal, proponemos que resulta posible realizar un análisis

de regresión múltiple para predecir, tanto la intención de llevar a cabo conductas violentas juveniles exgrupales como la propia conducta, basándonos en las respuestas dadas por los jóvenes que realizan este tipo de conducta, ante la aplicación de nuestro instrumento de medida (CINCOVE). Además, consideramos que esta técnica nos permitirá identificar y ponderar las variables en función de su capacidad explicativa sobre la conducta de estudio permitiendo, a su vez, interpretar particularmente cada una de las variables independientes. Es decir, establecemos unos objetivos predictivos y explicativos. Finalmente, y ahondando en objetivos más teóricos, pretendemos –tal y como queda reflejado más adelante–, ofrecer un modelo alternativo al postulado por los autores que recoja las aportaciones teóricas que, tal y como veíamos en apartados anteriores, suponen un intento de mejorar la capacidad predictiva de los modelos inicialmente formulados por Fishbein y Ajzen.

- ▶ En cuanto a los objetivos predictivos, pretendemos averiguar la combinación ponderada de variables independientes con mayor capacidad predictiva respecto a los datos empíricamente conocidos de las variables dependientes (“intención” y “conducta”).
- ▶ Respecto a los objetivos explicativos, pretendemos evaluar la importancia relativa de cada variable independiente para la explicación de la variable dependiente, indagando acerca de las relaciones entre las variables independientes aisladas y la variable dependiente (permitiendo encontrar asociaciones lineales o curvilíneas entre unas y otras) y proporcionando indicios para averiguar las relaciones entre las variables independientes.
- ▶ Se pretende ofrecer un modelo alternativo al de Fishbein y Ajzen en cuanto a alguno de sus componentes se refiere. Con esta finalidad, se ha puesto a prueba la capacidad predictiva del modelo cuando sustituimos las variables “intención” y “norma subjetiva” por las variables “componente intencional” y “componente normativo”, respectivamente

(ambos obtenidos mediante la realización de un análisis factorial con las variables correspondiente). A este respecto, consideramos de interés realizar las siguientes observaciones:

- ▶ Se postula que el componente tradicional “norma subjetiva”, enunciado por Fishbein y Ajzen, es susceptible, a la vista de las aportaciones teóricas de distintos autores (Terry y Hogg, 1996; Bagozzi y Kimmel, 1995; Doll y Ajzen, 1992), de ser sustituido de modo alternativo, por un nuevo componente normativo en el cual la norma subjetiva tradicional es modulada por el grado en que la conducta afecta tanto a los referentes importantes del sujeto como a él mismo. Así, si bien resulta factible dividir dicho componente normativo general en un componente normativo personal (creencia normativa personal x grado de afectación personal de la conducta) y un componente normativo social (creencias normativas x grado de afectación de la conducta a los referentes importantes), se ha decidido –puesto que la capacidad predictiva y explicativa del modelo no se ve afectada de modo importante– introducir en el modelo la medición general del componente normativo, en lugar de ambos, con la finalidad de simplificar lo más posible el modelo propuesto.
- ▶ El componente intencional de Fishbein y Ajzen ofrece dos posibles alternativas de carácter teórico. En primer lugar, los datos muestran que el modelo es más efectivo cuando la intención postulada por Fishbein y Ajzen se ve modulada por la ejerción. La segunda formulación posible es postular la existencia de un “componente intencional” en el que la intención y la ejerción estarían relacionados entre sí y serían determinantes directos de la conducta. Este componente, congruente con las formulaciones actitudinales clásicas de tres factores, sería igualmente congruente con los resultados del análisis cualitativo, añadiendo la ventaja adicional de propiciar la reducción de variables (criterio de gran importancia estadística) de

cara a la formulación de un modelo causal que pueda ser validado mediante análisis de ecuaciones estructurales.

Con el fin de clarificar la exposición, y no confundir al lector, presentamos a continuación un esquema de los modelos que se van a ir de-

sarrollando, tanto para la variable dependiente “intención” como para la variable dependiente “conducta”, en el análisis de regresión y en el análisis de ecuaciones estructurales. Dicho esquema contiene la denominación de los modelos y las características que lo definen.

TABLA: II.C.5.4.1. RESUMEN DE MODELOS QUE SE VAN A ANALIZAR.

Modelos para la “intención”	
Denominación	Definición
Modelo TAR intención tradicional, medidas generales	Incluye las variables clásicas de “norma subjetiva” y “actitud”
Modelo TAR intención alternativo, medidas generales	Sustituye en el anterior la “norma subjetiva” por el componente normativo
Modelo TCP intención tradicional, medidas generales	Incluye las variables clásicas de “norma subjetiva” y “actitud”; a las que añade el control conductual percibido –interno y externo–
Modelo TCP intención alternativo, medidas generales	Sustituye en el anterior la “norma subjetiva” por el componente normativo
Modelo TCP intención tradicional, basado en creencias	Incluye las variables clásicas de “norma subjetiva” y “actitud” y control conductual percibido, a las que añade las creencias.
Modelo TCP intención alternativo, basado en creencias	Sustituye en el anterior la “norma subjetiva” por el componente normativo, y añade las creencias.
Modelos para la “conducta”	
Denominación	Definición
Modelo TAR Tradicional, medidas generales, a la conducta	Incluye “actitud”, “componente normativo” e “intención”
Modelo TAR Alternativo, medidas generales, a la conducta	Incluye “actitud”, “componente normativo” y “componente intencional”
Modelo TCP Alternativo, medidas generales, a la conducta	Incluye “componente normativo”, “intención”, “actitud” y control conductual percibido.
Modelo TCP Alternativo, basado en creencias, a la conducta	Incluye “componente normativo”, “intención”, “actitud” y control conductual percibido, a las que añade las creencias.
Modelo TCP Propuesto, medidas generales, a la conducta	Incluye “componente normativo”, “componente intencional”, “actitud” y control conductual percibido
Modelo TCP Propuesto, basado en creencias, a la conducta	Incluye “componente normativo”, “componente intencional”, “actitud” y control conductual percibido, y añade las creencias.

5.4.3. Variables seleccionadas

Los criterios utilizados para la selección de variables independientes a introducir en el análisis han sido, fundamentalmente, de carácter teórico. Así, se han introducido las variables que forman el modelo teórico de partida –la Teoría de la acción razonada y la Teoría del comportamiento planificado– que, como se ha visto anteriormente, posee un cuerpo teórico fuertemente fundamentado; en análisis posteriores se incluirán aquellas otras que, sin formar parte de dicho modelo, han demostrado en otros estudios su importancia teórica. Todo ello en función del cumplimiento de los supuestos y el tamaño muestral. Con el fin de clarificar los análisis de regresión realizados, las variables seleccionadas para cada uno de ellos se presentan en su apartado correspondiente.

La selección de estas variables viene dada por la demostración empírica de que las variables que componen los factores actitudinal y normativo ejercen una influencia independiente sobre la intención de la ejercida por las creencias y las actitudes (obtenidas mediante la multiplicación de las variables independientes). Así, por ejemplo, imaginemos el siguiente caso: Tenemos dos sujetos con creencias y actitudes iguales. El primer sujeto puntúa la consecuencia con un 1 (totalmente falso) y la valora con un 7 (totalmente bueno). Tendrá, por tanto, una creencia de 7. Otro sujeto puntúa la consecuencia con un 7 (totalmente verdadero), a la vez que la valora con un 1 (totalmente malo); la puntuación en creencia será igualmente de 7. Partiendo de que ambos tienen intención y han realizado la conducta (pues en caso contrario no estarían incluidos en la muestra), la realización de la conducta debe venir explicada, en cada caso, por el peso diferencial de cada uno de los componentes y de la creencia como interacción de ambos.

La expectativa de que la realización de una conducta implique unos resultados y la valoración de esos hipotéticos resultados ejercen una influencia en la intención parcialmente independiente de la consideración conjunta de ambos aspectos. El análisis cualitativo encon-

tró previamente algunos resultados que permiten postular una explicación plausible. Los componentes de la actitud hacia una conducta en la Teoría de la acción razonada (TAR) o la Teoría del comportamiento planificado (TCP) puede incluir otros factores parcialmente independientes, pero relacionados con la expectativa o con su valoración, por ejemplo, la probabilidad de que ocurra una consecuencia determinada, o el grado de afectación de esa conducta (conforme a lo observado en el análisis cualitativo). El procesamiento de la información (de forma intuitiva o racional, mediante un análisis superficial o lógico) puede basarse en uno u otro componente de la TAR o TCP, de forma preferente, y contemplar la probabilidad de ocurrencia y/o el grado de afectación como elementos fundamentales que modulan o ponderan su efecto en el desarrollo de la intención. Más en concreto, es posible desarrollar una notable intención de realizar comportamientos violentos si se considera, por ejemplo, que es probable que con ellos se proteja a otras personas relevantes para el sujeto (por ejemplo, la familia), aunque no se considere extremadamente positiva esta consecuencia (por ejemplo, debido a desavenencias con la familia), siempre que el grado de afectación y/o las normas emergentes (responsabilidad social o reciprocidad respecto de la familia) sean congruentes con la primera condición. De forma similar, es probable que la valoración intensamente negativa de “ser herido” evite que se desarrolle la intención de realizar agresiones intergrupales, prevaleciendo sobre la probabilidad (alta o baja) de que tal efecto se produzca verdaderamente, especialmente si el grado de afectación de la conducta es baja. Una parte importante de estas aparentes paradojas puede estar fundamentada en que la TAR y la TCP son, sobre todo, teorías individuales que, probablemente, no puedan recoger (o al menos los instrumentos diseñados para ellos no lo permitan) la influencia de personas y grupos relevantes. Podemos observar un ejemplo distinto: Un sujeto que tenga dudas acerca de que se produzca una determinada consecuencia al realizar una conducta (probablemente se

sitúe alrededor del punto medio de la escala) pero evalúa muy negativa o muy positivamente el desarrollo de esa consecuencia. En este caso, la puntuación en la creencia puede no reflejar completamente la influencia ejercida por la variable más accesible o importante para el sujeto, es decir, la valoración. Al realizar el análisis de regresión múltiple es estadísticamente congruente seleccionar con preferencia la variable más importante para el desarrollo de la intención.

Debido a que el modelo incluye términos multiplicativos, se han seguido las directrices propuestas por Evans (1991). Según este autor, la única forma de generar una solución que recoja sin ambigüedades la varianza que aporta un término multiplicativo es incluir, junto al término formado por la multiplicación de dos variables, cada una de las variables por separado. Ello es debido a que el término multiplicativo, por sí solo, genera resultados diferentes en función de que se especifiquen escalas unipolares o bipolares. Así, se ha realizado un análisis de regresión múltiple jerárquico, en el que se ha comprobado en qué medida los diferentes elementos del término multiplicativo añaden varianza explicada a la variable dependiente.

5.4.4. Método utilizado

Para la realización de los análisis de regresión se ha utilizado, en un primer momento, la estimación "introducir" para las variables referidas a los modelos teóricos de partida; para la realización de los modelos basados en creencias se ha utilizado la estimación por etapas (stepwise), estimación que permite examinar la contribución de cada una de las variables independientes (Hair *et al.*, 1999).

5.4.5. Supuestos del análisis de regresión

El cumplimiento de los supuestos del análisis de regresión resulta imprescindible para asegurar tanto los mejores resultados como su representatividad. Por ello, se han comprobado los supuestos imputados, tanto a las variables individuales como a su relación conjunta.

En cuanto a las variables individuales, se ha comprobado su normalidad; en cuanto a los supuestos imputados a la relación conjunta de las variables, los supuestos exigidos y comprobados han sido los siguientes: linealidad del fenómeno medido, varianza constante del término de error e independencia de los términos de error y normalidad de la distribución del término de error; dicha comprobación puede observarse en los anexos incluidos en el CD para cada uno de los modelos realizados.

5.4.6. Resultados

Presentamos a continuación los resultados obtenidos. Con el fin de clarificar la exposición, se ha dividido esta presentación en dos apartados. El primero de ellos presenta los resultados obtenidos sobre la "intención". El segundo muestra los referidos a la "conducta".

A. RESULTADOS OBTENIDOS PARA LA INTENCIÓN.

A.1. Introducción.

Consideramos que la utilización de esta técnica nos permitirá identificar y ponderar las variables en función de su capacidad explicativa sobre la intención del sujeto de realizar la conducta de estudio permitiendo, a su vez, la interpretación particular de cada variable independiente. Es decir, tal y como indicábamos anteriormente, establecemos unos objetivos predictivos (combinación ponderada de variables independientes con mayor capacidad predictiva respecto a los datos empíricamente conocidos de la variable dependiente) y explicativos (evaluación de la importancia relativa de cada variable independiente para la explicación de la variable dependiente).

A.2. Variables seleccionadas.

Para la realización del análisis de regresión sobre la intención se han utilizado, en primer lugar, las variables relativas a la Teoría de la acción razonada –TAR– ("actitud general hacia la violencia juvenil exogrupal" y "norma subjetiva general"); en segundo lugar, se han incluido las variables que amplían el modelo inicial en la

Teoría del comportamiento planificado –TCP– (“control conductual percibido interno” y “control conductual percibido externo”); finalmente, y para la realización de los modelos extendidos, o modelos basados en creencias, se han incluido las variables relativas a las consecuencias de la conducta, valoraciones de las mismas, creencias conductuales (multiplicación de la consecuencia por su valoración), opinión de los referentes importantes, motivación para acatar dicha opinión y creencias normativas (multiplicación de opinión por la motivación). Tal y como decíamos en el apartado de “objetivos”, pretendemos ofrecer un modelo alternativo al de Fishbein y Ajzen en cuanto a alguno de sus componentes se refiere. Con esta finalidad, y en el modelo de regresión sobre la intención, se ha puesto a prueba la capacidad predictiva del modelo cuando sustituimos la “norma subjetiva” por el que hemos denominado “componente normativo”. Así, las variables que se van a utilizar son las siguientes:

- ▶ Variable dependiente:
 - “Intención de realizar la conducta violenta exogrupal”.
- ▶ Variables independientes:
 - “Norma subjetiva general”.
 - “Componente normativo general”, como alternativa a la norma subjetiva.
 - “Actitud hacia la conducta violenta exogrupal”.
 - “Control conductual percibido interno”.
 - “Control conductual percibido externo”.

Estas variables, tal y como ya hemos visto, corresponden a los modelos teóricos de medidas generales. Para la realización de los modelos basados en creencias se incluirán, además, las variables relativas a los siguientes aspectos:

- ▶ Consecuencias conductuales percibidas de la realización de la conducta.
- ▶ Valoraciones de las consecuencias percibidas.
- ▶ Creencias conductuales sobre la conducta.

- ▶ Opinión de los referentes acerca de la realización de la conducta.
- ▶ Motivación para acatar la opinión de los referentes importantes.
- ▶ Creencias normativas sobre la conducta.
- ▶ Componentes normativos individuales, en el caso del modelo alternativo (el producto de la creencia normativa x grado de afectación de la conducta al referente concreto).

A.3. Muestra.

La muestra utilizada para la realización del análisis de regresión múltiple sobre la intención corresponde a la que se utilizó para los análisis factoriales previos; es decir, se utilizaron 243 sujetos seleccionados, recordamos, con los siguientes criterios:

- ▶ Eliminación –durante la codificación del cuestionario– de todos aquellos cuestionarios en los que el sujeto eludía la respuesta a un número elevado de preguntas (aproximadamente 1 de cada 3) y aquellos en los cuales la respuesta parecía seguir un patrón aleatorio (por ejemplo, a modo de dibujo).
- ▶ Establecimiento de un margen de seguridad de la respuesta de “ 2 que permitiera la eliminación del análisis de aquellos sujetos cuya respuesta a la doble formulación del ítem correspondiente superaba el límite de seguridad establecido.

Como ya hemos visto, el resultado de la regresión se puede ver afectado por el tamaño muestral. La muestra empleada para la presente investigación es de tamaño medio y es esperable que permita la detección de coeficientes de regresión relativamente bajos con unos niveles de significación de 0,01 y de 0,05 (Cohen y Cohen, 1983).

A.4. Método utilizado.

Tal y como se decía al inicio de este capítulo, hemos utilizado la estimación de “inclusión” para las variables que inicialmente conforman los modelos teóricos y la estimación por etapas (stepwise) para la realización de los “mo-

delos extendidos” o “modelos basados en creencias”. El criterio utilizado para la inclusión por pasos ha sido el de probabilidad de 0,050 para entrar y de 0,10 para salir.

A.5. Estimación del modelo de regresión múltiple sobre la intención y valoración global del ajuste.

En un primer momento, analizamos el comportamiento de los modelos propuestos –la Teoría de la acción razonada y la Teoría del comportamiento planificado– como marco teórico para explicar y predecir la intención de realizar la conducta de estudio. Para ello, partimos de la siguiente matriz de correlaciones en la cual la variable dependiente “intención de realizar la conducta violenta exogrupal” –INTENC– pretende ser explicada a partir de las variables independientes “Actitud hacia

la violencia juvenil exogrupal” –ACTITUD– y “Norma subjetiva general” –NSG– (modelo de la Teoría de la acción razonada), a las que se añaden los componentes relativos al control conductual percibido: el “Control conductual percibido interno” –CCPINTER– y “Control conductual percibido externo” –CCPEXTER–, componentes que, unidos a los dos anteriores, dan cuerpo a la Teoría del comportamiento planificado.

La tabla de correlaciones bivariadas de todas las variables utilizadas en el análisis de regresión múltiple se puede consultar en “Anexos CD: Estudio cuantitativo, Análisis de regresión intención, anexo n1 2”. A continuación se muestra la matriz de correlaciones de las variables que van a ser incluidas para la comprobación de los modelos teóricos de partida.

TABLA II.C.5.4.A.1. CORRELACIONES.

		INTENC	ACTITUD	NSG	COMPNORM	CCPINTER	CCPEXTER
INTENC	C. Pearson	1	**	**	**	**	**
	Sig. (bil)						
ACTITUD	C. Pearson	,588 **	1	*	**	**	**
	Sig. (bil)	,000					
NSG	C. Pearson	,322 **	,154 *	1			**
	Sig. (bil)	,000	,016				
COMPNORM	C. Pearson	,304 **	,258 **	,065	1	**	
	Sig. (bil)	,000	,000	,313			
CCPINTER	C. Pearson	,551 **	,483 **	,100	,323 **	1	
	Sig. (bil)	,000	,000	,120	,000		
CCPEXTER	C. Pearson	,458 **	,386 **	,306 **	-,029	-,010	1
	Sig. (bil)	,000	,000	,000	,653	,881	

** La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral).

* La correlación es significante al nivel 0,05 (bilateral).

Como podemos observar, la variable dependiente “Intención conductual de realizar la conducta violenta exogrupal” correlaciona significativamente con todas las variables predictivas seleccionadas. El examen de la matriz muestra que la “Actitud hacia la violencia juvenil exogrupal” es el predictor que mayor correlación presenta con la variable dependiente (0,588). Las correlaciones más bajas las encontramos en las variables referidas al componente normativo, tanto en su versión tradicional de norma subjetiva como en la alternativa propuesta; la formulación tradicional presenta una mayor relación con la variable dependiente que la formulación alternativa de componente normativo, y entre ellas podemos observar un bajo valor de la correlación, aunque no significativo. En cuanto a las variables relativas al control percibido observamos que ambas presentan una relación elevada con la variable dependiente.

Una vez establecidas las relaciones entre las variables que vamos a utilizar en este análisis, pasamos a continuación al análisis del modelo teórico propuesto para describir y predecir la intención conductual de llevar a cabo la conducta violenta exogrupal, analizando sus distintas versiones. En primer lugar, y tal y como ya decíamos en apartados anteriores, vamos a poner a prueba la capacidad del modelo en su versión inicial de la TAR frente a la modificación propuesta por los autores mediante la TCP; posteriormente se analizará el modelo teórico mediante lo que se denomina “modelo

extendido” o “modelo basado en creencias”. Y, para todos y cada uno de ellos, se va a poner a prueba la utilidad del modelo alternativo para la norma subjetiva, en este caso, propuesto en esta investigación.

A.5.1. Modelos de medidas generales.

a) Modelos basados en la Teoría de la acción razonada.

Recordamos que la Teoría de la acción razonada –TAR– pretende la explicación y predicción de la “intención conductual” a partir de dos únicos elementos: actitudinal y normativo. Así, las variables que se van a utilizar y sus correspondientes etiquetas son:

► *Variable dependiente:*

“Intención de realizar la conducta violenta exogrupal” (INTENC).

► *Variables independientes:*

“Norma subjetiva general” (NSG).

“Componente normativo general” (COMPNORM), como alternativa a la norma subjetiva.

“Actitud hacia la conducta violenta exogrupal” (ACTITUD).

“MODELO TAR INTENCIÓN TRADICIONAL, MEDIDAS GENERALES”

Los resultados obtenidos mediante este modelo teórico son los siguientes:

TABLA II.C.5.4.A.2. MODELO TAR INTENCIÓN TRADICIONAL, MEDIDAS GENERALES.

Variables introducidas: “actitud” y la “norma subjetiva general”	
R múltiple	0,633
R ² múltiple	0,401
R ² ajustado	0,396
Error típico de la estimación	0,772
Durbin-Watson	1,429

Coeficientes

Modelo		Coeficientes no estandarizados		Coeficientes estandarizados		
		B	Error típ.	Beta	t	Sig.
1	(Constante)	-,150	,054		-2,774	,006
	ACTITUD	,561	,051	0,552	10,910	,000
	NSG	,056	,055	0,237	4,690	,000

Coeficientes

Modelo		Correlaciones			Estadísticos de colinealidad	
		Orden cero	Parcial	Semiparcial	Tolerancia	FIV
1	(Constante)					
	ACTITUD	,588	,576	,545	,976	1,024
	NSG	,322	,290	,234	,976	1,024

Variable dependiente: INTENC.

Como podemos observar, la utilización del modelo tradicional formulado por Fishbein y Ajzen nos permite explicar un 39% de la varianza de la variable intención de realizar la conducta de estudio; es decir, la utilización conjunta de los componentes actitudinal y normativo permite explicar conjuntamente un porcentaje moderado de la varianza de la variable dependiente. Si analizamos los coeficientes de determinación (correlaciones de orden cero al cuadrado), observamos que la actitud explica un 34,57%, y

la norma subjetiva un 10,36% de los cambios en la variable intención; el análisis de los coeficientes beta indica, igualmente, que el mayor efecto sobre la variable dependiente lo ejerce la variable actitudinal.

“MODELO TAR INTENCIÓN ALTERNATIVO, MEDIDAS GENERALES”

Los resultados obtenidos mediante este modelo teórico son los siguientes:

TABLA II.C.5.4.A.3. MODELO TAR INTENCIÓN ALTERNATIVO, MEDIDAS GENERALES.

Variables introducidas: “actitud” y el “componente normativo general”	
R múltiple	0,609
R ² múltiple	0,371
R ² ajustado	0,366
Error típico de la estimación	0,791
Durbin-Watson	1,354

Coefficientes

Modelo		Coefficientes no estandarizados		Coefficientes estandarizados		
		B	Error típ.	Beta	T	Sig.
1	(Constante)	-9,382E-02	,053		-1,779	,077
	ACTITUD	,556	,054	0,546	10,304	,000
	NSG	3,395E-02	,011	0,163	3,082	,002

Coefficientes

Modelo		Correlaciones			Estadísticos de colinealidad	
		Orden cero	Parcial	Semiparcial	Tolerancia	FIV
1	(Constante)					
	ACTITUD	,588	,5554	,528	,933	1,071
	NSG	,304	,195	,158	,933	1,071

Variable dependiente: INTENC

El coeficiente de correlación obtenido es de ,609 y el coeficiente de determinación o coeficiente de correlación al cuadrado es de ,371 (que desciende ligeramente a ,366 una vez ajustado en función del número de observaciones de cada variable). Es decir, la variación total de la intención explicada por la “actitud” y el “componente normativo” es de ,366; o, dicho de otro modo, las variables seleccionadas explican un 36,6% de la varianza de la variable dependiente; al igual que ocurriera en el modelo anterior, los cambios en la variable intención vienen determinados en mayor medida por la actitud hacia dicha conducta.

EVALUACIÓN DEL VALOR TEÓRICO DE LOS SUPUESTOS E INTERPRETACIÓN DEL RESULTADO TEÓRICO DE LOS ANÁLISIS DE REGRESIÓN REALIZADOS SOBRE LOS MODELOS TAR INTENCIÓN, MEDIDAS GENERALES

El cumplimiento de los supuestos puede consultarse, como ya se ha indicado, en el CD de Anexos. Como paso previo a la interpretación de resultados se ha analizado el grado de multicolinealidad –que, recordamos, es la medida en la que las variables independientes correlacionan entre sí y recogen potencialmente par-

tes comunes de la variabilidad de la variable dependiente, de manera que a medida que aumenta la multicolinealidad la interpretación del valor teórico resulta más complicada, dado que resulta más difícil averiguar el efecto aislado de cualquier variable debido a las interrelaciones entre las variables del modelo– y sus efectos sobre los resultados. Para ello, se han utilizado los índices de condicionamiento y la descomposición de la varianza de los coeficientes y se han realizado las comparaciones con el factor de inflación de la varianza (VIF) y los valores de tolerancia. El valor de tolerancia se calcula restando a 1 la proporción de la varianza explicada por el resto de variables independientes. Por tanto, elevados valores de tolerancia indican una reducida colinealidad, mientras que valores cercanos a cero indican que la variable está prácticamente considerada en el resto de variables; puesto que el factor de inflación de la varianza (VIF) es el recíproco de la tolerancia, buscamos valores bajos de VIF como indicación de reducidas correlaciones entre variables. Siguiendo a Hair *et al.* (1999), el límite sugerido para el valor de tolerancia de 0,10 corresponde a una correlación múltiple

de 0,95; una correlación múltiple de 0,9 entre una variable independiente y el resto resultaría en un valor de tolerancia de 0,19. Por tanto, cualquier variable con un valor de tolerancia por debajo de 0,19, o por encima de un VIF de 5,3, estaría correlacionada en más de 0,90. En nuestro caso, todas las variables se encuentran dentro de los límites aceptables.

b) Modelos basados en la Teoría del Comportamiento Planificado.

Tal y como vimos en el apartado teórico, el modelo de la Teoría del comportamiento planificado (TCP) extiende la Teoría de la acción razonada (TAR) mediante la inclusión de las

variables relativas al control conductual percibido. Así, para obtener el modelo predictivo y explicativo de la intención a partir de la TCP, añadimos a las variables ya utilizadas el “control conductual percibido interno” y el “control conductual percibido externo”:

► *Variables independientes que se deben incluir:*

Control conductual percibido interno:

CCPINTER

Control conductual percibido externo:

CCPEXTER

La matriz de correlaciones de dichas variables con el resto de las utilizadas es la siguiente:

TABLA II.C.5.4.A.4. CORRELACIONES DE LAS VARIABLES DE CONTROL CONDUCTUAL PERCIBIDO.

		INTENC	ACTITUD	NSG	COMPNORM	CCPINTER	CCPEXTER
INTENC	C. Pearson						
	Sig. (bil)	1	**	**	**	**	**
ACTITUD	C. Pearson	,588 **					
	Sig. (bil)	,000	1	*	**	**	**
NSG	C. Pearson	,322 **	,154 *				
	Sig. (bil)	,000	,016	1			**
COMPNORM	C. Pearson	,304 **	,258 **	,065			
	Sig. (bil)	,000	,000	,313	1	**	
CCPINTER	C. Pearson	,551 **	,483 **	,100	,323 **		
	Sig. (bil)	,000	,000	,012	,000	1	
CCPEXTER	C. Pearson	,458 **	,386 **	,306 **	-,029	-,010	1
	Sig. (bil)	,000	,000	,000	,653	,881	

** La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral).

* La correlación es significativa al nivel 0,05 (bilateral).

Como podemos observar, las nuevas variables independientes incluidas presentan las mayores correlaciones con la variable dependiente “intención”. Con el resto de las variables independientes las correlaciones son también bastante elevadas a excepción de las referidas al factor normativo del modelo; así, mientras que el control conductual percibido interno (CCP interno) correlaciona de manera positiva y significativamente con el “componente normativo”, y no presenta correlación significativa con la “norma subjetiva”, el control conductual per-

cibido externo (CCP externo) correlaciona con el “componente normativo” y no lo hace con la “norma subjetiva”. No se observa relación entre los elementos de control percibido.

“MODELO TCP INTENCIÓN TRADICIONAL, MEDIDAS GENERALES”

Los resultados completos obtenidos mediante este modelo teórico pueden observarse en “Anexos CD: Estudio cuantitativo, análisis regresión intención, anexo n1 5”. Presentamos a continuación su resumen.

TABLA II.C.5.4.A.5. MODELO TCP INTENCIÓN TRADICIONAL, MEDIDAS GENERALES.

Resumen del modelo

Modelo	R	R ²	R ² corregida	Error típ. estimación	Sig. cambio F	Durbin-Watson
1	,633 ^a	,401	,396	,7720743	,000	
2	,754 ^b	,569	,561	,6578183	,000	1434

a Variables predictivas: (Constante), NSG, ACTITUD

b Variables predictivas: (Constante), NSG, ACTITUD, CCPEXTER, CCPINTER

c Variable dependiente: INTENC

Coefficientes

Modelo		Coefficientes no estandarizados		Coefficientes estandarizados		
		B	Error típ.	Beta	T	Sig.
2	(Constante)	-,112	,046		-2,431	,020
	ACTITUD	,237	,055	,233	4,292	,000
	NSG	,154	,049	,143	3,182	,000
	CCPINTER	,416	,049	,427	8,475	,000
	CCPEXTER	,319	,048	,328	6,610	,000

Coefficientes

Modelo		Correlaciones			Estadísticos de colinealidad	
		Orden cero	Parcial	Semiparcial	Tolerancia	FIV
2	(Constante)					
	ACTITUD	,588	,268	,183	,614	1,629
	NSG	,322	,202	,135	,895	1,117
	CCPINTER	,551	,481	,361	,714	1,401
	CCPEXTER	,458	,394	,281	,735	1,360

Variable dependiente: INTENC

El coeficiente de correlación obtenido en este caso aumenta de modo significativo a ,754, siendo el coeficiente de determinación ,561. Observamos que la inclusión de estas variables aumenta la capacidad predictiva del mo-

delo por encima de la obtenida anteriormente; así, la utilización conjunta de las variables "actitud", "norma subjetiva", "CCP interno" y "CCP externo" permite explicar un 56,1% de la varianza de la variable "intención". El error

estándar del coeficiente –error estándar de la estimación del mismo– disminuye ante la inclusión de las nuevas variables, lo que indica que la predicción alcanzada es más segura. El análisis de los coeficientes de determinación y coeficientes Beta indica que los cambios en la variable intención vienen determinados, fundamentalmente, por la actitud y las variables referidas al control conductual percibido, y que el efecto de la norma subjetiva es el menor de todos.

“MODELO TCP INTENCIÓN ALTERNATIVO, MEDIDAS GENERALES”

Presentamos a continuación el resumen de los resultados del modelo cuando sustituimos la variable “norma subjetiva” por la variable “componente normativo” propuesta como alternativa. Los resultados completos obtenidos mediante este modelo teórico pueden observarse en “Anexos CD: Estudio cuantitativo, Análisis regresión intención, anexo n1 5”.

TABLA II.C.5.4.A.6. MODELO TCP INTENCIÓN ALTERNATIVO, MEDIDAS GENERALES.

Resumen del modelo

Modelo	R	R ²	R ² corregida	Error típ. estimación	Sig. cambio F	Durbin-Watson
1	,609 ^a	,371	,366	,7911755	,000	
2	,752 ^b	,565	,558	,6607530	,000	1,496

a Variables predictivas: (Constante), COMPNORM, ACTITUD

b Variables predictivas: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, CCPEXTER, CCPINTER

c Variable dependiente: INTENC

Coefficientes

Modelo		Coeficientes no estandarizados		Coeficientes estandarizados		
		B	Error típ.	Beta	T	Sig.
2	(Constante)	-8,600E-02	,044		-1,949	,052
	ACTITUD	,210	,056	,206	3,740	,000
	NSG	2,675E-02	,010	,129	2,815	,005
	CCPINTER	,402	,050	,413	8,028	,000
	CCPEXTER	,376	,047	,386	8,042	,000

Coefficientes

Modelo		Correlaciones			Estadísticos de colinealidad	
		Orden cero	Parcial	Semiparcial	Tolerancia	FIV
2	(Constante)					
	ACTITUD	,588	,236	,160	,600	1,667
	NSG	,304	,180	,120	,875	1,143
	CCPINTER	,551	,462	,343	,690	1,449
	CCPEXTER	,458	,362	,344	,794	1,259

Variable dependiente: INTENC

El coeficiente de correlación obtenido en este modelo, en el que se han incluido las variables referidas al control conductual, como ya ocurriera en el modelo tradicional, aumenta con relación al obtenido con el modelo de la TAR. Las variables "actitud", "componente normativo", "CCP interno" y "CCP externo" permiten explicar conjuntamente un 55,8% de los cambios producidos en la variable "intención"; y una vez más, y como ya ocurriera anteriormente, el efecto más bajo sobre nuestra variable dependiente lo ejerce el factor normativo, en este caso el "componente normativo".

EVALUACIÓN DE SUPUESTOS E INTERPRETACIÓN DEL RESULTADO TEÓRICO DE LOS ANÁLISIS SOBRE LOS MODELOS TCP INTENCIÓN, MEDIDAS GENERALES

La comprobación de los supuestos se puede encontrar en "Anexos CD: Estudio cuantitativo, Análisis de regresión intención, anexo n1 6". El análisis del grado de multicolinealidad y sus efectos sobre los resultados muestra que, aunque todas las variables se encuentran dentro de los límites aceptables, existe un cierto grado de colinealidad entre ellas, por lo que a la hora de interpretar los coeficientes de una variable concreta tomaremos en cuenta, también, las relaciones que mantiene con las restantes variables independientes.

A.5.2. Modelos basados en creencias.

Los modelos realizados a partir de medidas generales aportan importantes evidencias teóricas en el campo de estudio de la construcción de la intención de realizar conductas dirigidas hacia objetivos. Sin embargo, tienen poca utilidad a la hora de intentar aplicar sus resultados al desarrollo de acciones educativas y de intervención que pretendan modificar las conductas estudiadas. Por ello, de cara a la aplicación práctica, es más interesante desarrollar modelos que profundicen en la forma en que se construyen las actitudes, las normas subjetivas y el control percibido sobre conductas concretas. Este tipo de modelos, manteniendo las medidas generales, incluyen variables más específicas (*Creencias*), que hacen referencia a aspectos concretos que contribuyen a "conformar" los constructos generales conside-

rados. En nuestro caso, la inclusión de *Creencias* en el modelo se hace mediante la formulación expectativa-valor, utilizándose como variables el producto de la *Creencia* por la *Evaluación* que de ella realiza el sujeto; y a este respecto, tal y como se decía al principio de este capítulo, se han seguido las propuestas de Evans (1991) de incluir, junto al término formado por la multiplicación de dos variables, cada una de las variables por separado. Como hemos venido realizando, vamos a analizar la capacidad explicativa del modelo llamado "tradicional", es decir, el modelo postulado por Ajzen y Fishbein, y el modelo alternativo. El método utilizado para ello ha sido la introducción, en un primer momento, y en un solo paso, de las variables relacionadas con la TAR (componente normativo, intención y actitud); en un segundo paso se han introducido, simultáneamente, las variables de la TCP (CCP interno y CCP externo). Finalmente, y utilizando el método STEPWISE, se han introducido las siguientes variables:

- Consecuencias de la conducta.
- Valoraciones de la conducta.
- Creencias conductuales (consecuencias de la conducta x su valoración).
- Opiniones normativas.
- Motivación para acatar las opiniones normativas.
- Creencias normativas (opiniones normativas x motivación para acatarlas).
- Componentes normativos sociales.
- Grado de afectación de la conducta a los referentes importantes.
- Creencia normativa personal.

a) Modelos basados en la Teoría del Comportamiento Planificado.

"MODELO TCP INTENCIÓN TRADICIONAL, BASADO EN CREENCIAS"

Los resultados obtenidos mediante este modelo teórico se muestran en "Anexos CD: Estudio cuantitativo, análisis regresión intención, anexo n1 7". Presentamos a continuación un resumen de los mismos:

TABLA II.C.5.4.A.7. MODELO TCP INTENCIÓN TRADICIONAL, BASADO EN CREENCIAS.

Resumen

Modelo	R	R ²	R ² corregida	Error típ. estimación	Sig. cambio F	Durbin-Watson
1	,633a	,401	,396	,7720743	,000	
2	,754b	,569	,561	,6578183	,000	
3	,804c	,646	,639	,5972430	,000	
4	,825d	,680	,672	,5687504	,000	
5	,843e	,710	,701	,5427588	,000	
6	,854f	,730	,721	,5248400	,000	
7	,867g	,752	,742	,5045238	,000	
8	,873h	,761	,751	,4955840	,002	
9	,877i	,769	,758	,4891176	,008	
10	,880j	,774	,762	,4843571	,019	
11	,883k	,779	,766	,4801128	,025	
12	,886l	,784	,771	,4751716	,017	
13	,888m	,789	,775	,4707133	,022	
14	,893n	,797	,782	,4633838	,004	
15	,891o	,795	,781	,4646758	,133	
16	,895p	,800	,786	,4595254	,014	
17	,897q	,804	,789	,4560700	,036	
18	,899r	,808	,792	,4528987	,043	1,971

a Variables predictivas: (Constante), NSG, ACTITUD

b Variables predictivas: (Constante), NSG, ACTITUD, CCPEXTER, CCPINTER

c OPIPEGA; d CONPOLI; e VALHERI; f OPISALG; g CONAPGR; h CDESAH; i CSALE; j CHERIDO; k CIDEAS; l CHERIR; m CPEGA; n CHNOS; o CHNOS; p ACOHERM; q VALCOBA; r CMADRE; s Variable dependiente: INTENC

En correspondencia con lo ya visto anteriormente, los dos primeros modelos (a y b) corresponden, respectivamente, a la Teoría de la acción razonada –TAR– y a la Teoría del comportamiento planificado –TCP–. Como vemos, la capacidad predictiva del modelo, cuando utilizamos las variables correspondientes, alcanza el 56,9%, demostrando la TCP su superioridad predictiva sobre la primera.

La inclusión del resto de variables para obtener el modelo extendido se ha realizado, tal y como ya indicábamos, mediante un análisis de regresión múltiple por pasos sucesivos. Como puede observarse, el modelo identifica un total de 16 variables, además de las ya introducidas

y correspondientes a los modelos teóricos de partida, que son interesantes para la predicción y explicación de la variable criterio, de las cuales una de ellas (CHNOS), si bien es introducida en un primer momento, es rechazada después.

La inclusión de estas variables, respecto al modelo de la TCP de medidas generales, incrementa el porcentaje de varianza explicada hasta un 79,2%, a la vez que aumenta el coeficiente de correlación múltiple y reduce el error de la estimación. Presentamos a continuación la descripción de las variables, por orden de inclusión, y su correspondiente aportación al modelo.

TABLA II.C.5.4.A.8. VARIABLES DEL MODELO TCP TRADICIONAL, BASADO EN CREENCIAS.

Modelo	R2 corregida
Norma subjetiva, actitud	,396
Control conductual percibido	,561
Opinión de los amigos con los que pega	,639
Consecuencia "Tener problemas con la policía"	,672
Valoración C. "Podría hacer que me hiriesen"	,701
Opinión de los amigos con los que sale habitualmente	,721
Consecuencia "Sentirme apoyado por mi grupo"	,742
Creencia "Me haría desahogarme"	,751
Creencia normativa "Amigos con los que sale habitualmente"	,758
Creencia "Podría hacer que me hiriesen"	,762
Creencia "Defender las ideas en las que creo"	,766
Creencia "Me haría herir gravemente a alguien"	,771
Creencia normativa "Amigos con los que pega"	,775
Motivación para acatar la opinión de los hermanos	,786
Valoración C. "Evitar que me tomen por un cobarde"	,789
Creencia normativa "Madre"	,792

Todas las variables incluidas en la tabla precedente obtienen un cambio significativo en el estadístico "F". Como podemos observar, una vez introducidas las variables referidas a los modelos de medidas generales –"norma subjetiva", "actitud", y las de control conductual percibido–, la siguiente variable introducida es la "Opinión de los amigos con los que pega", variable que aumenta el coeficiente de determinación en un 7,8%, mientras que el valor de t –significación de la correlación parcial– indica que dicho incremento resulta significativo ($p < 0,001$). La siguiente variable introducida en nuestra ecuación es la "Consecuencia tener problemas con la policía". Los valores del coeficiente de correlación han vuelto a aumentar de modo significativo ($p < 0,01$). Siguiendo el proceso con el resto de variables independien-

tes incluidas, llegamos a los valores finales obtenidos, según los cuales obtenemos un buen ajuste global del modelo, en el que aumentan, tanto el coeficiente de determinación como el R2 ajustado, y donde la cantidad de varianza total de la variable dependiente explicada mediante este modelo alcanza el 79,2%, y en el que todas las variables independientes descritas –a excepción de la anteriormente indicada– contribuyen de modo significativo.

Para evaluar la importancia relativa de cada una de las variables independientes en la predicción conjunta de la variable dependiente, presentamos los coeficientes de regresión, que permiten (Hair *et al.*, 1999) establecer comparaciones entre las variables independientes que permitan averiguar su importancia relativa en el valor teórico de la regresión.

TABLA II.C.5.4.A.9. COEFICIENTES.

Modelo		Coeficientes no estandarizados		Coeficientes estandarizados		
		B	Error típ.	Beta	T	Sig.
18	(Constante)	-8,600E-02	,044		-,996	,320
	ACTITUD	6,217E-02	,045	,061	1,376	,170
	NSG	8,922E-02	,036	,083	2,492	,013
	CCPINTER	,268	,037	,275	7,165	,000
	CCPEXTER	8,781E-02	,038	,090	2,330	,021
	CONPOLI	-,197	,036	-,195	-5,430	,000
	VALHERI	,183	,041	,179	4,506	,000
	OPISALG	,405	,040	,412	10,103	,000
	CONAPGR	,127	,034	,123	3,703	,000
	CDESAH	-,122	,030	-,131	-4,074	,000
	CSALE	,230	,048	,237	4,844	,000
	CHERIDO	-,155	,043	-,124	-3,638	,000
	CIDEAS	-7,210E-02	,025	-,093	-2,865	,005
	CHERIR	,175	,046	,154	3,772	,000
	CPEGA	-,166	,042	-,187	-3,922	,000
	CHNOS	-9,071E-02	,032	-,104	-2,860	,005
	ACOHERM	-7,826E-02	,034	-,079	-2,317	,021
	VALCOBA	8,256E-02	,033	,081	2,487	,014
	CMADRE	-6,220E-02	,030	-,071	-2,040	,043

TABLA II.C.5.4.A.10. COEFICIENTES DE CORRELACIONES.

Modelo		Correlaciones			Estadísticos de colinealidad	
		Orden cero	Parcial	Semiparcial	Tolerancia	FIV
18	(Constante)					
	ACTITUD	,588	,092	,040	,436	2,296
	NSG	,322	,164	,073	,781	1,281
	CCPINTER	,551	,432	,210	,583	1,714
	CCPEXTER	,458	,154	,068	,573	1,745
	CONPOLI	-,405	-,341	-,159	,669	1,495
	VALHERI	,279	,288	,132	,547	1,827
	OPISALG	,653	,560	,296	,515	1,940
	CONAPGR	,328	,240	,109	,783	1,278
	CDESAH	-,169	-,263	-,119	,837	1,195
	CSALE	,165	,308	,142	,360	2,780
	CHERIDO	-,261	-,236	-,107	,734	1,363
	CIDEAS	-,196	-,188	-,084	,810	1,234
	CHERIR	-,062	,244	,111	,516	1,939
	CPEGA	,057	-,253	-,115	,377	2,652
	CHNOS	,007	-,188	-,084	,649	1,542
	ACOHERM	-,321	-,153	-,068	,732	1,367
	VALCOBA	,092	,164	,073	,810	1,235
	CMADRE	,139	-,135	-,060	,717	1,394

En la consideración no disponemos de los datos de toda la población, sino únicamente los de nuestra muestra, valoramos la influencia del azar utilizando los errores típicos de los coeficientes. Los coeficientes beta dan medida de la importancia relativa de cada una de las variables de la ecuación en la explicación de la variable dependiente. En cuanto a los modelos teóricos de partida, TAR y TCP, vemos que las variables referidas al control conductual percibido son las que tienen más importancia. Cuando extendemos el modelo a las creencias, las variables más importantes para predecir la intención de llevar a cabo la conducta violenta son, por orden de importancia, la "Opinión de los amigos con los que sale habitualmente", la "Creencia normativa de los amigos con los que sale habitualmente" y la "Consecuencia 'Tener problemas con la policía'". En el extremo opuesto, las variables que menos aportación tienen a la predicción de la variable dependiente son la "Creencia normativa de la madre" y la "Motivación para acatar la opinión de los hermanos". Igualmente, observamos que el incremento de varianza explicada de manera individual por cada una de las variables independientes introducidas en el modelo resulta, en la mayoría de los casos, muy significativo ($p < 0,001$).

EVALUACIÓN DE LOS SUPUESTOS E INTERPRETACIÓN DEL RESULTADO TEÓRICO DEL MODELO TCP INTENCIÓN TRADICIONAL, BASADO EN CREENCIAS

El cumplimiento de los supuestos del modelo puede observarse en "Anexos CD: Estudio cuantitativo, Análisis de regresión intención, anexo n1 8". Como paso previo a la interpretación de resultados, se ha analizado el grado de multicolinealidad y sus efectos sobre los resultados. Para ello, se han utilizado los índices de condicionamiento y la descomposición de la varianza de los coeficientes y se han realizado las comparaciones con el factor de inflación de la varianza (VIF) y los valores de tolerancia. Los resultados muestran niveles de colinealidad reducidos, excepto en algunas variables, lo que debe ser considerado a la hora de interpretar el resultado de los coeficientes de regresión.

DETECCIÓN Y ANÁLISIS DE CASOS ATÍPICOS DEL MODELO

Como ya vimos anteriormente, casos atípicos son aquellos que no siguen la misma pauta en las relaciones entre las variables que el resto de elementos. Para su identificación hemos utilizado el procedimiento correspondiente del paquete estadístico SPSS 10 para el análisis de regresión múltiple. Los resultados obtenidos se muestran en la siguiente tabla.

TABLA II.C.5.4.A.11. CASOS ATÍPICOS.

Diagnósticos por caso		
Nº de caso	Residuo tip.	INTENC
41	-3,716	-1,42984
62	3,210	1,57059

Observamos la existencia de dos casos atípicos para el modelo propuesto. Sin embargo, los casos atípicos no son necesariamente puntos influyentes ni todos los puntos tienen que ser casos atípicos (Hair *et al.*, 1999), si bien son interesantes en la medida en que implican observaciones no representadas en la ecuación obtenida que pueden tener efectos importantes en la misma. Dado el escaso número de casos atípicos obtenidos, no se ha tomado ninguna medida al respecto.

"MODELO TCP INTENCIÓN ALTERNATIVO, BASADO EN CREENCIAS"

Tal y como indicábamos al principio de este apartado, y al igual que se hiciera para el modelo tradicional, basado en creencias, para la realización del análisis de regresión múltiple ha sido la introducción, en un primer momento, y en un solo paso, las variables relacionadas con la Teoría de la acción razonada, es decir, el componente normativo y la actitud. En un segundo paso se han introducido, simultáneamente, las variables relacionadas con el control conductual percibido, es decir, el CCP interno y el CCP externo. Finalmente, y utilizando el método STEPWISE, se han introducido las variables relativas a la extensión del modelo, tal y como se indicaba en la presentación de los modelos extendidos. Los resultados completos se pueden ver en "Anexos CD: Estudio cuantitativo, Análisis regresión intención, anexo n1 7". Presentamos a continuación un resumen de los mismos:

TABLA II.C.5.4.A.12. MODELO TCP INTENCIÓN ALTERNATIVO, BASADO EN CREENCIAS.

Modelo	R	R ²	R ² corregida	Error típ. estimación	Sig. cambio F	Durbin-Watson
1	,609a	,371	,366	,7911755	,000	
2	,752b	,565	,558	,6607530	,000	
3	,802c	,644	,636	,5991111	,000	
4	,829d	,688	,680	,5620471	,000	
5	,846e	,717	,708	,5367177	,000	
6	,859f	,738	,729	,5171863	,000	
7	,868g	,754	,744	,5022289	,000	
8	,877h	,769	,759	,4880530	,000	
9	,883i	,779	,768	,4780199	,001	
10	,887j	,787	,776	,4698615	,003	
11	,892k	,795	,784	,4620028	,003	
12	,896l	,802	,790	,4553860	,006	
13	,898m	,807	,794	,4505134	,015	
14	,901n	,811	,798	,4464197	,024	
15	,903o	,816	,802	,4417106	,016	
16	,906p	,821	,807	,4369545	,016	2,056

a Variables predictoras: (Constante), COMPNORM, ACTITUD

b Variables predictoras: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, CCPEXTER, CCPINTER

c OPISALG; d CONPOLI; e CONAPGR; f VALHERI; g INFPERS; h INFPEGA; i INFLUHE; j NORPERS;

k ACOSALG; l CDESAH; m INFLUPA; n CIDEAS; o CSNONOP; p CHERIDO

q Variable dependiente: INTENC

En correspondencia con lo ya visto anteriormente, los dos primeros modelos (a y b) corresponden, respectivamente, a la Teoría de la acción razonada –TAR– y a la Teoría del comportamiento planificado –TCP–. Como vemos, la capacidad predictiva del modelo cuando utilizamos las variables correspondientes aumenta de modo significativo, demostrando la TCP su superioridad predictiva sobre la primera. La inclusión del resto de variables para obtener el modelo extendido se ha realizado, tal y como ya indicábamos, mediante un análisis de regresión múltiple por pasos sucesivos. Como puede observarse, el modelo identifica un total

de 14 variables, además de las ya introducidas y correspondientes a los modelos teóricos de partida, que son interesantes para la predicción y explicación de la variable criterio. La inclusión de estas variables, respecto al modelo de la Teoría del comportamiento planificado de medidas generales, incrementa significativamente el porcentaje de varianza explicada, a la vez que aumenta el coeficiente de correlación múltiple y reduce el error de la estimación. Presentamos a continuación la descripción de las variables, por orden de inclusión, y su correspondiente aportación al modelo.

TABLA II.C.5.4.A.13.: VARIABLES DEL MODELO TCP INTENCIÓN ALTERNATIVO, BASADO EN CREENCIAS.

Modelo	R2 corregida
Componente normativo, actitud	,366
Control conductual percibido	,558
Opinión de los amigos con los que sale	,636
Consecuencia "Tener problemas con la policía"	,680
Consecuencia "Sentirme apoyado por mi grupo"	,708
Valoración C. "Podría hacer que me hiriesen"	,729
Grado de afectación personal de la conducta	,744
Grado afectación conducta a los amigos con los que pega	,759
Grado afectación conducta a los hermanos	,768
Norma personal	,776
Motivación para acatar la opinión de los amigos con que sale	,784
Creencia "Me haría desahogarme"	,790
Grado afectación conducta al padre	,794
Creencia "Me permitiría defender las ideas que creo"	,798
Componente normativo social otros que no pegan	,802
Creencia "Podría hacer que me hiriesen"	,807

Todas las variables independientes incluidas en el modelo obtienen un cambio significativo en el estadístico "F". Como podemos observar en la tabla precedente, una vez introducidas las variables correspondientes a los modelos de medidas generales –"componente normativo" y "actitud", así como las relativas al control conductual percibido–, la introducción del resto de variables independientes va aumentando progresivamente y de modo significativo el coeficiente de correlación a la vez que disminuye el error de la estimación.

El resultado final indica la obtención de un modelo en el que la cantidad total de varian-

za explicada de la variable "intención" alcanza el 80,7% (R2 corregida) y en el que todas las variables independientes descritas en la tabla anterior contribuyen de modo significativo.

Para evaluar la importancia relativa de cada una de las variables independientes en la predicción conjunta de la variable dependiente, presentamos en la siguiente tabla los coeficientes de regresión, que dejan (Hair *et al.*, 1999) establecer comparaciones entre las variables independientes que permitan averiguar su importancia relativa en el valor teórico de la regresión. Los datos obtenidos se muestran en la siguiente tabla:

TABLA II.C.5.4.A.14. COEFICIENTES.

Modelo		Coeficientes no estandarizados		Coeficientes estandarizados		
		B	Error típ.	Beta	T	Sig.
16	(Constante)	1,800E-02	,036		,503	,616
	ACTITUD	-4,914E-02	,044	-,048	-1,125	,262
	COMPNORM	1,767E-03	,008	,009	,217	,828
	CCPINTER	,204	,039	,209	5,212	,000
	CCPEXTER	3,263E-02	,040	,034	,820	,413
	OPISALG	,321	,041	,327	7,785	,000
	CONPOLI	-,208	,035	-,205	-5,901	,000
	CONAPGR	,184	,034	,178	5,454	,000
	VALHERI	,137	,035	,133	3,928	,000
	INFPEXS	9,708E-02	,036	,098	2,661	,008
	INFPEGA	,473	,091	,227	5,211	,000
	INFLUHE	-,209	,044	-,201	-4,699	,000
	NORPEXS	,170	,049	,170	3,482	,001
	ACOSALG	-,105	,035	-,107	-2,969	,003
	CDESAH	-6,895E-02	,028	-,074	-2,428	,016
	INFLUPA	,131	,044	,127	2,995	,003
	CIDEAS	-6,254E-02	,023	-,081	-2,675	,008
	CSNONOP	6,700E-02	,027	,084	2,525	,012
	CHERIDO	-9,358E-02	,038	-,075	-2,434	,016

En cuanto a los modelos teóricos de partida, TAR y TCP, vemos que las variables referidas al control conductual percibido son las que tienen más importancia. Cuando extendemos el modelo a las creencias, las variables más importantes para predecir la intención de llevar a cabo la conducta violenta son, por orden de importancia, la "Opinión de los amigos con los que sale habitualmente", la "Creencia Normativa de los amigos con los que sale habitualmente" y la "Consecuencia 'Tener problemas con la policía'". En el extremo opues-

to, las variables que menos aportación tienen a la predicción de la variable dependiente son la "Creencia normativa de la madre" y la "Motivación para acatar la opinión de los hermanos".

Igualmente, observamos que el incremento de varianza explicada de manera individual por cada una de las variables independientes introducidas en el modelo resulta, en la mayoría de los casos, muy significativo ($p < 0,001$). Presentamos a continuación los coeficientes de correlación obtenidos.

TABLA II.C.5.4.A.15. COEFICIENTES DE CORRELACIONES

Modelo		Correlaciones			Estadísticos de colinealidad	
		Orden cero	Parcial	Semiparcial	Tolerancia	FIV
16	(Constante)					
	ACTITUD	,588	-,075	-,032	,434	2,306
	COMP NORM	,304	,015	,006	,522	1,916
	CCPINTER	,551	,329	,147	,497	2,013
	CCPEXTER	,458	,055	,023	,479	2,089
	OPISALG	,653	,461	,220	,453	2,209
	CONPOLI	-,405	-,367	-,167	,661	1,512
	CONAPGR	,328	,342	,154	,749	1,336
	VALHERI	,279	,254	,111	,694	1,441
	INF PERS	,523	,175	,075	,591	1,691
	INFPEGA	,664	,329	,147	,422	2,372
	INFLUHE	,441	-,300	-,133	,437	2,288
	NORPERS	,715	,227	,098	,336	2,979
	ACOSALG	,344	-,195	-,084	,619	1,615
	CDESAH	-,169	-,160	-,069	,867	1,154
	INFLUPA	,504	,196	,085	,447	2,237
	CIDEAS	-,196	-,176	-,076	,874	1,144
	CSNONOP	,166	,166	,071	,723	1,384
	CHERIDO	-,261	-,161	-,069	,836	1,197

EVALUACIÓN DEL VALOR TEÓRICO DE LOS SUPUESTOS E INTERPRETACIÓN DEL RESULTADO TEÓRICO DEL MODELO TCP INTENCIÓN ALTERNATIVO, BASADO EN CREENCIAS

La comprobación de los supuestos se muestra en "Anexos CD: Estudio cuantitativo, Análisis de regresión intención, anexo n1 8". De nuevo, y pese a que los niveles generales de tolerancia no son excesivamente bajos, existe un cierto grado de colinealidad entre distintas variables.

DETECCIÓN Y ANÁLISIS DE CASOS ATÍPICOS DEL MODELO TCP INTENCIÓN ALTERNATIVO, BASADO EN CREENCIAS

Su identificación se ha utilizado mediante el procedimiento correspondiente del paquete

estadístico SPSS 10. Los resultados obtenidos se muestran en la siguiente tabla.

TABLA II.C.5.4.A.16: CASOS ATÍPICOS.

Diagnósticos por caso		
Nº de caso	Residuo tip.	INTENC
62	3,916	1,57059
90	3,141	1,18362
112	3,821	1,57059

A.5.3. Implicaciones de los resultados obtenidos en los análisis de regresión sobre la intención.

- a) Tabla resumen de resultados obtenidos para el Modelo sobre la intención.

TABLA II.C.5.4.A.17. TABLA RESUMEN RESULTADOS MODELOS PARA LA "INTENCIÓN".

Modelos para la "intención"		
Denominación	Definición	% Var. Exp.
Modelo TAR intención tradicional, medidas generales.	Incluye las variables clásicas de "norma subjetiva general" y "actitud general"	39,6%
Modelo TAR intención alternativo, medidas generales	Sustituye en el anterior la "norma subjetiva general" por el "componente normativo general"	36,6%
Modelo TCP intención tradicional, medidas generales.	Incluye las variables clásicas de "norma subjetiva general" y "actitud general"; a las que añade el control conductual percibido -interno y externo-	56,1%
Modelo TCP intención alternativo, medidas generales.	Sustituye en el anterior la "norma subjetiva general" por el "componente normativo general"	55,8%
Modelo TCP intención tradicional, basado en creencias.	Incluye las variables clásicas de "norma subjetiva general", "actitud general" y control conductual percibido, a las que añade las creencias.	79,2%
Modelo TCP intención alternativo, basado en creencias	Sustituye en el anterior la "norma subjetiva general" por el "componente normativo general", a las que añade las creencias.	80,7%

b) En cuanto a la capacidad predictiva y explicativa del modelo tradicional.

Los resultados obtenidos han mostrado que Teoría de la acción razonada –TAR– permite explicar un 39,6% de la varianza de la variable intención de realizar la conducta de estudio; es decir, la utilización conjunta de los componentes actitudinal y normativo permite explicar conjuntamente un porcentaje moderado de la varianza de la variable dependiente.

La inclusión del control conductual percibido al modelo inicial, es decir, el modelo de la Teoría del comportamiento planificado –TCP–, ha aumentado de modo significativo el coeficiente de determinación. Observamos, así, que la inclusión de estas variables aumenta la capacidad predictiva del modelo por encima de la obtenida anteriormente; la utilización conjunta de las variables "actitud", "norma subjetiva general", "control conductual percibido interno" y "control conductual percibido externo" permite explicar un 56,1% de la varianza de la variable "intención".

Estos resultados permiten concluir que, si bien el modelo de la Teoría de la acción razonada ha mostrado su utilidad para predecir la intención

de llevar a cabo la conducta violenta exogrupal, no cabe duda de la superioridad del modelo de la Teoría del comportamiento planificado para predecir dicha intención. A la vista de los resultados obtenidos podemos afirmar que los cambios devenidos en la intención de un joven de llevar a cabo la conducta violenta exogrupal vendrán determinados por la "actitud general" hacia dicha conducta, la norma subjetiva general y el control conductual percibido –interno y externo– percibido acerca de su realización.

En ambos casos, ya sea la TAR o la TCP, el análisis de los coeficientes beta indica que el mayor efecto sobre la intención lo produce la variable "actitud general", seguidas –en el caso de la TCP– de las variables referidas al control conductual percibido; en ambos casos, el efecto de la norma subjetiva general es el menor de todos.

El desarrollo de modelos que profundizan en la construcción de los factores actitudinal y normativo ha demostrado una mayor eficacia del modelo, tanto en lo que se refiere a la predicción como a la explicación de la variable estudiada. Así, si analizamos los resultados obtenidos podemos observar lo siguiente: la

extensión del modelo tradicional mediante la consideración de las creencias conductuales y normativas ha producido un importante incremento en la proporción de varianza explicada de la variable intención (de $R^2 = 0,561$ a $R^2 = 0,792$), a la vez que nos ha permitido identificar las variables que ejercen un mayor peso predictivo en la determinación de la intención de realizar este tipo de conductas. De este modo, a la consideración conjunta de la actitud general, la norma subjetiva general y el control conductual percibido como variables determinantes de los cambios devenidos en la intención, se ha extraído una serie de variables que deben ser consideradas como igualmente relevantes; a saber: determinadas opiniones que sobre dicha conducta tienen algunos referentes importantes (los amigos con los que pega y los amigos con los que sale habitualmente), determinadas consecuencias percibidas sobre la realización de la conducta (“tener problemas con la policía” y “sentirme apoyado por mi grupo”), la valoración de la consecuencia “podría resultar herido”, determinadas creencias conductuales (“me haría desahogarme”, “podría resultar herido”, “defender las ideas en las que creo” y “herir gravemente a alguien”) y normativas (la de los amigos con los que sale, los amigos con los que pega y de la madre), así como la motivación para acatar la opinión de sus hermanos.

Ahora bien, de cara a los objetivos explicativos del modelo debe considerarse la propia dinámica del análisis de regresión. Así, el orden de inclusión de las variables en el mismo tiene una enorme importancia, ya que la inclusión de una variable implica la explicación, no sólo de los cambios producidos por sí misma, sino también los cambios en tanto que mediadora de la influencia de otras variables con respecto a la variable dependiente. De aquí que el hecho de que una variable no esté incluida en la ecuación no quiere decir, forzosamente, que esta variable no sea importante a la hora de explicar los cambios de la variable dependiente; simplemente, querrá decir que su aportación a la explicación de los cambios de la variable

dependiente ya está explicada por otras variables incluidas, y que su inclusión podrá resultar redundante. Lo que explicaría la no aparición explícita de variables que, de manera tradicional en la literatura sobre el tema, han sido asociadas con la presencia de este tipo de comportamientos.

La relación existente entre la “intención” y el resto de las variables incluidas en el análisis de medidas generales es, en todos los casos, positiva y significativa. La variable de estudio presenta su relación más elevada con la “actitud” ($0,588$; $p < 0,01$); seguida de los elementos referidos al control conductual percibido –tanto Interno como externo–; la relación más baja, aunque igualmente significativa la encontramos entre la “intención” y la “norma subjetiva”. Así, podría decirse que un joven que posea una “actitud general” positiva hacia la realización de la conducta, que se sienta motivado a nivel social y que perciba que es él quien controla su realización mantendrá en mayor medida la “intención” de pegar, con su grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo.

Pero los datos obtenidos han mostrado la existencia de otras variables que resultan de gran utilidad para predecir la intención de llevar a cabo este tipo de acciones. Así, por ejemplo, observamos la importancia que ejerce el grupo violento en el desarrollo de la intención. Los análisis muestran varios aspectos relacionados con dicho grupo que parecen estar teniendo un importante poder predictivo sobre la intención: su opinión, su creencia normativa (la opinión que mantienen hacia la conducta, junto con la motivación del sujeto para acatar dicha opinión) y la percepción de que la realización de la conducta va a hacer que el sujeto se sienta apoyado por dicho grupo. Y no es extraño, puesto que estas variables correlacionan prácticamente –en mayor o menor medida– con el resto de las variables incluidas en el análisis.

Igualmente, hemos observado la importancia de la “Opinión de los amigos con los que sale” y la “Creencia normativa” de dicho grupo a la hora de predecir la intención violenta. Este

resultado es coherente con el obtenido en el análisis descriptivo, en el cual observábamos que un elevado porcentaje de sujetos afirma pertenecer a un único grupo que, lógicamente, coincide con el grupo con el que va a pegar.

Algunas de las variables que mayor poder predictivo han mostrado son la "Consecuencia 'Tener problemas con la policía'" y la "Valoración de la consecuencia 'Me haría herir gravemente a alguien'". En cuanto a la primera de ellas, su elevada significación estadística ($p < 0,01$) y su dirección (negativa) con la "intención" y con el "CCP externo" nos indican la importancia de esta consecuencia, tanto para disminuir la predisposición a la acción como el control externo percibido.

En cuanto a la familia, los únicos referentes incluidos como predictores de la intención son la madre y los hermanos. Sin embargo, el peso ejercido por estos referentes en la predicción de la intención es de los más bajos de todos los hallados.

c) En cuanto a la capacidad predictiva y explicativa del modelo alternativo.

Tal y como hemos venido observando, se ha puesto a prueba la capacidad predictiva y explicativa de un modelo alternativo al utilizado tradicionalmente. Las variaciones fundamentales de este modelo, tal y como ya quedaron reflejadas al inicio de este capítulo, están referidas al factor normativo del mismo. Así, se ha pretendido elaborar un factor normativo más complejo e intuitivo, en función de los resultados iniciales del análisis cualitativo, que el postulado por Fishbein y Ajzen mediante la introducción de un aspecto no contemplado hasta el momento en ninguno de los estudios que han aplicado la Teoría del comportamiento planificado; dicho aspecto es la inclusión de un nuevo componente normativo en el cual la norma subjetiva tradicional es modulada por el grado en que la conducta afecta, tanto a los referentes importantes del sujeto como a él mismo.

La utilización de un modelo alternativo a la Teoría de la acción razonada –TAR–, en el cual

la variable "norma subjetiva" ha sido sustituida por un "componente normativo" ha alcanzado un coeficiente de determinación de 0,371, coeficiente que desciende ligeramente a ,366 una vez ajustado en función del número de observaciones de cada variable. Es decir, las variables seleccionadas ("actitud" y "componente normativo") explican un 36,6% de la varianza de la variable dependiente ("intención").

La Teoría del comportamiento planificado –TCP–, por su parte, aumenta dicha capacidad predictiva de modo significativo. Así, podemos afirmar que las variables "actitud", "componente normativo", "CCP interno" y "CCP externo" permiten explicar conjuntamente un 55,8% de los cambios producidos en la variable "intención". Y, tal y como ocurriera en el modelo tradicional, tanto en el caso de la TAR como en la TCP, el efecto más bajo sobre nuestra variable dependiente lo ejerce el factor normativo, en este caso el "componente normativo".

La consideración de las creencias conductuales y normativas, es decir, el modelo extendido o basado en creencias, ha producido igualmente un importante incremento en la proporción de varianza explicada de la variable intención (de $R^2 = 0,561$ a $R^2 = 0,807$), y la identificación de variables con un importante efecto en la formulación de la intención de realizar este tipo de conductas. En este caso, a la consideración conjunta de la actitud general, del componente normativo y del control conductual percibido como variables determinantes de los cambios venidos en la intención, se han determinado una serie de variables que deben ser consideradas como igualmente determinantes. Algunas de ellas coinciden con las establecidas en el modelo tradicional (las consecuencias percibidas sobre la realización de la conducta: "tener problemas con la policía" y "sentirme apoyado por mi grupo"; determinadas opiniones que sobre dicha conducta tienen los amigos con los que sale habitualmente; la valoración de la consecuencia "podría resultar herido", las creencias conductuales "me haría desahogarme", "podría resultar herido" y "defender las ideas en las que creo", así como la motivación para

acatar la opinión de los amigos con los que sale habitualmente).

La mayor diferencia en la identificación de variables relevantes entre uno y otro modelo la hallamos en el aspecto normativo. Así, la inclusión en este modelo de variables nuevas y alternativas, no contempladas en el modelo anterior, altera el factor normativo del modelo mediante una mayor ponderación de las nuevas variables introducidas.

Resulta de gran interés observar el potente efecto que produce en la explicación de la intención la consideración de la afectación de la conducta, tanto sobre algunos referentes importantes (los amigos con los que pega, los hermanos y el padre), como personalmente. Todo ello, junto con la consideración de una obligación personal que induce a la realización de la conducta y el componente normativo de otras personas que no realizan la conducta, nos da la determinación de los cambios venidos en la intención de un joven de llevar a cabo este tipo de conductas.

Socialmente, observamos un importante efecto del grado de afectación de la conducta a determinados referentes importantes (amigos con los que pega, hermanos y padre) sobre la intención de llevar a cabo la acción. La percepción del sujeto de que la realización de la conducta beneficia directamente a estos referentes tiene un potente efecto predictivo sobre la intención de realizar dicha conducta. Personalmente se observa la importancia de percibir dicho beneficio, unido a una creencia personal de tener que llevar a cabo la acción.

d) En cuanto a la confrontación de modelos.

Los resultados obtenidos muestran que la alternativa propuesta no mejora sustancialmente el modelo de la Teoría de la acción razonada, ni el modelo de la Teoría del Comportamiento Planificado.

Sin embargo, esta situación se altera radicalmente cuando extendemos el modelo a las creencias; en este caso, la inclusión de las variables referidas a la percepción que el suje-

to posee acerca de cómo afecta su conducta, tanto a otros como a sí mismo, ha provocado un significativo aumento de la capacidad del modelo para explicar los cambios producidos en la intención conductual.

Esto, de alguna forma, pone de manifiesto que la capacidad predictiva del componente normativo se referiría a un componente de variabilidad distinto al que predice la norma subjetiva tradicional. La parte de variabilidad de la intención explicada por la norma subjetiva general tradicional estará, en mayor medida, superpuesta a la explicada por las creencias; mientras que la parte explicada por el componente normativo sería, en mayor medida, diferente a la explicada por las creencias.

B. RESULTADOS PARA LA CONDUCTA.

B.1. Introducción.

Tal y como indicábamos al principio de este capítulo, nuestro interés en la predicción y explicación de la conducta violenta exogrupal juvenil nos indicaba la oportunidad y conveniencia de la utilización del análisis de regresión múltiple para alcanzar dicho objetivo. En páginas anteriores hemos presentado los resultados del análisis de regresión para predecir la intención de llevar a cabo conductas violentas juveniles exgrupales, basándonos en las respuestas dadas por los jóvenes que realizan este tipo de conducta, ante la aplicación del instrumento de medida diseñado al efecto (CINCOVE). Igualmente, consideramos que la utilización de esta técnica nos permitirá identificar y ponderar las variables en función de su capacidad explicativa sobre la conducta de estudio permitiendo, a su vez, interpretar particularmente cada una de las variables independientes. Es decir, establecíamos unos objetivos predictivos (combinación ponderada de variables independientes con mayor capacidad predictiva respecto a los datos empíricamente conocidos de la variable dependiente) y explicativos (evaluación de la importancia relativa de cada variable independiente para la explicación de la variable dependiente).

B.2. Variables seleccionadas.

Siguiendo un criterio fundamentalmente teórico –tal y como decíamos en la Introducción al análisis de regresión múltiple– e incluyendo en este apartado aquellas otras variables que, sin formar parte de dicho modelo, han demostrado en otros estudios su importancia teórica, en función del cumplimiento de los supuestos y del tamaño muestral, para la realización del análisis de la conducta violenta exogrupal se han incluido las siguientes variables: “intención conductual”, “actitud general hacia la conducta”, “norma subjetiva general”, “control conductual percibido interno” y “control conductual percibido externo”, todas ellas pertenecientes a los modelos teóricos de partida (Teoría de la acción razonada y Teoría del comportamiento planificado). Igualmente, se han incluido las variables relativas a las consecuencias de la conducta y valoraciones de las mismas, creencias conductuales (multiplicación de la consecuencia por su valoración), opinión de los referentes importantes, motivación para acatar dicha opinión y las creencias normativas (multiplicación de opinión por la motivación).

Al igual que ya se hiciera en el análisis de regresión sobre la intención, se pretende ofrecer un modelo alternativo al de Fishbein y Ajzen en cuanto a alguno de sus componentes se refiere. Con esta finalidad, se ha puesto a prueba la capacidad predictiva del modelo cuando sustituimos las variables “intención” y “norma subjetiva” por las variables “componente intencional” y “componente normativo”, respectivamente. A este respecto, consideramos de interés recordar las siguientes observaciones:

- Una vez comprobada su utilidad en el modelo antecedente, se ha mantenido el componente normativo ya enunciado para el modelo sobre la intención, para observar su comportamiento a la hora de explicar y predecir la variable dependiente “conducta”. Por lo tanto, al igual que se hiciera en el modelo propuesto para la intención, se postula que el componente tradicional “norma subjetiva”, enunciado por Fishbein y Ajzen, es susceptible, a la vista de los resultados,

de ser sustituido de modo alternativo por un nuevo componente normativo, en el cual la norma subjetiva tradicional es modulada por el grado en que la conducta afecta, tanto a él mismo como a sus referentes importantes.

- Tal y como decíamos en la Introducción al análisis de regresión, y a modo de recordatorio, el componente intencional formulado por Fishbein y Ajzen ofrece dos posibles alternativas, una vez analizados los resultados. En primer lugar, los datos muestran que el modelo es más efectivo cuando la intención postulada por Fishbein y Ajzen se ve modulada por la ejecución. La segunda formulación posible es postular la existencia de un “componente intencional” en el que la intención y la ejecución estarían relacionados entre sí y serían determinantes directos de la conducta. Este componente, congruente con las formulaciones actitudinales clásicas de tres factores, sería congruente con los resultados del análisis cualitativo, añadiendo la ventaja adicional de propiciar una reducción significativa de variables (criterio de gran importancia estadística) de cara a la formulación de un modelo causal que pueda ser validado mediante análisis de ecuaciones estructurales.

Las variables que se van a utilizar y sus correspondientes etiquetas son las siguientes:

- ▶ Variable dependiente:
 - “Conducta”: CONDUCTA
- ▶ Variables independientes:
 - “Intención conductual”: INTENC
 - “Actitud general”: ACTITUD
 - “Norma subjetiva general”: NSG
 - “Componente intencional”: COMPINT
 - “Componente normativo”: COMPNORM
 - “Control conductual percibido interno”: CCPINTER
 - “Control conductual percibido externo”: CCPEXTER

Estas variables, tal y como ya hemos visto, corresponden a los modelos teóricos de partida. Para la realización de los modelos basados en creencias se incluirán, además, las variables relativas a los siguientes aspectos:

- Consecuencias de la conducta
- Valoraciones de la conducta
- Creencias conductuales.
- Opinión de los referentes importantes.
- Motivación para acatar dicha opinión
- Creencias normativas.
- Grado de afectación de la conducta a los referentes importantes.
- Creencia normativa personal.
- Componentes normativos (sociales y personal).

B.3. Muestra.

La selección de la muestra para la realización del análisis de regresión múltiple sobre la conducta ha venido determinada por un criterio teórico. Los autores de los modelos de partida establecen (Fishbein y Ajzen, 1975; Ajzen y Fishbein, 1977; Ajzen, 1991), de manera explícita, que “[...] la segunda condición para una predicción conductual precisa es que la intención no debe haber cambiado en el intervalo de tiempo que se extiende entre la obtención de la medida de intencionalidad y el momento en que la conducta es observada”. Con la pretensión de mantener esta condición “explícita” del modelo teórico de partida, se estableció un estricto criterio selectivo según el cual se seleccionaron, de la muestra utilizada para el análisis de regresión múltiple sobre la intención, aquellos sujetos cuya diferencia de puntuación entre la primera medición de la variable “intención” y la medición realizada un mes después –cuando se evaluó la conducta de estudio– no variaba en más de una desviación típica (Hair *et al.*, 1999). Así, a los criterios de selección de muestra ya utilizados –tanto para el análisis factorial como para el análisis de regresión múltiple sobre la intención–, se añadió el siguiente criterio:

- Eliminación de aquellos sujetos en los que la diferencia entre la medición de la variable “intención” transcurrido el tiempo establecido para la medición de la conducta (1 mes) superaba el valor de una desviación típica de dicha variable.

Con la introducción de este criterio fueron eliminados un total de 73 sujetos. La muestra, por tanto, quedó reducida de 243 a 170 sujetos considerados de interés para los objetivos planteados en esta parte del análisis; se puede considerar de tamaño medio y es esperable que permita la detección de coeficientes de regresión relativamente bajos con unos niveles de significación de 0,01 y de 0,05 (Cohen y Cohen, 1983).

B.4. Método utilizado.

Al igual que se hiciera en el análisis de regresión múltiple sobre la variable “intención”, hemos utilizado la estimación “introducir” para las variables referidas a los modelos teóricos de partida; para la realización de los modelos extendidos se ha empleado la estimación por etapas (stepwise). El criterio utilizado para la inclusión por pasos ha sido el de probabilidad de 0,05 para entrar y de 0,10 para salir.

B.5. Estimación del modelo de regresión múltiple sobre la conducta y valoración global del ajuste.

Al igual que ya se hiciera en el análisis de regresión sobre la intención, se pretende ofrecer un modelo alternativo al de Fishbein y Ajzen en cuanto a alguno de sus componentes se refiere. Con esta finalidad, se ha puesto a prueba la capacidad predictiva de ambos modelos: el que hemos denominado “modelo tradicional”, compuesto por las variables definidas por los autores en cuanto a la “intención” y la “norma subjetiva general” y un modelo alternativo en el que ambas variables se sustituyen, respectivamente, por el “componente intencional” –que, recordamos, es el producto de la variable “intención” por la variable “ejerción”– y el “componente normativo” –en el que, además de la formulación clásica de las creencias normativas, se ha incluido el efecto del “grado de

afectación de la conducta” a cada uno de los referentes importantes, así como la “creencia normativa personal”– y que hemos denominado “modelo propuesto para la conducta”.

La tabla de correlaciones bivariadas de todas las variables utilizadas en el análisis de regre-

sión múltiple se puede consultar en “Anexos CD: Estudio cuantitativo, Análisis de regresión conducta, anexo n1 1”. A continuación se muestra la matriz de correlaciones de las variables que van a ser utilizadas en los modelos teóricos de partida.

TABLA II.C.5.4.B.1. CORRELACIONES EXISTENTES ENTRE LAS VARIABLES INCLUIDAS EN EL ANÁLISIS.

		CONDUCTA	COMPINT	INTENC	COMPNORM	NSG	ACTITUD
INTENC	C Pearson		**	**	*	*	**
	Sig. (bil)	1					
ACTITUD	C Pearson	,517**		**	**	**	**
	Sig. (bil)	,000	1				
NSG	C Pearson	,542**	,938**		**	**	**
	Sig. (bil)	,000	,000	1			
COMPNORM	C Pearson	,166*	,366**	,343**			**
	Sig. (bil)	,030	,000	,000	1		
CCPINTER	C Pearson	,152*	,310**	,346**	,070		
	Sig. (bil)	,048	,000	,000	,365	1	
CCPEXTER	C Pearson	,487**	,735**	,703**	,319**	,154	
	Sig. (bil)	,000	,000	,000	,000	,045	1

** La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral).

* La correlación es significante al nivel 0,05 (bilateral).

Como podemos observar, todas las variables utilizadas muestran correlaciones significativas con la variable dependiente. En relación con la variable independiente, las correlaciones más elevadas se encuentran en las variables relacionadas con la intención de realizar la conducta violenta, tanto en su formulación original de “intención” como en la modificación propuesta “componente intencional”. Las correlaciones más bajas las encontramos relacionadas con la variable “norma subjetiva”; así, la correlación entre esta variable y la conducta de estudio es la más baja de todas, valor que se eleva ligeramente en el caso de la formulación alternativa del “componente normativo”.

Como primera aproximación a las modificaciones propuestas observamos que el componente intencional tiene una correlación ligeramente inferior con la variable dependiente que la obtenida por la intención, y que el “componente normativo” formulado como alternativa a la “norma subjetiva general” presenta una correlación ligeramente mayor con la variable dependiente. En cuanto al resto de variables utilizadas, podemos observar una elevada correlación entre las dos variables relativas al factor intencional y las igualmente elevadas correlaciones que presenta la variable actitudinal con dicho factor. La variable actitudinal presenta correlaciones altas con las variables relativas a la medición intencional.

B.5.1. Modelos de medidas generales.

a) Modelos basados en la Teoría de la acción razonada.

En primer lugar, y puesto que la variable “norma subjetiva” obtiene las correlaciones más bajas con el resto de las variables incluidas en el modelo, se va a probar su efecto sobre el modelo con el fin de mantener dicha variable o, como sucediera en el caso del modelo propuesto para la intención, sustituirla por el “componente normativo”. Para ello se ha probado el efecto de ambas variables como únicos predictores de la variable dependiente.

TABLA II.C.5.4.B.2. SELECCIÓN DE LA VARIABLE RELATIVA AL FACTOR NORMATIVO DEL MODELO.

Variables introducidas:	NSG	COMPNORM
R múltiple	0,152	0,166
R ² múltiple	0,029	0,029
R ² ajustado	0,017	0,022

Variable dependiente: CONDUCTA.

Como podemos observar, al obtener una correlación mayor con la variable dependiente, la modificación propuesta a la formulación tradicional del factor normativo del modelo, la variable “componente normativo” resulta, al igual que ocurriera con el modelo formulado sobre la intención, un mejor predictor de la conducta que la variable “norma subjetiva general” formulada por Fishbein y Ajzen. De hecho, y como comprobación adicional, se realizó un análisis de regresión múltiple, utilizando el método

STEPWISE, ordenando la introducción de ambas variables. Los resultados se muestran a continuación.

TABLA II.C.5.4.B.3: SELECCIÓN DE LA VARIABLE RELATIVA AL FACTOR NORMATIVO DEL MODELO.

	R	R ²	R ² corregida
Modelo			
1a	,166a	,03	,022

a: Variables predictoras: (Constante), COMPNORM Variable dependiente: CONDUCTA.

Variables excluidas			
	Beta dentro	T	Sig.
NSG	,141	1,866	,064

Los resultados obtenidos muestran la selección de la variable alternativa propuesta como mejor predictor de la variable independiente que la variable en su formulación tradicional. Para observar su comportamiento dentro del modelo de la TAR incluimos a continuación el resto de variables de dicho modelo, tanto en su versión clásica como en el modelo alternativo propuesto; es decir, incluimos el componente actitudinal y el componente intencional, ya sea en su formulación clásica de “intención” o en la alternativa propuesta de “componente intencional”. Los resultados se muestran en la tabla siguiente, en la cual los dos primeros modelos corresponden al modelo clásico, y los dos siguientes, al alternativo.

TABLA II.C.5.4.B.4. COMPARACIÓN DEL EFECTO DEL COMPONENTE NORMATIVO EN LA TAR.

Resumen del modelo				
Modelo	R	R ²	R ² corregida	Error típ. estimación
1	,563a	,317	,304	,4485
a Variables predictoras: (Constante), NSG, ACTITUD, INTENC				
Resumen del modelo				
Modelo	R	R ²	R ² corregida	Error típ. estimación
1	,564a	,318	,305	,4481
a Variables predictoras: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, INTENC				
Resumen del modelo				
Modelo	R	R ²	R ² corregida	Error típ. estimación
1	,541a	,292	,279	,4564
a Variables predictoras: (Constante), NSG, ACTITUD, COMPINT				
Resumen del modelo				
Modelo	R	R ²	R ² corregida	Error típ. estimación
1	,542a	,294	,281	,4560
a Variables predictoras: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, COMPINT				

Como podemos observar, la formulación clásica del componente normativo, la "norma subjetiva general", obtiene un modelo menos predictivo en ambos casos, aunque la diferencia es nimia. En el caso del "modelo tradicional", la utilización conjunta de la "norma subjetiva general", "actitud" e "intención" explica un 30,4% de la varianza de la variable dependiente "conducta"; explicación que aumenta ligeramente (30,5%) cuando sustituimos la variable "norma subjetiva general" por la formulación propuesta de "componente normativo", a la vez que disminuye el error de la estimación. Igualmente, la predicción de la variable dependiente en el caso del "modelo alternativo" propuesto, a partir de "actitud", "componente intencional" y "norma subjetiva general" resulta menor que

cuando sustituimos este último predictor por la variable "componente normativo" (27,9% para el primer caso frente al 28,1% con la alternativa propuesta), a la vez que, como ocurriera en el caso anterior, disminuimos el error de estimación.

A la vista de los resultados obtenidos, y tal y como ya hiciéramos en el modelo propuesto para la intención, mantendremos la variable "componente normativo" como alternativa a la variable "norma subjetiva general" formulada por Fishbein y Ajzen. Así, los modelos que se van a confrontar para predecir y explicar la "conducta" son los siguientes: "modelo alternativo" ("intención", "actitud" y "componente normativo") y "modelo propuesto" ("componente intencional", "actitud" y "componente normativo").

“MODELO TAR ALTERNATIVO, MEDIDAS GENERALES, PARA LA CONDUCTA”

Para poner a prueba el modelo de la Teoría de la Acción Razonada, se van a introducir los

componentes del mismo: actitud, intención y el componente normativo. Los resultados completos se muestran en “Anexos CD: Estudio cuantitativo, regresión conducta, anexo n1 3”. El resumen de los mismos es el siguiente:

TABLA II.C.5.4.B.5. RESUMEN DEL MODELO TAR ALTERNATIVO, MEDIDAS GENERALES, PARA LA CONDUCTA.

Resumen del modelo

Modelo	R	R ²	R ² corregida	Durbin-Watson
1	,564 ^a	,318	,305	1,729

a Variables predictoras: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, INTENC

b Variables dependiente: (Constante), CONDUCTA

Coefficientes

Modelo		Coefficientes no estandarizados		Coefficientes estandarizados			Intervalo confianza para B al 95%	
		B	Error típ.	Beta	T	Sig.	Límite inferior	Límite superior
1	(Constante)	-6,226E-02	,038		-1,638	,103	-,137	,013
	COMPORM	-4,820E-03	,008	-,041	-,600	,549	-,021	,011
	INTENC	,211	,048	,405	4,426	,000	,117	,305
	ACTITUD	,118	,050	,215	2,370	,019	,020	,216

Variable dependiente: CONDUCTA

Coefficientes

Modelo		Correlaciones			Estadísticos de colinealidad	
		Orden cero	Parcial	Semiparcial	Tolerancia	FIV
1	(Constante)					
	COMPORM	,166	-,047	-,038	,871	1,149
	INTENC	,542	,325	,284	,490	2,040
	ACTITUD	,487	,181	,152	,499	2,005

Observamos que la intención tiene el efecto mayor sobre la variable dependiente, seguido de la actitud. La contribución del componente normativo es la más baja de todas. Las variables incluidas en el análisis –intención, actitud y componente normativo– explican conjuntamente el 31,8% de los cambios de la varia-

ble conducta. El análisis de los coeficientes beta obtenidos nos muestra, igualmente, que el mayor efecto sobre la variable dependiente lo ejerce la variable “intención”, seguida de la “actitud”, si bien hay que considerar que existe un importante grado de colinealidad entre las variables.

“MODELO TAR PROPUESTO, MEDIDAS GENERALES, PARA LA CONDUCTA”

Para observar el comportamiento del modelo alternativo propuesto, introducimos la actitud y el componente normativo, y sustituimos la

“intención” por la nueva variable “componente intencional”. Los resultados completos se muestran en “Anexos CD: Estudio cuantitativo, regresión conducta, anexo n1 3”. El resumen de los mismos es el siguiente:

TABLA II.5.4.B.6. RESUMEN DEL MODELO TAR PROPUESTO, MEDIDAS GENERALES, PARA LA CONDUCTA.

Modelo	R	R ²	R ² corregida	Durbin-Watson
1	,542 ^a	,294	,281	1,804

a Variables predictoras: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, INTENC

b Variables dependiente: (Constante), CONDUCTA

Coefficientes

Modelo		Coeficientes no estandarizados		Coeficientes estandarizados			Intervalo confianza para B al 95%	
		B	Error típ.	Beta	T	Sig.	Límite inferior	Límite superior
1	(Constante)	-8,892E-02	,038		-2,347	,020	-,164	,014
	COMPORM	-4,714E-03	,008	-,040	-,573	,567	-,021	,012
	COMPINT	9,969E-02	,027	,358	3,640	,000	,046	,154
	ACTITUD	,130	,053	,237	2,451	,015	,025	,234

Variable dependiente: CONDUCTA

Coefficientes

Modelo		Correlaciones			Estadísticos de colinealidad	
		Orden cero	Parcial	Semiparcial	Tolerancia	FIV
1	(Constante)					
	COMPNORM	,166	-,044	-,037	,860	1,162
	COMPINT	,517	,272	,237	,440	2,271
	ACTITUD	,487	,187	,160	,457	2,190

La utilización de las variables “componente intencional”, “actitud” y “componente normativo” como predictivas permite explicar el 28,1% de la varianza de la variable dependiente “conducta”. Como podemos observar, la utilización de la formulación alternativa para la variable “intención” no incrementa la capacidad predictiva del modelo. Tanto el coeficiente de correlación como el coeficiente de determinación han dis-

minuido ligeramente (de 0,564 a 0,542 y de 0,318 a 0,294, respectivamente), a la vez que disminuye el R² ajustado (de 0,305 a 0,281) y aumenta el error de estimación.

En cuanto a los resultados obtenidos mediante la utilización del modelo de la Teoría de la acción razonada formulado por Fishbein y Ajzen (1975) para predecir la conducta violenta exo-

grupales, observamos que la intención, tanto en su formulación original (INTENC) como en la alternativa propuesta (COMPINT), obtiene los mayores efectos sobre la variable dependiente, efecto que es levemente mayor (0,550 frente a 0,527) cuando utilizamos la variable originalmente formulada que la alternativa propuesta. El siguiente efecto, por orden de importancia, es el proveniente de la actitud, efecto que –en este caso– aumenta levemente (0,237 frente a 0,215) cuando utilizamos como predictor de la conducta la formulación alternativa del componente intencional. Finalmente, el componente normativo del modelo ejerce la contribución más baja dentro del modelo.

EVALUACIÓN DE LOS SUPUESTOS E INTERPRETACIÓN DEL RESULTADO TEÓRICO DE LOS ANÁLISIS DE REGRESIÓN REALIZADOS SOBRE LOS MODELOS TAR PARA LA CONDUCTA, MEDIDAS GENERALES.

El cumplimiento de los supuestos de los modelos puede consultarse en “Anexos CD: Estudio cuantitativo, Análisis de regresión conducta, anexos n1 2 y 4”. Y como hicieramos anteriormente, como paso previo a la interpretación de resultados, se ha analizado el grado de multicolinealidad –que, recordamos, es la medida en la que las variables independientes correlacionan entre sí y recogen potencialmente partes comunes de la variabilidad de la variable dependiente, de manera que, a medida que aumenta la multicolinealidad, la interpretación del valor teórico resulta más complicada dado que resulta más difícil averiguar el efecto aislado de cualquier variable aisladamente, debido a las interrelaciones entre las variables del modelo– y sus efectos sobre los resultados. Para ello, se han utilizado los índices de condicionamiento y la descomposición de la varianza de los coeficientes y se han realizado las

comparaciones con el factor de inflación de la varianza (VIF) y los valores de tolerancia. Tal y como puede observarse, aunque todas las variables se encuentran dentro de los límites aceptables, existe un cierto grado de colinealidad entre ellas, por lo cual a la hora de interpretar los coeficientes de regresión de una variable concreta tomaremos en cuenta, también, las relaciones que mantiene con las restantes variables independientes.

b) Modelos basados en la Teoría del comportamiento planificado.

Tal y como ya hemos visto, la diferencia entre la formulación del modelo inicial de la Teoría de la acción razonada y la Teoría del comportamiento planificado se encuentra en la inclusión, en esta última, del componente control conductual percibido. Por ello, para probar la capacidad predictiva de dicha teoría, a las variables ya incluidas en el modelo anterior añadimos las variables que hacen referencia al control conductual percibido, y que son las que se detallan a continuación.

Variables independientes que hay que incluir:

- Control conductual percibido interno: CCPINTER.
- Control conductual percibido externo: CCPEXTER.

Mostramos a continuación la matriz de correlaciones de dichas variables con el resto de las ya utilizadas en los modelos anteriores. Recordamos que la matriz de correlaciones de todas las variables utilizadas en el análisis de regresión sobre la “conducta” puede consultarse en “Anexos CD: Análisis de regresión conducta, anexo n1 1”.

TABLA II.C.5.4.B.7. CORRELACIONES DE LAS VARIABLES DE CONTROL CONDUCTUAL PERCIBIDO.

		CONDUCTA	CCPINTER	CCEXTER	COMPINT	INTENC	COMPNORM	ACTITUD
CONDUCTA	C Pearson		**	*	**	**	*	**
	Sig. (bil)	1						
CCPINTER	C Pearson	,376**			**	**	*	**
	Sig. (bil)	,000	1					
CCPEXTER	C Pearson	,169*	,100			**	**	**
	Sig. (bil)	,027	,195	1				
COMPINT	C Pearson	,517**	,628**	,541**		**	**	**
	Sig. (bil)	,000	,000	,000	1			
INTENC	C Pearson	,542**	,595**	,547**	,938**		**	**
	Sig. (bil)	,000	,000	,000	,000	1		
COMPNORM	C Pearson	,166*	,343**	-,048	,366**	,343**		**
	Sig. (bil)	,030	,000	,535	,000	,000	1	
ACTITUD	C Pearson	,487**	,502**	,481**	,735**	,703**	,319**	
	Sig. (bil)	,000	,000	,000	,000	,000	,000	1

** La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral).

* La correlación es significativa al nivel 0,05 (bilateral).

La tabla precedente muestra elevadas correlaciones entre las variables relativas al control conductual percibido y el resto de variables del modelo. Así, el control conductual percibido Interno (CCPINTER) obtiene los valores más elevados con las variables referidas a la intención (componente intencional e intención) y la actitud, valores que descienden para el caso de la conducta y el componente normativo.

El control conductual percibido externo (CCPEXTER), por su parte, se comporta –respecto a las variables relativas a la intención– de modo similar que el control percibido interno, si bien en este caso las correlaciones más elevadas se invierten a favor de la formulación clásica de la intención (0,547 y 0,541 para la intención y el componente intencional, respectivamente). En el caso de la variable actitudinal, se observan correlaciones elevadas, tanto en el caso del control conductual percibido Interno

como en el caso del control conductual percibido externo.

MODELO TCP ALTERNATIVO, MEDIDAS GENERALES, PARA LA CONDUCTA

Presentamos a continuación los resultados obtenidos en el análisis de regresión realizado para probar la capacidad predictiva de la Teoría del comportamiento planificado mediante la utilización del modelo de medidas generales. Para ello, a las variables correspondientes a la Teoría de la acción razonada, introducidas en un primer momento, añadimos el efecto de las variables relacionadas con el control conductual percibido; esto es, el CCP interno y el CCP externo.

Los resultados completos pueden observarse en “Anexos CD: Estudio cuantitativo, Análisis de regresión conducta, anexo n1 5”. El resumen de resultados se muestra en la siguiente tabla.

TABLA II.C.5.4.B.8. RESUMEN MODELO TCP ALTERNATIVO, BASADO EN CREENCIAS, PARA LA CONDUCTA.

Modelo	R	R ²	R ² corregida
1	,564 ^a	,318	,305
2	,599 ^b	,359	,339

a Variables predictoras: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, INTENC;

b CCPINTER, CCPEXTER; c Variable dependiente: CONDUCTA

Estadísticos de cambio					
Modelo	Error típico de estimación	Cambio en R ²	Cambio en F	Signif.cambio F	Durbin-Watson
1	0,4481	,318	25,766	0,000	
2	0,437	,041	5,267	0,006	1,723

a Variables predictoras: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, INTENC; b Variable dependiente: CONDUCTA

Como podemos observar, los valores del coeficiente de correlación y el coeficiente de determinación han incrementado con la inclusión de las variables relativas al control conductual percibido. El coeficiente de determinación ha

aumentado un 5,4%, a la vez que aumenta el R² ajustado y disminuye el error típico de la estimación (de 0,4481 a 0,4370). La siguiente tabla muestra los coeficientes obtenidos en el análisis de regresión múltiple.

TABLA II.C.5.4.B.9. COEFICIENTES.

Modelo		Coeficientes no estandarizados		Coeficientes estandarizados		
		B	Error típ.	Beta	T	Sig.
2	(Constante)	-3,517E-02	,038		-,919	,359
	ACTITUD	,154	,051	,281	3,044	,003
	INTENC	,283	,057	,544	4,945	,000
	COMPNORM	1,339E-02	,008	-,114	-1,613	,109
	CCPINTER	-1,266E-02	,045	-,024	-,279	,780
	CCPEXTER	-,146	,047	-,267	-3,139	,002

Coeficientes

Modelo		Correlaciones			Estadísticos de colinealidad	
		Orden cero	Parcial	Semiparcial	Tolerancia	FIV
2	(Constante)					
	ACTITUD	,487	,231	,190	,457	2,187
	INTENC	,542	,360	,309	,323	3,092
	COMPNORM	,166	-,125	-,101	,776	1,288
	CCPINTER	,376	-,022	-,017	,544	1,838
	CCPEXTER	,169	-,238	-,196	,541	1,847

Los resultados muestran que la mayor importancia relativa en el valor teórico de regresión para la predicción conjunta de la variable dependiente corresponde, con mucha diferencia, a la intención conductual. Le siguen, por orden de importancia, la actitud hacia la conducta, el componente normativo y, finalmente, el control conductual percibido.

MODELO TCP PROPUESTO, MEDIDAS GENERALES, PARA LA CONDUCTA.

Presentamos a continuación los resultados obtenidos en el análisis de regresión realizado para probar la capacidad predictiva la Teoría del

comportamiento planificado mediante la utilización del modelo propuesto. Para ello, a las variables correspondientes a la Teoría de la Acción Razonada, sustituyendo en este caso la variable "intención" por la variable "componente intencional", añadimos el efecto de las variables relacionadas con el control conductual percibido; esto es, el CCP interno y el CCP externo.

Los resultados completos se muestran en "Anexos CD: Estudio cuantitativo, Análisis de regresión conducta, anexo n1 5". El resumen de resultados se muestra en la siguiente tabla.

TABLA II.C.5.4.B.10: RESUMEN MODELO TCP PROPUESTO, MEDIDAS GENERALES, PARA LA CONDUCTA.

Modelo	R	R ²	R ² corregida
1	,542 ^a	0,294	0,281
2	,570 ^b	0,325	0,305

a Variables predictoras: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, COMPINT; b CCPINTER, CCPEXTER;

c Variable dependiente: CONDUCTA

Estadísticos de cambio					
Modelo	Error típico de estimación	Cambio en R ²	Cambio en F	Signif. cambio F	Durbin-Watson
1	0,456	0,294	22,994	0,000	
2	0,4483	0,032	3,875	0,023	1,806

Variables excluidas

Modelo		Beta dentro	T	Sig	Correlación parcial	Estadísticos de colinealidad	
						Tolerancia	FIV
1	CCPINTER	,078	,915	,362	,071	,588	1,699
	CCPEXTER	-,227	-2,791	,006	-,212	,617	1,621

a Variables predictoras en el modelo: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, COMPINT

b Variable dependiente: CONDUCTA

Como podemos observar, los valores del coeficiente de correlación y el coeficiente de determinación, al igual que ocurriera en el modelo anterior, han incrementado con la inclusión de las variables relativas al control conductual percibido. El coeficiente de

determinación ha aumentado en un 3,1%, y 2,4% en el R2 ajustado, mientras que el error de la estimación desciende igualmente. La siguiente tabla muestra los coeficientes obtenidos en el análisis de regresión múltiple.

TABLA II.C.5.4.B.11. COEFICIENTES.

Modelo		Coeficientes no estandarizados		Coeficientes estandarizados		
		B	Error típ.	Beta	T	Sig.
2	(Constante)	-7,302E-02	,038		-1,935	,055
	ACTITUD	,157	,053	,286	2,939	,004
	COMPINT	,132	,034	,474	3,887	,000
	COMPNORM	1,258E-02	,009	-,108	-1,467	,144
	CCPINTER	-3,209E-02	,048	-,006	-,067	,947
	CCPEXTER	-,126	,048	-,229	-2,623	,010

Variable dependiente: CONDUCTA

Coeficientes

Modelo		Correlaciones			Estadísticos de colinealidad	
		Orden cero	Parcial	Semiparcial	Tolerancia	FIV
2	(Constante)					
	ACTITUD	,487	,224	,188	,433	2,308
	COMPINT	,517	,290	,249	,277	3,612
	COMPNORM	,166	-,114	-,094	,766	1,306
	CCPINTER	,376	-,005	-,004	,513	1,948
	CCPEXTER	,169	-,201	-,168	,538	1,858

Variable dependiente: CONDUCTA

Los resultados obtenidos mediante el Modelo de la teoría del comportamiento planificado, modelo propuesto, confirman la mayor importancia relativa del componente intencional del modelo en el valor teórico de regresión para la predicción conjunta de la variable dependiente "conducta" seguido, por orden de importancia, de la actitud hacia la misma.

En este caso, sin embargo, se observa una mayor importancia del control conductual percibido externo que la observada por el componente normativo –a diferencia de los resulta-

dos observados en el Modelo de la teoría del comportamiento planificado, modelo alternativo–. Por fin, y como ocurriera anteriormente, el menor peso relativo es el observado en el control conductual percibido Interno.

Con el fin de clarificar el peso del control conductual percibido en el modelo, dada la diferencia de correlación existente entre uno y otro con el resto de las variables, se han introducido dichas variables una tras otra. Los resultados obtenidos son los que se muestran en las siguientes tablas.

TABLA II.C.5.4.B.12. MODELO TCP ALTERNATIVO, MEDIDAS GENERALES, PARA LA CONDUCTA.

Modelo	R	R ²	R ² corregida
1 ^a	,564 ^a	,318	,305
2 ^b	,566 ^b	,320	,304
3 ^c	,599 ^c	,359	,339

a Variables predictoras: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, INTENC

b CCPINTER, CCPEXTER

c Variable dependiente: CONDUCTA

Estadísticos de cambio					
Modelo	Error típico de estimación	Cambio en R ²	Cambio en F	Signif. cambio F	Durbin-Watson
1 ^a	0,4481	0,294	25,766	0,000	
2 ^b	0,4486	0,032	0,644	0,423	
3 ^c	0,4370	0,039	9,855	0,002	1,723

TABLA II.C.5.4.B.13. MODELO TCP PROPUESTO, MEDIDAS GENERALES, PARA LA CONDUCTA.

Modelo	R	R ²	R ² corregida
1 ^a	,542 ^a	,294	,281
2 ^b	,545 ^b	,297	,280
3 ^c	,570 ^c	,325	,305

a Variables predictoras: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, COMPINT

b CCPINTER, CCPEXTER

c Variable dependiente: CONDUCTA

Estadísticos de cambio					
Modelo	Error típico de estimación	Cambio en R ²	Cambio en F	Signif. cambio F	Durbin-Watson
1 ^a	0,4560	0,294	22,994	0,000	
2 ^b	0,4562	0,004	0,837	0,362	
3 ^c	0,4483	0,028	6,882	0,010	1,806

La baja significación estadística de la aportación del control percibido interno a la explicación de la conducta violenta exogrupal (significación que no aumenta aun cuando –en contra de lo postulado por el modelo teórico– invertimos el orden de inclusión de las variables) puede estar determinada parcialmente por su alta correlación con el componente normativo e intencional.

En el primer caso, podemos hipotetizar que una influencia intensa de las normas de otras personas y grupos relevantes puede incrementar la percepción de autoeficacia, a través del incremento de apoyo social que considera recibiría por realizar la conducta; también es posible postular que la “necesidad” de corresponder a los imperativos normativos externos puede hacer irrelevante la percepción de auto-capacidad, incluso cuando ésta, si se evaluase aisladamente de estos condicionantes, se estimase baja.

Por otra parte, la fuerte correlación con el componente intencional podría también estar devaluando la influencia que podría ejercer (en el caso de que existir y manifestarse) el control percibido interno para modular la interacción entre intención y conducta, es decir, los sujetos podrían haber desarrollado previamente (por ejemplo, por efecto de los aspectos normativos, lo que hace compatible esta hipótesis con la anterior) un nivel de intención y ejerción lo suficientemente potente y estable para ocultar o degradar los efectos del control percibido interno.

No obstante, la influencia de estos componentes (intencional y normativo) no debería tener el mismo efecto para los obstáculos externos que el sujeto podría percibir o adivinar en cada situación, siendo posible convivir una fuerte motivación e intención y la percepción de elementos externos que podrían dificultar o facilitar la realización de la conducta. Esta posibilidad teórica parece confirmada tanto por los resultados de este análisis de regresión múltiple, con la inclusión del factor “control percibido externo” y su baja correlación con el componente normativo (lo que sugiere que

existen dos efectos peculiares), como con los resultados del análisis cualitativo.

En cuanto a la propuesta de un modelo alternativo a la Teoría del Comportamiento Planificado clásica, observamos que la sustitución de las variables “norma subjetiva” e “intención” –formuladas por Fishbein y Ajzen– por las variables nuevas propuestas de “componente normativo” y “componente intencional” –respectivamente–, proporcionan un modelo con más capacidad predictiva de la conducta de estudio.

Finalmente, los resultados obtenidos acerca del papel representado por el control conductual percibido en el modelo permiten establecer algunas consideraciones. El “control conductual percibido interno” –CCP interno– presenta unas correlaciones más bajas con la “conducta” que otras variables (la “intención” y la “actitud”); sin embargo, estas correlaciones son mayores que las que presentan la “norma subjetiva” y el “control conductual percibido externo”. Por ello, el CCP interno no es seleccionado al principio. Al mismo tiempo, se relaciona mucho con la “intención” y con la “actitud”. El “control conductual percibido externo” –CCP externo–, pese a tener una correlación más baja con la “conducta” que el “CCP interno”, es escogido por el modelo ya que explica una parte de la varianza que es distinta a la que explican la “intención” y la “actitud”. Resultado este que se apoya en el hecho de que el CCP externo tiene correlaciones más bajas con la “intención” y con la “actitud” que el CCP interno.

B.5.2. Modelos basados en creencias.

Tal y como ya decíamos en el análisis de regresión sobre la intención, si bien los modelos realizados a partir de medidas generales aportan notables evidencias teóricas en el campo de estudio de la construcción de la intención de realización de conductas dirigidas hacia objetivos, de cara a la aplicación práctica es más interesante desarrollar modelos que profundicen en la forma en que se construyen las actitudes, las normas subjetivas y el control

percibido sobre conductas concretas; son los denominados "modelos extendidos" o "modelos basados en creencias".

Los resultados obtenidos en el análisis de regresión sobre la intención demostraron su eficacia, tanto a nivel predictivo como explicativo. En este caso concreto, el análisis sobre la conducta, vamos a proceder al igual que hicieramos anteriormente; es decir, la inclusión de creencias en el modelo se hace mediante la formulación expectativa-valor, utilizándose como variables la multiplicación de la creencia por la evaluación que de ella realiza el sujeto. Como hemos venido realizando, vamos a analizar la capacidad explicativa del modelo llamado "alternativo", es decir, el modelo postulado por Ajzen y Fishbein en el que se ha sustituido la variable "norma subjetiva" por el "componente normativo", y el modelo propuesto para la conducta que, además, sustituye la "intención" por el "componente intencional". Las variables referidas a las creencias son las que se muestran a continuación.

- ▶ Variables independientes que hay que incluir:
 - Consecuencias de la conducta.
 - Valoraciones de la conducta.
 - Creencias conductuales (consecuencias de la conducta x valoraciones de las mismas).
 - Opiniones normativas.

- Motivación para acatar las opiniones normativas.
- Creencias normativas (opiniones normativas x motivación para acatar las mismas).
- Componentes normativos sociales.
- Grado de afectación de la conducta a los referentes importantes.
- Creencia normativa personal.

El criterio utilizado ha sido, al igual que en los análisis anteriores, el de probabilidad de 0,050 para entrar y de 0,10 para salir.

- a) Modelos basados en la Teoría del Comportamiento Planificado.

MODELO TCP ALTERNATIVO, BASADO EN CREENCIAS, PARA LA CONDUCTA

El modelo utilizado para realizar el análisis de regresión múltiple ha sido la introducción, en un primer momento, y en un solo paso, las variables relacionadas con la TAR, es decir, el componente normativo, la intención y la actitud. En un segundo paso se han introducido, simultáneamente, las variables relacionadas con el control conductual percibido (CCP interno y CCP externo). Finalmente, y utilizando el método STEPWISE, se han introducido el resto de variables independientes. Los resultados completos de este análisis se pueden contemplar en "Anexos CD: Estudio cuantitativo, Análisis de regresión conducta, anexo nº 7". El resumen de los resultados obtenidos se muestra a continuación.

TABLA II.C.5.4.B.14. RESUMEN MODELO TCP ALTERNATIVO, BASADO EN CREENCIAS, PARA LA CONDUCTA.

Modelo	R	R ²	R ² corregida	Error típ. estimación	Sig. cambio F	Durbin-Watson
1	,564a	,318	,305	,4481	,000	
2	,599b	,359	,339	,4370	,006	
3	,635c	,404	,382	,4228	,001	
4	,657d	,432	,407	,4139	,005	
5	,676e	,457	,430	,4059	,007	
6	,694f	,482	,453	,3977	,006	
7	,709g	,502	,471	,3910	,012	
8	,720h	,518	,484	,3861	,026	
9	,731i	,534	,499	,3807	,021	
10	,741j	,549	,511	,3759	,026	
11	,750k	,563	,523	,3712	,028	
12	,759l	,576	,535	,3666	,027	
13	,768m	,590	,547	,3620	,029	
14	,775n	,601	,556	,3581	,039	
15	,783o	,613	,567	,3538	,031	
16	,790p	,624	,577	,3498	,037	
17	,786q	,618	,573	,3515	,124	
18	,793r	,629	,582	,3476	,039	
19	,800 –	,640	,591	,3438	,038	
20	,815t	,664	,616	,3331	,001	
21	,823u	,678	,629	,3273	,013	
22	,820v	,672	,626	,3290	,115	
23	,828w	,686	,639	,3230	,012	
24	,826x	,682	,637	,3239	,181	
25	,833y	,694	,649	,3187	,016	
26	,840z	,705	,659	,3140	,021	
27	,848aa	,719	,673	,3076	,009	
28	,854bb	,729	,681	,3034	,027	
29	,858cc	,736	,688	,3003	,046	1,881

a Variables predictoras: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, INTENC

b Variables predictoras: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, INTENC, CCPINTER, CCPEXTER

c ACONOPE; d CMIEDO; e VALPOPU; f CONIDEA; g VALREMO; h NORPERS; i INFSALG; j CSNMADRE; k CONRESP; l OPISALG; m CSNSALE; n VALHIRI; o VALMIED; p CSNOPEG; q CSNOPEG; r CIDEAS; s OPIPAD; t CSNPADRE; u CCASTIG; v CCASTIG; w VALHERI; x VALHERI; y CRESPET; z ACOPADR; aa OPISALG; bb CNORPER; cc VALPGEN;

dd Variable dependiente: CONDUCTA

Los modelos iniciales (a y b) corresponden, respectivamente, a los modelos de la Teoría de la acción razonada y la Teoría del comportamiento planificado ya vistos anteriormente. El resto de modelos corresponde a las variables incluidas cuando extendemos el modelo –modelo basado en creencias– y su correspondiente orden de inclusión. Como veíamos anteriormente, el modelo de la Teoría de la acción razonada explica el 30,5% (R^2 corregida = 0,305) de los cambios producidos en la conducta, una vez corregido el efecto del azar. La inclusión de las variables relativas al control conductual percibido (CCPINTER y CCPEXTER) incrementa el porcentaje de varianza explicada hasta un 33,9%, a la vez que aumenta el coeficiente de correlación múltiple

(de $R=0,564$ a $R=0,599$) y reduce el error de la estimación.

Siguiendo la lógica del modelo de regresión múltiple, se incluirán en la ecuación, seguidamente y por orden de importancia, aquellas variables que más incrementen la explicación de la variable dependiente. En nuestro caso, la siguiente variable incluida en el modelo es la “Motivación para acatar la opinión de otras personas que no pegan” (ACONOPE). Si seguimos observando los resultados obtenidos mediante el procedimiento por etapas, vemos el resto de variables incluidas y sus respectivos coeficientes. Presentamos a continuación, de modo descriptivo, estas variables contenidas por orden de inclusión en el modelo, y su correspondiente porcentaje de varianza explicada.

TABLA II.C.5.4.B.15. RESUMEN MODELO TCP ALTERNATIVO, BASADO EN CREENCIAS, PARA LA CONDUCTA.

Modelo	R2 corregida
Componente normativo, actitud, intención	,305
Control conductual percibido	,339
Motivación para acatar opinión otros que no pegan	,382
Creencia “Evitar tener miedo”	,407
Valoración consecuencia “Ser Popular”	,430
Consecuencia “Defender las ideas en las que creo”	,453
Valoración consecuencia “Tener remordimientos”	,471
Creencia normativa personal	,484
Grado afectación de la conducta a los amigos con los que sale	,499
Componente normativo social de la madre	,511
Consecuencia “Ser respetado”	,523
Opinión de los amigos con los que sale habitualmente	,535
Componente normativo social de los amigos con los que sale	,547
Valoración consecuencia “Podría hacer que me hiriesen”	,556
Valoración consecuencia “Me evitaría tener miedo”	,567
Creencia “Me permitiría defender las ideas en las que creo”	,582
Opinión del padre	,591
Componente normativo social padre	,616
Creencia “Me haría ser respetado”	,649
Motivación para acatar la opinión del padre	,659
Opinión de los amigos con los que sale habitualmente	,673
Componente normativo personal	,681
Valoración consecuencia “Tener problemas gente que aprecio”	,688

Como puede observarse, se han extraído de este resumen aquellas variables que, si bien en un primer momento fueron incluidas en la ecuación, en un segundo paso el modelo las excluye. Estas variables eran las correspondientes al “componente normativo social ‘Otras personas que pegan’” (q: CSNOPEG) y “Creencia ‘Castigar a quien se lo merece’” (v: CCASTIG).

Con las variables incluidas en el modelo, conseguimos un coeficiente de determinación $R^2 = 0,736$ y un coeficiente de determinación

ajustado $R^2 = 0,688$; es decir, el porcentaje de cambios de la variable “conducta” que es explicado por las variables anteriormente reseñadas incluidas en la ecuación es del 68,8%.

Hasta ahora hemos examinado la evolución seguida en la explicación de la variable conducta a medida que se han ido incluyendo variables en la ecuación y el ajuste obtenido. Presentamos a continuación el resumen de los coeficientes obtenidos para cada variable, cuyos resultados completos se muestran en el Anexo CD.

TABLA II.C.5.4.B.16. RESUMEN DE COEFICIENTES OBTENIDOS.

	B (no estandarizado)
CTE	6,697E-02
Intención	0,339
Actitud	0,123
Componente normativo social	-0,147
Control conductual percibido interno	-5,008E-03
Control conductual percibido externo	-9,272E-03
Motivación acatar opinión “Otros que no pegan”	8,457E-02
Creencia “Evitar tener miedo”	0,162
Consecuencia “Defender las ideas que creo”	-0,164
Valoración C. “Tener remordimientos”	-0,107
Norma personal	-0,154
Componente normativo social madre	0,225
Consecuencia “Ser respetado”	0,154
Opinión de los amigos con los que sale	0,144
Componente normativo social amigos sale	0,214
Valoración C. “Podría hacer que me hiriesen”	-0,150
Valoración C. “Evitar tener miedo”	0,143
Componente normativo social otros que pegan	0,153
Creencia “Defender las ideas que creo”	-8,935E-02
Opinión del padre	-0,217
Componente normativo social del padre	0,155
Creencia “Castigar a quien se lo merece”	-0,111
Valoración C. “Herir gravemente a alguien”	0,112
Creencia “Ser respetado”	5,711E-02
Mot. acatar la opinión del padre	0,144
Creencia normativa personal	9,324E-02
Valoración C. “Problemas gente que aprecio”	5,699E-02

EVALUACIÓN DE LOS SUPUESTOS E INTERPRETACIÓN DEL RESULTADO TEÓRICO DEL MODELO TCP ALTERNATIVO, BASADO EN CREENCIAS, PARA LA CONDUCTA

La comprobación de los supuestos puede consultarse en “Anexos CD: Estudio cuantitativo, Análisis de regresión conducta, anexos n1 2 y 8”. Para analizar la condición de no multicolinealidad, necesaria para la correcta aplicación del modelo de regresión, observamos los coeficientes de tolerancia y el factor de inflación de la varianza (FIV). En las variables incluidas en el modelo, se puede ver que la “Creencia ‘Ser respetado’” y la “Valoración de la consecuencia ‘Tener problemas con la gente que aprecio’” son las variables más independientes de todas las incluidas, mientras que el “componente normativo” y la “intención” son las variables con la tolerancia más baja, es decir, que tienen una alta relación con el resto de variables incluidas en el modelo. Por ello, debe relativizarse la interpretación de los coeficientes obtenidos, ya que está muy condicionado por la inclusión de otras variables.

De todo lo visto hasta ahora se desprende que el modelo de regresión es adecuado para los objetivos planteados en nuestra investigación. Una vez calculada la ecuación de regresión y valorado el ajuste obtenido, pasamos a continuación a analizar el cumplimiento de las condiciones de aplicación del modelo utilizado. El análisis de la tolerancia y el método de inclusión por pasos sucesivos nos garantiza (Exteberria, 1999) la no existencia de serios problemas de multicolinealidad, así que pasamos a continuación a realizar el estudio de los casos atípicos, el análisis de la normalidad de residuos y el estudio de normalidad de dichos residuos.

DETECCIÓN Y ANÁLISIS DE CASOS ATÍPICOS DEL MODELO TCP ALTERNATIVO, BASADO EN CREENCIAS, PARA LA CONDUCTA

Como ya vimos anteriormente, casos atípicos son aquellos que no siguen la misma pauta en las relaciones entre las variables que el resto de elementos. Para su identificación hemos utilizado el procedimiento correspondiente del paquete estadístico SPSS 10 para el análisis

de regresión múltiple. Los resultados obtenidos se muestran en la siguiente tabla.

TABLA II.C.5.B.4.18. DIAGNÓSTICOS.

Diagnósticos por caso		
Nº de caso	Residuo tip.	CONDUCTA
5	3,280	1,11

Variable dependiente: CONDUCTA

Los resultados muestran un único elemento cuyo residuo es superior a tres desviaciones típicas. Así, a este sujeto (el caso n1 5), en la variable “conducta” se le ha medido un índice de 1,11 cuando, dados los valores observados en las variables de la ecuación de regresión, el pronóstico no es tal. Dado que se trata de un único caso, vamos a asumir el riesgo que supone mantenerlo.

MODELO TCP PROPUESTO, BASADO EN CREENCIAS, PARA LA CONDUCTA

Como ya hemos visto anteriormente, se propone un modelo alternativo al modelo tradicional de Fishbein y Ajzen en el que, además de la sustitución de la “norma subjetiva general” por el “componente normativo” –cuyos resultados ya se han visto–, la variable “intención”, tal y como la definen los autores, sea sustituida por un “componente intencional” en el cual la “intención” se ve modulada por la “ejerción”. Para ello, al igual que hemos hecho hasta el momento, se ha utilizado el análisis de regresión múltiple introduciendo en un primer momento, y en un solo paso, las variables relacionadas con la Teoría de la acción razonada, es decir, el componente normativo, la actitud y el componente intencional. En un segundo paso se han introducido, conjuntamente, las variables relacionadas con el control conductual percibido, es decir, el CCP interno y el CCP externo. Finalmente, y utilizando el método STEPWISE, se han introducido las siguientes variables:

- ▶ Variables predictivas:
 - Consecuencias de la conducta.
 - Valoraciones de la conducta.

- Creencias conductuales (consecuencias de la conducta x valoraciones de las mismas).
- Opiniones normativas.
- Motivación para acatar las opiniones normativas.
- Creencias normativas (opiniones normativas x motivación para acatarlas).
- Componentes normativos individuales.
- Grado de afectación de la conducta a los referentes importantes y a uno mismo.
- Creencia normativa personal.

Tal y como ya hicieramos en las ocasiones anteriores, el criterio utilizado para la inclusión por pasos ha sido el de probabilidad de 0,050 para entrar y de 0,10 para salir.

La tabla de correlaciones bivariadas entre las variables incluidas en el análisis se puede observar

en “Anexos CD: Estudio cuantitativo, Análisis de regresión conducta, anexo n1 1”; los resultados completos obtenidos para el ARM conducta, modelo propuesto basado en creencias, se encuentran en el anexo n1 9. El resumen de resultados se muestra a continuación.

Como ya vimos anteriormente, los dos primeros modelos corresponden, respectivamente, a la Teoría de la acción razonada y a la Teoría del comportamiento planificado. Como vemos, la capacidad predictiva del modelo cuando utilizamos las variables correspondientes alcanza el 30,5%. Una vez más, y como ya ocurriera en el caso del modelo extendido con las variables originales, la inclusión de las variables de control conductual percibido –es decir, el modelo de la TCP– aumenta la capacidad predictiva del modelo por encima de la TAR.

TABLA II.C.5.4.B.19. RESUMEN DEL MODELO TCP PROPUESTO, BASADO EN CREENCIAS, A LA CONDUCTA.

Modelo	R	R ²	R ² corregida	Error típ. estimación	Sig. cambio F	Durbin-Watson
1	,542a	,294	,281	,4560	,000	
2	,570b	,325	,305	,4483	,023	
3	,620c	,385	,362	,4293	,000	
4	,653d	,427	,402	,4157	,001	
5	,673e	,454	,426	,4072	,006	
6	,689f	,474	,445	,4007	,013	
7	,704g	,496	,464	,3936	,010	
8	,722h	,521	,487	,3849	,005	
9	,733i	,537	,501	,3797	,022	
10	,743j	,553	,515	,3743	,019	
11	,755k	,570	,532	,3680	,013	
12	,768l	,589	,549	,3610	,009	
13	,780m	,609	,568	,3534	,006	
14	,790n	,624	,582	,3475	,014	
15	,798o	,637	,593	,3429	,025	
16	,809p	,654	,610	,3358	,007	
17	,817q	,668	,623	,3300	,013	
18	,827r	,683	,638	,3233	,008	
19	,824–	,679	,636	,3244	,160	

Modelo	R	R ²	R ² corregida	Error típ. estimación	Sig. cambio F	Durbin-Watson
20	,842t	,708	,667	,3102	,000	
21	,848u	,719	,677	,3055	,019	
22	,853v	,727	,684	,3020	,038	
23	,861w	,740	,698	,2957	,008	2,160

a Variables predictoras: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, COMPINT

b Variables predictoras: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, COMPINT, CCPEXTER, CCPINTER

c CCASTIG; d ACONOPE; e CONIDEA; f VALMIED; g VALHIRI; h CONCOBA; i CMIEDO; j CSNHNOS; k CSNMADRE; l CSNSALE; m CONRESP; n OPISALG; o VALCAST; p ACOMADR; q NORPERS; r CPROBG; s CPROBG; t OPIPAD; u CONAPGR; v INFLUPA; w CONPROB; x Variable dependiente: CONDUCTA

La inclusión del resto de variables para obtener el modelo extendido se ha realizado, al igual que en el caso anterior, mediante una análisis de regresión múltiple por pasos sucesivos. Como puede observarse, se introduce un total de 21 variables interesantes para el modelo, de las cuales una de ellas (CPROBG), si bien es introducida en un primer momento, es rechazada después.

La inclusión de estas variables respecto al modelo de la Teoría del comportamiento planificado de medidas generales incrementa el porcentaje de varianza explicada hasta un 69,8%, a la vez que aumenta el coeficiente de corre-

lación múltiple (de R=0,570 a R=0,861) y reduce el error de la estimación. Como puede observarse, el orden de inclusión de las variables respecto al modelo basado en creencias que hemos denominado alternativo, es el mismo respecto a las variables de la Teoría de la acción razonada; así, introducimos en primer lugar el "componente normativo", la "actitud" y el "componente intencional". Posteriormente, incluimos las variables referidas al control conductual percibido y, finalmente, el resto de variables independientes. Presentamos a continuación la descripción de las variables, por orden de inclusión, y su correspondiente aportación al modelo.

TABLA II.C.5.4.B.20. VARIABLES MODELO TCP PROPUESTO, BASADO EN CREENCIAS, PARA LA CONDUCTA.

Modelo	R ² corregida
Componente normativo, actitud, componente intencional	,281
Control conductual percibido	,305
Creencia "Castigar a quien se lo merece"	,362
Motivación para acatar opinión "Otras personas que no pegan"	,402
Consecuencia "Defender las ideas en las que creo"	,426
Valoración consecuencia "Evitar tener miedo"	,445
Valoración consecuencia "Podría hacer que me hiriesen"	,464
Consecuencia "Evitar que me tomen por cobarde"	,487
Creencia "Evitar tener miedo"	,501
Componente normativo social de los hermanos	,515
Componente normativo social de la madre	,532
Componente normativo social de los amigos con los que sale	,549

Modelo	R2 corregida
Componente normativo social de los amigos con los que sale	,568
Consecuencia "Ser respetado"	,582
Opinión de los amigos con los que sale habitualmente	,593
Valoración consecuencia "Castigar a quien se lo merece"	,610
Motivación para acatar la opinión de la madre	,623
Creencia normativa personal	,638
Creencia "Tener problemas con la gente que aprecio"	,636
Opinión del padre	,667
Consecuencia "Sentirme apoyado por mi grupo"	,677
Grado de afectación de la conducta al padre	,684
Consecuencia "Tener problemas con gente que aprecio"	,698

Para evaluar la importancia relativa de cada una de las variables independientes en la predicción conjunta de la variable dependiente, se han analizado los coeficientes de regresión, que dejan (Hair *et al.*, 1999) establecer comparaciones entre las variables independientes que permitan averiguar su importancia relativa en el valor teórico de la regresión. La tabla completa de coeficientes obtenidos se puede consultar en el CD de Anexos y mostramos a continuación un resumen de los mismos. Su observación permite destacar varios aspectos. En cuanto a los modelos teóricos de partida –TAR y TCP–, vemos que la variable "componente intencional" es la más importante, seguida del "componente normativo". Le siguen, por orden de importancia, la "actitud" y, finalmente, las variables referidas al control conductual percibido. Cuando hacemos una extensión del modelo, el modelo basado en creencias, las

variables más importantes para predecir la conducta violenta exogrupal son, por orden de importancia, la "creencia normativa personal", el "componente normativo social de la madre", la "opinión de los amigos con los que sale habitualmente", la "motivación para acatar la opinión de la madre" y el "componente normativo social de los amigos con los que sale habitualmente". En el otro extremo, las variables que menos aportan a la predicción de la conducta violenta son la "Consecuencia 'Sentirme apoyado por mi grupo'", la "Valoración de la Consecuencia 'Castigar a quien se lo merece'" y la "Motivación para acatar la opinión de otras personas que no pegan". Igualmente, observamos que el incremento de varianza explicada de manera individual por cada una de las variables independientes introducidas en el modelo resulta, en la mayoría de los casos, muy significativo ($p < 0,01$).

TABLA II.C.5.4.B.21. COEFICIENTES.

	Coeficientes estandarizados	
	Beta	
(Constante)		
COMPINT		1,162
ACTITUD		,167
COMPNORM		-,698
CCPINTER		-,164
CCPEXTER		-,073
CTCASTIG		-,257
ACONOPE		,182
CONIDEA		-,219
VALMIED		,246
VALHIRI		-,260
CMIEDO		,292
CSNHNO –		-,203
CSNMADRE		,442
CSNSALE		,351
CONRESP		,241
OPISALG		,399
VALCAST		-,156
ACOMADR		,378
NORPER –		-,493
CPROBG		-,257
OPIPAD		-,212
CONAPGR		,120
INFLUPA		-,203
CONPROB		-,182

Variable dependiente: CONDUCTA

EVALUACIÓN DE LOS SUPUESTOS E INTERPRETACIÓN DEL RESULTADO TEÓRICO DEL MODELO TCP PROPUESTO, BASADO EN CREENCIAS, PARA LA CONDUCTA.

El cumplimiento de los supuestos subyacentes puede observarse en "Anexos CD: Estudio cuantitativo, Análisis de regresión conducta, anexos n1 2 y 10". Como paso previo a la interpretación de resultados, se ha analizado el grado de multicolinealidad y sus efectos sobre los resultados. Para ello, se han utilizado los índices de condicionamiento y la descomposición de la varianza de los coeficientes y se

han realizado las comparaciones con el factor de inflación de la varianza (VIF) y los valores de tolerancia. En nuestro caso, prácticamente todos los valores de tolerancia indican niveles de colinealidad reducidos, a excepción de las variables "componente intencional" y "componente normativo". Estos resultados, unidos al método de regresión utilizado, parecen indicar que la interpretación de los coeficientes del valor teórico de la regresión debe relativizarse, ya que está muy condicionado por la inclusión de otras variables.

DETECCIÓN Y ANÁLISIS DE CASOS ATÍPICOS DEL MODELO TCP PROPUESTO, BASADO EN CREENCIAS, PARA LA CONDUCTA

Como ya vimos anteriormente, casos atípicos son aquellos que no siguen la misma pauta en las relaciones entre las variables que el resto de elementos. Para su identificación hemos utilizado el procedimiento correspondiente del paquete estadístico SPSS 10 para el análisis de regresión múltiple. Los resultados obtenidos se muestran en la siguiente tabla.

TABLA II.C.5.4.B.22. DETECCIÓN DE CASOS ATÍPICOS.

Diagnósticos por caso		
Nº de caso	Residuo típ.	CONDUCTA
5	3,695	1,11
169	3,649	1,46

Variable dependiente: CONDUCTA

Observamos la existencia de dos casos atípicos para el modelo propuesto. El primero de ellos, el caso número 5, ya aparecía como tal en el modelo basado en creencias tradicional analizado anteriormente. En esta ocasión, además de este caso, observamos la existencia de un nuevo caso atípico.

B.5.3. Adición al modelo de la variable externa "conducta pasada".

Como ya se indicara anteriormente (ver apartado "Marco teórico: modelo, apartado 'Otras variables'", desde distintas posiciones teóricas se mantiene que la adición de la "conducta pasada" al modelo permite aumentar la capacidad predictiva del mismo. Por ello, pretendemos analizar los efectos de la variable "conducta

pasada" en el modelo teórico formulado. Para ello, y tal y como quedó descrito en el apartado correspondiente, se ha introducido esta variable en sus distintas formulaciones: como "frecuencia de la conducta", como "recencia de la conducta" y como la "interacción de frecuencia y recencia de la conducta ("frecuencia" x "recencia")". Así, las variables introducidas son:

- ▶ Frecuencia de la conducta pasada: CTAPASF.
- ▶ Recencia de la conducta pasada: CTAPASR.
- ▶ Conducta pasada como interacción de la frecuencia y la recencia: CTAPASAD.

Tal y como hemos venido realizando hasta ahora, observamos el comportamiento de dichas variables en los modelos analizados. Al igual que hemos hecho hasta ahora, presentamos únicamente un resumen de resultados obtenidos. En "Anexos CD: Estudio cuantitativo, Análisis de regresión conducta, anexos n1 11 y 12" pueden observarse los resultados completos.

EFFECTO DE LA "CONDUCTA PASADA" EN EL MODELO TCP ALTERNATIVO, PARA LA CONDUCTA

Presentamos a continuación los resultados obtenidos cuando al modelo que hemos denominado "modelo alternativo" –esto es, el que mantiene la variable "intención"– añadimos la variable dependiente "conducta pasada" en sus distintas formulaciones: frecuencia de la conducta pasada, recencia de la conducta pasada y conducta pasada como la interacción de frecuencia y recencia.

TABLA II.C.5.4.B.23. MODELO TCP ALTERNATIVO, INCLUYENDO FRECUENCIA DE LA CONDUCTA PASADA.

Modelo	R	R ²	R ² corregida	Error típ. estimación	Sig. cambio F	Durbin-Watson
1	,564 ^a	,318	,305	,4481	,000	
2	,599 ^b	,359	,339	,4370	,006	
3	,603 ^c	,364	,341	,4366	,257	1,800

a Variables predictoras: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, INTENC

b Variables predictoras: CCPINTER, CCPEXTER c Variables predictoras: CTAPASF

Variable dependiente: CONDUCTA

TABLA II.C.5.4.B.24. MODELO TCP ALTERNATIVO, INCLUYENDO RECENCIA DE LA CONDUCTA PASADA.

Modelo	R	R ²	R ² corregida	Error típ. estimación	Sig. cambio F	Durbin-Watson
1	,564 ^a	,318	,305	,4481	,000	
2	,599 ^b	,359	,339	,4370	,006	
3	,600 ^c	,360	,336	,4381	,672	2,076

a Variables predictoras: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, INTENC

b Variables predictoras: CCPINTER, CCPEXTER

c Variables predictoras: CTAPASR

Variable dependiente: CONDUCTA

TABLA II.C.5.4.B.25. MODELO TCP ALTERNATIVO, CONDUCTA PASADA COMO INTERACCIÓN.

Modelo	R	R ²	R ² corregida	Error típ. estimación	Sig. cambio F	Durbin-Watson
1	,564 ^a	,318	,305	,4481	,000	
2	,599 ^b	,359	,339	,4370	,006	
3	,606 ^c	,367	,344	,4356	,151	1,944

a Variables predictoras: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, INTENC

b Variables predictoras: CCPINTER, CCPEXTER

c Variables predictoras: CTAPASAD

Variable dependiente: CONDUCTA

Como podemos observar, la adición de la variable "conducta pasada" no aumenta, en ninguna de sus formulaciones, la capacidad predictiva del modelo. En "Anexos CD: Estudio cuantitativo, Análisis de regresión conducta, anexo n1 11" puede observarse que estos resultados se confirman, para todos y cada uno de los casos, cuando la inclusión de variables se realiza en orden inverso; es decir, cuando se observa el comportamiento de las variables referidas a la conducta Pasada antes que el

efecto de las variables relativas al control conductual percibido.

EFFECTO DE LA CONDUCTA PASADA EN EL MODELO TCP PROPUESTO PARA LA CONDUCTA.

Como ya hiciéramos anteriormente, presentamos los datos obtenidos al incluir la "conducta pasada" como frecuencia, recencia e interacción de frecuencia y recencia en el modelo propuesto para la conducta. Los resultados se muestran a continuación.

TABLA II.C.5.4.B.26. MODELO TCP PROPUESTO INCLUYENDO FRECUENCIA CONDUCTA PASADA.

Modelo	R	R ²	R ² corregida	Error típ. estimación	Sig. cambio F	Durbin-Watson
1	,542 ^a	,294	,281	,4560	,000	
2	,570 ^b	,325	,305	,4483	,023	
3	,573 ^c	,328	,304	,4487	,403	2,192

a Variables predictoras: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, COMPINT

b Variables predictoras: CCPEXTER, CCPINTER

c Variables predictoras: CTAPASF

Variable dependiente: CONDUCTA

TABLA II.C.5.4.B.27. MODELO TCP PROPUESTO, INCLUYENDO RECENCIA CONDUCTA PASADA.

Modelo	R	R ²	R ² corregida	Error típ. estimación	Sig. cambio F	Durbin-Watson
1	,542 ^a	,294	,281	,4560	,000	
2	,570 ^b	,325	,305	,4483	,023	
3	,571 ^c	,327	,302	,4493	,610	2,018

a Variables predictoras: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, COMPINT

b Variables predictoras: CCPEXTER, CCPINTER c Variables predictoras: CTAPASR

Variable dependiente: CONDUCTA

TABLA II.C.5.4.B.28. MODELO TCP PROPUESTO INCLUYENDO LA CONDUCTA PASADA COMO INTERACCIÓN.

Modelo	R	R ²	R ² corregida	Error típ. estimación	Sig. cambio F	Durbin-Watson
1	,542 ^a	,294	,281	,45597	,000	
2	,570 ^b	,325	,305	,44827	,023	
3	,575 ^c	,330	,306	,44800	,276	1,740

a Variables predictoras: (Constante), COMPNORM, ACTITUD, COMPINT

b Variables predictoras: CCPEXTER, CCPINTER c Variables predictoras: CTAPASR

Variable dependiente: CONDUCTA

Al igual que ocurriera en el modelo alternativo, la suma de la variable “conducta pasada” no ha aumentado, en ninguna de sus formulaciones alternativas, la capacidad predictiva del modelo. La introducción de las formulaciones de la variable conducta pasada antes que las variables relativas al control conductual percibido tampoco ha provocado un aumento significativo en la capacidad predictiva del modelo. Estos resultados pueden observarse igualmente en el “Anexos CD: Estudio cuantitativo,

Análisis de regresión conducta, anexo n1 12”. Los lectores interesados podrán comprobar en los anexos n1 13 y 14 del citado “Anexos CD...” que dichas variables tampoco aumentan la capacidad predictiva de los modelos cuando se incluyen las medidas basadas en creencias.

B.5.4. Implicaciones de los resultados obtenidos en los análisis de regresión sobre la conducta.

- a) Tabla resumen de resultados obtenidos para los modelos sobre la conducta.

TABLA II.C.5.4.B.29. TABLA RESUMEN.

Modelos para la "conducta"		
Denominación	Definición	% Var. Explic.
Modelo TAR alternativo, medidas generales, conducta	Incluye "actitud", "componente normativo" e "intención"	30,5%
Modelo TAR propuesto, medidas generales, conducta	Incluye "actitud", "componente normativo" y "componente intencional"	28,1%
Modelo TCP alternativo, medidas generales, a la conducta	Incluye "componente normativo", "intención", "actitud" y control conductual percibido.	33,9%
Modelo TCP alternativo, basado en creencias, a la conducta	Incluye "componente normativo", "intención", "actitud" y control conductual percibido, a las que añade las creencias.	68,8%
Modelo TCP propuesto, medidas generales, a la conducta	Incluye "componente normativo", "componente intencional", "actitud" y control conductual percibido	30,5%
Modelo TCP propuesto, basado en creencias, a la conducta	Incluye "componente normativo", "componente intencional", "actitud" y control conductual percibido, a las que se añade las creencias.	69,8%

EN CUANTO A LA CAPACIDAD PREDICTIVA Y EXPLICATIVA DEL MODELO ALTERNATIVO

Al igual que hiciéramos en el caso de la intención, hemos confrontado la capacidad predictiva y explicativa del modelo de la Teoría de la acción razonada –TAR– y su extensión, el modelo de la Teoría del comportamiento planificado –TCP–; modelos ampliamente utilizados en diversos estudios, pero poco aplicados para la explicación y predicción de nuestra variable de estudio.

En primer lugar, considerando los resultados obtenidos en el caso de la intención, y con el fin de no duplicar en exceso los modelos analizados, hemos puesto a prueba la capacidad predictiva de las variables "norma subjetiva general" y "componente normativo" para predecir la variable dependiente. Los resultados obtenidos han mostrado, como ya ocurriera en el caso anterior, que la variable alternativa propuesta resulta ser un mejor predictor que la variable en su formulación tradicional, si bien la diferencia es escasa. Por tanto, se ha mantenido la formulación alternativa de "componente normativo" para el resto de los análisis como una apuesta teórica para alcanzar un modelo

predictivo y explicativo de la conducta violenta exogrupal.

Y una vez establecido el modelo alternativo como aquel que considera que la conducta está en función de la intención, y que esta a su vez viene determinada por el efecto conjunto de la "actitud general" y del "componente normativo" –modelo de la Teoría de la acción razonada (TAR)–, hemos comprobado su capacidad predictiva. Los resultados han mostrado que la utilización conjunta de estas tres variables permite explicar un 31,8% de la varianza de la variable dependiente "conducta". El análisis de los coeficientes beta obtenidos nos muestran, igualmente, que el mayor efecto sobre la variable dependiente lo ejerce la variable "intención", seguida de la "actitud", si bien hay que considerar que existe un importante grado de colinealidad entre las variables.

La adición al modelo de las variables "control conductual percibido interno" –CCP interno– y "control conductual percibido externo" –CCP externo– ha provocado un incremento de los valores del coeficiente de correlación y el coeficiente de determinación; el coeficiente de determinación ha aumentado un 5,4%, a la

vez que aumenta el R2 ajustado y disminuye el error típico de la estimación.

Como ya observáramos en el caso del modelo sobre la intención conductual, los resultados obtenidos hasta el momento muestran la superioridad del Modelo de la teoría del comportamiento planificado para predecir nuestro objeto de estudio. Estos resultados resultan coherentes dentro del marco teórico utilizado, ya que se trata de una conducta que, de acuerdo con sus propias características, necesita para su realización la colaboración de terceros. Así, los cambios devenidos en la conducta violenta exogrupal vienen determinados por la utilización conjunta de tres factores: actitudinal, normativo y de control.

La utilización de modelos basados en creencias ha aumentado la capacidad predictiva de manera muy importante. En este caso vuelve a confirmarse la utilidad y la necesidad de establecer modelos que, más que basarse en constructos generales, utilicen los determinantes de los factores actitudinales y normativos; tanto en lo referido a la predicción como a la explicación de la conducta violenta desarrollada en el entorno grupal. La extensión del modelo mediante la consideración de las creencias conductuales y normativas ha producido un importante incremento en la proporción de varianza explicada de la variable conducta (de $R^2 = 0,359$ a $R^2 = 0,736$), a la vez que nos ha permitido identificar las variables que ejercen un mayor peso en la determinación de la intención de realizar este tipo de conductas.

Así, a la consideración conjunta de la intención, la actitud general, la norma subjetiva general y el control conductual percibido como variables determinantes de los cambios devenidos en la conducta, se han determinado una serie de variables que deben ser consideradas como igualmente determinantes; a saber: determinadas opiniones que sobre dicha conducta tienen algunos referentes importantes (el padre), y la motivación para acatar dichas opiniones (la del padre y la de otras personas que no pegan), determinadas consecuencias percibidas sobre la realización de la conducta

("defender las ideas en las que creo" y "me haría ser respetado"), la valoración de algunas de esas consecuencias ("ser popular", "me haría tener remordimientos", "podría resultar herido", "me evitaría tener miedo" y "me haría tener problemas con la gente que aprecio"), determinadas creencias conductuales ("me evitaría tener miedo", "me permitiría defender las ideas en las que creo" y "me haría ser respetado") y aspectos normativos tanto personales (la norma y creencia personal de que debe realizar la conducta) como sociales (relacionadas con la afectación de la conducta a los amigos con los que sale y el componente normativo social proveniente, tanto de la madre, como del padre y de los amigos con los que sale)

La relación existente entre la "conducta" y la "intención" es la más elevada de todas. No es extraño, puesto que la correlación entre ambas variables es la más elevada de todas, positiva y muy significativa ($p < 0,01$); seguida de la relación entre "actitud" y "conducta" ($p < 0,01$) y de ésta con el CCP interno ($p < 0,01$). Las relaciones más bajas las encontramos entre la "conducta" y el "componente normativo" y el "CCP externo" (ambas con $p < 0,05$). La variable "intención", por su parte, presenta correlaciones elevadas y significativas ($p < 0,01$) con el resto de las variables de los modelos TAR y TCP.

En cuanto al factor normativo, observamos la influencia de algunas variables relacionadas con la motivación para acatar la opinión de determinados referentes ("otras personas que no pegan" y del padre). En el primer caso, "Motivación para acatar la opinión de otros que no pegan", si bien no muestra una relación significativa con la "conducta", sí lo hace tanto con la "intención", como con la "actitud" y las variables referidas al control conductual percibido; además, en todos y cada uno de los casos, de manera muy significativa ($p < 0,01$) y negativa. La "Motivación para acatar la opinión del padre", por su parte, presenta correlaciones igualmente significativas y de signo negativo con la "conducta", la "intención" y la "actitud".

El grado de afectación de la conducta a los referentes importantes, vuelve a hacerse presente en este caso (al igual que ocurriera en el modelo para la intención), ya sea como variable individual ("grado de afectación de la conducta a los amigos con los que sale"), o como componente normativo específico (madre, amigos con los que sale o padre). En el primero de los casos, la percepción del sujeto acerca de que la realización de la conducta beneficia a los amigos con los que sale, muestra una elevada y significativa correlación, tanto con la "conducta" como con el resto de las variables generales ("intención", "actitud", "componente normativo" y control conductual percibido); en el caso de este grupo, además, la opinión percibida por el sujeto acerca de la realización de la conducta resulta ser de gran importancia. En cuanto a los componentes normativos específicos, los referidos a la madre y al padre muestran mucha relación con el "componente normativo"; en el caso de los amigos con los que sale, la correlación es muy elevada, tanto con la "conducta" como con el resto de las variables del modelo.

Nuevamente encontramos un componente moral que ejerce un fuerte peso en la predicción de la conducta violenta. Así, tanto la creencia personal del sujeto de que debe realizar la conducta, como el componente normativo personal (en el que dicha creencia se ve modulada por la percepción de que la realización de la conducta le beneficia personalmente) muestran correlaciones significativas ($p < 0,01$) con todas las variables introducidas en el modelo de partida.

En cuanto a las variables que amplían el concepto de "actitud general", se observa que no difieren en exceso de las halladas para el modelo sobre la intención. En la mayoría de las ocasiones muestran, además de las elevadas correlaciones con el resto de variables –fundamentalmente con la "intención"–, resultados similares con la "conducta".

EN CUANTO A LA CAPACIDAD PREDICTIVA Y EXPLICATIVA DEL MODELO PROPUESTO

La utilización de las variables "componente intencional", "actitud" y "componente normativo" –modelo de la Teoría de la acción razonada– como predictoras, permite explicar el 28,1% de la varianza de la variable dependiente "conducta". Por su parte, la utilización del modelo de la Teoría del comportamiento planificado ha aumentado en un 3,1%, el coeficiente de determinación y 2,4% en el R^2 ajustado. Tal y como se ha venido poniendo de manifiesto, es indudable que si bien la TAR resulta útil para el objetivo de predecir la conducta violenta exogrupal, el modelo de la TCP aumenta significativamente la capacidad predictiva alcanzada.

Finalmente, la consideración de las creencias conductuales y normativas ha permitido incrementar significativamente la proporción de varianza explicada de la variable conducta (de $R^2 = 0,325$ a $R^2 = 0,740$), e identificar variables con un importante efecto en la realización de la misma. En este caso, a la consideración conjunta del componente intencional, la actitud general, el componente normativo y el control conductual percibido como variables determinantes de los cambios devenidos en la conducta, se ha determinado una serie de variables que deben ser consideradas como igualmente determinantes. Algunas coinciden con las establecidas en el modelo tradicional (las consecuencias percibidas sobre la realización de la conducta: "defender las ideas en las que creo" y "haría que me respeten"; la valoración sobre algunas consecuencias ("podría hacer que me hiriesen" y "me evitaría tener miedo"), determinadas creencias conductuales ("me evitaría tener miedo"), así como determinados aspectos normativos tanto personales (norma personal y creencia normativa personal) como sociales (la motivación para acatar la opinión de otras personas que no pegan, el componente normativo derivado de la madre y de los amigos con los que sale habitualmente). Otras variables identificadas, que no aparecen en el modelo anterior, son consecuencia acerca de la realización de la conducta ("evitar que me

tomen por un cobarde”, “sentirme apoyado por mi grupo” y “tener problemas con la gente que aprecio”); la creencia conductual “castigar a quien se lo merece” y la valoración de la misma consecuencia; y, en cuanto al componente normativo se refiere, la “opinión de los amigos con los que sale habitualmente”, la “motivación para acatar la opinión de su madre”, la “afectación de la conducta a su padre” y el “componente normativo social de los hermanos”.

Como ya ha venido ocurriendo hasta el momento, las correlaciones más elevadas de la variable “conducta” las encontramos tanto con el “componente intencional” (0,517; $p < 0,001$), como con la “actitud” (0,587; $p < 0,01$); los valores más bajos y con menor significación se encuentran con el “componente normativo” y el “control conductual externo” (0,166 y 0,169, respectivamente, y $p < 0,05$ para ambos).

En cuanto a la extensión del modelo a la consideración de las creencias, observamos que muchas de ellas coinciden con el modelo tradicional. Algunas de las variables relacionadas con el factor actitudinal que son introducidas son la “Consecuencia ‘Evitar que me tomen por un cobarde’”, que correlaciona positivamente tanto con la “conducta” como con el “componente intencional”; la “Opinión de los amigos con los que sale”, y la “Consecuencia ‘Tener problemas con la gente que aprecio’”, que presentan correlaciones muy elevadas y significativas ($p < 0,01$) –de signo negativo en el caso de la segunda– con el resto de variables TAR y TCP; la “Valoración de la consecuencia ‘Castigar a quien se lo merece’” y la “Consecuencia ‘Sentirme apoyado por mi grupo’”, igualmente correlacionada –aunque con valores más bajos– con dichas variables.

EN CUANTO A LA CONFRONTACIÓN DE MODELOS

Tal y como hemos venido observando, se ha puesto a prueba la capacidad predictiva y explicativa de un modelo alternativo al utilizado tradicionalmente. Las variaciones fundamentales de este modelo, tal y como ya quedaron reflejadas al inicio de este capítulo, están referidas, por un lado, al factor normativo del mismo;

al tiempo, en el análisis de regresión sobre la conducta, se ha introducido una variación del factor intencional que tradicionalmente ha sido utilizado en este tipo de modelos. Así, se ha postulado la posible existencia de un “componente intencional” (conativo-conductual) en el que la intención y la ejecución estarían relacionados entre sí y serían determinantes directos de la conducta. Este componente, congruente con las formulaciones actitudinales clásicas de tres factores, sería congruente con los resultados del análisis cualitativo, añadiendo la ventaja adicional de propiciar una reducción significativa de variables (criterio de gran importancia estadística) de cara a la formulación de un modelo causal que pueda ser validado mediante análisis de ecuaciones estructurales.

Al igual que sucediera en el análisis sobre la intención, los resultados obtenidos muestran que la alternativa propuesta no mejora sustancialmente el modelo basado en medidas generales de la TAR, ni el modelo de la TCP. Sin embargo, esta situación se altera cuando extendemos el modelo a las creencias; no porque aumente el porcentaje de varianza explicada de la conducta de estudio, sino porque, además, simplifica el modelo predictivo en lo que a inclusión de variables se refiere. Así, consideramos que la inclusión de un componente en el cual la “intención” de llevar a cabo la conducta violenta exogrupal se vea modulada por los “esfuerzos” que hay que hacer para llevar a cabo dicha conducta, resulta factible de consideración a la hora de elaborar un modelo causal que explique la conducta violenta.

5.5. Análisis de dependencia: modelo confirmatorio –análisis de ecuaciones estructurales (SEM)–

5.5.1. Introducción: definición del SEM

Hasta ahora hemos utilizado diversas técnicas multivariantes –el análisis factorial y el análisis de regresión– para alcanzar alguno de los objetivos planteados en nuestra investigación. Sin embargo, estas técnicas adolecen de una misma limitación: la de poder examinar una úni-

ca relación de dependencia a la vez. Pero la realidad a la que nos enfrentamos en cualquier investigación de carácter social, y más concretamente en la investigación que ahora presentamos, resulta ser una realidad compleja y plural en la que las potenciales causas de un determinado comportamiento se entremezclan, varían y alternan en función de diversos aspectos, conocidos para el investigador en ocasiones, y desconocidos en otras. El modelo de ecuaciones estructurales, tal y como veremos más adelante, puede ayudarnos a ser un poco más exhaustivos a la hora de establecer las relaciones existentes entre las distintas variables implicadas en el comportamiento de estudio. El modelo de ecuaciones estructurales (SEM) puede definirse (Hair *et al.*, 1999) como:

“Técnica multivariante que combina aspectos de la regresión múltiple (examinando relaciones de dependencia) y análisis de factor (que representan conceptos inmedibles –factores– con variables múltiples) para estimar una serie de relaciones de dependencia interrelacionadas simultáneamente”.

Permite, en definitiva, obtener de manera independiente las relaciones para cada conjunto de variables dependientes a través de dos componentes básicos: el modelo estructural y el modelo de medida.

5.5.2. Caracterización del análisis de ecuaciones estructurales

Los modelos de ecuaciones estructurales –SEM– pueden comenzar a ser caracterizados en función de algunas limitaciones del resto de técnicas multivariantes que tratan de superar la consideración de una sola relación de dependencia y la imposibilidad de presentar datos sobre las relaciones entre las variables independientes. En relación con la primera peculiaridad, al examinar simultáneamente una serie de relaciones de dependencia de forma exhaustiva se convierte en un método fundamentalmente confirmatorio. Corolario de esta capacidad es la posibilidad de analizar modelos teóricos complejos y holísticos, lo que le convierte en una de las técnicas de investigación

más populares en los últimos años (Tremblay y Gardner, 1996; Austin, y Calderon, 1996; Bollen y Stein, 1993; Breckler, 1990).

Siguiendo a Hair *et al.* (1999), la representación de una realidad teórica compleja y multicausal, debe contemplarse en relación con una teoría subyacente que puede completarse con la experiencia de los investigadores y la experiencia previa para poner claramente de manifiesto las relaciones entre distintas variables independientes y una o más variables criterios. Esta formalización teórica explícita requiere también la explicitación de las relaciones entre las distintas variables independientes. Si bien otras técnicas multivariantes de carácter exploratorio permiten al investigador especificar un modelo básico y completar la estimación mediante el cálculo informático-estadístico, el proceso de desarrollo de los modelos de ecuaciones estructurales exige una definición exhaustiva de los componentes del modelo y de cada una de las relaciones supuestas entre ellos y cada modificación implica una serie de decisiones basadas en indicios empíricos que debe asumir el investigador y que deben tener su reflejo esencial en la posibilidad de integrar los cambios en una explicación lógico-formal (teórica) clara, diferenciada de la propuesta original y parsimoniosa. Se configura así el SEM como un método confirmatorio guiado más por la teoría que por los resultados empíricos. Otra de las características del SEM reside en sus diferentes estrategias para confirmar o modificar los modelos teóricos. Podemos distinguir entre una estrategia confirmatoria, otra guiada por la comparación entre modelos rivales y una estrategia de desarrollo de modelos. Mediante la primera, el investigador trata de confirmar si el único modelo teórico especificado previamente se ajusta significativamente a los datos empíricos; su principal desventaja es que no permite la falsación del modelo mediante su comparación con otros modelos rivales potencialmente mejor ajustados y/o más parsimoniosos.

5.5.3. Metodología para la elaboración del modelo causal confirmatorio de la conducta violenta exogrupal

Una vez especificado el modelo, éste se estructura en una serie de hipótesis causales susceptibles de ser representadas mediante un diagrama de paso que, a su vez, derivan en sistemas de ecuaciones estructurales que expresan, de modo matemático, el modelo causal elaborado. La metodología seguida para elaborar y validar el modelo ha sido, siguiendo las indicaciones de Bisquerra (1989) y Hair *et al.* (1999), la siguiente:

FASE 1: DESARROLLO DE UN MODELO BASADO EN UNA TEORÍA.

El análisis causal, en nuestro caso, se ha fundamentado en la especificación de relaciones causales basadas tanto en investigaciones anteriores como en una teoría formalizada previamente (modelo de la "Teoría del comportamiento planificado" modificado con distintas aportaciones teóricas y con resultados obtenidos en investigaciones previas).

FASE 2: CONSTRUCCIÓN DE UN DIAGRAMA DE SECUENCIAS DE RELACIONES CAUSALES.

Una vez especificado el modelo y para representar gráficamente las relaciones entre constructos, se ha estructurado en hipótesis causales representadas gráficamente.

FASE 3: ESPECIFICACIÓN DEL MODELO ESTRUCTURAL Y DE MEDIDA.

El modelo estructural desarrolla una serie de ecuaciones que vinculan constructos; es decir, relaciona variables independientes (predictoras) con una variable dependiente (criterio).

FASE 4: SELECCIÓN DEL TIPO DE MATRIZ DE ENTRADA.

Como ya es sabido, el modelo de ecuaciones estructurales comparte con otras técnicas multivariantes los supuestos de independencia de las observaciones, muestra aleatoria de los en-

cuestados y linealidad de todas las relaciones. La ausencia de normalidad incrementa la probabilidad de que la matriz observada y la estimada difieran ampliamente y el modelo no se ajuste a los datos obtenidos. Por otra parte, la proliferación de datos ausentes puede tener un notable efecto en el cálculo de la matriz de datos y el proceso de estimación. En nuestro caso, las variables tienen una distribución normal y no existe incidencia de los datos ausentes.

La matriz de datos de entrada puede ser de varianzas-covarianzas o una matriz de correlación; en nuestro caso, se ha utilizado la matriz de correlaciones. Si bien los resultados alcanzados deben ser interpretados con precaución, así como su generalización a otras muestras, la matriz nos ofrece (Hair *et al.*, 1999) la ventaja de su interpretación, permite realizar comparaciones entre las diferentes variables y ofrece estimaciones más conservadoras de la significación de los coeficientes de ponderación y no sesgadas al alza.

FASE 5: ESTIMACIÓN DEL MODELO.

La diversidad de programas estadísticos que permiten el desarrollo de modelos causales permite estimar los parámetros mediante diversos algoritmos. Cada uno de ellos presupone distintas relaciones entre los datos y ofrece, a su vez, diferentes potencias de análisis. En nuestro caso se ha utilizado el método de mínimos cuadrados generalizados (Generalized Least Squares) que ofrece una adecuada potencia de análisis.

FASE 6: VALORACIÓN DEL MODELO ESTRUCTURAL.

La causa más probable de error durante el proceso de estimación es el problema de identificación del modelo estructural. Puesto que se pretende calcular ecuaciones diferenciadas para cada coeficiente estimado resulta necesario tener más ecuaciones que incógnitas. En nuestro caso, todos los modelos realizados están identificados.

FASE 7: EVALUACIÓN DE LOS CRITERIOS DE AJUSTE.

La evaluación de los criterios de ajuste del modelo se ha realizado mediante el siguiente procedimiento:

a) Examen de las estimaciones infractoras.

Se ha comprobado que los coeficientes, tanto del modelo estructural como del modelo de medida, se hallaban en los límites aceptables con los siguientes criterios: varianzas de error negativas o no significativas para cualquier constructo, coeficientes estandarizados mayores o similares a 1,0.

b) Ajuste global del modelo.

La calidad de ajuste se ha establecido comparando la matriz de entrada (correlación) y la estimada. Las medidas de calidad de ajuste utilizadas han sido las siguientes:

- ▶ Medidas de ajuste absoluto. Para determinar el grado en que el modelo estimado predice la matriz de correlaciones observada, se han utilizado los siguientes índices:
- ▶ "Estadístico de ratio de verosimilitud chi cuadrado". Resulta uno de los índices más utilizado, nos da cuenta de la discrepancia existente entre los datos y el modelo hipotetizado y es fácilmente interpretable, ya que gran valor chi cuadrado relativo a los grados de libertad significa que las matrices de entrada y la estimada difieren significativamente (no existe ajuste entre el modelo teórico y los datos empíricos). Los niveles de significación estadística indican la probabilidad de que estas diferencias se deban sólo a variaciones aleatorias o muestrales. Los valores bajos de chi cuadrado con niveles de significación superiores a 0,05 ó 0,01 indican que no hay diferencias entre ambas matrices, el modelo se ajusta. No obstante, este buen ajuste no implica que no haya otros modelos con mejor ajuste. Debido a la importante sensibilidad del chi cuadrado a la ausencia de normalidad, al tamaño muestral (Jöreskog, 1969; Bentler y Bonett, 1980) –predispone a

obtener diferencias significativas con muestras de más de 200 sujetos y a no encontrarlas con muestras inferiores a 100, por lo que se recomiendan muestras de 100 a 200– y a lo inadecuado de la hipótesis de ajuste perfecto como punto de partida para la evaluación de un modelo causal (Browne y Mels, 1992), es común la consideración de otros índices (Arbuckle, 1997).

- ▶ En nuestro caso vamos a utilizar el índice $C_{min/df}$, resultante de dividir el estadístico chi cuadrado por los grados de libertad del modelo. Si bien no existe consenso en cuanto a las cifras en que debe situarse dicho índice para ser indicador de un buen ajuste, debe destacarse que los autores sitúan el máximo aceptable en valores que van de 2 a 5 (Carmines y Mever, 1981; Marsh y Hocevar, 1985).
- ▶ Otro índice que va a ser utilizado es el GFI (Goodness of Fit Index), que varía entre 0 y 1, siendo el ajuste más perfecto cuanto más se acerque al valor 1.
- ▶ Medidas de ajuste incremental. Para establecer el ajuste entre el modelo propuesto y un modelo de referencia, denominado modelo "nulo" (que habitualmente es un modelo de constructo único con todos los indicadores midiendo perfectamente, sin error de medida), se ha utilizado el "índice de bondad de ajuste" (AGFI), que varía entre 0 y 1, siendo el ajuste más perfecto en la medida en que se halle cercano a 1.

Por último examinaremos la matriz de covarianzas residuales estandarizadas, que nos da cuenta de la medida en que el modelo se ajusta o no en relación con cada una de las variables incluidas en el mismo. En el caso de existir covarianzas residuales estandarizadas de valor absoluto mayor de 2, podremos afirmar con una probabilidad de 0,05 que el modelo no se ajusta en la casilla considerada.

5.5.4. Modelo confirmatorio para la conducta violenta exogrupal juvenil

a) Introducción.

El análisis que ahora presentamos pretende especificar, identificar, estimar y evaluar un modelo de relaciones causales que explique la conducta violenta exogrupal juvenil. Para ello, pretendemos cuantificar la influencia que determinadas variables, a las que consideramos “causas”, tienen sobre otras que son consideradas como “efectos”. No pretendemos, por tanto, identificar causas ajenas a las ya determinadas en análisis previos, sino especificar matemáticamente una determinación causal asumida con carácter previo a la realización de este análisis.

Al igual que hemos hecho hasta ahora, el modelo teórico de partida utilizado en la presente investigación ha sido la Teoría de la acción razonada y su extensión a la Teoría del comportamiento planificado. En este apartado, hemos dejado a un lado la primera puesto que la superioridad de la Teoría del comportamiento planificado para explicar, tanto la intención como la conducta, ya ha sido puesta de relieve en los apartados anteriores. Para la realización del análisis confirmatorio mediante la técnica de ecuaciones estructurales, vamos a utilizar el modelo obtenido en el análisis de regresión ya realizado y cuyos resultados se pueden observar en apartados precedentes. Los análisis realizados, y que se presentan a continuación, pretenden validar la Teoría del Comportamiento Planificado para su aplicación a la conducta violenta exogrupal; y, tal y como hemos venido realizando, vamos a enfrentar la versión tradicional del modelo de la Teoría del Comportamiento Planificado con la alternativa propuesta. En el transcurso del análisis de cada modelo se procederá, en primer lugar, a especificar las variables concretas que van a ser utilizadas. En segundo lugar, se llevará a cabo la evaluación de los modelos generados, analizando a través de diferentes índices la medida en que el modelo se ajusta a los datos de la muestra. Por último, se ex-

pondrán los resultados referidos a la estimación de los parámetros de relación que existen entre las distintas variables consideradas (esto es, a la cuantificación de la influencia que cada variable considerada como causa, tiene sobre las variables consideradas como efecto de la misma).

b) Variables seleccionadas.

Para la realización del análisis confirmatorio sobre la variable “conducta” se han utilizado las variables que han mostrado su importancia en los análisis de regresión ya realizados, y cuyos resultados se pueden observar en apartados precedentes.

c) Muestra.

La muestra utilizada para la realización del análisis confirmatorio corresponde a la utilizada para el análisis de regresión sobre la conducta, compuesta por 170 sujetos.

d) Resultados.

Al igual que hiciéramos en el análisis de regresión, vamos a utilizar modelos que, manteniendo las medidas generales, incluyan los aspectos concretos que conforman los constructos generales; es decir, las creencias, en lo que se denomina “modelos extendidos” o “modelos basados en creencias”. Y tal y como ya se hiciera en aquella ocasión, la inclusión de creencias en el modelo se hace mediante la formulación expectativa-valor, utilizándose como variables la multiplicación de la creencia por la evaluación que de ella realiza el sujeto.

Como ya decíamos en la introducción general a este apartado, se pretende la confirmación, mediante el uso de esta técnica, del modelo obtenido en el análisis de regresión. Al igual que hiciéramos anteriormente, se han generado dos modelos; el primero de ellos responde a la formulación tradicional de la teoría y el segundo a la alternativa propuesta.

La observación de los gráficos presentados a continuación mostrará que la extensión del modelo mediante la inclusión en el mismo de las creencias se ha realizado únicamente con las creencias conductuales, dejando fuera del

modelo las creencias normativas (tanto las consecuencias, como la valoración, como la interacción de ambas).

Esto se debe a que una de las variables introducidas en el modelo, el "componente normativo general" resulta ser, tal y como ya se definió desde el inicio, una combinación lineal del resto de las variables referidas al factor normativo (opiniones de los referentes, motivación para acatar dichas opiniones, creencias normativas –interacción de las dos anteriores–, grado de afectación de la conducta –tanto a los referentes importantes, como al sujeto en particular–, componentes normativos del entorno de referencia –interacción de la creencia normativa y el grado de afectación– y creencia normativa personal –interacción de obligación moral y grado de afectación personal de la conducta–). Como consecuencia de ello, la estimación de los indicadores de contraste presenta para este caso concreto el problema obtención de varianzas de error negativas. En estos casos, se sugiere que el tamaño de la muestra es demasiado pequeño (Jöreskog y Sörbom, 1984). Cuando es descartable que la muestra sea demasiado pequeña, como éste es el caso, diversos autores sugieren alternativas estadísticas que pasarían por la eliminación de variables altamente correlacionadas o la fijación a niveles muy bajos y fijos de las varianzas error de las variables que presenten estos problemas (Hair *et al.*, 1999) o restringir la búsqueda a una solución para valores admisibles, aunque esta solución no es viable si se utiliza el programa AMOS (Gondar, 1999), como es el caso.

En consecuencia, en la consideración que el "componente normativo", tal y como está definido, recoge la influencia de todas las variables referidas al ámbito normativo del sujeto; y puesto que dicha influencia ya quedó establecida mediante el análisis de regresión, siguiendo las indicaciones anteriormente señaladas (Hair *et al.*, 1999), se ha optado por eliminar del modelo de ecuaciones estructurales la medida del componente normativo basado en creencias.

MODELO CONFIRMATORIO: MODELO TCP ALTERNATIVO, BASADO EN CREENCIAS, PARA LA CONDUCTA

Desarrollo del modelo basado en la teoría.

Con el fin de establecer las relaciones causales que permitan determinar la conducta violenta exogrupal se han propuesto las siguientes variables:

- Actitud general hacia la conducta violenta (ACTITUD).
- Componente normativo general (COMPNORM).
- Control conductual percibido interno (CCPINTER).
- Control conductual percibido externo (CCPEXTER).
- Consecuencias significativas obtenidas en el análisis de regresión para la conducta.
- Valoraciones de las consecuencias significativas obtenidas en el análisis de regresión para la conducta.
- Creencias significativas obtenidas en el análisis de regresión para la conducta.
- Intención (INTENC).
- Conducta violenta exogrupal (CONDUCTA).

Diagrama de relaciones causales.

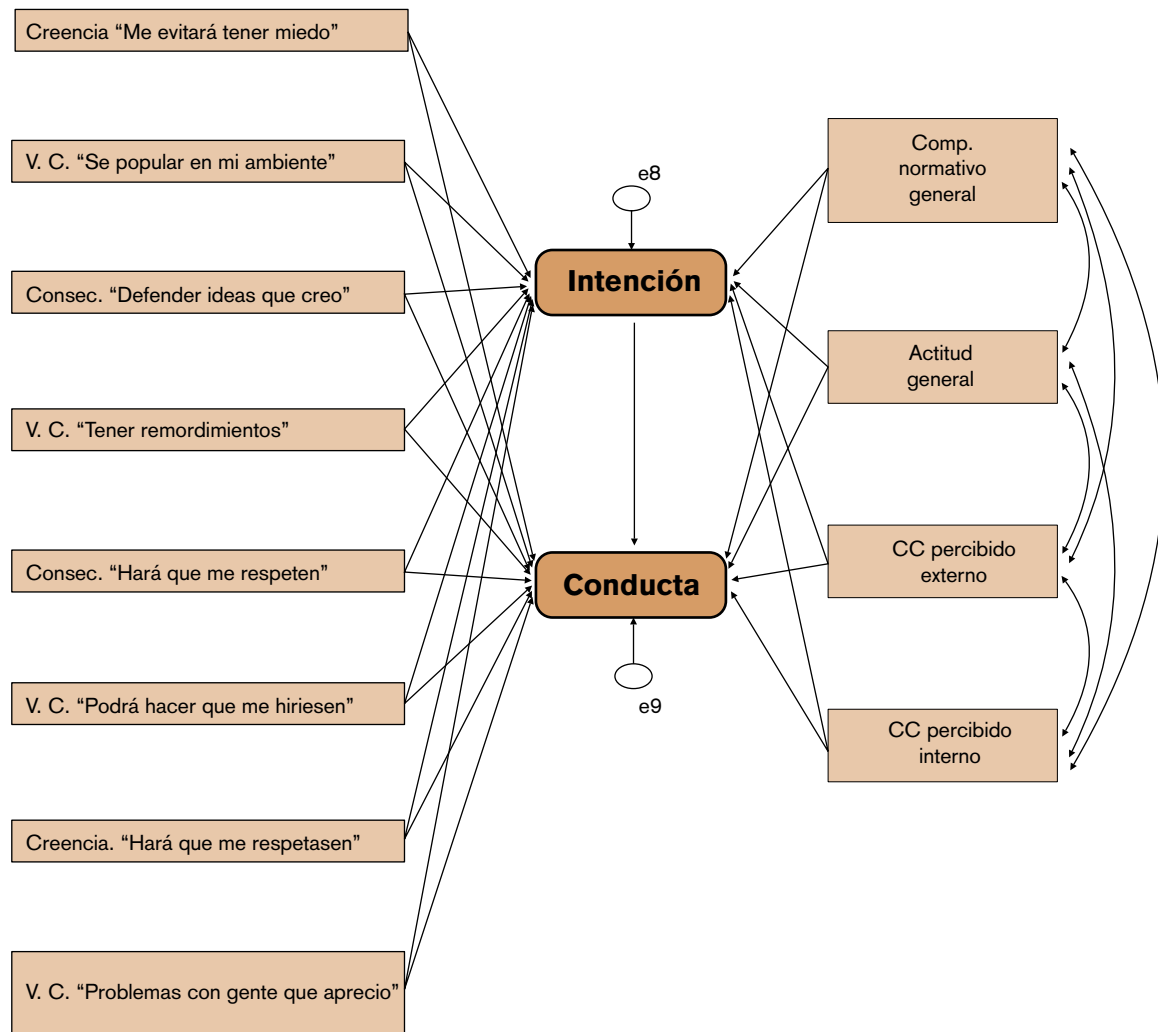
La representación gráfica de las relaciones entre los constructos hipotetizados es la que se muestra en la figura siguiente. Como puede observarse, partimos de unas variables exógenas (actitud general, componente normativo general, control conductual percibido interno, control conductual percibido externo y actitud basada en creencias) y dos variables endógenas (la intención y la conducta).

El diagrama de secuencias muestra la existencia de una relación causal de las mediciones de la actitud (general y basada en creencias), del "componente normativo", del "CCP interno" y del "CCP externo" sobre la "intención"; y de todos ellos sobre la "conducta". Se propone que las dimensiones exógenas están

interconectadas, si bien en aras de la claridad visual, se han eliminado del gráfico las líneas que, en relación con las mediciones basadas en creencias, deberían interconectar todas y

cada una de dichas variables con el resto; es decir, si bien suponemos que son distintas, reconocemos la correlación entre los constructos.

FIGURA 2.C.5.5.5. MODELO TCP ALTERNATIVO, BASADO EN CREENCIAS, PARA LA CONDUCTA.



Matriz de entrada y estimación del modelo.

Entrada de datos.

La matriz de correlaciones utilizada se muestra a continuación.

TABLA II.5.5.11. MATRIZ DE CORRELACIONES.

	VALPGEN	CRESPET	VALHIRI	CONRESP	CCPEXTER	CCPINTER	COMPNORM
VALPGEN	1,000						
CRESPET	0,084	1,000					
VALHIRI	0,307	-0,043	1,000				
CONRESP	-0,168	-0,277	-0,152	1,000			
CCPEXTER	0,298	0,167	0,488	-0,310	1,000		
CCPINTER	-0,085	-0,111	0,242	0,088	0,100	1,000	
COMPNORM	-0,009	-0,001	0,110	0,201	-0,048	0,343	1,000
ACTITUD	0,096	-0,039	0,302	-0,046	0,481	0,502	0,319
VALREMO	-0,023	0,011	0,163	-0,096	-0,219	0,035	-0,030
CONIDEA	-0,042	-0,067	0,138	0,136	0,274	0,348	0,322
VALPOPU	-0,221	0,089	-0,271	0,259	-0,349	0,176	0,079
CMIEDO	0,139	0,026	0,095	-0,112	0,034	0,036	0,036
INTENC	0,110	0,070	0,521	-0,213	0,547	0,595	0,343
CONDUCTA	-0,002	0,026	0,138	-0,000	0,169	0,376	0,166

	ACTITUD	VALREMO	CONIDEA	VALPOPU	CMIEDO	INTENC	CONDUCTA
ACTITUD	1,000						
VALREMO	-0,269	1,000					
CONIDEA	0,438	-0,129	1,000				
VALPOPU	-0,042	-0,047	0,105	1,000			
CMIEDO	0,051	-0,027	-0,076	-0,241	1,000		
INTENC	0,703	-0,027	0,517	-0,148	0,107	1,000	
CONDUCTA	0,487	-0,129	0,148	0,092	0,203	0,542	1,000

Estimación del modelo.

Una vez más, para estimar los parámetros del modelo de medidas generales correspondiente a la Teoría del comportamiento planificado modificada se ha utilizado el método de mínimos cuadrados generalizados (Generalized Least Squares) y se ha utilizado método *bootstrapping* para estimar los intervalos de confianza de los parámetros.

Identificación del modelo.

El programa utilizado no ha indicado ningún error en la identificación del modelo propuesto.

Evaluación de los criterios de calidad de ajuste.

- Estimaciones infractoras: No se han detectado casos que presenten este problema.
 - *Medidas de ajuste absoluto.* La siguiente figura muestra los resultados obtenidos para el modelo propuesto.

El modelo propuesto se expone a continuación. Si bien el modelo ha sido especificado sin imponer ninguna restricción para el cálculo de los parámetros, para ofrecer una visión más clara, se representan únicamente en el gráfico

las correlaciones entre las variables más relevantes. Se han suprimido en el gráfico, por tanto, las correlaciones que mantienen entre sí y con otras variables las diferentes creencias, consecuencias y valoraciones. Los resultados completos pueden consultarse en "Anexos CD: Estudio cuantitativo, Análisis confirmatorio, anexo 3".

Como ya hemos comentado, la estimación de las correlaciones referidas a creencias, consecuencias y valoraciones no ha sido incluida en el texto, pero puede consultarse en los resultados completos incluidos en los anexos. También es de interés la inclusión de los efectos estandarizados directos, indirectos y totales, que presentamos a continuación.

TABLA II.C.5.5.12. EFECTOS TOTALES ESTANDARIZADOS DEL MODELO.

	VALPGEN	CRESPET	VALHIRI	CONRESP	CCPEXTER	CCPINTER	COMP NORM
INTENC	-0,045	0,080	0,201	-0,152	0,156	0,299	0,094
CONDUCTA	-0,042	0,048	0,017	0,022	-0,000	0,159	-0,024

	ACTITUD	VALREMO	CONIDEA	VALPOPU	CMIEDO	INTENC
INTENC	0,299	0,057	0,224	-0,076	0,040	0,000
CONDUCTA	0,451	-0,018	-0,102	0,129	0,203	0,819

FIGURA 2.C.5.5.6. MODELO ALTERNATIVO, BASADO EN CREENCIAS, PARA LA CONDUCTA.

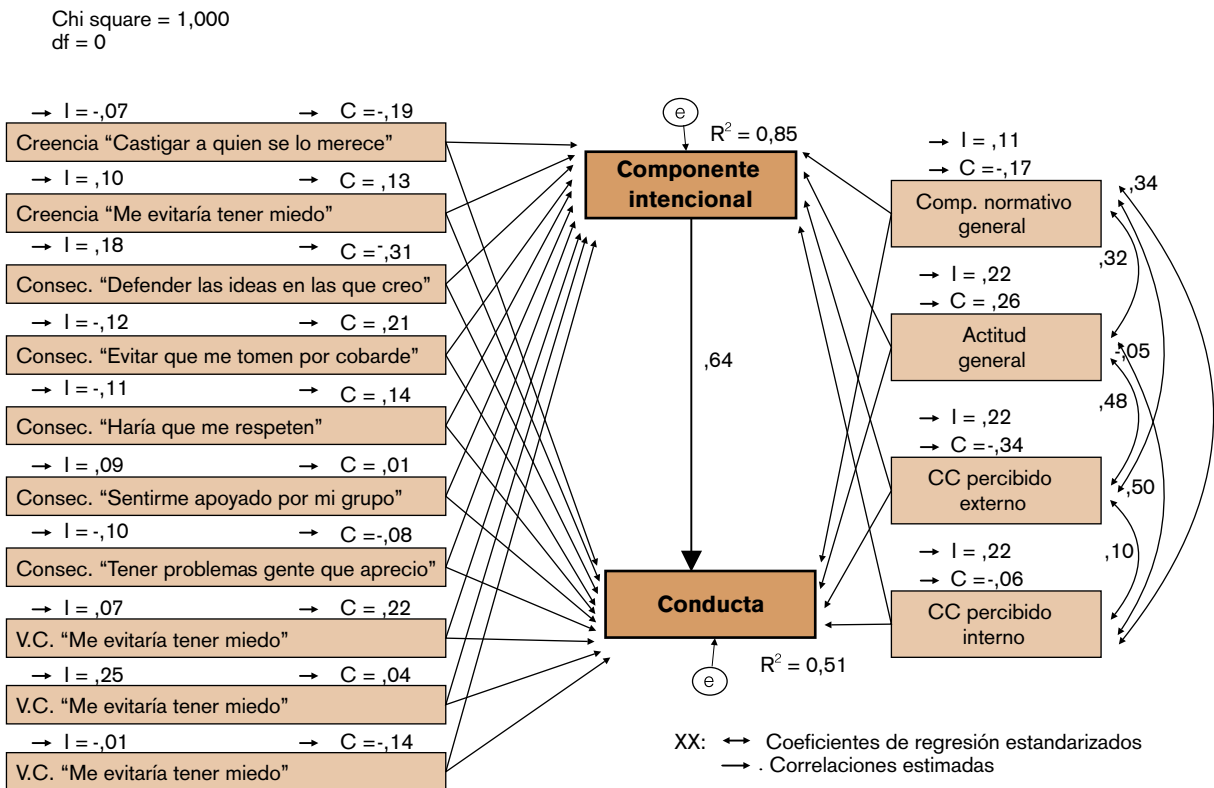


TABLA II.C.5.5.13. EFECTOS DIRECTOS ESTANDARIZADOS DEL MODELO.

	VALPGEN	CRESPET	VALHIRI	CONRESP	CCPEXTER	CCPINTER	COMPORM
INTENC	-0,045	0,080	0,201	-0,152	0,156	0,299	0,094
CONDUCTA	-0,005	0,017	0,147	0,146	-0,128	0,086	-0,101

	ACTITUD	VALREMO	CONIDEA	VALPOPU	CMIEDO	INTENC
INTENC	0,299	0,057	0,224	-0,076	0,040	0,000
CONDUCTA	0,206	-0,065	-0,285	0,192	0,170	0,819

TABLA II.C.5.5.14. EFECTOS INDIRECTOS ESTANDARIZADOS DEL MODELO.

	VALPGEN	CRESPET	VALHIRI	CONRESP	CCPEXTER	CCPINTER	COMPORM
INTENC	-0,000	-0,000	-0,000	-0,000	-0,000	-0,000	-0,000
CONDUCTA	-0,036	0,065	0,165	0,124	-0,127	0,245	-0,077

	ACTITUD	VALREMO	CONIDEA	VALPOPU	CMIEDO	INTENC
INTENC	0,000	0,000	0,000	0,000	0,000	0,000
CONDUCTA	0,245	0,047	0,183	-0,062	0,033	0,000

Centrándonos en primer lugar en el examen conjunto de las variables exógenas introducidas en el modelo, podemos observar que existen importantes relaciones entre algunas de las variables más relevantes. Así, la actitud mantiene una importante correlación con ambos componentes del control percibido y con el componente normativo general. Esta estrecha relación debe inclinarnos a interpretar de forma conjunta los efectos que estas variables tienen sobre intención y conducta, y a ser más prudente a la hora de achacar a una u otra la variabilidad explicada. El componente normativo también se relaciona de forma destacable, aunque de menor dimensión con el control percibido interno, siendo, sin embargo, casi nula su relación con el componente percibido externo. En este sentido, nuestros datos apuntan a una estrecha interrelación entre las actitudes que el sujeto se ha conformado hacia la conducta, la opinión de sus entornos normativos y la percepción de su propia capacidad para llevar a cabo la conducta. Las creencias, consecuencias y valoraciones presentan entre sí y con otras correlaciones menos relevantes.

Ello es lógico, ya que dichas variables han sido seleccionadas a partir de los modelos de regresión construidos previamente. En dichos modelos, estas variables han sido extraídas por los algoritmos utilizados para explicar una parte adicional de la varianza de la conducta que no estaba contenida en las actitudes, componente normativo y elementos de control. En cualquier caso, existen relaciones relevantes entre la importancia que los sujetos otorgan a determinadas consecuencias negativas de la conducta, como el ser herido y el causar problemas a la gente que aprecian. También hay que destacar que los sujetos que temen en mayor medida ser heridos mantienen menos percepción de control sobre la conducta.

En cuanto al efecto de las diferentes variables exógenas sobre la intención, vemos que el porcentaje de varianza explicada de esta última es muy relevante. Podemos así afirmar que la consideración conjunta de las creencias seleccionadas, la actitud, el componente normativo y el control percibido nos permiten predecir con bastante grado de aproximación la intención que un sujeto mantiene de implicarse o no en

la conducta violenta. Analizando más detenidamente, pero con las precauciones mencionadas, el modo en que cada una de las variables exógenas contribuye a esta explicación, vemos que los predictores más importante son la actitud hacia la conducta y el control interno que el sujeto cree tener hacia la misma. También destaca, entre las creencias, la valoración que el sujeto da al hecho de ser herido, que se relaciona de forma importante con la intención. En cualquier caso, la observación de la matriz de correlaciones nos vuelve a inducir a considerar a las distintas variables exógenas como un conjunto de factores fuertemente interrelacionados que influyen sobre la intención. En relación con la conducta, encontramos también un porcentaje de varianza explicada muy relevante que, en cualquier caso, es menor que el alcanzado para la intención. Al explorar las relaciones que la conducta mantiene con cada uno de sus potenciales predictores debemos considerar, de nuevo, la estrecha relación entre ellos. En el modelo estimado, el mayor peso predictivo corresponde a la intención, teniendo un menor peso predictivo la actitud, el control y el componente normativo. Sin embargo, si observamos la matriz de efectos totales, vemos que la actitud queda claramente como la segunda variable en importancia a la hora de configurar la conducta. Contribuye de forma relevante a la predicción de la conducta, respecto a las anteriores la importancia y probabilidad con la que el sujeto percibe la defensa de las propias ideas a través de la violencia.

MODELO CONFIRMATORIO: MODELO TCP PROPUESTO, BASADO EN CREENCIAS, PARA LA CONDUCTA

Desarrollo del modelo basado en la teoría.

Con el fin de establecer las relaciones causales que permitan determinar la conducta violenta exogrupal se han propuesto las siguientes variables:

- Actitud general hacia la conducta violenta (ACTITUD).
- Componente normativo general (COMPNORM).

- Control conductual percibido interno (CCPINTER).
- Control conductual percibido externo (CCPEXTER).
- Consecuencias significativas obtenidas en el análisis de regresión para la conducta.
- Valoraciones de las consecuencias significativas obtenidas en el análisis de regresión para la conducta.
- Creencias significativas obtenidas en el análisis de regresión para la conducta.
- Componente intencional (COMPINT).
- Conducta violenta exogrupal (CONDUCTA).

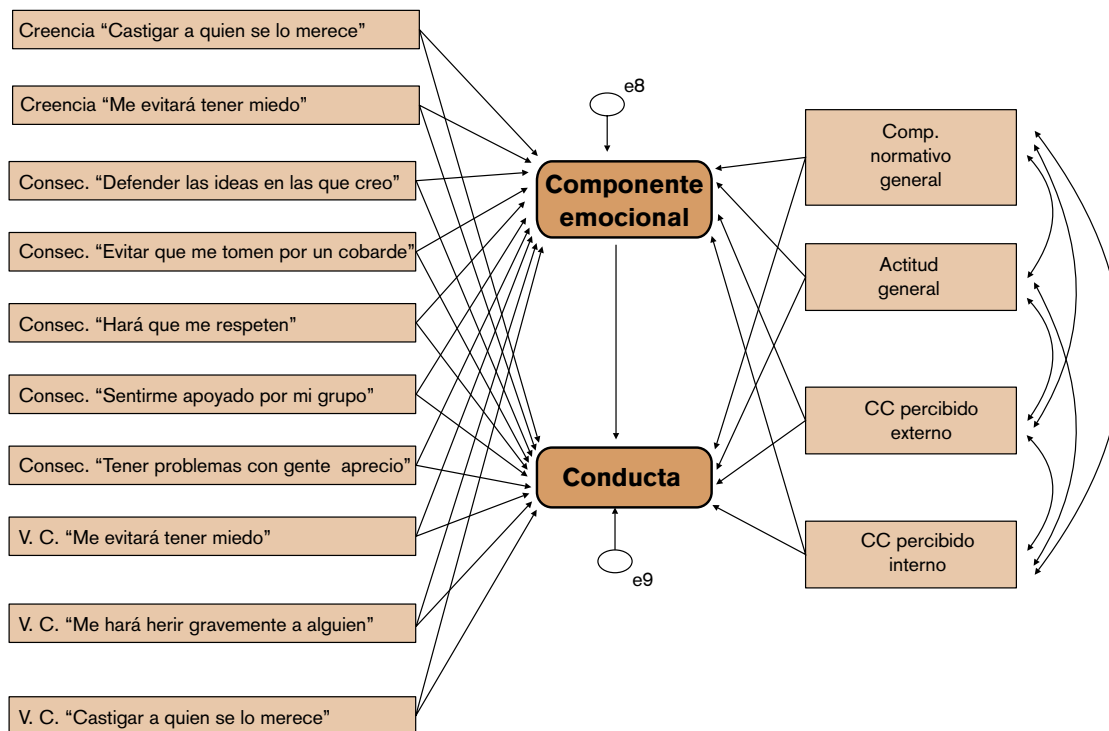
Diagrama de relaciones causales.

La representación gráfica de las relaciones entre los constructos hipotetizados es la que se muestra en la figura siguiente. Como puede observarse, partimos de unas variables exógenas (actitud general, componente normativo general, control conductual percibido interno, control conductual percibido externo y actitud basada en creencias) y dos variables endógenas (componente intencional y la conducta).

El diagrama de secuencias muestra la existencia de una relación causal de las mediciones de la actitud (general y basada en creencias), del “componente normativo”, del “control conductual percibido interno” y del “control conductual percibido externo” sobre el “componente intencional”; y de todos ellos sobre la “conducta”.

Una vez más, al igual que ya ocurriera en el modelo anterior, se han eliminado del gráfico las líneas que, en relación con las mediciones basadas en creencias, deberían interconectar todas y cada una de dichas variables con el resto; es decir, si bien suponemos que son distintas, reconocemos la correlación entre los constructos.

FIGURA 2.C.5.5.7. MODELO TCP PROPUESTO, BASADO EN CREENCIAS, PARA LA CONDUCTA.



Matriz de entrada y estimación del modelo.
Entrada de datos.

La matriz de correlaciones utilizada se muestra a continuación.

TABLA II.C.5.5.15. MATRIZ DE CORRELACIONES.

	VALCAST	VALHERI	VALMIED	CONPROB	CONAPGR	CONRESP	CCPEXTER
VALCAST	1,000						
VALHERI	-0,012	1,000					
VALMIED	0,229	-0,035	1,000				
CONPROB	-0,295	-0,000	-0,412	1,000			
CONAPGR	0,293	0,240	0,159	-0,109	1,000		
CONRESP	0,042	0,031	-0,099	0,238	0,168	1,000	
CCPEXTER	0,161	0,004	0,429	-0,567	0,089	-0,310	1,000
CCPINTER	0,127	0,333	0,291	-0,238	0,316	0,088	0,100
COMPNORM	0,091	0,048	0,293	-0,151	0,121	0,201	-0,048
ACTITUD	0,159	0,222	0,410	-0,495	0,222	-0,046	0,481
CONCOBA	0,192	-0,043	-0,010	0,085	0,214	0,146	-0,011
CONIDEA	0,146	0,190	0,426	-0,269	0,361	0,136	0,274
CMIEDO	0,182	-0,171	0,014	-0,231	-0,193	-0,112	0,034
CCASTIG	-0,427	0,254	-0,292	0,276	-0,063	0,135	-0,224
COMPINT	0,216	0,403	0,509	-0,568	0,335	-0,159	0,541
CONDUCTA	0,147	0,191	0,349	-0,335	0,171	-0,000	0,169

	CCPINTER	COMPNORM	ACTITUD	CONCOBA	CONIDEA	CMIEDO	CCASTIG
CCPINTER	1,000						
COMPNORM	0,343	1,000					
ACTITUD	0,502	0,319	1,000				
CONCOBA	-0,091	-0,042	-0,039	1,000			
CONIDEA	0,348	0,322	0,438	0,073	1,000		
CMIEDO	0,036	0,036	0,051	-0,055	-0,076	1,000	
CCASTIG	-0,114	-0,160	-0,141	-0,281	-0,071	-0,167	1,000
COMPINT	0,628	0,366	0,735	-0,143	0,566	0,104	-0,190
CONDUCTA	0,376	0,166	0,487	0,138	0,148	0,203	-0,295

	COMPINT	CONDUCTA
COMPINT	1,000	
CONDUCTA	0,517	1,000

Estimación del modelo.

Una vez más, para estimar los parámetros del modelo se ha utilizado el método de mínimos cuadrados generalizados (Generalized Least Squares) y se ha utilizado método bootstrapping para estimar los intervalos de confianza de los parámetros. Los resultados completos pueden verse en "Anexos CD: Estudio cuantitativo, Análisis confirmatorio, anexo nº4".

Identificación del modelo.

El programa utilizado no ha indicado ningún error en la identificación del modelo propuesto.

Evaluación de los criterios de calidad de ajuste.

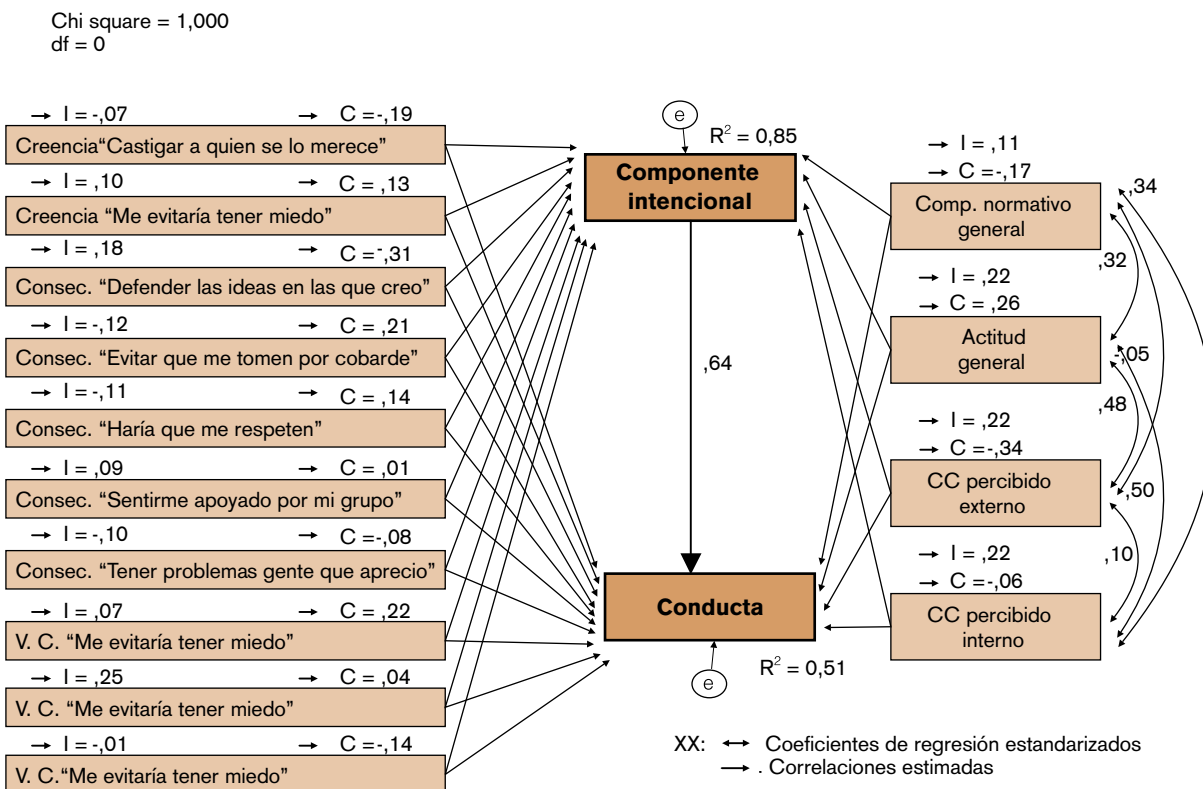
- Estimaciones infractoras: No se han detectado casos que presenten este problema.

- Medidas de ajuste absoluto. La siguiente figura muestra los resultados obtenidos para el modelo propuesto.

En la siguiente figura se muestran los resultados fundamentales de la estimación del modelo. Como hemos comentado anteriormente, al tratarse de un modelo saturado no es pertinente el análisis de los datos de ajuste, ya que éste es perfecto.

La estimación de las correlaciones referidas a creencias, consecuencias y valoraciones no ha sido incluida en el texto, pero puede consultarse en los resultados completos incluidos en los anexos.

FIGURA 2.C.5.5.8. MODELO TCP PROPUESTO, BASADO EN CREENCIAS, PARA LA CONDUCTA.



Mostramos a continuación las matrices de efectos estandarizados (directos, indirectos y totales) obtenidas en el modelo.

TABLA II.C.5.5.16. EFECTOS TOTALES ESTANDARIZADOS DEL MODELO.

	VALCAST	VALHERI	VALMIED	CONPROB	CONAPGR	CONRESP	CCPEXTER
COMPINT	-0,011	0,251	0,069	-0,103	0,092	-0,102	0,219
CONDUCTA	-0,142	0,200	0,260	-0,139	0,068	0,075	-0,197

	CCPINTER	COMPNORM	ACTITUD	CONCOBA	CONIDEA	CMIEDO	CCASTIG
COMPINT	0,222	0,113	0,224	-0,117	0,183	0,095	-0,070
CONDUCTA	0,083	-0,097	0,406	0,138	-0,187	0,189	-0,233

	COMPINT
COMPINT	0,000
CONDUCTA	0,635

TABLA II.C.5.5.17. EFECTOS DIRECTOS ESTANDARIZADOS DEL MODELO.

	VALCAST	VALHERI	VALMIED	CONPROB	CONAPGR	CONRESP	CCPEXTER
COMPINT	-0,011	0,251	0,069	-0,103	0,092	-0,102	0,219
CONDUCTA	-0,135	0,041	0,217	-0,074	0,009	0,140	-0,336

	CCPINTER	COMPNORM	ACTITUD	CONCOBA	CONIDEA	CMIEDO	CCASTIG
COMPINT	0,222	0,113	0,224	-0,117	0,183	0,095	-0,070
CONDUCTA	-0,058	-0,168	0,264	0,213	-0,302	0,129	-0,188

	COMPINT
COMPINT	0,000
CONDUCTA	0,635

TABLA II.C.5.5.18. EFECTOS INDIRECTOS ESTANDARIZADOS DEL MODELO.

	VALCAST	VALHERI	VALMIED	CONPROB	CONAPGR	CONRESP	CCPEXTER
COMPINT	0,0000	0,0000	0,0000	0,0000	0,0000	0,0000	0,0000
CONDUCTA	-0,0070	0,1592	0,0438	-0,0653	0,0586	-0,0649	0,1388

	CCPINTER	COMPNORM	ACTITUD	CONCOBA	CONIDEA	CMIEDO	CCASTIG
COMPINT	0,0000	0,0000	0,0000	0,0000	0,0000	0,0000	0,0000
CONDUCTA	0,1409	0,0719	0,1424	-0,0743	0,1159	0,0603	-0,0446

	COMPINT
COMPINT	0,0000
CONDUCTA	0,0000

En relación con el conjunto de variables exógenas incluidas en el modelo, cabe hacer similares precisiones a las apuntadas en el anterior apartado. En este sentido, las variables referidas a medidas generales mantienen importantes relaciones entre sí, configurando un cuadro de factores cuya relación con el componente intencional y la conducta debe ser analizado de forma global.

Respecto a las variables referidas a consecuencias, destacan aquí algunas relaciones de interés. Así, vemos que la medida en que el sujeto valora el hecho de que la conducta le evite tener miedo se relaciona con la actitud y con el control percibido externo. De la misma forma la importancia y probabilidad concedida a la consecuencia de tener problemas con la policía se relaciona, esta vez de modo negati-

vo, con la actitud hacia la conducta y el control percibido externo.

En relación con el componente intencional, el modelo alcanza un importante poder predictivo. La capacidad para predecir recae fundamentalmente en la valoración que el sujeto otorga al hecho de poder ser herido como consecuencia de la conducta, en la actitud que mantienen el sujeto hacia dicha conducta y en las dos variables referidas al control que mantienen sobre la misma.

Partiendo de las variables incluidas en el modelo, conseguimos explicar una parte sustantiva de la variabilidad de la conducta del sujeto, aunque la capacidad predictiva aquí es claramente menor que la mantenida para el componente intencional. El componente intencional es el factor que presenta mayor poder

predictivo sobre la conducta de los sujetos, seguido del control percibido externo. No obstante, si consideramos los efectos totales de la variable actitud, vemos que si conjuntamos el efecto directo y el indirecto, ejercido a través del componente intencional, es también un potente predictor.

Otros elementos que contribuyen de forma importante a la hora de predecir la conducta son, de acuerdo con el modelo, la medida en que se percibe como probable el que se consiga defender las propias ideas a través de la conducta violenta y la probabilidad de que se consiga evitar el miedo a partir de la realización de la conducta. Como hemos dicho, en cualquier caso, es necesario tener en cuenta que las variables consideradas, especialmente las referidas a medidas generales, forman un conjunto estrechamente interrelacionado de factores.

APROXIMACIÓN A LA INTERPRETACIÓN DE RESULTADOS

La evaluación global de los resultados obtenidos a partir de los dos modelos expuestos ofrece algunos aspectos de especial interés que serán ampliamente señalados en el apartado de "discusión", pero que no queremos dejar de esbozar en este momento.

En primer lugar, resultan destacables los resultados obtenidos para explicar la intención de llevar a cabo conductas violentas en el entorno grupal. Las variables incluidas en los modelos anteriores dan cuenta de un importante porcentaje de varianza explicada sobre dicha variable.

Los resultados obtenidos mediante la utilización de medidas generales, tanto en el modelo alternativo como en el propuesto, muestran, en primer lugar, que la consideración conjunta de las actitudes hacia la violencia juvenil exogrupal, de los deseos del sujeto de actuar en este aspecto de acuerdo a su entorno normativo y del control que percibe sobre dicha conducta, consigue explicar de forma significativa la intención. Comprobamos que las evaluaciones actitudinales generales que un sujeto realiza sobre la violencia, junto con el control percibido acerca de dicha conducta son los mejores

predictores de dicha intención. Por el contrario, la influencia de las variables normativas no parece ejercer una influencia relevante, al menos en los términos que se formulan en el modelo.

Estos resultados confirman el escaso poder que encuentra habitualmente la aplicación de la medida general de norma subjetiva para explicar diferentes comportamientos. En el caso particular de la violencia exogrupal juvenil nos aporta evidencia adicional de la baja influencia que tienen sobre este comportamiento, como conjunto global, las valoraciones emitidas por los entornos de socialización en los que el joven se desarrolla.

Por otro lado, los resultados confirman la utilidad de las creencias seleccionadas por los modelos para predecir la intención de realizar conductas violentas exogrupales. Los modelos realizados han permitido establecer relaciones relevantes entre la importancia que los sujetos otorgan a determinadas consecuencias de la realización de la conducta y el desarrollo de la intención de llevar a cabo la conducta.

En cuanto a los resultados obtenidos para la explicación de la conducta violenta, la Teoría del Comportamiento Planificado ha demostrado su utilidad, tal y como se deriva del porcentaje de varianza que explican las variables incluidas en los modelos; porcentajes que, como ya se comentaba anteriormente, deben considerarse de importancia dado que el modelo no se ha limitado –como ocurre en la mayoría de estudios– a examinar el efecto sobre la intención, sino que ha dado un paso más allá y se ha efectuado sobre la conducta efectiva; igualmente, resultando, además, bastante aceptables los índices de ajuste obtenidos. De este modo, la consideración conjunta de la existencia de un factor intencional para llevar a cabo la conducta, y de la existencia de una percepción de control acerca de su realización consigue explicar de forma importante la conducta del sujeto, si bien queda una reseñable cantidad de varianza que permanece sin explicar a partir del modelo.

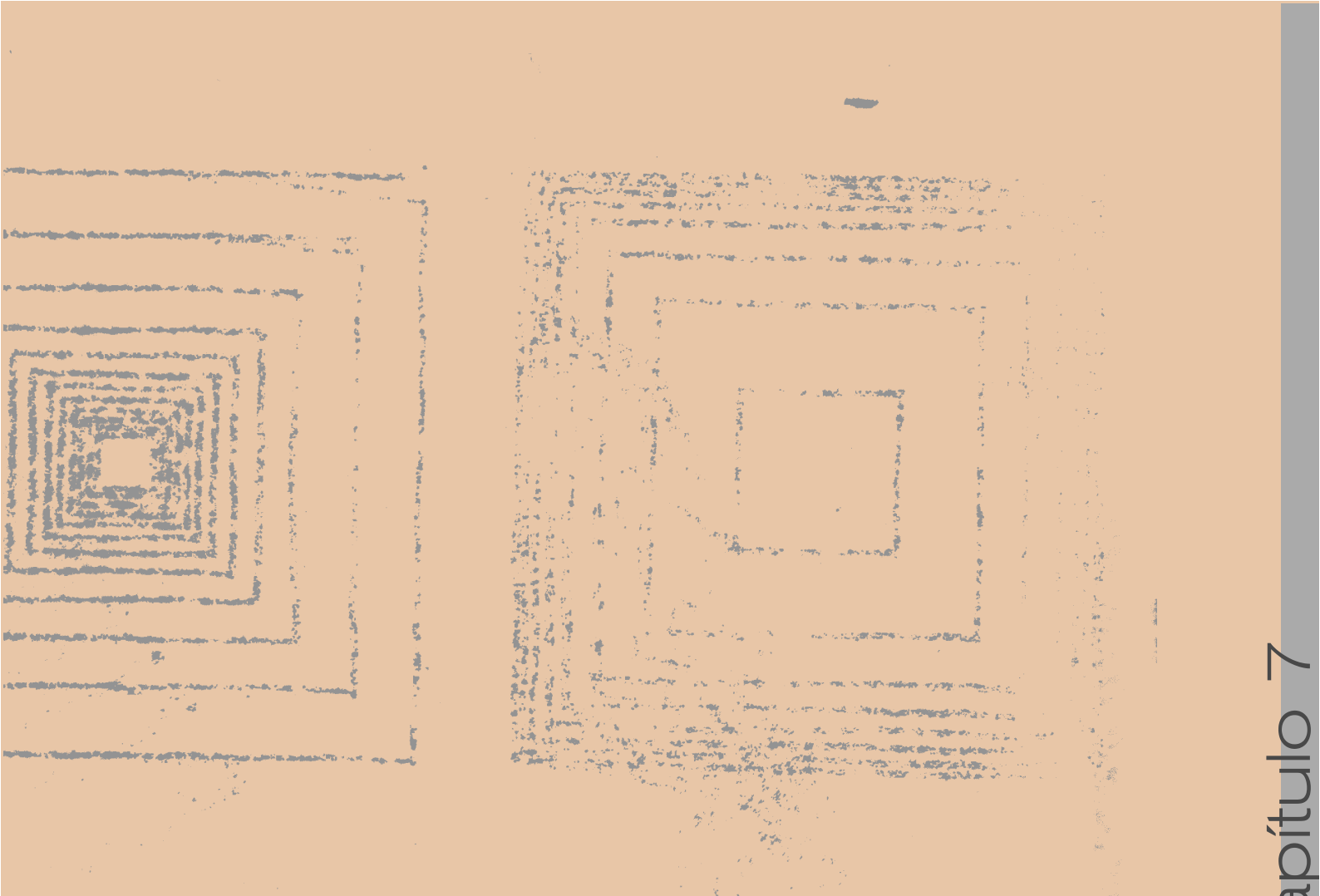
Tal y como era de esperar, conforme al modelo teórico de partida, la variable que mayor peso tiene sobre la conducta del sujeto es el factor intencional, siendo prácticamente nula la influencia ejercida por las variables relativas al control conductual percibido; hecho que podría venir explicado porque ambas variables,

el CCP interno y el CCP externo, ejerzan su efecto en la conducta a través de la intención, o por la elevada correlación de dichas variables. Por otro lado, los resultados confirman la utilidad de las creencias seleccionadas por los modelos para predecir la conducta violenta exogrupal juvenil.



Tercera parte

Discusión y conclusiones



Discusión y conclusiones

Discusión y conclusiones

1. PRESENTACIÓN

A través de la presente investigación se ha tratado de realizar un análisis que identificara las potenciales causas de la violencia exogrupal que realizan jóvenes residentes en la Comunidad de Madrid. Desde esta perspectiva, nos hemos centrado en el estudio de la influencia que tienen sobre el comportamiento violento, las creencias, actitudes y normas que un joven mantiene, así como la relación que establece con sus distintos entornos sociales (familia, escuela, grupo de iguales, entre otros). Al mismo tiempo, hemos recogido abundante información sobre la forma en que tienen lugar las acciones violentas que los jóvenes realizan en tanto que miembros de un grupo. Diversos estudios sobre el tema han aislado algunas de las potenciales causas implicadas en la realización de este tipo de conducta. Cada aportación ha observado e interpretado el fenómeno desde una perspectiva, sin que se haya producido la necesaria integración o se haya conseguido complementar los datos empíricos con las especulaciones intelectuales en los que se basan. No obstante, durante los últimos años, en la sociedad madrileña se ha ido abriendo paso, pausada pero progresivamente, la conveniencia de investigar con profundidad y realismo, sin apriorismos, los procesos psicológicos y sociales que favorecen la realización de conductas "antinormativas" como es este el caso. Parece haberse establecido un notable acuerdo institucional y social en que el conocimiento es el preámbulo de una intervención eficaz.

El estudio de actitudes no es la única manera de abordar este tema, pero sí la que más nos ha interesado. Las actitudes como principal fuente y control de las conductas, su conocimiento como instrumento de influencia sobre el comportamiento de individuos, grupos y colectivos, ofrece al investigador social la atractiva posibilidad de influencia, explicación y control de conductas individuales y colectivas partiendo del "postulado de congruencia", es decir, de la relación directa entre actitudes y comportamiento. Tal y como ya hemos visto en las páginas precedentes, son varios los modelos teóricos que nos permiten abordar el estudio causal de la violencia juvenil exogrupal. Uno de ellos, ampliamente utilizado por los investigadores sociales, es la "Teoría de la acción razonada" (Fishbein y Ajzen, 1975), y su posterior formulación mediante la "Teoría del comportamiento planificado" (Ajzen y Fishbein, 1980); un modelo psicosocial que cuenta con fuerte apoyo empírico y que tiene como objetivo entender y predecir la probabilidad de que se produzca una conducta concreta a partir de la medición de los tres componentes tradicionales del concepto de actitud social: creencias, evaluación e intención conductual. Como ya hemos visto, esta teoría considera que la mayor parte de la conducta humana está bajo control del sujeto y, pudiendo, por tanto, ser pronosticada a partir de la intención conductual de ejecutar un comportamiento determinado. Esta intención conductual, antecedente inmediato de los comportamientos sociales, puede conocerse a través de la medición de dos factores: actitudes sociales y norma subjetiva, cada uno de ellos constituido por diversas

variables, fácilmente evaluables. Posteriores investigaciones (Ajzen, 1987) han demostrado que se puede aumentar la capacidad predictiva del modelo incluyendo el factor de “control percibido” que contiene las creencias que tienen los sujetos sobre su capacidad para realizar una conducta y sobre la oportunidad de hacerlo. Esta variable constituye un ejemplo de las “otras variables” que configuran un amplio conjunto de condiciones estímulo capaces de predecir la conducta, junto con o al margen de la propia actitud y que pueden mejorar el modelo. En este estudio, se pretende incorporar los factores obtenidos en la investigación anterior, ya realizada, para aumentar la capacidad predictiva del modelo.

No vamos a perder de vista, para una mejor utilización, que esta teoría ha recibido varias críticas. La primera de ellas (Echebarría y Valencia, 1993; Páez, 1994) plantea que ofrece una visión en exceso racionalista de las personas respecto a la toma de decisiones; igualmente se le ha criticado un excesivo énfasis en la consideración única de los procesos individuales en la toma de decisiones ignorando los elementos ecológicos y categorías macrosociales e institucionales (Echebarría, 1991); ha recibido también fuertes críticas por no considerar los aspectos emocionales (Leventhal y Cameron, 1987) criticando su acusado carácter cognitivo. A falta de un modelo teórico que integre las distintas perspectivas analizadas en el campo actitudinal, y lejos de desdeñar o menospreciar otros modelos teóricos, nos hemos decantado por el modelo de la “Teoría del comportamiento planificado”, al que hemos introducido diversas modificaciones. El modelo que hemos presentado valora, como fundamental, la importancia del entorno social en el que se desarrolla la violencia, incorporando la información generada por la historia de esa misma violencia grupal y de los jóvenes que la protagonizan, al análisis cuantitativo de las variables relacionadas con la violencia grupal juvenil en distintos planos o niveles de realidad: individual, familiar, grupal y social; igualmente, se ha incluido el elemento emocional mediante, por ejemplo, la inclusión

de variables relacionadas con valores, o con la obligación moral –tanto social como personal– de realizar o no una conducta en función de su afectación a otras personas relevantes para el sujeto. Consideramos, por otra parte, que las modificaciones propuestas sobre el modelo inicial de Ajzen y Fishbein pueden atenuar en buena medida las críticas que, con bastante acierto, se han vertido sobre la Teoría del comportamiento planificado.

Como veíamos en el apartado de “Metodología”, el presente estudio planteaba diversas hipótesis. Así, dividíamos las hipótesis en generales, que relacionaban la predicción de la conducta a partir de la intención, por lo que se han formulado –a su vez– distintas hipótesis sobre la intención; hipótesis específicas del modelo; hipótesis sobre nuevas formulaciones de las variables del modelo; hipótesis acerca de la posible sustitución o alternativa de algunos de los componentes iniciales del modelo; e hipótesis sobre la influencia de “variables externas”. Con el fin de presentar los resultados lo más claramente posible, la presente discusión va a seguir el mismo esquema utilizado hasta ahora.

Siguiendo la concepción más pura del modelo teórico utilizado se planteaban, al principio de esta investigación, una serie de hipótesis que relacionaban la predicción de la conducta a partir de la intención. Y, tal y como ya decíamos anteriormente, se nos presentaba la excelente oportunidad de confrontar la TAR y la TCP para analizar su capacidad explicativa y predictiva, tanto para la “intención” como para la “conducta” efectiva de los sujetos.

2. PLANTEAMIENTO GENERAL

El planteamiento general del estudio era que puesto que la conducta de estudio –la conducta violenta exogrupal juvenil– se encuentra bajo control del sujeto que la realiza puede ser, por tanto, explicada y pronosticada mediante la utilización de un modelo teórico actitudinal ampliamente utilizado por los investigadores

sociales. Así, en cuanto a la hipótesis general del estudio:

– Hipótesis generales del estudio.

“Es posible explicar la realización de conducta violenta exogrupal juvenil partiendo de un modelo teórico basado en la Teoría del comportamiento planificado”.

“Es posible predecir la realización de conducta violenta exogrupal juvenil partiendo de un modelo teórico basado en la Teoría del comportamiento planificado”.

Si realizamos un breve y rápido resumen de los resultados obtenidos, y ya presentados en su apartado correspondiente (ver “Resultados: modelo confirmatorio para la conducta violenta exogrupal juvenil”), observamos que, en cuanto al modelo propuesto basado en medidas generales, ha obtenido un nivel de ajuste razonable. Las variables utilizadas han permitido explicar un elevado porcentaje de la variabilidad de la intención; lo cual nos indica que la consideración conjunta de la actitud general, del componente normativo y del control conductual consigue explicar una parte muy importante de la conducta realizada por el sujeto.

La intención, conforme a los postulados teóricos de partida, ejerce el mayor efecto sobre la conducta. Dicha intención se encuentra explicada por la actitud general y por el control conductual, observándose efectos similares de dichas variables; el efecto del componente normativo general es el menor de todos.

Con el fin de analizar los aspectos concretos que conforman los constructos generales se ha extendido el modelo mediante la inclusión de creencias conductuales, ya que el componente normativo, tal y como está definido, recoge la influencia de todas las variables referidas al ámbito normativo del sujeto. Esta variación ha provocado que el porcentaje explicado de la intención aumente. La estrecha relación observada entre la actitud y el control conductual percibido –tanto interno como externo– nos inclina a interpretar conjuntamente los efectos de estas variables, tanto sobre la intención

como sobre la conducta. El elevado porcentaje de varianza explicado de la conducta viene determinado, fundamentalmente, por la intención; la “actitud general” resulta ser la segunda variable determinante de la conducta violenta, no mediante un efecto directo, sino por el ejercido a través del resto de variables. Finalmente, resulta importante para la explicación de la conducta, la consideración del sujeto de que la realización de la conducta le permitirá defender sus ideas.

Partiendo de las variables incluidas en el modelo se ha conseguido explicar una parte sustantiva de la variabilidad de la conducta del sujeto. En línea con lo mantenido por distintos autores (Madden, Scholder y Ajzen, 1992; Norman y Smith, 1995), la capacidad predictiva alcanzada sobre la conducta es mucho menor que la alcanzada sobre el componente intencional. Y éste, a su vez, es el factor que mayor poder predictivo presenta sobre dicha conducta seguido del efecto del control conductual percibido. Otros elementos que contribuyen de forma importante a la hora de explicar la conducta violenta son, de acuerdo con el modelo, la percepción de que la realización de la misma le permita defender sus ideas y evitar el miedo.

El modelo teórico utilizado de partida, basado en los trabajos de Fishbein y Ajzen (1975; Ajzen y Fishbein, 1980) nos ha permitido demostrar que el antecedente inmediato o predictor de la conducta es la intención conductual (Norman y Smith, 1995; Parker, Manstead y Stradling, 1995; Laffin *et al.*, 1994; Trafimow y Fishbein, 1994) y que ésta, a su vez, puede ser determinado por diversos factores. La utilización de técnicas de regresión y modelos de ecuaciones estructurales ha demostrado, en todos y cada uno de los casos, que la conducta violenta exogrupal puede ser pronosticada a partir de la intención conductual de llevar a cabo dicha conducta: los diversos análisis de regresión y de ecuaciones estructurales han alcanzado altos niveles de significación estadística que permiten desechar la hipótesis nula del azar probabilístico.

El resto de hipótesis generales del modelo que recordamos eran las siguientes:

“Es posible explicar la realización de conducta violenta exogrupal juvenil partiendo de un modelo teórico basado en la Teoría del comportamiento planificado, modificado en cuanto a sus aspectos normativo e intencional, al que hemos denominado ‘modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil’”.

“Es posible predecir la realización de conducta violenta exogrupal juvenil partiendo de un modelo teórico basado en la Teoría del comportamiento planificado, modificado en cuanto a sus aspectos normativo e intencional, al que hemos denominado ‘modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil’”.

serán analizadas al final de esta discusión, ya que su mantenimiento viene determinada por hipótesis planteadas previamente.

3. HIPÓTESIS RELACIONADAS CON LA “INTENCIÓN”

Una vez establecida la utilidad del modelo teórico utilizado de partida, el presente estudio ha avanzado en el sentido de intentar ahondar en las distintas relaciones que se podrían establecer entre los factores implicados en el modelo. Con esta finalidad, hemos utilizado el modelo de la Teoría de la acción razonada –TAR– y su extensión, el modelo de la Teoría del comportamiento planificado –TCP– para predecir y explicar la Intención, por parte de un joven, de realizar actos violentos en grupo, contra otras personas pertenecientes a grupos distintos. Las hipótesis planteadas de partida, relacionadas con dicha Intención, eran las siguientes:

3.1. Modelo general

Hipótesis 1:

La Intención de un joven de llevar a cabo la conducta violenta exogrupal vendrá determinada por el efecto conjunto de la actitud general que dicho sujeto presenta hacia la

violencia juvenil y la norma subjetiva general de sus distintos entornos de referencia (TAR).

Los resultados obtenidos (el modelo permite explicar más de dos tercios de la varianza de la variable estudiada) muestran que el modelo de la Teoría de la acción razonada puede ser de gran utilidad para predecir la Intención de llevar a cabo una conducta determinada –en nuestro caso la conducta violenta exogrupal juvenil–. Así, la combinación de la actitud general y la norma subjetiva general permiten explicar los cambios producidos en la intención de un joven de llevar a cabo la conducta violenta exogrupal.

Hipótesis 2:

La intención de un joven de llevar a cabo la conducta violenta exogrupal vendrá determinada por el efecto conjunto de la actitud general que dicho sujeto presenta hacia la violencia juvenil, la norma subjetiva general de su entorno de referencia y su percepción sobre el control conductual general de llevarla a cabo (Modelo de la TCP). El modelo de la Teoría del comportamiento planificado se considera de mayor utilidad que el modelo de la Teoría de la acción razonada para la predicción de la conducta violenta exogrupal juvenil.

Los resultados obtenidos han mostrado la superioridad del modelo de la Teoría del comportamiento planificado para predecir nuestro objeto de estudio, en este caso la Intención de realizar conductas de violencia juvenil exogrupal (el coeficiente de correlación obtenido ha aumentado claramente con la utilización de este modelo; y el análisis de los coeficientes beta muestra su significación). Es decir, los cambios devenidos en la Intención de un joven de llevar a cabo este tipo de conductas vienen determinados por la utilización conjunta de tres factores: actitudinal, normativo y de control. Si bien el modelo de la Teoría de la acción razonada ha mostrado ser de gran utilidad para predecir la Intención de llevar a cabo una conducta determinada –en nuestro caso la

conducta violenta exogrupal juvenil–, no cabe duda de que los resultados obtenidos afirman el planteamiento inicial de Ajzen y Fishbein (1980; Ajzen y Madden, 1986) según el cual la inclusión del control conductual percibido puede acrecentar de modo significativo la predicción de la intención de llevar a cabo dicha conducta. Resultados similares han sido obtenidos por distintos autores en su aplicación a conductas diversas (Von Haeften *et al.*, 2001; Von Haeften y Kensi, 2001; Leone, Perugini y Ercolani, 1999; por citar algunos de los más recientes).

Una vez examinadas las hipótesis generales acerca de la capacidad predictiva de la Teoría de la acción razonada y de la Teoría del comportamiento planificado, así como la superioridad de esta última para predecir la “intención”, pasamos a continuación a analizar las hipótesis específicas que relacionan la predicción de la variable dependiente a partir de las independientes.

3.1.1. Hipótesis sobre los componentes del modelo

Hasta aquí hemos presentado las hipótesis generales establecidas para el modelo sobre la intención de llevar a cabo la conducta violenta exogrupal juvenil. Sin embargo, nuestro estudio planteaba diversas hipótesis específicas para cada uno de los componentes del modelo. Así, en cuanto a la hipótesis que relacionaba la predicción de la Intención a partir de la actitud:

Hipótesis 3:

Se propone que la actitud general hacia la realización de la conducta violenta exogrupal tendrá un efecto significativo en la predicción de la “intención” de llevar a cabo dicha conducta.

Los datos obtenidos han mostrado la importancia de la actitud general como predictor de la “intención” de llevar a cabo la acción. En el caso del modelo de la Teoría de la acción razonada, la utilización conjunta del componente actitudinal y normativo en el modelo de Fishbein y Ajzen permitía explicar –como ya

vimos anteriormente– un sustantivo porcentaje de la varianza de la variable “Intención” de llevar a cabo la acción violenta, y el análisis detallado de dicho porcentaje asigna al componente actitudinal el mayor efecto sobre la variable criterio. En el caso del modelo de la Teoría del comportamiento planificado, el análisis de los coeficientes beta ha indicado, igualmente, que los cambios en la variable intención son predichos, fundamentalmente, por la actitud general.

De estos resultados se deduce que nuestra siguiente hipótesis, que relacionaba la predicción de la Intención a partir de la norma subjetiva general:

Hipótesis 4:

Se propone que la norma subjetiva general de los sujetos hacia la realización de la conducta violenta exogrupal tendrá un efecto significativo en la predicción de la “intención” de llevar a cabo dicha conducta.

Si bien se mantiene, ya que se observa que el efecto de la variable norma subjetiva sobre la Intención es significativo, el análisis de los coeficientes beta nos indica que la ponderación de su efecto sobre la variable dependiente es bajo, tanto en el caso del modelo de la Teoría de la acción razonada como en el modelo de la Teoría del comportamiento planificado. Estos resultados son coincidentes con los obtenidos por diversos autores y parecen afirmar la necesidad, ya expresada desde distintas posiciones teóricas (Terry y Hogg, 1996; Bagozzi y Kimmel, 1995; Doll y Ajzen, 1992, etc.), de reconceptualizar el componente normativo del modelo propuesto por Fishbein y Ajzen.

En relación con este aspecto, el presente estudio planteaba la reconceptualización de la norma subjetiva en un componente normativo que incluyera distintos aspectos. Los resultados obtenidos se analizarán posteriormente. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que la norma subjetiva y el componente normativo mantienen estrechas relaciones con el resto de los componentes del modelo de medidas generales, por lo que no debería hablarse de

relación débil con la Intención, sino de peso predictivo débil, debido al mayor peso asumido por otros componentes (actitud y control conductual percibido).

Finalmente, en cuanto al componente de percepción de control de los sujetos acerca de la realización de la conducta violenta, la hipótesis planteada era la siguiente:

Hipótesis 5:

Las percepciones de control conductual podrían influir en la Intención de realizar los comportamientos en cuestión. Así, se espera que la inclusión del control conductual percibido en el modelo mejore la predicción de la intención.

Tal y como ya hemos visto, la inclusión de un factor de control conductual percibido ha aumentado de modo significativo la capacidad predictiva del modelo propuesto. Así, la utilización conjunta de las variables "actitud", "norma subjetiva general", "control conductual percibido interno" y "control conductual percibido externo" ha permitido aumentar la cantidad de varianza explicada de la variable "intención". De hecho, el análisis de los coeficientes beta nos ha mostrado que los cambios en la variable Intención vienen determinados, fundamentalmente, por la actitud general y las variables referidas al control conductual percibido, y que el efecto de la norma subjetiva es el menor de todos.

Los resultados obtenidos no difieren de las conclusiones obtenidas por prácticamente todos los autores que han incluido la medida de control conductual en su investigación (Leone, Perugini y Ercolani, 1999; Schlegel, d=Avernas, Zanna, DeCourville y Manske, 1992; Sparks, Hedderley y Shepherd, 1992; Beale y Manstead, 1991; Van Ryn y Vinokur, 1990). La inclusión del control conductual percibido, en el estado actual de la investigación sobre la Teoría de la acción razonada y la Teoría del comportamiento planificado, parece estar fuera de todo cuestionamiento; al menos, en lo que a conductas que requieren la colaboración de otros se refiere.

3.2. Modelo basado en creencias

Si bien los modelos realizados a partir de medidas generales han mostrado su utilidad para predecir la intención de llevar a cabo la conducta violenta exogrupal juvenil, los resultados muestran que queda aún una parte muy importante de la varianza de dicha conducta sin explicar. Con el fin de mejorar la capacidad predictiva del modelo, y conseguir una descripción detallada del fenómeno estudiado, se ha extendido el modelo mediante la inclusión de las creencias. Así, las hipótesis planteadas a este fin eran las siguientes:

Hipótesis 6:

Es posible predecir la intención de realizar conductas de violencia exogrupal juvenil partiendo de un modelo teórico que considera conjuntamente las actitudes que dicho sujeto presenta hacia la violencia, las creencias que mantiene sobre las consecuencias que acarrea la misma, la norma general de su entorno de referencia, las creencias normativas y su percepción sobre el control conductual de llevarla a cabo (modelo de la TCP). Es decir, la inclusión de medidas basadas en creencias aumentarán el poder predictivo alcanzado cuando se ha utilizado únicamente las medidas generales.

Hipótesis 7:

Es posible explicar la intención de realizar conductas de violencia exogrupal juvenil partiendo de un modelo teórico que considera conjuntamente las actitudes que dicho sujeto presenta hacia la violencia, las creencias que mantiene sobre las consecuencias que acarrea la misma, la norma general de su entorno de referencia, las creencias normativas y su percepción sobre el control conductual de llevarla a cabo (modelo de la TCP). Es decir, la inclusión de medidas basadas en creencias aumentarán el poder explicativo alcanzado cuando se ha utilizado únicamente las medidas generales.

La extensión del modelo mediante la inclusión de las creencias conductuales y normativas (siguiendo las indicaciones de Evans, 1991) ha producido, no sólo un importante incremento en la proporción de varianza explicada de la variable de estudio, sino que nos ha permitido identificar las variables que ejercen un mayor peso en la predicción de la intención de realizar este tipo de conductas. Así, por ejemplo, hemos observado que a la consideración conjunta de la actitud general, la norma subjetiva general y el control conductual percibido como variables condicionantes de los cambios devenidos en la intención, se pueden añadir una serie de variables que deben ser consideradas como igualmente relevantes; a saber: la opinión que sobre dicha conducta tienen los amigos con los que sale habitualmente; determinadas consecuencias percibidas sobre la realización de la conducta ("tener problemas con la policía" y "sentirme apoyado por mi grupo"; la valoración de la consecuencia "podría resultar herido"; determinadas creencias conductuales ("me haría desahogarme", "podría resultar herido", "defender las ideas en las que creo" y "herir gravemente a alguien") y normativas ("amigos con los que sale", "amigos con los que pega"); así como la motivación para acatar la opinión de sus hermanos.

De todo lo cual se deduce que podemos mantener las hipótesis postuladas, referidas a que la inclusión de medidas basadas en creencias aumentarán la capacidad predictiva y explicativa del modelo por encima de la obtenida cuando se utilizan únicamente medidas generales.

3.2.1. Hipótesis sobre nueva operativización del componente normativo

Tal y como se ha puesto de relieve en distintos apartados del "estudio cuantitativo: resultados", uno de los objetivos del presente estudio era la comprobación empírica de que el modelo teórico de partida es susceptible de ser mejorado mediante la modificación de alguno de sus componentes iniciales.

Así, partiendo de alguna de las hipótesis ya mencionadas en este apartado, se proponía la sustitución de la tradicional "norma subjetiva" por un componente nuevo que recogiera aspectos no incluidos en dicha variable, como el "grado de afectación de la conducta a las personas socialmente relevantes", la "creencia normativa personal", etc. y formulábamos las siguientes hipótesis:

Hipótesis 8 :

El "componente normativo" aumentará la capacidad predictiva del modelo de la Teoría de la acción razonada basado en medidas generales por encima de la obtenida cuando utilizamos la "norma subjetiva general".

Si bien ha quedado demostrada la utilidad del modelo de la Teoría de la acción razonada, modelo alternativo para predecir la intención de llevar a cabo la conducta violenta exogrupal juvenil, la capacidad predictiva de dicho modelo es ligeramente menor cuando sustituimos el factor normativo tradicional por la alternativa propuesta. Por tanto, no podemos mantener la hipótesis planteada y afirmar que el "componente normativo" no resulta mejor predictor de la Intención que la "norma subjetiva general".

Hipótesis 9:

El "componente normativo" aumentará la capacidad predictiva del modelo de la Teoría del comportamiento planificado basado en medidas generales por encima de la obtenida cuando utilizamos la "norma subjetiva general".

Si bien la Teoría del comportamiento planificado incluyendo la alternativa de un componente intencional en sustitución de la formulación tradicional de la norma subjetiva ha mostrado su superioridad sobre la Teoría de la acción razonada, la capacidad predictiva alcanzada con esta variación no ha obtenido los resultados deseados, ya que la sustitución del factor normativo tradicional por la alternativa propuesta ha provocado un ligero descenso en el porcen-

taje de varianza explicada. La hipótesis planteada no puede, por tanto, ser mantenida.

Hipótesis 10:

El “componente normativo” aumentará la capacidad predictiva del modelo de la Teoría del comportamiento planificado –TCP–, basado en creencias. Es decir, la capacidad predictiva del modelo TCP, basado en creencias, aumentará cuando sustituimos la “norma subjetiva” –medición general y mediante creencias– por el “componente normativo” –medición general y creencias–.

El modelo de la Teoría del comportamiento planificado, basado en creencias, alcanza un porcentaje de varianza explicada mayor cuando utilizamos el “componente normativo” en sustitución de la formulación tradicional.

4. HIPÓTESIS RELACIONADAS CON LA “CONDUCTA”

Para la consecución del objetivo general planteado en el presente estudio que, recordamos, era el desarrollo y validación de un modelo que, basado en la Teoría del comportamiento planificado (Fishbein y Ajzen, 1975; Ajzen y Fishbein, 1980), permita la contrastación empírica de las causas de la conducta violenta exogrupal juvenil y ayude a explicar y predecir dicho comportamiento, el presente estudio ha ahondado en las posibles relaciones entre los factores implicados en el modelo. Con esta finalidad, hemos utilizado el modelo de la Teoría de la acción razonada –TAR– y su extensión, el modelo de la Teoría del comportamiento planificado –TCP– para predecir y explicar la conducta violenta exogrupal juvenil. Las hipótesis planteadas de partida han sido las que se analizan a continuación.

4.1. Modelo general.

Hipótesis 11:

La conducta violenta exogrupal juvenil vendrá determinada por el efecto conjunto de

la intención de llevar a cabo dicha conducta, de la actitud general que dicho sujeto presenta hacia la violencia juvenil y de la norma subjetiva general de sus distintos entornos de referencia (TAR)”.

Los resultados han mostrado que el modelo de la Teoría de la acción razonada puede ser útil para predecir la conducta violenta exogrupal. La consideración conjunta de la intención de llevar a cabo la acción, la actitud general hacia dicha conducta y la norma subjetiva general, permite explicar casi un tercio de los cambios de la variable conducta. Tal y como preveía la hipótesis planteada, el modelo de la Teoría de la acción razonada basado en medidas generales resulta ser un modelo útil en la predicción de la conducta violenta exogrupal juvenil.

Los resultados obtenidos en cuanto a la aplicación del modelo a la predicción de la conducta deben considerarse como relevantes. Tal y como comentábamos en otros apartados (ver, por ejemplo, “Resultados: análisis de regresión”), prácticamente la mayoría de los estudios que han utilizado el modelo teórico de partida los han hecho para predecir la “intención”, no la “conducta” como es este el caso; por otra parte, la mayoría de los estudios utilizados para predecir la conducta lo han hecho mediante el modelo de la Teoría del comportamiento planificado, no con la Teoría de la acción razonada. Así, en cuanto a los resultados obtenidos en esta investigación, podemos decir que se sitúan en torno a los encontrados por otros autores cuando utilizan el modelo TAR para predecir la conducta. Madden, Scholder y Ajzen (1992), analizando “actividades diarias”, consiguen explicar el 48% de la varianza de la conducta de estudio; Norman y Smith (1995) alcanzan un 22% de explicación de la conducta “hacer ejercicio”.

Hipótesis 12:

La conducta violenta exogrupal juvenil vendrá determinada por el efecto conjunto de la Intención de llevar a cabo dicha conducta, de la actitud general que dicho sujeto presenta hacia la violencia juvenil y

del componente normativo (TAR). La sustitución de la norma subjetiva por el componente normativo en el modelo de la TAR aumentará la capacidad predictiva de dicho modelo.

Los resultados muestran que la utilización conjunta del “componente normativo”, la “actitud general” y la “intención”, explica algo más de un tercio de la varianza de la variable dependiente “conducta”. Si bien el porcentaje de varianza explicada de la variable dependiente aumenta muy poco, podemos mantener la hipótesis planteada.

Hipótesis 13:

La conducta violenta exogrupal juvenil vendrá determinada por el efecto conjunto de la Intención de llevarla a cabo, de la actitud general hacia la violencia juvenil, la norma subjetiva general de su entorno de referencia y su percepción sobre el control conductual para llevarla a cabo (modelo de la TCP). Es decir: el modelo de la Teoría del comportamiento planificado, basado en medidas generales, se considera de mayor utilidad que el modelo de la Teoría de la acción razonada, basado en medidas generales, para la predicción de la conducta violenta exogrupal juvenil.

Los resultados han mostrado que la inclusión de las variables relativas al control conductual percibido –interno y externo– incrementan la capacidad predictiva del modelo. De lo que se deduce que podemos mantener la hipótesis planteada, sosteniendo que el modelo de la Teoría del comportamiento planificado, basado en medidas generales, resulta de mayor utilidad que el modelo de la Teoría de la acción razonada, basado en medidas generales, para predecir y explicar la conducta violenta juvenil exogrupal. Resultados similares han sido obtenidos por distintos autores en su aplicación a conductas diversas (Von Haefen *et al.*, 2001; Von Haefen y Kensi, 2001; Leone, Perugini y Ercolani, 1999; por citar algunos de los más recientes).

Y una vez examinadas las hipótesis generales acerca de la capacidad predictiva de la Teoría de la acción razonada y de la Teoría del comportamiento planificado, así como la superioridad de esta última para predecir la “conducta”, pasamos a continuación a examinar las hipótesis específicas que relacionan la predicción de la variable dependiente a partir de las independientes.

4.1.1. Hipótesis sobre los componentes del modelo

Hipótesis 14:

El “componente normativo general” es mejor predictor de la “conducta” que la “norma subjetiva general” y puede, por tanto sustituirla para una predicción eficaz de la variable dependiente.

La proporción de varianza explicada de la “conducta” a partir de la “norma subjetiva general” es menor que la alcanzada cuando utilizamos el “componente normativo” para predecir la “conducta”; a su vez, la selección de variables mediante el método STEPWISE del análisis de regresión excluye a la “norma subjetiva” como variable predictora de la variable dependiente en beneficio del componente normativo; así, debemos mantener la hipótesis planteada y afirmar que puesto que la proporción de varianza explicada de la variable dependiente es mayor cuando utilizamos la formulación alternativa propuesta a la medición tradicional de los aspectos normativos del sujeto, el “componente normativo” puede sustituir a la “norma subjetiva general” para la predicción de la “conducta”. La ineficacia demostrada por la norma subjetiva está en coincidencia con los resultados obtenidos por otros autores (Terry, Hogg y White, 1999, por ejemplo).

Hipótesis 15:

Se propone que la “intención” tendrá un efecto significativo en la predicción de la “conducta”.

El análisis de los coeficientes beta obtenidos en el análisis nos muestra la utilidad de la variable “intención” para predecir la “conducta”; de

hecho, resulta ser el mejor predictor tanto en el modelo de la Teoría de la acción razonada, como en el modelo de la Teoría del comportamiento planificado. Mantenemos, por tanto la hipótesis formulada. Los resultados obtenidos permiten afirmar lo ya mostrado por otros autores en estudios similares (Norman y Smith, 1995; Parker, Manstead y Stradling, 1995; Laffin *et al.*, 1994; Trafimow y Fishbein, 1994), en el sentido de que el mejor predictor de la "Conducta" es la Intención de llevarla a cabo.

Hipótesis 16:

Se propone que la "actitud general" hacia la realización de la conducta violenta exogrupal tendrá un efecto significativo en la predicción de dicha conducta.

Los datos obtenidos han mostrado la importancia de la actitud general como predictor de la "conducta". En el caso del modelo de la Teoría de la acción razonada, la utilización de la "actitud" como predictor de la variable dependiente resulta significativa. En cuanto al modelo de la Teoría del comportamiento planificado, su capacidad predictiva tiene, incluso, una mayor significación; lo que nos hace afirmar la hipótesis de la utilidad de la "actitud general" como predictor de la variable "conducta". Resultados que corroboran lo obtenido por otros autores (Norman y Smith, 1995; Hamid y Cheng, 1995, por ejemplo).

Hipótesis 17:

Se propone que el control conductual percibido tendrá un efecto significativo en la predicción de la conducta violenta exogrupal juvenil.

La utilidad de las variables referidas al control conductual percibido ha quedado puesta de manifiesto en los modelos realizados. Su inclusión en el modelo –modelo TCP–, además de aumentar la capacidad predictiva tal y como ya vimos muestra gran significación. Mantenemos por tanto la hipótesis planteada y afirmamos que el control conductual percibido es un buen predictor de la conducta violenta exogrupal juvenil. Estos resultados se encuentran cerca-

nos a los obtenidos por otros autores. Así, por ejemplo, Doll y Ajzen, analizando la conducta de juego, consiguen explicar un 30% de dicha conducta; Madden y Scholder (1992), analizando "actividades diarias" alcanzan a explicar el 59% de la variabilidad de las citadas conductas. Resultados mucho mejores que los obtenidos por Bagozzi y Kimmel (1995), quienes obtuvieron porcentajes de varianza explicada de 4% en la conducta "hacer ejercicio" y de 25% en "hacer dieta".

4.2. Modelo basado en creencias

Tal y como ya nos ocurriera en el modelo realizado para predecir y explicar la "intención" de llevar a cabo la conducta violenta exogrupal juvenil, el postulado teórico de partida es que la extensión del modelo a medidas basadas en creencias permitirá recoger una parte importante de la varianza de la variable criterio que los modelos basados en medidas generales no son capaces de identificar. Con el fin de mejorar la capacidad predictiva del modelo, y conseguir una descripción detallada del fenómeno estudiado, se ha extendido el modelo mediante la inclusión de las creencias. Así, las hipótesis planteadas a este fin eran las siguientes:

Hipótesis 18:

La incorporación de medidas basadas en creencias al modelo general aumentará la capacidad predictiva de dicho modelo. Es decir: es posible predecir la conducta violenta juvenil exogrupal partiendo de un modelo teórico que considera conjuntamente la Intención del sujeto, las actitudes que dicho sujeto presenta hacia la violencia, las creencias que mantiene sobre las consecuencias que acarrea la misma, la norma general de su entorno de referencia, las creencias normativas y su percepción sobre el control conductual de llevarla a cabo (Modelo de la TCP).

En cuanto a la extensión del modelo de la Teoría del comportamiento planificado mediante la inclusión, tanto de medidas generales, como de

las creencias que conforman cada uno de los componentes del modelo, los datos obtenidos muestran que mediante dicha ampliación, la capacidad predictiva del modelo aumenta hasta más de dos tercios la cantidad de varianza explicada de la variable conducta, frente a algo más de un tercio obtenido con el modelo basado en medidas generales. Mantenemos, por tanto, la hipótesis establecida según la cual la extensión del modelo TCP mediante la inclusión de las creencias permitirá aumentar la capacidad predictiva del modelo sobre la obtenida mediante el modelo TCP basado en medidas generales.

Y como ya nos ocurriera en el caso del modelo propuesto para la intención, la extensión del modelo TCP mediante la inclusión de las creencias, nos ha permitido establecer las variables que deben ser consideradas como más relevantes para explicar la conducta violenta exogrupal juvenil. Así, las variables que han resultado relevantes para explicar la variable dependiente son las siguientes: determinadas opiniones que sobre la realización de la conducta mantienen algunos referentes importantes (la opinión del padre), y la motivación para acatar dichas opiniones (la del padre y la de otras personas que no pegan); determinadas consecuencias percibidas (“defender las ideas” y “me haría ser respetado”); la valoración de algunas de esas consecuencias (“ser popular”, “me haría tener remordimientos”, “podría resultar herido”, “me evitaría tener miedo” y “me haría tener problemas con la gente que aprecio”) y otras.

4.3. Hipótesis sobre el modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil

Tal y como se ha puesto de relieve en distintos apartados del “Estudio cuantitativo: resultados”, uno de los objetivos del presente estudio era la contrastación empírica de que el modelo teórico de partida es susceptible de ser mejorado mediante la modificación de alguno de sus componentes iniciales. Hasta este momento se ha procedido a la comprobación

de las hipótesis referidas a la nueva variable “componente normativo”. Pero como ya decíamos en capítulos previos, una de las apuestas teóricas de esta investigación ha sido la de formular una alternativa al factor intencional descrito inicialmente por Fishbein y Ajzen. Así, decíamos, consideramos que es necesario contemplar el papel de la variable “ejercicio” dentro del modelo propuesto, y postulábamos la existencia de un “componente intencional” (conativo-conductual) en el que la intención y la ejecución estarían relacionados entre sí y serían determinantes directos de la conducta. Presentamos a continuación las hipótesis que dan forma al “Modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil.

Hipótesis 19:

La conducta violenta exogrupal juvenil puede ser predicha por el efecto conjunto del componente intencional, de la actitud general que dicho sujeto presenta hacia la violencia juvenil y del componente normativo (modelo basado en la TAR, medidas generales).

En cuanto a la capacidad predictiva del modelo basado en la Teoría de la acción razonada, medidas generales, observamos que la utilización de las variables “componente intencional”, “actitud” y “componente normativo” como predictoras permite explicar casi un treinta por ciento de la varianza de la variable dependiente “conducta”. Estos resultados implicarían el mantenimiento de la hipótesis planteada afirmando la validez del modelo propuesto para la conducta, basado en la Teoría de la acción razonada, medidas generales.

Hipótesis 20:

La conducta violenta exogrupal juvenil vendrá determinada por el efecto conjunto del componente intencional, de la actitud general que dicho sujeto presenta hacia la violencia juvenil y del componente normativo (modelo basado en la TAR, medidas generales). Por tanto, la sustitución de la variable Intención por el componente intencional, manteniendo constante el resto de

variables implicadas aumentará la capacidad predictiva del modelo.

En cuanto a la capacidad predictiva del modelo basado en la Teoría de la acción razonada, medidas generales, observamos que la utilización de las variables “componente intencional”, “actitud” y “componente normativo” como predictoras permite explicar un porcentaje mayor de la varianza de la variable dependiente “conducta” que el obtenido al utilizar la variable Intención, manteniendo constante el resto de variables implicadas. Por ello, no podemos mantener la hipótesis planteada.

Hipótesis 21:

La conducta violenta exogrupal juvenil puede ser predicha por el efecto conjunto del “componente intencional”, la “actitud general” que dicho sujeto presenta hacia la violencia juvenil, el “componente normativo general” de su entorno de referencia y su percepción sobre el control conductual para llevarla a cabo (modelo basado en la TCP, medidas generales). Por lo tanto, el modelo de la Teoría del comportamiento planificado se considera de mayor utilidad que el modelo de la Teoría de la acción razonada para la predicción de la conducta violenta exogrupal juvenil.

La inclusión de las variables relativas al control conductual ha incrementado la capacidad predictiva del modelo respecto al modelo basado en la Teoría de la acción razonada. Observamos que, una vez más, el modelo propuesto para la conducta, basado en la Teoría del comportamiento planificado, resulta de mayor utilidad que el modelo basado en la Teoría de la acción razonada para la predicción de la conducta violenta exogrupal juvenil. Mantenemos, por tanto, la hipótesis planteada.

Hipótesis 22:

La conducta violenta exogrupal juvenil vendrá determinada por el efecto conjunto del componente intencional, de la actitud general que dicho sujeto presenta hacia la violencia juvenil, del componente normativo

y del control conductual percibido (modelo basado en la TCP, medidas generales). La sustitución de la variable Intención por el componente intencional, manteniendo constante el resto de variables implicadas aumentará la capacidad predictiva del modelo.

La hipótesis de que la sustitución del factor intencional tradicional por un nuevo componente conativo-intencional mejoraría sustancialmente la capacidad predictiva del modelo de la Teoría del comportamiento planificado no pudo ser mantenida, ya que la sustitución de la “intención” por el “componente intencional” no sólo no ha mejorado la proporción de varianza explicada de la variable criterio sino que, aún más, ha disminuido dicha explicación.

Una vez analizadas las hipótesis generales acerca de la capacidad predictiva del modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil, pasamos a continuación a examinar las hipótesis específicas que relacionan la predicción de la variable dependiente a partir de las independientes.

4.3.1. Hipótesis sobre el modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil

Hipótesis 23:

Se propone que el “componente intencional” tendrá un efecto significativo en la predicción de la conducta.

El análisis de los coeficientes beta obtenidos en el análisis nos permite mantener la hipótesis planteada acerca de la utilidad de la variable “componente intencional” tanto en el modelo basado en la TAR, como en el modelo basado en la TCP; de hecho, resulta ser el mejor predictor en uno u otro modelo. Mantenemos, por tanto, la hipótesis formulada.

Hipótesis 24:

Se propone que la “actitud general”, en el modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil, tendrá un efecto

significativo en la predicción de dicha conducta.

Los datos obtenidos han mostrado la importancia de la actitud general como predictor de la variable dependiente en el modelo propuesto para la conducta.

Hipótesis 25:

Se propone que el control conductual percibido es un predictor útil de la conducta en el modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil.

La utilidad de las variables referidas al control conductual percibido ha quedado puesta de manifiesto en los modelos realizados. Su inclusión en el modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil, además de aumentar la capacidad predictiva tal y como ya vimos muestra gran significatividad. Mantenemos por tanto la hipótesis planteada y afirmamos que el control conductual percibido es un buen predictor de la conducta violenta exogrupal juvenil.

4.3.2. Modelo basado en creencias

Hipótesis 26:

La incorporación de medidas basadas en creencias al modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil aumentará la capacidad predictiva de dicho modelo por encima de la observada cuando sólo utilizamos mediciones generales de las variables. Es decir: es posible predecir la conducta violenta juvenil exogrupal partiendo de un modelo teórico que considera conjuntamente el componente intencional, las actitudes que dicho sujeto presenta hacia la violencia, las creencias que mantiene sobre las consecuencias que acarrea la misma, la norma general de su entorno de referencia, las creencias normativas y su percepción sobre el control conductual de llevarla a cabo (Modelo de la TCP).

En primer lugar, la extensión del modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil, mediante la inclusión de las creencias ha

demostrado aumentar sustancialmente la capacidad predictiva sobre el modelo basado en medidas generales. Por otra parte, y como ya ocurriera con la utilización del modelo TCP tradicional basado en creencias, hemos obtenido una serie de variables relevantes para explicar la conducta de estudio.

Hipótesis 27:

El modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil, una vez incorporadas las creencias, tendrá una capacidad predictiva superior al modelo TCP basado en creencias.

Si bien el incremento observado es moderado, podemos mantener esta hipótesis. Así, el modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil, basado en creencias, ha incrementado el porcentaje de la varianza explicada de la variable criterio. Consideramos, por tanto, que el factor planteado en este trabajo, como alternativa a la medición tradicional de la intención, puede ser una interesante propuesta a considerar, si bien deberán realizarse estudios posteriores que permitan mantener esta hipótesis.

4.4. Hipótesis específicas sobre la inclusión de la "conducta pasada" en el modelo realizado para la conducta

Pasamos a continuación a analizar las hipótesis planteadas acerca de la utilidad de inclusión de la "conducta pasada" para predecir la conducta violenta exogrupal juvenil.

Hipótesis 28:

La inclusión de la frecuencia de la conducta en el modelo basado en la TCP aumentará la capacidad del mismo para predecir la conducta violenta exogrupal juvenil.

Hipótesis 29:

La inclusión de la frecuencia de la conducta en el modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil aumentará la capacidad predictiva del mismo.

Los datos han mostrado que la adición de la frecuencia de la conducta a la intención, la actitud general, el componente normativo general y el control conductual percibido, no genera un incremento significativo del porcentaje de varianza explicada. Igualmente, cuando incluimos esta variable como predictora en el modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil, la capacidad predictiva de dicho modelo no aumenta significativamente.

Hipótesis 30:

La inclusión de la recencia de la conducta en el modelo basado en la TCP aumentará la capacidad del mismo para predecir la conducta violenta exogrupal juvenil.

Hipótesis 31:

La adición de la recencia de la conducta en el modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil aumentará la capacidad predictiva del mismo.

Las hipótesis de la adición de la recencia de la conducta, como una variable capaz de aumentar la capacidad predictiva no puede ser mantenida puesto que, además de disminuir el porcentaje de varianza explicada en ambos modelos, su inclusión no resulta significativa en ninguno de los dos.

Así pues, la división del comportamiento pasado en dos componentes sugerida por Bagozzi y Warshaw (1990) no ha surtido los efectos esperados. Estos resultados podrían deberse a las peculiaridades de la muestra utilizada. Así, siguiendo los postulados expuestos por los citados autores, cuando una persona no se ha formado una intención, o esta no es estable, el comportamiento pasado serviría como indicador de los instigadores automáticos y no deliberados de la acción. Claramente, este no es nuestro caso, puesto que una de las características de la muestra utilizada es que posee estabilidad, tanto actitudinal como intencional.

Hipótesis 32:

La inclusión de la conducta pasada, definida como la interacción entre la frecuencia y la recencia, en el modelo basado en la

TCP aumentará la capacidad del mismo para predecir la conducta violenta exogrupal juvenil.

Hipótesis 33:

La inclusión de la conducta pasada, definida como la interacción entre la frecuencia y la recencia, en el modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil aumentará la capacidad predictiva del mismo.

La inclusión de la conducta pasada –definida como la interacción entre la frecuencia y la recencia– en el modelo basado en la TCP no ha conseguido incrementar significativamente su capacidad predictiva. En el caso del modelo propuesto no sólo disminuye el porcentaje de varianza explicada, sino que la inclusión de dicha variable no resulta significativa. No podemos mantener, por tanto, las hipótesis planteadas.

Como hemos podido observar, la inclusión de la conducta pasada no ha mostrado ningún efecto apreciable sobre la capacidad predictiva de los modelos analizados. Estos resultados no confirman los hallados por otros investigadores (Bentler y Speckart, 1981; Fredricks y Dosset, 1983; Giles y Cairns, 1995; Echebarría y Valencia, 1994; Budd, North y Spencer, 1984, entre otros); y se encuentran en la línea de lo manifestado por Ajzen (1991; 1987), en el sentido de que, si bien la conducta pasada puede reflejar adecuadamente el impacto de factores que posteriormente influirán en la conducta, no es posible considerarla como un “factor causal de propio derecho”. Pese a que los datos no apoyan nuestras hipótesis, coincidimos con Eagly y Chaiken (1993) quienes señalan la posibilidad de un problema de medición en la conducta pasada y futura, de modo que ambas puedan compartir la varianza error, dada la utilización de un formato de respuesta similar en las dos mediciones; lo que ocurre en nuestro caso.

Retomamos en este punto las últimas dos hipótesis generales planteadas en el presente estudio que, recordamos, eran las siguientes:

“Es posible explicar y predecir la realización de conducta violenta exogrupal juvenil partiendo de un modelo teórico basado en la Teoría del comportamiento planificado, modificado en cuanto a sus aspectos normativo e intencional, al que hemos denominado “modelo propuesto para la conducta violenta exogrupal juvenil””.

A la vista de los resultados obtenidos, y en función de los datos estadísticos que se han ido presentando para confirmar o refutar las hipótesis hasta ahora planteadas, consideramos que resulta posible establecer un modelo alternativo a los utilizados hasta el momento. Dicho modelo se caracteriza por lo siguiente:

Se ha pretendido elaborar un factor normativo más complejo e intuitivo que el tradicional concepto de “norma subjetiva”. Para ello, la “norma subjetiva”, tal y como fue formulada por Fishbein y Ajzen (1975; Ajzen y Fishbein, 1980) se ve modulada por el elemento emocional mediante la inclusión de variables relacionadas con valores, o con la obligación moral –tanto social como personal– de realizar o no una conducta en función de su afectación a otras personas relevantes para el sujeto.

Siguiendo las aportaciones de otros autores (Heider, 1944) y los resultados obtenidos en el análisis cualitativo, se ha sustituido la tradicional “intención” por un “componente intencional” en el que la intención y la ejerción estarían relacionados entre sí y serían determinantes directos de la conducta. Es decir, para predecir una conducta, no es suficiente con tener la “intención” de realizarla, sino que hace falta estar dispuesto a realizar los esfuerzos que sean necesarios para llevarla a cabo.

Si realizamos un breve y rápido resumen de los resultados obtenidos, y ya presentados en su apartado correspondiente (ver “Resultados: modelo confirmatorio para la conducta violenta exogrupal juvenil”), observamos que, en cuanto al modelo propuesto basado en medidas generales, ha obtenido un nivel de ajuste razonable. Las variables utilizadas han permitido explicar un elevado porcentaje de la variabilidad del componente intencional; lo cual nos indica que

la consideración conjunta de la actitud general, del componente normativo y del control conductual consigue explicar una parte muy importante de la conducta realizada por el sujeto. En cuanto al componente intencional, observamos que el mayor efecto lo ejerce la variable “actitud”, seguida del control conductual, tanto interno como externo. el menor efecto es el del componente normativo.

Tal y como postulábamos, la variable que mayor peso ejerce sobre la conducta del sujeto es el componente intencional. Es destacable el hecho de que la influencia del control percibido es prácticamente nula, si bien este resultado puede explicarse por la razón de que tanto el CCP interno como el CCP externo ejercen su influencia a través del componente intencional.

Con el fin de analizar los aspectos concretos que conforman los constructos generales se ha extendido el modelo mediante la inclusión de creencias conductuales, ya que el componente normativo, tal y como está definido, recoge la influencia de todas las variables referidas al ámbito normativo del sujeto. En relación con las variables exógenas utilizadas referidas a las consecuencias, las relaciones más explícitas las encontramos en la observación de que en la medida que el sujeto valore que la realización de la conducta es beneficiosa (“le evite tener miedo”) la relaciona altamente con la actitud y con el CCP interno; así como que el hecho de anticipar problemas con la policía está relacionado negativamente con dicha actitud y con el CCP externo. En este caso, la inclusión de variables exógenas relacionadas con la descomposición del factor actitudinal del modelo provoca un aumento muy importante en cuanto al porcentaje explicado del componente intencional y de la propia conducta.

Partiendo de las variables incluidas en el modelo se ha conseguido explicar una parte sustantiva de la variabilidad de la conducta del sujeto. En línea con lo mantenido por distintos autores (Madden, Scholder y Ajzen, 1992; Norman y Smith, 1995), la capacidad predictiva alcanzada sobre la conducta es mucho menor que

la alcanzada sobre la intención. Y esta, a su vez, es el factor que mayor poder predictivo presenta sobre dicha conducta, seguido del efecto del control conductual. Otros elementos que contribuyen de forma importante a la hora de explicar la conducta violenta son, de acuerdo con el modelo, la percepción de que la realización de la misma le permita defender sus ideas y evitar el miedo.

Consideramos, por tanto, que puesto que los diversos análisis de regresión y de ecuaciones estructurales han alcanzado altos niveles de significación estadística que permiten rechazar la hipótesis nula del azar probabilístico, el modelo presentado, basado en los trabajos de Fishbein y Ajzen (1975; Ajzen y Fishbein, 1980), puede resultar una alternativa de interés en cuanto a alguno de sus componentes se refiere.

Los resultados obtenidos muestran que, en cuanto al modelo planteado para predecir la intención, la utilización del componente normativo en sustitución de la norma subjetiva ha permitido establecer un modelo teórico que permite predecir la intención de llevar a cabo la acción partiendo de una actitud general y el citado "componente normativo", en el caso de la TAR; y junto al control conductual percibido, en el caso de la TCP. Los resultados obtenidos no han mejorado sustancialmente en comparación con la medición tradicional del factor normativo. La inclusión de este nuevo componente normativo en los modelos basados en creencias, por contra, ha mostrado ser de gran utilidad para predecir y explicar la intención.

En cuanto a la capacidad del modelo propuesto para predecir la conducta violenta exogrupal, los resultados han mostrado que la alternativa no mejora los modelos tradicionales basados en medidas generales pero que, al igual que en el caso anterior, resulta una alternativa útil cuando extendemos los modelos mediante la inclusión de las creencias.

Consideramos de especial relevancia la constatación de que la introducción del "componente normativo" ha alterado sustancialmente

el factor normativo del modelo, tanto en el modelo propuesto para la intención como en el propuesto para la conducta. Esto, de alguna forma, pone de relieve que la capacidad predictiva del componente normativo formulado se encuentra referida a un componente de variabilidad distinto del explicado por la norma subjetiva: la parte de variabilidad de la variable dependiente explicada por la norma subjetiva general estaría, en mayor medida, superpuesta a la explicada por las creencias; la parte explicada por el componente normativo sería, en mayor medida, diferente a la explicada por las creencias. Resulta muy interesante observar el potente efecto que produce –tanto en el modelo realizado para predecir la intención como en el realizado para predecir la conducta– la consideración de la afectación de la conducta, tanto a nivel social como personal, junto con la consideración de una obligación moral percibida acerca de la obligatoriedad de ejecutar la acción. La percepción del sujeto de que la realización de la conducta beneficia directamente tanto a personas relevantes para él como personalmente; unido a una creencia personal de tener que llevar a cabo la acción tiene un potente efecto predictivo tanto sobre la intención como sobre la conducta.

La importancia teórica del modelo propuesto estriba en la constatación de que el factor normativo formulado por Fishbein y Ajzen no parece alcanzar su objetivo de recoger el entorno social de influencia del sujeto. Por una parte, coincidimos plenamente con Terry y Hog (1996) en cuanto a que parece indudable la necesidad de considerar las normas sociales que el sujeto percibe, pero dichas normas deberán establecerse en el marco de referencia conductualmente relevante, no en un marco general tal y como establece el concepto de norma subjetiva, y en cuanto a que la conciencia de pertenencia al grupo por parte del sujeto debe constituir un elemento duradero y saliente de la identidad del sujeto, en coincidencia con lo hallado por Terry, Hogg y White (1999). Por otra parte, rechazamos de pleno la consideración de Fishbein y Ajzen en el sentido

de que las creencias personales se encuentran confundidas con la intención, y consideramos que los autores se equivocaron cuando rechazaron las propuestas iniciales de Fishbein (1967), quien definió la variable normativa en función de la moralidad personal. El matiz, en nuestra opinión y de conformidad con lo establecido con otros autores (Gorsuch y Ortberg, 1983; Pomazal y Jaccard, 1976), se encuentra en que en determinadas ocasiones las normas personales pueden oscurecer el efecto que la presión social ejerce sobre la predicción, tanto de la intención como de la conducta.

Por otra parte, la formulación de un "componente intencional" implica la asunción de que no es suficiente mantener una intención firme de realizar una conducta, sino que se debe considerar un aspecto que el modelo teórico de partida no contempla: el factor motivacional del sujeto para llevar a cabo la conducta. Resulta posible que el componente intencional formulado permita distinguir a los sujetos en función de su disposición final a la acción, tanto intencional como motivacional. Los resultados obtenidos en el estudio cualitativo nos han mostrado que existe una mayor probabilidad de realizar una conducta cuando la intención se acompaña del deseo, consciente y compartido con los amigos, de realizar cualquier esfuerzo preciso para su ejecución.

Finalmente, merece la pena hacer notar que el presente estudio ha encontrado que las actitudes de las personas tienen un efecto directo en la conducta real, si bien resulta prácticamente desdeñable con comparación con el peso ejercido por la intención. Este descubrimiento no concuerda con las predicciones hechas por Fishbein y Ajzen (1975) en su formulación original de la teoría de la acción razonada; sin embargo, un conjunto de investigadores han encontrado un efecto directo de las actitudes en la conducta no mediatizado por las intenciones (ver, por ejemplo, Manstead, Proffitt y Smart, 1983).

Una posible explicación a este hecho fue manifestada por Eagly y Chaiken (1993), quienes habilitaron la posibilidad de que dichos resul-

tados posiblemente reflejaran el hecho de que, para algunas conductas, una intención explícita para realizar la conducta podría no mediar entre las actitudes y la conducta. Podría asumirse que es más probable que esto ocurra en las conductas repetidas (tales como el ejercicio regular), las cuales tienen más probabilidad de obtener control habitual, atenuando así la fuerza del papel de mediación de las intenciones conductuales en la relación actitud-conducta (ver Eagly y Chaiken, 1993; Triandis, 1980), si bien no podemos confirmar este hecho con los resultados obtenidos en nuestro estudio.

Hasta aquí se han contrastado las hipótesis con los resultados empíricos alcanzados, aplicando para ello, un bajo nivel de inferencia que permita, por una parte, incrementar el conocimiento teórico sobre los determinantes psicosociales de la violencia exogrupal juvenil que se incluyen en modelo de contrastada relevancia científica, y por otra, indagar sobre la importancia de la inclusión o modificación de otras variables bien procedentes de estudios previos, bien coherentes con los resultados del análisis cualitativo, permitiendo con ello una cierta integración entre ambas metodologías.

A partir de este momento, se ha acumulado suficiente bagaje empírico para incrementar el nivel inferencial, a través de la postulación de una serie de conclusiones teóricas, metodológicas y aplicadas que faciliten la reflexión, promuevan el debate, pero, sobre todo que marquen tendencias y propósitos, tanto para la continuación del análisis de los datos que se han obtenido con esta investigación, como para el desarrollo de nuevas líneas de estudio divergentes o complementarias. Este es el objetivo principal del siguiente apartado.

2. CONCLUSIONES TEÓRICAS

El estudio de la violencia exogrupal juvenil no parece poder reducirse a unos factores concretos, ni siquiera a un conjunto de interacciones entre situaciones, conductas y características de la personalidad. La presente investigación

cuantitativa ha puesto de manifiesto el carácter procesual y sistémico de la adquisición de esta clase de conductas, que podría orientar futuros trabajos frente a las interpretaciones sincrónicas y reduccionistas. No debería colegirse de esta premisa que los conflictos violentos juveniles son resultado en cada ocasión de la incidencia de todos los factores aquí analizados, sino que postulamos una acción progresivamente convergente de variables macro, meso y microsociales que predisponen al joven a conformarse primero a la violencia y, en ocasiones, más tarde, a interiorizarla como un elemento básico de su identidad social y/o personal.

El efecto de los factores psicosociales de los distintos niveles de estudio: la reducción de alternativas conductuales.

Esta investigación ha puesto de manifiesto directa o indirectamente la relevancia de distintos procesos, factores y variables socioeconómicos y psicosociales, situados en distintos niveles de análisis. Unos de mayor cercanía a la conducta y a la situación concretas (consecuencias, valoración de las mismas, etc.) y otros de carácter general y de influencia menos directa y específica (ideología, sistema sociocultural, etc.). Estos últimos parecen establecer unas condiciones de partida, un “caldo primordial” que favorecen en la primera infancia el desarrollo de comportamientos (interindividuales) violentos. Su continuada influencia en etapas posteriores tiene el efecto de reducir las alternativas comportamentales que faciliten la adquisición de una identidad personal y social positiva y en equilibrio, a través de la interiorización de normas y comportamientos prosociales.

Así, por ejemplo, la inadaptación y/o fracaso escolar no sólo tiene efectos directos en su autoestima personal y en la disminución de la probabilidad de socializarse adecuadamente, sino que sigue actuando más tarde, de forma reactiva, cuando el adolescente trata de alcanzar una auto-percepción positiva de sí mismo mediante acciones antisociales (por ejemplo, la violencia), realizadas en el marco grupal, que le permitan alcanzar un cierto equilibrio perso-

nal y social; en el mismo sentido, hemos visto que la incapacidad del sistema educativo para flexibilizar sus normas y sus rituales educativos, tomando en consideración estos déficits iniciales, facilita la disponibilidad de otras conductas, ajenas a este entorno, pero que permiten mejorar la identidad personal y social.

En la medida que otros agentes de influencia social (familia, pareja, trabajo, etc.) no ejerzan una función socializadora alternativa que promueva una complejidad identitaria superior y, en consecuencia, un incremento de la autoestima a través de actividades prosocial, el joven irá reduciendo progresivamente las alternativas de comportamiento viables y satisfactorias, hasta llegar en casos extremos, a identificar identidad grupal (de colectivos violentos o antisociales) e identidad personal.

La “materialización” y “objetivación” de los valores sociales.

Una de las relaciones o hipótesis invariantes o universales que se han identificado del análisis cualitativo sugiere que los valores sociales no difieren sustancialmente de los postulados por otros autores para los grupos sociales juveniles normalizados; sin embargo, en este colectivo de jóvenes violentos se enfatiza la cosificación o materialización y la objetivación axiológica. Se considera que el éxito individual y social, y por ende, buena parte de la autoestima de los sujetos descansa en la posesión y exhibición de bienes materiales, de riqueza o de poder efectivo y manifiesto; nuestros informadores creen que es posible establecer el éxito o fracaso individual, grupal, el estatus social, por las posesiones que manifiesta un sujeto y que el respeto y consideración social son inversamente proporcional a ellas.

Este hecho presenta un consecuencia principal y de gran importancia: en tanto que los valores sociales se infieren de elementos materiales y objetivos, resulta más difícil aplicar con éxito mecanismos de defensa de yo y de la identidad social fundamentalmente abstractos, cognitivos o emocionales (v. g. sesgos) que apelen a cualidades no directamente observables y

prosociales (solidaridad, nobleza, bonhomía...), haciendo a estos jóvenes (recuérdese poco competentes familiar, educativa o socialmente) dependientes de un grupo social que les provea de riquezas o poder manifiestos.

Hipótesis de predisposiciones convergentes y “teoría de la chusma”.

Muy relacionada con la premisa anterior, se encuentra el hecho de que los grupos violentos no se forman al azar, es decir, con jóvenes de distintas procedencias, actitudes y experiencias previas que ocasionalmente se conocen y desarrollan una relación de amistad. Los datos analizados muestran que en los grupos violentos suelen converger jóvenes que previamente habían desarrollado comportamientos violentos interindividuales y/o que habían interiorizado actitudes y normas favorables a la utilización de la agresión como ejercicio del poder o de la influencia social, es decir, formando parte consustancial a su identidad personal. Confirmando con ello, la hipótesis de las “predisposiciones convergentes” por la que podemos afirmar que los grupos sociales antinormativos conforman su identidad con personas que coinciden actitudinal y/o comportamentalmente. No obstante, los resultados descartan los postulados de la “Teoría de la chusma” o “rif-raff Theory” (Hoffer, 1951; recogido en Javaloy, 2001) que sugiere que los grupos violentos están formados por sujetos pertenecientes a las clases sociales más deprimidas, perdedores, frustrados e incompetentes. Es unánime entre los jóvenes entrevistados la opinión de que la violencia exogrupal juvenil está extendida de forma similar por todas las capas sociales y que los individuos que conforman estos grupos provienen de extracciones sociales muy diversas.

Pensamiento intuitivo y racional: Dos vías para la violencia exogrupal.

En línea con la “autoteoría cognitivo-experimental” (Denes-Raj y Epstein, 1994; citado en Baron y Byrne, 1998), se ha puesto de manifiesto que la interacción entre experiencia personal, identidades grupales y condiciones am-

bientales facilitan las decisiones conductuales a través de un procesamiento racional o de un procesamiento intuitivo.

Estimar de forma adecuada la conducta bajo control del procesamiento superficial, automatizado, los heurísticos. Desde la perspectiva psicosocial es necesario complementar las aportaciones racionales con modelos o procesos intuitivos, no conscientes o automatizados, especialmente los hábitos y los guiones de conducta. Desde esta perspectiva, es necesario complementar la aproximación racional y deliberativa de la teoría del comportamiento planificado con aproximaciones heurísticas, por ejemplo, el modelo de “procesamiento espontáneo” (Fazio y Roskos Ewoldsen, 1994).

La conceptualización y caracterización de la “identidad social” y del “componente normativo” permite postular una aparente superación de la polémica entre heteronomía y autonomía de Piaget o del tránsito por los estadios de moralidad de Kohlberg (Turiel, 1983), a través de la interacción entre la identidad personal y social, situando el foco de la atención en la influencia mutua y gestáltica que ejercen tanto las distintas situaciones sociales, como los entornos socializadores que emergen de cada uno de ellos (identidad social emergente), como las normas explícitas e implícitas peculiares (componente normativo). Desde esta perspectiva, el sujeto situaría su nivel moral en distintos estadios o alcanzaría distintos grados en el continuo de “autonomía-heteronomía” en función de la interpretación que hace de la eficacia de las identidades (normas) emergentes en la consolidación o incremento de su autoestima.

Es probable, por lo tanto, que un mismo individuo desarrolle un alto grado de cooperación y ayuda mutua (autonomía piagetiana) en el grupo igualitario y un notable grado de individualismo y egoísmo (orientación unilateral o heterónoma) en entornos escolares o laborales; en ambos casos, estos individuos pueden mantener una aceptable identidad personal a través del cumplimiento de las normas endogrupalas (que interpreta positivamente) o de la rebeldía e insumisión hacia personas y tareas fuertemen-

te asociadas a fracaso, ineficacia percibida (en los términos que propone Bandura, 1987) que pone seriamente en peligro su autoconcepto. En este último caso, la autosegregación del grupo normalizado, que suele ir en paralelo a una estigmatización social, facilita una interpretación sesgada de la realidad basada en sesgos atribucionales egoprotectores (Baron y Byrne, 1998).

La hipótesis del desequilibrio socializador.

Existen fuertes evidencias de una sobresocialización grupal y una infrasocialización del resto de agentes educativos y familiares; este desequilibrio se haya fuerte y positivamente relacionado con la asociación entre identidad personal, grupal y social.

En la medida que la identidad grupal se convierte en dominante y emergente en las distintas situaciones y ambientes, el joven violento presenta conductas más extremas, fuertemente fanatizadas y su vinculación con el grupo violento es mayor de forma inversamente proporcional a la relevancia e influencia de la familia, pareja y otros agentes de influencia. También es probable que su evolución normalizadora (muy común en el resto de jóvenes violentos) se retrase considerablemente.

El apoyo social percibido, absoluto y relativo (distribuido entre los distintos agentes de influencia) representa probablemente un buen indicador de la evolución de los jóvenes violentos; aquellos jóvenes que el grupo violento les facilite el mantenimiento de una identidad personal y grupal positiva y que no perciban apoyo social relevante y alternativo tenderán a concentrar sus actividades y sus planes de acción en el grupo. La modificación del apoyo social percibido puede provenir de cambios en relación con los agentes de socialización previos (familia, pareja, amigos exgrupales) o en la aparición de nuevos grupos o personas.

La identidad social.

Los procesos de categorización social y de identidad social se hayan fuertemente ligados en el desarrollo de la conducta exogrupal vio-

lenta. En este sentido, los resultados ponen de manifiesto una gran plasticidad de la identidad social para adaptarse a diferentes entornos socio-normativo, a excepción de aquellos jóvenes que parecen focalizar su interacción social en un solo grupo. Son ellos quienes desarrollan las agresiones más graves, generales y permanentes.

El proceso de emergencia de la identidad social es esencial para explicar el conflicto violento, incluso cuando el elemento grupal parece inexistente (enfrentamientos interindividuales). Desde esta perspectiva es posible que un número indeterminado de agresiones consideradas individuales tengan su origen en la emergencia de identidades grupales opuestas. La estética y apariencia física, la ideología manifiesta y los procesos de (re) categorización social en función de la identificación de aliados y oponentes parecen facilitar la emergencia de la identidad grupal que se haya fuertemente asociada a las intenciones conductuales. El control percibido (número de enemigos y aliados, estimación de su fortaleza, potencial presencia de otras personas relevantes) ejercería, a continuación, una importante modulación de las predisposiciones conductuales.

Por otra parte, se han encontrado diversas clasificaciones de la identidad. En función del foco de influencia, podemos considerar una identidad personal, una o varias identidades grupal y una identidad social general, compuesta por un conjunto de grupos a los que el sujeto dice pertenecer o de los que se siente miembro integrante. Desde una perspectiva funcional, es necesario distinguir entre la identidad social general y la identidad social emergente, que suele aparecer como resultado de la aparición de información ambiental relevante fuertemente asociada a unas actitudes, conductas y normas determinadas.

Por el grado de complejidad, podemos suponer la existencia de un continuo de complejidad identitaria que tendría como valor-suelo, la identidad social única y que podría incluir la influencia de distintos grupos sociales. La identidad social única incluye una concentración

de actitudes, conductas, normas, expectativas y planes de acción en un único agente de socialización. Esta clase de identidad social, en los grupos violentos, puede asimilarse psicossocialmente al de la sectas, con procesos de categorización extremadamente simples, normas de cohesión explícitas e intensas y con rituales iniciáticos de gran dureza. Se trata de jóvenes pertenecientes fundamentalmente a grupos de ultraderecha y, en menor medida, de ultrazquierda que se caracterizan psicossocialmente por una gran labilidad y confusión entre identidad personal, grupal y social, con una emergencia, disponibilidad o saliencia de la identidad de grupo.

De anomia, adoctrinamiento y educación.

Partiendo del desequilibrio socializador, debemos plantear el fracaso total o parcial de los mecanismos educativos que deberían conducir a la interiorización de normas sociales básicas. Son abundantes y coincidentes los datos del análisis cualitativo que muestran el fracaso de los mecanismos de influencia social que promueven y legitiman la relación entre iguales no violenta. Se ha podido comprobar la escasa influencia que han ejercido las instituciones educativas, probablemente más volcadas en la construcción intelectual a través de la repetición de contenidos que en el desarrollo ético basado en una educación participativa y crítica.

El predominio de familias "anómicas" (la mayoría) y "autoritarias" (minoritarias), entre los jóvenes, no puede considerarse una anécdota, sino que revela hábitos educativos que crean una "sopa primordial" para la influencia de agentes sociales externos antinormativos, sólidas alternativas como fuentes de identificación y de autoestima. No se trata en la mayoría de los casos de familias marginadas, ni con escasos recursos educativos, sino con pocas ambiciones socializadoras (anómicas) o con una concepción rígida y autoritaria de la educación paterna que, paradójicamente, tienden a coincidir en que producen unos efectos morales superficiales en los jóvenes. Es también

muy frecuente que las familias no deseen o no se sientan capaces de poner de manifiesto un conflicto con el adolescente o con un joven; comienza entonces un ritual de ocultación de la realidad, de interpretación benevolente de los acontecimientos y señales que marcan la violencia ejercida o sufrida. Así, se facilita que individuo violento pueda desarrollar una identidad social diferente e incluso contrapuesta en el ámbito familiar y en el que componen su grupo de amigos.

Al igual que los jóvenes precisan llenar el vacío social para proveerse de una identidad positiva, también (y por ello mismo) precisan desarrollar unas normas sociales implícitas, vinculadas o no a códigos legales explícitos, que guíen y regulen su comportamiento dotándoles de seguridad y de autoconfianza. Ese recipiente axiológico-normativo puede llenarse de distintas formas; cuando las fuentes de influencia social prioritarias e inmediatas no son accesibles o se perciben como impuestas, otras ocuparán su lugar.

Parece adecuado suponer que la autoestima, entendida como proceso homeostático de carácter social, puede generarse y mantenerse a través de la interiorización de normas y comportamientos prosociales o mediante el desarrollo de conductas y normas antisociales que reciben apoyo social cercano, instrumental o afectivamente.

Conclusiones teóricas sobre la Teoría del comportamiento planificado.

Los resultados del análisis cualitativo muestran un apoyo matizado a la Teoría de la acción razonada (Ajzen y Fishbein, 1975) y a la Teoría del comportamiento planificado (Ajzen y Madden, 1986), aplicada a la explicación del comportamiento violento exogrupal de los jóvenes. Las creencias (actitudinales, normativas y de control) parecen influir fuerte y consistentemente al comportamiento violento; no obstante, existen una serie de inadecuaciones epistemológicas, teóricas y metodológicas que pueden ser postuladas a partir del análisis de las declaraciones de los sujetos.

Desde la primera de las perspectivas, estas teorías están basadas en una percepción del individuo fuertemente individualista basada en la influencia que ejerce la interpretación individual de cada individuo en la determinación de la conducta. La apelación a factores externos (que indudablemente no niegan los autores) se concentra en unos pocos factores operados y medidos a partir de las declaraciones del sujeto. Desde esta perspectiva, se trata paradójicamente una teoría psicosocial desarrollada, o al menos concretada, en un notable "vacío social", que no incorpora mediciones peculiares e independientes de los factores implicados (dinámicas grupales, factores familiares), suponiendo de facto que éstos son reducibles a la interpretación que realiza el sujeto. Sin embargo, los resultados obtenidos ponen de manifiesto que sólo cuando el control percibido es alto o completo (una situación extremadamente infrecuente teniendo en cuenta la naturaleza de la conducta) estos factores externos (difícilmente reducibles a la estimación del sujeto) dejan de ejercer una influencia significativa.

Complementariamente, la TAR o la TCP no saturan todo el marco interpretativo de los sujetos, sobre todo, en lo que se refiere a la emergencia de normas y conductas "socialmente deseables para el entorno grupal" y que parecen prevalecer sobre otras opciones comportamentales. Se ha puesto de manifiesto una notable predisposición hacia la violencia en el seno del individuo y del grupo de referencia, pero, el desarrollo final de la conducta también depende de que otros determinantes externos (poco controlables y poco anticipables para el sujeto, por tanto, no contemplados por el factor "control conductual percibido") se conjuguen para transformar esta potencia en un acto. Entre ellos, la acción de otros grupos enemigos, la inacción de otros o de nuevos agentes de influencia social en un momento determinado, el contacto de los sujetos con otras personas o colectivos y su repercusión en la identidad personal, especialmente en su autoestima. En suma, la identidad social se convierte en un concepto de gran transcendencia que precisa

una mayor consideración y que difícilmente puede verse reducido a la "norma subjetiva".

Es probable que la teoría del comportamiento planificado sea más adecuada para explicar el comportamiento violento de jóvenes con notable experiencia, cuando la polarización y la claridad de las variables que componen sus factores es muy intensa. La conducta violenta exogrupal de algunos jóvenes se haya fuertemente ritualizada y a menudo no parece recurrir a factores racionales y conscientes, sino a factores intuitivos afectivos y poco accesibles a la conciencia. El procesamiento de la información que conduce a la agresión parece tener en algunas ocasiones unas características heurísticas, basadas en "planes de acción", "guiones de conducta", estereotipos y/o sesgos atribucionales. En este sentido, es probable que el hábito deba ser considerado como una variable directamente asociada a estos procesos heurísticos. No obstante, parece más adecuada una operativización del hábito que trate de estimar el grado de automatización (o su inverso: la cantidad y calidad del esfuerzo cognitivo que emplea) que la citada más frecuentemente: la frecuencia, como sugiere Triandis (1980).

En algunas situaciones y para determinados jóvenes, las actitudes y la norma subjetiva se concentran en unas pocas consecuencias y en la identidad procedente del grupo de pares. En este sentido es probable que deban considerarse como influyentes (y por lo tanto dignas de ser incluidas en la ponderación de factores) solo aquellas creencias conductuales y normativas accesibles e importantes para el sujeto, eliminando aquellas que no son centrales en su pensamiento o que no se encuentran disponibles. También la operativización de los factores actitudinales y normativos podría mejorarse. En el primer caso, puede ser necesario tener en cuenta la "probabilidad de que la realización de una conducta produzca una consecuencia determinada" y la "importancia percibida" o "centralidad" de cada una de ellas en la identidad personal y grupal. En relación a la norma subjetiva, podría resultar de gran inte-

rés teórico tomar en consideración el grado en que la conducta afecta a las personas y grupos que componen su identidad social.

Los jóvenes violentos pueden desarrollar pensamiento "contrafáctico" (estimando las consecuencias de realizar o no realizar el comportamiento) o incluso pensar exclusivamente en las consecuencias que acarrearía no comportarse violentamente, desarrollando el comportamiento agresivo por evitación activa de los efectos negativos. Es probable que este hecho pueda vincularse con las alternativas comportamentales que un sujeto encuentra a su disposición.

La identidad personal y social del sujeto violento están fuertemente relacionadas. Si bien la TCP incluye una asociación entre los componentes actitudinal y normativo, no incluye medidas ni recomendaciones explícitas para evaluar la consonancia entre la percepción personal de la conducta y de los otros relevantes del sujeto. Así, por ejemplo, las consecuencias de la conducta pueden afectar al sujeto (identidad personal), pero también a las personas y grupos relevantes para él (identidad social).

En relación con el "control conductual percibido" parece necesario recordar previamente que los modelos de la TAR y la TCP son, en gran medida, o al menos están operativizados de esta forma, una teoría individualista que presupone que la medida de la percepción individual resumen en gran medida la influencia de otros agentes externos, concediendo con ello un gran poder y una gran independencia al sujeto. Sin embargo, en el caso de la violencia exogrupal parecen existir condicionantes grupales que con frecuencia desmontan o al menos varían ostensiblemente las intenciones individuales (medidas de facto por la TAR y la TCP). Así, por ejemplo, el análisis cualitativo permite postular la necesidad de incorporar medidas que permitan estimar la "oportunidad" de desarrollar una conducta.

También conviene enfatizar la importancia de establecer la medida en que la realización de

una conducta concreta, la experiencia acumulada sobre ella y las expectativas futuras, permite al sujeto mantener o incrementar su autoestima individual y social. Y en qué grado el sujeto percibe que la realización de esa conducta puede entrar en conflicto con las normas y conductas postuladas por su identidad social general (otras personas, grupos e instituciones marcadamente relevantes para el sujeto en su vida cotidiana). En este sentido, parecería necesario estimar el grado en que la conducta (por ejemplo, violenta) puede afectar negativa o positivamente a la identidad social general del sujeto. Por último, a pesar de que el componente actitudinal no ha sufrido alteración alguna respecto al propuesto por Ajzen y Madden (1986) y su capacidad explicativa y predictiva ha sido considerablemente alta en esta formulación, es posible postular, de acuerdo con los resultados del análisis cualitativo y en paralelo a lo ya dicho sobre el "componente normativo", una operativización de las actitudes que facilite la estimación de la saliencia y/o de la importancia para la identidad personal y social de las expectativas, para maximizar la influencia de éstas sobre otras que no son suscitadas por los estímulos, situaciones o personas que eliciten la conducta exogrupal violenta.

Conclusiones teóricas sobre un modelo alternativo a las Teoría de la acción razonada y del comportamiento planificado.

Los resultados de los estudios cuantitativo y cualitativo han permitido establecer un modelo alternativo a la Teoría del comportamiento planificado para la violencia exogrupal juvenil y comprobar la significación de su capacidad predictiva y explicativa que, como hemos podido comprobar, ha alcanzado unos valores que permiten postularlo como una alternativa teórica a la TCP. Este modelo alternativo supone una modificación sustancial en tres de los cuatro factores que configuran la TCP y se encuentra representado en las figuras n1 III.1, III.2 y III. 3, que se muestran a continuación.

FIGURA N1 III.1. MODELO EXPLICATIVO-PREDICTIVO DE LA VIOLENCIA EXOGRUPAL JUVENIL.

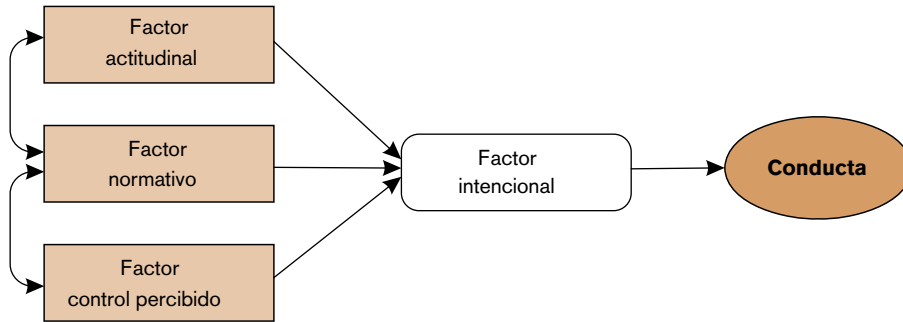


FIGURA N1 III.2. MODELO EXPLICATIVO-PREDICTIVO DE LA VIOLENCIA EXOGRUPAL JUVENIL.

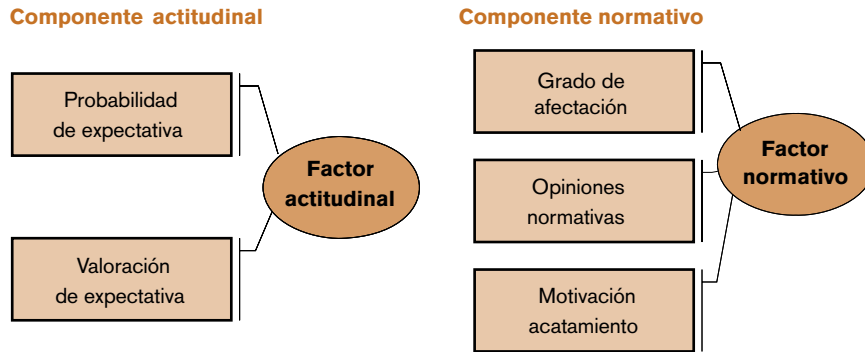
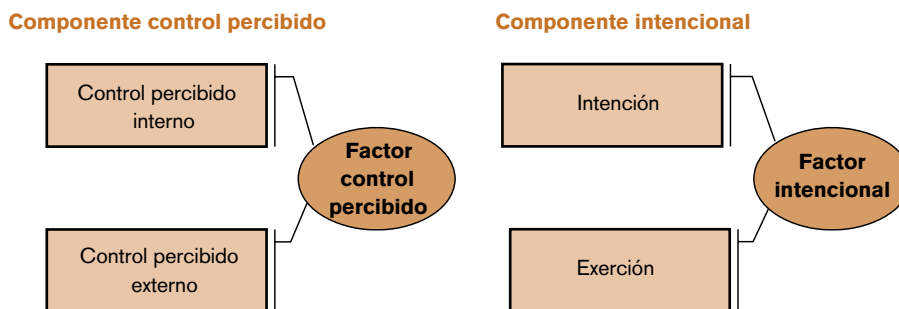


FIGURA N1 III.3. MODELO EXPLICATIVO-PREDICTIVO DE LA VIOLENCIA EXOGRUPAL JUVENIL.



Más concretamente, ha quedado bien fundamentada la oportunidad de la inclusión del "grado de afectación" en el componente normativo que probablemente adquiera un notable valor teórico en cuanto a la capacidad para ponderar discriminativamente la saliencia o emergencia de las personas y grupos sociales relevantes del sujeto en relación con la conducta-diana. Podemos postular que el "componente normativo" así configurado (grado de afectación, creencias normativas de los otros relevantes y motivación para acatarlas) se encuentra conceptualmente cercano al concepto de "identidad social emergente" que, según se ha comentado con reiteración en el análisis cualitativo, es un factor clave en la determinación de la conducta violenta exogrupal y que, probablemente, en el futuro podría ser reconceptualizado como "grado de afectación" y "normas emergentes".

En relación con el control percibido, se ha podido confirmar la importancia de una diversificación factorial de este constructo, a diferencia de la propuesta unifactorial de la Teoría del comportamiento planificado. No obstante, son necesarias nuevas investigaciones que perfilen la constitución del "control percibido interno" y del "control percibido externo", en línea con los resultados del análisis cualitativo. Por otra parte, sería conveniente también analizar la influencia que ejercen otras variables cualitativas como la "oportunidad" que han sido incluidas en el análisis cualitativo como parte del "control percibido", pero que han sido operativizadas en el apartado cuantitativo.

Y respecto al "componente intencional", la inclusión de la "exerción", fruto también del estudio cualitativo, probablemente ha servido para enfatizar aún más el factor motivacional, aumentan la probabilidad de discriminar entre quienes desean hacer una acción pero no están dispuestos a desarrollar grandes esfuerzos para realizarla y quienes se sienten fuertemente motivados para ambos hechos. Complementariamente, ha sido posible recuperar y readaptar parcialmente una antigua teoría motivacional de Heider (citado en Morales,

1994) de elevada sencillez y elegancia teórica, que ha sido injustamente olvidada en la producción científica psicosocial de los últimos tiempos.

3. CONCLUSIONES METODOLÓGICAS

La gran complejidad e interacción explícita o implícita entre los diferentes niveles de estudio y las variables de cada uno de ellos, ha evidenciado la necesidad de desarrollar investigaciones complejas, de carácter sistémico que traten de integrar los datos alcanzados. Las aproximaciones reduccionistas que apelan en exclusiva a factores personalistas o ambientalistas, incluso aquellos que sitúan la interacción de ambos en el individuo, no parecen adecuadas para analizar la interpretación subjetiva de las distintas identidades personales y sociales relacionadas con el proceso de la violencia. Consecuentemente, la metodología investigadora debe incluir técnicas e instrumentos de diferente naturaleza, cualitativa y cuantitativa, que faciliten un análisis diacrónico e integrado de las distintas factores, variables y condiciones implicados. Este tipo de investigaciones sistémicas y procesuales suelen presentar un alto coste económico y una amplia necesidad de recursos humanos, pero amplían las posibilidades de teorización en una doble caracterización: convergente (validación de modelos y teorías) y divergente (a través del descubrimiento, de la heurística de resultados inesperados).

En el caso que nos ocupa, el objetivo de establecer una adecuada correspondencia entre los resultados de un cuestionario altamente formalizado y la interpretación de las declaraciones de los sujetos en las entrevistas han permitido una mejor conceptualización de las variables relevantes, incrementando complementariamente la validez convergente, han descubierto inadecuaciones de la teoría de partida y han permitido proponer mejoras y sustituciones teóricamente relevantes y, en último término, han tratado de integrar un conjunto de conocimientos empíricamente comprobados que

abren otras vías para la explicación y predicción de las conductas exgrupales juveniles.

Una de las conclusiones metodológicas (y epistemológicas) más importantes de la presente investigación es la dificultad (e inconveniencia) de segregar la investigación básica de estudios aplicados. Resulta paradigmática, por ejemplo, en el caso de la identidad social y de conceptos asociados (general, emergente, única...). Su importancia y trascendencia en el desarrollo, mantenimiento y finalización de la violencia exgrupal han sido ampliamente expuestas en el transcurso del análisis cualitativo, así como la enorme dificultad para operativizar adecuadamente estos conceptos que pueden estar latentes durante mucho tiempo y emerger en situaciones reforzantes, amenazantes o peligrosas para la identidad personal o grupal. Un corolario de estas premisas es la necesidad de que los estudios básicos avancen para la clarificación y operativización de la identidad social, hecho que repercutiría positivamente en la comprensión de comportamientos de naturaleza compleja; complementariamente, se enfatiza la importancia de que las investigaciones aplicadas sobre conductas multidimensionales proporcionen descripciones fenomenológicas y datos cualitativos que nutran de indicios e hipótesis sugerentes en la búsqueda de la determinación y caracterización de un concepto y de un proceso tan esquivo como sugerente.

Centrándonos más en el estudio cualitativo, los resultados apuntan a que un buen predictor de la evolución de los jóvenes violentos puede ser la diversidad de fuentes de apoyo social, la valoración que hace de cada una de ellas y la generalidad de su influencia. Sería probablemente de gran interés diagnóstico y explicativo incluir en próximas estudios, especialmente en aquellos de carácter longitudinal, adaptaciones de cuestionarios de apoyo social que incluyan indicadores de las variables anteriormente citadas. Además, representaría probablemente una buena oportunidad para estudiar cómo la relación entre la identidad personal y la identidad social facilita o inhibe la violencia exgrupal.

La selección de la entrevista como técnica de recogida de la información acompañada de la captación de informantes-clave, no exenta de críticas ni de limitaciones metodológicas comentadas previamente en el apartado metodológico, ha supuesto, sin embargo, la posibilidad de indagar la percepción individual de los sujetos sobre distintos aspectos del comportamiento violento exgrupal del que tiene considerable, aunque variable, experiencia. Entre las limitaciones metodológicas de las entrevistas con profundidad destaca, a posteriori, la ausencia de una "representatividad social" completa de los determinantes externos y complejos, debido a que el "mundo social" relevante es filtrado siempre por la percepción de un individuo. Es probable que una técnica como el "grupo de discusión" pudiese incidir algo más sobre los determinantes grupales, salvando las considerables dificultades que implica reunir de seis a ocho sujetos que no se conozcan previamente pertenecientes a grupos distintos. Por otra parte, los resultados alcanzados, especialmente los referidos a la emergencia de la identidad grupal, confirman que la opción de entrevista grupal podría presentar serios inconvenientes para la libre expresión de dinámicas intragrupal heterodoxas o minoritarias.

Creemos muy oportuno resaltar ahora un aspecto de la investigación que generalmente se obvia o se minusvalora en el apartado procedimental y que puede haber contribuido más allá de lo esperado a los resultados de este estudio. La formación de captadores adecuados con experiencia con grupos juveniles violentos mediante técnicas de persuasión, la explicación clara y completa de los objetivos de la investigación y del uso que tendrán sus resultados, la cumplimentación de los instrumentos de recogida de información, una cuidadosa ética de anonimato y confidencialidad (que puede llegar a implicar rechazar peticiones de los medios de comunicación), el rigor no valorativo durante el desarrollo de las entrevistas y, en todas las ocasiones, una relación formal cara a cara, individualizada y empática (siendo difícil cuando no imposible la simpatía), representan

probablemente los mejores avales de la colaboración y de la sinceridad, materiales imprescindibles para el éxito de la labor investigadora centrada en comportamientos antinormativos.

El análisis de los resultados siguiendo una técnica que combina la "generación de teorías" con la "inducción analítica" creemos que ha surtido el efecto esperado, un equilibrio estable entre la validación de una teoría de partida (teoría del comportamiento planificado), su modificación en aspectos puntuales y la incorporación de nuevas variables que, más tarde, han sido incluidas para su verificación cuantitativa a través de la cumplimentación y análisis de las declaraciones de los sujetos.

La investigación cualitativa desarrollada ha puesto de manifiesto la posibilidad de captar a jóvenes que desarrollan una conducta fuertemente antinormativa e ilegal y de obtener de ellos una descripción y una interpretación de su comportamiento. No obstante, en último término todos los datos han sido recopilados en un marco social diferente al que naturalmente define el comportamiento-diana (universidad, casas ocupadas, habitaciones en casas particulares ...) con una considerable distancia temporal respecto al momento en el que se produce la conducta; consecuentemente, es probable diseñar investigaciones observacionales, de inspiración antropológica, empleando para ello a los jóvenes previamente captados y debidamente adiestrados para recoger información relevante sobre las dinámicas intragrupales e intergrupales. Técnicamente podría incluir observación informal participante en una primera etapa, para centrarse después en la observación de aquellos procesos (intra-intergrupales) más difíciles de aprehender o los que requieran un análisis más detenido y profundo.

Ha sido posible establecer de forma cualitativa tipos de grupos violentos en función de un buen número de características o criterios y asociar cada una de ellas a la evolución de la conducta, proporcionando algunos indicios e hipótesis que requieren la réplica y la validación correspondiente por otras investigaciones y con otros acercamientos metodológicos.

Desde esta perspectiva, parece necesario desarrollar investigaciones experimentales o correlacionales cuantitativas que permitan indagar sobre los factores grupales con técnicas informativas que analicen las estructuras y las dinámicas intragrupales, paliando con ello en alguna medida los acercamientos individualistas, no exentos de crítica por desarrollarse en "vacío social".

Finalmente, las investigaciones cualitativas longitudinales como la presente, aun presentado un notable peligro de "muerte experimental" proporcionan un sugerente acercamiento procesual que facilita el desarrollo de modelos y teorías que tengan en cuenta la interacción de factores comunes (permanentes) y factores peculiares (que emergen o alteran su influencia en distintos momentos temporales). Por supuesto, sus principales limitaciones se refieren a la escasez de momentos de recogida de información (dos entrevistas) y la corta duración del intervalo temporal de la primera a la segunda entrevista que han impedido profundizar en la evolución de la identidad personal y social de los informantes-clave. Para paliar estos problemas metodológicos, podría resultar de gran eficacia otra aproximación metodológica: los diseños mixtos que incluyen un análisis complejo transversal y longitudinal de la evolución de individuos y grupos. Para ello, sería necesario establecer una clasificación previa de los grupos juveniles en función de su experiencia previa, de su conducta actual y de su intención futura respecto al objeto de la investigación. Utilizando dos criterios de gran importancia teórica (por ejemplo, teoría del comportamiento planificado) y empírica (resultados ya comentados) podemos dividir a los grupos juveniles en "no violentos" (baja intención y nula frecuencia de comportamiento), "previolentos" (formado por jóvenes con una fuerte intención de realizar la agresión exogrupal, pero sin experiencia previa), "violentos" (intención intensa y alta frecuencia de conducta violenta en el pasado) y "postviolentos" (alta frecuencia de conducta violenta en el pasado y baja intención). La selección de informantes clave y la recogida de

información cuantitativa y cualitativa en el futuro permitiría descubrir y ponderar la influencia que distintas variables psicosociales tienen en la evolución de los grupos.

4. CONCLUSIONES APLICADAS

Los resultados y conclusiones previamente expuestos, permiten inferir una serie de pautas que orienten el desarrollo, aplicación y evaluación de programas psicosociales dirigidos a reducir la violencia exogrupal.

Uno de los ejes básicos de los resultados alcanzados en esta investigación es la manifestación de una necesidad básica, profundamente sentida y valorada positivamente, el apoyo social, situando en un lugar preferente el proveniente del grupo de iguales, que, en alguna medida sustituye o complementa el escaso o inadecuado apoyo percibido proveniente de otros agentes de socialización; complementariamente, se valora muy negativamente la soledad, el aislamiento. En consecuencia, los programas preventivos y de intervención deberían evitar la tentación de psicologizar el problema, centrándose en el individuo, propiciando alternativa o complementariamente el desarrollo de normas y conductas prosociales en el ámbito grupal.

El principio básico que se ha seguido a la hora de desarrollar estas líneas de actuación ha sido la congruencia con los resultados y la preferencia por un enfoque sistémico e integrado. Se trata de plantear estrategias, en vez de intervenciones puntuales que promuevan tanto la promoción de la salud como la prevención de la violencia exogrupal. Y se trata de proponer un inventario de recursos para el desarrollo y aplicación de programas de intervención.

Buena parte de las clasificaciones tradicionales de la intervención psicosocial (Fernández-Ríos, 1995; Barriga, 1987, Martín, 1993, 1998) recurren a la distinción entre programas preventivos y de promoción de la salud. En línea con estas taxonomías primarias, los resultados alcanzados muestran que el problema de la vio-

lencia debe ser abordado con intervenciones sistémicas e integradas que incluyan medidas preventivas y de promoción. La influencia que ejercen los jóvenes violentos en sus hermanos de menor edad, la importancia de la clase de supervisión y de educación parental en la facilitación o inhibición de comportamientos exgrupales, la relevancia del entorno escolar en la formación de grupos violentos inducen a considerar que los programas de intervención eficaces deben organizarse de forma sistémica, adoptando medidas preventivas primarias para evitar la generación de condiciones facilitadoras y de promoción de la salud que colabore generando modelos de comportamientos alternativos prosociales. También las medidas de prevención secundaria, cuando consiguen evitar la extensión del problema y propiciar una resocialización alternativa con los jóvenes violentos, debería tener efectos positivos preventivos primarios y de promoción en las nuevas generaciones de jóvenes.

Es necesario proporcionar una identidad social compleja que permita refocalizar el apoyo social en la familia, la pareja, el entorno laboral, o cualesquiera otro agente de influencia relevante. No obstante, es necesario tener en cuenta otro elemento básico, la necesidad de individualización, en todos los casos a través de procesos de socialización. El respeto a este proceso dialéctico supone la configuración de programas educativos y preventivos fuertemente participativos e implicativos.

A partir del análisis de los discursos de los jóvenes violentos, se ha acumulado una evidencia empírica para postular que el principal objetivo y el denominador común de los programas para reducir la violencia exogrupal debe ser promover identidades personal y social positivas, a través de la realización de conductas valoradas socialmente. Tal objetivo general puede contemplarse principalmente como una respuesta educativa y socializadora (prevención primaria y promoción de la salud) y reeducativa y resocializadora (prevención secundaria y terciaria).

Intervenciones para la prevención primaria y para la promoción de la salud.

Desde una perspectiva preventiva primaria y de promoción de la salud, las intervenciones comunitarias generales, centradas en el barrio, pueblo o comunidad, a través de iniciativas públicas y privadas, deberían representar una línea de acción permanente que permitiese detectar las principales necesidades y problemas de los vecinos, tratando de propiciar y consolidar redes de apoyo positivas que, de forma mancomunada y natural, proporcionen un ejemplo variado y cercano de respeto, de tolerancia y de convivencia.

En este sentido, la detección precoz de actividad violenta o antisocial juvenil por padres, educadores, policías o trabajadores sociales debería tener una respuesta inmediata por parte de los responsables de los "servicios sociales de zona" cuya principal misión sería elaborar con la participación de los propios afectados e implicados un programa que dé respuesta a los desafíos y peligros observados o denunciados. Existen en la literatura actual distintas propuestas concretas, algunas precursoras y otras con amplio historial de realizaciones, que podrían favorecer la creación de un clima social positivo preventivo de violencia y promotor de alternativas comportamentales; entre ellas, podemos destacar:

Intervenciones sociolaborales.

Los jóvenes violentos han puesto de manifiesto el fracaso socializador, de normalización de su conducta, de sus experiencias laborales, a excepción de aquellos que han desarrollado actividades de autoempleo.

Los efectos positivos del autoempleo no solo recaen en que ofrecen una alternativa laboral a un sector de la población que tiene difícil acceso al mismo, sino que la generación de negocios propios y cooperativas, además de generar riqueza, mejora la red y el tejido social de la comunidad. Para ello, debería complementarse la acción que ya están desarrollando algunas concejalías a través de una labor de asesoramiento y apoyo técnico en las primeras

fases de creación. De esta forma, la labor de estas instituciones sería plantear la viabilidad del proyecto, la posibilidad de asociación, la forma de buscar recursos económicos (créditos, subvenciones, etc.), dónde buscar asesoramiento legal, etc.

Inseparable de estos propósitos se encuentra la creación y la formación de grupos de formadores especialmente preparados para el desarrollo y aplicación de acciones educativas para el empleo que, dadas las características de este sector poblacional, dirijan sus esfuerzos a incrementar la motivación y la percepción de auto-eficacia, a aumentar su autoestima laboral. Para ello, se hace preciso (al igual que en el ámbito escolar que se tratará después) la elaboración de programas de inserción laboral que generen algún tipo de remuneración económica (escasa, pero significativa) que anticipe ésta clase de éxito social. Y desde esta base, es posible desarrollar otras formas educativas, al principio de naturaleza instrumental e implícita (por ejemplo, desarrollar habilidades sociales mediante la creación de grupos sociales vocacionales o de ocio que generen apoyo social y relaciones de igualdad).

La promoción de estas acciones formativas no sólo tendría beneficios sobre las condiciones laborales y el acceso al empleo. Éstas a su vez permitirían mejorar el nivel cultural y educativo de la comunidad, su capacidad para la obtención de recursos y la mayor competencia para la consecución de objetivos. La educación no formal para adultos es una de las medidas de intervención más interesantes. A través de instituciones de educación no formal, que combinen las actividades formativas con actividades de ocio y tiempo libre, como la "Universidad Popular", programas de animación sociocultural y de la colaboración de la escuela de adultos, de las AMPA, y de las instituciones existentes en la comunidad; se puede establecer un plan integrado de colaboración donde se ofrezcan diferentes iniciativas formativas en diferentes franjas horarias, que favorezcan la participación del mayor abanico posible de población. El beneficio no recae

exclusivamente sobre el mayor conocimiento de contenidos (conocimiento declarado), sino que, como hemos visto antes, favorece el trabajo con las actitudes y dota a las personas de recursos con los que afrontar nuevas situaciones (conocimiento procedimental).

La propiciación de un tejido laboral en el barrio que facilite la incorporación de los adolescentes y jóvenes a un trabajo en condiciones dignas puede suponer una eficaz medida. La formación laboral con alto contenido práctico y una complementaria orientación laboral y vocacional, la asesoría para el desarrollo de cooperativas y pequeñas empresas pueden constituir ejes principales en esta vía de socialización.

Intervenciones ambientales.

La degradación ambiental y social de los barrios es una percepción altamente negativa entre los jóvenes que asocian con la proliferación de colectivos marginados que también son valorados de forma peyorativa. Los grupos de niños y adolescentes se ven obligados a compartir los espacios públicos con colectivos con distintas necesidades (ancianos y niños), lo que suele generar un clima intergeneracional conflictivo.

Otra línea de intervención debe ir dirigida al desarrollo de actitudes de carácter ecológico y de respeto medioambiental. Para ello, la educación formal y no formal y las actividades de ocio deben favorecer la educación medioambiental y el respeto y disfrute del medio que les rodea.

Los espacios públicos del barrio (nuevos o reordenados) deberían cumplir el mayor número posible de las siguientes condiciones para favorecer el desarrollo natural de las redes de apoyo social y la potenciación del conocimiento de otras personas, otros jóvenes: el lugar debe servir a funciones múltiples para que la gente pueda utilizar un mismo espacio para fines diferentes en distintos horarios, los distritos necesitan de manzanas cortas ya que ofrecen varias rutas igualmente válidas para ir de un punto a otro, es aconsejable que los

edificios difieran en antigüedad y condiciones porque favorece la convivencia de familias con diferentes rentas, y es preferible que la concentración demográfica sea lo suficientemente alta ya que la vida social activa depende del fácil acceso entre los residentes.

Así mismo, el diseño de las plazas y calles urbanas es un factor determinante para que funcione como ambiente social favoreciendo la disponibilidad de asientos, ya sea por medio de inmobiliario urbano o la disposición de escalones, rebordes, etc. suficientemente amplios. Por su parte, las viviendas diseñadas con espacios semipúblicos y servicios comunes adecuados fomentan la interacción entre los vecinos.

Una alternativa a la disposición urbana y a la calidad de los vecinos es la elaboración de programas de restauración de las viviendas ya existentes. A pesar de su evidente coste económico, de tiempo y esfuerzo, la realización y evaluación sistemática de programas para la restauración y preservación del vecindario darían la opción a los vecinos de permanecer en la comunidad y tener una vivienda digna.

La recuperación de los mercados tradicionales y el fomento del "pequeño comercio" no sólo puede generar "tejido social", sino que contribuye a una mayor interdependencia entre vecinos, a una más extensa y poderosa influencia educativa sobre los niños y los jóvenes por parte de adultos que se conocen y pertenecen a la misma comunidad. Complementariamente, debería contribuir a generar oportunidades de autoempleo, trabajo familiar o empleo eventual para los jóvenes.

Intervenciones dinamizadoras y de empowerment.

Las concepciones más avanzadas de la intervención comunitaria conceden una importancia central a los miembros de la comunidad, tanto en la detección de los problemas como en la solución de los mismos. Se trataría en suma, de desarrollar una red de tejido social consolidada que permita a los vecinos de los barrios adquirir los medios y recursos para la solu-

ción de problemas y necesidades. En relación con la violencia exogrupal, las estrategias de *empowerment* permiten consolidar el protagonismo del barrio en la formación de estilos y normas comunitarias fuertemente incompatibles con el desarrollo de grupos violentos y la potenciación de grupos infantiles y adolescentes centrados en actividades lúdicas, formativas y culturales que les facilite a sus integrantes una identidad social positiva.

En esta línea se encuentran los "equipos móviles de acción local" (Martín, 1998); se nos ofrecen como una estrategia de perspectiva multiprofesional que, apoyada en teorías y aspectos interdisciplinarios, servirá para actuaciones concretas con perspectivas interesantes a medio y largo plazo. A través de estos EMAL, nos servirán para el desarrollo de la reflexión crítica sobre la interculturalidad, la salud y la educación y para la educación infantil en general y para la implementación, en particular, de programas de prevención y, sobre todo, de promoción de la salud y del bienestar de la población. Estos equipos pueden ser descritos con mayor precisión como grupos autónomos de intervención, conectados con un grupo técnico externo (servicios sociales, equipos técnicos, universidad, asociaciones o fundaciones implicados en la acción social) sólo a efectos de fundamentación teórica, captación de recursos, motivación, objetivos, evaluación y metodología. Su actuación, sin embargo, es autónoma y su composición, multiprofesional. La constitución de los EMAL exige el establecimiento de condiciones previas y necesarias que expliquen, justifiquen y posibiliten su formación.

El primer paso de carácter práctico dentro de esta acción tendría que ver con la preparación de reuniones y contactos necesarios con distintos estamentos de la vida social (políticos, de educación, de la salud, de asociaciones, etc.), con el fin de establecer un "equipo central" formado por diversos profesionales, del que puedan surgir los equipos móviles de acción local, de intervención directa y específica. Algunos responsables de instituciones

educativas, asociaciones y otras instituciones públicas o de servicios, constituirán el equipo central, que puede seleccionar, proponer, invitar, designar, miembros de cada una de esas instancias, capaces por su carisma, conocimiento, motivación, etc., De constituir esos equipos móviles de acción local. Se trataría de desarrollar una especie de voluntariado cualificado y de potenciar recursos de especial valor y relieve de la comunidad, actuando desde su mismo centro y elevando a la categoría de "paraprofesionales muy especiales" a líderes y a profesionales de la propia comunidad.

Llegados a este punto, se procedería a la realización de encuentros de reflexión y formativos para los equipos móviles de operadores y para el propio equipo central, o de mediadores sociales. Se estudiarían objetivos y estrategias, y se acotarían prioridades, fijadas éstas ya previamente por la comunidad de algún modo. Se persigue, pues, potenciar el análisis crítico de la realidad, hacia una concienciación previa que ejerza de denominador común de programas puntuales, sobre todo con niños y con jóvenes. Fomentar la movilización y el protagonismo de los recursos humanos locales para la acción directa como alternativa más adecuada de participación ciudadana. Potenciar la utilización de recursos lúdicos, sobre todo con niños. Procurando adecuación idiosincrática, fluidez, sencillez, creatividad y originalidad en la comunicación y, consiguientemente, eficacia didáctica. Algunas de estas actividades educativas podrían acabar formando parte, de algún modo, de la filosofía general de las instituciones educativas locales.

Los destinatarios directos serían profesores, trabajadores de la salud, educadores, líderes juveniles, representantes de asociaciones, voluntarios, etc.; especialmente, aquellos en quienes pudieran fijarse los del equipo central. Los indirectos, los propios niños, jóvenes, estudiantes, mujeres, organismos e instituciones locales (principalmente las asociaciones de padres de alumnos –APA–), y la comunidad en

general, sobre quienes tendría lugar en forma de programas puntuales, la acción social.

De forma complementaria, pero desde similares pilares, la asunción de un papel activo por parte de los miembros de la población con alta motivación y con amplia experiencia o conocimiento en el tema, favorece la generación de sentimientos de competencia por parte de quién lo imparte como entre el alumnado, que no recibe las enseñanzas de un experto, sino de un vecino, lo que favorece la percepción de accesibilidad del conocimiento. En este sentido encontramos programas como "La Universidad de la Experiencia" (Froufe Quintas, 1998) en el que las personas de la "tercera edad" desarrollan un papel activo en labores formativas, la "Universidad Popular" (Trilla, 1997) destinada a la educación no formal, o la "radio como medio de educación popular" (Kaplun, 1978) donde a través de la puesta en marcha de una emisora popular favorece el conocimiento de la realidad que les rodea y el diálogo.

Otra de las experiencias que facilitaría en gran medida la capacitación social de los jóvenes es la creación de centros polivalentes de ocio y cultura juvenil, cuya gestión fuese progresivamente cedida a los propios jóvenes o a asociaciones juveniles creadas con este objetivo. Puede resultar sorprendentemente eficaz la capacidad de socialización de una institución de esta naturaleza. Para su evaluación pueden crearse, en un primer momento, comisiones mixtas integradas por jóvenes y trabajadores sociales o animadores socioculturales, que en el futuro podrían ser contratados de entre los miembros del propio centro juvenil. Pero, en todos los casos, resulta imprescindible conceder una progresiva autonomía a los jóvenes.

Intervenciones educativas.

Representan el eje central de las actuaciones, tratándose de una tipo de acción transversal presente en todos los ámbitos y en relación con todos los colectivos sociales.

El centro educativo como uno de los ámbitos preferentes para el desarrollo de experiencias

educativas y de integración sociocultural que incluya a los distintos agentes de influencia social de los jóvenes. Los jóvenes violentos han coincidido en resaltar la escasa importancia ejercida por el entorno escolar, a excepción de que fue en este lugar donde se desarrolló el grupo. Por otra parte, y de forma más concreta, el centro educativo, desde una perspectiva comunitaria, debe afrontar el reto de la creciente multiculturalidad, uno de los principales criterios que utilizan los jóvenes violentos para categorizar la sociedad y que, genera, una notable cantidad de conflictos.

Cohherentemente con este principio básico, se puede advertir la necesidad de un "sistema educativo" flexible, capacitado para derivar a los sujetos a ámbitos de socialización y de educación que permita un desarrollo personal y profesional acorde con sus motivaciones y capacidades. Que busque un equilibrio entre acomodación y adaptación, entre requisitos del sistema educativo y necesidades individuales y grupales de los jóvenes.

La institución educativa puede ser el referente principal para el desarrollo de programas destinados a producir modificaciones individuales y colectivas de los estereotipos y prejuicios, que, en situaciones de mayor conflictividad, pueden ser activados convirtiéndose en una barrera para la convivencia y la integración de todos los miembros de la comunidad. En este sentido, encontramos programas orientados a la educación en valores y actitudes hacia la tolerancia, tales como "Actitudes hacia la tolerancia y la cooperación en ambientes multiculturales" (Sánchez y Mesa, 1998) y "Educación para la paz en la formación de monitores de ocio y tiempo libre" (Olmedo y Álvarez, 1998).

De la investigación realizada es posible deducir una serie de elementos que consideramos importantes para un funcionamiento eficaz de la institución educativa. El prestigio de la institución educativa representa un objetivo central de toda intervención educativa; para ello, se considera conveniente el desarrollo de una serie de ritos iniciáticos o de tránsito, actos con

fuerte simbolismo que faciliten la comprensión de la importancia del acto educativo, con la máxima participación (voluntaria, persuadida) de padres, profesores y alumnos.

Resultaría muy conveniente potenciar al máximo la doble tutorización de los alumnos, coordinada entre padres y profesores; para ello, sería pertinente reforzar activamente la participación de padres en seminarios al comienzo de cada etapa educativa para transmitir la importancia para ellos y para sus hijos de la mencionada coordinación entre padres y profesores. Complementariamente, la tutorización personalizada y mantenida a lo largo del tiempo por parte de uno o dos miembros del profesorado, en función de la sintonía personal con cada alumno, con capacidad mediadora con el resto de compañeros representaría un incremento de la influencia ejercida con cada alumno.

La realización de alternativas de ocio y culturales vinculadas a las preferencias temáticas de los alumnos, auxiliada por el profesorado o por elementos externos al centro educativo, cuando sus instalaciones lo permitieran, pueden suponer una herramienta valiosa para la generación de apoyo social múltiple y variado, generalmente, incrementando las posibilidades de socialización.

Finalmente, tomando como eje la institución educativa, pero, con importantes implicaciones en todos los ámbitos de socialización, debemos considerar imprescindible continuar y adaptar las investigaciones de Maccobby y Martin (1985) sobre estilos parentales de socialización. El desarrollo de investigaciones aplicadas sobre los factores que facilitan los procesos de interiorización normativa y de autonomía progresiva (relacionados con el llamado "estilo democrático"). Desde estas premisas es posible plantear programas educativos flexibles basados tanto en el desarrollo intelectual como en el emocional, a través de técnicas pedagógicas motivantes e implicativas, basadas muchas de ellas en la aplicación de técnicas grupales como las recogidas en los trabajos "técnicas de animación grupal" (Aguilar, 1988)

o "técnicas de animación y trabajo en grupo" (García, 1988).

Intervenciones familiares.

Los resultados de esta investigación han confirmado la importancia de la familia en la transmisión de normas y valores y en la regulación del comportamiento en las primeras etapas de la vida y cómo su influencia se debilita o al menos se altera cuando, el adolescente y el joven entran en contacto con otros agentes de socialización. En paralelo, pero desde el punto de vista aplicado, emerge la importancia de que los padres favorezcan precozmente el desarrollo de una identidad positiva basada en la realización de conductas prosociales; en este sentido, la educación familiar representa un hecho fundamental.

Por otra parte, la polémica sobre la influencia de los medios de comunicación en la familia, estructurada en relación con la transmisión de normas y valores, no presenta en esta investigación resultados claros. No obstante, es bastante probable que en ausencia de otras influencias (especialmente familiares) que conduzcan a un cierta minusvalía de conciencia crítica, los niños elaboren automatismos y procesos racionales favorables a la violencia, una predisposición aprendida de raíz sociocultural que conciba la agresión como solución o prevención de problemas y como elemento central de la autoestima individual y social.

La ausencia de supervisión parental (reconocido y deseado con frecuencia por los jóvenes violentos) y, en buena medida, del consecuente filtro educativo, puede promover la incorporación de los comportamientos violentos al repertorio de habilidades personales y grupales. El desconocimiento (por ocultamiento o por distorsión en la interpretación de los indicios) de estas actividades por los padres impide el afrontamiento del problema hasta que se haya consolidado el grupo de pares.

Partiendo de estas premisas, las estrategias parentales y, por extensión, educativas o de socialización, se convierten en piedra angular de la propiciación o del consentimiento pasivo de

los comportamientos violentos, según se puso de manifiesto en el apartado dedicado al papel desempeñado por la familia. Convirtiendo en piezas básicas de la prevención primaria y secundaria los programas dirigidos al aprendizaje del estilo democrático y del “método inductivo” de educación parental (Martin *et al.*, 1998). El desarrollo de estos programas para la población adulta y adolescente encuentra su plataforma en las escuelas para padres y la escuela de adultos así como en la constitución de organismos de animación sociocultural, universidad popular y asociaciones de vecinos que ofrezcan el espacio necesario para debatir profundamente sobre las causas que conducen a desarrollar actitudes violentas y racistas (Olmedo y Álvarez, 1998).

Intervenciones de prevención secundaria y terciaria.

Una vez constituido el grupo violento e iniciadas sus actividades, también es posible desarrollar programas y actuaciones que combatan la identidad grupal y/o amplíen la identidad social (incluyendo nuevos agentes de influencia social relevantes), tratando de reconducir la identidad personal, la autoestima y el autoconcepto, hacia fines y conductas prosociales.

Intervenciones sistémicas de origen teórico.

Partiendo de la validación del modelo teórico postulado en esta investigación, basado en la teoría del comportamiento planificado, puede elaborarse un programa de prevención secundaria y terciaria sobre violencia grupal, inspirado en el modelo “información-motivación-capacitación” (Fisher *et al.*, 1996). Desde esta perspectiva, se trata de propiciar una modificación de las actitudes, de las intenciones y de las conductas, a partir de intervenciones informativas (tratando de cambiar la percepción de las consecuencias del comportamiento de riesgo), motivacionales (proponiendo la utilización de técnicas grupales con personas y colectivos influyentes en el sujeto y en la conducta-problema para suscitar la motivación hacia el cambio) y de capacitación (favoreciendo la adquisición de habilidades conductuales

alternativas). Podemos reinterpretar el modelo “IMC” de acuerdo con el principio básico de la intervención postulado más arriba: su objetivo es reestructurar la identidad personal (centrándola en promover la autoeficacia para la realización de conductas prosociales alternativas) y social (potenciando la influencia de diferentes agentes de socialización para reorientar el apoyo social hacia colectivos y personas normalizados).

Intervenciones familiares.

Desde esta premisa básica, es necesario implicar a las familias en el proceso de cambio. La familia puede haber cesado o disminuido notablemente su influencia sobre el joven violento, pero sigue siendo considerada como el último refugio, un bastión de seguridad. El conocimiento de la violencia, su consideración como problema, un posicionamiento claro contrario a estas actividades y una intensa e incuestionable implicación en el cambio representa la primera e imprescindible fase de intervención familiar. En muchos casos, los cambios en las relaciones familiares deben centrarse en modificar sustancialmente las pautas educativas que aplican a sus miembros jóvenes: “anómicas” o “autoritarias”, afrontar con decisión, disciplina y coordinación (fundamentalmente entre los padres) el problema, haciendo manifiesto el conflicto con el joven violento. Complementariamente, parece necesario evitar la pérdida de contacto personal permanente con el joven, o una presión desmedida que origine una mayor dependencia del apoyo social proveniente del grupo violento, es decir, a una concentración de la identidad social en este colectivo.

En general, los jóvenes violentos no se sienten vinculados afectivamente por igual con todos los miembros de su familia; la madre y en menor medida un hermano mayor suelen ser las personas más relevantes en este aspecto, aunque no necesariamente las más influyentes. En muchos casos, estas figuras familiares han adoptado una estrategia de evitación pasiva, de negación del problema o directamente de comprensión explícita o implícita de es-

tas actividades aludiendo a su eventualidad y restando importancia a sus efectos. Cualquier intervención familiar debería implicar una notable modificación de esta percepción, el incremento de la motivación para la acción (para el conflicto), la adquisición de habilidades negociadoras y de influencia y, complementariamente, un incremento del apoyo social percibido en relación con su nueva forma de proceder. La vinculación o creación de grupos de apoyo social o de autoayuda (Gracia, 1997) con las familias afectadas puede constituir un elemento de gran poder de convicción y un sólido amparo, especialmente útiles, para los momentos más críticos de la intervención.

Intervenciones policiales y judiciales.

El castigo sólo será efectivo cuando las responsabilidades se extiendan a todo el grupo de jóvenes y no únicamente al principal o más sobresaliente de sus miembros. La sensación de invulnerabilidad que alcanzan algunos grupos, o del afrontamiento de un castigo temporal y reducido a algunos de sus integrantes parece estar, en buena medida, propiciando una sensación de impunidad aliada con la de alto control percibido. Complementariamente, parece bien documentada la responsabilidad, al menos parcial, del grupo de iguales en el origen y perpetuación de la violencia exogrupal. Desde estas premisas parece necesario promover acciones policiales y judiciales sobre todo el colectivo, incorporando medidas correctivas y reeducativas para sus miembros. Se trata, por tanto, de que la adopción de medidas represivas vaya acompañada de medidas individuales, familiares y grupales que permitan a los jóvenes violentos: a) desvincular la identidad personal de la identidad grupal violenta; b) modificar la identidad personal a través de la adopción de nuevas habilidades y competencias; c) modificar la identidad social, a través de su inclusión en colectivos de pares con normas y conductas prosociales; d) propiciar el reequilibrio de la identidad personal y social; en cada caso, el conocimiento de las fuentes alternativas de influencia que faciliten la resocialización pueden representar uno de los instrumentos pre-

dictores más poderosos del éxito de la acción jurídico-policial.

Los procesos de resocialización y reeducativos deben tener en cuenta las distintas dimensiones del problema de la violencia exogrupal (familiar, laboral, grupal...). Así, por ejemplo, la formación para el empleo no debe ir únicamente destinada a la administración de conocimientos específicos al alumnado, sino que el programa formativo, también, debe incluir conocimientos generales y el desarrollo de habilidades, que favorezcan que la persona desarrolle sus propios recursos, tales como habilidades sociales para saber como afrontar una entrevista de trabajo, o conocimientos legales sobre contratos, generando también una red de apoyo social alternativa y prosocial que permita el desplazamiento natural del eje de influencia social del grupo violento a otros grupos de iguales normalizados.

La evolución de los grupos y de sus miembros incluyen algunos momentos de "sensibilidad alternada", un desequilibrio entre la identidad personal y la grupal, que proviene de la rutina, de la incorporación de nuevos miembros, de una merma en la influencia interna o del surgimiento de problemas con la policía y la justicia o con otras personas relevantes de su entorno. En estos períodos más o menos permanentes, es necesario proporcionar una identidad social compleja que permita refocalizar el apoyo social en la familia, la pareja...

Intervenciones individuales.

Los jóvenes mantienen una identidad social y personal positiva en parte gracias a los efectos de la violencia exogrupal, mayor cohesión intragrupal y mayor apoyo social percibido, y mayor respeto o temor provocados en los sujetos exgrupales, entre los principales. La ligazón entre identidad social y personal permite suponer que la intervención individual puede resultar de gran utilidad cuando el grupo violento no esté generando un apoyo social percibido alto, es decir, cuando el sujeto se encuentre motivado para encontrar nuevos elementos socializadores para incrementar o mantener su

autoestima. Las intervenciones cognitivo-conductuales basadas en la exposición a modelos no agresivos (Baron, 1972), en el entrenamiento de habilidades sociales básicas (Bienert y Schneider, 1993) o en el autocontrol de la agresividad (Howells, 1989) pueden representar fuertes apoyos para promover una identidad personal dependiente de la interacción prosocial.

Se ha tratado de identificar un panorama de intervención y de proponer acciones concretas que sirvan tanto para prevenir la violencia exogrupal como para generar una dinámica familiar, social y educativa alternativa. Por supuesto, que la imprescindible eficiencia de las intervenciones resta posibilidades a la aplicación simultánea de todas estas medidas. Deberían ser contempladas como acciones posibles y pretendidamente eficaces que pueden servir de inspiración para el desarrollo de programas concretos en función de los recursos presentes. Se trata en suma de establecer fundamentos teóricos, metodológicos y tecnológicos que conecten la práctica investigadora con la resolución o paliación de problemas sociales, en la tradición lewiniana de "investigación-acción", de la "psicología de ciclo completo" de Cialdini o de la más cercana "investigación-acción-participativa" (de Fals Borda, Maritza Montero o de Antonio Martín).

Esperamos que estos datos y conclusiones sirvan para incrementar el conocimiento sobre este comportamiento antisocial, que sean útiles para la polémica, para la crítica y el debate. Porque creemos que esta investigación ha puesto de manifiesto que la existencia de estas formas de agresión, de estos grupos juveniles, no pueden separarse de unas condiciones sociales, familiares y escolares facilitadoras. Complementariamente, resulta, a la luz de estos resultados, poco realista, e incluso, indecente, no plantearse algunas graves connotaciones de este tipo de violencia con otras de reciente impacto en la población española, y especialmente en la madrileña: nos referimos, por supuesto, a la guerra desatada en Irak y a

la cruel matanza perpetrada en Madrid el 11 de marzo.

Es probable que el apartado final de esta tesis doctoral sirva de conclusión final y de apertura de un debate que no debería ser aplazado una vez más, y que apunta directamente a aspectos esenciales de nuestra sociedad: consecuencias del modelo socioeconómico imperante, la naturaleza y la práctica de la educación, los cambios de la familia española y su necesaria adaptación, pero, sobre todo, sitúan como eje central la evolución ética y la reflexión ideológica que nos obliga a afrontar todas las formas de violencia, algunas de ellas ocultas o ignoradas.

Una postrera consideración.

La guerra en Irak dio comienzo el 20 de marzo de 2003; el presidente George Bush proclamó el fin de los combates en Irak el 1 de mayo. El texto que sigue fue escrito, como puede deducirse, en el compás de espera de los sucesos ocurridos posteriormente.

Tiempos de guerra. En estos momentos, cuando escribo estas últimas líneas, 8 de marzo de 2003, parece que la comunidad internacional está abocada a un conflicto armado, a otra forma de violencia exogrupal. Según los analistas militares, cuando esta investigación se presente y esta tesis haya sido leída, ya habrán cesado los cañones, siendo sustituidos por otro clamor más intenso, más inhumano: la paz de los cementerios, el lamento de cientos de miles de personas con sus vidas destruidas, identidades sociales quebradas por la desaparición de la poesía de sus hijos, de la cotidiana llamarada de sus mujeres, de sus hombres, de los abuelos, de los amigos.

Y siento vergüenza, y dudo de que este trabajo tenga sentido, de que éste y mil estudios más como éste que se dediquen a indagar sobre las nuevas y viejas formas de canibalismo sirvan para algo. Que sean capaces, con toda su parafernalia cientifi-

ca y técnica, de transmitir adecuadamente a nuestros dirigentes, de persuadirlos para que acepten con orgullo, para que interioricen con gallardía el principal mensaje, el más básico de los descubrimientos: en palabras de Gandhi “no hay caminos para la paz, la paz es el camino”.

Si la condena se consuma, el gobierno de un país casi omnipotente, con la ayuda de otros gobiernos, entre ellos, el nuestro, descargará el Armagedón contra una nación empobrecida, acusada de terrorista, de formar parte del “eje del mal”, y se hará en nombre de la paz y la justicia y de una nueva doctrina internacional: la guerra preventiva. Concediendo razones y argumentos, sin saberlo, a nuestros informadores, jóvenes de violencia desatada contra el bárbaro: para que te respeten, para evitar que se atrevan a posteriores ataques, la mejor opción es atacar antes; así, generando terror en el adversario nos sentimos más seguros, victoriosos y unidos. Curiosa simetría, patética paradoja, que sitúa en el mismo nivel intelectual a jóvenes descarriados y a prohombres de la patria, a comisiones y ministerios de defensa, a servicios secretos y al protogobierno de la humanidad.

Sería tan fácil aceptar el darwinismo social. Y sin embargo, al menos, el estudio que aquí acaba ha puesto de manifiesto que el joven violento se genera desde la voluntad propia, aunque dialécticamente unida a las condiciones sociales, familiares y académicas, por citar algunas de las más importantes. Y las raíces de su comportamiento antisocial germinan desde múltiples semillas; algunas de ellas generadoras también de otros problemas sociales. Esta investigación perfila unos jóvenes fuertemente implicados en el mantenimiento de una homeostasis también social, con un indisimulado miedo al vacío, a la soledad forzada. Sujetos en los que han fracasado los procesos de interiorización de las normas sociales, por inacción o por imposición. Que han recreado una sociedad estática, fuertemente estratificada, hasta constituir formas ocultas de sectas, en buena parte aisladas de otras

realidades; donde el bien y el mal se constituyen geográficamente, en el endogrupo o en los exogrupos. Pero también identidades sociales que cultivan comportamientos pro-sociales, con períodos de inestabilidad, de autoestima social decreciente, que permiten la influencia de otros o nuevos agentes sociales, potenciales inspiradores de un cambio natural, subrepticio, pero probable a la normalización.

Dejo a cada cual, a su conciencia y a su entendimiento, la posibilidad de extraer otras conclusiones, otras connotaciones, otros paralelismos.

Unas últimas palabras, una brizna de optimismo, de luz todavía naciente, tímida, casi opaca, que, sin embargo, prende desde los albores de la historia humana. Los filamentos de la realidad, en esta tan limitada versión, a menudo, se enlazan, exceden el problema puntual y sugieren un modelo de sociedad que propone otras concepciones de las relaciones humanas. El modelo que se vislumbra es aquel que configura una sociedad neohumanista e ilustrada, vertebrada a través del contrato social de la solidaridad, de la igualdad y de la libertad. Organizada como comunidades interdependientes que proporcionen a sus individuos identidades sociales complejas y positivas, garantizando una red de apoyo suficiente y enriquecedora. Impulsora de una educación participativa, adaptable a las distintas condiciones de partida. Sostenida por los principales valores que comparten la democracia y la ciencia: el respeto y la tolerancia a la divergencia; el rechazo de soluciones únicas, de verdades teológicas, de axiomas indiscutibles; la crítica y la creatividad como ejes del cambio; la persuasión y la negociación como formas de influencia social.

Y más arriba, trascendiendo a estas reflexiones, a la interpretación de estos datos, se postula de forma natural una sencilla y antigua propuesta: situar las utopías sociales, los deseos de la Humanidad, sus valores contrastados o contrastables, como objetivo

principal e inspirador de la acción política, de las medidas económicas y de los planes educativos. La eclosión del pensamiento múltiple,

la revolución de la Ética, la iluminación de la Filosofía, el renacimiento de la Historia y, siempre, la refleja mirada de la poesía.

*Poesía para el pobre, poesía necesaria,
como el pan de cada día,
como el aire que exigimos trece veces por minuto,
para ser y en tanto somos dar un sí que glorifica.
Porque vivimos a golpes, porque apenas si nos dejan
decir que somos quien somos,
nuestros cantares no pueden ser sin pecado un adorno.
Estamos tocando el fondo.
Maldigo la poesía concebida como un lujo
cultural por los neutrales
que, lavándose las manos, se desentienden y evaden.
Maldigo la poesía de quien no toma partido hasta mancharse.*

Fragmento de “La poesía es un arma cargada de futuro”, Gabriel Celaya, 1911-1991



Referencias bibliográficas

Referencias bibliográficas

- Abelson, R.P. y Rosenberg, M.J. (1958): "Symbolic psycho-logic: a model of attitudinal cognition" *Behavior Science*, 3: 1-13.
- Abelson, R.P. (1972): "Are attitudes necessary?". En B.T. King y E. McGinnies (Eds.): *Attitudes, Conflict, and Social Change* (pp. 19-32). Nueva York: Academic Press.
- Abelson, R.P. (1982): "Three models of attitude-behavior consistency". En M.P. Zanna, E.T. Higgins y C.P. Herman (Eds.): *Consistency in social behavior: The Ontario Symposium* (2): 131-146. Hillsdale, Nueva York: Erlbaum.
- Abelson, R.P., Aronson, E., McGuire, W.J., Newcomb, T.M., Rosenberg, M.J. y Tannenbaum, P.H. (1968): *Theories of cognitive consistency: A source book*. Chicago: Rand McNally.
- Aberg, L. (1993): "Drinking and driving: intentions, attitudes, and social norms of Swedish male drivers". *Accid. Anal. y Prevention* (Rev. Análisis de accidente y prevención), 25 (3): 289-296.
- Abraham, C. y Sheeran, P. (1993): "Inferring cognitions, predicting behaviour: two challenges for social cognition models". *Health Psychology Update*, 14: 18-23.
- Agulló Tomás, E. (1998): "La centralidad del trabajo en el proceso de construcción de la identidad de los jóvenes: una aproximación psicosocial". *Psicothema*, 10 (1): 153-165.
- Ajzen, I. (1971): "Attitudinal vs. Normative messages: An investigation of the differential effects of persuasive communications on behavior". *Sociometry*, 34: 263-280.
- Ajzen, I. (1982): "On behaving in accordance with one's attitude". En M.P. Zanna, E.T. Higgins y C.P. Herman (Eds.): *Consistency in social behavior: The Ontario Symposium*, vol. 2, Hillsdale, N.J.: Erlbaum.
- Ajzen, I. (1985): "From intention to actions: A theory of planned behavior". En J. Kuhl y J. Beckman (Ed.): *Action-control: From cognitions to behavior*. Heidelberg: Springer.
- Ajzen, I. (1987): "Attitudes, traits and actions: Dispositional prediction of behavior in personality and social psychology". En L. Berkowitz (Ed.): *Advances in experimental social psychology*, 20: 1-63. San Diego, California: Academic Press.
- Ajzen, I. (1988): *Attitudes, personality and behaviour*. Chicago: Open University Press.

- Ajzen, I. (1989): "Attitude Structure and Behavior". En S.R. Pratkanis, S.J. Breckerl y A.G. Greenwald (Eds.): *Attitude, Structure and Function*. Hillsdale, L. Erlbaum: 241-274.
- Ajzen, I. (1991): "The theory of planned behavior". *Organizational Behavior and Human Decision Processes*, 50: 179-211.
- Ajzen, I. (1995): "Beliefs". En A. Manstead y M. Hewstone (Eds.): *The Blackwell Encyclopedia of Social Psychology*. Oxford: Blackwell.
- Ajzen, I. y Fishbein, M. (1973): "Attitudinal and normative variables as predictors of specific behaviors". *Journal of Personality and Social Psychology*, 27: 41-57.
- Ajzen, I. y Fishbein, M. (1977): "Attitude-behavior relations: A theoretical analysis and review of empirical research". *Psychological Bulletin*, 84: 888-918.
- Ajzen, I. y Fishbein, M. (1980): *Understanding attitudes and predicting social behavior*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Ajzen, I., Timko, C. y White, J.B. (1982): "Self-monitoring and the attitude-behavior relation". *Journal of Personality and Social Psychology*, 42: 426-435.
- Ajzen, I. y Madden, T.J. (1986): "Prediction of goal-directed behavior: Attitudes, intentions, and perceived behavioral control". *Journal of Experimental Social Psychology*, 22: 453-477.
- Ajzen, I. y Timko, C. (1986): "Correspondence between health attitudes and behavior". *Journal of Basic and Applied Social Psychology*, 7: 259-276.
- Ajzen, I. y Driver, B.L. (1992): "Application of the Theory of Planned Behavior to leisure choice". *Journal of Leisure Research*, 24 (3): 207-224.
- Ajzen, I.; Nichols, A. y Driver, B.L. (1995): "Identifying salient beliefs about leisure activities: Frequency of elicitation versus response latency". *Journal of Applied Social Psychology*, 25 (16): 1391-1410.
- Akers, R.L. (1985): *Deviant Behavior: A Social Learning Approach*. Belmont, CA: Wadsworth.
- Akers, R.L. (1992): *Drugs, alcohol, and society: Social structure, process and policy*. Belmont, CA: Wadsworth.
- Akers, R.L. Krohn, M.D. Lanza-Kaduce, L. y Radosevich, M. (1979): "Social learning and deviant behavior: A specific test of a general theory". *American Sociological Review*, 44 (4): 635-655.
- Alagna, S.W. y Reddy, D.M. (1984): "Predictors of proficient technique and successful lesion detection in breast self-examination". *Health Psychology*, 3: 113-127.
- Albarracín, D. y Wyer, R.S. (2000): "The cognitive impact of past behavior: influences on beliefs, attitudes, and future behavioral decisions". *Journal of Personality and Social Psychology*, 79 (1): 5-22.
- Albrecht, S.L. y Carpenter, K.E. (1976): "Attitudes as predictors of behavior versus behavior intentions: A convergence of research traditions". *Sociometry*, 39: 1-10.

- Allport, G.W. (1935): "Attitudes". En G. Murchison (Ed.): *Handbook of social psychology*. Worcester, MA, Clark University Press.
- Alonso, L.R. (1994): "Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa". En J.M. Delgado y J. Gutiérrez (Coords.): *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Cap 8: 225-240. Madrid: Síntesis.
- Alvaro, J.L. (1992): *Desempleo y bienestar psicológico*. Madrid: Siglo XXI.
- Alvira, F., Avia, M.D., Calvo, R. y Morales, J.F. (1979): *Los dos métodos en las Ciencias Sociales*. Madrid: CIS.
- Altschuler, D. y Brounstein, P.J. (1991): "Patterns of drug use, drug trafficking and other delinquency among inner city adolescent males in Washington". *Criminology*, 29: 589-622.
- Alwin, D.F. y Jackson, D.J. (1982): "The statistical analysis of Kohn's measures of parental values". En H. Wold y J. Jöreskog (Eds.): *Systems Under Indirect Observation*. Nueva York: Elsevier North-Holland: 197-223.
- Ander-Egg, E. (1993): *Metodología y práctica del Desarrollo de la Comunidad*. Buenos Aires: Humanitas.
- Anderson, N.H. (1974): Cognitive algebra: Integration theory applied to social attribution. En L. Berkowitz (Ed.): *Advances in experimental social psychology*, vol. 7: 1-101. Nueva York: Academic Press.
- Anderson, C.A. (1983): "Imagination and expectation: The effect of imagining behavioural scripts on personal intentions". *Journal of Personality and Social Psychology*, 45: 295-305.
- Andrews, K.H. y Kandel, D.B. (1979): "Attitude and behavior: A specification of the contingent consistency hipótesis". *American Sociological Review*, 44: 298-310.
- Arthur, R.F. (1989): "How to help gangs with the self-esteem battle". *School Administrator*, 46: 18-20.
- Atkinson, J.W. (1964): *An introduction to motivation*. Princeton, Nueva York: Van Nostrand.
- Austin, J.T. y Calderon, R.F. (1996): "Thoretical and Technical Contributions to Structural Equation Modeling: An Updated Annotatad Bibliography". *Structural Equation Modeling* 3 (2): 105-125.
- Ávila Espada, A. (1989): "La entrevista clínica". En A. Ávila Espada (Comp.): *Evaluación Psicológica Clínica. Vol. II: Técnicas de evaluación*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Ayala, F. (1996): *En qué mundo vivimos*. Madrid: Ediciones El País, S.A./Aguilar, S.A. de Ediciones.
- Ayestarán, S. (Ed.) (1996): *El grupo como construcción social*. Barcelona: Ed Rubí, 1996.
- Ayestarán, S. (1994): *El proceso de socialización en los/las jóvenes de Euskadi (Promoción sociocultural y juventud)*. Vitoria-Gasteiz: Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco.

- Ayestarán, S. (1993): "Individuación y grupalidad: dos dimensiones que definen la estructura y la dinámica del grupo". *Psicothema*, 5 (Supl): 199-211.
- Babrowski, L.J. (1988): *Collecting, Organizing and Reporting Street Gang Crime*. Chicago: Chicago Police Department, Special Functions Group.
- Bagozzi, R.P. y Burnkrant, R.E. (1979): "Attitude organization and the attitude-behavior relation: a reply to Dillon and Kumar". *Journal of Personality and Social Psychology*, 49: 47-57.
- Bagozzi, R.P. y Burnkrant, R.E. (1985): "Attitude organization and the attitude-behavior relationship". *Journal of Personality and Social Psychology*, 37: 913-929.
- Bagozzi, R.P. (1981): "Attitudes, intentions and behaviour: A test of some key hypotheses". *Journal of Personality and Social Psychology*, 41: 607-627.
- Bagozzi, R.P. (1989): "An investigation of the role of affective and moral evaluations in the purposeful behaviour model of attitude". *British Journal of Social Psychology*, 28: 97-113.
- Bagozzi, R.P., Baumgartner, J. y Yi, Y. (1989): "An investigation into the role of intentions as mediators of the attitude-behavior relationship". *Journal of Economic Psychology*, 10: 35-62.
- Bagozzi, R.P. y Yi, Y. (1989): "The Degree of Intention Formation as a Moderator of the Attitude-Behavior Relationship". *Social Psychology Quarterly*, 52 (4): 266-279.
- Bagozzi, R.P., Yi, Y. y Baumgartner, J. (1990): "The level of effort required for behaviour as a moderator of the attitude-behaviour relation". *European Journal of Social Psychology*, 20: 45-59.
- Bagozzi, R.P. y Warshaw, P.R. (1990): "An examination of the etiology of the attitude-behavior relationship". *Journal of Personality and Social Psychology*, 37: 913-929.
- Bagozzi, R.P. y Kimmel, S. (1995): "A comparison of leading theories for the prediction of goal-directed behaviours". *British Journal of Social Psychology*, 34: 437-461.
- Bain, R. (1928): "An attitude on attitude research". *American Journal of Sociology*, nº 33: 940-957.
- Bandura, A. (1973): *Aggression: A social learning analysis*. Englewood Cliffs, Nueva York: Prentice-Hall.
- Bandura, A. (1977): "Self-efficacy: Toward a unifying theory of behavioral change". *Psychological Review*, 84: 191-215.
- Bandura, A. (1977): *Social learning theory*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Bandura, A. (1982): "Self-efficacy: Mechanism in human agency". *Journal of Social and Clinical Psychology*, 4 (Special issue: Self-efficacy theory in contemporary psychology): 359-373.
- Bandura, A. (1986): *Social Foundations of Thought and Action: A Social Cognitive Theory*. Englewood Cliffs, Nueva York: Prentice-Hall.
- Bandura, A. (1987): *Pensamiento y acción: Fundamentos sociales*. Barcelona: Martínez Roca.

- Bandura, A., Adams, N.E. y Beyer, J. (1977): "Cognitive processes mediating behavioral change". *Journal of Personality and Social Psychology*, 35: 125-139.
- Bandura, A. y Ribes, E. (1980): *Modificación de conducta. Análisis de la agresión y de la delincuencia*. México: Trillas.
- Bandura, A., Adams, N.E.; Hardy, A.B. y Howells, G.N. (1980): "Tests of the generality of self-efficacy theory". *Cognitive Therapy and Research*, 4: 39-66.
- Banks, M.H. y Ullah, P. (1988): *Youth Unemployment: Social and psychological Perspectives*. Londres: Department of Employment research Paper, 61.
- Bargh, J.A., Chaiken, S., Govender, R. y Pratto, F. (1992): "The generality of the automatic attitude activation effect". *Journal of Personality and Social Psychology*, 62: 893-912.
- Baron, A.R. (1972): "Reducing the influence of an aggressive model: The restraining effects of peer censure". *Journal of Experimental Social Psychology*, 8: 266-275.
- Baron, R.A. y Byrne, D. (1998): *Psicología Social*. Madrid: Prentice Hall.
- Baron, S.W. y Tindall, D.B. (1993): "Network structure and delinquent attitudes within a juvenile gang". *Social Networks*, 15: 255-273.
- Barriga, S. (1987): "La intervención psicosocial: introducción teórica". En S. Barriga, J.M. León y M. Martínez: *Intervención Psicosocial*: 11-58. Barcelona: Hora.
- Baumrind, D. (1985): "Familial antecedents of adolescent drug use: a developmental perspective". En *Etiology of drug abuse*. Maryland, NIDA Rockville: Research Monograph Series, 56.
- Beale, D.A. y Manstead, A.S.R. (1991): "Predicting mother's intentions to limit frequency of infant's sugar intake: Testing the theory of planned behaviour". *Journal of Applied Social Psychology*, 21: 409-431.
- Beck, K.H. (1981): "Driving while under the influence of alcohol: Relationship to attitudes and beliefs in a college population". *American Journal of Drug and Alcohol Abuse*, 8: 377-388.
- Beck, L. y Ajzen, I. (1991): "Predicting Dishonest Actions using the Theory of Planned Behavior". *Journal of Research in Personality*, 25: 285-301.
- Bem, D.J. (1972): "Self-perception theory". En L. Berkowitz (Ed.): *Advances in Experimental Social Psychology*, vol. 6: 1-62. Nueva York: Academic Press.
- Bem, D. y Allen, A. (1974): "On predicting some of the people some of the time: The search for cross-situational consistencies in behavior". *Psychological Review*, 81: 506-520.
- Bentler, P.M. (1980): "Multivariate analysis with latent variables: Causal modeling". *Annual Review of Psychology*, 30: 419-456.
- Bentler, P.M. y Speckart, G. (1979): "Models of attitude-behavior relations". *Psychological Review*, 86: 452-464.

- Bentler, P.M. y Speckart, G. (1981): "Attitude cause behavior: A structural equation análisis". *Journal of Personality and Social Psychology*, 40: 226-238.
- Bentler, P.M. y Weeks, D.G. (1980): "Linear structural equations with latent variables". *Psychometrika*, 45: 289-308.
- Berdullas, M., Ayestarán, S., Chacón, Fernando y Páez, Darío (1994): "Psychological intervention in social services. Applied Psychology: An International Review". Vol. 43(2), Abr. 1994. Special Issue: Applied psychology in Spain. pp. 275-290.
- Berkowitz, S.D. (1982): *An Introduction to Structural Analysis: The Network Approach to Social Research*. Toronto: Butterworth.
- Berkowitz, L, Cochran, S y Embree, M. (1981): "Physical pain and the goal of aversively simulated agresión". *Journal of Personality and Social Psychology*, 40: 687-700.
- Bessant, J. y Watts, R. (1994): "Violence, schools and young people: a preliminary report". *Discourse*, 15, 2: 49-59.
- Beynon, J. (1989): "A school for men: An ethnographic case study of routine violence in schooling". En J. Archer y K. Browne (Eds.): *Human Aggression: Naturalistic Approach*. Londres: Routledge and Kegan Paul, pp. 215-241.
- Biddle, B.J., Bank, B.J. y Marlin, M.M. (1980): "What they think, what they do, and what i think and do: social determinants of adolescent drinking". *Journal Std. Alcohol*, 41: 215-241.
- Bielby, W.T. y Hauser, R.M. (1977): "Structural equation models". *Annual Review of Sociology*, 3: 246-251.
- Bienert, H. y Schneider, B.H. (1993): "Diagnosis-specific social skills training with peer-nominated aggressive-disruptive and sensitive-isolated preadolescents". *Journal of Applied Development Psychology*, 26: 182-199.
- Biglan, A. Metzler, C.W. Wirt, R. Ary, D. Noell, J. Ochs, L. French, C. y Hood, D. (1990): "Social and behavioral factors associated with high-risk sexual behavior among adolescents". *Journal Behavior Med.*, 13: 245-261.
- Bingham, W. y Moore, B.V. (1973): *¿Cómo entrevistar?*. Madrid: Rialp.
- Bjerregaard, B. y Smith, C. (1993): "Gender Differences in Gang Participation, Delinquency, and Substance Use". *Journal of Quantitative Criminology*, 9, 4: 329-355.
- Blanch, J.M. (1990): *Del viejo al nuevo paro. Un análisis psicológico y social*. Barcelona: PPU.
- Blumer, H. (1948): Trad. en Blumer (1969), pp. 151-160: "La opinión pública y su sondeo".
- Blumer, H. (1955): Trad. en Blumer (1969), pp. 69-76: "Las actitudes y el acto social".
- Bobrowski, L.J. (1988): *Collecting, Organizing and Reporting Street Gang Crime*. Nueva York: Chicago Library.

- Bogardus, E.S. (1928): "Measuring social distances". *Journal App. Sociol.*, 9: 299-308.
- Bollen, K.A. (1989): *Structural Equations with Latent Variables*. Nueva York: Wiley.
- Bollen, K.A. y Stein, R.A. (1993): "Bootstrapping Goodness-of-Fit Measures in Structural Equations Models". En K.A. Bollen y J.S. Long (Eds.): *Testing Structural Equation Models*. Newbury Park, Calif.: Sage.
- Bolles, R.C. (1975): *Learning theory*. Nueva York: Holt, Rinehart y Winston.
- Boninger, D.S., Krosnick, J.A. y Berent, M.K. (1995): "Origins of attitude importance: Self-interest, social identification, and value relevance". *Journal of Personality and Social Psychology*, 68: 61-80.
- Bonner, A.F. (1916): "Attitude as it affects performance of tests". *Psychological Review*, 23: 303-317.
- Borgida, E. y Campbell, B. (1982): "Belief relevance and attitude-behavior consistency: The moderation role of personal experience". *Journal of Personality and Social Psychology*, 58: 791-800.
- Bosch-Marín, J., Crespo Vasco, J. y Saez Crespo, F. (1987): *Estudio del consumo de bebidas alcoholicas en la Juventud Madrileña*. Madrid: Asociación UNICEF-ESPAÑA.
- Botella, J., León, O. y San Martín, R. (1993): *Análisis de datos en Psicología I*. Madrid: Pirámide.
- Boyd, B. y Wandersman, A. (1991): "Predicting undergraduate condom use with the Fishbein and Ajzen and Triandis attitude-behavior models: implications for public health interventions". *Journal of Applied Social Psychology*, 21: 1810-1830.
- Bowker, L.H. Gross, H.S. y Klein, M.W. (1980): "Female participation in delinquent gang activity". *Adolescence*: 15, 509-519.
- Bowker, L. y Klein, M.W. (1983): "The etiology of female juvenile delinquency and gang membership: A test of psychological and social structural explanations". *Adolescence*, 18: 739-751.
- Bowley, A. (1901): *Elements of statistics*. Londres: P.S. King and Son.
- Bowman, C.H. y Fishbein, M. (1978): "Understanding public reaction to energy proposals: An application of the Fishbein model". *Journal of Applied Social Psychology*, 8: 319-340.
- Brayan, J.W. y Freed, F.W. (1982): "Corporal punishment: Normative data and sociological and psychological correlates in a community college population". *Journal of Youth and Adolescence*, 11.
- Breckler, S.J. (1984): "Empirical validation of affect, behavior and cognition as distinct attitude components". *Journal of Personality and Social Psychology*, 47: 1191-1205.
- Breckler, S.J. (1990): "Applications of Covariance Structure Modeling in Psychology: Cause for Concern?". *Psychological Bulletin*, 107 (2): 260-273.

- Breckler, S.J. y Wiggins, E.C. (1989): "On defining attitude and attitude theory: once more with feeling". En A.R. Pratkanis, S.J. Breckler y A.G. Greenwald (Eds.): *Attitude Structure and Function* (407-409). Hillsdale, Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Brehm, S.S. y Kassin, S.M. (1989): *Social Psychology*. Boston, Houghton Mifflin Company.
- Brinberg, D. (1979): "An examination of the determinants of intention behavior: A comparison of two models". *Journal of Applied Social Psychology*, 9: 560-575.
- Brown, D.W. (1974): "Adolescent attitudes and lawful behavior". *Public Opinion Quarterly*, 38: 98-106.
- Brown, W.K. (1977): "Black female gangs in Philadelphia". *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 21: 221-228.
- Bryant, D. (1989): "Communitywide responses crucial for dealing with youth gangs". *Juvenile Justice Bulletin*. Washington, D.C.: Office of Juvenile Justice and Delinquency Prevention.
- Bryant, J. Carveth, R.A. y Brown, D. (1981): "Television viewing and anxiety: An experimental examination". *Journal Comm.*, 31: 106-119.
- Budd, R.J., North, D. y Spencer, C.P. (1984): "Understandign seat belt use: A test of Bentler y Speckart's extension of the theory of reasoned actino". *European Journal of Social Psychology*, 14: 69-78.
- Budd, R.J. y Spencer, C.P. (1984): "Exploring the role of personal normative beliefs in the theory of reasoned action: The problem of discriminating between alternative path model". *European Journal of Social Psychology*, 15: 299-313.
- Budd, R.J. y Spencer, C.P. (1986): "Lay theories of behavioral intention: A source of response bias in the theory of reasoned action?". *British Journal of Social Psychology*, 25: 109-117.
- Budd, R. (1986): "Predicting cigarette use: The need to incorporate measures of salience in the theory of reasoned actino". *Journal of Applied Social Psychology*, 16: 663-685.
- Bugeda, J. (1970): *Manual de técnicas de investigación social*. Madrid: IEP.
- Burgess, R.L. y Akers, R.L. (1966): "A differential assotiation-reinforcement theory of criminal behavior". *Social Problems*, 14: 228-247.
- Bynner, J. (1981): "Use of LISREL in the solution to a higher-order factor problem in a study of adolescent self-images". *Quality and Quantity*, 15: 523-540.
- Calder, B.J. (1973): *Attitudes and behavior*. Morristown, NJ: General Learning.
- Calder, B.J. y Ross, M. (1976): "Attitudes: theories and issues". En J.W. Thibaut, J.T. Spence y R.C. Carlson (Eds.): *Contemporary Topics in Social Psychology*. Morristown, NJ: Gernerall Learning Press.

- Calder, B.J, Ross, M. y Insko, C.A. (1973): "Attitude change and attitude attribution: effects of incentive, choice, and consequences". *Journal of Personality and Social Psychology*, 25: 84-99.
- Campart, M. y Lindström, P. (1997): "Intimidación y violencia en las escuelas suecas. Una reseña sobre investigación y política preventiva". *Revista de Educación*, 313: 95-119.
- Campbell, D.T. (1963): "Social attitudes and other acquired behavioral dispositions". En S. Koch, (Ed.): *Psychology: A study of science* (vol. 6: 94-172). Nueva York, McGraw-Hill.
- Campbell, A. (1984): *The Girls in the Gangs: A Report from Nueva York City*. Oxford: Basil Blackwell.
- Campbell, A. (1987): "Self-definition by rejection: The case of the gangs girls". *Social Problems*, 34: 451-466.
- Campbell, A. (1990): "Female gang members". En C.R. Huff (Ed.): *Gangs in America*. Newbury Park, CA: Sage.
- Campbell, A. (1991): *The girls in the gang* (20 ed.). Cambridge, MA: Basil Blackwell.
- Canales, M. y Peinado, A. (1994): "Grupos de discusión". En J.M. Delgado y J. Gutiérrez (Coord.): *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis: 287-316.
- Canary, D.J. y Seilbod, D.R. (1984): *Attitudes and behavior. An annotated bibliography*. Nueva York: Praeger.
- Cannell, C.F. y Kahn, R.L. (1968): "Interviewing". En G. Lindzey y E. Aronson (Eds.): *Handbook of Social Psychology (Vol. 2). Research Methods*. Reading, Addison-Wesley: 526-595.
- Canter, E.J. (1982): "Family correlates of male and female delinquency". *Criminology*, 20, 149-167.
- Caplow, T. (1956): "The dynamics of information interviewing". *The American Journal of Sociology*, vol. LXII: 165-171.
- Carlson, E.R. (1956): "Attitude change through modification of attitude structure". *Journal of Abnormal Social Psychology*, 52: 256-261.
- Cartwright, D. y Harary, F. (1956): "Structural balance: A generalization of Heider's theory". *Psychological Review*, 63: 277-293.
- Carver, C.S. (1975): "Physical aggression as a function of objective self-awareness and attitudes toward punishment". *Journal of Experimental Social Psychology*, 19: 403-421.
- Center of Disease Control and Prevention (1985): "Homicides among young Black males: United States, 1970-82". *MMWR*, 34: 629-633.
- Centerwall, B.S. (1984): "Race, socioeconomic status, and domestic homicide: Atlanta, 1971-72". *American Journal of Public Health*, 74: 813-815.

- Cernkovich, S.A. Giordano, P.C. y Pugh, M.D. (1985): "Chronic offenders: The missing cases in self-report delinquency research". *Journal of Criminal Law and Criminology*, 76: 705-732.
- Cernkovich, S.A. y Giordano, P.C. (1987): "Family relationships and delinquency". *Criminology*, 20: 149-168.
- Cervone, D. y Peake, P.K. (1986): "Anchoring, efficacy and action: The influence of judgmental heuristics on self-efficacy judgments and behaviour". *Journal of Personality and Social Psychology*, 50: 492-501.
- Chaiken, S. y Baldwin, M.W. (1981): "Affective-cognitive consistency and the effect of salient behavioural information on the self-perception of attitudes". *Journal of Personality and Social Psychology*, 41: 1-12.
- Chaiken, S. y Stangor, C. (1987): "Attitudes and attitude change". *Annual Review of Psychology*, 38: 575-630.
- Charng, H.W., Piliavin, J. y Callero, P.L. (1988): "Role identity and reasoned action in the prediction of repeated behaviour". *Social Psychology Quarterly*, 51: 303-317.
- Chein, I. (1948): "Behavioral theory and the behavior of attitudes: some critical comments". *Psychological Review*, 55: 175-188.
- Cherrington, B. (1934): "Methods of education in international attitudes". *Teach. Coll. Contrib. Educ.*, 2: 877-882.
- Choquet, M., Menke, E. y Manfredi, R. (1991): "Interpersonal aggressive behaviour and alcohol consumption among young urban adolescents in France". *Alcohol & Alcoholism*, 26: 4, 381-390.
- Clemente, M. (1992): "Los métodos de investigación y su papel en la Psicología Social". En M. Clemente (Comp.): *Psicología Social: Métodos y Técnicas de Investigación*. Madrid: Eudema: 55-86.
- Clemente, M. (1986): "Análisis de la etiqueta >delincuente= como criterio clasificatorio en una muestra de mujeres". *Revista de Psicología Social*, 1, 2: 167-179.
- Clemente, M. (1985): "Enfoque psicosociales en el estudio de la delincuencia". En J.F. Morales, A. Blanco, C. Huici y J.M. Fernández-Dols (Eds.): *Psicología social aplicada*. Bilbao: Desclée de Brower, pp. 295-313.
- Cliff, N. (1983): "Some cautions concerning the application of causal modeling methods". *Multivariate Behavioral Research*, 18: 115-126.
- Cloward, R.A. y Ohlin, L.E. (1960): *Delinquency and Opportunity: A theory of delinquent gangs*. Nueva York: Free Press.
- Cohen, A.K. (1990): "Foreword and Overview". En C.R. Huff (Ed.): *Gangs in America*. Newbury Park: Sage (pp. 7-21).
- Cohen, A.K. (1955): *Delinquent Boys*. Nueva York: Free Press.

- Cohen, J. y Cohen, P. (1983): *Applied Multiple Regression/Correlation Analysis for the Behavioral Sciences*, 20 edición. Hillsdale, N.J.: Lawrence Erlbaum Associates.
- Cook, T.D. y Campbell, D.T. (1979): *Quasi-experimentation Design & analysis issues for fields settings*. Chicago: Rand McNally.
- Cook, T.D. y Reichardt, C.S. (Eds.) (1986): *Métodos cualitativos y cuantitativos en investigación evaluativa*. Madrid: Morata.
- Cooper, C.N. (1967): "The Chicago YMCA detached workers: Current status of an action program". En M.W. Klein (Ed.): *Juvenile gangs in context: Theory, research and action*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Coopersmith, S. (1981): *Self-esteem inventories*. Palo Alto, CA: Consulting Psychologist Press.
- Corey, S.M. (1973): "Professed attitudes and actual behavior". *Journal of Educational Psychology*, 28: 271-280.
- Costa, P., Pérez Ternero, J.M. y Tripea, F. (1996): *Tribus urbanas*. Barcelona: Paidós.
- Crawford, T.J. y Boyer, R. (1985): "Salient consequences, cultural values, and childbearing intentions". *Journal of Applied Social Psychology*, 15: 16-30.
- Crites, S., Fabrigar, L.R. y Petty, R.E. (1994): "Measuring the affective and cognitive properties of attitudes: Conceptual and methodological issues". *Personality and Social Psychology*, 37: 1387-1397.
- Cronbach, L.J. (1957): "The two disciplines of scientific psychology". *American Psychological*, 12: 281-302.
- Cronkrite, G. (1969): *Persuasion: Speech and behavioral change*. Nueva York: Bobs-Merrill.
- Curry, J.F., Pelissier, B., Woodford, D. y Lochmann, J. (1988): "Violent or assaultive youth". *American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 27 (2): 226-232.
- Curry, G. y Pergel, I.A. (1992): "Gang involvement and delinquency and community". *Criminology*, 26: 381-405.
- D'Adamo, O. y García, V. (2002): "Actitudes y conducta". En Morales, J.F., Páez, D., Kornblit, A.L. y Asún, D. (Coords.): *Psicología Social*. Buenos Aires: Prentice Hall.
- Dalton, R.J. (1982): "The pathways of parental socialization". *American Politics Quarterly*, 10: 139-157.
- Darwin, Ch. (1872): *The expression of emotions in man and animals*. Londres: John Murray.
- Davidson, A.R. y Jaccard, J.J. (1975): "Population psychology: A new look at an old problem". *Journal of Personality and Social Psychology*, 31: 1075-1082.

- Davidson, A.R. y Jaccard, S. (1979): "Variables that moderate the attitude-behavior relation: results of a longitudinal survey". *Journal of Personality Social Psychology*, 37: 1364-1376.
- Davidson, A.R., Jaccard, J.J., Triandis, H.C., Morales, M.L. y Díaz-Guerrero, R. (1976): "Cross-cultural model testing: Toward a solution of the etic-emic dilemma". *International Journal of Psychology*, 11: 1-13.
- Dawes, R.M. (1972): *Fundamentals of attitude measurement*. Nueva York: Wiley.
- Dawes, R.M. y Smith, T.L. (1985): "Attitude and opinion measurement". En G. Lindzey y E. Aronson (Eds.): *Handbook of Social Psychology* (1), Nueva York: Random House.
- De Vries, M; Dijkstra, M. y Kuhlman, P. (1988): "Self-efficacy: the third factor besides attitude and subjective norm as a predictor of behaviour intention". *Health Education Research*, 3: 273-282.
- Denzin, N.K. (1970): *The research act*. Chicago: Aldine.
- Deutscher, I. (1969): "Looking backward: Case studies on the progress of methodology in sociological research". *Am. Sociol.*: 35-41.
- Deutscher, I. (Ed.) (1973): *What we say/wath we do. Sentiments and acts*. Glenview.
- Devine, P.G. (1995): "Prejudice and Outgroup Perception". En A. Tesser (Ed.): *Advanced Social Psychology*. Nueva York: McGraw Hill: 467-524.
- Dewey, J. (1922): *Human nature and conduct*. Nueva York: Holt. (Traducción FCE, México, 1964: *Naturaleza humana y conducta: introducción a la psicología social*).
- Dielman, T.E., Leech, S.L., Lorenger, A.T. y Horvath, W.J. (1984): "Health locus of control and self-esteem as related to adolescent health behavior". *Adolescence*, 19: 935-950.
- Dillon, W.R. y Kumar, A. (1985): "Attitude organization and the attitude-behavior relation: A critique of Bagozzi and Burnkrant's reanalysis of Fishbein and Ajzen". *Journal of Personality and Social Psychology*, 49: 33-46.
- Doane, J.A. (1978): "Family interaction and communication deviance in disturbed and normal families: A review of research". *Family Process*, 17: 357-376.
- Dockery, T.M. y Bedeian, A.G. (1989): "Attitudes versus actions: LaPiere's (1934) classic study revisited". *Social Behavior and Personality*, 17(1): 9-16.
- Dodge, K.A. (1990): "Mechanism in the Cycle of Violence". *Science*, 250: 1678-83.
- Doll, J. y Ajzen, I. (1992): "Accessibility and Stability of Predictors in the Theory of Planned Behavior". *Journal of Personality and Social Psychology*, 63 (5): 754-765.
- Donovan, J.E. y Jessor, R. (1986): "Structure of problem behavior in adolescence and young adulthood". *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 53: 890-904.

- Doob, L. (1947): "The behavior of attitudes". *Psychological Review*, 54: 135-156.
- Dornbusch, S.M. Carlsmith, J.M. Bushwall, S.J. Ritter, P.L. Leiderman, H. Hastorf, A.H. y Gross, R.T. (1985): "Single parents, extended households, and the control of adolescents". *Child Development*, 56: 326-341.
- Douglas, J. (1981): *Investigative Social Research*. Beverly Hills: Sage.
- Douglas, R. (1979): *Group Proces in Social Work*. Londres: John Wiley & Sons.
- Dovidio, J.F. y Gaertner, S.L. (1986): "Prejudice, discrimination, and racism: Historical trends and contemporary approaches". En J.F. Dovidio y L. Gaertner (Eds.): *Prejudice, discrimination, and racism*. Orlando, FL: Academic Press.
- Downes, D. (1966): *The delinquent solution*. Londres: Routledge.
- Downes, D. (1982): "The language of violence". En P. Marsh y A. Campbell (Eds.): *Agression and Violence*. Oxford: Basil Blackwell, pp. 27-45.
- Drabman, R.S. y Thomas, M.H. (1974): "Does media violence increase children's toleration of real-life aggression?". *Developmental Psychology*, 10: 418-121.
- Drabman, R.S. y Thomas, M.H. (1976): "Does watching on television cause apathy?". *Pediatrics*, 57: 329-331.
- Drummond, D.C. (1990): "The relationships between alcohol dependence and the alcohol-related problems in a clinical population". *British Journal of Addiction*, 85: 357-366.
- Dulany, D.E. (1961): "Hypotheses and habits in verbal 'operant conditioning'". *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 63: 251-263.
- Dulany, D.E. (1968): "Awareness, rules and propositional control: A confrontation with S-R behavior theory". En D. Morton y T. Dixon (Eds.): *Verbal Behavior and S-R Behavior Theory* (340-384). Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Durant, R.H., Cadenhead, Pendergrast C., R.A. Slavens, G. y Linder, C.W. (1994): "Factors Associated with the Use of Violence among Urban Black Adolescents". *American Journal of Public Health*, 84: 612-617.
- Duster, T. (1987): "Crime, youth unemployment, and the Black urban underclass". *Crime & Delinquency*, 33: 300-316.
- Duval, S. y Wicklund, R.A. (1972): "Attitude and attitude change". *Annual Review of Pyschology*, 35: 395-426.
- Duverger, M. (1972): *Métodos de las ciencias sociales*. Barcelona: Ariel.
- Eagly, A.H. y Chaiken, S. (1992): *The psychology of attitudes*. San Diego, CA: Harcourt Brace Janovich.

- Eagly, A.H. y Chaiken, S. (1993): *The psychology of attitudes*, Cap. 4: 155-218. Harcourt Brace Jovanovich College Publishers Orlando.
- Eaves, L.J., Eysenck, H.J. y Martin, N.G. (1989): *Genes, Culture and Personality: An Empirical Approach*. Londres: Academic Press.
- Echebarria, A., Martínez, B., Páez, D. y Valencia, J.F. (1987): "Autoconciencia, conducta y emoción". *Boletín de Psicología*, 15: 83-117.
- Echebarria, A., Páez, D. y Valencia, J.F. (1988): "Testing Ajzen and Fishbein's attitudes model: The prediction of voting". *European Journal of Social Psychology*, 18: 181-189.
- Echebarria, A. y Valencia, J.F. (1994): "Private self-consciousness as moderator of the importance of attitude and subjective norm: The prediction of voting". *European Journal of Social Psychology*, 24: 285-293.
- Edwards, A.L. (1957): *Techniques of attitude scale construction*. Nueva York: Appleton Century Crofts.
- Edwards, F. (1957): *The social desirability variable in personality assessment and research*. Nueva York: Dryden.
- Edwards, K. (1990): "The interplay of affect and cognition in attitude formation and change". *Journal of Personality and Social Psychology*, 59 (2): 202-216.
- Ehrlich, H. (1969): "Attitudes, behavior and the intervening variables". *American Sociology*, 4: 29-34.
- Eiser, J.R. y Sutton, S.R. (1977): "Smoking as a subjectively rational choice". *Addictive Behaviors*, 2: 129-134.
- Eiser, J.R., van der Pligt, J., Raw, M. y Sutton, S.R. (1985): "Trying to stop smoking: Effects of perceived addiction, attributions for failure and expectancy of success". *Journal of Behavioral Medicine*, 8: 321-341.
- Eiser, J.R. y van der Pligt, J. (1986): "Smoking cessation and smokers' perceptions of their addiction". *Journal of Social and Clinical Psychology*, 4: 60-70.
- Ellen, P.S. y Madden, T.J. (1990): "The impact of response format on relations among intentions, attitudes and social norms". *Marketing Letters*, 1: 161-170.
- Elliot, D.S. y Voss, H. (1974): *Delinquency and Dropout*. Lexington, MA: D.C. Heath.
- Elliot, D.S., Huizinga, D. y Ageton, S. (1985): *Explaining Delinquency and Drug Use*. Beverly Hills, CA: Sage.
- Ellwood, C.A. (1925): *The psychology of human society*. Nueva York: Appleton.
- Endler, N.S. y Magnusson, D. (1977): "Interactional psychology: Present status and futuro prospect". En D. Magnusson y N.S. Endler (Ed.): *Personality at the crossroads: current issues in interactional psychology*. Hillsdale, Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.

- Ensminger, M.E. (1990): "Sexual activity and problem behavior among black, urban adolescents". *Children Deviance*, 61: 2032-2046.
- Epstein, S. (1979): "The stability of behavior: I. On predicting most of the people much of the time". *Journal of Personality and Social Psychology*, 37: 1097-1126.
- Epstein, S. y O'Brien, E.J. (1985): "The person-situation debate in historic and current perspective". *Psychological Bulletin*, 98: 513-537.
- Erickson, E. (1968): *Identity, Youth and Crisis*. Nueva York: W.W. Norton.
- Erickson, B.H. (1988): "The relational basis of attitudes". En B. Wellman y S.D. Berkowitz (Eds.): *Social Structures: A Network Approach*. Cambridge: Cambridge University Press, pp-99-121.
- Erlandson, D.A., Harris, E.L., Skipper, B.L. y Allen, S.D. (1993): *Doing naturalistic inquiry*. Londres: Sage.
- Eron, L.D., Huesmann, L.R., Brice, P., Fischer, P. y Mermelstein, R. (1983): "Age trends in the development of aggression, sex-typing, and related television habits". *Developmental Psychology*, 19: 71-77.
- Eron, L.D. y Huesman, L.R. (1984): "Television violence and aggressive behavior". En B. Lahey y A. Kazdin (Eds.): *Advances in Clinical Child Psychology*. Nueva York: Plenum Press.
- Esbensen, F., Thornberry, T.P. y Huizinga, D. (1991): "Gangs". En D. Huizinga, R. Loeber y T.P. Thornberry (Ed.): *Urban Delinquency and Substance Abuse: Technical Report*. Washington, DC: Prepared for the Office of Juvenile Justice and Delinquency Prevention, U.S. Department of Justice.
- Evans, J. y Taylor, J. (1995): "Understanding Violence in Contemporary and Earlier Gangs: An Exploratory Application of the Theory of Reasoned Action". *Journal of Black Psychology*, 21,1: 71-81.
- Fagan, J. (1989): "The social organizations of drugs use among urban gangs". *Criminology*, 27: 633-666.
- Fagan, J. (1990): "Social processes of delinquency and drug use among urban gangs". En C.R. Huff (Ed.): *Gangs in American*, Beverly Hills, CA: Sage.
- Fagan, J., Piper, E. y Moore, M. (1986): "Violent delinquents and urban youth: Correlates of survival and avoidance". *Criminology*, 24: 439-471.
- Fagan, J. y Wexler, S. (1987): "Family origins of violent delinquents". *Criminology*, 25: 643-669.
- Fages, J.B. (1990): *Communiquer ente personnes en groupe*. Privat. Toulouse.
- Fazio, R.H. (1989): "On the power and functionality of attitudes. The role of attitude accessibility". En A.R. Pratkanis, S.J. Breckler y A.G. Greenwald (Eds.): *Attitude Structure and Function*. Hillsdale, New Jersey, Lawrence Erlbaum Associates.

- Fazio, R.H. (1990): "Multiple processes by which attitudes guide behavior: the MODE model as an integrative framework". En M.P. Zanna (Ed.): *Advances in Experimental Social Psychology*. San Diego, Academic (25): 75-109.
- Fazio, R., Zanna, M. y Cooper, J. (1978): "Direct experience and attitude-behavior consistency: An information processing análisis". *Personality and Social Psychology Bulletin*, 4: 48-51.
- Fazio, R.H. y Zanna, M.P. (1981): "Direct experience and attitude-behavior consistency". En L. Berkowitz, (Ed.): *Advances in Experimental Social Psychology*, 14 (4): 161-202. Nueva York, Academic Press.
- Fazio, R.H. y Roskos-Ewoldsen, D.R. (1994): "Acting as we feel: When and how attitudes guide behavior". En S. Shavitt y TC Brock (Eds.): *Persuasión* (pp. 71-93). Boston: Allyn & Bacon.
- Fazio, R.H.; Sanboumatsu, D.M. Poweel, M.C. y Kardes, F.R. (1986): "On the automatic activation of attitudes". *Journal of Personality and Social Psychology*, 50: 229-238.
- Fazio, R.H. y Williams, C.J. (1986): "Attitude accessiblity as a moderator of the attitude perception and attitude behavior relations: An investigation of the 1984 presidential election". *Journal of Personality and Social Psychology*, 51: 505-514.
- Fazio, R.H., Jackson, J.R., Dunton, B.C. y Williams, C.J. (1995): "Variability in automatic attitude activation as an unobtrusive measure of racia attitudes: a bona fide pipeline". *Journal of Personality and Social Psychology*, 69: 103-127.
- Feather, N.T. (Ed.) (1982): *Expectations and actions: Expectancy-value models in psychology*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Feldman, S. (Ed.) (1966): *Cognitive consistency (Motivational antecedents and behavioral consequents)*. Nueva York: Academic Press.
- Felson, R.B., Liska, A.E., South, S.J. y McNulty, T.L. (1994): "The subculture of violence and delinquency: Individual vs. School context effects". *Social Forces*, 73: 155-173.
- Festinger, L. (1957): *A theory of cognitive dissonance*. Stanford: University Press.
- Festinger, L. y Katz, D. (1992): *Los métodos de investigación en las ciencias sociales*. Barcelona, Paidós.
- Figueira-McDonough, J., Barton, W.H. y Sarri, R.C. (1981): "Normal deviance: Gender similarities in adolescent subculture". En M.Q. Warren (Ed.): *Comparing Female and Male Offenders*. Beverly Hills, CA: Sage.
- Fishbein, M. (1963): "An investigation of the relationship between beliefs about an object and the attitude toward that object". *Human Relations*, 16: 233-240.
- Fishbein, M. (1966): "Sexual behavior and propositional control". Comunicación en la *Reunión de la Psychonomic Society*.

- Fishbein, M. (1967): "Attitude and the prediction of behavior". En M. Fishbein (Ed.): *Reading in attitude theory and measurement*. Nueva York: Wiley.
- Fishbein, M. (1967): "Attitude and the prediction of behavior". En M. Fishbein (Ed.): *Readings in attitude and measurement* (pp. 477-492). Nueva York: Wiley.
- Fishbein, M. (1973): "The prediction of behavior from attitudinal variables". En C.D. Mortensen y K.K. Sereno (Eds.): *Advances in Communication Research* (pp. 3-31). Nueva York: Harper and Row.
- Fishbein, M. (1980): "A theory of reasoned action: some applications and implications". En M. Page (Ed.): 65-116.
- Fishbein, M. y Ajzen, I. (1972): "Attitudes and opinions". *Annual Review of Psychology*, 23: 487-544.
- Fishbein, M. y Ajzen, I. (1974): "Attitudes toward objects and multiple behavioral criteria". *Psychological Review*, 81: 59-74.
- Fishbein, M. y Ajzen, I. (1975): *Belief, attitude, intention and behavior. An introduction to theory and research*. Reading, MA: Addison-Wesley.
- Fishbein, M. y Ajzen, I. (1981): "Attitudes and voting behavior: An application of the theory of reasoned action". En G. Stephenson y J. Davis: *Progress in applied social psychology*, 1. Nueva York: Wiley and Sons.
- Fishbein, M. y Ajzen, I. (1981): "Acceptance, yielding, and impact: Cognitive processes in persuasion". En R. Petty, T. Ostrom y J. Brock (Ed.).
- Fishbein, M. y Coombs, F.S. (1974): "Basis for decision: an attitudinal analysis of voting behavior". *Journal Appl. S. Psych.*, 4: 95-124.
- Fishbein, M., Ajzen, I. y Hinkle, R. (1980): "Predicting and understanding voting in American elections: Effects of external variables". En I. Ajzen y M. Fishbein (Eds.): *Understanding attitudes and predicting social behavior* (174-195). Englewood Cliffs, Nueva York: Prentice-Hall.
- Fishbein, M., Jaccard, J.J., Davidson, A.R., Ajzen, M. y Loken, B. (1980): "Predicting and understanding family planning behaviors: Beliefs, attitudes and intentions". En I. Ajzen y M. Fishbein (Eds.): *Understanding attitudes and predicting social behaviors* (pp. 130-147). Englewood Cliffs, Nueva York: Prentice-Hall.
- Fishbein, M. y Middlestadt, S. (1995): "Noncognitive effects on Attitude formation and change: fact or artifact?". *Journal of Consumer Psychology*, 4 (2): 181-202.
- Fishbein, M. y Stasson, M. (1990): "The role of desires, self-predictions, and perceived control in the prediction of training session attendance". *Journal of Applied Social Psychology*, 20: 173-198.
- Fisher, W.A., Fisher, J.D. y Rye, B.J. (1995): "Understanding and promoting AIDS-preventive behavior: insights from the theory of reasoned action". *Health Psychology*, 14: 255-264.

- Fleishman, E.A. (1958): "A relationship between incentive motivation and ability level in psychomotor performance". *Journal of Experimental Psychology*, 56: 78-81.
- Fleming, D. (1967): "Attitude; The history of a concept". *Perspectives in American History*, 1: 287-365.
- Fox, K.J. (1982): "Real Punks and Pretenders: The Social Organization of a Counter-culture". *Journal of Contemporary Ethnography*, 16, 3: 344-370.
- Fredericks, A.J. y Dossett, D.L. (1983): "Attitude-behaviour relations: A comparison of the Fishbein-Ajzen and the Bentler-Speckart models". *Journal of Personality and Social Psychology*, 45: 501-512.
- Funes, J. (1990): "Violencia juvenil y medios de comunicación, un viejo debate". *Prevenció*, 11: 1994.
- Furham, A. y Procter, E. (1989): "Belief in a just world: Review and critique of the individual difference literature". *British Journal of Social Psychology*, 28: 565-384.
- García Marcos, J.A. (1987): "La entrevista". En R. Ballesteros: *Psicodiagnóstico*, (1), cap. 10: 359-395. Madrid: UNED.
- Gaskell, G.D., Wright, D.B. y O'Muircheartaigh, C. (1995): "Context effects in the measurement of attitudes: A comparison of the consistency and framing explanations". *British Journal of Social Psychology*, 34: 383-393.
- Geen, R.G. (1990): *Human aggression*. Pacific Grove: Brooks/Cole.
- Geis, G. (1965): *Juvenile gangs*. Washington, DC: President's Committee on Juvenile Delinquency and Youth Crime.
- Geismar, L.L. y Wood, K.M. (1986): *Family and Delinquency: Resocializing the Young Offender*. Nueva York: Human Sciences Press.
- Geller, E.H. y Lehman, G.R. (1991): "The buckle-up promise card: A versatile intervention for large-scale behavior change". *Journal of Applied Behavior Analysis*, 24: 91-94.
- Gelles, R.J. (1972): *The Violent Home: A Study of Physical Agression Between Husbands and Wives*. Beverly Hills, CA: Sage.
- Gerard, H.B. (1964): "Conformity and commitment to the group". *Journal of Personality*, 35: 91-108.
- Gersick, K.E., Grady, K., Sexton, E. y Lyons, M. (1981): "Personality and sociodemographic factors in adolescent drug use". En D.J. Letteri y J.P. Ludforf (Eds.): *Drug Abuse and the American Adolescent*. Monográfico 38 (ADM) 81-1166, 39-56. Rockville, Maryland: National Institute on Drug Abuse.
- Gibbons, D. (1976): *Delinquent Behavior*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.

- Gibbons, F.X. (1978): "Sexual standards and reactions to pornography: Enhancing behavioral consistency through self-focused attention". *Journal of Personality and Social Psychology*, 36: 976-987.
- Giles, M. y Cairns, E. (1995): "Blood donation and Ajzen's theory of planned behaviour: An examination of perceived behavioural control". *British Journal of Social Psychology*, 34: 178-188.
- Gill, J.D., Crosby, L.A. y Taylor, J.R. (1986): "Ecological concern, attitudes, and social norms in voting behavior". *Public Opinion Quarterly*, 50: 537-554.
- Giordano, P. (1978): "Girls, guys and gangs: The changing the social context of female delinquency". *American Journal of Sociology*, 91: 1170-1202.
- Godin, G. y Shephard, R.J. (1987): "Psychosocial factors influencing intentions to exercise in a group of individuals ranging from 47 to 74 years of age". En M.E. Berridge y G.R. Ward (Eds.): *International perspectives on adapted physical activity*. Manuscrito no publicado, School of Nursing, Laval University, Quebec, Canadá.
- Gold, M. (1970): *Delinquent behavior in an American city*. Belmont, CA: Brooks/Cole.
- Goldstein, P.J. (1985): "The drugs/violence nexus: A tripartite conceptual framework". *Journal of Drug Issue*, 1: 493-506.
- Goldstein, A. (1991): *Delinquents Gangs: A Psychological Perspective*. Champaign, IL: Research Press.
- González, F.L. (2000): *Investigación cualitativa en Psicología: Rumbos y desafíos*. México: International Thomson Editores.
- Goode, W.J. y Hatt, P.K. (1970): *Métodos de investigación social*. México: Trillas.
- Gorden, R. (1987): *Interviewing. Strategy, techniques and tactics*. Homewood, Illinois: Dorsey Press.
- Gorsky, J.D. y Pilotto, L. (1993): "Interpersonal Violence Among Youth: A Challenge for School Personnel". *Educational Psychology Review*, 5, 1: 35-61.
- Gorsuch, R.L. y Ortberg, J. (1983): "Moral obligation and attitudes: Their relation to behavioral intentions". *Journal of Personality and Social Psychology*, 44: 1025-1028.
- Gottfredson, G.D. (1987): "Peer group interventions to reduce the risk of delinquent behavior: A selective review and a new evaluation". *Criminology*, 25: 671-714.
- Gottfredson, M. y Hirschi, T. (1990): *A general theory of crime*. Palo Alto, CA: Stanford University Press.
- Gove, W.R. y Crutchfield, R.D. (1982): "The family and juvenile delinquency". *Sociological Quarterly*, 23: 301-319.
- Gracia, E. (1997): *El apoyo social en la intervención comunitaria*. Barcelona: Paidós.

- Grawitz, M. (1975): *Métodos y técnicas de las ciencias sociales*. Barcelona: Hispano-Europea.
- Greenwald, A.G. (1989): "Why are attitudes important". En A.R. Pratkanis, S.J. Breckler y A.G. Greenwald (Eds.): *Attitude Structure and function*. Hillsdale, Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum Associates: 1-10.
- Greenwald, A., Brock, T. y Ostrom, T. (Eds.) (1968): *Psychological foundations of attitudes*. Nueva York: Academic Press.
- Greenwood, E. (1973): *Metodología de la investigación social*. Buenos Aires: Paidós.
- Grele, R.J. (1990): "La historia y sus lenguajes en la entrevista de historia oral: quién contesta a las preguntas de quién y por qué". *Historia y fuente oral*, 5: 106-127.
- Hagan, J. (1984): *Disreputable Pleasures*. Toronto: McGraw-Hill.
- Hagedorn, J.M. (1988): *People and Folks: Gang, Crime and the Underclass in a Rust Belt City*. Chicago: Lake Views Press.
- Hair, J.F., Anderson, R.E., Tatham, R.L. y Black, W.C. (1999): *Análisis Multivariante*. Madrid: Prentice Hall Iberia, S.R.L.
- Hamid, P.N. y Cheng, S.T. (1995): "Predicting Antipollution Behaviour. The Role of Molar Behavioural Intentions, Past Behaviour, and Locus of Control". *Environment and Behavior*, 27 (5): 679-698.
- Hamilton, D.L. y Trolie, T.K. (1986): "Stereotypes and stereotyping: An overview of the cognitive approach". *Journal of Personality and Social Psychology*, 29: 649-654.
- Harris, M.G. (1988): *Cholas: Latino Girls and Gangs*. Nueva York: Amas Press.
- Hartford, M.E. (1971): *Groups in Social Work*. Nueva York: Columbia University press.
- Hartshorne, H. y May, M. (1930): *Studies in the nature of character*. Nueva York: McMillan.
- Hayes, S.C. y Cone, J.D. (1981): "Reduction of residential consumption of electricity through simple monthly feedback". *Journal of Applied Behavior Analysis*, 14: 81-88.
- Haynes, S.N. (1978): *Principles of Behavioral Assessment*. Nueva York: Gardner Press.
- Hawkins, D.J. y Lam, T. (1987): "Teacher practices, social development, and delinquency". En J.D. Burchard y S.N. Burchard (Eds.): *Prevention of delinquent behavior*. Newbury Park, CA: Sage, pp. 241-274.
- Heap, K. (1977): *Group Theory of Social Workers*. Londres: Pergamon Press.
- Heberlein, T.A. y Black, J.S. (1981): "Cognitive consistency and environmental action". *Environment and Behavior*, 13: 717-734.
- Heider, F. (1944): "Social perception and phenomenal causality". *Psychological Review*, 51: 358-374.

- Heider, F. (1946): "Attitudes and cognitive organization". *Journal of Psychology*, 21: 107-112.
- Heise, D.R. (1977): "The semantic differential and attitude research". En G.F. Summers (Ed.): *Attitude measurement*: 235-253. Chicago: Rand McNally.
- Henggeler, S.W. (1989): *Delinquency in adolescence*. Newbury Park, CA: Sage.
- Henning, P. y Knowles, A. (1990): "Factors influencing women over 40 years to take precautions against cervical cancer". *Journal of Applied Social Psychology*, 20: 1612-1621.
- Herlich, H. (1990): "The Ecology of Anti-Gay Violence". *Journal of Interpersonal Violence*, 5, 3: 359-365.
- Hewstone, M. y Young, L. (1988): "Expectancy-values models of attitude: Measurement and combination of evaluations and beliefs". *Journal of Applied Social Psychology*, 18: 958-971.
- Hewstone, M., Stroebe, W., Codol, J.P. y Stephenson, G.M. (1992): *Introducción a la Psicología Social. Una perspectiva europea*. Barcelona: Ariel.
- Higgins, P.C. y Albrecht, G.L. (1977): "Hellfire and delinquency". *Social Problems*, 17: 202-213.
- Hilgard, E.R. (1980): "The trilogía of mind. Cognition, affection and conation". *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 16: 197-117.
- Hindelang, M.J. (1973): "Causes of delinquency: A partial replication and extensión". *Social Problems*, 20: 471-487.
- Hirschi, T. (1969): *Causes of delinquency*. Berkeley: University of California Press.
- Hizinga, D.H. Esbensen, F. y Weiher, A. (1991): "Are There Multiple Paths to delinquency?". *Journal of Criminal Law and Criminology*, 82: 83-118.
- Hoffer, E. (1951): *The true believer. Thoughts to the nature of mass movements*. Nueva York, Harper.
- Holbrook, M.B. (1977): "Comparing multiattribute models by optimal scaling". *Journal of Consumer Research*, 4: 165-171.
- Homans, G.C. (1961): *Social Behavior: Its Elementary Forms*. Nueva York: Harcourt, Brace & World.
- Hormuth, S.E. (1979): *Sozialpsychologie der Einstellungsänderung*. Königstein/TS: Verlagsgruppe Athenäum.
- Horowitz, R. (1983): *Honor and the American Dream: Culture and Identity in a Chicago Community*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press.
- Horowitz, R. (1990): "Sociological perspective on gangs. Conflicting definitions and concepts". En C.R. Huff (Ed.): *Gangs in America*. Newbury Park, CA: Sage.
- Houston, D.A. y Fazio, R.H. (1989): "Biased processing as a function of attitude accessibility: Making objective judgments subjectively". *Social Cognition*, 7: 51-66.

- Hovland, C.I. y Sherif, M. (1952): "Judgmental phenomena and scales of attitude measurement: Item displacement in Thurstone scales". *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 47: 822-832.
- Howells, K. (1989): "Anger-management methods in relation to the prevention of violent behavior". En J. Archer y K. Browne (Eds.): *Human aggression: Naturalistic approach*. (153-181). Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Hudson, W. (1982): *The Clinical Measurement Package: A Field Manual*. Homewood, IL: Dorsey Press.
- Huff, C.R. (1989): "Youth gang and public policy". *Crime & Delinquency*, 35: 524-537.
- Huff, C.R. (1990): *Gangs in America*. Newbury Park, CA: Sage.
- Hugges, H.M. (1988): "Psychological and behavioral correlates of family violence in child witnesses and victims". *American Journal of Orthopsychiatry*, 58: 77-90.
- Hyman, H. y Sheastley, P. (1947): "Some reasons why information campaigns fail". *Public Opinion Quarterly*, 11: 412-423.
- Hyman, H. (1971): *Diseño y análisis de las encuestas sociales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hymes, R.W. (1986): "Political attitudes as social categories: A New Look at selective memory". *Journal of Personality and Social Psychology*, 51: 233-241.
- Hull, C.L. (1943): *Principles of behavior*. Nueva York: Appleton Century Crofts.
- Ianni, F.A. (1989): *The Search for Structure: A Report on American Youth Today*. Nueva York y Londres: The Free Press, Collier Macmillan Publishers.
- Insko, C.A., Blake, R.R., Cialdini, R.B. y Mulaik, S.A. (1970): "Attitude toward birth control and cognitive consistency: Theoretical and practical implications of survey data". *Journal of Personality and Social Psychology*, 16: 228-237.
- Insko, Ch.A. (1967): "Verbal reinforcement of attitude". *Journal of Personality and Social Psychology*, 12: 333-341.
- Insko, Ch.A. y Schopler, J. (1967): "Triadic consistency: A statement of affective-cognitive-conative consistency". *Psychological Review*, 74: 361-376.
- Insko, Ch.A. y Scholpler, J. (1980): *Psicología Social Experimental*. México. Trillas.
- Irwin, F.W. (1971): *International behavior and motivation: A cognitive view*. Filadelfia: Lippincot.
- Iyengar, S. y Lepper, M.R. (1999): "Rethinking the value of choice: A cultural perspective on intrinsic motivation". *Journal of Personality and Social Psychology*, 76: 349-366.
- Jaccard, J.J. y Davidson, A.R. (1972): "Toward an understanding of family planning behavior: An initial investigation". *Journal of Applied Social Psychology*, 2: 228-235.

- Jaccard, J.J. y Davidson, A.R. (1975): "A comparison of two models of social behavior: Results of a survey sample". *Sociometry*, 38: 497-517.
- Jaccard, J.J., King, G. y Pomazal, R. (1977): "Attitudes and behavior: An analysis of specificity of attitudinal predictors". *Hum. Relations*, 30: 817-824.
- Jacobs, A.M. y Ghodse, A.H. (1988): "Delinquency and regular solvent abuse: an unfavourable combination?". *British Journal of Addiction*, 83: 965-968.
- Jaffe, P., Wolfe, D., Wilson, S. y Zak, L. (1986): "Similarities in behavioral and social maladjustment among child victims and witnesses to family violence". *American Journal of Orthopsychiatry*, 56: 142-146.
- Jakobson, R. (1981): *Ensayos de lingüística general*. Barcelona: Seix Barral.
- Jansyn, L.R. (1966): "Solidarity and delinquency in a street corner group". *American Sociological Review*, 31: 600-614.
- Javaloy, F., Rodríguez, A. y Espelt, E. (2001): *Comportamiento Colectivo y Movimientos Sociales*. Madrid: Prentice-Hall.
- Javeau, C. (1971): "L'échelle par questionnaire". *Revue de l'Institut de Sociologie*. Bruselas.
- Jessor, R. y Jessor, S. (1977): *Problem Behavior and Psychological Development: A Longitudinal Study of Youth*. Nueva York: Academic Press.
- Jessor, R., Donovan, J.E. y Costa, F.M. (1991): *Beyond Adolescence: Problem Behavior and Young Adult Development*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Johnson, R.E. (1979): *Juvenile Delinquency and Its Origins*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Johnstone, J.W.C. (1981): "Youth gangs and black suburbs". *Pacific Sociological Review*, 24: 355-375.
- Johnstone, J.W.C. (1983): "Recruitment to a youth gang". *Youth and Society*, 14: 281-300.
- Jonah, B.A. y Dawson, N.E. (1982): "Predicting reported seat belt use from attitudinal and normative factors". *Accid. Anal. Prev.*, 14: 305-309.
- Jones, E. y Gerard, H.B. (1967): "Foundations of social psychology". Nueva York (Traducción: Limusa, México, 1980).
- Jöreskog, K.G. (1971): "Simultaneous factor analysis in several populations". *Psychometrika*, 36: 409-426.
- Jöreskog, K.G. (1971): "Statistical analysis of sets of congeneric test". *Psychometrika*, 36: 109-133.
- Jöreskog, K.G. (1973): "A General Method for Estimating a Linear Structural Equation System". En A. S. Goldberger y O.D. Duncan (Eds.): *Structural Equations Models in the Social Sciences*. Nueva York: Seminar Press, 85-112.

- Jöreskog, K.G. (1979): "Basic ideas of factor and component análisis". En Jöreskog and D. Sörbom: *Advances in factor analysis and structural equation models*. Cambridge, Massachusett: Abt Books: 5-20.
- Jöreskog, K.G. (1979): "Statistical estimation of structural models in longitudinal developmental investigations". En J.R. Nesselroade and P.B. Baltes (Eds.): *Longitudinal research in the study of behavior and development*. Nueva York: Academic Press.
- Jöreskog, K.G. (1981): "Analysis of covariance structures". *Scandinavian Journal of Statistics*, 8: 65-92.
- Jöreskog, K.G. (1981): "Basic issues in the applications of LISREL". *Data*, 1: 1-6.
- Jöreskog, K.G. y Sörbom, D. (1978): *LISREL IV: User's Guide*. Chicago: National Educational Resources.
- Jöreskog, K.G. y Sörbom, D. (1981): *LISREL V. Analysis of Linear Structural Relationships by masimum likelihood and least squares methods*. University of Upsala, Suecia.
- Jöreskog, K.G. y Sörbom, D. (1982): "Recent Developments in Structural Equation Modeling". *Journal of Marketing Research*, 19: 404-416.
- Jöreskog, K.G. y Sörbom, D. (1983): *LISREL. Analysis of Linear Structural Relationships by the Method of Maximum Likelihood. User's Guide*. Versión 5 y 6. Chicago: National Educational Resources.
- Jöreskog, K.G. y Sörbom, D. (1985): *LISREL VI. Analysis of Linear Structural Relationships by the Method of Maximum Likelihood. User's Guide*. Uppsala, Suecia: Universidad de Uppsala.
- Judd, C.M. y Kulik, J.A. (1980): "Schomatic effects of social attitudes on information processing and recall". *Journal of Personality and Social Psychology*, 38: 569-578.
- Judd, C.M. y Milburn, M.A. (1980): "The structure of attitude systems in the general public". *American Sociological Review*, 45: 627-643.
- Kahle, L. y Berman, J. (1979): "Attitudes cause behaviors: A cross-lagged panel análisis". *Journal of Personality Social Psychology*, 37: 315-321.
- Kantor, D. y Bennett, W.I. (1968): "Orientation of street-corner woekwrs and their effect on gangs". En S. Wheeler (Ed.): *Controlling Delinquents*. Nueva York: Wiley.
- Kaplan, H.B. (1975): *Self-actitudes and deviant behavior*. Pacific Palisades, CA: Goodyear.
- Kaplan, H.B. (1980): *Deviant behavior in defense of self*. Nueva York: Academic Press.
- Katz, D. (1960): "The functional approach to the study of attitudes". *Public Opinion Quarterly*, 24: 163-204.
- Katz, D. y Stottland, E. (1959): "A preliminary statement to a theory of attitude structure and change". En S. Koch (Ed.): *III*: 423-475.

- Katz, I. y Benjamin, L. (1960): "Effects of white authoritarianism in biracial work groups". *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 61: 448-456.
- Kelman, H. (1974): "Attitudes are alive and well and gainfully employed in the sphere of actino". *American Psychology*, 29: 310-324.
- Kenny, D.A. (1979): *Correlation and causality*. Nueva York: Wiley.
- Kerlinger, F.N. (1967): "Social attitudes and their criterial referents: A structural theory". *Psychological Review*, 74: 110-122.
- Kessler, R.C. y Greenberg, D.F. (1981): *Linear Panel Analysis*. Nueva York: Academic.
- Khun, T.S. (1975): *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE.
- Kiesler, C.A., Collins, B. y Miller, N. (1969): *Attitude change: A critical analysis of theoretical approaches*. Nueva York: Wiley.
- Kiesler, C.A. y Mouson, P.A. (1975): "Attitudes and Opinions". *Annual Review of Psychology*, 26: 415-456.
- Kingery, P.M. Biafor F.A. y Zimmerman, R.S. (1997): "Risk Factors for Violent Behaviors among Ethnically Diverse Urban Adolescents". *School Psychology International*, 17: 171-188.
- Klein, M.W. (1971): *Street gangs and street workers*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Klein, M.W. y Crowford, L.D. (1967): "Groups, gangs and cohesiveness". *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 4: 63-75.
- Klein, M.W. y Maxson, C. (1985): "Rock sales in South Los Angeles". *Sociology and Social Research*, 69: 561-565.
- Klein, M.W. y Maxson, C.L. (1989): "Street gang violence". En N. Weiner y M.E. Wolfgang (Eds.): *Violent Crime, Violent Criminals*. Newbury Park, CA: Sage.
- Klein, M.W. y Maxon, C. (1990): "Street gang violence: Twice as great, or half as great?". En C.R. Huff (Ed.): *Gangs in America*. Newbury Park, CA: Sage.
- Klein, M.W., Maxson, C.L. y Cunningham, L.C. (1991): " >Crak=, street gangs, and violence". *Criminology*, 29: 623-650.
- Klineberg, O. (1935): "Experimental studies of change in attitude (I): A study of effect oral arguments on changes of attitudes". *Journal Soc. Psychol.*, 6: 315-347.
- Klineberg, O. (1950): "Tensions affecting international understanding". *Soc. Sci. Res. Bull.*, 62.
- Knower, F. (1936): "Experimental studies of changes in attitudes (II): A study of effect of printed argument on changes in attitudes". *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 30: 522-532.
- Kornhauser, R.R. (1978): *Social Sources of Delinquency*. Chicago: University of Chicago Press.

- Kothandapani, V. (1971): "Validation of feeling, belief and intention to act as three components of attitude and their contribution to prediction of contraceptive behavior". *Journal of Personality Social Psychology*, 19: 321-333.
- Krahé, B. (1996): "Aggression and Violence in Society". *The Social Psychology of Social Issue*: 344-373.
- Kraus, S.J. (1995): "Attitudes and the prediction of behavior: A meta-analysis of the empirical literature". *Personality and Social Psychology Bulletin*, 21(1): 58-75.
- Krech, D. y Crutchfield, R.S. (1948): *Theory and problems in social psychology*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Krehbiel, K. y Niemi, R.G. (1982): *A new specification and test of the structuring principle*. Paper delivered at the annual meeting of the American Political Science Association.
- Kristiansen, C.M. y Eiser, J.R. (1986): "Predicting health-related intentions from attitudes and normative beliefs: The role of health locus of control". *British Journal of Social Psychology*, 25: 67-70.
- Kristiansen, C.M. y Hotten, A.M. (1996): "Morality and the self: Implications for the when and how of value-attitude-behaviour relations". En C. Seligman, J.M. Olson y M.P. Zanna (Eds.), *The psychology of values. The Ontario Symposium*, vol. 8. Mahwah, N.J.: Lawrence Erlbaum Associates, 77-105.
- Kroll, A. (1934): "The teacher's influence upon social attitudes of boys in the twelfth grade". *Journal Educ. Psychol*, 25: 274-280.
- Krohny, M.D., Lanza-Kaduce, L. y Akers, R.L. (1984): "Community context and theories of deviant behavior: An examination of social learning and social bonding theories". *Sociological Quarterly*, 25: 353-372.
- Krosnick, J.A. (1988): "The role of attitude importance in social evaluation: A study of political preferences, presidential candidates evaluations, and voting behavior". *Journal of Personality and Social Psychology*, 55: 196-210.
- Krosnick, J.A., Bonninger D.S., Chuang, Y.C., Berent, M.K. y Karnot, C.G. (1993): "Attitude strength: One construct or many related constructs?". *Journal of Personality and Social Psychology*, 65: 1132-1151.
- Kruttschnitt, C. y Dornfeld, M. (1993): "Exposure to family violence: A partial explanation for initial and subsequent levels of delinquency?". *Criminal Behaviour and Mental Health*, 3: 61-75.
- Kutner, B., Wilkins, C. y Jarrow, P.R. (1952): "Verbal attitudes and overt behavior involving racial prejudice". *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 47: 649-652.
- Laffin, M.T., Moore-Hirschl, S., Weis, D.L. y Hayes, B.E. (1994): "Use of the Theory of Reasoned Action to predict drug and alcohol use". *The International Journal of the Addictions*, 29 (7): 927-940.
- Landis, D., Triandis, H. y Adamopoulos, J. (1978): "Habit and behavioural intentions and predictors of social behaviour". *Journal of Social Psychology*, 106: 227-237.

- Lange, N. (1888): "Beiträge zur Theorie der sinnlichen Aufmerksamkeit und der aktiven Apperception". *Philosophische Studien*, 4: 390-422.
- Lameiras Fernández, M. (1997): *Las actitudes: Situación actual y ámbitos de aplicación*. Valencia, Promolibro.
- LaPiere, R.T. (1934): "Attitudes vs actions". *Social Forces*, 13: 230-237.
- Lasley, J.R. (1992): "Age, social context, and street gang membership". *Youth & Society*, 23, 4: 434-451.
- Leone, L., Perugini, M. y Ercolani, A.P. (1999): "A comparison of three models of attitude behaviour relationship in the studying behaviour domain". *European Journal of Social Psychology* 29: 161-189.
- Lerner, M.J. y Miller, D.T. (1978): "Just world research and the attribution process". *Psychological Bulletin*, 85: 1030-1051.
- Levin, J.R. y Marascuilo, L.A. (1972): "Tipe IV error and interactions". *Psychological Bulletin*, 78: 368-374.
- Levine, J.M. y Moreland, R.L. (1985): "Innovation and socialization in small groups". En S. Mocosvi, Mugny, G. y E. van Avermaet (Eds.): *Perspectives on minority influence*. Cambridge University Press: 143-169.
- Lewin, K., Dembo, T., Festinger, L. y Sears, P.S. (1944): "Level of aspiration". En J. McV. Hunt (Ed.): *Personality and the behavior disorder*, vol. 1: 333-378. Nueva York: Ronald Press.
- Lewin, K. (1948): *Resolving Social Conflicts*. Nueva York: Harper and Row.
- Lindzey, G. y Aronson, E. (Eds.) (1968-1969): *The handbook of social psychology*, 20 edición (5 vols.). Reading, Mass.: Addison-Wesley.
- Liska, A.E. (1984): "A critical examination of the causal structure of the Fishbein/Ajzen attitude-behavior model". *Social Psychology Quarterly*, 47: 61-74.
- Llavona, L. (1983): "Una guía práctica de la entrevista conductual". *Revista Española de Terapia del Comportamiento*, 1 (2): 171-198.
- Lo, T.W. (1993): "Neutralisation of group control in youth gangs". *Groupwork*, 6: 51-63.
- Locke, E.A. (1965): "Interaction of ability and motivation in performance". *Perceptual and Motor Skills*, 21: 719-725.
- Locke, E.A.; Mento, A.J. y Kratcher, B.L. (1978): "The interaction of ability and motivation in performance: An exploration of the meaning of moderators". *Personnel Psychology*, 31: 269-280.
- Loftin, C. y Hill, R.H. (1974): "Regional subculture and homicide: An examination of the Gastil-Hacney thesis". *American Sociological Review*, 39: 714-724.

- Long, J.S. (1981): "Estimation and hypothesis testing in linear models containing measurement error". En P.V. Marsden (Eds.): *Linear Models in Social Research*. Beverly Hills, California: Sage.
- López Coira, M.M0. (1987): "Factores familiares y delincuencia". En V. Sancha, M. Clemente, y J.J. Miguel (Eds.): *Delincuencia. Teoría e investigación*. Madrid: Alpe, pp. 255-274.
- López Pérez, J. (1988): "Encuesta". En R. Reyes (Dir.): *Terminología Científico-Social*. Barcelona: Anthropos.
- López Romo, H. (1998): "La metodología de encuesta". En J. Galindo (Coord.): *Técnicas de investigación en Sociedad, Cultura y Comunicación*. Cap. 2: 33-73. México: Addison Wesley Longman.
- Lott, A. y Lott, B. (1968): "A learning theory approach to interpersonal attitudes". En A. Greenwald, T. Brock y T. Ostrom (Eds.), *Psychological foundations of attitudes* (67-88). Nueva York: Academic Press.
- Lowry, R., Sleet, D., Duncan, C., Powell, K. y Kolbe, L. (1995): "Adolescent at Risk for Violence". *Educational Psychology*, 7: 7-39.
- Lurçat, L. (1990): "Impact de la violence télévisuelle". *Enfance*, 43: 167-171.
- Lutz, R. (1978): *Das verhaltensdiagnostische Interview*. Kohlhammer, Stuttgart: Urban Taschenbücher.
- Macoby, E.E. y Martin, J.A. (1986): "Socialization in the context of the family: Parent-child interaction". En E.M. Hetherington (Ed.): *Handbook of Child Psychology: Socialization, Personality and social Development*. Nueva York: Wiley.
- Madden, T.J., Ellen, P.S. y Ajzen, I. (1992): "A comparison of the theory of planned behavior and the theory of reasoned actino". *Personality and Social Psychology Bulletin*, 18: 3-9.
- Madden, T.J., Scholder, E. y Ajzen, I. (1992): "A comparison of the Theory of Planned Behavior and the Theory of Reasoned Actino". *Personality and Social Psychology Bulletin*, 18 (1): 3-9.
- Manson, C.H. y Perrault Jr., W.D. (1991): "Colinearity, Power and Interpretation of Multiple Regresion Analysis". *Journal of Marketing Research*, 28 (agosto): 268-280.
- Manstead, A.S.R. y Parker, D. (1995): "Evaluating and extending the Theory of planned behavior". *European Review of Social Psychology*, (6): 69-95.
- Maravall, J.M. (1972): *La sociología de lo posible*. Madrid: Siglo XXI.
- Martin, A. (Ed.) (1988): *Psicología Comunitaria*. Madrid: Visor.
- Martin, A. (Ed.) (1998): *Psicología Comunitaria: Fundamentos y aplicaciones*. Madrid. Síntesis.
- Martin González, A., Martínez García, J.M., López Martínez, J.S., Martín López, M.J. y Martín Carrasco, J.M. (1998): *Comportamientos de riesgo, violencia, prácticas sexuales de riesgo y consumo de drogas ilegales en la juventud*. Madrid: Entinema.

- Maruyama, G. y McGarvey, B. (1980): "Evaluating causal models: An application of maximum-likelihood of structural equations". *Psychological Bulletin*, 87: 502-512.
- Masters, A.S., Best, K.M. y Garmezy, N. (1990): "Resilience and development: contributions from the study of children who overcome adversity". *Deviate Psychopathology*, 2: 425-444.
- Maxon, C.L. y Klein, M.W. (1990): "Street gang violence: Twice as great or half as great?". En C.R. Huff (Ed.): *Gangs in America*. Newbury Park, CA: Sage.
- McAuley, E. y Courneya, K.S. (1993): "Adherence to exercise and physical activity as health promoting behaviors: Attitudinal and self efficacy influences". *Applied and Preventive Psychology*, 2 (2): 65-77.
- McCoby, E. y McCoby, W. (1959): "The interview: a tool of social science". En G. Lindzey (Ed.): *Handbook of Social Psychology*. Reading: Addison-Wesley.
- McGuire, W.J. (1969): "The nature of attitudes and attitude change". En G. Lindzey y E. Aronson (Eds.): III, (op. cit.): 136-314.
- McGuire, W.J. (1985): "Attitudes and attitude change". En G. Lindzey y E. Aronson (Eds.): *The handbook of social psychology* (30 edición, 2: 233-246). Nueva York: Random House.
- McGuire, W.J. (1989): The structure of individual attitude systems. En A.R. Pratkanis, S.J. Breckler y A.R. Greenwald (Eds.): *Attitude structure and function*. Hillsdale, Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Magnusson, D. (1976): "The person and the situation in a interactional model of behavior". *Scandinavian Journal of Psychology*, 17: 253-271.
- Manstead, A., Proffit, C. y Smart, J. (1983): "Predicting and understanding mother's infant-feeding intentions and behavior: Testing the theory of reasoned actino". *Journal of Personality and Social Psychology*, 44: 657-671.
- Manstead, A. y Parker, D. (1995): "Evaluating and Extending the Theory of Planned Behaviour". *European Review of Social Psychology*, 6: 69-95.
- Marteau, T.M., Johnston, M., Kidd, J., Michie, S., Slack, J., Shaw, R.W. y Cook, R. (1992): "Psychological models in predicting uptake of prenatal screening". *Psychology and Health*, 6: 13-22.
- Markus, H. (1977): "Self-schemata and processing information about the self". *Journal of Personality and Social Psychology*, 35: 63-78.
- Mercy, J.A., Goodman, R.A., Rosenberg, M.L., Allen, N.H., Loya, F., Smith, J.C. y Vargas, L.A. (1986): "Patterns of homicide victimization in the city of Los Angeles, 1970-79". *Bulletin of Nueva York Academic of Medicine*, 62: 423.
- Merton, R.K. (1938): "Social structure and anomie". *American Sociological Review*, 5: 672-682.
- Merton, R.K. (1957): *Social theory and social structure*. Nueva York: Free Press.

- Miguélez, F. (1992): "Vulnerabilidad laboral y jungla contractual". En F. Alvarez-Uría (Ed.): *Marginación e inserción. Los nuevos retos de las políticas sociales*. Madrid: Endymion.
- Millar, R., Crute, V. y Hargie, O. (1992): *Professional interviewing*. Londres: Routledge.
- Millar, M.G. y Tesser, A. (1986): "Thought-induced attitude change: The effects of schema structure and commitment". *Journal of Personality and Social Psychology*, 51: 259-269.
- Millar, M.G. y Tesser, A. (1989): "The effects of affective-cognitive consistency and thought on the attitude-behavior relation". *Journal of Personality and Social Psychology*, 25: 189-202.
- Miller, G.A. (1956): "The magical number seven plus or minus two: Some limits on our capacity for processing information". *Psychological Review*, 63: 81-97.
- Miller, W.B. (1958): "Lower class culture as a generating milieu of gang delinquency". *Journal of Social Issue*, 14: 5-19.
- Miller, W.B. (1975): *Violence by Youth Gangs and Youth Gangs as Crime Problem in Mayor American City*. Washington, DC: USGPO, Office of Juvenile Justice and Delinquency Prevention, U.S. Department of Justice.
- Miller, W.B. (1977): *Conceptions, definitions, and images of youth gangs*. Cambridge, MA: Harvard Law School, Center for criminal Justice.
- Miller, W.B. (1982): *Crime by Youth Gangs and Youth Group in the United States*. Washington, DC: Office of Juvenile Justice and Delinquency Prevention.
- Mills, T.M. (1984): *The Sociology of Small Groups*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Miniard, P.W. y Cohen, J.B. (1979): "Isolating attitudinal and normative influences in behavioral intention models". *J. Mark Res.* 16: 102-110.
- Miniard, P.W. y Cohen, J.B. (1981): "An examination of the Fishbein behavioral intentions model's concepts and measures". *Journal of Experimental Social Psychology*, 17: 309-329.
- Ministerio del Interior (2001): *Anuario Estadístico del Ministerio del Interior*. Madrid. Ministerio del Interior. Secretaría General Técnica.
- Mischel, W. (1968): *Personality and Assessment*. Nueva York: Wiley.
- Mischel, W. (1984): "Convergences and challenges in the search for consistency". *American Psychologist*, 39: 351-364.
- Mittal, B. (1988): "Achieving higher seat belt usage: The role of habit in bridging the attitude-behavior gap". *Journal of Applied Social Psychology*, 18: 993-1016.
- Monod, J. (1976): *Les Barjots. Ensayo de etnología de bandas de jóvenes*. Barcelona: Seix Barral.
- Monohan, J. (1981): *Predicting violent behavior: An assessment of clinical technical*. Beverly Hills: Sage.

- Montmollin, G. (1984): "El cambio de actitudes". En S. Moscovici (Ed.): *Psicología Social I. Influencia y cambio de actitudes individuales y grupos*. Barcelona: Paidós.
- Mooji, T. (1997): *Safer at School*. Summarising report for the EU conference to held in Utrecht, the Netherlands from 24 to 26 February.
- Moore, J.W. (1978): *Homeboys*. Filadelfia, PA: Temple University Press.
- Moore, J.W. y Vigil, J.D. (1989): "Chicago gangs: Groups norms and individuals factors related to adult criminality". *Aztlan*, 18: 27-44.
- Moore, J.W. (1991): *Going Down to the Barrio: Homeboy and Homegirls in Change*. Filadelfia, PA: Temple Univerity Press.
- Moos, R. y Moos, B.S. (1986): *Family Environment Scale manual* (20 ed.). Palo Alto, CA: Consultin Psychologist Press.
- Morales, J.F. (1981): "Características generales de los métodos correlacionales". En J.F. Morales (Coord.): *Metodología y teoría de la Psicología* (vol. 2: 7-28). Madrid: UNED.
- Morales, J.F. y Moya, M.C. (1996): "El estudio de las actitudes". En J.M. Peiró, J.F. Morales y J.M. Fernández Dols: *Tratado de Psicología Social. Volumen I: Procesos Básicos*. Madrid, Síntesis.
- Morales, J.F. (1994): "Actitudes". En J.F. Morales (Coord.): *Psicología Social*. Madrid: McGraw-Hill.
- Morales, J.F., Reboloso, E. y Moya, M. (1994): "Actitudes". En J.F. Morales (Coord.): *Psicología Social*. Madrid: McGraw-Hill.
- Morasch, M. (1983): "Gangs, groups and delinquency". *British Journal of Criminology*, 23: 309-331.
- Moscovici, S. (1972): "Society and theory in social psychology". En J. Israel y H. Tajfel (Eds.): *The Context of Social Psychology: A Critical Assessment*. Londres: Academic Press.
- Movimiento contra la Intolerancia (2002): *INFORME RAXEN: Racismo, Xenofobia, Antisemitismo e Intolerancia en España a través de los hechos*. Madrid, Imsero. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Mucchielli, R.: "El cuestionario en la encuesta psicosocial". Cap. 4: Tercera exposición: El cuestionario: 61-89. Madrid: Ibérico Europea de Ediciones, S.A., 1974.
- Muñoz, F. (1991): "El rol de los grupos de referencia en la constitución del comportamiento desviado". *Cuadernos de realidades sociales*, 37/38: 217-229.
- Murphy, G., Murphy, L. y Newcomb, T. (1937): *Experimental Social Psychology*. Nueva York: Harper.
- Mussen, P. (1950): "Some personality and social factors related to changes in children's attitudes toward negroes". *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 45: 423-441.
- Myers, D.G. (1995) (Cuarta edición): *Psicología Social*. México: McGraw-Hill.

- Namboodiri, N., Carter, L.F. y Blalock Jr., H.M. (1975): *Applied Multivariate Analysis and Experimental Designs*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Napier, R.N. y Gershenfeld, M.K. (1981): *Groups: Theory and Experience*. Boston: Houghton-Mifflin.
- National Research Council (1993): *Understanding and Preventing Violence*. Washington, D.C: National Academy Press.
- Netmeyer, R.G. y Burton, S. (1990): "Examining the relationship between voting behavior, intention, perceived control, and expectation". *Journal of Applied Social Psychology*, 20: 661-680.
- Nettler, G. (1974): *Explaining Crime*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Nettler, G. (1984): *Explaining Crime* (30 ed.). Nueva York: McGraw-Hill.
- Nueva York City Board (1960): *Reaching the fighting gang*. Nueva York: Author.
- Nueva York State Division for Youth (1990): *Reaffirming Prevention*. Report of the Task Force on Juvenile Gangs.
- Newcomb, T.M. (1948): "Attitude development as a function of reference group: The Benninston study". En A. Sherif (Ed.): *An outline of social psychology*. Nueva York: Harper and Brothers, pp. 139-155.
- Newcomb, T. (1953): "An approach to the study of communicative acts". *Psychological Review*, 60: 393-404.
- Newcomb, T. (1959): "Individual systems of orientation". En S. Koch (Ed.): *III*: 384-422.
- Newcomb, M.D. y Bentler, P.M. (1988): *Consequences of Adolescent Drug Use: Impact on the Life of Young Adults*. Newbury Park, CA: Sage.
- Norman, R. (1975): "Affective-Cognitive Consistency, Attitudes, Conformity, and Behavior". *Journal of Personality and Social Psychology*, 32 (1): 83-91.
- Norman, P. y Smith, L. (1995): "The Theory of Planned Behaviour and exercise: an investigation into the role of prior behaviour, behavioural intentions and attitude variability". *European Journal of Social Psychology*, 25: 403-415.
- Norman, P. y Conner, M. (1996): "Predicting Health-Check Attendance Among Prior Attenders and Nonattenders: The Role of Prior Behavior in the Theory of Planned Behavior". *Journal of Applied Social Psychology*, 26 (11): 1010-1026.
- Northen, H. (1988): *Social Work with Groups*. Nueva York: Columbia University Press.
- Olabuénaga, I. (1998): "La investigación cualitativa. Dónde estamos". En Martín González (Ed.): *Psicología Comunitaria: Fundamentos y Aplicaciones*. Cap. 3: 65-80.
- Olabuénaga, J. I. (1996): *Metodología de la Investigación Cualitativa*. Bilbao: Universidad de Deusto.

- Olabuénaga, J. I., Ispizua, M. A. (1989): *La descodificación de la vida cotidiana: métodos de investigación cualitativa* Bilbao: Universidad de Deusto.
- Olabuénaga, J.I. (1989): *El reto de la fiabilidad-validez en las técnicas cualitativas*. III Congreso de Sociología. Actas del congreso (3): 138-162.
- Olmedo, A. y Álvarez, J.M. (1997): *Taller de educación para la paz, la solidaridad y la tolerancia*. Mérida (Badajoz): Junta de Extremadura. Consejería de Educación y Juventud, Dirección General de Juventud.
- Olson, J.M. y Zanna, M.P. (1993): "Attitude and attitude change". *Annual Review of Psychology*, 44: 117-154.
- Olweus, D. (1984): "Development old stable aggressive reaction patterns in male". En R. Blanchard y C. Blanchard (Eds.): *Advances in the Study of Aggression* (Vol.1). Nueva York: Academic Press, pp.103-137.
- Orth, B. (1985): "Bedeutsamkeitsanalysen bilinearer Einstellungsmodelle". *Zeitschrift für Sozialpsychologie*, 16: 191-115.
- Orpinas, P., Basen-Engquist, K., Grunbaum, J.A. y Parcel, G.S. (1995): "The Co-Morbidity of Violence-Related Behaviors with Health-Risk Behaviors in a Populations of Hig School Student". *Journal of Adolescent Health*, 16, 3: 216-225.
- Ortí, A. (1989): "La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta y la discusión de grupo". En García Ferrando, M. y otros (Comps.): *El análisis de la realidad social*. Madrid: Alianza: pp. 171-203.
- Osgood, C. (1952): "The nature of measurement of meaning". *Psychological Bulletin*, 49: 197-237.
- Osgood, C., Suci, G. y Tannenbaum, P. (1957): *The measurement of meaning*. Urbana: Univ. Ill Press.
- Osgood, C. y Tannenbaum, P. (1955): "The principle of congruity in the prediction of attitude change". *Psychological Review*, 62: 42-55.
- Padua, J. (1979): *Técnicas de investigación aplicadas a las ciencias sociales*. México: FCE.
- Palermo, G.B. (1995): "Adolescent Criminal Behavior. Is TV Violence One of the Culprits?". *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 39: 11-22.
- Palermo, G.B. y Simpson, D. (en prensa): "At the roots of violence". *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*.
- Panella, D.H., Cooper, P.F. y Henggeler, S.W. (1982): "Peer relations in adolescence". En S.W. Henggeler (Ed.): *Delinquency and adolescent psychopathology: A family-ecological systems approach*. Littleton, MA: Wright-PSG.
- Parducci, C. (1965): "Category judgment: a range -frequency model". *Psychological Review*, 72: 407-418.

- Parker, D., Manstead, A., Stradling, S.G., Reason, J.T. y Baxter, J.S. (1992): "Intention to commit driving violations: An application of the theory of planned behavior". *Journal of Applied Psychology*, 77: 94-101.
- Parker, D., Manstead, A. y Stradling, S.G. (1995): "Extending the theory of planned behaviour: The role of personal norm". *British Journal of Social Psychology*, 34: 127-137.
- Patton, M.Q. (1990): *Qualitative Evaluation and Research Methods*. Londres: Sage.
- Payne, S.L. (1951): *The art of asking questions*. Princeton.
- Peabody, D. (1961): "Attitude content and agreement set in scales of authoritarianism, dogmatism, antisemitism, and economic conservatism". *Journal of Abnormal Psychology*, 63: 1-11.
- Peabody, D. (1962): "Two components in bipolar scales: Direction and extremeness". *Psychological Review*, 69: 65-73.
- Peak, H. (1955): *Attitude and motivation*. En M.R. Jones (Ed.): Nebraska Symposium on motivation. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Peiro, J.M., Morales, J.F. y Fernández Dols, J.M. (Eds.) (1996): *Tratado de Psicología Social. Vol. I: Procesos básicos*. Madrid: Síntesis.
- Pérez Campanero, M.P. (1991): *Cómo detectar las necesidades de Intervención Socioeducativa*. Madrid: Narcea.
- Perlman, D. y Cozby, P.C. (1985): *Psicología Social*. México: Interamericana.
- Peterson, J. (1916): "The effect of attitude on immediate and delayed reproduction". *Journal Educ. Psychol.*, 7: 523 y ss.
- Petkova, K.G.; Ajzen, I. y Driver, B.L. (1995): "Salience of anti-abortion beliefs and commitment to an attitudinal position: On the strength, structure, and predictive validity of anti-abortion attitudes". *Journal of Applied Social Psychology*, 25: 463-483.
- Petty, R.E. y Cacioppo, J.T. (1981): *Attitudes and persuasion: Central and peripheral routes to attitude change*. Nueva York: Springer.
- Petty, R.E. y Cacioppo, J.T. (1986): "The elaboration Likelihood Model of Persuasion". En L. Berkowitz (Ed.): *Advances in experimental social psychology*, 19: 123-205. Nueva York: Academic Press.
- Petty, R.E. y Krosnick, J.A. (Eds.) (1995): *Attitude Strength: Antecedents and consequences*. Hillsdale, NJ, Lawrence Erlbaum Associates.
- Petty, R.E., Wegener, D.T. y Fabrigar, L.R. (1997): "Attitude and attitude change". *Annual Review of Psychology*, 48: 609-647.
- Perry, R.W. et al. (1976): "Attitudinal variables as estimates of behavior: A theoretical examination of the attitude-action controversy". *European Journal of Social Psychology*, 6: 74-90.

- Philips, J. (1967): "A model of cognitive balance". *Psychological Review*, 74: 481-493.
- Piaget, J. (1965): *La construcción de lo real en el niño*. Buenos Aires: Proteo.
- Pinderhughes, H. (1993): "The Anatomy of Racially Motivated Violence in Nueva York City: A Case Study of Youth in Southern Brooklyn". *Social Problems*, 40, 4: 478-492.
- Polk, E.D., Frease, D. y Richmon, F.L. (1974): "Social class, school experience and delinquency". *Criminology*, 12: 84-96.
- Pomazal, R.J. y Jaccard, J.J. (1976): "An informational approach to altruistic behavior". *Journal of Personality and Social Psychology*, 33: 317-326.
- Poole, E.D. y Regoli, R.M. (1979): "Parental support, delinquent friends, ans delinquency: A test of interaction effects". *Journal of Criminal Law and Criminology*, 70: 188-193.
- Pratkanis, A.R. (1989): "The cognitive representation of attitudes". En A.R. Pratkanis, S.J. Breckler y A.G. Greenwald (Eds.): *Attitude structure and function*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Raats, M.M., Shepherd, R. y Sparks, P. (1995): "Including moral dimensions of choice within the structure of the Theory of Planned Behavior". *Journal of Applied Social Psychology*, 25 (6): 484-494.
- Rabinoviych, M.S., McLean, M.S. Jr., Markham, J.W. y cols. (1972): "Children's violence perception as a function of television violence". En G.A. Comstock, E.A. Rubinstein y J.P. Murray (Eds.): *Television and Social Behavior (Vol. 5): Television's Effects: Further Explorations*. Washington, D.C.: Department of Health, Education, and Welfare, pp. 231-252.
- Radloff, L. (1977): "The CES-D Scale: A self-report depression scale for research in the general population". *Applied Psychological Measurement*, 1 (3): 385-401.
- Reagan, D. y Fazio, R. (1977): "On the consistency between attitudes and behavior: Look to the method of attitude formation". *Journal of Experimental Social Psychology*, 13: 28-45.
- Reason, J.T., Manstead, A.S.R., Stradling, S.G., Parker, D. y Baxter, J.S. (1991): *The Social and Cognitive Determinants of Aberrant Driving Behaviour*. Transport and Road Research Laboratory Research Report 253. Crowthorne: TRL.
- Reno, R.R., Cialdini, R.B. y Kallgren, C.A. (1993): "The transsational influence of social norms". *Journal of Personality and Social Psychology*, 64: 104-112.
- Rhine, R.J. (1958): "Some problems in dissonance theory research on information selectivity". *Psychological Bulletin*: 21-28.
- Rice, R. (1963): "A report a large: The Persian queens". *The Nueva Yorker*, 39: 153-187.
- Richard, R., van der Pligt, J. y de Vries, N. (1995): "Anticipated affective reactions and prevention of AIDS". *British Journal of Social Psychology*, 34: 9-21.
- Richman, C.L., Clark, M.L. y Brown, K.P. (1985): "General and specific self-esteem in late asolescent student: race by gender by SES effects". *Adolescence*, 20: 555-566.

- Richters, J.E. y Martinez, P. (1990): *Survey of Exposure to Community Violence, Self-Report Version*. Rockville, Md: National Institute of Mental Health.
- Rodgers, W.M. y Brawley, L.R. (1993): "Using both Self-Efficacy Theory and the Theory of Planned Behavior to discriminate adherers and Dropouts from Structured Programs". *Journal of Applied Sport Psychology*, 5: 195-206.
- Rodríguez, A. (1989): "Interpretación de las actitudes". En A. Rodríguez y J. Seoane (Coords.): *Creencias, actitudes y valores*. Madrid, Alhambra.
- Rodríguez, F.J. y Paino S.G. (1994): "Violencia y desviación social: bases y análisis para la intervención". *Psicothema*, 6, 2: 229-244.
- Rodríguez, P. (2000): *Adicción a las sectas. Pautas para el análisis, la prevención y el tratamiento*. Barcelona, Ediciones B.
- Rodríguez, O. y Zayas, L.H. (1990): "Hispanic adolescents and antisocial behavior: Sociocultural factors and treatment implications". En A.E. Stiffman y L.E. Davis (Eds.): *Ethnic Issue in Adolescent Mental Health*, Newbury Park: Sage Publications, pp. 147-171.
- Rogers, C. (1966): *Psicoterapia basada en el cliente*. Buenos Aires: Paidós.
- Rokeach, M. (1968): "A theory of organization and change within value-attitude systems". *Journal Social Issues*, 24: 13-33.
- Ronis, D.L. y Kaiser, M.K. (1989): "Correlates of breast self-examination in a sample of college women: Analyses of linear structural relations". *Journal of Applied Social Psychology*, 19: 1068-1084.
- Ronis, D.L., Yates, J.F. y Kirscht, J.P. (1989): "Attitudes, decisions and habits as determinants of repeated behavior". En S.R. Pratkanis, S.J. Breckler y A.G. Greenwald (Eds.): *Attitude structure and function*. Hillsdale, NJ: L. Erlbaum, 213-239.
- Ros, M. (2001): "Valores, actitudes y comportamiento: una nueva visita a un tema clásico". En Ros y Gouveia (Coord.): *Psicología social de los valores humanos. Desarrollos teóricos, metodológicos y aplicados*, cap. III: 79-99. Madrid: Biblioteca Nueva Universidad.
- Rosenberg, M.J. (1956): "Cognitive structure and attitudinal affect". *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 32: 367-372.
- Rosenberg, M.J. (1960): "An analysis of affective-cognitive consistency". En C.I. Hovland y M.J. Rosenberg (Dirs.): *Attitude organization and change*. New Haven, Connecticut: Yale University Press, pp. 15-64.
- Rosenberg, M. (1965): *Society and the Adolescent Self-Image*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Rosenberg, M.J. y Hovland, C.I. (1960): "Cognitive, affective, and behavioral components of attitude". En M.J. Rosenberg, C.I. Hovland, W.J. McGuire, R.P. Abelson y J.W. Brehm (Eds.): *Attitude organization and change: An analysis of consistency among attitude components*. New Haven Conn: Yale University Press.

- Rosenberg, F.R. y Rosenberg, M. (1978): "Self-esteem and delinquency". *Journal of Youth and Adolescence*, 20, 555-566.
- Rosenbaum, A. y O'Leary, K.D. (1981): "Marital violence: Characteristics of abusive couples". *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 49: 63-71.
- Roskos-Ewoldsen, D.R. y Fazio, R.H. (1992): "On the orienting value of attitudes: attitude accessibility as a determinant of an object's attraction of visual attention". *Journal of Personality and Social Psychology*, 63 (2): 198-211.
- Rotter, J.B. (1966): "Generalized expectancies for internal versus external control of reinforcement". *Psychological Monographs*, 80 (1, Whole No. 609).
- Ruesga, S.M. (1992): "En los márgenes de la autonomía". En F. Álvarez-Uría (Ed.): *Marginación e inserción. Los nuevos retos de las políticas sociales*. Madrid: Endymion.
- Russi Alzaga, B. (1998): "Grupos de discusión. De la investigación social a la investigación reflexiva". En J. Galindo Cáceres (Coord.): *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*. Cap. 3: 75-115. México: Addison Wesley Longman.
- Ryan, M.J. y Bonfield, E.H. (1975): "The Fishbein extended model and consumer behavior". *Journal of Consumer Research*, 2: 118-136.
- Salts, C. Lindholm, B.W. y Duncan, S. (1995): "Predictive variables of violent behavior in adolescent male". *Youth & Society*, 26, 3: 377-399.
- Saltzer, E. (1981): "Cognitive moderators of the relationships between behavioral intentions and behavior". *Journal of Personality and Social Psychology*, 41: 260-271.
- Sampson, E. y Brandon, A. (1964): "The Effects of Role and Opinion Deviation on Small Group Behavior". *Sociometry*, 27: 261-281.
- Sanbonmatsu, D.M. y Fazio, R.H. (1990): "The role of attitudes in memory-based decision making". *Journal of Personality and Social Psychology*, 59: 614-622.
- Sanchez, S. y Mesa, M.C. (Eds.) (1998): *Actitudes hacia la tolerancia y la cooperación en ambientes multiculturales*. Granada: Universidad de Granada.
- Sánchez Vidal, A. (1993): *Programas de Prevención e Intervención Comunitaria*. Barcelona: P.P.U.
- Sarnecki, J.F. (1990): "Delinquent Networks in Sweden". *Journal of Quantitative Criminology*, 6: 31-50.
- Sarver, V.T. Jr. (1983): "Ajzen and Fishbein's 'theory of reasoned action': A critical assessment." *Journal for the Theory of Social Behavior*, 13: 155-163.
- Satten, J., Menninger, K., Rosen, I. y Mayman, M. (1960): "Murder without apparent motive: A study in personality disorganization". *American Journal of Psychiatry*, 117: 48-53.
- Savater, F. (1995): "Los requisitos de la tolerancia". *El País*, 22 de abril: 13.

- Schachter, S. (1959): *The psychology of affiliation*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Schifter, D.E. y Ajzen, I. (1985): "Intention, perceived control and weight loss: An application of the theory of planned behavior". *Journal of Personality and Social Psychology*, 49: 843-851.
- Schlegel, R.P. (1975): "Multidimensional measurement of attitude towards smoking marijuana". *Canadian Journal of Behavioral Science*, 7: 387-396.
- Schlegel, R.P. y cols. (1977): "Correspondence and mediational properties of the Fishbein model: An application to adolescent alcohol use". *Journal of Experimental Social Psychology*, 13: 421-430.
- Schlegel, R.P. y DiTecco, D. (1982): "Attitudinal structures and the attitude-behavior relation". En M.P. Zanna, E.T. Higgins y C.P. Herman (Eds.): *Consistency in Social Behavior: the Ontario symposium* (2). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Schlegel, R.P., D'Avernas, J.R., Zanna, M.P., De Courville, N.H. y Manske, S.R. (1992): "Problem Drinking: A Problem for the Theory of Reasoned Action?". *Journal of Applied Social Psychology*, 22 (5): 358-385.
- Schmidt, F.L. (1973): "Implications of a measurement problem for expectancy theory research". *Organizational Behavior and Human Performance*, 10: 243-251.
- Schmidt, L.R. y Kessler, B.H. (1967): *Anamnese*. Weinheim: Basel.
- Schorlorf, P. (1930): "An experiment on the measurement and modification of racial attitudes in school children". Doctoral Diss. Nueva York: Universidad.
- Schroeder, D.S.; Laflin, M.T. y Weis, D.L. (1993): "The relationship between self-esteem and drug use: Methodological and statistical limitations of the research". *Journal Drug Issues*, 23 (4): 645-665.
- Schuman, H. y Johnson, M.P. (1976): "Attitudes and behavior". *Ann. Rev. Sociol.*, 2: 161-207.
- Schwartz, S.H. (1973): "Normative explanations of helping behavior: A critique, proposal, and empirical test". *Journal of Experimental Social Psychology*, 9: 349-364.
- Schwartz, S.H. (1978): "Temporal instability as a moderator of the attitude-behavior relationship". *Journal of Personality and Social Psychology*, 36: 715-724.
- Schwartz, S.H. y Tessler, R.C. (1972): "A test a model for reducing measured attitude-behavior inconsistencies". *Journal of Personality and Social Psychology*, 24: 225-236.
- Schwartz, S.H. y Howard, J.A. (1984): "Internalized values as motivators of altruism". En E. Staub, D. Bar-Tal, J. Kalyowski y J. Reykowski (Eds.): *Development and maintenance of prosocial behaviour. International Perspectives on Justice Morality*. Londres: Plenum Press.
- Sears, D.O. y Abeles, R. (1969): "Attitudes and opinions". *Ann. Rev. Psychol.*, 20: 253-288.

- Sears, D.O. (1986): "College sophomores in the laboratory: Influences of a Narrow Data Base on Social Psychology's View of Human Nature". *Journal of Personality and Social Psychology*, 51 (3): 515-530.
- Sejwacz, D., Ajzen, I. y Fishbein, M. (1980): "Predicting and understanding weight loss: Intentions, behaviors, and outcomes". En I. Ajzen y M. Fishbein (Eds.): *Understanding attitudes and predicting social behavior*. Englewood Cliffs, Nueva York: Prentice-Hall.
- Sellers, C.S. y Winfree, L.T.Jr. (1990): "Differential association and definition: A panel study of youthful drinking behavior". *The International Journal of the Addictions*, 25: 755-771.
- Senna, J., Rathus, S.A. y Siegel, L. (1974): "Delinquent behavior and academic investment among suburban youth". *Adolescence*, 9: 481-494.
- Shaw, M.E. y Wright, J. (1967): *Scales for the measurement of attitudes*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Sheppard, B.M., Hartwick, J. y Warshaw, P. (1988): "The theory of reasoned action: A meta-analysis of past research with recommendations for modifications and future research". *Journal of Consumer Research*, 15: 325-343.
- Sherif, M. y Hovland, C. (1961): *Social judgment*. New Haven: Yale University Press.
- Sherif, M. y Sherif, C. (1965): "The own categories procedure in attitude research". En M. Sherif y C. Sherif (1967), *Attitude, ego-involvement and change*. Nueva York: Wiley (Traducido en J.R. Torregrosa, *La perspectiva del juicio e implicación social en el estudio de las actitudes* [1974]).
- Short, J.F. (1964): "Adult-adolescent relations and gang delinquency". *Pacific Sociological Review*, 7: 59-65.
- Short, J.F. (1990): "New wine in old bottle: Changes and continuity in American gangs". En C.R. Huff (Ed.): *Gangs in America*. Newbury Park, CA: Sage.
- Short, J.F. y Strodbeck, F. (1965): *Group Process and Gang Delinquency*. Chicago: University of Chicago Press.
- Sierra, F. (1998): "Función y sentido de la entrevista cualitativa en investigación social". En J. Galindo Cáceres (Coord.): *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*, cap. 7: 277-345. México: Addison-Wesley-Longman.
- Silberberg, N.E. y Silberberg, M.C. (1971): "School achievement and delinquency". *Review of Educational Research*, 41: 17-32.
- Silberer, G. (1983): "Einstellungen und Werthaltungen". En M. Irle y W. Bussmann (Eds.): *Marktpsychologie als Sozialwissenschaft, Enzyklopädie der Psychologie* (4). Göttingen: Hogrefe.
- Silva, F. (1981): "La entrevista". En R. Fernández Ballesteros y J.A.I. Carrobes (Dir.): *Evaluación conductual: Metodología y Aplicaciones*. Madrid: Pirámide.

- Silva, F. (1994): "La entrevista". En R. Fernández Ballesteros: *Introducción a la Evaluación psicológica I*. Cap. 8: 252-278. Madrid: Pirámide.
- Slaby, R. y Qyarfoth, G. (1980): "Effects of television on the developing child". *Advanced Behavioral Pediatrics*, 1: 225-266.
- Slovic, P., Fischhoff, B. y Lichtenstein, S. (1977): "Behavioural decision theory". *Annual Review of Psychology*, 28: 1-39.
- Smetana, J.G. y Adler, N.E. (1980): "Fishbein's Value X Expectancy model: An examination of some assumptions". *Personality and Social Psychology Bulletin*, 6: 89-96.
- Smith, M.B. (1947): "The personal setting of public opinions: A study of attitudes toward Russia". *Public Opinion Quarterly*, 11: 507-523.
- Smith, E.R. y Mackie, D.M. (1997): *Psicología Social*. Madrid: Editorial Médica Panamericana.
- Snider, S. (1995): "Movie portrayals of juvenile delinquency: Part II-Sociology and Psychology". *Adolescence*, 30, 118: 326-337.
- Snyder, M. (1979): *Public appearances, private realities: The psychology of selfmonitoring*. Nueva York: W.H. Freeman y Company.
- Snyder, M. y Monson, T. (1975): "Persons, situations, and control of social behavior". *Journal of Personality and Social Psychology*, 32: 637-644.
- Snyder, M. y Swan, W.B. (1976): "When actions reflect attitudes: The politics of impression management". *Journal of Personality and Social Psychology*, 34: 1034-1042.
- Snyder, M. y Tanke, E. (1976): "Behavior and attitudes: Some people are more consistent than others". *Journal of Personality*, 44: 501-517.
- Snyder, M. y Kendzierski, D. (1982): "Acting on one's attitudes: Procedures for linking attitude and behavior". *Journal of Experimental Social Psychology*, 18: 165-183.
- Sommers, I. y Baskin, D.R. (1994): "Factors related to female adolescent initiation into violent street crime". *Youth & Society*, 25: 468-489.
- Sparks, P., Hedderley, D. y Shepherd, R. (1992): "An investigation into the relationship between control, attitude variability and the consumption of two common foods". *European Journal of Social Psychology*, 22: 55-71.
- Sparks, P. y Shepherd, R. (1992): "Self-identity and the theory of planned behaviour: Assessing the role of identification with green consumerism". *Social Psychology Quarterly*, 55: 388-399.
- Spencer, H. (1862): *First principles*. Nueva York: Burt.
- Spencer, H. (1896): *Principles of Psychology*, vol. 1, 30 parte. Nueva York: Appleton.

- Spergel, I.A. (1983): *Violent gangs in Chicago: Segmentation and integration*. Chicago: University of Chicago Press.
- Spergel, I.A. (1986): "The violent gang in Chicago: A local community approach". *Social Serv. Review*, 60: 94-131.
- Spergel, I.A. (1990): "Youth gangs: Continuity and change". En M. Tonry y N. Morris (Eds.): *Crime and Justice: A Review of Research*, 12. Chicago: University of Chicago Press.
- Spivak, H., Prothrow-Stith, D. y Hausman, A.J. (1988): "Dying is no accident: Adolescents, violence, and intentional injury". *Pediatric Clinic of North American*, 35: 1339-1347.
- Staats, A. W. (1968): "Social behaviorism and human motivation: Principles of the attitude-reinforcer-discriminative system". En Grenwald, Brock y Ostrom (Eds.): op.cit., 33-66.
- Stahlber, D. y Frey, D. (1992): "Actitudes I: Estructura, medida y funciones". En M. Hewstone, W. Stroebe, J.P. Codol y G.M. Stephenson (Dir.): *Introducción a la Psicología Social. Una perspectiva europea*. Barcelona: Ariel.
- Steinberger, L. (1987): "Single parents, stepparents, and the susceptibility of adolescents to antisocial peer pressure". *Child Development*, 58: 269-275.
- Sternberg, L. (1990): *From velleity to specific plans: How planning affects attitude, intention, behavior relations*. Tesis doctoral. Purdue University.
- Sthephan, W.G. (1985): "Intergroup relations". En G. Lindzey y E. Aronson (Eds.): *Handbook of Social Psychology* (Vol. 3, pp. 599-858). Nueva York: Addison-Wesley.
- Stewart, D.W. y Shamdasani, P.N. (1990): *Focus groups, Theory and practice*. Londres: Sage.
- Sullivan, J.L. y Feldman, S. (1979): *Multiple Indicators*. Beverly Hills, CA: Sage.
- Sussman, S., Dent, C.W., Stacy, A.W., Burton, D. y Flay, B.R. (1994): "Psychosocial Variables as Prospective Predictors of Violent Events Among Adolescents". *Healts Values*, 18, 3: 29-40.
- Sutherland, E.H. y Cressey, D.R. (1974): *Criminology: An interdisciplinary approach*. Philadelphia, JB: Lippincott.
- Suttles, G. (1968): *Social Orden of the Slum*. Chicago: University of Chigaco Press.
- Sutton, S.R. y Hallett, R. (1989): "Understanding seat-belt intentions and behavior: A decision-making approach". *Journal of Applied Social Psychology*, 19: 1310-1325.
- Tajfel, H. (1982): *Social Identity and intergroup relations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tajfel, H. (1982): "Social Psychology of Intergroup Relations". *Annual Review of Psychology*, 33: 1-39.
- Tajfel, H. y Turner, J. (1986): "The social psychology of intergroup relations". En S. Worchetl y W.G. Austin (Eds.): *The social psychology of intergroup relations*. Monterey, CA: Brooks-Cole, 34-47.

- Tajfel, H. y Turner, J.C. (1979): "An integrative theory of intergroup conflict". En W.G. Austin y S. Woechel (Eds.): *The social psychology of intergroup relations*. Monterey: Brooks/Cole.
- Tarter, D.E. (1969): "Toward prediction of attitude-action discrepancy". *Social Forces*, 47: 398-405.
- Taylor, C. (1990): *Dangerous Society*. East Lansing, MI: State University Press.
- Terry, D.J. y Hogg, M.A. (1996): "Group norms and the attitude-behavior relationship: A role for group identification". *Personality and Social Psychology Bulletin*, 22 (8): 776-793.
- Terry, D.J. y O'Leary, J.E. (1995): "The theory of planned behaviour: The effects of perceived behavioural control and self-efficacy". *British Journal of Social Psychology*, 34 (2): 199-220.
- Tesser, A. y Shaffer, D.R. (1990): "Attitudes and attitude change". *Annual Review of Psychology*, 4: 479-523.
- Thomas, W. y Znaniecki, F. (1918): *The polish peasant in Europe and America, Vol. 1*. Chicago: University of Chicago Press.
- Thornberry, T.P., Bjerregeard, B., y Miles, W. (1993a): "The consequences of respondent attrition in panel studies: A simulation based on the Rochester Youth Development Study". *Journal of Quantitative Criminology*, 9: 127-158.
- Thornberry, T.P., Krohn, M.D., Lizotte, A.J. y Chard-Wierschem, D. (1993b): "The role of juvenile gangs in facilitating delinquent behavior". *Journal Res. Crime. Delinquency*, 30: 55-87.
- Thorndike, E.L. (1935): *The psychology of wants, interests and attitudes*. Nueva York: Appleton-CenturyCo.
- Thurstone, L. (1927): "The method of paired comparison for social values". *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 21: 384-400.
- Thurstone, L. (1928): "Attitudes can be measured". *American Journ. Psychol.*, 33: 529-554.
- Thurstone, L. (1929): "Theory of attitude measurement". *Psychological Review*, 36: 222-241.
- Tolan, P.H. (1988a): "Socioeconomic, family, and social correlates of adolescent antisocial and delinquent behavior". *Journal of Abnormal Child Psychology*, 16, 317-331.
- Tolan, P.H. (1988b): "Delinquent behaviors and male adolescent development: A preliminary study". *Journal of Youth and Adolescence*, 17: 413-427.
- Tolan, P.H. y Lorion, R.P. (1988): "Multivariate approaches in the identification of delinquency-proneness in adolescent male". *American Journal of Community Psychology*, 16: 547-561.
- Tolman, E.C. (1932): *Purposive behavior in animals and men*. Nueva York: Century.
- Tolman, E.C. (1951): *Collected papers in psychology*. Reimpreso como *Behavior and psychological man*. Berkeley: University of California Press.

- Tönnies, F. (1979): *Comunidad y Asociación*. Barcelona: Ediciones Península.
- Torres, D.M. (1980): *Gang Violence Reduction Project evaluation report*. Sacramento: California Youth Authority.
- Toufexis, A. (1989): "Our violent kids". *Time*, 12 junio, 52-55.
- Tourangeu, R. y Rasinski, K.A. (1988): "Cognitive processes underlying context effects in attitude measurement". *Psychological Bulletin*, 103: 299-314.
- Tracy, P.E. (1987): *Subcutral delinquency: A comparision of the incidence and severity of gang and nongang member offenses*. Boston: College of Criminal Justice, Northeastern University.
- Trafimow, D. y Fishbein, M. (1994): "The moderating effect of behavior type on the subjective norm-behavior relationship". *The Journal of Social Psychology*, 134 (6), 755-763.
- Trafimow, D. y Fishbein, M. (1995): "Do people really distinguish between behavioural and normative beliefs?". *Bristish Journal of Social Psychology*, 34: 257-266.
- Trafimow, D., Triandis, H.C. y Goto, S.G. (1991): "Some tests of the distinction between the private self and the collective self". *Journal of Personality and Social Psychology*, 60: 649-655.
- Trascher, F. (1927): *The Gang*. Chicago: University of Chicago Press.
- Tremblay, P.F. y Gardner, RG (1996): On the Growth of Structural Equation Modeling in *Psychological Journals*. *Structural Equation Modeling* 3 (2): 228-247.
- Triandis, H.C. (1964): "Exploratory factor analyses of the behavioral component of social attitudes". *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 68: 420-430.
- Triandis, H.C. (1971): *Attitude and attitude change*. Nueva York: Wiley.
- Triandis, H.C. (1977): *Interpersonal behavior*. Monterey, Calif., Brooks/Cole.
- Triandis, H.C. (1980): "Values, attitudes, and interpersonal behavior". En M. Page (Ed.), *Beliefs, attitudes and values*: 195-259. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Triandis, H.C. (1989): "The self and social behavior in differing contexts". *Psychological Review*, 96: 506-520.
- Trilla, J. (1997): *La Animación sociocultural: Teorías, programas y ámbitos*. Barcelona: Ariel.
- Triplett, N. (1898): "The dynamogenic factors in pacemaking and competition". *American Journal of Psychology*, 9: 507-533.
- Truscott, D. (1992): "Intergenerational trasmission of violent behavior in adolescent males". *Aggressive Behavior*, 18: 327-335.
- Tuck, M. (1976): *How do we choose?*. Londres: Methuen.

- Turiel, E. (1983): *El desarrollo del conocimiento social. Moralidad y convención*. Madrid. Editorial Debate.
- Turner, R.H. y Lillian, L.M. (1987): *Collective behavior*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- Tversky A y Kahneman (1982): "Judgment under uncertainty: Heuristics and biases". En D. Kahneman, P. Slovic y A. Tversky (Eds.): *Judgment under uncertainty* (pp.3-20). Nueva York: Cambridge University Press.
- Tversky, A. y Kahneman, D. (1974): "Judgment under uncertainty: Heuristics and biases". *Science*, 185: 1124-1131.
- University of California at Los Angeles (UCLA) and Center of Disease Control and Prevention (CDC) (1985): *The Epidemiology of Homicide in the City of Los Angeles, 1970-79*. Atlanta, GA: CDC.
- Vala, J. (1989): "Identidad y movilización social de los jóvenes desempleados". En J.R. Torrgrosa, J.L. Alvaro y J. Bergeré (Comps.): *Juventud, trabajo y desempleo: un análisis psicosociológico*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Servicios Sociales.
- Valencia, J.F. (1990): "La lógica de la participación colectiva: tres modelos de análisis de la participación política no institucional". *Revista de Psicología Social*, 5 (2-3): 185-214.
- Valiquette, C.A.M., Valois, P., Desharnais, R. y Godin, G. (1988): "An item-analytic investigation of the Fishbein and Ajzen multiplicative scale: The problem of a simultaneous negative evaluation of belief and outcome". *Psychological Reports*, 63: 723-728.
- Valois, P., Desharnais, R. y Godin, G. (1988): "A comparison of the Fishbein and Ajzen and Triandis attitudinal models for the prediction of exercise intention and behavior". *Journal of Behavioral Medicine*, 11: 459-472.
- Vallerand, R.J., Deshaies, P., Cuerrier, J., Pelletier, L.G. y Mongeau, C. (1992): "Ajzen and Fishbein's theory of reasoned action as applied to moral behavior: A confirmatory analysis". *Journal of Personality and Social Psychology*, 62(1): 98-109.
- Vallés, M.S. (1997): *Técnicas cualitativas de investigación social: Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.
- Van de Putte, B. (1993): "On the theory of reasoned actino". Tesis doctoral no publicada. Amsterdam: University of Amsterdam.
- Van Ryn, M y Vinokur, A.D. (1990): "The role of experimentally manipulated self-efficacy in determining job search behavior among the unemployed". Manuscrito no publicado. Institute for Social Research, University of Michigan at Ann Arbor.
- Vega, B. (1987): "La escuela". En F. de la Garza (Dir.): *La cultura del menor infractor*. México: Trillas, pp. 29.39.
- Verplanken, B. (1989): "Involvement and need for cognition as moderators of belief-attitude-intention consistency". *British Journal of Social Psychology*, 28: 115-122.

- Vigil, J.D. (1990): "Cholos and gangs: Culture change and street youth in Los Angeles". En C.R. Huff (Ed.): *Gangs in America*. Newbury Park, CA: Sage.
- Vigil, J.D. (1988): *Barrio Gangs: Street Life and Identity in Southern California*. Austin, TX: University of Texas Press.
- Vigotsky, L.S. (1987): *Pensamiento y Lenguaje*. Buenos Aires: La Pléyade.
- Visauta, B. (1986): *Técnicas de investigación social: Modelos causales*. Barcelona: Hispano Europea, S.A.
- Visauta, B. (1989): *Técnicas de Investigación social. I, Recogida de datos*. Barcelona: PPU.
- Vogel, R. y Rothengatter, J.A. (1984): *Motieven van snelheidsgedrag op autosnelwegen; een attitude onderzoek*. Haren: Traffic Research Centre, University of Groningen.
- Volkman, J. (1951): "Scales of judgment and their implication for social psychology". En J. Rohrer y M. Sherif (Eds.): *Social Psychology at the crossroads*. Nueva York: Harper and Row.
- Von Haefen, I., Fishbein, M., Kasprzyk, D. y Montano, D. (2001): "Analyzing data to obtain information to design targeted interventions". *Psychology, Health & Medicine*, 6 (2): 151-164.
- Von Haefen, I. y Kenski, K. (2001): "Multi-partnered heterosexuals condom use for vaginal sex with their main partner as a function of attitude, subjective norm, partner norm, perceived behavioural control and weighted control beliefs". *Psychology, Health & Medicine*, 6 (2): 165-177.
- Vroom, V.H. (1964): *Work and motivation*. Nueva York: Wiley.
- Wang, A.Y. (1994): "Pride and prejudice in high school gang members". *Adolescence*, 29: 114, 279-291.
- Warner, L.G. y De Fleur, M. (1969): "Attitudes as an interactional concept: Social constraint and social distance as intervening variables between attitudes and actino". *American Sociological Review*, 34: 153-169.
- Warren, H. (1922): *Elements of human psychology*. Boston, Houghton Mifflin.
- Warrs, M. (1993): "Age, peers and delinquency", *Criminology*, 31: 17-40.
- Warshaw, P.R. y Davis, F.D. (1985): "Disentangling behavioral intention and behavioral expectation". *Journal of Experimental Social Psychology*, 21: 213-228.
- Watson, G.B. (1925): "The measurement of fairmindedness". *Contributions to Education*, núm. 176. Teachers College, Columbia Universidad.
- Webb, E.J., Campbell, D.T., Schwarz, R.D. y Sechrest, L. (1966): *Unobstrusive measures: non-reactive research in the social sciences*. Chicago: Rand McNally.
- Weigel, R.H., Vernon, D.T.A. y Tognacci, L.N. (1974): "Specificity of attitudes as a determinant of attitude-behavior congruence". *Journal of Personality and Social Psychology*, 30: 724-728.

- Weiss, R.F. (1968): "An extension of hulian learning theory to persuasive communication". En A. Greenwald, T. Brock y T. Ostrom (Eds.): *Psychological foundations attitudes*. Nueva York: Academic Press.
- Wellman, B. y Berkowitz, S.D. (1988): *Social Structure: A Network Approach*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wells, L.E. y Rankin, J.H. (1983): "Self-concept as a mediating factor in delinquency". *Social Psychology Quartely*, 46: 11-22.
- Werts, C.E. y Linn, R.L. (1970): "Path analysis: Psychological examples". *Psychological Bulletin*, 74: 193-212.
- Wheaton, B., Muthen, B., Alwin, D. y Summers, G. (1977): "Assessing reliability and stability in panel models". En D.R. Heise (Ed.): *Sociological Methodology*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Whyte, W.F. (1943): *Street corner society*. Chicago: University of Chicago Press.
- Wiatrowski, M.D. Griswold, D. y Roberts, M.K. (1981): "Social control theory and delinquency". *American Sociological Review*, 46: 525-541.
- Wicker, A.W. (1969): "Attitudes versus actions: The relationship of verbal and overt behavioral responses to attitudes objects". *Journal of Social Issues*, 25(4): 41-78.
- Wicker, A.W. (1971): "An examination of the 'other variables' explanation of attitude-behavior inconsistency". *Journal of Personality and Social Psychology*, 19: 18-30.
- Widaman, K.F. (1985): "Hierarchically nested covariance structure models for multitrait-multimethod data". *Applied Psychological Measurement*, 9: 1-26.
- Widom, C.S. (1989): "The cycle of violence". *Science*, 244: 160-166.
- Williams, R. Jr. (1947): "The reduction of intergroup tensions: A survey of research on problems of etnie racial and religious group relations". *Social. Res. Counc. Bull.*, 57.
- Williams, K.R. (1984): "Economic sources of homicide: Reestimating the effects of poverty and inequality". *American Sociological Review*, 49: 283-289.
- Wilson (1972): "Effects for analyzing reasons on attitude-behavior consistency". *Journal of Personality and Social Psychology*, 47: 5-16.
- Wilson, J.Q. (1987): *The Truly Disadvantaged: The Inner City, The Underclass, and Public Policy*. Chicago: Univerity of Chicago Press.
- Winfree, L.T. Fuller, K. Vigil, T. y Mays, G.L. (1992): "The definition and mesurement of 'gang status': Policy implications for juvenile justice". *Juv. Family Court J.*, 29-37.
- Winfree, L.T., Vigil Bäckström, T. y Mays, G.L. (1994): "Social learning theory, self-reported delinquency, and youth gangs". *Youth & Society*, 26, 2: 147-177.

- Wittenbraker, J., Gibbs, B.L. y Khale, L.R. (1983): "Seat belt attitudes, habits, and behaviors: An adaptive amendment to the Fishbein model". *Journal of Applied Social Psychology*, 13: 416-421.
- Wolfgang, M.E., y Ferracuti, F. (1967): *The Subculture of Violence: Toward an Integrated Theory of Criminology*. Londres: Tavistoon.
- Wolfgang, M.E., Figlio, R.M. y Sellin, T. (1972): *Delinquency in a birth cohort*. Chicago: University of Chicago Press.
- Worchel, S; Cooper, J. Goethals, G.R. y Olson, J.M. (2002): *Psicología Social*. Madrid: Thomson Editores Paraninfo.
- World Health Organization (2002): *World report on violence and health*. Ginebra: Organización Mundial de la Salud.
- Wu, Ch. (1992): "Effects of attitude formation processes on the structuring of attitudes: Affect versus cognition, and their measurements". *Chinese Journal of Psychology*, 34: 41-55.
- Yablonsky, L. (1962): *The Violent Gang*. Nueva York: Macmillan.
- Zajonc, R.B. (1960): "The process of cognitive tuning communication". *Journal of Abnormal Social Psychology*, 61: 159-167.
- Zajonc, R.B. (1965): "Social facilitation". *Science*, 149: 269-274.
- Zajonc, R.B. (1984): "On the primacy of affect". *American Psychologist*, 39 (2): 117-123.
- Zanna, M.P., Olson, J.M. y Fazio, R.H. (1980): "Attitude-behavior consistency: An individual difference perspective". *Journal of Personality and Social Psychology*, 38: 432-440.
- Zanna, M.P. y Fazio, R.H. (1982): "The attitude-behavior relation: moving toward a third generation of research". En M.P. Zanna, E.T. Higgins y C.P. Herman (Eds.): *Consistency in Social Behavior: the Ontario symposium* (vol. 2). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Zanna, M.P. y Rempel, J.K. (1988): "Attitudes: A new look at an old concept". En D. Bar-Tal y A.W. Kruglanski (Eds.): *The Social Psychology of Knowledge* (315-334). Nueva York: Cambridge University Press.
- Zárraga, J.L. (1985): *La inserción de los jóvenes en la sociedad*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- Zeldin, S. y Spivak, H. (1993): "Violence prevention and youth development implications for the medical clinician". En R. Tonkin (Ed.): *Current Issue of the Adolescent patient*. Londres: Baillier's Clinical Pediatrics.
- Zevitz, R. y Takata, S. (1992): "Metropolitan gang influences and the emergence of group delinquency in a regional community". *Journal of Criminology Justice*, 20: 93-106.
- Zimbardo, P. y Ebbesen, E.B. (1969): *Influencing attitudes and changing behavior*. Reading: Addison-Wesley.

Zimbardo, P. y Ebbesen, E.B. (1970): "Experimental modification of the relationship between effort, attitude and behavior". *Journal of Personality and Social Psychology*, 16: 207-213.

Zuckerman, M., Siegelbaum, H. y Williams, R. (1977): "Predicting helping behavior: Willingness and ascription of responsibility". *Journal of Applied Social Psychology*, 7: 295-299.

Zuckerman, M. y Reis, H. (1978): "Comparison of three models for predicting altruistic behavior". *Journal of Personality and Social Psychology*, 36: 498-510.

Zuckerman, D. y Zuckerman, B. (1985): "Television's impact on children". *Pediatrics*, 75: 233-240.



Cuestionario de investigación
Conducta violenta exogrupal
-CINCOVE-



Este cuestionario es anónimo, con él pretendemos obtener información sobre algunos aspectos relacionados con la juventud madrileña.

Tu colaboración nos resulta indispensable. Te rogamos que contestes a todas las preguntas con la mayor sinceridad. Nuestro entrevistador podrá aclararte, en todo momento, cualquier duda.

Instrucciones para rellenar el cuestionario

En las páginas siguientes vas a encontrar una serie de frases. Con ellas pretendemos saber cuál es tu opinión acerca de distintas cuestiones. Para ello te presentamos una línea continua con dos calificativos opuestos en los extremos. Como puedes ver, entre los dos extremos hay una serie de tramos que corresponden a la opinión que tú, personalmente, puedes tener acerca de la pregunta en concreto. Tu tarea consiste en marcar con una cruz (X) la casilla que crees que mejor refleja tu opinión sobre cada una de las frases (por ejemplo, algo falso, bastante verdadero, etc.).

Por ejemplo, si tuvieras que contestar a la siguiente pregunta:

Me gusta tomar café después de comer.

Falso: _____ : _____ : algo _____ : _____ : algo _____ : _____ : Verdadero
totalmente bastante

deberías marcar con una "X" la primera casilla, en el caso de que esto sea totalmente falso, la última si fuera totalmente verdadero, etc.

Por ponerte algunos ejemplos más, si tuvieras que contestar a la siguiente pregunta:

Durante el próximo mes, tengo la intención de salir de excursión a la sierra de Madrid, con mi grupo de amigos del barrio.

Falso: _____ : _____ : algo _____ : _____ : algo _____ : _____ : Verdadero
totalmente bastante

Si tú, personalmente, crees que esta frase corresponde a "Verdadero", y estás totalmente de acuerdo con esta afirmación, deberías marcar una "X" en la última casilla (junto a "Verdadero"), de la siguiente manera:

Falso: _____ : _____ : algo _____ : _____ : _____ : X _____ : Verdadero
totalmente bastante

Si tú, por el contrario, crees que esta frase corresponde a "Falso", y estás totalmente en contra de esta afirmación, deberías marcar una "X" en la primera casilla (junto a "Falso"), de la siguiente manera:

Falso: X _____ : _____ : _____ : _____ : _____ : _____ : Verdadero
totalmente bastante

Puede ocurrir, también, que tu opinión no se sitúe en ninguno de los extremos. Por ejemplo, si tu opinión entre Falso y Verdadero se situara sólo un poco más cerca de "Falso", deberías marcar:

Falso: _____ : _____ : X _____ : _____ : _____ : _____ : Verdadero
totalmente bastante

También vas a encontrar preguntas hechas de otro modo, como las que te mostramos a continuación:

Mi pareja piensa que yo:

No debería: _____ : _____ : _____ : _____ : _____ : _____ : Debería

durante el próximo mes, salir de excursión a la sierra de Madrid con mi grupo de amigos del barrio.

En este caso, debes marcar la casilla que mejor refleje tu opinión. Por ejemplo, si estás totalmente convencido de que tu pareja piensa que “*durante el próximo mes, deberías salir de excursión a la sierra de Madrid con tu grupo de amigos del barrio*”, debes marcar con una “X” la última casilla comenzando por la derecha:

Mi pareja piensa que yo:

No debería: _____:_____:_____:_____:_____:_____:: Debería

durante el próximo mes, salir de excursión a la sierra de Madrid con mi grupo de amigos del barrio.

Si por el contrario piensas que tu pareja cree que no deberías hacerlo, debes colocar la “X” en la primera casilla de la izquierda:

Mi pareja piensa que yo:

No debería: :_____:_____:_____:_____:_____:_____:: Debería

durante el próximo mes, salir de excursión a la sierra de Madrid con mi grupo de amigos del barrio.

Como ya hemos visto, si piensas que tu pareja tiene una opinión menos clara y extrema, marca con una “X” la casilla que refleje mejor su opinión. Por ejemplo:

Mi pareja piensa que yo:

No debería: _____:_____:_____::_____:_____:: Debería

durante el próximo mes, salir de excursión a la sierra de Madrid con mi grupo de amigos del barrio.

Ten en cuenta que no debes marcar más de una “X” en cada pregunta (si te equivocas en alguna de ellas, puedes tacharla y volver a marcar la correcta). Asegúrate que contestas a todas las preguntas y, por favor, coloca la marca sobre la línea y en medio de los espacios, no entre ellos.

Ahora, puedes pasar a la siguiente página para contestar el cuestionario.

Como ya sabes, últimamente se habla mucho de la violencia juvenil que realizan algunos grupos de jóvenes. A continuación, nos gustaría que expresases tus propias opiniones y experiencias sobre ello.

Por favor, responde a todas la preguntas, aunque no hayas tenido experiencia directa con este tema.

¿Has presenciado alguna vez una pelea entre personas que pertenecen a grupos de jóvenes distintos?

- No
 Sí

En relación con la violencia que realizan algunos grupos de jóvenes:

¿En qué medida te sientes amenazado por ella?:

Nada: _____ :Mucho

¿En qué medida la has sufrido personalmente?:

Nada: _____ :Mucho

¿En qué medida te sientes protegido contra ella?:

Nada: _____ :Mucho

¿Ha cambiado en los últimos 12 meses tu opinión sobre la violencia realizada por grupos de jóvenes?:

Sí, estoy más en contra: _____ No ha cambiado _____ : Sí, estoy más a favor



A continuación te pedimos que nos indiques algunas de tus opiniones sobre la violencia juvenil contra personas que pertenecen a otro grupo.

"Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, es":

Mal: _____ : Bueno

Muy peligroso: _____ : Nada peligroso

Injusto: _____ : Justo

No me gusta: _____ : Me gusta

No sirve para nada: _____ : Sirve para mucho

Me hace sentir mal: _____ : Me hace sentir bien

Va _____ Está _____
 contra mis principios : _____ : a favor de mis principios

No resuelve problemas: _____ : Resuelve problemas

La mayoría de las personas que son importantes para mí, piensa que yo...
No debería: _____ *Debería*
 ... pegar, con mi grupo durante el próximo mes a una o más personas que pertenecen a otro grupo

La mayoría de las personas que son importantes para mí...
Rechaza: _____ *Accepta*
 ... la violencia entre grupos juveniles.


Durante el próximo mes, tengo la intención de pegar con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo.
Falso: _____ *Verdadero*

Durante los próximos 12 meses, tengo la intención de pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo.
Falso: _____ *Verdadero*


En relación con la violencia contra una o más personas que pertenecen a otro grupo, quiero comportarme como la mayoría de las personas que son importantes para mí piensa que yo debería hacer.
Falso: _____ *Verdadero*


A continuación te pedimos tu opinión sobre algunas cuestiones relacionadas con la violencia contra personas que pertenecen a otros grupos.
 Marca con una X el lugar donde se sitúa tu opinión.

Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, me haría tener remordimientos.
Falso: _____ *Verdadero*
 Que yo tenga remordimientos es:
Malo: _____ *Bueno*

Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, podría hacer que me hiriesen.
Falso: _____ *Verdadero*
 Que me hieran es:
Malo: _____ *Bueno*

Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, me haría desahogarme.
Falso: _____ *Verdadero*
 Que yo me desahogue es:
Malo: _____ *Bueno*

Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, haría que me respetasen.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

Que yo sea respetado es:

Malo : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Bueno

Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, me haría tener problemas con la gente que aprecio.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

Tener problemas con la gente que aprecio es:

Malo : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Bueno

Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, me crearía enemigos.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

Que yo tenga enemigos es:

Malo : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Bueno

Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, evitaría que otros me peguen a mí.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

Evitar que otros me peguen a mí es:

Malo : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Bueno

Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, evitaría que me tomen por un cobarde.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

Evitar que me tomen por un cobarde es:

Malo : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Bueno

Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, me haría sentirme apoyado por mi grupo.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

Sentirme apoyado por mi grupo es:

Malo : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Bueno

Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, me permitiría castigar a quien se lo merece.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

Que yo castigue a quien se lo merece es:

Malo : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Bueno

- Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, me permitiría defender las ideas en las que creo.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

Que yo defienda las ideas en las que creo es:

Malo : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Bueno

- Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, me haría sentirme protegido.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

Que yo me sienta protegido es:

Malo : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Bueno

- Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, me haría tener problemas con la policía.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

Que yo tenga problemas con la policía es:

Malo : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Bueno

- Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, me evitaría tener miedo.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

Que yo no tenga miedo es:

Malo : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Bueno

- Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, me haría herir gravemente a alguien.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

Que yo hiera gravemente a alguien es:

Malo : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Bueno

- Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, me permitiría proteger a las demás personas que aprecio.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

Que yo proteja a las personas que aprecio es:

Malo : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Bueno

- Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, me haría ser popular en mi ambiente.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

Que yo sea popular en mi ambiente es:

Malo : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Bueno

Una vez más, te recordamos que debes marcar con una "X" el lugar de la escala (entre los dos adjetivos) donde creas que mejor se sitúa tu opinión.

- En relación con la violencia contra una o más personas que pertenecen a otro grupo, quiero comportarme como **mi madre** piensa que yo debería hacer.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

- En relación con la violencia contra una o más personas que pertenecen a otro grupo, quiero comportarme como **mi padre** piensa que yo debería hacer.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

- En relación con la violencia contra una o más personas que pertenecen a otro grupo, quiero comportarme como **mis hermanos** piensan que yo debería hacer.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

- En relación con la violencia contra una o más personas que pertenecen a otro grupo, quiero comportarme como **los amigos con los que voy a pegar** piensan que yo debería hacer.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

- En relación con la violencia contra una o más personas que pertenecen a otro grupo, quiero comportarme como **los amigos con los que salgo habitualmente** piensan que yo debería hacer.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

- En relación con la violencia contra una o más personas que pertenecen a otro grupo, quiero comportarme como **otras personas que pegan** piensan que yo debería hacer.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

- En relación con la violencia contra una o más personas que pertenecen a otro grupo, quiero comportarme como **otras personas que no pegan** piensan que yo debería hacer.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

- En relación con la violencia contra una o más personas que pertenecen a otro grupo, quiero comportarme como **mi pareja** piensa que yo debería hacer.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero



¿Qué opinión crees que tienen las siguientes personas sobre el hecho de que tú pegues, con tu grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo?



Mi madre piensa que yo...

No debería : _____ : *Debería*

... pegar, con mi grupo durante el próximo mes a una o más personas que pertenecen a otro grupo.



Mi padre piensa que yo...

No debería : _____ : *Debería*

... pegar, con mi grupo durante el próximo mes a una o más personas que pertenecen a otro grupo.



Mis hermanos piensan que yo...

No debería : _____ : *Debería*

... pegar, con mi grupo durante el próximo mes a una o más personas que pertenecen a otro grupo.



Los amigos con los que voy a pegar piensan que yo...

No debería : _____ : *Debería*

... pegar, con mi grupo durante el próximo mes a una o más personas que pertenecen a otro grupo.



Los amigos con los que salgo habitualmente piensan que yo...

No debería : _____ : *Debería*

... pegar, con mi grupo durante el próximo mes a una o más personas que pertenecen a otro grupo.



Otras personas que no pegan piensan que yo...

No debería : _____ : *Debería*

... pegar, con mi grupo durante el próximo mes a una o más personas que pertenecen a otro grupo.



Otras personas que pegan piensan que yo...

No debería : _____ : *Debería*

... pegar, con mi grupo durante el próximo mes a una o más personas que pertenecen a otro grupo.



Mi pareja piensa que yo...

No debería : _____ : *Debería*

... pegar, con mi grupo durante el próximo mes a una o más personas que pertenecen a otro grupo.

Una vez más, te recordamos que debes marcar con una "X" el lugar donde creas que mejor se sitúa tu opinión, entre las dos opciones.

Pegar, durante el próximo mes, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, es algo que:

No depende _____ *Depende*
en nada de mí : _____ : *totalmente de mí*

Durante el próximo mes, si quiero puedo pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo.

Falso : _____ : *Verdadero*

El número de cosas que podrían impedirme pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo es:

Muy pequeña : _____ : *Muy grande*

Estoy totalmente seguro de poder pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, si quiero hacerlo.

Falso : _____ : *Verdadero*



Personalmente, pienso que debo pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo.

Falso : _____ : *Verdadero*

Yo soy capaz de pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo siempre que desee hacerlo.

Falso : _____ : *Verdadero*




Durante el próximo mes, yo pegaré con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo.

Falso : _____ : *Verdadero*

Durante los próximos 12 meses, yo pegaré con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo.

Falso : _____ : *Verdadero*



Yo tengo las habilidades suficientes para pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo.

Falso : _____ : *Verdadero*

Ya soy capaz de evitar los problemas que me puede traer pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo.

Falso : _____ : Verdadero



Indica cómo influye que tú pegues, con tu grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, a las siguientes personas:

A tu madre:

Le Perjudica : _____ : Le Beneficia

No influye

A tu padre:

Le Perjudica : _____ : Le Beneficia

No influye

A tus hermanos:

Les Perjudica : _____ : Les Beneficia

No influye

A los amigos con los que vas a pegar:

Les Perjudica : _____ : Les Beneficia

No influye

A los amigos con los que sales habitualmente:

Les Perjudica : _____ : Les Beneficia

No influye

A otras personas que no pegan:

Les Perjudica : _____ : Les Beneficia

No influye

A otras personas que pegan:

Les Perjudica : _____ : Les Beneficia

No influye

A tu pareja:

Le Perjudica : _____ : Le Beneficia

No influye



Estoy dispuesto a realizar todos los esfuerzos necesarios para pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo.

Falso : _____ : Verdadero

Tengo total confianza en que si quiero pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, puedo hacerlo.

Falso : _____ : Verdadero

A continuación te vamos a hacer algunas preguntas relacionadas con tus amigos. Por favor, **piensa en el grupo de amigos con el que te sientes más unido.**

- Cuando mi grupo decide hacer algo, yo estoy de acuerdo:
Nunca : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Siempre
- Cuando mi grupo decide hacer algo, yo también lo hago:
Nunca : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Siempre
- Yo propongo a mi grupo las actividades que vamos a hacer:
Nunca : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Siempre
- Cuando yo propongo hacer algo, mi grupo está de acuerdo:
Nunca : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Siempre
- Cuando yo propongo hacer algo, mi grupo me sigue:
Nunca : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Siempre



Las siguientes preguntas hacen referencia **únicamente a tu experiencia directa** con el tema de la violencia juvenil contra personas que pertenecen a otro grupo.

Recuerda que tus respuestas son anónimas y que puedes, por lo tanto, contestar con toda sinceridad, y sin ningún problema.

- Aproximadamente, durante los últimos 12 meses, ¿cuántas veces has pegado, con tu grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo? _____ (Indica nº de veces).
- Aproximadamente, durante el último mes, ¿cuántas veces has pegado, con tu grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo? _____ (Indica nº de veces).
- ¿Has pegado alguna vez, con tu grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo?:
- No → Por favor, pasa a la siguiente pregunta
 - Si → Por favor, pasa a la página nº 15

A continuación vamos a hacer algunas preguntas referidas, fundamentalmente, a tu grupo de amigos. **Recuerda que debes pensar en el grupo con el que te sientes más unido.**

¿Cuánto tiempo hace que perteneces a tu grupo?:

Más de 1 año → ¿Cuántos años, aproximadamente? _____

Menos de 1 año → ¿Cuántos meses, aproximadamente? _____

¿Cuánto tiempo libre pasas con:

* tu familia?: Nunca: _____ : Mucho

* tú solo?: Nunca: _____ : Mucho

* tu grupo?: Nunca: _____ : Mucho

* tu pareja?: Nunca: _____ : Mucho

Los problemas importantes que me afectan, trato de solucionarlos con la ayuda de:

* mis padres: Nunca: _____ : Siempre

* mis hermanos: Nunca: _____ : Siempre

* mi grupo: Nunca: _____ : Siempre

* mi pareja: Nunca: _____ : Siempre

* otras personas: Nunca: _____ : Siempre

* sin ayuda, yo solo: Nunca: _____ : Siempre

Cuando no estoy de acuerdo con mi grupo, se lo digo:

Nunca: _____ : Siempre

Cuando no estoy de acuerdo con mi grupo, hago lo que dice la mayoría:

Nunca: _____ : Siempre



Mi grupo es más importante que mi familia:

Falso: _____ : Verdadero

Mi grupo es más importante que el resto de personas que conozco (excluida mi familia):

Falso: _____ : Verdadero

En mi grupo:

Todos pensamos de la misma forma:
Falso: _____ : Verdadero

A todos nos gustan las mismas cosas:
Falso: _____ : Verdadero

Pasamos juntos todo el tiempo libre que tenemos:
Falso: _____ : Verdadero

Todos deseamos conseguir en el futuro las mismas cosas:
Falso: _____ : Verdadero

Quien quiere entrar en mi grupo, puede hacerlo fácilmente:
Falso: _____ : Verdadero

Durante los últimos 12 meses, se han incorporado a mi grupo:
Ninguna persona: _____ : Muchas personas

Quien quiere abandonar mi grupo, puede hacerlo fácilmente:
Falso: _____ : Verdadero

Durante los últimos 12 meses, han abandonado mi grupo:
Ninguna persona: _____ : Muchas personas

¿Cuántos chicos, aproximadamente, hay en tu grupo?: _____ (Indica nº)

¿Cuántas chicas, aproximadamente, hay en tu grupo?: _____ (Indica nº)

¿Qué edad, aproximadamente, tiene el mayor de tu grupo?: _____ (Indica nº)

¿Qué edad, aproximadamente, tiene el menor de tu grupo?: _____ (Indica nº)

¿Cuántos grupos diferentes de amigos tienes?: _____ (Indica nº)

No necesitamos tu identidad, pero por favor dínos:

Sexo: Varón Mujer Edad: _____

.....

Como ya te indicamos, nos volveremos a poner en contacto contigo para hacerte unas nuevas preguntas, pero como ya te hemos dicho, este cuestionario es totalmente anónimo. La idea es que nosotros podamos unir la información que tú nos das , a través de los cuestionarios, (este y el próximo), pero sin que en ningún momento nadie -ni nosotros- conozca tu verdadera identidad. Por favor, pon en las líneas siguientes tus iniciales y la fecha de nacimiento.

Iniciales (Nombre-Primer apellido-Segundo apellido): _____

Fecha de nacimiento (Día-Mes-Año): _____

MUCHAS GRACIAS POR TU COLABORACIÓN

Una vez más, te recordamos que este cuestionario es totalmente anónimo. Igualmente, recuerda que debes marcar con una "X" el lugar de la escala en el que creas que mejor se sitúa tu opinión, entre los dos adjetivos.

- Aproximadamente, ¿Cuánto tiempo hace que has pegado por última vez?:
- Más de 1 mes → ¿Cuántos meses? _____
- Menos de 1 mes → ¿Cuántas semanas? _____
- Aproximadamente, ¿Cuánto tiempo hace que pegaste por primera vez con tu grupo?:
- Más de 1 año → ¿Cuántos años? _____
- Menos de 1 año → ¿Cuántos meses? _____
- Aproximadamente, ¿Cuánto tiempo hace que perteneces a tu grupo?:
- Más de 1 año → ¿Cuántos años? _____
- Menos de 1 año → ¿Cuántos meses? _____
- ¿Cuántos grupos diferentes de amigos tienes?: _____ (Indica nº)
- ¿Cuántos grupos de amigos conocen tus actividades violentas?: _____ (Indica nº)
- ¿Cuántos grupos de amigos aprueban tus actividades violentas?: _____ (Indica nº)
- El grupo con el que vas a pegar, ¿es el grupo con el que te sientes más unido?:
- No Sí
- ¿Cuánto tiempo libre pasas con:
- * tu familia:
Nada: _____ : Mucho
- * tú solo:
Nada: _____ : Mucho
- * el grupo de amigos con el que vas a pegar:
Nada: _____ : Mucho
- * otros grupos de amigos:
Nada: _____ : Mucho
- * tu pareja:
Nada: _____ : Mucho
- El grupo con el que voy a pegar es más importante que mi familia:
Falso: _____ : Verdadero
- El grupo con el que voy a pegar es más importante que el resto de personas que conozco (excluida mi familia):
Falso: _____ : Verdadero

- Para mí, las acciones violentas que realizo con mi grupo son más importantes que cualquier otra actividad de las que hacemos habitualmente juntas.

Falso: _____ : Verdadero

- Siempre que he ido a pegar con mi grupo, hemos planificado previamente la acción violenta:

Falso: _____ : Verdadero

- Los problemas importantes que me afectan, trato de solucionarlos con la ayuda de:

* mis padres:

Nunca: _____ : Siempre

* mis hermanos:

Nunca: _____ : Siempre

* los amigos del grupo con el voy a pegar:

Nunca: _____ : Siempre

* mi pareja:

Nunca: _____ : Siempre

* otros amigos:

Nunca: _____ : Siempre

* otras personas:

Nunca: _____ : Siempre

* nadie, yo solo:

Nunca: _____ : Siempre

- Yo propongo a mi grupo ir a pegar a una o más personas que pertenecen a otro grupo:

Nunca: _____ : Siempre

- Cuando yo propongo ir a pegar, mi grupo está de acuerdo:

Nunca: _____ : Siempre

- Cuando yo propongo ir a pegar, mi grupo me sigue:

Nunca: _____ : Siempre

- Cuando mi grupo decide ir a pegar, yo voy con ellos:

Nunca: _____ : Siempre

- Cuando mi grupo decide ir a pegar, yo estoy de acuerdo:

Nunca: _____ : Siempre

Cuando no estoy de acuerdo con la decisión de mi grupo sobre las acciones violentas, lo digo:
 Nunca : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Siempre

Cuando no estoy de acuerdo con la decisión de mi grupo sobre las acciones violentas, hago lo que dice la mayoría:
 Nunca : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Siempre

Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, es algo que realizo:
 Es raras ocasiones : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Con frecuencia

Quien quiere entrar en el grupo con el que voy a pegar, puede hacerlo fácilmente.
 Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

Durante los últimos 12 meses, se han incorporado al grupo con el que voy a pegar:
 Ninguna persona : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Muchas personas

Quien quiere abandonar el grupo con el que voy a pegar, puede hacerlo fácilmente.
 Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

Durante los últimos 12 meses, han abandonado el grupo con el que voy a pegar:
 Ninguna persona : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Muchas personas

Cuando voy a pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, planificamos la acción violenta:
 Nada : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Mucho

En el grupo con el que voy a pegar:
 Todos pensamos de la misma forma:
 Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

A todos nos gustan las mismas cosas:
 Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

Pasamos juntos todo el tiempo libre que tenemos:
 Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

Todos deseamos conseguir las mismas cosas:
 Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : Verdadero

Aproximadamente, durante los últimos 12 meses, ¿cuántas veces has pegado tú solo:

* A alguna persona que pertenecía a otro grupo? _____ (Indica nº)

* A alguna persona que no pertenecía a ningún otro grupo? _____ (Indica nº)

En el grupo con el que vas a pegar:

¿Cuántos chicos, aproximadamente, hay?: _____ (Indica nº)

¿Cuántos chicas, aproximadamente, hay?: _____ (Indica nº)

¿Qué edad, aproximadamente, tiene el mayor?: _____

¿Qué edad, aproximadamente, tiene el menor?: _____

No pongas tu nombre, pero por favor, dinos:

Sexo: Varón Mujer Edad: _____

.....

Como ya te indicamos, nos volveremos a poner en contacto contigo para hacerte unas nuevas preguntas, pero como ya te hemos dicho, este cuestionario es totalmente anónimo. La idea es que nosotros podamos unir la información que tú nos das , a través de los cuestionarios, (éste y el próximo), pero sin que en ningún momento nadie -ni nosotros- conozca tu verdadera identidad. Por favor, pon en las líneas siguientes tus iniciales y la fecha de nacimiento.

Iniciales (Nombre-Primer apellido-Segundo apellido): _____

Fecha de nacimiento (Día-Mes-Año): _____

MUCHAS GRACIAS POR TU COLABORACIÓN

Cuestionario de investigación
Conducta violenta exogrupal
-CINCOVE-
(comprobación de la conducta)



Este cuestionario es anónimo, con él pretendemos obtener información sobre algunos aspectos relacionados con la juventud madrileña.

Tu colaboración nos resulta indispensable. Te rogamos que contestes a todas las preguntas con la mayor sinceridad. Nuestro entrevistador podrá aclararte, en todo momento, cualquier duda.

Instrucciones para rellenar el cuestionario

En las páginas siguientes vas a encontrar una serie de frases. Con ellas pretendemos saber cuál es tu opinión acerca de distintas cuestiones. Para ello te presentamos una línea continua con dos calificativos opuestos en los extremos. Como puedes ver, entre los dos extremos hay una serie de tramos que corresponden a la opinión que tú, personalmente, puedes tener acerca de la pregunta en concreto. Tu tarea consiste en marcar con una cruz (X) la casilla que crees que mejor refleja tu opinión sobre cada una de las frases (por ejemplo, algo falso, bastante verdadero, etc.).

Por ejemplo, si tuvieras que contestar a la siguiente pregunta:

Me gusta tomar café después de comer.

Falso: _____ : _____ : algo _____ : _____ : algo _____ : _____ : Verdadero
totalmente bastante

deberías marcar con una "X" la primera casilla, en el caso de que esto sea totalmente falso, la última si fuera totalmente verdadero, etc.

Por ponerte algunos ejemplos más, si tuvieras que contestar a la siguiente pregunta:

Durante el próximo mes, tengo la intención de salir de excursión a la sierra de Madrid, con mi grupo de amigos del barrio.

Falso: _____ : _____ : algo _____ : _____ : algo _____ : _____ : Verdadero
totalmente bastante

Si tú, personalmente, crees que esta frase corresponde a "Verdadero", y estás totalmente de acuerdo con esta afirmación, deberías marcar una "X" en la última casilla (junto a "Verdadero"), de la siguiente manera:

Falso: _____ : _____ : algo _____ : _____ : _____ : X _____ : Verdadero
totalmente bastante

Si tú, por el contrario, crees que esta frase corresponde a "Falso", y estás totalmente en contra de esta afirmación, deberías marcar una "X" en la primera casilla (junto a "Falso"), de la siguiente manera:

Falso: X _____ : _____ : _____ : _____ : _____ : _____ : Verdadero
totalmente bastante

Puede ocurrir, también, que tu opinión no se sitúe en ninguno de los extremos. Por ejemplo, si tu opinión entre Falso y Verdadero se situara sólo un poco más cerca de "Falso", deberías marcar:

Falso: _____ : _____ : X _____ : _____ : _____ : _____ : Verdadero
totalmente bastante

También vas a encontrar preguntas hechas de otro modo, como las que te mostramos a continuación:

Mi pareja piensa que yo:

No debería: _____ : _____ : _____ : _____ : _____ : _____ : Debería

durante el próximo mes, salir de excursión a la sierra de Madrid con mi grupo de amigos del barrio.

En este caso, debes marcar la casilla que mejor refleje tu opinión. Por ejemplo, si estás totalmente convencido de que tu pareja piensa que “*durante el próximo mes, deberías salir de excursión a la sierra de Madrid con tu grupo de amigos del barrio*”, debes marcar con una “X” la última casilla comenzando por la derecha:

Mi pareja piensa que yo:

No debería: _____ : _____ : _____ : _____ : _____ : _____ : X : Debería

durante el próximo mes, salir de excursión a la sierra de Madrid con mi grupo de amigos del barrio.

Si por el contrario piensas que tu pareja cree que no deberías hacerlo, debes colocar la “X” en la primera casilla de la izquierda:

Mi pareja piensa que yo:

No debería: X : _____ : _____ : _____ : _____ : _____ : _____ : Debería

durante el próximo mes, salir de excursión a la sierra de Madrid con mi grupo de amigos del barrio.

Como ya hemos visto, si piensas que tu pareja tiene una opinión menos clara y extrema, marca con una “X” la casilla que refleje mejor su opinión. Por ejemplo:

Mi pareja piensa que yo:

No debería: _____ : _____ : _____ : _____ : X : _____ : _____ : Debería

durante el próximo mes, salir de excursión a la sierra de Madrid con mi grupo de amigos del barrio.

Ten en cuenta que no debes marcar más de una “X” en cada pregunta (si te equivocas en alguna de ellas, puedes tacharla y volver a marcar la correcta). Asegúrate que contestas a todas las preguntas y, por favor, coloca la marca sobre la línea y en medio de los espacios, no entre ellos.

Ahora, puedes pasar a la siguiente página para contestar el cuestionario.

Como ya sabes, últimamente se habla mucho de la violencia juvenil que realizan algunos grupos de jóvenes. A continuación, nos gustaría que expresases tus propias opiniones y experiencias sobre ello.

Por favor, responde a todas la preguntas, aunque no hayas tenido experiencia directa con este tema.

- La mayoría de las personas que son importantes para mí...

Rechuzar: _____ : Acepta

... la violencia entre grupos juveniles.



- En relación con la violencia contra una o más personas que pertenecen a otro grupo, quiero comportarme como la mayoría de las personas que son importantes para mí pienso que yo debería hacer.

Falso: _____ : Verdadero

- Personalmente, pienso que debo pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo.

Falso: _____ : Verdadero

- Yo soy capaz de evitar los problemas que me puede traer pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo.

Falso: _____ : Verdadero



Las siguientes preguntas hacen referencia **únicamente a tu experiencia directa** con el tema de la violencia juvenil contra personas que pertenecen a otro grupo.

Recuerda que tus respuestas son anónimas y que puedes, por lo tanto, contestar con toda sinceridad, y sin ningún problema.

- Durante el próximo mes, tengo la intención de pegar con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo.

Falso: _____ : Verdadero

- Durante los próximos 12 meses, tengo la intención de pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo.

Falso: _____ : Verdadero



- Aproximadamente, durante el último mes, ¿cuántas veces has pegado, con tu grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo? _____ (Indica nº de veces).



- "Pegar, con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo es algo:

Nada importante: _____ : Muy importante
en mi vida"

Indica cómo influye que tú pegues, con tu grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo, a las siguientes personas:

A tu madre:

Le Perjudica : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : *Le Beneficia*
No influye

A tu padre:

Le Perjudica : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : *Le Beneficia*
No influye

A tus hermanos:

Les Perjudica : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : *Les Beneficia*
No influye

A los amigos con los que vas a pegar:

Les Perjudica : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : *Les Beneficia*
No influye

A los amigos con los que sales habitualmente:

Les Perjudica : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : *Les Beneficia*
No influye

A otras personas que no pegan:

Les Perjudica : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : *Les Beneficia*
No influye

A otras personas que pegan:

Les Perjudica : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : *Les Beneficia*
No influye

A tu pareja:

Le Perjudica : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : *Le Beneficia*
No influye

A tí, personalmente:

Te Perjudica : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : *Te Beneficia*
No influye



Durante el próximo mes, yo pegaré con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : *Verdadero*

Durante los próximos 12 meses, yo pegaré con mi grupo, a una o más personas que pertenecen a otro grupo.

Falso : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : *Verdadero*



Nos gustaría saber algunas cosas acerca de tus padres. Por favor, dínos:

- Durante el día, ¿con qué frecuencia saben dónde estás?

Nunca : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : *Siempre*

- ¿Con qué frecuencia podrían saber con quién estás cuando no estás en casa?

Nunca : _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ | _____ : *Siempre*

- ¿Con qué frecuencia te controlan lo que haces?
Nunca : _____ : Siempre
- ¿Qué importancia le dan a saber quiénes son tus amigos?
Ninguna : _____ : Mucha
- ¿Qué importancia le dan a saber dónde estás tú?
Ninguna : _____ : Mucha



Las frases que te presentamos a continuación se refieren a tus reacciones personales en diferentes situaciones. Lee atentamente cada frase antes de responder, y contesta Verdadero (V) o Falso (F) en cada una de ellas. Por favor, intenta no dejar ninguna sin responder.

- "Me resulta duro imitar la conducta de otras personas" V F
- "En fiestas y reuniones sociales no intento hacer o decir cosas que a los demás les gustaría" V F
- "Yo sólo puedo defender aquellas ideas en las que realmente creo" V F
- "Puedo improvisar argumentos o defensas sobre algunas cosas de las que casi no poseo información" V F
- "Yo muestro una determinada apariencia para impresionar o divertir a la gente" V F
- "Probablemente yo sería un buen actor o actriz" V F
- "En un grupo de gente, raramente yo sería el centro de atención" V F
- "En diferentes situaciones y con diferentes personas, a menudo actúo como una persona muy diferente" V F
- "No soy particularmente bueno o hábil resultándole agradable a la gente" .. V F
- "No soy siempre la persona que aparento ser" V F
- "Me gustaría no cambiar mis opiniones (o la forma en que hago las cosas) para agradar a alguien o ganar su favor" V F
- "Me considero una persona entretenida" V F
- "Nunca he sido bueno en juegos como "payasadas" o improvisaciones" V F
- "Tengo problemas para cambiar mi conducta y ajustarla a distintas personas y diferentes situaciones" V F
- "En una fiesta yo dejo a los otros hacer las bromas y contar las historias" ... V F
- "Me siento un poco torpe en compañía de otros y no me muestro tan desenvuelto como me gustaría" V F
- "Yo puedo mirar a alguien a los ojos y decirle una mentira con cara sincera" .. V F
- "Yo puedo engañar a la gente siendo amistoso cuando realmente ellos me desagradan" V F

No pongas tu nombre, pero por favor, dinos:

Sexo: Varón Mujer Edad: _____

.....

Como ya te indicamos, este cuestionario es totalmente anónimo. La idea es que nosotros podamos unir la información que tú nos has dado , a través de los cuestionarios, (éste y el anterior), pero sin que en ningún momento nadie -ni nosotros- conozca tu verdadera identidad. Por favor, pon en las líneas siguientes tus iniciales y la fecha de nacimiento.

Iniciales (Nombre-Primer apellido-Segundo apellido): _____

Fecha de nacimiento (Día-Mes-Año): _____

MUCHAS GRACIAS POR TU COLABORACIÓN